

1

TEMAS LASALIANOS

**HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS
ROMA**

1

TEMAS LASALIANOS

HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS
Casa San Juan Bautista de La Salle – 476, Via Aurelia
00165 – ROMA

[05] PRESENTACION

He aquí el primer volumen de «Temas lasalianos».

Con él se incoa la realización del proyecto decidido por el Consejo Internacional de los Estudios Lasalianos (CIEL) en su reunión de mayo de 1989.

A más de su onerosa carga de director del CIL, el Hno. Jaume Pujol quiso benévolamente pilotar el lanzamiento del proyecto. Apoyado en el entorno de un quipo le incumbió:

- establecer la posible lista de temas,
- definir la índole de los artículos,
- detectar a los autores.

Trabajo medular y delicado que culminó con ventura, y por el cual todos le brindamos gratitud. Unos sesenta Hermanos y un seglar aceptaron colaborar a tal proyecto elaborando uno o varios temas. Esa entusiasta y benévola prestación enuncia con destacado relieve el interés actual, en el Instituto, ante la vida, obra y el pensamiento de san Juan Bautista de La Salle así como del anhelo yacente por conocerlo mejor. Cristaliza igualmente el espíritu de asociación que impulsa a estos autores y que les empuja a compartir sus puntos de observación con el conjunto del mundo lasaliano hodierno.

Pero el trabajo de estos pioneros ha sido posible e inusitadamente favorecido merced a las numerosas publicaciones alumbradas en el Instituto desde va ya una cuarentena de años.

Pensamos en particular:

- en los 51 *Cahiers Lasalliens* aparecidos hasta la fecha;
- en los 6 volúmenes del *Vocabulaire Lasallien*, cómodo instrumento de investigación;
- en las múltiples investigaciones, estudios y tesis sobre san Juan Bautista de La Salle, emprendidas por el Instituto.

Podemos, pues, estar muy agradecidos a cuantos han resultado los artesanos de estos

trabajos. Y rendimos pleitesía particularísima a los Hermanos Maurice Hermans y Michel Sauvage, ambos directores sucesivos de los Estudios Lasalianos en la Casa Generalicia.

El proyecto de los Temas Lasalianos no pretende englobar sistemáticamente todos los vocablos encerrados en el *Vocabulaire Lasallien*. No es su finalidad realizar un «Dictionnaire lasallien» comentado.

Con mayor modestia, hemos contemplado publicar un centenar de artículos a partir de las palabras de los escritos de La Salle. Los autores no pretenden ofrendar un estudio definitivo, ni exhaustivo. Acometen sencillamente una aproximación personal del Tema. Eventualmente algunos podrán calificarla de incompleta. Sin embargo al intentarlo admiten que se exponen ante reacciones variadas de parte de los lectores.

Sin embargo despejan unas pistas de reflexión, e invitan a proseguir muy allá en la indagación y en la interpretación. Las indicaciones bibliográficas que se adjuntan a los artículos, apuntan precisamente a expandir las perspectivas y a provocar la actividad de los lectores. Los «Temas» no son metas sino puntos iniciales de arranque.

En su actual estructuración deberían de por sí interesar a un abierto abanico de lectores. Al elaborar este proyecto, el CIEL se centraba muy particularmente en quienes entran en contacto con el pensamiento lasaliano: Jóvenes en formación, Seglares interesados. La brevedad de los títulos, su presentación sencilla y uniforme... deberían facilitarles esta toma de contacto. Más se destaca en evidencia que los «Temas» se dirigen a todos los Hermanos que anhelan descifrar mejor a san Juan Bautista de La Salle.

Desde este enfoque otro aspecto merece [5] subrayarse. A través de los «Temas», cuando el conjunto alcance su coronación, resultará posible descubrir las líneas maestras y la coherencia del

conjunto del pensamiento de san Juan Bautista de La Salle: su antropología, su ideología educativa y pastoral, su espiritualidad... Como remate a cada capítulo la lista de «Temas complementarios» ya permite esbozar tal síntesis.

Una atenta lectura de la lista de los autores permite la verificación de la importancia y de los efectos positivos de los esfuerzos de la formación lasaliana fomentados por el Instituto a lo largo de los últimos decenios. Se comprueba y se destaca, en efecto, que la gran mayoría de los colaboradores emprendieron estudios especializados sobre el Fundador o salieron beneficiados de una sesión del CIL o de una de las dos Sesiones Internacionales de Estudios Lasalianos exigidas por el Capítulo General de

1986.

Un estímulo sin equívoco para mantenerse en esta vía. Con los autores conviene agradecer calurosamente a los demás artesanos de esta publicación: traductores, miembros del Comité de Lectura... Es gracias a la disponibilidad y a la gallardía tenaz de todos que el proyecto experimenta un inicio de realización.

Roma, 6 de noviembre de 1992.

H. Léon LAURAIRE
Director de los Estudios Lasalianos

Comité de lectura

Hermanos:

BASSETT Raphael
BOTANA Antonio
FORNARESIO Giampiero
HOURY Alain
LAURAIRE Léon
SALM Luke
TEBAR Lorenzo

Traductores:

** Del francés al español:*

Hermano Eulogio BRAVO

** Del inglés al español:*

Hermano José Luis RODRIGUEZ

Autores del primer volumen

Hermanos:

ALCALDE Josafat (Madrid)
ANDAUR Rodolfo (Chile)
BASSETT Raphael (Australia)
BEAUDET Gilles (Canadá)
BUENO Carmelo (Central de España)
CASSIDY Odilon (Canadá)
DIUMENGE Lluís (Central de España)
FORNARESIO Giampiero (Turín)
GOUSSIN Jacques (Francia)
HERMOSILLA José Luis (Central de España)
LAURAIRE Léon (Francia)
LE BARS Joseph (Francia)
LUDWIG Affonso Albino (São Paulo)
MAGAZ Manuel (Central de España)
McGINNIS Michael (Baltimore)
MORALES Alfredo (Antillas)
NERY Israel (São Paulo)
PRESCIUTTINI Mario (Roma)
PUNGIER Jean (Francia)
RUMMERY Gerard (Australia)
SAENZ de UGARTE Genaro (Argentina)
SALM Luke (New York)
SCHNEIDER Jean-Louis (Africa del Oeste)
TEBAR Lorenzo (Central de España)
VARELA Luis (Valladolid)

TABLA DE SIGLAS DE LOS LIBROS del Antiguo y del Nuevo TESTAMENTO

Ab	Abdías	Jr	Jeremías
Ag	Ageo	Judas	Epístola de san Judas
Am	Amós	Lc	Evangelio según san Lucas
Ap	Apocalipsis	Lm	Lamentaciones
Ba	Baruch	Lv	Levítico
1 Co	1.ª epístola a los Corintios	1 M	Libro primero de los Macabeos
2 Co	2.ª epístola a los Corintios	2 M	Libro segundo de los Macabeos
Col	Epístola a los Colosenses	Mc	Evangelio según san Marcos
1 Cró	Libro primero de las Crónicas	Mi	Miqueas
2 Cró	Libro segundo de las Crónicas	Ml	Malaquías
Ct	Cantar de los Cantares	Mt	Evangelio según san Mateo
Dn	Daniel	Na	Nahúm
Dt	Deuteronomio	Ne	Nehemías
Ef	Epístola a los Efesios	Nm	Números
Esd	Esdras	Os	Oseas
Est	Ester	1 P	1.ª epístola de san Pedro
Ex	Exodo	2 P	2.ª epístola de san Pedro
Ez	Ezequiel	Pr	Proverbios
FIm	Epístola a Filemón	Qo	Eclesiastés (Qohélet)
Fip	Epístola a los Filipenses	1 R	Libro primero de los Reyes
Gál	Epístola a los Gálatas	2 R	Libro segundo de los Reyes
Gn	Génesis	Rm	Epístola a los Romanos
Ha	Habacuc	Rt	Rut
Hb	Epístola a los Hebreos	1 S	Libro primero de Samuel
Hch	Hechos de los Apóstoles	2 S	Libro segundo de Samuel
Is	Isaías	Sal	Salmos
Jb	Job	Sb	Sabiduría
Jc	Jueces	Si	Eclesiástico (Sirácida)
Jdt	Judit	So	Sofonías
Jl	Joel	St	Epístola de Santiago
Jn	Evangelio según san Juan	Tb	Tobías
1 Jn	1.ª epístola de san Juan	1 Tm	1.ª epístola a Timoteo
2 Jn	2.ª epístola de san Juan	2 Tm	2.ª epístola a Timoteo
3 Jn	3.ª epístola de san Juan	1 Ts	1.ª epístola a los Tesalonicenses
Jon	Jonás	2 Ts	2.ª epístola a los Tesalonicenses
Jos	Josué	Tt	Epístola a Tito
		Za	Zacarías

TABLA DE SIGLAS DE LOS TEXTOS LASALIANOS

BLAIN 1	Vie de Jean-Baptiste de La Salle par le chanoine Blain, 1ère partie, CL 7
BLAIN 2	Idem, 2e partie, CL 8
C	Colección de varios trataditos. París-Madrid-Barcelona, 1914/1939
CL	Colección de los Cahiers lasalliens
Da	Les Devoirs d'un Chrétien, I, CL 20 Traducción española (fragmentos), BAC 478, pp. 795-808
Db	Les Devoirs d'un Chrétien, II, CL 21 Traducción española (fragmentos), BAC 478, pp. 809-815
Dc	Du Culte extérieur et public, CL 22 Traducción española (fragmentos), BAC 478, pp. 816-829
E	Exercices de piété, CL 18 Traducción española (fragmentos), BAC 478, pp. 774-775
EM	Explication de la Méthode d'oraison, CL 14; y CL 50, pp. 1-171 Traducción española, BAC 478, pp. 191-283
FD	Règle du Frère Directeur, CL 25 Traducción española, BAC 478, pp. 179-190
FV	Formule des vœux, CL 2 Traducción española, BAC 478, p. 275
GA	Grand Abrégé des Devoirs, CL 23 Traducción española (fragmentos), BAC 478, pp. 830-832
I	Instructions et Prières, CL 17 Traducción española (fragmentos), BAC 478, pp. 776-794
L	Lettres de Saint Jean-Baptiste de La Salle Traducción española, <i>Las Cartas de San Juan Bautista de La Salle</i> , Colección SINITE 4, Madrid, 1962, 452 pp.
MAR	Vie de M. de La Salle par F.E. Maillefer, Ms de Reims, CL 6 Traducción española, <i>Vida del Señor de La Salle</i> , Bogotá, 1977, 152 pp.
MC	Mémoire des Commencements, CL 10, pp. 105-109
MD	Méditations pour les dimanches, CL 12 Traducción española, BAC 478, pp. 289-423
MF	Méditations sur les principales Fêtes, CL 12 Traducción española, BAC 478, pp. 424-632
MH	Mémoire sur l'habit, CL 11, pp. 349-354 Traducción española, BAC 478, pp. 716-724
MR	Méditations pour le Temps de la Retraite, CL 13 Traducción española, BAC 478, pp. 633-678
PA	Petit Abrégé des Devoirs, CL 23 Traducción española (observaciones), BAC 478, pp. 830-831
R	Recueil de différents petits traités, CL 15 Traducción española (selección), BAC 478, pp. 679-710; y en C
RB	Les Règles de la Bienséance, CL 19 Traducción española (fragmentos), BAC 478, pp. 836-857

- RC Règles communes, texte de 1718, CL 25
Traducción española, BAC 478, pp. 137-178
- RD Directoire(s), CL 15, pp. 122-132
- RI Règles que je me suis imposées, BLAIN 2, pp. 318-319; o CL 11, pp. 114-116
Traducción española, BAC 478, pp. 713-715
- VL Vocabulaire lasallien, Région France, 1985-1988

OTRAS SIGLAS O ABREVIATURAS

- AEP M. Sauvage-M. Campos, *Anunciar el Evangelio a los pobres*.
Traducción del francés por Guillermo Dagnino, Editorial Bruño, Lima-Perú (sin fecha), 423 pp.
- BJ *Biblia de Jerusalén* (los autores de CL 50 remiten a la edición «compacta» de 1988: cf. CL 50, p. 185; aquí hemos utilizado la edición española, DDB 1977).
- CAL M. Sauvage, *Catequesis y laicado*.
Traducción del francés, Colección SINITE 6 (t. I, 526 pp.) y 7 (t. II, 535 pp.)
Tejares-Salamanca-Madrid, Instituto S. Pío X, 1963.
- CBJ *Concordance de la Bible de Jérusalem*, 1982
- DS *Dictionnaire de spiritualité*, Paris, Beauchesne, 1937...
- N Notas que acompañan al texto de la EM
- TOB Traduction Oecuménique de la Bible
- VC Visión de conjunto
- VTB X. LÉON-DUFOUR, *Vocabulario de Teología bíblica*, Barcelona, Herder, 1973.

1. ACCION DE DIOS

Sumario:

1. Acción de Dios en la Historia del mundo y de los hombres. 1.1. En la creación del mundo. 1.2. En el gobierno del mundo. 1.3. En la obra de la salvación. - **2.** Acción de Dios en la vida de La Salle. 2.1. En la elección de su vocación. 2.2. En la fundación del Instituto. 2.3. Ante un fracaso aparente. - **3.** La Salle enseña a corresponder a la acción de Dios. 3.1. El Hermano ha de ser conducido por «el movimiento del Espíritu». 3.2. La acción de Dios exige la entrega a la divina Providencia. 3.3. La acción de Dios presupone el discernimiento.

INTRODUCCION

El tema de «la acción de Dios» es esencial en la vida y en la obra de san Juan Bautista de La Salle. Impregna toda su espiritualidad y se le halla a lo largo de todos sus escritos. Durante toda su vida, y muy particularmente durante los cuarenta años de su acción fundadora del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas ha intentado discernir y luego corresponder a la acción de Dios en su propia vida, ser fiel a las mociones del Espíritu Santo, realizar la obra de Dios y no sus proyectos personales. Invitó a los Hermanos a estar atentos a esta acción de Dios: en el mundo, en la Iglesia, en su propia vida y en la de sus escolares y a ser fieles a esa acción divina.

Digamos, pues, que la expresión «acción de Dios» nos devuelve a otros temas complementarios en los cuales se presentarán con amplitud: el discernimiento, la acción del Espíritu, los efectos de la gracia, la colaboración del hombre para la realización de esta acción de Dios, la acción educativa que ha de ayudar a los niños para que correspondan... Ya que la acción de Dios tiene su corolario natural que es la acción del hombre, su correspondencia a tales requerimientos, su fidelidad. Por lo tanto aquí se ha privilegiado la acción de Dios en la salvación del hombre arrancando desde el ejemplo personal de san Juan Bautista de La Salle.

1. ACCION DE DIOS EN LA HISTORIA DEL

MUNDO Y DE LOS HOMBRES

«Y a causa de esto, los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado. Entonces Jesús les dijo: Mi Padre obra incesantemente y yo también obro» (Jn 5,16-17). El trabajo, la acción de Dios cristalizan en la obra de la creación del mundo, en el gobierno de la historia y en la obra de la salvación de los hombres a través de la redención y de la santificación, y todo ello por un amor enteramente gratuito, para que *«su nombre sea santificado» (Mt 6,9).*

1.1. En la creación del mundo

Las páginas-pórtico del libro del Génesis constituyen una solemne confesión de la obra creadora de Dios. No fue el azar quien obró la creación: es «la obra de Dios». El autor sagrado proclama pues: *«Vio Dios cuanto había hecho. Y he aquí que todo era muy bueno» (Gn 1,31).* De mil formas diferentes, el judío piadoso repetía esta profesión de fe: *«Yo me repito la obra de tus manos» [13] (Sal 143,5); «los cielos son la obra de tus manos» (Sal 102,26). «En su mano la cima de la tierra, y cuyas son las cumbres de los montes. Suyo es el mar, pues él lo hizo y la tierra firme que modelaron sus manos» (Sal 95,4.5).*

Ante contemplación similar, La Salle incita a sus Hermanos a rezar: *«Vos sois, Dios mío, en mí y en todas las criaturas; todas ellas subsisten por Vos y porque en ellas residís» (EM 14).*

1.2. En el gobierno del mundo

La historia de la salvación se inaugura con la creación. Hace Dios entrega de su creación en manos de su criatura inteligente hecha «a su imagen y semejanza» (Gn 1,26) con el propósito de que sea el hombre «cooperador de Dios» (1 Co 3,9): «Llenad la tierra y dominadla» (Gn 1,28).

Desgraciadamente, con la libertad que el Creador le concediera, la criatura humana dirigió la historia según su deseo, o su voluntad, contra las intenciones de quien la había hecho. En apariencia el mundo está gobernado y regido por los hombres hacia un destino que ellos eligen pero que no corresponde a los designios del creador.

Sin embargo, Dios no creó la tierra vacía, pero la «formó para que en ella se viva» (Is 45,18) y lo gobierna todo con sabiduría, dice La Salle en una de sus meditaciones (MF 163,1). Lejos de pensar cual fatalistas hemos de admitir que «Dios escribe recto sobre renglones torcidos», como insinúa el refrán. Puede parecer, a veces, que ciertas personas trastruecan o malgastan los planes de Dios. Así, «Saulo asolaba la Iglesia; se adentraba por las casas, arrancaba de allí a hombres y mujeres y les arrojaba en la cárcel» (Hch 8,3), o bien Asiria liquidaba el Reino de Israel. En ambos casos, Dios les apoda «instrumentos elegidos por sus manos» (Hch 9,15) o «clava de su cólera» (Is 10,5). Al cabo de su actuación, los que intentan contrariar sus planes de Creador, resultan, precisamente, quienes contribuyen a consumarlos. «Puesto que Dios les ha insertado en el corazón el realizar su anhelo» (Ap 17,17).

1.3. En la obra de la salvación

Cuanto sucede en el macrocosmos se realiza igualmente en el interior de cada criatura humana, merced a lo que nosotros llamamos gracia. Entendemos aquí por gracia la irrupción de Dios, su intervención en las personas a fin de estimularlas a actuar de acuerdo con lo que quiere el creador. O bien, como piensa La Salle, la gracia actual «es una luz sobrenatural o un buen movimiento que Dios nos brinda para huir del mal y para hacer el bien» (Da 196). Más recientemente Louis EVELY escribe que «la intervención de Dios es siempre una intervención de amor, un

aviso, una presentación, un perdón» (*La prière de l'homme moderne*, p. 112). De hecho, «nadie puede venir a Mí si no se le ha dado por el Padre» (Jn 6,65). Para lo cual, Dios dirige a ciertas personas «con lazos humanos, y vínculos de amor» (Os 11,4). Y La Salle itera, según el libro de los Proverbios, que «únicamente a Dios corresponde guiar los pasos» (MD 3,2).

Así conducidas por tales ligaduras, ciertas personas logran realizar proezas, como nos cabe verificarlo en las vidas de los santos que el Sirácida presenta como prototipos (Si 44,1-5). «La caridad de Cristo nos urge» (2 Co 5,14), sin privarnos de la libertad para resistir. Pero, cuando el amor triunfa, nadie tiene por qué «envanecerse como si no lo hubiera recibido» (1 Co 4,7). Lo hace Dios por amor a su nombre, en atención a sí, por su propia causa y para que su nombre sea santificado (Is 48,9-11).

2. ACCION DE DIOS EN LA VIDA DE LA SALLE

«Dios actúa en ella para orientarla (la vida de La Salle) hacia su servicio y el servicio de los demás, inspira las concretas respuestas que adelanta hacia las llamadas de la vida» (AEP 25) y en especial en la elección de su vocación, en la fundación del Instituto, e incluso ante un desengaño aparente.

2.1. En la elección de su vocación

En el hallazgo de su vocación, La Salle no experimenta fenómeno alguno extraordinario cual intervención de Dios como lo experimentaran Saulo, por ejemplo, (Hch 9) y otros grandes hombres de Dios. El Señor le guía de manera normal e [14] incluso a veces le complica los senderos, por ejemplo al privarle sucesivamente de su madre y de su padre. Pero «él (La Salle) es ante todo y muy tempranamente un alma que Dios gobierna... Dios le cincela el alma y la moldea con sus manos» (P. RAYEZ: *La spiritualité d'abandon chez saint Jean-Baptiste de La Salle*). Los biógrafos enfocan nuestra atención sobre la propensión de La Salle hacia las cosas de Dios. Maillefer se expresa así: «Es un sacerdote santo a quien Dios guía por los caminos sencillos, pero ásperos a la naturaleza. Al formarle en la virtud le ha dado a conocer el bien sólido, le ha regalado

la experiencia necesaria para hacerlo practicar a los demás» (MAR 15).

Sin duda alguna el panegírico de Blain es algo exagerado cuando afirma: «Ninguna puerilidad en él» (BLAIN 1,118). Por lo demás tanto Maillefer como Bernard no le pintan con distintos colores. Lo que sí es cierto, es que La Salle, muy tempranamente, se preocupa por su vocación, ya que es sensible al misterio «de la presencia del Señor en su personal historia» (AEP 26). La acción de Dios le hace desvelar ciertos valores religiosos que asume gradualmente.

El sacerdocio parece haber sido uno de los valores con mayor atracción para él. La acción de Dios se vale también de elementos psicológicos para llevar a una persona por los derroteros que desea. Cabalmente «su ilusión era levantar capillas, adornar altares, cantar motetes de iglesia, imitar ceremonias de religión» (BLAIN 1,118). Ante tales auspicios, nadie se sorprende que a sus once años reciba la tonsura (BLAIN 1,121) la cual le preparará al sacerdocio. Sin embargo «él había trotado por sendas que sólo imperfectamente conocía entonces» (MAR 19).

Todo parece adelantar según sus planes. Pero ante sus 17 años surgió ante el joven La Salle otro valor: ser canónigo de la catedral. Y observa Blain que solamente a estas almas Dios las guía como dándoles la mano (BLAIN 1,121). Sacerdocio y canonicato pueden darse ensamblados.

Más no fue sin sinsabores que La Salle alcanzó su meta. Sólo once años después de su nominación canonical, y tras haber experimentado el dolor y la muerte se le ordenará, el 9 de abril de 1678. Apenas alcanzada «esta tierra prometida» del sacerdocio, La Salle deberá cuestionarse sobre su situación. La acción de Dios no le da tregua con su canonicato y con su ministerio sacerdotal. He aquí que le plantean otra perspectiva muy válida: ser cura de parroquia. Se lo presentan como lo mejor y le invitan a trocar su silla de coro canonical por una parroquia (BLAIN 1,134-135). Después de cierto tiempo de discernimiento y tras varios consejos la decisión de su arzobispo le incita a alcanzar la decisión, incluso aunque sea mejor, no será cura párroco y permanecerá en su estado (BLAIN 1,193).

2.2. En la fundación del Instituto

Gradualmente, Dios parece adecuar los acontecimientos para obtener que su siervo se enderece por los caminos que El ha previsto para La Salle. Atento a los movimientos de Dios, reconoce su acción «que guía todo con sabiduría» y él llama al Instituto naciente «la obra de Dios: Domine, opus tuum» (RI 8).

Dios se sirve del señor Nyel para indicar a La Salle otro valor evangélico: el servicio de los pobres. Al hallarse tan alejado, aun en oposición diametral, a la educación que él recibiera en su familia, La Salle requirió tiempo para descubrir este valor. Pensaba que la ayuda prestada a Nyel en los inicios resultaría «solamente un apoyo externo que no le comprometía a nada» (BLAIN 1,167). Los biógrafos nos permiten que adivinemos que fue-ron menester al menos cuatro años a La Salle (1679-1682) para que asumiera en plenitud el valor de la educación cristiana de los pobres. «Sobre los límites postreros de 1682 le pareció visiblemente (es su afirmación) que Dios le llamaba a tomar cuidado de las Escuelas; y que al tener que ser él el primero en todos los ejercicios de la Comunidad, ya no podía asistir al Oficio tan asiduamente cual su director se lo exigía. Así, persuadido por todas las razones aquí abordadas, formó y cristalizó en él la resolución de abandonar su canonicato; mas se encontró que su padre espiritual no estaba dispuesto a consentir en ello» (BLAIN 1,193; cf. Bernard 49).

Mas el joven sacerdote «a pesar de una repugnancia» (BLAIN 1,143) nunca abandonó a aquellos primeros Maestros. En efecto, he aquí cómo se expresa en su «Mémoire - memorial-- des commencements»: «Ya que naturalmente situaba por debajo de mi criado, a [15] los que, en los comienzos sobre todo, yo estaba obligado a emplear en las Escuelas»... (BLAIN 1,169). Si se responsabilizaba de los Maestros y los contrataba, es que no permitía que las escuelas anduvieran exclusivamente entre las manos del señor Nyel.

El momento clave de su opción por la fundación del Instituto acaeció cuando Dios le dio el alcanzar la percepción del valor evangélico de la educación cristiana de los pobres como mayor y superior al de su canonicato. Entonces sin

titubeos ejecutó ese gesto que «raramente halla aprobadores» (BLAIN 1,193) y descubrió la senda por la cual Dios le conducía.

Admitamos, pues, que La Salle se confiaba ciegamente a la acción de Dios, para establecer su obra. Pero no cabe olvidarse de la colaboración personal que es en sí un factor esencial. Por lo tanto, cuando la crisis se agudizó, resolvió consagrarse con voto para favorecer y mantener dicho establecimiento, sin poder separarse de él, incluso si los tres contrayentes permanecían solos en la sociedad y estuvieran obligados para ello a pedir limosna y vivir de solo pan (Cf. Fórmula del «voto heroico» en BLAIN 1,313).

2.3. Ante un fracaso aparente

La Salle tenía la certidumbre de que no actuaba solo, pero que la obra de Dios demandaba su colaboración. Después de haber creído que ya la obra de las escuelas estaba afianzada, se percató, hacia el 6n de 1690, que «su obra no se incrementaba ya más y temía verla perecer» (BLAIN 1,312). En tan triste coyuntura, no se contentó el santo con orar: «Domine, opus tuum» y de permanecer atento a la acción de Dios. Al contrario, puso en obra los medios necesarios para relanzar la Sociedad: el voto heroico y la formación de los Hermanos. Esos medios prácticos constituyen el entramado de la acción de Dios, ya que El inspiró ponerlos en acción.

Otras situaciones, más crueles aún, debían surgir en su vida algunos años más tarde: su deposición como superior de la Congregación, la acusación de incapacidad para su gobierno, el abandono de buen número de Hermanos en quienes confiaba, el saqueo de sus escuelas... Todo lo cual le producía la impresión de que su persona era la causa de todo y Dios no parecía responder a sus llamadas.

Entregado a sí mismo, intentó refugiarse en la oración y la soledad con la presunción de que Dios le enviara una señal de su voluntad. Lo que en la oración parecía rehusarle, Dios se lo comunicó por la carta de los Hermanos, del 1º de abril de 1714: «Señor nuestro muy querido Padre, nosotros, principales Hermanos de las Escuelas Cristianas... os ordenamos... el tomar

inmediatamente cuidado del gobierno general de nuestra sociedad» (MAR 227). La voz de Dios no podía resultar más clara: Dios actuaba a través de la Comunidad de los Hermanos. La Salle se levantó y obedeció.

3. LA SALLE ENSEÑA A CORRESPONDER A LA ACCION DE DIOS

Si los ejemplos de la vida del Fundador no bastaran, menester es añadir que éste se esmeró en convencer a los Hermanos para que correspondieran a la acción de Dios. Anhelaba que se sintieran guiados por la acción del Espíritu Santo, que se entregaran en totalidad en las manos de la Providencia y buscaran con diligencia descubrir, discernir esta acción de Dios.

3.1. El Hermano se ha de conducir por la acción del Espíritu

En el siglo XVII, el vocablo «acción» significaba manifestación de una fuerza, o facultad o costumbre de actuar. Sin embargo, La Salle doctor en teología, parece utilizar este término con su sentido etimológico de «capacidad concretizada en el acto realizado».

Así, la acción de Dios se realiza por la acción del Espíritu. La Salle quiere que sus Hermanos se sientan urgidos por la acción del Espíritu Santo. La reflexión que les propone para el domingo de Pentecostés es la siguiente: «El Espíritu de Dios debe reposar sobre vosotros para ponerlos en condiciones de no vivir ni obrar en adelante sino movidos de su impulso» (MD 43,1), ya que «no debéis vivir ni proceder en él sino conforme al espíritu y a las luces de la fe; y sólo el Espíritu de Dios puede ponerlos en tal disposición» (MD 43,2). Ahora bien, si el Hermano ha de ser guiado [16] únicamente por el Espíritu de Dios, no puede guiarse por su espíritu propio en su empleo (M R 195,2 y C 186.XI), ni permitir la participación de la naturaleza en lo que hace (MD 45,3). Es decir, obrar por motivos puramente humanos y naturales o según las inclinaciones personales (MD 45,3).

En la *Explicación del Método de Oración*, el Fundador invita a los Hermanos a rezar así: «¡Qué bueno sois, Dios mío!; al poner en mí vuestro Espíritu Santo, es sin duda para

conducirme y guiarme en mis acciones. Ya que vuestra intención es que no haga nada que no sea por el movimiento del divino Espíritu...» (EM 18).

3.2. La acción de Dios exige fiarse de la divina Providencia

La fe en la divina Providencia parece ser una de las características de La Salle ya que no se cansa nunca de exhortar a los Hermanos a fiarse de la divina Providencia. Esta entrega supone que se deje a Dios actuar según sus deseos y designios divinos, sin ofrecer obstáculo. Es lo que dijo en varios acontecimientos al asegurar que Dios velaría para que nada nos falte (MD 59,2), que es preciso fiarse de Dios y entregarse a El, sin preocuparse y sin intentar alcanzar la paz con nuestras propias habilidades (MD 20,2).

Este santo que siempre quería «ver claro en cuanto he de emprender» (L 20,8), confiaba ciegamente en la acción de Dios y pone en ejecución personal lo que aconseja al Hno. Gabriel Drolin, de ceder a Dios el cuidado, la dirección y las oportunidades ante todo (L21,13). Las miras humanas no agradaban gran cosa a La Salle (L 24,13) porque «tened por seguro que no contribuiréis al bien de la Iglesia en vuestro ministerio sino en cuanto poseáis la plenitud de la fe, y os dejéis guiar por el espíritu de fe, que es el espíritu de vuestro estado, y el que os debe a todos animar» (MF 139,2).

El Hermano ha de tener conciencia de la acción de Dios en su vocación al ministerio: «Adorad la Providencia paternal de Dios con vosotros, que os entresacó del mundo para disponeros... al fiel desempeño de vuestro empleo» (M F 131,1). Insiste sobre el hecho de que el Hermano es un instrumento de la acción de Dios entre los alumnos, ya que Dios es quien ilumina los corazones de los que están destinados a enseñar su Palabra a los niños, quien les autoriza a instruirlos para que manifiesten su gloria. Por lo tanto el Hermano puede considerarse como ministro de Dios y dispensador de sus misterios (MR 193,1).

3.3. La acción de Dios presupone el discernimiento

Ya que la acción de Dios se manifiesta

normalmente a través de las buenas inspiraciones que nos impulsan a obrar, necesario es tomar cuidado para no resultar presas de la ambigüedad de nuestras inspiraciones personales. Nos advierte san Juan: «Amados, no queráis creer a todo espíritu, sino examinad los espíritus si son de Dios» (Jn 4,1). Por lo cual La Salle buscaba consejo entre las personas competentes y decía: «Por lo tanto, no os fieis nunca de vuestras propias luces, ni siquiera de las que, al parecer, proceden de Dios. Manifestadlas a quienes os dirigen, y someteos a las suyas» (MF 99,3). «A veces, os ocurre a vosotros lo mismo: creéis producir algún bien y, en realidad, no operáis ninguno, ni en vosotros ni en los demás, por no haber contado en lo que emprendisteis con otro guía ni conductor que vuestro propio espíritu» (MF 57,1).

El discernimiento es obra ordinariamente de la Comunidad, en un clima de oración y de fe cuando todos escuchan a Dios y a sus Hermanos, con disponibilidad y sin prejuicios. Por lo tanto, añadía la regla primitiva, en el Instituto se deberá guardar y conservar siempre un profundo espíritu de comunidad.

El discernimiento verdadero requiere la oración y el consejo. Blain nos ha guardado una oración de La Salle en el momento cuando buscaba luz para conocer el camino a seguir: «Dios mío, ignoro si es preciso fundar, o si no hay que fundar...» (BLAIN 1,218).

En consonancia y al mismo tiempo de la oración, uno de los medios eficaces para discernir es la reflexión durante los ejercicios espirituales. «Cuando alguien se ha llenado de Dios en la soledad, puede luego hablar de El con osadía y provechosamente, y darle a conocer a quienes, sepultados en la culpa y la ignorancia, viven en ceguera que ellos mismos desconocen» (MF 100,2).

El otro medio de discernimiento es solicitar consejo a las gentes de bien. Es cuanto el Fundador encomienda igualmente, con insistencia a los [17] Hermanos: «De igual modo quiere Dios que acudáis siempre vosotros a quienes tienen cargo de dirigiros, representados en este evangelio por los apóstoles, aunque haya momentos o paséis por situaciones en que os parezca de escasa utilidad solicitar su ayuda» (MD 20,1).

Temas complementarios:

Abandono-confiar, Conducta de Dios, Consejos, Conversión, Corrección, Discípulo, Espíritu Santo, Fidelidad, Fe-Espíritu de fe, Gracia, Inspiraciones, Obra de Dios, Palabra de Dios, Presencia de Dios, Simple atención-Contemplación, Unión a Dios, Voluntad de Dios.

H. Albino Affonso *LUDWIG*

Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO [18]

2. AMOR - CARIDAD

Sumario:

1. Precisiones filológicas. - 2. La caridad, virtud teologal. - 3. El amor de Dios. 3.1. «Amour de Dieu». 3.2. «Saint/divin amour». 3.3. «Pour amour de Dieu». 3.4. «Amour pour Dieu». 3.5. «Pour l'amour de nous». - 4. El amor, deber esencial de los cristianos.

1. PRECISIONES FILOLOGICAS

Si en el pabellón de la humanidad ondean las banderas del amor propio e interesado, la misión del cristiano estriba en conferir situación honorífica a la caridad para con Dios. Las multiformes exigencias del mandamiento nuevo cobrarán calor en la persona y obra de quien celebró la Anábasis del alma cuando la mayoría de los mortales no han alcanzado todavía la madurez. Dios fue quien conectara La Salle con los pobres. No fueron éstos los que primero le guiaran a Dios. La santidad le hizo caritativo y no viceversa. La historia de su vida será la historia de la caridad.

La formación del vocabulario cristiano en el punto de intersección de dos culturas sufrió cuantiosos influjos que ponen tierra de por medio antes de aventurar cualquier respuesta. Es procedente indicar que el kerigma cristiano resonó en griego. Su doctrina religioso-moral, la historia de sus orígenes, abraza los dos primeros siglos.

Nuestro itinerario parte del griego y, a través del latín, busca las traducciones francesas que configuraron la herencia literaria del Fundador.

Cuando los Evangelios quieren sintetizar la innovación del mensaje de Jesús registran un solo verbo: «amar».

La historia del vocablo tuvo que recorrer muy diversos meandros. Cicerón emplea «caritas» como sinónimo de afecto y estima. Convenía a las relaciones con los dioses y personas de autoridad. En el plano de igualdad recurría «amor».¹ Para Séneca la expresión de mutuo afecto entre personas que viven en sociedad será traducida por «amor». Con ese telón de fondo conviene admirar la terminología bíblica. La traducción griega de los Setenta

contramarcó el predominio del verbo $\alphaγαπαω$. A partir del mismo discurrió la existencia del sustantivo $\αγαπη$ que si no fue creado por los cristianos,² recibió de ellos una vitalidad que no poseía.

En el lenguaje escriturístico resultan raros «amare» y «amor». A partir del griego se justifica el predominio de «diligere», «dilectio» y «caritas».

Gracias a san Agustín «amor» adquirirá derecho de circulación en la lengua religiosa de los cristianos.³ El relieve del doctor de la caridad y su poder de inspiración sobre La Salle acreditan su preeminencia entre todos los conceptos vinculados con $\αγαπη$ en sentido amplio. Entre los latinos, «caritas» es el amor más profundo, aquel que abarca al hombre por completo. Un buen sector de cristianos considerará «amor» en sentido profano y fácilmente negativo. En antítesis con «caritas».

Los tres sustantivos latinos: «dilectio» - «caritas» - «amor» tuvieron cuatro correspondientes en la lengua francesa del siglo XVII:⁴ «dilection» - «charité» - «amour» - «tendresse».

¿En qué sentido y con qué frecuencia los manejó La Salle?

El verbo «aimer» resulta el más usual y con variedad de utilizaciones. Predomina sobre el sustantivo «amour». No obstante será bajo este aspecto donde se agruparán varias expresiones compuestas, difíciles de localizar en otros sectores: «amour de Dieu», «saint/divin amour», «pour amour de Dieu, [19] «amour pour Dieu», «pour l'amour de nous».

Reflejan una tendencia bien marcada. El amor desciende de Dios, de Jesucristo, de la Sma.

Virgen. Y el hombre responde a la predilección celeste con irisaciones multicolores en la vida de cada uno de los santos.

En el plano horizontal brilla con luz propia el amor debido a los pobres. La Salle reserva la forma «amour pour les pauvres» para enmarcar los sentimientos de misericordia hacia los desheredados.

«Amour» es siempre masculino cuando hace referencia al amor de Dios. En los demás casos era susceptible de los dos géneros, con preferencia del femenino. La Salle siguió la tendencia en boga al final del siglo y que ratificaría la Academia en 1718: siempre masculino.⁵

La escasez de citas sobre el tema en el R contribuye a afianzar la idea, por otra parte demostrada, de ser un centón de textos que el Fundador compilara para los suyos. Por otra parte, la brevedad de MR y su carácter bien definido justifican el desarrollo un tanto marginal.

«Dilection» remonta al siglo XII. Al contrario de lo que aconteció con el término latino, aparece usado muy de tarde en tarde. Cabe considerarlo patrimonio de un selecto grupo de oradores y paulatinamente abandonado. San Francisco de Sales lo empleará, no sin recelo, por juzgar que su contenido «entre los latinos, queda por debajo del de amor». Los diccionarios de la época restringen su uso a los rescriptos apostólicos.

Tres factores que justifican el silencio de la literatura lasaliana y del DS.

«Tendresse» deriva del adjetivo «tendre». Hasta el siglo XVII resulta más bien raro. Incluye un sentido de amor y amistad. Dc, R, EM no lo conocen. Sin ser brillante, reviste una digna posición en I y, ya de forma decreciente, en MF, MD, MR, Da.

La Salle, de ordinario, lo aplica a Dios o a Jesucristo como sujeto agente. El contexto eucarístico retorna explícitamente en varias ocasiones. Su concepción del educador como «ministro de Dios y embajador de Jesucristo» le impulsó a aplicarlo en el ámbito ministerial y


referido al prójimo.

El plural, equivale a particulares manifestaciones afectuosas. Cada vez que La Salle lo emplea coloca un sujeto distinto: Dios, la Sma. Virgen, el corazón humano.

El adjetivo, unido con «amour», revela un estado afectivo de intensidad notoria. Cabe emplearlo en la dimensión descendente de Jesucristo hacia los hombres como también en la recíproca.

2. LA CARIDAD, VIRTUD TEOLOGAL

Como virtud teologal involucra el doble amor de Dios y del prójimo. Después de no pocas vicisitudes adquirió curso corriente en la lengua francesa. En el vocabulario lasaliano trasparece con relativa frecuencia en MF, MD, Da. MR con seis citas y R con cuatro serán las obras con menos.

Menudean las citas bíblicas y excepto en un caso (MR 201,2) se mantiene la ecuación:  = caritas = charité.

El orden de significación ofrece policromía insospechada. Desde la caridad en Jesucristo hasta la beneficencia con el desamparado.

Destaca de forma llamativa el hecho de que ocho de las diez citas sobre la caridad del Verbo encarnado sean propias del último escrito de La Salle (EM). Sería indicio de progreso en evolución mental del autor quien, más que glosar la riqueza doctrinal del misterio connota el hecho como afecto que vivifica la oración mental.

En porcentaje muy elevado, las referencias apuntan a la caridad como virtud imprescindible para el cristiano. Metafóricamente, por dos veces, alude al oro de la caridad. En toda comunidad religiosa, amén de la obediencia, es la virtud que debe destacar por encima de todas.

El ministerio de la escuela involucra exigencias. En un par de ocasiones, el Fundador no resiste la tentación de enriquecer incluso el propio vocablo con la fórmula compuesta: «caridad y celo».

En el orden general de la caridad con el prójimo no quería que nada pudiera alterarla en lo más mínimo. El espíritu de su fundación revivió en aquellas perícopas en que podía detenerse acerca de la caridad para con los pobres. Incluye asimismo en el círculo de la caridad a las almas del purgatorio.

Bajo la influencia de Tertuliano, «caritas» sufrió una evolución semántica y significó, concretamente, beneficencia o limosna que no es sino una manifestación del amor. Matiz que conoce extraordinaria divulgación en la obra escrita lasaliana. [20]

Resulta marginal referirse al giro «esprit de charité».

En muy reducidas circunstancias, el Fundador emparenta «caridad y amor de Dios».

La «caridad de Dios» como expresión de nuestro amor a Dios o el de Dios para con nosotros ha caído actualmente en desuso.

3. EL AMOR DE DIOS

El amor descende de Dios, de Jesucristo. El amor de Jesucristo lo centrará, reiteradas veces, en torno a la Eucaristía. También pondrá de manifiesto la excelsitud de María.

El círculo adquiere su perfección última cuando el hombre responde a la predilección celeste. Existe el movimiento que de las criaturas racionales orchestra un himno de loor al Artífice universal. Destaca entre todos el texto que celebra la santidad de la pecadora (Lc 7,47). Si circulaba como doctrina común que la oración, limosna y penitencia expiaban las faltas, en el presente texto Jesús atribuye por vez primera la purificación del alma al fuego de la caridad. El acontecimiento tuvo que impresionar a La Salle. La meditación que dedicó a santa María Magdalena rezuma caridad (MF 144).

En el plano horizontal de la existencia humana, una docena de textos recalcarán el amor debido a los pobres.

El empleo del verbo «aimer» viene monopolizado prácticamente por el amor de Dios:

el hecho y el modo.

3.1. «Amour de Dieu»

En léxico lasaliano resulta equivalente a la vida de la gracia, es la fuente de toda justicia, el motor de la contrición perfecta, el mayor de todos los bienes.

Conviene que los padres eduquen a sus hijos en el temor y en el amor de Dios. El temor, a su vez, es consecuencia del amor de Dios.

Para adquirirlo y conservarlo hay que acudir a la oración, permanecer en atención ante Nuestro Señor y tomar como punto de referencia a la Santísima Virgen quien murió con perfecto amor de Dios.

3.2. «Saint/divin amour»

La unión con Dios se opera, en el sentir de La Salle, mediante el santo amor. Es de tanta magnitud que hay que pedir la gracia de pasar el día y la noche impregnados del mismo. Ni un solo instante de la jornada puede escapar a tan benéfico influjo que marcará el vivir y el morir del cristiano.

A través del periplo existencial habrá que sufrir y soportar con paciencia cuantas adversidades se presenten. Llenar el corazón con el santo amor para que todas las acciones deriven de este hontanar.

Maravilla la síntesis recapitulativa que refleja al glosar la figura de san Carlos Borromeo: «Exceptuados vuestro divino amor y la salvación de las almas, todo lo demás me es indiferente» (MF 187,1).

3.3. «Pour amour de Dieu»

Ser cristiano significa vivir, obrar, sufrir y morir como persona que sigue a Cristo en el mundo hodierno.

La Salle ha embellecido este pensamiento con multitud de comentarios que pueden agruparse en torno a ese eje cuádruple.

Los justos viven con gozo causado por el

amor de Dios.

En su itinerario han de hacer todas las acciones y practicar buenas obras por amor de Dios. Afirmaciones que engloban toda la existencia del Hermano o del discípulo de Jesús.

La Salle acentúa superlativamente la vertiente del sufrir: cosas arduas, penas venidas de donde sea, injurias, pobreza, todos los males del espíritu y del cuerpo e, inclusive, el martirio.

El paradigma de esta exigencia radical no es otro que el mismo Jesús quien vivió humillado en este mundo, sufrió toda suerte de ultrajes y no pasó ni un solo día sin sufrir.

Radicalidad que transparenta a la hora de hacerse violencia, privarse de algún placer, moderar los sentidos, renunciar a todos los movimientos de avidez...

3.4. «Amour pour Dieu»

Es quizás uno de los más espléndidos epígrafes [21] lasalianos. Por su concepción y desarrollo que puede rastrearse a través del VL.

El Fundador parte de la idea de invertir todo el amor por su amor (vale la redundancia) y por su servicio. Conviene no encerrar dentro de nosotros el amor que tenemos por Dios.

Así, apremia a testimoniar a Dios el amor que se tiene por El. Preferir Dios a cualquier otra cosa que puede ser objeto de nuestro amor. Hasta el punto de hacer reinar a Dios por la gracia y por la plenitud de su amor en el corazón.

Inspira el deseo de morir por Dios. Evoca el texto de los Sinópticos: «El que ponga al seguro su vida, la perderá, y el que pierda su vida por causa mía, la pondrá al seguro» (Mt 10,39).

3.5. «Pour l'amour de nous»

El origen del amor hay que ubicarlo en Dios. Aunque lo que Dios hace por amor es atribuido al Espíritu Santo. La Salle lo califica de muy grande. Y su descripción llega al cenit al siluetear la figura de Jesucristo, quien careció de todo en su vida por nuestro amor. Sufrió en

exceso. Por nuestro amor, quiso ser crucificado y se entregó a la muerte.

Más allá de su vida ha manifestado su amor por nosotros en el sacramento de la Eucaristía.

4. EL AMOR, DEBER ESENCIAL DE LOS CRISTIANOS

El amor, tema universal y manido. Filósofos, literatos, artistas... todos parecen conocer el concepto. Nadie experimenta la necesidad de definir. Tampoco La Salle mostró perspicacia especial para desentrañar el contenido de un vocablo que sus coetáneos entendían. Silenció la ontología del amor, y mucho más, su psicología. ¿Qué método dispuso para proyectar su pensamiento? El punto de partida se resiente de la controversia posttridentina fe-obras (Da 89-90. R 155). Por ello predica de continuo la eficacia del operar.

El amor tiene como objeto toda la gama de virtudes y cualidades del espíritu: desde el amor a la verdad hasta el amor a la oración, pasando por el ayuno, penitencia, mortificación y dolor.

Amor que cualifica de «ardiente» en su referencia a Dios. Para aseverar que cuando es tal resulta más fuerte que la muerte. No amamos verdaderamente a alguien más que cuando simpatizamos activamente con sus designios. Si amamos a Dios y si Dios, en su acción creadora, mira su propia gloria... es necesario que también nosotros intentemos glorificar a Dios. Como objetivo que estamos ansiosos de asegurarnos nosotros mismos mediante nuestra acción y oración.

El amor es «tierno» en su proyección sobre los hombres. Así son, tanto el amor de Dios Padre como el de Jesucristo, en sí mismos y hacia los pecadores.

Esta disponibilidad para el amor explica la importancia del servicio de Dios, de la flexibilidad del alma a las inspiraciones, del santo abandono, de la adoración.

Si la gracia no hubiera actuado una

comunidad de vida entre Dios y el hombre, el amor se reduciría a una adoración respetuosa de la que el prójimo quedaría apartado, pues el culto se reserva a Dios. La diaconía de la caridad no puede comprenderse sino por la nueva relación que arranca de la gracia creada. Esta permite al cristiano amar a su prójimo con el mismo amor con que Dios se ama y nos ama.

En tres ocasiones, el Fundador alude al «puro amor» de Dios. Amor verdadero, en contraste con el amor interesado. Siempre tiene como destinatario a Dios.

Considerado en su ser ontológico un tal amor parece implicar la felicidad. Queriendo a Dios por amor, la voluntad quiere su bien que es Dios mismo.

La escuela beruliana destacó en esta concepción. Bérulle, apóstol del Verbo encarnado, resalta, sobre todo, la reciprocidad del amor divino. El efecto del amor es unir el Verbo con la humanidad y nosotros con Cristo. Y como lo propio del amor es unirnos al ser amado, debemos, en reciprocidad, olvidarnos de nosotros mismos para ser totalmente de Jesús. Así fue el amor de la Magdalena hacia Jesús (MF 144,1).

El Fundador, tan sobrio en sus

expresiones, utiliza esporádicamente determinados símbolos y metáforas sobre el amor.

Destaca el fuego del amor de Dios que no podrá estar en el hombre sin la previa destrucción del pecado. [22]

De pasada, aludirá a un cabello... capaz de disminuir el amor del Esposo; al trono del amor; yugo de amor y de paz; el anillo como signo del amor entre esposos.

¹Hélène PETRE, *Caritas. Etude sur le vocabulaire latin de la charité chrétienne*. Spicilegium Sacrum Lovaniense, Louvain, 1948, p. 32; LEVIS AND SHORT: *A Latin Dictionary*, Clarendon Press, Oxford, 1958, pp. 108-109.

²R.E. WITT *The Use of AI'AIH in P. Oxy, 1380: A Reply*, *The Journal of Theological studies* 19, 1968, p. 211; Anders NYGREN *Erôs et Agapè. La notion chrétienne de l'amour et ses transformations*, Aubier, Paris, 1944, pp. 158-162; C. Pozo, *Teología de la fe*, Granada, 1966, p. 99.

³H. PETAE, o.c., pp. 89-96; André WILMART *Un sermon de St. Augustin sur le Précepte de la Charité*, RAM 2, 1921, 351-372.

⁴Cf. Antoine FURETIERE *Dictionnaire Universel*, Arnoud et Reinier Leers, La Haye-Rotterdam, 1701; Pierre RICHELET *Nouveau Dictionnaire François*, Jean Elzevir, Amsterdam, 1709; Philibert MONET *Inventaire des deux langues françoise et latine*, veuve de Claude Rigaud et Philippe Borde, Lyon, 1636; E. LITRE *Dictionnaire de la Langue Française*, Hachette, Paris, 1885; Gaston CAYROU *Le Français classique. Lexique de la Langue du Dix-septième siècle*, Didier, Paris, 19486.

⁵ Cf. G. CAYROU, o.c., pp. 31-32.

Temas complementarios:

Abandono, Adoración, Ternura, Corazón, Discípulo, Espíritu Santo, Gracia, Inspiraciones, Jesucristo, Eucaristía, Misterios, Oración mental, Pobreza, Verdad, Devoción mariana.

BIBLIOGRAFIA

1. ARCY, M.C. d', *The mind and heart of Love. Lion and Unicorn. A study in eros and agape*. Faber and Faber, London, 1945, p. 333.
2. BREMOND H., *La Querelle du Pur Amour au temps de Louis XIII*, A. Sirmond et Jean-Pierre Camus, Bloud & Gay, Paris, 1932, p. 141.
3. COPPENS, J., *La doctrine biblique sur l'amour de Dieu et du prochain*, ETL 40, 1964, p. 252-299.
4. DIUMENGE, Lluís, *El amor en la doctrina espiritual de san Juan Bautista de La Salle*, SPX, Madrid, 1970, p. 549.
5. FALANGA, A.J., *Charity, the Form of the Virtues according to saint Thomas*, Catholic Univ. of America, Washington, 1949, p. 263.
6. GALOT, J., *L'Esprit d'Amour*, DDB, Bruges, 1959, p. 251.
7. GALY, J., *Le Sacrifice dans l'Ecole Française*, Nouvelles Editions Latines, Paris, 1951, p. 403.
8. GILLEMANN, G., *La Primacía de la Caridad en Teología Moral*, DDB, Bilbao, 1957, p. 484.
9. NEDONCELLE, M., *Vers une Philosophie de l'Amour et de la Personne*, Aubier, Paris, 1957, p. 272.
10. PIKAZA, X., *El sentido del amor según el Nuevo Testamento, Corintios XIII*, n° 5, 1978, p. 115-155.

11. SCHNACKENBURG R., *El mensaje moral del Nuevo Testamento. I. De Jesús a la Iglesia primitiva*, Herder, Barcelona, 1989, p. 323.
12. TINSLEY, L., *The French Expression for Spirituality and Devotion: A Semantic Study*, Catholic Univ. of America, Washington, 1953, p. 302.
13. WIENER, C., *Recherches sur l'amour pour Dieu dans l'Ancien Testament*, Letouzey et Ané, Paris, 1957, p. 85.

H. Lluís DIUMENGE [23]

3. ANGELES CUSTODIOS

Sumario:

1. La devoción a los ángeles custodios en la historia de la Iglesia. - 2. San Bernardo y la tradición benedictina en el culto a los ángeles. - 3. La presencia de los ángeles en la espiritualidad carmelitana. - 4. La devoción a los ángeles en el siglo XVII. - 5. La devoción al ángel custodio en los escritos de san Juan Bautista de La Salle. - 6. Las fuentes inspiradoras de esta devoción lasaliana. - 7. Los ángeles, modelos de vida para el Hermano. - 8. El ángel custodio en los Catecismos de La Salle - 10. Conclusión.

1. LA DEVOCION A LOS ANGELES CUSTODIOS EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA

El culto a los ángeles hunde sus raíces en los primeros tiempos de la historia de la Iglesia, ya que hallamos menciones en los primeros Padres y Doctores de la Iglesia, desde san Justino a Atenágoras, Orígenes, Juan Damasceno, Eusebio de Cesarea (discípulo de Orígenes), san Ambrosio, san Agustín y san Jerónimo.

Los apologistas y los Padres sienten la urgencia y preocupación de situar concretamente el monoteísmo cristiano y liberar el tema del culto de los ángeles de cualquier ambigüedad teológica. Se ha de diferenciar ese culto del de las divinidades menores del paganismo y de no confundirlo con el contaminado culto hebraico, de sus influencias iranianas o por el ambiente frigio frecuentemente entreverado del culto orgiástico de Cibele y de Ati. El hito de arranque, para la Iglesia primitiva, es su vinculación a la Carta de san Pablo a los Colosenses que advierte a los cristianos contra las doctrinas judeo-gnósticas relativas a los supuestos mensajes angélicos, decantándose en provecho de una sabiduría doctrinal superior (cf. Col 2,18).

Afirma san Justino que se debe adorar en el misterio de la Trinidad a un Dios único, honrando juntamente a los ángeles buenos que constituyen su escolta: «Con Dios veneramos, adoramos, honramos, en espíritu y en verdad, al Hijo que viene del Padre y al ejército de los ángeles buenos que lo escoltan». El hecho de que se afirmara en la filosofía neo-estoica y neoplatónica, con cierta tendencia al politeísmo y a las divinidades menores, impactó luego el ámbito cristiano e hizo más prudentes y circunspectos los escritos y el lenguaje de los

cristianos con relación al culto de los ángeles. Respondiendo a Celso, Orígenes declara: «Nosotros, los cristianos, no adoramos a los ángeles como hacen los hebreos... y rechazamos cualquier culto al demonio que no es siervo de Dios supremo... pero nosotros nos hacemos imitadores de los ángeles como ellos lo son de Dios». Lo que no empece, pues, conservar firmemente su devoción al ángel custodio a quien invoca: «Ven, ángel, acoge a quien se ha alejado de su error, acógelo cual buen médico, caldéalo, fortifícalo».

Sobre la veneración de los ángeles poseemos idénticamente la voz de san Ambrosio, de san Jerónimo y de san Agustín. Este, medroso de poder confundir los ángeles con los demonios, nos adelanta esta fórmula: «Honoramus eos caritate, non servitute», adjuntando la teoría de la iluminación sobre su conocimiento de los misterios cristianos...

En la baja Edad Media, al unísono con el requerimiento al culto de los ángeles por san Gregorio Magno, se extiende la devoción al arcángel san [24] Miguel, mayormente en el Monte Gárgano, desde 494, y en Francia en el Monte Saint-Michel desde 709 y posteriormente. Además, al papa san Gregorio se le atribuye la visión del ángel aparecido sobre el Mausoleo de Adriano, volviendo su espada a la vaina e indicando así el final de la peste en Roma.

Por lo tanto, la devoción a los ángeles custodios no conoció interrupción en la historia de la Iglesia. De ahí, las reiteradas referencias en la vida de los Padres del desierto, de san Antón a san Pacomio y a san Simeón estilita, por no citar sino unidades.¹ De modo singular, en las primeras obras ascéticas, las llamadas a esta devoción no escasean así como en los treinta volúmenes de la

«Escala de oro» de san Juan Clímaco.

2. SAN BERNARDO Y LA TRADICION BENEDICTINA DEL CULTO A LOS ANGELES

Durante la Edad Media, el gran propagandista del culto a los santos ángeles fue sin discusión san Bernardo, abad de Claraval, hombre de gran estatura moral y culta a nivel de Europa entera. Reanimó la tradición benedictina y, tras su actividad de hombre impetuoso y batallador, tanto como por sus escritos, se constituyó en el apóstol de una devoción radiante a los ángeles, accesible al pueblo. Constantemente la Iglesia hizo y hace referencia a este santo para remozar la devoción al ángel custodio y ha inserto en el oficio del 2 de octubre extractos de sus sermones.

Los escritos de san Bernardo se caracterizan por la amistad y la confianza con el ángel custodio: «Que sean los ángeles vuestros confidentes; acudid con insistencia a quienes se hallan constantemente a vuestra vera para custodiaros y para consolaros». ² Más aún: «¿Osarías realizar en cualquier lugar o circunstancia, frente a tu ángel que se halla presente, lo que no ejecutarías si lo vieras?» (*Sermón XII*, 6). «En verdad que todo el honor y la gloria sólo a Dios se deben; pero no podemos ser ingratos frente a nuestros ángeles que El escogió como ministros de misericordia y distribuidores de sus dones con nosotros. Nunca encarnaremos amor suficiente hacia tales nobles criaturas y por su cariño por nosotros» (*Sobre el salmo 90*).

Con san Bernardo nos desvinculamos de la tradición angelológica escuetamente teológica, gracias al recuerdo que él hace del celo y de la afectuosa caridad de los ángeles con nosotros. De donde brota una invitación natural a la gratitud, a la devoción familiar y a una fe sólida hacia los ángeles custodios. La devoción de san Juan Bautista de La Salle le debe mucho a esta impronta de san Bernardo y a sus consideraciones sobre nuestra actitud espiritual. Sobreentendido que el Fundador ha tenido conocimiento y frecuentación del ambiente benedictino ya desde su período remense. Nos cabrá ponderarlo; el lenguaje de La Salle se amoldará a la doctrina de

san Bernardo y él contemplará en el ángel custodio un modelo para el Maestro de escuela. El Maestro, nos señala en las Meditaciones para el tiempo de los Ejercicios espirituales, debe resultar el ángel de la guarda de sus alumnos (MR 197-198). De este modo, La Salle, según la exhortación de san Bernardo, halla en los ángeles los modelos de sobriedad, de castidad y de espíritu de oración, y sobre todo ejemplares de caridad y edificadores de paz.

Lenguaje idéntico al empleado por san Ignacio en las Reglas de su Compañía con llamadas a imitar a los ángeles. Célebres benedictinos han seguido las trazas de Bernardo de Claraval en esta devoción, desde Bernardo abad de Cluse al abad Gervin de San Riquier (que oía a los ángeles entreverar sus voces a las de los monjes durante la celebración del oficio e inundaban el coro con un perfume suave); de Hugo de Cluny (que se beneficiaba de la visión de su ángel custodio) a Pedro de Celle y a Guillermo de Saint-Thierry (que comparaba la actividad del monje en su celda a la de los ángeles en el cielo)...

Todos sus discípulos nos han legado exhortaciones a una auténtica devoción a los ángeles custodios, y sobre todo a san Miguel, cuya estatua y altar se ubican en la capilla monástica.

La doctrina y los esbozos místicos de san Bernardo sobre los ángeles fueron recogidos por sus continuadores en las diversas ramas benedictinas. Entre ellos, san Juan Gualberto, y sobre todo Dionisio el Cartujano, quien, en el siglo XV nos presenta en sus obras, ya la especulación teórica teológica sobre la jerarquía celeste y su naturaleza, ya consejos prácticos de devoción a estos grandes agentes de nuestra perfección mística. En sus [25] *Sermones*³ Dionisio nos plantea la famosa fórmula para cuanto se refiere a nuestras relaciones con los ángeles de la guarda: «diligendo cordialiter, quotidie honorando, assidue invocando, imitando, eis colaborando».

En la estela de san Bernardo con miras a esta devoción, podemos colocar de idéntica manera, en el siglo XIV, a Juan Taulero de Estrasburgo, primero cartujo, luego dominico; «predicator egregius, litterarum sciento clarus» que impactó la espiritualidad del siglo XVII a

propósito de la gracia divina, especialmente a san Pablo de la Cruz. Siempre en el mismo siglo XIV Ludolfo de Sajonia, cartujo, autor de una famosa vida de Cristo,⁴ mina preciosa de instrucciones y de meditaciones basadas en la Sagrada Escritura y en los Padres de la Iglesia. Con relación a la devoción a los ángeles custodios, se amolda a las ideas de san Bernardo, particularmente en su obra *De Angelis*,⁵ publicada en Barcelona en 1394.

A todos ellos sumaremos aún, en el siglo XV, Juan Gerson que redactó el *Sermo de Angelis*,⁶ Juan Vos y el franciscano español Fray Francisco Eximenis⁷ autor de un popular tratado sobre los ángeles (1392) y promotor de su devoción, primero en Valencia, luego en toda España.

3. PRESENCIA DE LOS ANGELES EN LA ESPIRITUALIDAD CARMELITANA

Las afinidades entre La Salle y la espiritualidad carmelitana son ciertas tanto por sus «desiertos carmelitanos» con la finalidad de dar nuevo temple a su espiritualidad en esas jornadas de ejercicios espirituales como por la frecuentación estudiosa de las obras de santa Teresa y de san Juan de la Cruz de las cuales nos informa su biógrafo (BLAIN 2,166). La espiritualidad carmelitana tuvo, en la Francia del siglo XVII, como intermediario máximo, a la escuela sulpiciano, sobre todo porque Bérulle fue quien dio a conocer el pensamiento y las reglas directrices de la espiritualidad de santa Teresa.

La devoción al ángel custodio, que descubrimos en los escritos carmelitanos de san Juan de la Cruz y de santa Teresa, detectaron un terreno propicio en la disponibilidad de La Salle. Es, pues, interesante destacar en relieve las llamadas de esta devoción en los escritos de ambos santos. En san Juan de la Cruz, las referencias sirven para adelantar a las almas comprometidas y entregadas a la ascesis de la espiritualidad, modelos de intensa y continua adoración a Dios. En su capítulo 12 de la *Noche oscura*, se dice que «Dios comunica todas sus inspiraciones por el intermediario de los ángeles y éstos las transmiten unos a otros, sin tardanza como acontece con el rayo de sol que pasa a través de numerosos cristales colocados unos tras otros» (cap. 12,3). O del mismo modo: «Todas nuestras

oraciones van a Dios, ofrecidas por los ángeles, tal cual uno de ellos se lo dijo a Tobías: «*Cuando rezabas, derramando lágrimas a raudales y enterrando a los muertos, yo ofrecía tus oraciones al Señor*».⁸

En sus apostillas de las obras menores, san Juan de la Cruz exhorta al alma mística: «Recuerda que tu ángel custodio no siempre mueve el apetito de la acción, incluso si siempre ilumina la razón. Consecuentemente para ejercitarse en la virtud, no se ha de esperar el gusto, ya que la razón y la inteligencia te bastan». Numerosas menciones se hallan sobre la presencia del ángel custodio como colaborador en la construcción de la perfección personal.

En su autobiografía, santa Teresa nos habla de la presencia de los ángeles en sus visiones mientras acompañan a Jesús, María y José. Efectivamente un serafín le transverberó el corazón con un dardo dejándole el corazón inflamado de amor a Dios. Sus escritos resulta una continua exhortación a la confianza en esta colaboración angélica durante el proceso de nuestra vida hacia una unión más íntima con Dios, unión cuyo modelo son los ángeles.

4. LA DEVOCION A LOS ANGELES EN EL SIGLO XVII

Cuando hablamos de la devoción a los ángeles en el siglo XVII no podemos reducir la explicación a un simple «decorum» - protocolo que no tendría cuenta de las estructuras substanciales que rigen los contenidos humanos y la misma espiritualidad.

En Europa, este siglo se cimentaba de hecho sobre una sincera y consciente interioridad religiosa, sin voluptuosidad de transparentarse como [25] algo maravilloso o ingenioso. Al diferenciar, pues, cuanto concierne a la doctrina teológica de la práctica y de la devoción popular no se puede ciertamente asegurar que los teólogos escolásticos del siglo XVII tuvieran gran interés pastoral ante la devoción a los ángeles, particularmente al ángel de la guarda, ya que estaban cautivos por la problemática que se refiere a su naturaleza, a su inteligencia y al lenguaje de los ángeles. En concreto, el teólogo y moralista Suárez, jesuita español y presentador eminente de

esta trayectoria en el siglo XVII, no alude al aspecto devocional en su tratado *De Angelis*, publicado en 1630. Aborda el análisis de la esencia, del nivel de inteligencia de los ángeles que presenta como superior al de los hombres, y se detiene luego sobre la substancia y la especie de los ángeles, sin dar, consecuentemente, directrices pragmáticas de conducta en cuanto concierne a la piedad devocional o al culto de los ángeles. En cambio, su doctrina es abundante en referencias a otras escuelas del pensar hasta el punto de elaborar una obra ecléctica.⁹

A la vera del renadío de los estudios teológicos sobre los ángeles, existe en ese siglo, sin embargo, una reafirmación de la devoción frente a los mismos en especial frente al ángel de la guarda. No sólo en el arte barroco donde se multiplican esos angelotes doradamente sonrientes que destellan en las iglesias, sino también en los escritos contemporáneos donde se acumulan exhortaciones e indicaciones de prácticas con la celebración semanal del ángel custodio y las letanías en su honor. «El ángel guía en la devoción cristiana»,¹⁰ con su celebración correspondiente y las letanías propias, de S. Coret, se publicó en Lieja en 1725, es decir al alba del siguiente siglo y da fe hasta qué punto la devoción de los ángeles estaba extendida y cómo se derivaba de la doctrina de san Bernardo de Claraval. En cuanto a la devoción de los ángeles en la vida consagrada es interesante destacar lo que un trapista anónimo de la abadía de Sept-Fons en Allier, en la obra «Maravillas divinas en las almas merced al ministerio de los ángeles».¹¹ Sin embargo, el carácter de verdad popular de esta devoción durante el siglo XVII se debe a los Padres jesuitas.

En efecto, si el misticismo de los monjes y la doctrina de los teólogos habían definido la doctrina cristiana sobre los ángeles, al precisar su naturaleza, sus funciones y su jerarquía acudiendo para ello a las referencias bíblicas, quienes contribuyeron a la extensión de una devoción realmente popular en el siglo XVII fueron los Padres de la Compañía de Jesús.

Su Fundador había recibido del cartujo Ludovico de Sajonia (autor de la famosa *Vida de Cristo*) y de García Jiménez Cisneros (*Exercitaciones*, obra de características

antológicas) una amplia información que transmitió a las Reglas de la Compañía¹² al proponer a los ángeles por modelos de caridad, de celo, de sereno dominio de sí. Consecuentemente, en los *Ejercicios Espirituales*, llama la atención con sumo respeto a los ejercitantes su-brayando la intervención de los ángeles en los distintos misterios de la vida de Cristo, por ejemplo en la Anunciación, el Nacimiento, la Circuncisión, la visita de los Magos, la Huida a Egipto, las tentaciones en el desierto, las apariciones tras la Resurrección y la Ascensión. En el primer preámbulo de la «contemplación para ganar amor», en su composición de lugar, recuerda la presencia de los ángeles. En las reglas atinentes al discernimiento de los espíritus resalta la presencia de los ángeles buenos y malos que actúan sobre las almas y allí, probablemente nos brinda una alusión psicológica del bien y del mal en el corazón humano, de la parte de los ángeles a quienes se nos proponen como modelos. Admitamos, pues, que en la doctrina ignaciana se descubren referencias a Orígenes y a san Agustín.

En el linaje descendente de san Ignacio nos cruzamos con Pedro Fabro (apodado le Fèvre), jesuita que se encontró con san Ignacio después de su ordenación sacerdotal y que junto con él llegó a resultar uno de los fundadores de la Compañía. Trabajó más tarde en la evangelización de varios países de Europa. Sus biógrafos nos cuentan de él que vivía en intimidad profunda con los ángeles, de quienes solicitaba intervención en sus predicaciones y les consideraba -a tenor de la tradición doctrinal jesuítica- como protectores de las pro-vincias y de las ciudades en las que predicaba a la par que sus ángeles custodios.

Otros jesuitas promocionaron esta devoción en esta histórica etapa: san Pedro Canisio, traductor de Taulero; Francisco Albertini con su tratado sobre el ángel custodio, traducido al francés en 1613;¹³ san Francisco de Borja que escribió: *Tratado y práctica de la devoción a los ángeles*.¹⁴ [27] Hallamos igualmente una larga referencia la devoción angélica en san Luis Gonzaga en las *Méditations sur les principaux mystères* (1590). Los directores de las Congregaciones marianas inculcaban esta devoción en la formación a la piedad de sus miembros y en el manual del congregante *Libellus*

.*sodalitatis* (el de Ingolstadt es de 1588) donde se invita al recuerdo del ángel custodio en la oración de la noche. Descubrimos nuevamente en el colegio de los jesuitas de Dinant este texto: *Règles de la petite sodalité angélique adressée au Collège de la Compagnie de Jésus*, editado en Namur en 1628. Citemos también otras publicaciones de los jesuitas del siglo XVII ya que pudieran haber interesado eventualmente a La Salle, incluso si adolecemos de indicaciones precisas a su favor: Etienne Andebert: «Belle confession de foi touchant l'invocation de l'ange gardien» (1624); P. de Barry:¹⁵ *Dévotion aux anges* (Lyon 1641) y P. Grasset:¹⁶ *Traité des saints anges* (1691).

Fuera de los jesuitas, la difusión de la devoción a los ángeles la detectamos, por descontado, en estas fechas, en la doctrina espiritual y en la influencia de Bossuet, del cardenal Bérulle y de la escuela sulpiciano, mayormente en Olier, como lo deducimos de la obra de H.J. Icard: *Doctrine de Monsieur Olier* y en la escuela carmelitana de santa Teresa de Avila, en Francia. Citemos al pasar que Olier fue el director espiritual de la dominica Madre Agnès de Jesús priora del convento de Langeac y apóstol de la devoción al ángel custodio en el siglo XVII. Se cuenta de esta religiosa que mantenía relación mística con su ángel de la guarda que se le aparecía con los rasgos de un adolescente. La dirección espiritual fue un enriquecimiento devoto para ambos. Se amplía en detalles: la santa priora prestó a su ángel custodio a Olier cuando procede éste a la fundación de seminarios.

Los vínculos entre La Salle y la escuela de San Sulpicio de espiritualidad ponen en claro su inclinación hacia la devoción al ángel custodio.

5. LA DEVOCION AL ANGEL CUSTODIO EN LOS ESCRITOS DE LA SALLE

La difusión del culto al ángel custodio con su fiesta particular era más bien reciente en el siglo XVII. La fiesta de los santos ángeles se había fijado únicamente para el Imperio de los Habsburgos, por el papa san Pío V, en 1608, luego se fijó para la iglesia universal por el papa Clemente X en 1670 quien desplazó la fecha al 2 de octubre haciendo su traslado del primer domingo de septiembre.

Nuestro santo Fundador prodiga explicaciones precisas sobre los ángeles y sobre el ángel custodio especialmente en las Meditaciones, MD, MF y MR. Nos tropezamos con 76 citas. En los *Devoirs d'un chrétien*, se encuentran 90, en el *Grand abrégé* 32 y en el *Culte extérieur* 43.

6. LAS FUENTES INSPIRADORAS DE ESTA DEVOCION LASALIANA

Los veneros de esta devoción lasaliana, especialmente al ángel de la guarda, se descubren sobre todo en las espiritualidades benedictina, carmelitana, ignaciana y sulpiciano.

En París, en la abadía de Saint-Germain-des-Prés, de quien dependía la parroquia de San Sulpicio, La Salle tuvo la oportunidad de conocer al P. Juan Mobillion, célebre benedictino, representante de la reforma de Saint-Maur, fallecido en Saint-Germain-des-Prés en 1707. Había clasificado y publicado las obras de san Bernardo en 1647. La Salle pudo conocerlas. Mobillion afirmaba: «Entre todos los libros que los monjes pueden y deben leer, después de los libros bíblicos, no se dan de mayor utilidad y con los cuales familiarizarse que las obras de san Bernardo. En su vida cotidiana han de resultar ellas una referencia».

San Bernardo está citado por La Salle directamente en la meditación sobre los ángeles custodios a propósito de su perpetua asistencia. «Es éste en verdad, un maravillosos efecto de la bondad de Dios, dice san Bernardo, y uno de los mejores testimonios de su amor» (MF 172,1). Las referencias a la devoción a los ángeles, en san Bernardo, las hallamos sobre todo en los *Sermones* 11 y 12, al comentar el salmo 90 «Qui inhabitat», y en el *Sermón* para la festividad de san Miguel, repuesto igualmente en el oficio de las lecturas del breviario. La meditación de La Salle para el 2 de octubre, en su punto primero, al inspirarse en el *Sermón 12* de san Bernardo, recuerda el envío que Dios ha hecho, no tan sólo de su Hijo Jesucristo, [28] sino también de los ángeles de la guarda, «para que estén siempre a nuestro lado, nos socorran y nos ayuden en toda clase de vicisitudes» (MF 172,1). Nuevamente en el punto segundo cita a san Bernardo: «Ellos, dice san Bernardo, no pueden consentir que la

tentación sea superior a nuestras fuerzas; y en los trances muy difíciles y peligrosos, nos llevarán en sus palmas para ayudarnos a superar las penas y dificultades, sin que de ellas redunde para nosotros daño alguno» (MF 172,2). La cita continúa en el tercer punto: «Según san Bernardo, hemos de manifestarle respeto por su presencia, devoción por su benignidad con nosotros, confianza por el esmero con que nos custodia. Tenemos también la obligación de agradecerle la extremada caridad con que obedece el mandato que ha recibido de cuidarnos en tan apremiantes y continuas necesidades» (MF 172,3). Pero La Salle, volcado hacia la actividad educativa del Hermano, concluye la misma Meditación: «Rogad muchas veces también a los ángeles custodios de vuestros escolares, para que, ayudados éstos por su poderosa intercesión, practiquen gustosos y con mayor prontitud y diligencia el bien que les enseñáis» (MF 172,3).

Es asombroso que en la MF 158, para la festividad de san Bernardo, no haya hecho alusión alguna a la devoción al ángel custodio. Pero La Salle parece insistir con preferencia sobre las virtudes de castidad y mortificación, y sobre el testimonio evangélico de este santo, recorriendo, según su costumbre, los elementos biográficos que se adapten mejor a los intereses de los Hermanos.

7. LOS ANGELES, MODELOS DE VIDA PARA EL HERMANO

7.1. El ángel custodio, modelo de vida religiosa, es para La Salle uno de los motivos habituales y fundamentales de la devoción al ángel custodio. Los ángeles, constantemente en adoración ante Dios, viven substancialmente la actitud de quien se ha consagrado al servicio de Dios. Esta perspectiva de veneración, parece emanar de la espiritualidad benedictina, fortalecida luego por la de los jesuitas, y se transparenta muy clara en las orientaciones de La Salle.

7.2. Si nos empeñamos en un análisis más pormenorizado de sus Meditaciones nos encontramos ante la llamada y memoria de la intervención de un ángel en los principales misterios de la economía de la salvación. Lo cual ha de invitar al Hermano a insertarse en la historia

de la salvación personal de sus alumnos, como lo cumplen los ángeles, y constituye una motivación añadida para que el Hermano imite el ejemplo de los ángeles.

Un ángel se halla junto a Jesús en su Pasión (MI 27), los ángeles adoran su humanidad en el cielo tras la Ascensión (MD 40), un ángel interviene ante san José para que participe de manera activa en la vida de Jesús y a un ángel corresponde adelantar el mensaje a María; un ángel, de modo idéntico, se encarga de sacar a san Pedro fuera de su cárcel; los ángeles transportan al cielo el cuerpo de María, y también dan tierra al cuerpo de santa Catalina; etc... (MD 6; MF 110. 112. 149. 156. 184).

7.3. Pero la actividad apostólica, es la actividad del Espíritu divino que se adentra en el alma, «en el fondo del alma», cuando el religioso, en su oración se hinche de Dios y a El se une internamente (cf. EM). La actitud del religioso, ya que es cual ángel enviado por Dios a sus alumnos (MD 21), debe asemejarse a los ángeles en su pureza interna y externa, y en su desprendimiento del cuerpo. El Hermano habrá de aplicarse a cuanto se refiere al servicio de Dios, de modo a realizar una vida similar a la de los ángeles.

7.4. En su vagabundeo continuo hacia la santidad el religioso recibe, pues, de Dios, una garantía con la proximidad del ángel custodio que le educa a propósito de la obediencia religiosa a sus superiores, como lo hizo con el abad Póstumo (MD 7,2) y que le asegurará al decirle, como el ángel a Tobías, que Dios no permite tentaciones más allá de nuestras fuerzas y prueba al hombre a fin de superarle (MD 17,3).

Para alcanzarlo, será menester establecer una relación confiada con su propio ángel custodio, instaurar un diálogo, como lo hacía María tras su Presentación en el templo, donde conversaba más con los ángeles que con sus compañeras a fin de predisponerse a recibir este saludo que un ángel le ofrendará de parte de Dios.

Así, los ángeles se constituirían en mensajeros [29] de los Hermanos en su cotidiana actividad, participando en su apostolado y dándoles a conocer el fruto logrado en las almas y al inspirarles «a los padres y a las madres que os

encomienden sus hijos, para que los instruyáis. Que, incluso, por vuestras enseñanzas, moveréis el corazón de esos niños pobres y que la mayor parte serán verdaderos cristianos» (MD 86,3).

7.5. Según La Salle, el Hermano goza de una posibilidad mayor que los ángeles, la de poder alimentarse de la Eucaristía, ya que «los ángeles se contentan con adorarla, y de anonadarse ante este sagrado tesoro, que constituye la consolación de los hombres sobre la tierra (MD 47,1). Por todo lo cual añade: «Vosotros que tenéis la suerte de vivir apartados del mundo, y que habéis de llevar vida que se asemeje a la de los ángeles para corresponder dignamente a vuestro ministerio; debéis estimaros también felices por recibir con frecuencia el pan de los ángeles, que Jesucristo mismo os prepara, y con el cual intenta dejaros plenamente har-tos» (MD 50,3).

7.6. Cuando habla de la acción educativa, La Salle ve en ella una interacción y una identificación entre la acción del ángel de la guarda y la del Hermano. En las MR 197-198, este tema se precisa mucho más. El mismo título de las meditaciones, de ambas, es significativo: «Que los elegidos por la Providencia para educar a los niños deben ejercer con éstos las funciones de Angeles Custodios en su empleo» y «Cómo ejerce la función de Angel custodio el educador de la juventud». Arrancando de una visión pesimista del niño que nace semejante a «una masa de carne», todavía sin hallarse en estado de concebir fácilmente las verdades y las máximas cristianas (MR 197,1), concluye sobre la necesidad para los niños de tener guías buenos y ángeles visibles para enseñárselo. Es el papel que ha de desempeñar el Maestro, en cuanto ángel visible. Ambas cosas se realizan de doble manera:

«1. dándoles a conocer dichas máximas, como se contienen en el santo Evangelio;

2. dirigiendo sus pasos por la senda que los conduzca a ponerlas en práctica» (MR 197,2).

Para ilustrar estos conceptos, recurre a la bella metáfora bíblica de la escalera de Jacob «por la cual subían los ángeles y bajaban. Subían los ángeles a Dios para darle a conocer las necesidades de los que había puesto a su cuidado,

y recibir las órdenes divinas tocantes a ellos. Luego, volvían a bajar para descubrir a sus protegidos cuál era la voluntad de Dios, en lo conducente a su salvación.

De igual modo habéis de proceder vosotros con los niños que os están confiados» (MR 198,1).

8. EL ANGEL CUSTODIO EN LOS CATECISMOS DE LA SALLE

Los *Devoirs d'un chrétien envers Dieu*, obra que publicó por tres veces durante su vida: en 1703, en 1705/10 en París y en 1713/16 en Grenoble, constituyen el texto de los catecismos para las escuelas lasalianas. Podemos, pues, entresacar de los tres tomos de esta obra la presentación teológica del culto a los ángeles. Los capítulos que tratan de la creación del mundo, de la Redención del hombre, del juicio final, así como los tratados sobre el primer mandamiento, los de los mandamientos de la Iglesia y los sacramentos, proponen referencias doctrinales relativas a los ángeles, al ángel custodio, a los demonios. Presentan a los ángeles como ministros de Dios y colaboradores en la redención del hombre. Pone en evidencia en el Antiguo Testamento los pasajes en los que son los ángeles sus protagonistas: la rebelión de los ángeles malos por su orgullo; los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael en sus respectivas intervenciones. Los personajes bíblicos de Daniel, de Tobías, constituyen motivos para subrayar la presencia positiva del ángel en la historia humana y para pedir una constante confianza al cristiano. De hecho, una oración que él nos sugiere para los viajes, es solicitar a Dios uno de sus ángeles para que nos guíe a lo largo del caminar (Db 273). En Db, en su sexta instrucción, se halla un tratado completo sobre los ángeles, por preguntas y respuestas, que comprende desde las jerarquías celestes hasta sus funciones de mensajeros de Dios.

La solicitud que el ángel custodio tiene por cada uno de nosotros se articula en torno de cuatro especies de intervenciones:

1. Los ángeles custodios nos mandan buenas inspiraciones. [30]
2. Nos alejan de muchas ocasiones de pecado.

3. Presentan nuestras oraciones a Dios.
4. Ruegan a Dios por nosotros (cf. Db 27-29).

En la décima instrucción, sobre la oración, La Salle especifica que la oración a los ángeles y a los santos es una respuesta a su capacidad para interceder junto a Dios, de quien pueden alcanzar muchas gracias que nosotros le pedimos.

En su tercer volumen de los *Devoirs*, con relación a las reflexiones sobre las festividades religiosas y litúrgicas, se descubren nuevas llamadas complementarias a las de MD y MF.

Se confirma al ángel como mensajero de Dios en nuestra vida cristiana. Un ángel, por ejemplo, avisa a Santiago de la liberación de Pedro (Dc 257), lleva el mensaje a Zacarías sobre el nacimiento de Juan el Bautista e indica su nombre (Dc 222-226), un ángel es la voz de Dios junto a María (Dc 137-206) y para san José que cree en él (Dc 275-278). También se hacen presentes en la vida de los santos. San Martín se honra con su presencia (Dc 287) y san Nicolás ve cómo los ángeles le rodean en el momento de su muerte (Dc 293). La confianza y el papel esencial de los ángeles entra igualmente, para La Salle, en el curso de la vida cristiana. Para la conmemoración de la fiesta de san Miguel y de los ángeles de la guarda, La Salle enumera los aspectos fundamentales de la devoción. Rezarles para que, por su intercesión, Dios nos otorgue celo para honrarle y por la gloria de su nombre, el valor para resistir al mal, como lo hacen ellos mismos (Dc 221). En cuanto a los ángeles toca, insiste La Salle sobre su presencia a la vera de cualquier hombre, ya sea hereje, pagano o infiel y concluye insertando los cinco deberes de la devoción para con ellos:

1. Tener sumo respeto y no hacer nada que le disguste, ya que está perpetuamente cercano.
2. Agradecerle frecuentemente las gracias que nos proporciona.
3. Rezarle cada jornada con gran confianza.
4. Obedecer sus solicitudes.
5. Imitar sus virtudes, particularmente la pureza, así como la obediencia pronta y exacta a Dios (Dc 222-223).

No son solamente guardianes de los hombres, sino también de los lugares, muy particularmente de los lugares sagrados como las iglesias (Dc 298). Es éste uno de los aspectos constantes en la espiritualidad del siglo XVII. La Salle reincidirá en ello también en el Método de oración, al solicitarnos que honremos a los ángeles custodios y de unirnos a ellos en los momentos de adoración o de petición según la nomenclatura de los actos en el método que él recomienda.

Entre los «Cánticos» que La Salle ha acopiado para las oraciones en la escuela, hallamos uno directamente consagrado a los ángeles custodios. Se cantaba sobre una tonadilla entonces muy popular y en voga, una melodía alegre que favorece la esperanza: «La primavera vuelve con la naturaleza». Las mismas palabras exigen tener confianza ante una intervención que nos libere de las fuerzas del mal.

9. EL ANGEL DE LA GUARDA EN LA ORACION DEL HERMANO

En los actos según los cuales se desenvuelve la oración del Hermano se requiere la participación de los ángeles, sobre todo de los ángeles custodios. En la *Explicación del método de oración*, al presentarnos varios modelos de recogimiento con la finalidad de introducirnos en la oración-meditación, La Salle nos invita en la primera parte, a solicitar la presencia del ángel custodio en la expresión de la fe en Dios con vistas a adorarlo y agradecerle. Citemos tan sólo una sinopsis: «Los ángeles que por doquier os acompañan, doquier os adoran; es, pues, muy justo que yo, mísera criatura, me agregue a ellos...» (EM 46). De idéntica forma cuando se adelanta a través de los diferentes misterios de la vida de Cristo, (segunda parte del método de meditación), el santo invita a los Hermanos a participar en la actitud de los ángeles al adorar a Cristo que se manifiesta a los pastores, y a rendir pleitesía, en la cuna de Belén, con todas las veras del alma, al Señor de los ángeles que por orden divina le han adorado en su manifestación sobre la tierra (EM 74). Luego, el ángel custodio es invocado expresamente en la conclusión de la segunda parte (EM 88. 91-93).

Son, pues, los ángeles ejemplos de virtud. Practicarla es nuestra vereda hacia el cielo y a los ángeles y a los hombres les hace infinitamente felices. [31]

Es, pues, necesario contemplar a los ángeles como modelos de humildad e invocarles, pues principiando por san Miguel nos han precedido sobre tal camino (EM 108).

CONCLUSION

La Salle la vive y exige esta devoción a los ángeles en el contexto de la cultura teológica de su época. Considerar la evolución de la teología sobre el culto de los ángeles no desvirtúa en nada la validez de su actitud espiritual. Ciertamente, hoy, la teología privilegia otras conclusiones sobre el papel de los ángeles en el plan de la Redención y en la economía de la salvación.

No estaba en nuestra programación ir más allá de los límites históricos entre los cuales hemos encerrado nuestro estudio.

Dentro del marco de la Iglesia, el cristiano disfruta de amplias posibilidades para renovar el culto a los ángeles de la guarda con plena fiabilidad para su espiritualidad personal.

Nos cumple recordar igualmente aquí que a lo largo de los siglos XIX y XX la devoción al ángel custodio se ha enriquecido con el testimonio de numerosos santos que vivieron intensamente su espiritualidad y su participación en la acción

salvadora de Dios.

El los escritos de La Salle podemos ciertamente descubrir sugerencias que nos ayuden a recapa citar en términos concretos la actitud que nosotros podemos tener hoy frente a los ángeles custodios como colaboradores de Dios en nuestra personal salvación.

¹P.M. MARIN: *Vie des Pères du désert* o F. BAREILLE: *Le culte des anges à l'époque des Pères de l'Eglise* - Revue Thomiste - 1900 vol. 8.

²Bernardus CLAVARALENSIS: *Choix des textes*, par Béguin, 1988 o SAN BERNARDO: *Obras completas* - Sermones Litúrgicos, Vol IV, 1986.

³D. DIONISII, Cartujo: *Sermones De Sanctis*, Tournai, op. XXXII, 1906.

⁴Ludolfo de Sajonia: *Vita Domini Nostri Jesu Christi ex quatuor Evangelis. 1474*, traducción (francesa) por BOUQUIN, 1891.

⁵Ludolfo de Sajonia, Dominico y luego Cartujo, muerto en 1377. Toma las ideas de san Bernardo y es contemporáneo de Taulero, muerto en 1361, presentador de los «Amis de Dieu» que presenta la jerarquía angélica empeñada en nuestro progreso espiritual.

⁶GERSON: *Sermo de Angelis*, op. Vol. III, 1491.

⁷F. EXIMENIS: *Libro de los Angeles*, Barcelona, 1391; primera traducción francesa en 1478.

⁸San JUAN DE LA CRUZ: *Oeuvres transmises par M. Marie du Saint Sacrement*, Paris, 1933.

⁹M. PETROCCHI: *La spiritualità italiana*, vol. II, Roma 1961, p. 190.

¹⁰S. CORET: *L'Ange conducteur dans la dévotion chrétienne*, Liège 1725.

¹¹Anónimo: *Merveilles divines dans les âmes par le ministère des saints anges*, Paris.

¹²San IGNACIO DE LOYOLA: *Gli scritti* a cura di M. Gioia, Torino, 1977.

¹³F. ALBERTINI: *Trattato dell'angelo custode*, Napoli, 1612, traducido en francés en 1613 por vez primera.

¹⁴F. BORGIA: *Trattato e pratica della devozione agli angeli*.

¹⁵S. DE BARRY: *Dévotion aux anges*, Lyon, 1641.

¹⁶S. GRASSET: *Traité des saints anges*, 1691.

Temas complementarios:

Adoración, Catecismo, Celebrar/Culto público, Corazón, Contemplación, Deberes del cristiano, Dios, Fe/Espíritu de fe, Meditación, Piedad, Oración, Soledad.

BIBLIOGRAFIA

1. *Dictionnaire de Spiritualité*, Beauchesne, Paris, 1937.
2. *Dictionnaire de Théologie catholique*, Paris, 1909, término «Ange».
3. CORET: *Les «journals» des anges*, 2 vol., Liège, 1718.
4. P. PRAT: *Anges et démons dans la théologie de saint Paul*, Paris, 1929.

H. Giampiero FORNAREGIO
Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO

4. APOSTOL

Sumario:

1. En el Nuevo Testamento, los Apóstoles fueron escogidos para ser testigos de la resurrección de Jesucristo. Fueron enviados a llevar el mensaje de la salvación en Cristo a todo el mundo. - **2.** En sus escritos, La Salle se refiere frecuentemente a los apóstoles del Nuevo Testamento como punto de referencia para el contenido tradicional de la fe cristiana y como modelos de celo para los Hermanos. - **3.** La Salle imagina la vocación del Hermano como una sucesión, en cierta manera, al ministerio de los apóstoles, especialmente en la catequización de los pobres. - **4.** La espiritualidad lasaliana es, consecuentemente, una espiritualidad apostólica, que integra los elementos fe y celo.

1. EL SIGNIFICADO DE LA PALABRA

1. 1. La palabra está usada casi exclusivamente en el sentido que tiene en el Nuevo Testamento. La raíz del significado de la palabra, como derivada del griego *apostellein*, se refiere a alguien que es enviado o encargado de una misión especial. En el Nuevo Testamento, Jesús escoge a los Apóstoles para continuar su misión de anunciar la buena nueva del reino de Dios. Se hace distinción entre los discípulos, que eran bastantes, por ejemplo los 72 en Mt 17, Mc 9 y Lc 10, y los apóstoles, que a menudo se les identifica como «Los Doce», escogidos especialmente por Jesús y cuyos nombres figuran en una lista. Los relatos del evangelio conceden una importancia especial a Pedro, Santiago 'y Juan, mientras que a Pedro se le escoge para un liderazgo especial. Después de la traición de Judas, se escoge a Matías para ocupar su puesto entre los Doce. Una vez emprendida la misión entre los Gentiles, se consideró a Pablo y Bernabé como apóstoles, aunque nunca se les nombró entre los Doce.

1.2. En la Francia del siglo XVII hubo algunas deformaciones interesantes en la definición corriente de un apóstol. El diccionario Richelet de este período, aunque menciona que la palabra viene del griego, olvida la raíz griega, lo mismo que la diferencia que el Nuevo Testamento hace, al definir imprecisamente a un apóstol como «alguien que fue discípulo de Jesucristo». Dice que el papel de los apóstoles es «servir de modelo a los que han abrazado el estado eclesiástico». El diccionario nota también que el término apóstol tuvo algunas acepciones que se referían a personas cómicas, bromistas y libertinos. Cae de su peso que las palabras de este diccionario no

ponen correctamente el significado de la vocación y función de los apóstoles del Nuevo Testamento, ni tuvieron influencia en el pensamiento y escritos de La Salle.

2. LOS APOSTOLES EN LOS ESCRITOS DE LA SALLE

2.1. La Salle se refiere ampliamente a los apóstoles en sus escritos catequéticos destinados a los alumnos y en sus meditaciones destinadas a los Hermanos. La frecuente referencia de La Salle a los apóstoles proviene del Nuevo Testamento y de los comentarios tradicionales y escritos teológicos corrientes en su época. Expone que Jesucristo comenzó su misión escogiendo doce de sus discípulos para ser apóstoles (Da 31 B; ver también, p.ej., Db 235 A, 276 A), casi todos los cuales eran de clase humilde (Da 34 B). Después de la Ascensión, Jesús envió al Espíritu Santo que descendió sobre los apóstoles en Pentecostés (Da 61 A, Db 51, Dc 178-179) dándoles poder para hablar lenguas, para hacer milagros y para fortalecer su fe (Db 52). De esta manera los apóstoles fueron los cimientos de la Iglesia (Db 54 C, 63 D), que continuó existiendo desde entonces (Da 63 B, 74 D). Los apóstoles predicaron lo que habían aprendido de Jesucristo (Da 8 B). Antes de separarse, com-pusieron el Credo de los Apóstoles (Da 13 D, Dc 233 D), que contiene los principales artículos de nuestra fe, transmitidos por los apóstoles a través de la tradición (Da 13 C). El Papa y los obispos son los sucesores de los apóstoles (Da 70 A, D; Db 54 C, 63 D, 234 D; MF 179 D; MR 37 A).

2.1.1. Para La Salle, la Iglesia es apostólica porque fueron los apóstoles los que anunciaron a la Iglesia todas las verdades que

Jesús les había enseñado, y que la Iglesia conservó hasta este día (Da 67 B). Esta doctrina fue entregada, sea escrita u oral, a los pastores que sucedieron a los apóstoles (Da 8 B, 71 A). A pesar de la falta de evidencia en el Nuevo Testamento, La Salle atribuye a los apóstoles la institución de prácticas tales como el ayuno de 40 días en Cuaresma (84 B), el uso del agua bendita (Dc 30 D), la recepción de la comunión diaria (1239 A) y la construcción y consagración de las iglesias (MF 266 C).

2.2. La Salle afronta el problema de identificar a los apóstoles como «Los Doce» escogidos por Cristo durante su misión. Esto está en pugna con el hecho de que en el Nuevo Testamento se llama apóstoles a Pablo y Bernabé, incluso no habiendo sido testigos del ministerio público de Jesús y no se les menciona entre los Doce. La Salle da más bien una explicación arbitraria, diciendo que Jesucristo declaró al mismo Pablo y a los otros apóstoles, que había escogido a Pablo para ser el apóstol de los Gentiles (Dc 230). Bernabé mereció ser llamado apóstol, explica La Salle, porque san Pablo lo escogió para funciones apostólicas y trabajó estrechamente con los apóstoles en el establecimiento de la Iglesia (Dc 270 B).

2.3. La Salle acepta la leyenda según la cual los apóstoles, después de evangelizar a los judíos en Jerusalén y en Judea, se reunieron para repartirse los países que había que evangelizar y después se dispersaron por todo el mundo (Dc 231 C). Por ejemplo, Mateo fue a Etiopía (MF 158 A) y Bartolomé a la India (MF 134 C).

2.4. En sus escritos catequéticos para la escuela, La Salle cita a los apóstoles individualmente por su nombre, ya sea para apoyar alguna doctrina o práctica particular de la Iglesia, o para explicar el origen y el significado de la fiesta que se celebra. En sus meditaciones compuestas para los Hermanos, La Salle propone la persona de los apóstoles como fuente y modelo de prácticas particulares de la vida espiritual. A Pedro se le propone como modelo de espíritu de fe (MF 91), a Juan por su amor a Jesús y devoción a María (MF 239), a Santiago por haber seguido a Cristo hasta el Calvario (MF 104), a Andrés por su celo en dar a conocer a Jesucristo y por su amor al sufrimiento (MF 216), a Tomás por la calidad

de su fe después de su incredulidad (MF 229), a Felipe por su celo de la salvación de las almas (MF 51), a Santiago el Justo por su amor a la oración (MF 51), a Mateo por su conversión y buena voluntad en seguir la llamada de Cristo (MF 156), a Bartolomé por llevar el Evangelio con él y por su valor ante el sufrimiento (MF 133), a Simón y Judas por su celo y aborrecimiento del mundo (MF 191), a Matías por su confianza en el Espíritu Santo (MF 26), a Pablo por su celo apostólico, sumisión a la autoridad y cumplimiento del deber (MF 15 y 93), a Bernabé por su imparcialidad, bondad y amor a los niños (MF 82).

2.5. Debe admitirse que La Salle, semejante a los otros autores espirituales y teológicos de su tiempo, estaba limitado en su comprensión de la función de los apóstoles del Nuevo Testamento, por una metodología histórica no crítica que se traducía en una exégesis sencilla y más bien fundamentalista de los textos bíblicos. De este modo, los autores del siglo XVII desconocían la diferencia fundamental entre los apóstoles misioneros, como Pablo o Bernabé, y los «Doce», cuya función no misionera fue la de ser testigos de Jesús y símbolos del nuevo Israel. Nos damos cuenta ahora que hay poca prueba en el Nuevo Testamento que muestre que la mayor parte de los primeros Doce hayan ejercido alguna vez una misión apostólica específica y personal. Asimismo, hasta el Vaticano II, estaba generalizada una comprensión muy formulada de la divina revelación, lo mismo de la Escritura que de la tradición. Esto condujo a La Salle y a sus contemporáneos a imaginar a Jesús comunicando a los apóstoles el contenido de la fe cristiana puesta ya en fórmulas, muy parecido a un predicador, maestro o catequista de la época. Se suponía también que los artículos de la fe, el código de moral cristiana, y la administración de los Sacramentos, por no mencionar otras prácticas más periféricas, estaban ya establecidos en tiempo de los apóstoles.

2.6. Por esta razón, no es sorprendente que la eclesiología reflejada en las referencias a los Apóstoles de La Salle es, a primera vista, muy tradicional (se debe recordar que la eclesiología no apareció como dominio especializado de la enseñanza e investigación teológica, hasta bien entrado el siglo XX). Para La Salle, la Iglesia es

la Iglesia Católica Romana, la fe de la Iglesia Católica es apostólica y Romana (CE 111 C). Es una Iglesia jerárquica, lo que es evidente cuando define el poder de jurisdicción como «aquél que el Papa y los obispos han recibido y ejercen como sucesores de los apóstoles» (Da 70 A). Por sus biógrafos sabemos que La Salle fue un pilar de la ortodoxia, constantemente leal al Romano Pontífice, frente al creciente jansenismo y galicanismo de su tiempo. Fue poco tolerante con la herejía, especialmente con los hugonotes calvinistas. Por este motivo rechazaba de buena gana algunas de las peticiones ordinarias con el fin de enviar Hermanos a Mende, Les Vans y Alès en el sur de Francia, donde la herejía se había afianzado. No eran tiempos ecuménicos.

Sin embargo, desde otro punto de vista, La Salle parece tener a veces una visión más amplia de la naturaleza de la Iglesia. Estaba convencido de que Dios le llamaba para establecer una clase nueva de sociedad en la Iglesia, para realizar una función apostólica que la estructura jerárquica de la época no podía o no quería llevar a cabo. Esto le llevó a ensanchar su visión sobre la sucesión apostólica, como se mostrará claramente en la sección siguiente. Por ejemplo, La Salle no dudó en considerar que a los Hermanos, que no tenían ni la condición de clérigos ni de religiosos en la iglesia, se les había confiado la fe y función apostólicas de las que toda la Iglesia es sucesora. Solamente a partir de las discusiones ecuménicas del Vaticano II se han generalizado más en la teología católica una diversidad de formas de entender la sucesión apostólica.

3. LA VOCACION APOSTOLICA DEL HERMANO SEGUN LA SALLE

3.1. Uno de los elementos más sorprendentes en las meditaciones de La Salle para las fiestas de los apóstoles y en las dedicadas al tiempo del Retiro, es la audacia de relacionar la vocación del Hermano con el ministerio de los apóstoles, del cual participan hasta cierto punto como sucesores de los apóstoles. Siempre que tiene oportunidad de referirse a los apóstoles, el Fundador aprovecha la ocasión para recordar a los Hermanos que el trabajo que hacen es apostólico (MF 71 A, 135 A, 158 A, 225 E).

3.1.1. En la fiesta de san Ignacio de

Antioquía, el Fundador recuerda a los Hermanos que cumplen una de las principales funciones de los apóstoles, al educar en la fe y en la religión a sus alumnos que poseen el Espíritu de Dios en virtud de su bautismo (MF 20 C). La fiesta de san Marcos sirve para recordar la responsabilidad que tienen los Hermanos de enseñar la doctrina de los apóstoles (MF 46 D, 47 A). En la fiesta de Santiago el Mayor, La Salle no duda en decir que Dios ha establecido a los Hermanos como sucesores de los santos apóstoles para exponer la doctrina de Jesucristo y para afianzar su santa ley en el espíritu y corazón de aquéllos que instruyen por la explicación del evangelio, que es su principal función (MF 105 C). En la fiesta de san Andrés se recuerda a los Hermanos que han sido llamados, como los santos apóstoles, para dar a conocer a Dios, y para esto necesitan celo ardiente (MF 217 C).

3.1.2. En las meditaciones para el Retiro, La Salle insta a los Hermanos a agradecer a Dios la gracia que les ha concedido con el empleo de participar en el ministerio de los santos apóstoles, de grandes obispos y pastores de la Iglesia (MR 37 D). Les dice: «Sois los sucesores de los apóstoles en su empleo de catequizar e instruir a los pobres» (MR 39 A). Después de citar las palabras de Jesucristo, que el sarmiento no puede dar fruto si no está unido a la cepa, La Salle dice a los Hermanos: «Lo que Jesucristo dice a sus apóstoles, os lo dice también a vosotros» (MR 18 A). La Salle nota que el principal cuidado de los apóstoles, después de instruir a los primeros cristianos, fue de hacerles recibir los sacramentos, reunirles para la oración en común, y vivir según el espíritu cristiano. Consecuentemente, dice a los Hermanos: «A eso os obligáis vosotros sobre cualquier otro cuidado en el empleo: es menester que, a imitación de los apóstoles, pongáis atención especialísima en que los alumnos se acerquen a los sacramentos» (MR 40 E).

4. LA DIMENSION APOSTOLICA DE LA ESPIRITUALIDAD LASALIANA

4.1. Después de una tendencia durante el siglo XIX y comienzos del XX, de unir la espiritualidad del Instituto de los Hermanos a la tradición medieval y de resumir definiciones de la vida religiosa, ha habido una recuperación, desde el Vaticano II, de la originalidad de la visión

espiritual de san Juan Bautista de La Salle. Fundamentalmente, su espiritualidad no fue monástica, sino una espiritualidad apostólica, integrando el mandato externo de predicar y de enseñar que Jesús dio a los apóstoles, con el dinamismo interno y haciendo posible la fortaleza que procede del Espíritu en Pentecostés. Es cierto que la espiritualidad lasaliana exige un cierto alejamiento de aquellos aspectos del mundo opuesto a Cristo; hay también un fuerte elemento contemplativo sensible a la omnipresencia y providencia de Dios, cultivada en la práctica de la meditación. Con todo, la espiritualidad lasaliana no termina ahí sino que se desborda en un «celo ardiente» de la salvación de las almas por medio del trabajo apostólico de la educación cristiana.

4.2. Los elementos condicionados a la historia, y comprensiblemente anticuados en los textos de La Salle sobre los apóstoles, no deberían impedir al lasaliano de hoy captar lo esencial del

uso siempre estimable, que La Salle hace de los apóstoles y de la tradición apostólica. Los apóstoles son modelos perfectos de la fe y celo que La Salle quiso que fuesen el espíritu de su Instituto, y que ahora es compartido por toda la familia lasaliana. La fe, para La Salle como para el lasaliano contemporáneo, está enraizada en la adhesión al mensaje del Evangelio, el misterio de la buena nueva de la salvación que viene de Dios incluso para aquéllos que «piensan que están lejos de ella». El celo, es el celo de los apóstoles, mandado por Cristo con el id y enseñad, un celo ardiente inflamado por el don del Espíritu en Pentecostés. La fe y el celo apostólicos del lasaliano trabajan en la [] construcción de la Iglesia, fundada en los apóstoles, como continuación viva de su misión apostólica en cada época, en la que el educador lasaliano participa de una limitada, pero verdadera sucesión apostólica.

Temas complementarios:

Catecismo, Iglesia, Estado, Ministerio, Misión, Misterio, Obra de Dios, Salvación, Celo.

BIBLIOGRAFIA

1. «Apostolique, Apôtre» in VL A-194-206.
2. «Apôtre» in RICHELET: *Nouveau Dictionnaire François* I, 76.
3. R. BROWN, «Are the Bishops the Successors of the Apostles?», capítulo 2 de *Priest and Bishop*, New York, Paulist, 1970.
4. R. DEVILLE, «Jean-Baptiste de La Salle», capítulo 2 de *L'école française de spiritualité*, Paris, Desclée, 1987.
5. «Fin y espíritu del Instituto», capítulo 1 de la *Regla* de 1987.
6. «Del espíritu de este Instituto», capítulo 2 de las *Reglas comunes* de 1718.
7. R. BROWN, «The Twelve and the Apostolate,» in *The New Jerome Biblical Commentary* 81-135-157, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1988.

H. Luke SALM
Traducido del inglés por el H. José Luis Rodríguez [37]

5. ARTESANOS

5A: LOS HIJOS DE LOS ARTESANOS EN LA ESCUELA LASALIANA DE LOS ORIGENES

Sumario:

1. Los artesanos en la historia de Francia. - 2. Las diversas categorías de artesanos. - 3. La vida de los artesanos en el siglo XVII. - 4. La vida asociativa de los artesanos y su presencia en el contexto social. - 5. Los artesanos y la escuela lasaliana en sus orígenes. - 6. Artesanos y Pobres en la escuela lasaliana del siglo XVII. - 7. La pobreza social en el siglo XVII francés. - 8. El ritmo de vida de los artesanos. - 9. El artesano y la vida comunitaria de los Hermanos.

1. LOS ARTESANOS EN LA HISTORIA DE FRANCIA

Desde los inicios, la meta para san Juan Bautista de La Salle en la fundación de las escuelas gratuitas, es muy explícitamente alcanzar a los hijos de los artesanos y de los pobres. Se ha de observar que el adjetivo «gratuitas» se posponía a la apelación de las primeras escuelas ya en el período remense, a las de Reims, Guisa, Laon, Rethel, Château-Porcien.

En la edición de 1705 de las Reglas Comunes para uso de los Hermanos de las Escuelas Cristianas se lee, por lo demás, los dos artículos siguientes: «Este Instituto es de grandísima utilidad porque estando los artesanos y los pobres ordinariamente poco instruidos, y ocupados todo el día en ganar su sustento y el de sus hijos, no pueden darles por sí mismos las instrucciones que necesitan, y una educación honrada y cristiana. Menester será que haya personas que sustituyan a los padres y a las madres para instruir a los niños tanto como deban serlo de los misterios de la religión y los principios de una vida cristiana» (RC 1705, art. 4). «Procurar esta ventaja a los hijos de los artesanos y de los pobres, tal ha sido el motivo por el cual se han instituido las Escuelas Cristianas» (RC 1705, art. 5).

Estas expresiones se repiten en términos casi idénticos, en las ediciones posteriores de las Reglas en 1718 y 1726.

Pero ¿quiénes eran los artesanos del siglo XVII y por qué esta asociación frecuente con los hijos de los pobres? Hemos de conservar en la mente que la elección de Juan Bautista de La Salle para las escuelas se efectuó en el contexto urbano

del siglo XVII, con exclusión voluntaria del campesinado rural.

Las relaciones estrechas entre las escuelas de caridad -o populares- y la clase de los artesanos debe entrañar razones ya que ellas han determinado las características de una escuela gratuita, reveladora de la orientación nueva de la asistencia de la Iglesia en el siglo XVII. Creemos, pues, que es menester trasladar el problema ante todo a ese período preciso de la historia, a fin de no derivar hacia una ambigüedad histórica sincrónica, al superponer hechos de épocas distintas y añadiendo, luego, un juicio de valor. Los artesanos han tenido siempre en la historia una fisonomía y una función social y económica muy precisa, diferentes, evidentemente, según las épocas. De hecho, el [38] artesanado francés tiene una larga tradición que hunde sus raíces en la Edad Media y se prolonga hasta la Revolución Francesa, es decir, hasta el momento cuando las Corporaciones de artes y oficios se su-primieron. El *Dictionnaire Universel* de Trévoux, frente a la palabra “corporación” dice: «Entidad política, especie de comunidad cuyos miembros en su totalidad no forman más que un cuerpo, con un cuño común y que están cualificados para actuar, adquirir, perseguir o ser perseguidos en justicia en nombre de todos. Es un vocablo inglés que caería muy bien en nuestra lengua, ya que no poseemos otro que responda exactamente; la palabra Comu-nidad significa bastante menos».

«Las corporaciones artesanales, escribe Emile COORNAERT, eran asociaciones económicas de derecho público o casi público (semi-público) que sometían a sus miembros a una disciplina colectiva para el ejercicio de su profesión y que se distinguían jurídicamente por sus relaciones con las autoridades locales y los

*poderes monopolistas, e igualmente como corporaciones juradas y corporaciones reguladas, sometidas a tutela».*¹

En el siglo XVII, en tiempo de san Juan Bautista de La Salle, las corporaciones conservaban aún todo su vigor y su reglamentación, incluso si ya están en crisis por razón de los primeros esbozos de la revolución industrial.

La fuerza de organización de las corporaciones se extendía también a sectores no estrictamente vinculados al trabajo manual; como tal aparece en la biografía de nuestro santo Fundador, donde se citan corporaciones de docentes con varias especializaciones. Existían también otras categorías profesionales como, entre otras, los boticarios o farmacéuticos y los médicos.

El mundo corporativo estaba, pues, reglamentado de una manera precisa, hasta minuciosa, por estatutos en los cuales se definían los registros contractuales, los salarios, las relaciones entre las diversas categorías o niveles de competencia. Pero siempre quedaba, al margen de la organización, la posibilidad de practicar un trabajo libre.²

El *Livre des Métiers*, «libro de los Oficios», de Etienne BOILEAU³ nos brinda, para la mitad del siglo XIII, un conjunto de estatutos de los Oficios de París y constituye la base de partida para analizar el carácter del artesanado y del salariado urbanos. La enumeración exhaustiva comprende cien títulos de oficios, con los estatutos correspondientes y las normas técnicas de producción, modalidades de venta, impuestos en vigor, y la articulación de los derechos jurídicos que regulaban la organización.

2. DIVERSAS CATEGORÍAS DE ARTESANOS

El artesanado se dividía en tres niveles: aprendizaje, asalariado, y el patronato o conjunto de patronos.

Los aprendices vivían en estrecho

contacto con los patronos durante una temporada que iba, según los contratos y estatutos, de dos a doce años, por lo menos ante ciertos oficios en especial. El aprendiz debía ceder parte de sus ganancias como reintegro de su manutención y de su formación. Vivía con la familia del Maestro, en sus inicios participaba en varios trabajos domésticos, luego podía liberarse, ya cuando contraía matrimonio, ya ante otros motivos incluso durante el aprendizaje. Debía pues adecuar de otro modo la realización de su contrato. La relación de sumisión y dependencia se podía desbaratar por el «paso» o «venta» a otro Maestro, pero solamente en casos muy precisos y relativos a la situación del Maestro mismo: enfermedad, largo período de ausencia por causa de lejana peregrinación, retirada definitiva del oficio.

La carrera de aprendiz alcanzaba su fin con la promoción a la categoría superior del asalariado (los “Compagnons” u oficiales) o incluso a la de Maestro. Los asalariados, vulgarmente llamados «oficiales» en Francia en época muy tardía, o también «Sergents, Valets, Joindres» (sargentos, criados, agrupados), se integraban en el mundo contractual corporativo a tenor de las normas precisas similares a las de los aprendices.

Lo que explica sin duda varios episodios conflictivos con los Maestros. Trabajar por los demás, a su servicio, era para ellos sencillamente una necesidad, ya que la ausencia de recursos no les autorizaba asegurarse una independencia económica. Mientras que el ingreso a la categoría de Maestro se evidenciaba para ellos muy difícil, la condición de asalariado, que durante siglos fuera provisional, se aceptaba frecuentemente como permanente [39] y definitiva. Esos Oficiales se beneficiaban de un contrato a plazo (diario, semanal, mensual, anual o incluso más amplio). A veces incluso trabajaban a destajo («à façon»). El contrato estaba generalmente bien reglamentado económicamente con la finalidad de evitar pretensiones exageradas a lo largo de los pedidos y también de las ausencias injustificadas y despidos. El Oficialato (asalariado) es más bien, según asegura con realismo GEREMEK,⁴ una forma de alquiler de la persona en sí misma más

que una venta de su propia fuerza laboral. Por lo cual estaba prohibido, fuera de las horas de labor junto al Patrón, trabajar para o junto a otro. En concreto, el compromiso se estipulaba sobre las veinticuatro horas, de las cuales cabía sustraer las horas indispensables para la reconstitución de las fuerzas físicas del trabajador. Efectivamente, una regla aseguraba la continuidad, la estabilidad en la empresa del Maestro, contra posibles fugas de los Oficiales durante la duración de su contratación, pero al mismo tiempo garantizaba al asalariado, en caso de crisis en el sector particular del oficio.

Los contratos a fecha fija favorecían, incluso a lo largo de la ejecución de los trabajos adjudicados, el aumento de los salarios en bastantes casos, como consecuencia de la competencia entre los Maestros, en el momento de las pujas y subastas que se producían sobre los famosos lugares y mercados de contratación e incluso en otros lugares. La organización del trabajo y su reparto equitativo según las competencias y rivalidades estaban, por lo demás, perfectamente delimitadas en los estatutos.⁵

El salto y asunción del asalariado (oficial) al nivel de Maestro no era ni automático ni fácil, ya que estaba fuertemente condicionado por los gastos que se originaban al instalar el taller, adquirir las herramientas propias del oficio, los locales adecuados, la materias primas, y para pagar las tasas pertinentes.

Añádase que para merecer el diploma y título de Maestro, era debido presentar una «obra maestra» (obligación acuñada desde el siglo XVI, sobre todo a partir de l'«Ordonnance d'Orléans» de 1561) donde se les reconocía como «habile - suffisant - idoine - expert» (hábil, suficiente, idóneo, perito) tras un examen ante los Cónsules de la corporación.⁶ Se ha de observar que este paso estaba frecuentemente facilitado para los hijos del mismo patrón. La herencia y el apoyo familiar desempeñaban también su importante papel.

Para los demás, el tránsito a la categoría superior se diagnosticaba largo y arduo, y muy habitualmente, prácticamente en entredicho. Además, el Maestro debía asegurar que contrataba

un número mínimo de aprendices: seis para los carpinteros, por ejemplo.

La incorporación a la categoría de Maestro era solemne y ocasionaba dispendios excepcionales para el beneficiario, como un banquete brindado a los miembros de la corporación, un regalo para los Cónsules y omitimos las tasas que enjugar.⁷

3. LA VIDA DE LOS ARTESANOS EN EL SIGLO XVII

Salvo raras excepciones, la duración diaria del trabajo era idéntica en cualquier oficio, incluso con sus variantes temporeras. Se inauguraba la jornada con la salida del sol o una hora más tardía, es decir después de la primera misa. El remate de la labor se regulaba sobre la hora cuando se encendían las antorchas y luces en las ciudades o al filo del toque de Completas. Lo que dependía, pues, de las estaciones. En invierno se clausuraba a las 18 horas y en verano a las 19. Podemos perfilar los cálculos con un horario diario de alrededor 11 horas en invierno y de 16 a 17 en verano. Hemos de admitir entre ellas las pausas de una media hora «para beber por la mañana», una hora para comer hacia las nueve, de una o dos para la comida de mediodía y luego media hora de descanso, «siesta», por la tarde en verano.

Los días laborables del año se calculaban restando 52 domingos y los 38 días de fiestas, religiosas o civiles, así como 50 días de mal tiempo o de helada para algunos oficios. Existía igualmente una vacación o asueto en agosto para favorecer los trabajos del campo. Añadamos que el sábado o las vísperas de festividades, el trabajo se detenía hacia las 15 ó 16 horas. Con todos estos elementos se ha de estimar a unos 190 días de tarea artesana, de los cuales 70 de faena recortada.

Se trata de un número aproximativo y que ha de sufrir variantes. En un tajo parisino, por ejemplo, en 1320, la cifra fue de 275 jornadas laborales. [40] El promedio de 23 días por mes no se refiere sino sólo a este año.⁸

Se daban además las ausencias por

funerales, enfermedades, conflictos sociales... Son indicaciones formulistas ya que de hecho se añadían otras razones de ausencia.

A partir del siglo XVI, el asalariado abandona la sombra, entra en la historia gracias a la presencia activa como dan fe los procesos cada vez más numerosos que padece, así como las divisiones que desgárranlo y porque se defiende contra las ordenanzas nuevas.⁹ Son los contraataques de la historia. La contrarreforma católica ocupa su lugar y peso en el marco de mundo obrero y en su equilibrio, al valorar la dimensión moral del trabajo y subrayando el derecho a la productividad como posibilidad social.

En 1520, Lutero había reclamado la abolición del derecho a la mendicidad en su interpretación tradicional y había reclamado, en su lugar, el derecho al trabajo para los hombres aptos siempre que se asegure al mismo tiempo la asistencia a quienes estaban en la imposibilidad de trabajar.¹⁰

Las guerras de religión provocaron idénticamente escisiones de naturaleza confesional en el interior del asalariado, agravaron la crisis económica, mientras que se producía el aflujo del oro español en la economía. Las intervenciones legislativas de la segunda mitad del siglo XVII, en tiempo de Colbert, en favor de una mano de obra extranjera y la instalación de extranjeros en Francia, así como los privilegios que favorecían la construcción de nuevas fábricas, acabaron por entorpecer y hacer gravosa la situación, ya sumamente atormentada por los conflictos y las huelgas. La política de Colbert está considerada, especialmente en sus primeras fases, como favorable a las corporaciones, a causa de su tentativa de orientarlas al servicio del estado. Su intento era desarrollar la riqueza nacional produciendo excedentes para la exportación, y asegurando a los productos franceses un «label» calificación de la mejor cualidad, al estimular la fabricación de productos ya en circulación y también la de productos ausentes en el mercado interior.

Con tal finalidad, favorecía la unificación

legislativa y los reglamentos entre las diversas corporaciones del territorio francés.¹¹ Ahora bien, tales intervenciones no hicieron desaparecer los contrastes entre las corporaciones. La suspensión del trabajo, por medio de alianzas entre los interesados, con vistas a controlar sus propias retribuciones, oponían los Maestros a los asalariados. Una práctica ya muy vieja puesto que se hizo objeto de una noticia en Troyes en 1358 y había conocido una fase aguda durante la Fronda.¹²

Podemos, pues, concluir que el ambiente artesanal, en la segunda mitad del siglo XVII, no era muy sosegado.

4. VIDA ASOCIATIVA Y PRESENCIA SOCIAL DE LOS ARTESANOS

Es de sumo interés histórico recordar las relaciones que se establecieron entre los asalariados y la vida asociativa, bajo la forma de ritos religiosos esotéricos que, al evolucionar, se situarán en el origen e influenciarán, según ciertas interpretaciones, a las sociedades secretas como la masonería en sus inicios. Ritos que primeramente tenían por finalidad asegurar la conservación de los secretos del oficio. Las leyendas que han florecido a este respecto, poseen un fundamento histórico y nos introducen en la realidad de ese mundo del trabajo y de los obreros con sus fermentos innovadores y sus aspiraciones, a veces confusas e inciertas, pero que ya vaticinaban el porvenir.

La Compañía del Santísimo Sacramento había denunciado, ante la Facultad de Teología de París, los ritos de los Oficiales¹³ como prácticas supersticiosas, y había alcanzado su condena el 4 de marzo de 1665. Una frase de Blain parece hacer alusión en su biografía al hablar probablemente de los hijos de los artesanos, alumnos de las escuelas cristianas: «Esos niños vagabundos que corretean por las calles;... Esos niños que no aparecen por la iglesia sino para fomentar los disturbios, el tumulto y el escándalo;... Esos niños que al crecer se hacen blasfemos, borrachos, gamberros de profesión y que, al sustituir a sus padres continúan la generación de los hombres sin fe, sin religión y sin uso de razón; ¿adónde deben acudir, o adónde

pueden buscar la instrucción cristiana?».¹⁴

«Para alcanzar tal meta, él (La Salle) se ha propuesto ejecutar dos cosas. La primera unir la educación a la instrucción en las escuelas; la segunda poblarlas y hacerlas florecientes».¹⁵ [41]

Al hablar de los Oficiales, Pedro DEYON suscribe: «Esta categoría está formada de manera palpable por gran número de solteros turbulentos y adictos al motín; partidarios de los lazos y vinculaciones secretas por las cuales, en ciertos oficios, se unen solidariamente en banquetes, para sus reivindicaciones y luchas. Los «compagnonnages» (asociaciones de profesiones de asalariados) se esfuerzan por controlar las contrataciones y defender los niveles de los salarios. La organización disponía de sus oficiales, de sus contactos epistolares con varias ciudades del reino, señales para su reconocimiento, ritos de iniciación por los cuales los miembros novatos eran recibidos a lo largo de una ceremonia que frecuentemente tomaba similitudes a una comunión colectiva, bajo las dos especies de pan y vino. El gremio era, pues, en primera instancia, una sociedad de ayudas mutuas, destinada a prestar ayuda a los cofrades enfermos y a participar en las ceremonias luctuosas. Esta solidaridad se planteaba también con ocasión del compromiso o ajuste del puesto de trabajo y ponía con pertinacia a los miembros de los gremios en conflicto con los Maestros».¹⁶

Sin embargo es preciso ver cómo cada corporación estaba ensamblada con una cofradía en la cual, muy frecuentemente, se integraban las varias categorías o niveles del idéntico oficio (Maestros, Oficiales, Aprendices) gracias a una comunidad de intereses y de secretos profesionales.

«Las confradías, explica con matices B. GEREMEK, asociaban a los artesanos de idéntica especialización, y añadían a las funciones religiosas y de solidaridad ya comunes, las de una organización profesional, ya desde su aspecto del oficio, ya desde su papel de seguros y asistencias o socorros mutuos (caja de confradías). Los intereses profesionales son con reiteración los mismos para Maestros y asalariados, y la

corporación es entonces común a ambas categorías. A veces, no obstante, la corporación reúne sólo a los Maestros, y tolera la admisión de los asalariados, quienes, se supone, no gozaban de la totalidad de los derechos».¹⁷

Esta estructura de la corporación gremial dependía, pues, del lazo con cierta economía, aún de tipo medieval, en una sociedad cristiana unitaria y no pluralista.

Además, existía otro tipo de asalariado: los obreros que se les ajustaba aunque no estuvieran adheridos a la corporación del mismo oficio a título de «homme étrange» (hombre extraño, ajeno) como oposición al «homme de métier» (hombre de oficio o profesión). Por lo general, eran gentes inmigrantes o reclutadas en los campos como reme-dio a la ausencia de mano de obra urbana.¹⁸

Las escuelas lasalianas inmersas en la trama urbana, como fruto de elección deliberada, se abrieron, pues, a estas categorías de personas, es decir, a los artesanos. No resulta fácil definir el nivel económico de los hijos de los artesanos, alumnos de las escuelas lasalianas, ya que dependía mucho, ya de la categoría de su pertenencia (aprendiz, oficial, maestro), ya de la situación social del mercado del empleo en el oficio, ya de las crisis económicas hijas naturales de guerras o de carestías.

La ciudad proporcionaba, en verdad, mejores posibilidades de contratación en el conjunto de las profesiones, pero con horas de flujo como herencia de la inestabilidad económica. Incluso el mismo Maestro no es siempre un trabajador totalmente independiente, ni del todo asegurado de su solidez económica, ya que está a merced de la coyuntura que le puede inducir a trabajar para los demás como intermediario o incluso transformarse en simple asalariado.

5. LOS ARTESANOS Y LA ESCUELA LASALIANA DE LOS ORIGENES

A través de la lectura de la *Conduite des écoles* nos cabe deducir, intuitiva e

inequívocamente y con bastante seguridad, algunas indicaciones, algunos indicios sobre la categoría de los hijos de los Artesanos admitidos en las escuelas lasalianas, incluso si todo permite sospechar que no se daban prioridades de una categoría sobre la otra. Por ejemplo, cuando La Salle nos habla de las copias caligráficas, de manuscritos, contratos... parece hacer alusión clara, sin explicitarlo, a las familias de los Maestros artesanos ocupados en contratos de venta, de alquiler, cálculos precisos... en su trabajo.

«El método para que aprendan ortografía será hacerles copiar cartas escritas a mano, sobre todo textos que les puedan ser útiles aprender a hacer y cuya necesidad se perfilará más tarde como son compromisos, quitanzas o recibos, contratos con [42] obreros, contratos de notariado, obligaciones, procuración u otorgamiento de poderes, alquileres, arrendamientos de terrenos, notificaciones, procesos verbales, denuncias... o atestados... a fin de que pue-dan grabárselo en la imaginación y aprendan así a ejecutar documentos semejantes. Después de que hayan copiado el tenor de tales escritos durante algún tiempo precedente, el Maestro les invitará reproducir por sí mismos compromisos, facturas, contratos con obreros, cuentas de entrega de mercancías, presupuestos de obras, etc...».¹⁹

En torno a la situación fiscal de estos Artesanos, P. DEYON nos dice: «Hasta ese mundo de los Maestros está diferenciado y subdividido hasta el infinito: por todas partes se da de hecho una jerarquía económica y política de las corporaciones. En Italia, efectivamente, había distinción entre artes mayores y menores. Los papeles fiscales, los de la Taille (tributos) urbana de Lyon, los de la Capitation (reparto de impuestos) de Amiens, confirman tales desigualdades.

Por más que ciertos representantes de las profesiones ricas, tales como la de los tintoreros, orfebres, peleteros, se mezclaban a los contribuyentes ricos y se daban la mano en cuanto a riquezas con los notables del comercio y de la artesanía, las categorías fiscales inferiores de los artesanos estaban desempeñados por tenderos y artesanos que los textos denominan con

frecuencia los «menus Maîtres et artisans» (los pequeños maestros y artesanos). Aunque a un nivel modesto de valor fiscal, éstos disfrutaban aún de una situación envidiable frente a la categoría de los exentos de tasas, es decir, de los pobres y de los indigentes. Se sobreentiende que los artesanos gozan sobre los verdaderos proletarios particulares de otras ventajas: en sus testamentos se descubren siempre títulos de derecho sobre alguna propiedad: una parte de una casa en la ciudad, un «arpent» (3 a 5 áreas) de viñedo, o de campo en los suburbios. Su vajilla es de estaño; en sus cofres o baúles se encuentran piezas de paño. Generalmente saben escribir su nombre y muy probablemente leer y llevar sus cuentas».²⁰

En la *Conduite* descubrimos también algunas alusiones a ras de pobreza y en razón de crisis de la otra categoría de los pobres, cuando de la comida se habla. Allí se menciona a alumnos no provistos de suficiente comida, frente a otros camaradas bien provisionados, es decir, los hijos de los artesanos.

La disimilitud entre las categorías diversas en sociología resalta muy evidente. «El Maestro ha de tener consideración para que los alumnos cada día traigan su comida y su merienda, salvo seguridad total de su pobreza. No se les permitirá traer carne y si alguien la trajera la hará entregar a los más pobres, de quienes esté cierto que no comen en su casa» (CE 7-S). «El Maestro cuidará de no dar limosnas recogidas durante la comida o la merienda sino a los que son verdaderamente pobres, y para asegurarse, se informará y se redactará una lista de conformidad con el Director o el Inspector de las Escuelas» (CE 15).²¹

Otro pormenor de las relaciones entre el Artesanado y la escuela lasaliana que podemos destacar: el aprendizaje se inauguraba alrededor de los ocho a once años según se estimaba; normalmente a los diez. Lo que favorece la comprensión del curriculum en la escuela lasaliana donde, según Yves POUTET, se terminaban los estudios regulares a los doce años.²² De hecho, en la *Conduite*, al tratarse de los hijos de los artesanos, se confirma la realidad de su frecuentación escolar: «Cuando los padres

retiran a sus hijos demasiado jóvenes, o sin estar debidamente instruidos para hacerlos trabajar, es menester darles a conocer que perjudicarán a sus hijos y que para que les ganen poca cosa, les harán perder unas ventajas mucho más cuantiosas. Para ello les harán ver cuál es la ventaja para un artesano que sepa leer y escribir, ya que, por mínima capacidad intelectual que le adorne, al saber leer y escribir será capaz de cualquier cosa».²³ Idéntico problema se aborda aunque diferentemente cuando de los hijos de los pobres se trata.

6. ARTESANOS Y POBRES EN LA ESCUELA LASALIANA DEL SIGLO XVII

Por razones específicas nos cabe la distinción entre los hijos de los artesanos y los hijos de los pobres. Todo ello nos conduce a considerar en primer término a los pequeños artesanos, en su significación económica, como los «*menus maîtres et artisans*» (Maestros y artesanos de poco fuste), es decir, los oficiales y aprendices condenados a un nivel de vida muy sencilla. [43]

En muchas escuelas de caridad la reglamentación para las inscripciones era de hecho la de las parroquias, por lo tanto, acotadas para quienes poseían un expediente de pobreza. Hemos de aceptar, sin embargo, que esta condición no fue siempre tan rígida que no pudiera ser transgredida. En parte es lo que explica las oposiciones, quejas y enjuiciamientos que los Hermanos tuvieron que soportar en algunas escuelas de parte de la corporación de los Maestros.²⁴ Estaban acusados, los Hermanos, de recibir también escolares cuyas familias no eran de pobreza cierta. Esto parece certificar como hecho fehaciente que pruebe la frecuencia de los hijos de artesanos poco acomodados, o pudientes. Una larga serie de expresiones del Fundador vienen a confirmarlo. Parece conocer bien y estar muy consciente de la crudeza del trabajo artesanal, puesto que en los *Devoirs d'un chrétien* escribe: «Para santificar el domingo cual se debe, es necesario abstenerse de las obras agobiantes, que se llaman serviles, que son las que ordinariamente realizan los Artesanos y los

Siervos o Criados en las ciudades, y los Pobres en el campo, para ganar vidas».²⁵

La misma idea se reitera en la obra *Du culte extérieur*.²⁶ Lo que la enlaza con la definición de GUTTON quien califica a los pobres como quienes vivían del trabajo cotidiano, del cual extraían la manutención. Podemos incluir en esta categoría de pobres a los artesanos que debían su existencia a un trabajo cotidiano duro y empecinado por su oposición al concepto de vida de las gentes nobles.²⁷

La Salle escribe: «Obligadamente hemos de condenar como transgresores de este Mandamiento (santificación del domingo) a los artesanos y a las personas del campo que en tales santos días trabajan y obligan a trabajar a sus obreros y a sus criados»²⁸ sin necesidad y sin permiso. Volviendo sobre ese concepto del trabajo agotador le cabe subrayar que los artesanos encajan en la categoría de quienes están dispensados del ayuno eclesiástico. En el *Memorial sobre el hábito* engloba a los artesanos en la categoría de pobres, a causa de los vestidos.²⁹

En las *Règles de la Bienséance et de la Civilité chrétienne* se pone claramente de manifiesto, cómo, en la cultura de la época, los artesanos figuraban en un nivel social hermético pues debían respetar ciertos límites, al considerar su condición como inferior a la de otras categorías sociales a las que debían manifestar respeto, y para lo cual no se les permitía endosar trajes que no fueran los relativos y específicos de su propia categoría.³⁰

Para La Salle, el criterio válido para la inscripción en la escuela gratuita no era la miseria, sino la urgencia de una forma de instrucción que, sin embargo, no se daba exclusivamente en sus propias escuelas. A sus ojos, el hecho de poder remunerar la enseñanza no legitimaba de ninguna forma la supresión de la gratuidad. La educación cristiana, como bien social y religioso, no estaba retribuida por los que la recibían en paridad como en la iglesia no se vendían tampoco los sacramentos.³¹

El panorama del nivel social de los

alumnos de las escuelas lasalianas no se puede abarcar fácilmente ya que los documentos de cuya disposición gozamos, por ejemplo los «Catálogos», no contienen siempre claras explicitaciones sobre el oficio, el ritmo de vida y las posibilidades económicas de la familia.³²

En un artículo sobre la inscripción de los alumnos nuevos que se detalla en la *Conduite*, hallamos la siguiente expresión: «No se permitirá que el escolar cuyos padres son ricos, se quede mayor tiempo que el primer día sin tener sus libros que le son necesarios para la lección, y, en caso que escriba, sin el papel, las plumas y la escribanía para escribir».³³

Según nuestro análisis, el concepto de riqueza se manifiesta muy relativo, y lo hemos de alinear en relación a la pobreza de esta época. Siempre en la *Conduite*, pero en otro apartado, se nos dice: «Que los padres no entreguen dinero a sus hijos, ni les permitan tenerlo, por poco que sea; ordinariamente eso es una de las principales causas para que abandonen el buen camino».³⁴ Si consideramos la débil circulación monetaria de aquellos tiempos, podemos deducir, en este caso, que se refiere a los hijos de los artesanos y no a los pobres marginados.

Aunque no sea más que un modelo teórico, en un Catálogo se dice del alumno Juan Bautista Gribouval: «De seis años, permanece o vive en casa de Pedro Gribouval, tejedor de sargas, su padre, calle de la Couture, en una tienda; ha sido admitido para la escuela de la calle Thillois, el 19 de octubre de 1706, para situarle en la primera fila de [44] la primera cartilla. O también: Francisco Richard, de doce años de edad, que vive en casa de Simón Richard, su padre, inspector, o en casa de la viuda Richard, su madre, revendedora, o en casa de Juan Richard, su tío, secretario de juzgado, calle del Oignon, en casa de un cirujano, 2º habitación parte delantera o posterior (NB: tales variantes indican claramente que se trata de casos hipotéticos), ha sido admitido para la escuela el primero de mayo de 1705, para escribir en el sexto orden de escritura redondilla».³⁵

7. LA POBREZA SOCIAL EN FRANCIA EN EL SIGLO XVII

Por muchas excepciones que haya, cierta uniformidad de vida modesta debía darse entonces entre los alumnos de los Hermanos a pesar de las diferencias económicas. Hemos de puntualizar además que el concepto de pobreza en el siglo XVII conservaba todavía, en oposición a las diferentes posiciones de Lutero y del Protestantismo, cierta connotación ambigua. Perduraba en eso la tradición medieval, época en la que la pobreza se consideraba como una auténtica profesión (o elección de vida) que otorgaba mucha libertad de acción y de movimiento, ajenos a los compromisos fijos del trabajo. La pobreza constituía una forma de parasitismo peligroso, con su carácter corporativo y gremial, que a veces, exigía la intervención de la policía como se atestigua a través de las sentencias de los tribunales condenando a los pobres. Véase, por ejemplo, las obras de P. DEYON.³⁶ B. GEREMEK quien, desde «Les marginaux parisiens aux siècles XIV y XV», «La potence ou la pitié» hasta «Les fils de Caïn» ha abordado el problema de los pobres en la época medieval y en los inicios de los tiempos modernos, aseguraba en una entrevista concedida al periódico francés «La Croix»: ³⁷ «Difícilmente podemos establecer paralelismo entre la situación del pobre en la época medieval y la pobreza actual, la de nuestra generación. El historiador concienzudo rechaza tales equiparaciones. Pero el testigo que observa los gestos de misericordia, de solidaridad, de limosna, de una familia rumana en las calles de Varsovia, lo juzgará muy diferentemente. En la edad media se daba idéntica ambigüedad... Había una pobreza institucionalizada que, en el mundo la boral ejercía su papel. La pobreza era una pobreza que no discutimos ideológicamente: la rechazamos». Y luego añade: «Lo que apasiona es ese paso desde la caridad, desde el amor por el prójimo, al odio del prójimo cuando se produce en el interior de la civilización cristiana. Puede asegurarse entonces la existencia del buen y del mal pobre. Y es su inserción en la sociedad lo que constituye la diferenciación. Otro fenómeno mucho más prosaico que hemos de contemplar, la cantidad. Cuando los pobres de la segunda categoría no eran

numerosos, no constituían un peso, una carga. No solamente se dispersaban entre la sociedad, sino que eran causantes de ocasiones para buenas obras. Pero si los pobres acudían en masa hacia las ciudades se transformaban en peligrosos para el orden social.

También hoy descubrimos esta distinción entre el que está inserto en el contexto ciudadano y el que es marginal. Basta con recapacitar ante las inmigraciones masivas actuales. Cuando ellas hallan estructuras de aceptación, la sociedad las acoge. Pero a veces nos percatamos, como para los Albaneses en Italia, que tales estructuras faltan».

J.P. GUTTON, basándose sobre documentos del siglo XVII, traslada en su tratado: *La Société et les pauvres*: «Pobre en esta época es quien no posee otros medios de subsistencia que su propio trabajo. El mundo de los pobres es el de quien tiene necesidad, que adolece de reservas, sobre todo de naturaleza alimenticia, condenado a la obsesión del pan de cada día.

El ambiente del pauperismo es el de la gente sencilla, para retomar una expresión que aparece en los textos impresos durante los períodos de crisis de los abastecimientos alimentarios. Pero cuántos matices en las circunstancias que transforman la sencilla insuficiencia de provisiones en miseria verdadera; en los mecanismos que procrean la indigencia. Doquier y en cualquier época, las desgracias individuales bastan para explicar gran número de casos. En la Europa moderna, los pobres se centran ante todo entre los viejos y los enfermos. En las listas de los beneficiados y asistidos recaemos siempre sobre un número exagerado de lisiados, enfermos, inválidos... Un porcentaje no desdeñable se nutre de elementos jóvenes. Pobre es el que sólo posee como fuente de ingresos su trabajo y ya no puede trabajar».³⁸

J.P. GUTTON añade nuevamente: «El salario [45] diario, incluso cuando se conoce, no resulta el equivalente a la ganancia cotidiana. No se dan días sin gastos ni desembolsos, pero sí se dan días sin trabajo y por lo tanto sin retribución. La duración de la labor es, pues, un elemento para

determinar el umbral de la pobreza».³⁹

«La ideología de que los pobres debían estar aislados de la sociedad apareció ya al final del siglo XVI pero se expandió sobre todo en el siglo XVII. Ya está en acto, en toda Europa, la reclusión de los pobres en instituciones que en un momento dado son los hospitales, las casas de corrección y a veces las fábricas. En Francia, tales establecimientos se conocen con el nombre de «Hôpitaux généraux» (hospicios). La segregación de los pobres se dilata hasta tal punto, que a veces, la política asistencial del siglo XVII y de una parte del siglo XVIII se la ha definido como «le grand enfermement» (el gran encierro o confinación). La voluntad de separar a los pobres se basa sobre motivos pragmáticos y a la par sobre una corriente de ideas... El carácter obsesivo de la miseria en la Europa del siglo XVII lleva consigo a la separación de los pobres... El contexto sobre el que se edifica y justifica esta reclusión es muy vario. Puede tratarse de planes de reformas económicas y sociales o de sencillas consideraciones empíricas. Sobre todo se debe a los teóricos del mercantilismo que se decantan en favor de la separación».⁴⁰

Nos enfrentamos con un cuadro histórico semejante en las páginas de B. GEREMEK, pero con mayor acentuación sobre la categoría de los pobres que viven en el parasitismo social.

Pierre GOUBERT, por su parte, asegura que es la «noción fundamental de independencia económica» lo que permite el distinguir mejor las clases sociales urbanas en camino de su constitución o ya constituidas. El propone de hecho tres niveles o categorías: el asalariado urbano y las personas económicamente dependientes en un primer período; luego, un segundo nivel en los confines de la dependencia económica, aquellos a quienes se les apoda los «mediocres» o sea pequeños patronos, tenderos, ni acomodados ni pobres; en fin, en la cima de este sistema triangular las clases dominadoras urbanas, esas familias que monopolizan los estamentos municipales, la administración de los hospicios, la judicatura de los tribunales, las sillas de los coros en las catedrales.⁴¹

En las dos primeras de esas categorías situamos la clientela de las escuelas lasalianas... Lo que nos facilita el evitar las conclusiones demasiado apresuradas sobre el nivel económico de los hijos de los artesanos y de los pobres que frecuentaban esas escuelas. Para enterarnos mejor cómo los hijos de los artesanos podían estar asociados con los de los pobres, no habrá de considerarse la pobreza de estos últimos como la forma parasitaria de la cual nos habla Gutton y que todavía bullía en el siglo XVII.

8. EL RITMO DE VIDA DE LOS ARTESANOS

Inequívocamente las Escuelas de caridad, sostenidas por subvenciones públicas o privadas, iban hacia el encuentro de una clientela de usuarios muy amplia: quienes tenían dificultades económicas y albergaban cierta desconfianza hacia las escuelas de pago las cuales con un personal improvisado, abrían sus puertas en las ciudades bajo la autorización de la Iglesia, en la persona del Gran Chantre. Los Maestros de tales escuelas son precisamente los enemigos de las escuelas de los Hermanos, que les hacían competencia real, y les privaban de alumnos que preferían frecuentar las escuelas lasalianas a causa de una eficacia más segura. Eficacia de la que habla san Juan de La Salle en las siguientes líneas: «Gran orden en las escuelas, un proceder bien reglamentado y uniforme en los Maestros que de ellas están encargados y un fruto muy considerable de cara a los niños que en ellas se instruyen».

Desde otro punto de atención las familias que deseaban asegurarse para sus hijos un instrucción elemental preparatoria a los «Collèges», la formación para la lectura y la escritura constituían una necesidad.

Las familias nobles requerían aun a los preceptores particulares; la burguesía recurría a los Maestros de pago, difíciles de hallar, y tanto más onerosamente caros cuanto más competentes; los demás preferían adherirse a las escuelas de caridad que a todos aseguraban una instrucción básica. O bien sobre las escuelas lasalianas donde no había ya enseñanza sistemática del latín ni en

latín. Estaban más genuinamente ciertos de encontrar en [46] ellas cuanto anhelaban.

En 1694, un decreto de Luis XIV había exigido la obligatoriedad de la enseñanza de base en todo su reino, mas su texto chocaba con las dificultades y con las incomprensiones de las familias que pretendían aprovecharse del ajuste inmediato de sus hijos ante un trabajo, preocupadas ante tantas bocas que alimentar y por tan mínimos recursos. Las amenazas de la búsqueda de los refractarios, por la policía, quedaban en letra muerta.

También para la Iglesia las escuelas primarias constituyeron una preocupación. Ella multiplicaba sus esfuerzos por organizarlas. Eran, las parroquias, centros activísimos desde tales urgencias, pero igualmente otros organismos públicos o de individual iniciativa, se enfocaban hacia tales tendencias destinadas a extender e incrementar textos impresos que ya entonces hechizaban a las clases populares. La propaganda insistente protestante de la lectura de la Biblia, alertó inequívocamente al mundo católico francés en esta dirección.

Consecuentemente, la exigencia de una escuela de base como respuesta al imperativo de instrucción, según las instancias de una sociedad en evolución, explica, sin titubeo, las exigencias de las familias, quienes, sin embargo, no querían soportar los dispendios que hubieran sido necesarios y echar mano y agotar el presupuesto familiar ya tan precario, y constantemente puesto a prueba ante el ritmo de las estaciones en la agricultura, o ante la situación política y las continuas guerras en una economía comercial o artesanal vacilante.

Las escuelas gratuitas o de caridad, si estaban bien organizadas, brindaban una formación adecuada contra el riesgo del paro o de la crisis económica. En los años de 1661-62, por ejemplo, una gran penuria y carestía había estallado en Reims y había provocado la distribución pública de trigo a mínimo precio y racionado. Incluso las mejores familias mandaban a sus lacayos a retirar su ración. Juan Bautista de La Salle contaba entonces con sus once años. En

edad, por lo tanto, de comprender la gravedad de la situación y la importancia de la economía. Al mismo tiempo se produjeron flujos migratorios del campo hacia las ciudades, provocando con ello una sobrecarga para los metropolitanos. De todo lo cual oiría hablar con toda certeza en familia y estaba convencido de todo ello.⁴³

De ahí se deduce para La Salle, muy próximo a la nobleza de toga, que la apertura de las escuelas gratuitas para el mundo artesanal se entrañaba en una óptica de caridad ampliada, ofrecía una continuidad más estable para quienes se debatían en la necesidad. Ciertamente, la definición del perfil económico de la clase artesanal no solamente ha de asumir la diversidad de los niveles o categorías en los gremios, sino igualmente la precariedad de las situaciones.

El historiador o el economista pueden convencernos al hablarnos sobre las familias de Maestros artesanos que vivían en una situación económica realmente desahogada, con criados, pero nosotros hemos de rememorar primordialmente que el aprendiz, que moraba en casa del Maestro, debía comenzar por prestarle servicios de lacayo. Su situación no era segura, ya que las variaciones económicas podían obviamente invertirse de acuerdo con la legislación y a las estructuras que favorecerían tan sólo a los privilegiados de la nobleza o de la gran burguesía. Por lo tanto pongamos en evidencia la precariedad de uno de los elementos que constituían la pobreza en su significación social.⁴⁴ Yves Poutet recoge con tal finalidad testimonial una página de las *Mémoires* de O. COQUAULT, cronista de Reims en el siglo XVII: «La abundancia del artesano sobrepasa sin comparación a la del pequeño burgués y en esta ciudad se dan más que en otras; los artesanos que trabajan bien su oficio con tranquilidad y más desahogados su peor día en la semana, que no lo son esos pequeños mercaderes en su día mejor. He aquí los efectos de nuestra ambición. Valdría mucho más favorecer un hombre de buena profesión que un mezquino comerciante».

El cronista remense no debía contemplar con muchas simpatías a los artesanos de quienes escribe: «maldiciendo siempre y blasfemando en su lenguaje injurioso al potente y al buen

ciudadano», o sea al comerciante burgués, «que les hace ganar dinero» y creen hacer un favor cuando pagan «un alquiler de morada» o «el vino y el trigo que compran»; no sufragan ninguna carga de «taille» (gabelas) o ayudas ciudadanas, no brindan obligada posada a los soldados, nunca perdieron un sueldo por guerras, ya que las armas y prestaciones personales todas en su protección y defensa recaen sobre el «bon habitant» (buen ciudadano).⁴⁵ [47]

Al comentar este texto Yves POUTET añade: ⁴⁶ «Se engañarían pues, al asimilar artesanos y pobres. En 1666, en el entorno inmediato de Juan Bautista de La Salle, ambas palabras envolvían dos realidades alejadas entre sí. Los artesanos eran vecinos de los comerciantes pequeños. No eran miserables. Cuando La Salle escriba en sus reglas comunes, que los Hermanos están destinados a educar «a los artesanos y los pobres» él distinguirá en su mente ambas categorías sociales: trabajadores que ganan bien su vida, y gentes desprovistas de cualquier cualificación profesional. Por eso, los Maestros de escritura le reprocharán el recibir en sus aulas niños capaces de pagar una retribución escolar».

Ante tales afirmaciones, La Salle responde desde otra angulación: «Que los nombres de cirujano, albañil, carretero, cerrajero, mesonero, etc... no brindan a quienes los llevan el privilegio de ser acomodados, y que hay muchos pobres que se honran con tales títulos. Podía responder muy singularmente que aquéllos a quienes se acusaba por su nombre estaban abrumados de familia, y que el gran número de hijos agota las facultades de quienes sólo viven de su oficio o que no tienen sino un beneficio muy módico. Incluso podía añadir que las dolencias, las pérdidas y otros infortunios, conducen cada día al Hospital gentes de cualquier profesión, por lo demás hábiles y laboriosas».⁴⁷

Otra alternativa: la gratuidad de la enseñanza en ese siglo está asegurada igualmente a nivel de los Collèges o enseñanza secundaria, donde, sin embargo se pagaba, como en las instituciones religiosas, la pensión y el mantenimiento. Tal acontecía en los jesuitas y en otras congregaciones que podían apelar a las

rentas de los terrenos de las donaciones, para esas obras escolares.

9. ARTESANADO Y VIDA COMUNITARIA DE LOS HERMANOS

Indudablemente, La Salle se las ha tenido con las estructuras corporativas de su tiempo, no sólo por el origen de muchos de sus alumnos hijos de artesanos, sino sobre todo con los que integraban entonces los cuerpos intermedios de la sociedad. Hubo de enfrentarse no sólo con las corporaciones en sus procesos judiciales donde hubo de encarar se con los Maestros calígrafos o los de las Petites écoles a propósito de las inscripciones, pero y también con la idea misma de gremio como estructura social de las escuelas. Pero la vida religiosa se oponía a la noción de rentabilidad del oficio que se encuentra a la base del sistema corporativo. «La solución corporativa dejaba al individuo más independiente de su trabajo que no lo hizo el voto por el cual los Hermanos se comprometieron a obedecer a un Cuerpo de Sociedad para «tener las escuelas por asociación».⁴⁸

Cuando La Salle comenzó a edificar su Comunidad de Maestros, hubiera podido pensar en un modelo de las corporaciones, a imitación de los Maestros calígrafos, ya que su objetivo era de orden profesional: la instrucción cristiana de los niños. Al contrario, desde su cuna orientó su Comunidad en una dirección extraña a las Corporaciones. Por lo demás, la vida comunitaria y de soltero, la gratuidad de las escuelas que rechazaba cualquier salario personal, el desinterés (en nombre de la evangelización) de cualquier solicitud terrena, le empujaron ante esa elección de una vida asociada y religiosa que se diferenciara netamente de cualquier parecido gremial.

Lo que no significa que hayamos de eliminar la influencia de las corporaciones sobre la organización lasaliana. La disciplina exigida en las escuelas, la programación y el horario diario rígidos en la escuela, la organización meticulosa de las «lecciones» y de los «órdenes» en las mismas clases, las responsabilidades u «oficios», cargos repartidos entre los escolares... reproducen

un espíritu que era también el de la división del trabajo en los estatutos corporativos.⁴⁹

Juan Bautista BLAIN, biógrafo de La Salle, nos habla en esa misma dirección de la selección de los artesanos por alumnos, incluso si en su biografía del santo, la cuestión social no es sino una entidad marginal. Estaba mucho más interesado en acopiar los aspectos espirituales, y consecuentemente de subrayar la vida ascética que caracterizaba la santidad de su personaje.⁵⁰

Los escritos de san Juan Bautista de La Salle se han publicado todos en los *Cahiers Lasalliens* que se pueden obtener en [48] la Casa Generalicia de los Hermanos. En este trabajo, las referencias hacia allá les remiten.

¹E. COORNAERT, *Les corporations en France avant 1789*, Gallimard, Paris, 1941, p. 21 ss.

²E. COORNAERT, o.c., p. 35.

³Reglamento de los artes y oficios de París, redactados en el siglo XIII y conocidos por el nombre de «Livre des Métiers» d'Etienne BOILEAU, GB Depping, París 1837. Ou R. Lepisse et F. Bonnardot: Livre des Métiers, París 1879.

⁴B. GEREMEK: *Salariati ed artigiani nella Parigi medievale*, Sansoni, Firenze, 1975, p. 121.

⁵B. GEREMEK: *idem*, p. 123.

⁶B. GEREMEK: *idem*, p. 37.

⁷B. GEREMEK: *idem*, p. 40.

⁸B. GEREMEK, *idem*, p. 67.

⁹L. BENOIST: *Les compagnons et les métiers*, PUF, París, 1966, p. 30.

¹⁰L. BENOIST, *idem*, p. 33.

¹¹E. COORNAERT, *idem*, p. 142.

¹²B. GEREMEK: *idem*, p. 89.

¹³L. BENOIST, *idem*, p. 33.

¹⁴BLAIN I, 32.

¹⁵BLAIN 2, 358.

¹⁶P. DEYON, in P. LEON, *Storia economica e sociale del mondo. Difficoltà dello sviluppo*, vol. 1, p. 333, Editori La Terza, Bari, 1980.

¹⁷B. GEREMEK, *idem*, p. 98.

¹⁸B. GEREMEK: *idem*, p. 123.

¹⁹J.B. DE LA SALLE: CE.

²⁰P. DEYON, *idem*, p. 234.

²¹J.B. DE LA SALLE: CE. cap. 2, art. 3.18.

²²*id.* CE cap. 2, 19.

²³*id.* CE II° parte, cap. 6.

²⁴BLAIN II, p. 7; Saturnino GALLEGU: *Vida y pensamiento de san Juan Bautista de La Salle*, vol. 1, p. 374: la nota 129 precisa esta acusación.

²⁵J. B. DE LA SALLE: *Les Devoirs d'un chrétien envers Dieu et les moyens de pouvoir bien s'en acquitter*, CL 20, p. 120.

²⁶J.B. DE LA SALLE: DC p. 129.

²⁷J.P. GUTTON: *La société et les pauvres*, p. 45.

²⁸J.B. DE LA SALLE: Da p. 122.

²⁹J.B. DE LA SALLE: *Mémoire sur l'habit*.

³⁰J.B. DE LA SALLE: RB .24 parte, cap. 3, art. 1.

³¹Yves POUTET: *Le XVIIème siècle et les origines lasalliennes*, vol. 2, Rennes, 1970, p. 105.

³²J.B. DE LA SALLE: CE, 2a parte, p. 235.

³³J.B. DE LA SALLE: CE, p. 259.

³⁴J.B. DE LA SALLE: CE, p. 258.

³⁵J.B. DE LA SALLE: CE, p. 256-257.

³⁶P. LEON, vol. 22, P. DEYON, p. 328.

³⁷ Entrevista concedida a Laurent Lemire y publicada en «La Croix», pag. 24, martes 2 de abril de 1991.

³⁸J.P. GUTTON: *idem*, p. 45.

³⁹J.P. GUTTON: *idem*, p. 61.

⁴⁰J.P. GUTTON, *idem*, p. 99-101.

⁴¹P. GOUBERT: *L'ancien régime*, París, 1969

⁴²J.B. DE LA SALLE: CE Prefacio.

⁴³Y. POUTET, *idem*, vol. 1, p. 103.

⁴⁴P. LEON, *idem*, sobre todo vol. 1, cap. 5 y cap. 6 sobre los movimientos urbanos, p. 324-347.

⁴⁵C. LORQUET *Mémoires d'Oudard Coquault*, bourgeois de Reims. Reims 1875, p. 114.

⁴⁶Y. POUTET, *idem*, vol. 1, p. 105.

⁴⁷BLAIN 2, 8.

⁴⁸Y. POUTET, *idem*, vol. 2, p. 81.

⁴⁹Y. POUTET, *idem*, vol. 2, p. 79.

⁵⁰ BLAIN 1 y 2.

Temas complementarios:

Cortesía y Urbanidad, Escuela, Escolares, Iglesia, Gratitud, Padres de alumnos, Pobres.

BIBLIOGRAFIA

Para las obras generales de consulta remitimos especialmente a:

1. E. MARTIN SAINT-LÉON: *Historique des corporations de métiers, depuis leurs origines jusqu'à leur suppression*, París, 1897, 4a edición en 1941. Esta obra, a partir de la página 571, estudia especialmente la estructura corporativa en París.
2. F. OLIVIER MARTIN: *L'organisation corporative de la France d'ancien régime*, París, 1938.
3. F. OLIVIER MARTIN: *Histoire économique et financière, dans l'Histoire de la nation française de Gabriel Hanoteaux*.

H. Giampiero FORNARESI

Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO [49]

5B: LOS HIJOS DE LOS ARTESANOS Y DE LOS POBRES

Sumario:

1. Uso general de la palabra Artesano en tiempos de La Salle: **1.1.** Definiciones del diccionario; **1.2.** Los Artesanos y los Indigentes. - **2.** Uso que La Salle hace de la palabra: **2.1.** Vocabulario Lasaliano; **2.2.** En asociación con la palabra Pobres; **2.3.** Otros usos. - **3.** El testimonio de los Sociólogos; **3.1.** La base de la clasificación social en tiempos de La Salle. - **4.** La Bula y la Fórmula de los Votos y la clientela de las Escuelas Cristianas. - **5.** Uso en el Instituto contemporáneo: **5.1.** Regla; **5.2.** Declaración; **5.3.** Circulares y Cartas.

1. USO GENERAL EN TIEMPOS DE LA SALLE

1.1. Definiciones del diccionario en los siglos XVII y XVIII

ARTESANO f.m. Obrero que ejerce una de las artes manuales, tales como zapatero, cerrajero, carpintero. Puede denominársele un artesano pobre, un artesano humilde, un artesano liberal.¹

ARTESANO n.m. El que practica una de las artes liberales.²

ARTES MANUALES n.m.p. Son aquéllas en las que se trabaja más con las manos y con el cuerpo que con el intelecto. Son los trabajadores que normalmente nos proporcionan lo que necesitamos para vivir, tales como relojeros, carpinteros, panaderos, zapateros...³

Citando el diccionario RICHELET de 1680 los Hermanos POUTET y PUNGIER al referirse a la situación de los artesanos en tiempos de La Salle, hacen un pertinente comentario que confirma más la inutilidad de intentar distinguir entre los artesanos y los pobres tal como el Fundador emplea estos términos.⁴ (RC 1705; MR 2). Su comentario concluye:

*«Los artesanos no tenían seguridad porque el desempleo era general. No tenían salario fijo ni capital para ayudarles a resistir una crisis económica. Consecuentemente, eran pobres».*⁵

Como hemos notado antes,¹ FURETIÈRE junta las dos palabras en su definición de los artesanos, Artesano Pobre. Parece bastante natural en vista de los fluctuantes bienes de los artesanos de los años 1680 y siguientes, que La Salle y sus

Hermanos usasen las palabras de modo intercambiable porque, vista la situación económica, todos los niños que frecuentaban las Escuelas Cristianas podían, salvo pocas excepciones, ser clasificados como pobres.

*«Ya sea que pensasen en jornaleros, o trabajadores de las más sencillas artes manuales (artesanos) o comerciantes, los consideraban a todos como pertenecientes al mundo de los pobres. En realidad, como lo demostrarán los testimonios de fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, a la mayoría de la población francesa se la podía describir como pobre y a las clases sociales más bajas como indigentes (miserables)».*⁶

Los Artesanos, por lo tanto, de las categorías más humildes, experimentaban una pobreza que para muchos de ellos era periódica más bien que permanente. Era una pobreza que dependía de factores tales como: el suministro de materias primas, las fluctuaciones de la guerra y la inestabilidad de los mercados. Como nota RICHELET, para el artesano era una vida de inseguridad más bien que de pobreza permanente o indigencia (miseria). Blain establece también esta diferencia cuando analiza las categorías de Pobres en las Escuelas de Hermanos de París, en la primera década del siglo XVIII.⁷

La investigación de J.P. GUTTON,⁸ citado por P. CHRISTOPHE,⁹ confirma las observaciones de los contemporáneos RICHELET, y BLAIN.

1.2. Los artesanos y los indigentes

Una nueva diferencia se hace entre la palabra Pobre, aplicada a estos trabajadores, y aquellas [50] personas y familias reducidas a la miseria absoluta. Para estos últimos el Estado había instituido los Hospitales Generales. Estas

instituciones alojaban de manera permanente y forzada a aquéllos cuya inseguridad llegaba a ser crónica, lo mismo que a muchos pobres, ya de edad (antiguos artesanos sin medios de subsistencia), huérfanos y otros niños dependientes enteramente de la Junta Local de los Pobres.¹⁰

«Hablamos aquí de auténtica pobreza. La pobreza de aquéllos que raramente comían bien, que carecían de medios para procurarse calor en invierno, y que no se casaban antes de los 30 años porque no podían sostener una familia. Los que eran pobres en este sentido representaban casi un tercio de los trabajadores manuales. Períodos de desempleo y de hambre eran inevitables para casi todos ellos.»¹¹

Así pues, se ve aquí de nuevo una terminología que no llega a distinguir bien entre «artesanos» y «los pobres», pero que reconoce sin embargo niveles de necesidades claramente diferentes.

2. USO DE LA PALABRA «ARTESANO» EN LA SALLE

La palabra «ARTESANOS» se encuentra relativamente con poca frecuencia en los escritos de La Salle. En vista del uso limitado que hace de ella, parece apropiado citar los ejemplos completos en que la utiliza.

2.1. Vocabulario Lasaliano

ARTESANO

- CE 187 D «De lo importante que es para un artesano saber leer y escribir»;
- Da 120 C «Para abstenerse de trabajos serviles como los que hacen los Artesanos»;
- 122 D «Se puede culpar solamente aquellos artesanos que trabajan en días de fiesta»;
- 158 B «Los artesanos cuyo trabajo es duro y agotador»;
- Db 118 A «Los artesanos cuyo trabajo es agotador, (los pobres) dispensados del ayuno»;
- Dc 86 D «Los artesanos cuyo trabajo es agotador, los pobres»;

- 129 C «Trabajo que es ejecutado por artesanos y comerciantes»;
- 129 C «Abstenerse el domingo del trabajo que hacen los artesanos»;
- GA 374 B «Los enfermos, los ancianos, los artesanos cuyo trabajo es agotador»;
- I 115 C «Comerciante y qué clase de mercancías, o artesano y el trabajo que hace»;
- 230 A «Si los artesanos no han trabajado concienzudamente»;
- MF 232 C «La Santísima Virgen era considerada como la esposa de una artesano»;
- MH 2.17 «Aquéllos que han llevado solamente los vestidos de simples artesanos»;
- MR 11 C «Una práctica que es sólo demasiado corriente entre los artesanos y los pobres»;
- 78 E «La piedad está muy arraigada entre los artesanos y los pobres»;
- RB VI B «Un artesano no fuese autosuficiente»;
- VI B «Este artesano debe tener más respeto hacia su dueño»;
- 60 E «Que los artesanos dejen los vestidos de lana para la gente de condición social más elevada»;
- 154 A «Otros, que son más comunes a los artesanos y los pobres»;
- 157 A «Por regla general sólo los artesanos y los pobres que permanecen allí»;
- 248 C «Como sería un artesano o un campesino»;
- RC 2.4 «Los artesanos y los pobres al tener, de ordinario, poca instrucción»;
- 2.5 «Para procurar esta ventaja a los hijos de los artesanos y de los pobres»;
- 2.6 «Los desórdenes entre los artesanos y los pobres vienen (de que han estado abandonados)».¹²

2.2. La palabra 'Artesano' usada juntamente con la palabra 'Pobre'

Se habrá notado que la palabra «ARTESANO» se encuentra muy a menudo en los escritos de La Salle en asociación con la palabra «POBRE». El Hermano Maurice HERMANS nos dice que se usa, en asociación inmediata con las palabras LOS POBRES, siete veces en total. Dos de éstas, sin embargo, no son de mucha importancia y se encuentran en las

Reglas de Urbanidad y Cortesía.¹³ Los cinco ejemplos que quedan son más importantes, tres de ellos se encuentran en las [51] primeras *Reglas* de 1705 y 1718. Estas frases están en los artículos 4, 5 y 6 y se emplean para definir la finalidad del Instituto.

La primera, artículo 4, explica el porqué del abandono espiritual de los niños:

«Habiendo tenido, de ordinario, poca instrucción, y estando ocupados todo el día en ganar su sustento y el de sus hijos, LOS ARTESANOS Y LOS POBRES, no pueden darles ellos mismos la instrucción que necesitan y una educación apropiada».

La segunda, artículo 5, explica cómo salvarlos de este estado:

«Con el fin de procurar esta ventaja a los hijos de LOS ARTESANOS Y DE LOS POBRES se establecieron las Escuelas Cristianas».

La tercera, artículo 6, especifica las ventajas que se esperan del establecimiento de las Escuelas:

*«Todos los desórdenes, especialmente entre los ARTESANOS Y LOS POBRES, provienen usualmente de haber sido, en su niñez, dejados a sí mismos y educados mal... y el principal fruto que se espera de la institución de las Escuelas Cristianas es prevenir estos desórdenes e impedir sus desastrosas consecuencias».*¹⁴

La misma expresión, combinando las palabras ARTESANOS Y LOS POBRES, la emplea La Salle en dos meditaciones. La primera de éstas, de las *Meditaciones para el tiempo del Retiro*, es un resumen claro de los tres artículos de las Reglas citados antes:

«Considerad que es achaque corriente, entre los artesanos y los pobres, dejar a sus hijos vivir a su antojo, como vagabundos que van de acá para allá, hasta que logran colocarlos en alguna

*profesión; sin cuidarse en modo alguno de enviarlos a la escuela, o por no consentirles su pobreza pagar a los maestros, o porque viéndose en la precisión de procurarse empleo fuera de casa, se hallan como forzados a dejarlos desatendidos».*¹⁵

El segundo ejemplo es de la penúltima meditación de la serie, en la que habla de la recompensa que los Hermanos recibirán por haber consagrado sus vidas al servicio de estos niños:

*«Considerad, pues, como preciosa recompensa que Dios os da ya en esta vida, la de ver que, por la fundación de las Escuelas cuya dirección El os ha encomendado, la religión y la piedad progresan entre los fieles y, particularmente, entre los artesanos y los pobres».*¹⁶

2.3. Otros usos de la palabra Artesano

Otro uso interesante de este término se encuentra en la meditación para la Vigilia de la Natividad, en la cual se hace alusión a María como «la esposa de un artesano».¹⁷ En total, La Salle emplea la palabra ARTESANO 24 veces. En ninguno de los contextos hay pormenor alguno que nos permita determinar exactamente quiénes podrían designarse con dicho término ni que nos ayude a distinguirlo de otro, a primera vista distinto: pobre. De hecho, los contextos parecen indicar que La Salle utilizaba estos términos virtualmente como sinónimos. Esto parece también querer indicar la conclusión del grupo de autores de *Beginnings*:

*«Según los criterios de hoy, una persona pobre es cualquiera que no puede permitirse el mínimo de comodidades que tienen aquéllos que cobran el salario más bajo. Pero en el siglo XVII tales comodidades no existían generalmente. Según esta norma, se consideraba pobre a la mayor parte de la población de Francia, desde los más humildes mendigos hasta los ARTESANOS y pequeños comerciantes».*¹⁸

3. EL TESTIMONIO DE LOS SOCIOLOGOS

3.1. Los fundamentos de las categorías sociales en tiempos de La Salle

El Hermano Yves POUTET juzga importante subrayar, en toda tentativa para identificar la clientela de las Escuelas Cristianas, que el aspecto económico no era la base de la división social en el siglo XVII. La diferencia se basaba en la función más que en las leyes económicas. La sociedad era una sociedad de ORDENES más que de CLASES. Comprendido esto, está claro que la escuela, en la medida en que se relacionaba con materias profanas, o bien intentaba ser vehículo de evolución social, o ciertamente, en la práctica funcionaba como tal. POUTET afirma que La Salle tenía seguramente, un conocimiento consciente de esta [52] función social de la escuela. Sin tal conocimiento sería difícil, explicar que escribiese un texto sobre urbanidad.¹⁹ Parece, pues, lógico concluir que cuando él empleaba la expresión LOS ARTESANOS Y LOS POBRES, en el texto formal de las Reglas, usaba las palabras recíprocamente y en un sentido muy flexible. En corto artículo, siguiendo las intuiciones de BLUCHE y de SOLNON, POUTET concluye:

«Al suprimir en las escuelas toda discriminación basada en la economía, (gratuidad para todos, lo cual ya no humillaba más a los pobres sino que permitía a los más acomodados asistir...) J.B. de La Salle mezcló artesanos, marinos, médicos... pajes, asistentes, pobres vergonzantes... Podemos dar fe de un movimiento favorable a la igualdad de la sociedad.»²⁰

BLUCHE y SOLNON enumeran 569 niveles de impuestos en Francia a finales del siglo XVII, lo que apoyaría la tesis de que la base de la sociedad en tiempo de La Salle era una de ÓRDENES y FUNCIONES. El H. Henri BEDEL, en su estudio no publicado, proporciona gran cantidad de datos referentes a los artesanos y los pobres. Estos datos se refieren en particular a ciudades tales como Amiens, Dole y Lyon. Mientras se demostraba el hecho de que había entre la población de cada ciudad y villa, un grupo

específicamente designado como los POBRES,²¹ los datos dejan entender claramente que la situación económica del país en general producía continuamente, entre los artesanos más inferiores, POBRES transitorios y temporales.

«Entre aquéllos que hemos visto se les consideraba como pobres, parece, sin embargo, que había algunos, que teniendo suficientes recursos para proveer a sus necesidades, al menos en el nivel en el que los hemos colocado, podrían encontrarse ellos mismos expuestos a la pobreza temporalmente.»²²

Bedel cita otros casos de personas admitidas en los Hospitales, a los que se les identifica como artesanos y cuya situación es de pobreza temporal. Citando el registro de pobres de Dole, un poco después del período que nos ocupa, Bedel menciona un caso típico que se refiere a artesanos de la rama de tejidos:

«La falta de trabajo a causa de la carencia de recursos tuvo consecuencias similares (necesidad de asistencia). Así, en Dole, a lo largo del año 1750, vemos a una familia de hilanderos de lana dirigirse a la Hermandad de la Cruz en estos términos: “Que estando reducidos a extrema necesidad ellos y su familia, compuesta de cuatro hijos, a causa de la falta de trabajo en su profesión y debido al elevado precio del alimento, no tenían ni siquiera los medios de sustentarse incluso con el alimento peor y más ordinario”».²³

Leyendo las numerosas solicitudes de ayuda que el H. BEDEL nos proporciona, se ve cada vez más claro que los términos «artesano» y «pobre», aunque designan categorías propias, pueden ser considerados, en el período al que nos referimos, como teniendo el mismo significado. De nuevo, al llegar a esta conclusión, debemos tener en cuenta lo que se ha señalado antes. Dentro de la jerarquía social de la época había una CLASE conocida como los POBRES.

El hecho mismo de que La Salle una los términos artesanos y pobres, en especial en sus

escritos más oficiales, parece indicar que, según él, los pobres no se limitan a los que lo son oficialmente. Incluye claramente, según parece, este tipo de pobres que BEDEL identifica entre los artesanos, como lo hace también GUTTON,

«El pobre vergonzante, dice J.P. Gutton, no es pobre más que por su situación económica, pues su situación social le deja fuera del mundo de la pobreza». Incluso afectado por la pobreza, no era de los que socialmente se consideraba formando parte del grupo de los pobres.»²⁴

BEDEL concluye con GUTTON, en que el pequeño artesano que dependía de su fuerza corporal para ganar un módico sustento, estaba en constante peligro, debido a las fluctuaciones en el precio de los alimentos, de ser considerado pobre:

«La característica común a todos los que formaban este conjunto nos parece que viene de esta antigua definición de «pobre» recogida de nuevo por J.P. Gutton: “la persona que cuenta sólo con su trabajo para poder vivir”, lo cual el autor lo precisa diciendo: “el hombre pobre vive al día, no tiene paga por adelantado, sino simplemente el salario por el trabajo de sus brazos”».²⁵

El Hermano Maurice HERMANS, citando también a GUTTON, refuerza la opinión de que para La Salle los términos LOS ARTESANOS y LOS POBRES eran virtualmente sinónimos: [53]

«Los artesanos son tan pobres, leemos al referirse a la ciudad de Poitiers en 1684, que es necesario llevarlos al Hospital tan pronto como cesan de trabajar.»²⁶

El Hermano HERMANS examina también detenidamente la *Guía de las Escuelas* y encuentra referencias en los modelos de admisión, solicitudes, etc., que designan a los padres como artesanos. Esta palabra se emplea repetidas veces en esta obra, como se demuestra en la lista de citas del Vocabulario Lasaliano. Parece claro que los artesanos en cuestión son, en general, los de la

clase más humilde, tales como cardadores y sargadores. Sin embargo, comenta también él que hay numerosas referencias en la *Guía* que dan prueba de un cierto nivel de bienestar económico en muchos de los estudiantes (HERMANS op. Cit., p. 10).

Los ARTESANOS a los que La Salle se refiere, como afirma el estudio del Hermano BEDEL, experimentaban sus altibajos económicos como les pasa a los trabajadores ordinarios de hoy, incluso en los países del Primer Mundo.

3. LA BULA, LA FORMULA DE VOTOS Y LA CLIENTELA DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

La formulación de la Bula de 1725 se debe, sin duda en gran parte, al Instituto o a las informaciones procuradas a la Sede apostólica por los Hermanos. Después de la clásica introducción que menciona, en términos generales, los Institutos fundados «para favorecer el progreso de los hijos de los pobres», continúa precisando los que deberían beneficiarse de la iniciativa de Juan Bautista de La Salle. Se les designa como los hijos de las personas que pertenecen a una u otra de estas dos categorías: «Los que están acuciados por la necesidad» o «los que están atareados con el trabajo de sus manos, en ganar su sustento».²⁷

Se reconocen aquí inmediatamente los ecos de la *Regla* primitiva de 1705, la de 1718 y los dos primeros capítulos de las *Meditaciones para el Tiempo del Retiro*, del Fundador. En los dos casos, se atrae la atención sobre la unión de las palabras «los hijos de los artesanos y de los pobres». La Bula hace una distinción entre estos dos grupos, pero parece ser una vez más, solamente con el propósito de indicar que esto implicaba una gama extensa de necesidades económicas. No consideramos aquí en realidad dos grupos distintos, sino dos aspectos de una misma serie. Al mismo tiempo se nos recuerda que la inseguridad de los tiempos establecía una relación cercana e incluso una identificación entre los dos. La Bula tiene otras dos referencias que clarifican un poco más la situación. Al enumerar 18 reglas según las cuales los Hermanos deben vivir, la Bula señala: «Que los Hermanos tengan como principal deber enseñar a los niños (en

general) y especialmente a los niños pobres (en particular)». Señala además que tal enseñanza debe ser gratuita.

Lo que hay que notar aquí es que, en la práctica, La Salle y los primeros Hermanos y los que los siguieron después de la Bula de 1725, no hicieron ninguna distinción en la aplicación del principio de gratuidad a los alumnos de las clases elementales. Dicho de otra manera, para continuar con esta idea de los dos grupos, enseñaban a ambos gratuitamente. Es decir, no hacían distinción entre hijos de los ARTESANOS y de los POBRES a este respecto. La expresión general de la Bula se refería al fin de la enseñanza a los «niños en general» y solamente por modificación, «la enseñanza a los POBRES». Era, pues, perfectamente lógico que la fórmula de los votos después de 1726, continuase expresando la enseñanza gratuita sin otra modificación. Parece ser que, desde los primeros años del siglo XIX comienza un debate creciente en el Instituto para determinar a quién se refiere la gratuidad. En el momento oportuno, se revisó la fórmula pasando de «enseñar gratuitamente» a «enseñar a los pobres gratuitamente». Es posible que, una vez más, perseguimos una quimera en el intento de establecer que La Salle, al unir las dos palabras, tenía deliberadamente la intención de identificar dos grupos distintos.

5. USO EN EL INSTITUTO CONTEMPORANEO

5.1. Las Reglas Comunes y la Regla

Las *Reglas Comunes*, tradicionalmente, han unido las palabras ARTESANOS y POBRES. La [54] *Regla* de 1947 es la última de las revisiones que conserva la presentación tradicional. En el Capítulo 1, DEL FIN Y NECESIDAD DE ESTE INSTITUTO, se utiliza la palabra ARTESANO tres veces.²⁸ En el Capítulo 18, sobre los votos, se utiliza dos veces. El artículo primero de la *Regla* tras el Vaticano II (diciembre de 1967) retiene la unión entre los hijos de los ARTESANOS y de los POBRES, pero ésta es la única referencia. Versiones siguientes de la *Regla* hablan progresivamente de la misión del Instituto como un SERVICIO A LOS POBRES POR MEDIO DE LA EDUCACION. La nueva terminología alcanza su

punto culminante en el Capítulo 2 de la *Regla* de 1987, art. 11, y se expresa con más claridad en los artículos 39-41, así como en la misma fórmula de los votos.²⁹ La *Regla*, sin embargo, retiene la expresión LOS HIJOS DE LOS ARTESANOS Y DE LOS POBRES en dos principales artículos.

El primero, en el cap. 1 art. 1: «*San Juan Bautista de La Salle, atento por inspiración de Dios al desamparo humano y espiritual de LOS HIJOS DE LOS ARTESANOS Y DE LOS POBRES, se consagró a la formación de maestros de escuela enteramente dedicados a la instrucción y educación cristiana*».

El segundo, en el cap. 2 art. 11: «*Impresionado por la situación de abandono de LOS HIJOS DE LOS ARTESANOS Y DE LOS POBRES, Juan Bautista de La Salle descubrió, a la luz de la fe, la misión de su Instituto como respuesta concreta a su contemplación del designio de Dios*». El haber conservado estas dos referencias a los artesanos en lugares tan significativos no puede interpretarse como un capricho estilístico o un acceso de nostalgia. Esto significa sin duda, que el Instituto considera todavía que entre su clientela se encuentran también los descendientes de los artesanos del tiempo de La Salle, que se llamen peones, obreros, artesanos o de otra manera.

5.2. La Declaración

La primera sesión del Capítulo de Renovación de 1966-67 encargó a un pequeño grupo de delegados hacer un estudio de la identidad del Hermano durante el período intercapitular.

Posteriormente este grupo presentó el documento original conocido con el nombre de *Declaración*.

Como puede verse en el texto, el pensamiento del grupo de autores estuvo muy influido por documentos conciliares y papales, tales como *Perfectae Caritatis*, *Gaudium et Spes*, *Gravissimum Educationis Momentum*, *Lumen Gentium*, *Populorum Progressio* y *Ad Gentes*. El texto de la *Declaración* fue discutido y votado artículo por artículo por el Capítulo, muchos de cuyos miembros habían experimentado,

ciertamente, las realidades expresadas en los documentos del Concilio. En consecuencia, la *Regla ad experimentum* de 1967, como se ha dicho arriba, que finalmente surgió del Capítulo, refleja fielmente la preocupación de la Iglesia por la pobreza y la injusticia. En la *Declaración* no hay referencia directa a los ARTESANOS, pero en el artículo 31.6 las dos palabras OBRERO y TRABAJADOR podrían tomarse como sustitutas de la palabra en un pasaje que comienza así: «Colaboren los Hermanos a la verdadera promoción colectiva de los pobres».³⁰

5.3. Selección de algunas Circulares del Instituto

5.3.1. Circular 412, 15 de septiembre de 1980

La Circular *EL SERVICIO EDUCATIVO A LOS POBRES Y LA PROMOCION DE LA JUSTICIA* habla de la necesidad de un estudio preciso de los vocablos LOS ARTESANOS Y LOS POBRES y hace referencia al estudio del H. BEDEL.³¹ Sin embargo, la Circular continúa refiriéndose a los que designan estos dos términos, como a dos categorías sociales diferentes y, en esta perspectiva, habla de la apertura de las escuelas a los niños de las diversas CLASES sociales en tiempos de La Salle. Pero, un poco más lejos en el texto, se hace evidente que la distinción entre los dos estaba lejos de ser tan clara como la Circular quisiera insinuarlo. La Salle habría sido completamente consciente de que había grupos de gente a los que se les designaba oficialmente como Artesanos y Pobres, pero sabía también que en la realidad práctica, la situación era muy diferente. Está bien claro que él rehusaba estas categorías como base para la admisión en sus escuelas, a menos de verse obligado a ello. Como BLAIN señala, La Salle resistió enérgicamente los intentos de excluir a algunos alumnos de las escuelas de París, basándose en esta distinción [55] oficial.³² Intentando encontrar un motivo a la determinación de La Salle, BLAIN señala que en materia tan delicada no se puede siempre juzgar por las apariencias.

5.3.2. Carta Patoral del 1º de enero de 1988:

«El destino del Instituto:
nuestra responsabilidad»

La sección VI de esta carta trata de la solidaridad con los POBRES. El segundo criterio de *Perfectae Caritatis* para definir toda renovación de la vida y de las actividades es la vuelta a la inspiración original del Fundador. Esta llamada, parece ser, fue la base del 39º Capítulo General, como se refiere en el párrafo primero de la sección VI de la carta. Así pues, lo que los Hermanos deben hacer aquí es volver al compromiso inicial del Fundador con los pobres. Probablemente fue también la razón por la que los delegados del Capítulo General de 1986 hicieron numerosas referencias a la experiencia de La Salle y de los primeros Hermanos. Sin embargo es un poco sorprendente que, mientras La Salle unía firmemente los ARTESANOS y los POBRES, algunos textos contemporáneos del Instituto hablan de vuelta a los pobres al mismo tiempo que se olvidan de hacer referencia a los grupos sociales que pueden ser legítimamente considerados como sus equivalentes actuales. Sería uno más fiel a La Salle y a sus intenciones, utilizando expresiones, como reorientación de nuestras obras hacia los pobres y hacia los que, sin ser víctimas de la inseguridad, pueden llegar a serlo. Esta fue la situación de los ARTESANOS en tiempos de La Salle, y es hoy día la situación de las personas que sostienen a sus familias con su propio trabajo. Sobre todo, no podemos pretender saber con certeza lo que La Salle quiere decir cuando escribe que la finalidad del Instituto es la instrucción de los hijos de los ARTESANOS Y DE LOS POBRES. BEDEL, HERMANS, POUTET todos parecen estar de acuerdo en que al Instituto le queda mucho por hacer antes de poder determinar con precisión lo que La Salle comprendía por la palabra ARTESANOS y su habitual compañera POBRES. Quizá esto no importase se si tratase sencillamente de problemas históricos. Pero estamos ante un desafío actual, el de volver al servicio de aquéllos hacia los que el interés de La Salle dirigió el Instituto. En adelante debemos continuar buscando al mismo tiempo que continuamos también sirviéndoles.

6. CONCLUSION

El Hermano HERMANS concluye, y nosotros con él, con la fuerza de la evidencia que tenemos, que según el uso que La Salle hace de la palabra POBRES, ésta no puede interpretarse

como aquéllos que la sociedad consideraba como los más dignos de asistencia: los miserables.³³ De la misma manera, y con la misma evidencia, guiados por los escritos personales de LA SALLE, los de BERNARD, MAILLEFER y BLAIN, y los de los investigadores del Instituto contemporáneo como AROZ, BEDEL, HERMANS, POUTET, PUNGIER... Podemos concluir que su utilización de la palabra ARTESANOS, se refería a una parte considerable de la población urbana de su tiempo. Por consiguiente, es importante añadir que, a juzgar por la tendencia general del lenguaje del Fundador, su preocupación especial está por aquellos artesanos que se encuentran en la parte más baja de la escala económica.

Post scriptum

Como conclusión, un extracto del discurso de Michel ROCARD, Primer Ministro Francés, en presencia del Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, con ocasión de la beatificación del Hermano Scubilion Rousseau, el 1 de mayo de 1989, en la isla de la Reunión:

«Nuestro pueblo está orgulloso por haber dado al mundo en el siglo XVII un gran bienhechor de la humanidad en la persona de Juan Bautista de La Salle. Si fue uno de los grandes pedagogos de los tiempos modernos, por su renovación de los métodos de educación... lo fue sobre todo porque comprendió la importancia de la

*educación de los HIJOS DE LAS CLASES POPULARES».*³⁴

¹FURETIÈRE: *Dictionnaire Universel*, 1690.

²DUBOIS: *Dictionnaire de la langue classique*.

³FURETIÈRE, o.c. [56]

⁴RC de 1705 y MR 2.

⁵POUTET-PUNGIER: *Un Educateur aux prises avec la société*, p. 29.

⁶H. BEDEL: *Les artisans et les pauvres au temps des origines de l'Institut*, AMG ED 275/8.

⁷BLAIN 2, 34.

⁸J.P. GUTTON: *La pauvreté et les pauvres*, p. 242.

⁹P. CHRISTOPHE: *Les pauvres et la pauvreté*, t. 2, cap. 1.

¹⁰P. CHRISTOPHE, o.c., cap. 2.

¹¹AROS y otros: *Beginnings*, p. 64-65.

¹²*Vocabulaire Lasallien*, vol. 1, p. 261.

¹³M. HERMANS: *Les pauvres auxquels se vouaient saint Jean-Baptiste de La Salle et les premiers Frères*, AMG DC 401/17 D3, p. 5.

¹⁴RC 1718, ms.

¹⁵MR 2,1.

¹⁶MR 15.

¹⁷MF 85.

¹⁸AROS y otros: *Beginnings*, p. 67.

¹⁹Y. POUTET *Lasalliana* 09-A-44.

²⁰Y. POUTET *La véritable hiérarchie sociale aux temps de saint Jean-Baptiste de La Salle*.

²¹H. BEDEL, o.c., p. 33.

²²H. BEDEL, o.c. p. 27.

²³H. BEDEL, o.c., p. 28.

²⁴Citado en BEDEL, p. 30.

²⁵H. BEDEL, cita a GUTTON, o.c., p. 85.

²⁶M. HERMANS, o.c. p. 3, cita a GUTTON, p. 56.

²⁷Regla de 1947, p. VIII, Bula.

²⁸Regla de 1947.

²⁹Regla de 1987.

³⁰Declaración, p. 54.

³¹Circular 412, p. 72.

³²BLAIN 2, 9.

³³M. HERMANS, o.c. p. 12.

³⁴M. ROCARD, in *Lasalliana* 16-4-B-80.

Temas complementarios:

Urbanidad y Cortesía, Cristiano, Guía, Dios, Escuela, Escolar, Niño, Educación, Educar, Hermano, Gratuidad, Instrucción, Padres de alumnos, Pobres, Regla, Votos, Celo. [57]

BIBLIOGRAFIA

1. The Common Rules. 1705, 1718 ms.
2. The Rule of the Brothers of the Christian Schools 1947, 1987.
3. The Conduct of the Schools of SJB. ed. 1720 Fontainière 1935.
4. The Rules of Christian Decorum and Civility. 1990 Romeoville.
5. Meditations for the Times of Retreat. Loes 1975.
6. Méditations DLS. Battersby. 1953.
7. *Vocabulaire Lasallien*. A 261.
8. CL 7 y CL 8.
9. *Le Frère des Écoles Chrétiennes dans le monde d'aujourd'hui*. 1967.
10. p.e. H. ED 275/8 Archives. *Les pauvres au temps de Saint Jean-Baptiste de La Salle*. 1971.
11. HERMANS, M. DC 401/17 D3. Archives. *Les pauvres auxquels se vouaient Saint Jean-Baptiste de La Salle et les premiers Frères*.

12. Circular 412. Educational service of the Poor and Education for Justice.
13. Pastoral Letter. *The destiny of the Institute: our responsibility*. 1988.
14. Y. POUTET-J. PUNGIER. *Un éducateur aux prises avec la société*.
15. L. Aroz et al.: *Beginnings*.
16. GUTTON J.P.: *Society and the Poor in Europe*. Paris 1971.
17. CHRISTOPHE P.: *Les pauvres et la pauvreté*, Desclée, 1987.
18. Furetière 1690. *Dictionnaire Universel*.
19. DUBOIS. *Dictionnaire de la Langue Française Classique*.

H. Raphael BASSETT

Traducido del inglés por el H. José Luis RODRIGUEZ [58]

6. ASOCIACION

6A. LA ASOCIACION COMO ESTILO DE VIDA Y DE ACCION

Sumario:

1. Concepto de asociación. - 2. Empleo de tal palabra por san Juan Bautista de La Salle. 2.1. Palabra rara, pero esencial. 2.2. En el origen de la asociación. 2.3. La asociación eje soporte de la estructura comunitaria. - 3. «Tener juntos y por asociación las escuelas». 3.1. Acción educadora comunitaria. 3.2. Uniformidad de métodos pedagógicos. 3.3. Cooperación en la guía de las escuelas. - 4. La asociación como estilo de vida. 4.1. No hacía nada autoritariamente. 4.2. Os ordenamos en nombre y de parte del Cuerpo de la Sociedad.

1. CONCEPTO DE ASOCIACION

El vocablo asociación designa un vínculo entre personas, con miras a una finalidad que alcanzar juntas y, al mismo tiempo, quiere significar el método de actuación para lograr ese mismo fin.

El *Dictionnaire* de Trévoux (1721) propone la definición siguiente: «Convenio de sociedad, por el cual dos o varias personas se aúnan o para ayudarse mutuamente, o para actuar en común o para vivir con mayor comodidad. La más estricta de las asociaciones es la que se establece por el lazo del matrimonio. La asociación se verifica por consentimiento espontáneo».

2. EMPLEO DEL VOCABLO POR SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

2.1. Vocablo raro, pero esencial

La palabra asociación (y el verbo asociar) se descubren raramente en los escritos lasalianos, pero asume una importancia extraordinaria para calificar su visión de la vida del Hermano, su consagración, su misión, la dimensión comunitaria de su compromiso apostólico.

Más allá del tipo de vínculo interno que caracteriza al Instituto de los Hermanos de las Escuelas [59] Cristianas, hasta alzarse como objeto de un voto específico de sus miembros, tal concepto está utilizado por La Salle en raras ocasiones, pero siempre para poner de relieve el

nexo entre personas. Los pasajes más significativos son:

- * En los Devoirs d'un chrétien (Da 377): la asociación designa la unión del hombre y de la mujer en el matrimonio, «al elevar» esta asociación y esta unión del hombre y de la mujer a la dignidad de sacramento», con la intención del bien de los esposos y de los fines propios del matrimonio. »

- * En las Meditaciones, (MF 174.2), la palabra se inserta para describir el lazo entre san Bruno y los seis personajes que «él asoció» a fin de vivir juntos una experiencia de vida religiosa. Es el mismo significado en la corta vida de san Yon que en apéndice se halla al cabo de las Meditaciones (CL 12, p. 269) cuando se cita que «fue asociado a los trabajos de la misión evangélica» de san Dionisio; y en Les devoirs d'un chrétien (Da 252) donde se menciona a san Juan que predicó, primeramente en Jerusalén «donde con san Pedro asoció a Pablo con los demás Apóstoles».

Sin embargo, el sentido central del pensamiento lasaliano, sobre el cual quisiéramos llamar la atención, es el que surge de la fórmula de los votos de los Hermanos, constantemente reiterada desde 1694:¹ «Prometo y hago voto de unirme y de permanecer en sociedad¹» *manecer en sociedad con los Hermanos... para tener juntos y por asociación las escuelas gratuitas... Los cuales votos tanto de asociación como de estabilidad en la dicha Sociedad y de obediencia...*» (CL 2,42). Pero esta utilización de la palabra «asociación» había tenido un

¹ NOTA DEL EDITOR: El párrafo subrayado en el original se encuentra al inicio. En esta edición se

reubica, pasando a la página 60, aunque en origen está en la página n° 59

precedente permanecido secreto.

2.2. El el origen de la Asociación

Hacia el fin de 1691, en un momento difícil para la Institución naciente de las Escuelas Cristianas, La Salle se halla en la coyuntura obligada de buscar los medios más idóneos para salvar y estabilizar su obra.

Blain, después de haber descrito la situación de grave necesidad de 1690-91, afirma: «Después de muchas reflexiones sobre los medios para apuntalar bien un edificio amenazado de ruina en el instante mismo cuando se trataba de edificarlo, fue inspirado: a asociarse con los dos Hermanos que presumía los más adecuados para sostener la comunidad naciente y de mancomunarse con él con un compromiso irrevocable para proseguir su establecimiento» (BLAIN 1, 312). La fórmula utilizada secretamente² por los tres, el 21 de noviembre de 1691, para formalizar su asociación constituye, lo que nosotros llamamos «el voto heroico» y afirma, desde el aspecto que aquí nos interesa: «*Santísima Trinidad... nosotros nos consagramos enteramente a Vos, para procurar con todas nuestras fuerzas y con todos nuestros cuidados la edificación y establecimiento de la Sociedad de las Escuelas Cristianas... Y para este fin, yo, Juan Bautista de La Salle, sacerdote; yo Nicolás Vuyart, y yo Gabriel Drolin... hacemos voto de asociación y de unión para procurar y mantener dicho establecimiento... En vista de lo cual prometemos hacer unánimemente y de común parecer, todo cuanto creamos en conciencia y sin consideración alguna humana ser para mayor bien de la citada sociedad...*» (BLAIN 1, 313).

En esta fórmula se halla condensado el esencial concepto lasaliano de asociación:

- la asociación es el fundamento del establecimiento de la institución;
- asociación significa actuar «unánimemente y de común acuerdo» en todas las decisiones necesarias para la vida de la Sociedad;
- asociación designa el vínculo recíproco entre los miembros del Instituto.

El acto verificado el 21 de noviembre de

1691 representa una rotunda profesión de fe y de esperanza. Los Hermanos SAUVAGE y CAMPOS ponen el acento sobre el valor profético de este gesto que, para La Salle, no indica sólo la esperanza en Dios, sino también en el caminar concreto con los hombres a los cuales se asocia:

«El voto perpetuo y "heroico" constituye la respuesta de La Salle ante una situación desesperada: un salto hacia delante, un acto de esperanza teologal.»

Acto de esperanza en Dios fiel. La fórmula del voto se abre con una pleitesía a la Santísima Trinidad que orienta el contenido entero del compromiso. Es Dios quien había inmerso a La Salle en esta vocación escolar. La seguridad de esta voluntad de Dios sobre él no parece abandonarlo en tal coyuntura: por densa que sea la noche, pretende proseguir idéntico camino apoyándose sobre esta evidencia interior. Porque se trata de realizar la obra de Dios. El Dios vivo que se situó allí en la raya de la salida, el Dios que permanece presente en esta noche y que habla al corazón, ahí estará siempre; seguirá machaconamente con su llamada a la creatividad y dará la fuerza y la luz requeridas para responder concretamente.

El acto de esperanza teologal de La Salle se explicita y se fortifica por un *acto de esperanza en los hombres concretos*. No es el gesto del Fundador el gesto de un presidiario o de un forzado, sino un gesto libre y libertador, que le arranca de su per-plejidad.

Es un gesto de amor, de un amor que implica la confianza concreta en los hombres. En su perplejidad, esta confianza en los hombres, en unos hombres, se explicita con realismo con una actuación de una salida de sí para juntarse con dos amigos.

De ahí, que el gesto de La Salle aparezca como un gesto *profético* en el sentido bíblico del vocablo. Es decir el gesto de un «Vidente» que sabe discernir por el Espíritu en la oscuridad de la noche y la fragilidad ambigua de los signos, una presencia, una llamada, una voluntad del Dios vivo actuando entre los hombres para la realización de la salvación: la liberación, la vida de los hombres, la Alianza».³ [60]

2.3. La asociación eje-soporte de la estructura comunitaria

Como ya se ha adelantado, a partir de la fórmula de 1691, la asociación sirve para expresar, desde 1694, un elemento fundamental de la consagración de cada Hermano, y a cualificar la estructuración de la vida de la Sociedad de las Escuelas Cristianas.

Nosotros volvemos a hallarla en algunos textos claves:

* En la fórmula de los votos perpetuos emitidos por doce Hermanos el día de la Santísima Trinidad de 1694⁴ según se ha trasladado anteriormente.

* En el texto muy importante, redactado en esa misma ocasión.⁵

* En «el Acta de elección del superior» que redactaran desde el día siguiente, los doce votantes del 6 de junio de 1694 recuerdan expresamente que sus compromisos de la víspera les constituyen en «asociación». Y como consecuencia de ese nuevo estado de cosas proceden entonces a la elección regular de un superior, y que determinan definitivamente una u otra disposición estatutaria:

«Nosotros, los abajo firmantes... después de habernos asociado con el señor Juan Bautista de La Salle, sacerdote, para tener juntos y por asociación las escuelas gratuitas por los votos que hicimos en el día de ayer, reconocemos que, como consecuencia de nuestros votos y de la asociación que hemos contraído por ellos, hemos elegido por Superior al señor Juan Bautista de La Salle al que prometemos obedecer con entera sumisión en virtud de nuestro voto, así como a los que él nos dé, por superiores. «Declaramos igualmente pretender que la presente elección que hemos hecho de dicho señor de La Salle por Superior, no tenga en lo sucesivo consecuencia alguna, pues es nuestra

*intención que después de él, en el futuro y para siempre, no haya nadie recibido entre nosotros, ni elegido como Superior, que sea sacerdote o que haya recibido las sagradas órdenes; y que no tendremos siquiera ni admitiremos a ningún superior que no esté asociado y haya hecho votos como nosotros, y como todos los que en lo sucesivo se asociarán a nosotros».*⁶

En este documento fundamental se pone de relieve netamente la conciencia del Fundador y de los Hermanos a propósito del lugar central del concepto de asociación, ya como fundamento del lazo personal entre ellos ya para el presente y el porvenir de la institución misma.

Y la preocupación de los Hermanos no era únicamente teórica, como lo destacan SAUVAGE Y CAMPOS:

*«Nuevamente aquí se infiere el vínculo estrecho entre el impulso de consagración total al Señor y a su Reino y el proceso de estructuración interna de una asociación fraterna consciente de sus objetivos y de las modalidades necesarias para alcanzarlos. Semejante explicitación se debía revelar en el correr de los días como fuerza capaz de sostener la Comunidad en los turbiones que pudieran anonadarla. Porque durante los veinte años siguientes, el principio del Gobierno del Instituto, fue puesto en discusión varias veces».*⁷

* En la explicación de las obligaciones que imponen los votos: *Recueil de différents petits traités à l'usage des Frères des Ecoles Chrésiennes*,⁸ en la sección que se refiere a la asociación se lee: «Los votos obligan a cuatro cosas: 1². a tener las escuelas por asociación, con quienes se han asociado en la sociedad, y que se asociarán a continuación, en cualquier lugar al que fuere enviado; o a hacer otra cosa a la que fuere empleado por sus superiores».

4. «TENER JUNTOS Y POR ASOCIACIÓN LAS ESCUELAS»

² Sic Viena si en el original en español, sin continuidad en números

El primer ámbito en el cual la asociación suscita consecuencias de grande importancia, es precisamente el de la fundación y el gobierno de la obra apostólica de los Hermanos en la escuela.

No es por nada que en las fórmulas analizadas anteriormente, la lógica es: «*Nosotros nos hemos unido y asociado para tener las escuelas juntos y por asociación*». En el voto heroico de 1691 se explicitaba al mismo tiempo la manera de ponerlo en práctica: «*Hacer unánimemente y de común acuerdo todo lo necesario para su mantenimiento y su desarrollo*».

Para el Fundador y para los primeros Hermanos, eso significaba en concreto: [61]

3.1. Una acción educativa comunitaria

La necesidad de dar a la acción apostólica de los Hermanos un carácter estrechamente comunitario constituía una exigencia que el Fundador advirtió inmediata y constantemente. Esa es la intuición genial y singularísima de La Salle, que presupone y a la par postula el concepto de asociación. La siguiente página de Michel SAUVAGE lo acentúa perfectamente:

«Era pues preciso intentar agruparlos: organizar una “comunidad” que pudiera coordinar los esfuerzos, establecer métodos generales, sostener el empuje apostólico; una vida común se imponía exigiendo la aceptación por todos de un reglamento, e implicando también exigencias de disponibilidad y una uniformidad en la manera de vivir. Esta vida común, ordenada así hacia el apostolado, debía con toda evidencia estar señalada por la preo-cupación de una formación espiritual que suponía oración y ascesis. En fin y sobre todo, se necesitaba un jefe que fuera un “maestro espiritual”».

Juan Bautista descubrió casi inmediatamente, podemos asegurar, las implicaciones concretas de la vida de "comunidad" reclamada para el éxito de las escuelas; habíase de reunir a los maestros bajo idéntico techo, proporcionarles un programa

común de ejercicios espirituales. Muy presto se le ve realizar tal cometido; residir los maestros en una casa alquilada para ellos; les da un reglamento. Y sigue su adaptación lo mejor que puede... No obstante no ejecutará el paso definitivo más que cuando claramente haya comprendido que Dios le llama a que se consagre entera y totalmente a esos maestros de escuela cuya “dirección exterior” según su expresión, hasta entonces había aceptado. Desde entonces, comprenderá que se ha de hacer como ellos, participar en su existencia, en sus “ejercicios”, aceptar también tener acceso como ellos a la inseguridad material.

A partir de ese hito, y conector de la voluntad del Señor sobre él, Juan Bautista no se desviará de una pulgada en su realización. El aportará para constituir su comunidad una fuerza y una continuidad que algunos apreciarán como obstinación: defenderá la originalidad, la autonomía interna, con inflexibilidad estimando que para responder a las exigencias de la finalidad apostólica, para asegurar la formación, la estabilidad de sus miembros, la comunidad de los Hermanos debía mostrar un rostro muy determinado, cuyas líneas se precisaban poco a poco ante sus ojos, a la luz de la experiencia vivida».⁹

3.2. Uniformidad de métodos pedagógicos

Es el segundo fruto de la asociación en el terreno escolar, claramente ampliado en varios textos lasalianos: «*E instruirán a todos sus escolares según la metodología que les está prescrita y que es universalmente practicada en el Instituto y no introducirán en ella, nada nuevo*» (RC 7.3, p. 34). La Guía de las Escuelas¹⁰ concreta «*este método que les está ordenado*» que regula minuciosamente toda la vida escolar y que lleva el principio de «*todos juntos y por asociación*» hasta sus consecuencias más totalitarias y más fecundas.

Este principio gana en eficacia ante la elección permanente de no ejercer nunca el ministerio educativo solos, opción consagrada también por la Bula de aprobación del Instituto: «*Scholae regent semper associati et saltem bini singulis scholis simul praesunt*»¹¹ que justifica oportunamente esta decisión por la asociación. El

Hno. Michel SAUVAGE comenta: «*Lo que caracteriza en primera ojeada a estos maestros de escuela, es que viven juntos, no tienen nunca las escuelas solos: regla fundamental del Instituto, muy pronto definida por el Fundador, y a la cual nunca quiso derogar, rechazando en consecuencia posesionarse de puestos aislados en el campo. Los Hermanos, por lo demás, hacen voto de "tener las escuelas juntos y por asociación". Así puede asegurarse la mayor uniformidad en la docencia; los adelantos pedagógicos que el fundador contribuye a realizar, al ir "llevados" por una comunidad viva, tendrán mayor oportunidad de durar; su Comunidad conservará con mimo, reproducirá constantemente -no sin adaptación a las exigencias recién estrenados los tratados pedagógicos escritos del señor de La Salle: los *Devoirs d'un Chrétien, la Conduite des Ecoles, las Règles de la Bienséance et de la civilité* conocerán, así, numerosas ediciones*». ¹²

3.3. Cooperación en la dirección de las escuelas

No sólo la escuela ha de ser animada por una comunidad y concretamente, al menos por dos [62] Hermanos juntos, sino que al interior de la comunidad educativa se tejen relaciones de ayudas mutuas, de colaboración, de estímulo, de corrección, de consejo... que ponen sobre el haz de cada día la experiencia cotidiana del espíritu y la letra de la asociación.

Quisiéramos recordar algunos elementos básicos ¹³ que se subrayan particularmente en la *Conduite des Ecoles*:

- formación de los jóvenes educadores por Hermanos más experimentados (CE 185);
- unción del Inspector de las escuelas (RC p. 48; CE p. 249-290);
- numerosas consultas previas antes del cambio de «lecciones»; distribución de cargos u «Oficios» entre los escolares; recompensas, correcciones, etc... (CE p. 273... 204-205; 139; 149; 150; 157).

Sobrentendido que, en el Prefacio de la *Conduite des Ecoles*, se afirma muy claramente un estilo, sobre el cual volveremos, que habla largo y

tendido sobre la aplicación práctica de la asociación entre los primeros Hermanos:

«*Esta Conduite no se ha redactado en forma de reglamento sino tras gran número de conferencias con los Hermanos de este Instituto, los más veteranos y los más capacitados para dirigir bien la clase; y tras una experiencia de varios años; no se ha mantenido nada que no se haya concertado bien y bien probado y cuyas ventajas o inconvenientes no se pesaran, y cuyas errores o pésimas consecuencias, en cuanto nos fue posible, no se hayan previsto*» (CE, CL 24,2).

4. ASOCIACION COMO ESTILO DE VIDA

Lo que se confirmaba en la fórmula de consagración: «*Prometo y hago voto de unirme y permanecer en Sociedad con los Hermanos...*» no se limitaba a la funcionalidad de la acción escolar; «*juntos y por asociación*» constituye un verdadero estilo de vida propio y permanente para el Fundador y los Hermanos y se trata, pues, de aplicarlo a todos los aspectos de la vida cotidiana.

Aquí nos limitaremos a recordar tan sólo un par de aspectos los más importantes.

4.1. «El no hacía nada sin asesoramiento» ¹⁴

Cuanto se ha apuntado para la redacción de la *Conduite des Ecoles* no es un gesto aislado o insólito, sino una manera de proceder habitual en La Salle. «*Todos los biógrafos del Fundador ponen en evidencia esa manera cuyo principio estuvo constantemente en el centro del proceso concluyente plasmado en acto en el momento del nacimiento de la familia religiosa de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. «No hacía nada con autoritarismo»: es la expresión corriente cuando de la redacción de las Reglas se trata, de la elección de los métodos escolares, de la emisión de los votos, del traslado a París, de organización interna del Instituto, etc... El continuo esfuerzo para discernir la Voluntad de Dios y del bien que hacer, a través de las aportaciones de la comunidad en la oración, el diálogo, la evaluación comunitaria, la discusión... era el método habitual del proceder del Fundador para realizar las más*

*comprometidas alternativas».*¹⁵

4.2. «Os ordenamos en nombre y de parte del cuerpo de la Sociedad ...»¹⁶

Los Hermanos habían asimilado muy bien lo que significaba, en teoría y en práctica, «juntos y por asociación».

En varias oportunidades han proporcionado las pruebas.¹⁷

Nos basta recordar aquí el momento culminante durante el cual ese estilo de vida tuvo su expresión más plena y más explícita, tanto de parte del Fundador, como de los Hermanos.

Se trata de la carta dirigida al Fundador, e 1º de abril de 1714, con propósito de hacerle regresar a París para que allí tomara nuevamente la dirección de la «Sociedad».

Una carta llena de resonancias de la fórmula de los votos y rondando en torno al concepto fundamental de asociación:

«El final de la carta contiene una referencia explícita al voto de asociación pronunciado por La Salle en 1694: «Le ordenamos en nombre y de parte del Cuerpo de la Sociedad al que Vd. ha prometido obediencia, que vuelva a asumir de inmediato el gobierno general de nuestra Sociedad».

Pero es el conjunto del contexto de la misiva [63] de los Hermanos e incluso su mismo lenguaje lo que evoca la fórmula de los votos. Se trata «de la mayor gloria de Dios» por lo cual los Hermanos cumplen su tramitación; La Salle recibió de Dios la misión de «establecer y guiar» la sociedad de las Escuelas cristianas; la palabra «Sociedad» -o su equivalente, «compañía»- por cuatro veces se cruza en esta líneas: la meta de la carta es decir al Fundador que sus Hermanos tienen siempre necesidad de su presencia y de sus cuidados: «el bien de la Sociedad» que él se había comprometido en promover así lo exigía, y el «común sentir y aceptación» de los asociados lo requería.

tenido que intervenir, y tampoco ninguno parece haya sido informado. Para nuestros textos, los primeros votos perpetuos

Pero esta nueva recidida al lenguaje de la fórmula vital, la carta la reencontraba para un nuevo empuje dinámico y por su significación mística. Ya que si todo el texto se enfoca para «el bien de la Sociedad», en sus inicios recuerda que la comunidad se ha establecido «para la gloria de Dios».

El Instituto ya existía por sí mismo, ya que sus miembros tenían la imaginación decisiva de juntarse por propia iniciativa. El cuerpo de la Sociedad permanecía vivo e íntegro puesto que se manifestaba y tomaba la palabra como tal entidad. La Asociación aguantaba, no cejaba, pues en su nombre los Hermanos de la región de París se reunían y sobre ella se apoyaban cual tutor, para reclamar a su Fundador...

Así, la gestión de los Hermanos proclamaba con hechos que el proceso de estructuración del Instituto había alcanzado meta y éxito y que desde ese punto la función de la paternidad de Juan Bautista se había ejercido con acierto: La Salle había engendrado un cuerpo vivo, consciente de sí, activo, responsable. Pero por la literalidad del lenguaje la misiva que los Hermanos mandaban a su Fundador decía mucho más: reafirmaba que ese cuerpo vivo expresaba un alma. Ella demostraba que el padre había logrado infundir un espíritu a la asociación de sus hijos. El proceso de estructuración elucidaba y apoyaba una inspiración».¹⁸

A la luz de cuanto acabamos de recordar concisamente, es evidente que la idea de asociación es central y fecunda en toda la visión lasaliana, que se trate ya de la actitud interior y espiritual de las personas afectadas, ya de principios o palabrasfuerza para la vida comunitaria y apostólica a la cual La Salle ha brindado origen e identidad.

¹ Las fórmulas públicas utilizadas por los Hermanos antes de 1694 no se han conservado. La de 1694, la poseemos autógrafa en los AMG entre las cartas del Fundador y repetida trece veces en el «Folleto de los primeros votos». Cf. CL 2, pag. 42.

² CL 2, p. 40. El Hno. Maurice HERMANS subraya: «Los términos y las circunstancias del acto permiten, sin duda alguna, hablar aquí de una «asociación secreta»: «asociados», obligados en adelante a actuar» unánimemente y de común acuerdo», el Sr. de La Salle y sus dos discípulos son tales, sin saberlo los demás. Ningún externo, ningún Hermano entre los otros ha de Nicolás Vuyart y de Gabriel Drolin tendrán por fecha el 6 de junio de 1694 únicamente. Los dos primeros biógrafos -Bernard

y Maillefer- ignoraron completamente el acto heroico: sus informadores, los Hermanos Antoine y Jean ellos mismos parece haberlo ignorado en totalidad».

³M. SAUVAGE-M. CAMPOS: A.E.P., Beauchesne, Paris 1976, p. 372-374.

⁴BLAIN 1, 343-344.

⁵CL 2, p. 43; BLAIN 1, 345-348.

⁶«Libreta (folleto) de los primeros votos», folio 18: El texto completo con los nombres y rúbricas en el CL 3, p. 10-11.

⁷SAUVAGE y CAMPOS, *o.c.*, p. 441.

⁸CL 15, p. 4: Este texto está recogido y ligeramente ampliado en las *Reglas Comunes* de 1726: (9) Por el mismo voto nos comprometemos a tener las Escuelas por Asociación con los Hermanos que se han juntado para tal objeto, en cualquier lugar que sea donde puedan enviarme; o a realizar cualquier cosa a la que pueda ser empleado por los Superiores, como así se expresa en la fórmula de los Votos. CL 25, 6.

⁹M. SAUVAGE: *Catéchèse et Laicat*, Ligel, Paris, 1962, p.494.

¹⁰CE; en el Prefacio se afirma: «Ha sido necesario preparar esta *Guía de las escuelas cristianas* a fin de que todo fuera uniforme en todas las escuelas y en todos los lugares donde haya Hermanos de este Instituto y que las prácticas fueran allí siempre las mismas».

¹¹Bula 6: CL 11, p. 359.

¹²M. SAUVAGE, *o.c.*, p. 505.

¹³M. PRESCIUTTINI «La scuola opera de Comunità», in *Rivista Lasalliana* 1/1991, p. 30-35.

¹⁴MAR p. 72: la expresión ligeramente modificada en el CL 6 p. 73. cf. BLAIN 1, 340.

¹⁵M. PRESCIUTTINI «L'attualità del Fondatore», in Atti del 2° Congresso Nazionale Lasalliano, Roma, 1990, p. 24-25. Cf. Saturnino GALLEGRO: San Juan Bautista de La Salle, BAC, Madrid, 1986, vol. 1, pp. 178, 195, 209, 239, 243, 262, 315, 342.

¹⁶BLAIN 2, 118. Ahí se estampa el texto completo de la carta.

¹⁷Por ejemplo, con ocasión de la imposición de un Superior eclesiástico: SAUVAGE y CAMPOS, AEP, p. 441; BLAIN 1, 409-413: «En 1702, como consecuencia de los chismes tendenciosos que le habían hecho sobre el Sr. de La Salle, el cardenal de Noailles, arzobispo de París, había decidido sustituirle por ún superior eclesiástico de su elección. Un Vicario general aportó la notificación. Pero los Hermanos reaccionaron con genio y se opusieron a tal mutación: terminaron por alcanzar que el Superior nombrado por Noailles no ejerciera autoridad real de ninguna clase, y que el Sr. de La Salle continuara gobernando su sociedad».

¹⁸ SAUVAGE y CAMPOS: AEP, pp. 449-451, cf. M. CAMPOS, CL 45, p. 306-312. [64]

Temas complementarios:

Autoridad, Comunidad-Sociedad-Instituto, Consagración, Escuela, Empleo, Ministerio, Misión, Obediencia, Estabilidad, Votos.

BIBLIOGRAFIA

1. BLAIN, CL 7 y 8.
2. *Cahiers Lasalliens: 12, 13, 15, 20, 24, 25.*
3. GALLEGRO S.: *San Juan Bautista de La Salle*, BAC, Madrid, 1986, Vol. 1.
4. CAMPOS Miguel: CL 45.
5. SAUVAGE M.: *Catéchèse et Laicat Ligel*, Paris, 1962.
6. SAUVAGE M.-CAMPOS M.: *Annoncer l'Evangile aux Pauvres*, Beauchesne, Paris, 1977.
7. MAURICE-AUGUSTE: *Les vœux des Frères des Ecoles Chrésiennes avant la Bulle de Benoît XIII.* CL 2.
8. 2° *Congresso Nazionale Lasalliano*, Atti, Roma, 1990.
9. *Rivista Lasalliana*, Torino, 1991.

H. Mario PRESCIUTTINI

Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO [65]

6B. LA ASOCIACION EN LOS ORIGENES

Sumario:

1. Hacia una Asociación - 2. La Asociación en el Instituto de los orígenes. - 3. La Asociación después de la muerte del Fundador. - Conclusión.

Estas palabras reflejan en cierta manera los sentimientos que creemos animaron a nuestros primeros Hermanos y al Señor de La Salle a establecer el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Manifiestan, por medio de sus compromisos personales, el deseo de dejarse consumir enteramente al servicio del Dios que les había buscado en ésta sociedad naciente, poniendo en común sus personas, sus corazones y su voluntad. Casi sin comprenderlo el Señor de La Salle se había dejado conducir por Dios que guía todas las cosas con «*sabiduría y suavidad*», pues «*un compromiso lo llevó a otro, sin poderlo prever desde un principio*».¹ El se deja conducir por la mano de Dios y también lo hacen esos maestros que intentaban abrazar el proyecto propuesto por Nyel e iniciado con la buena voluntad del canónigo de Reims.

1. HACIA UNA ASOCIACION

Es bueno repasar los hechos que fueron configurando los primeros pasos del nacimiento de nuestra comunidad: hay que tener presente que estos acontecían en la Francia del siglo XVII, en la ciudad de Reims; debemos evocar las primeras preocupaciones de nuestro Padre por el asunto de las escuelas; como la partida de Nyel dejando en el desamparo a los primeros maestros y la empresa de las escuelas; el esfuerzo del Señor de La Salle por ordenar la vida de los maestros y el servicio que prestaban a los niños de Reims; cuando invitó a los maestros, por primera vez, a comer a su casa paterna, para finalmente llevarles a vivir junto a él, con el fin de lograr una «*verdadera conducta de comunidad*».²

Está en ellos la primera simiente de una comunidad que se reúne en torno a un designio y voluntad de Dios, «*que la había previsto desde toda la eternidad*»,³ y que les llevaría a expresar de una manera más clara su compromiso con el designio salvador.⁴ Es así como hacia el año 1686, esta pequeña comunidad quiso expresar su

voluntad de consumirse enteramente al servicio de Dios, por la expresión del voto de obediencia.⁵

Todo esto lo relatan los primeros biógrafos.⁶ El señor de La Salle había congregado a los «principales Hermanos», para realizar una **asamblea** probablemente en mayo de 1686 en Reims. El retiro-asamblea se inició el día de Pentecostés y se extendió hasta la fiesta de la Santísima Trinidad: uno de los motivos era estudiar la cuestión de los votos. Como nos relata MAILLEFER los Hermanos deseaban hacer los votos de obediencia y castidad. No es probable que se haya hablado del voto de pobreza. El señor de La Salle convenció a los Hermanos para hacer sólo el voto de obediencia, lo que se verificó probablemente el 9 de junio de 1686.⁷ La cuestión de la duración de los primeros votos tampoco es absolutamente clara. Los biógrafos nos hablan de un año a tres años.⁸ Nos parece más razonable la realización de un voto anual en los comienzos del Instituto. Si aceptamos que los biógrafos se dejan influir en el relato de este hecho por lo sucedido en 1694, podríamos estimar fundadamente que ambos relatos se superponen y que no nos han llegado las fórmulas votales de esta primera profesión.⁹

Con mucho ánimo estos **primeros profesos** de la Sociedad se lanzan a su desarrollo y crecimiento en Reims, Rethel, Guisa, Laón y finalmente París, a donde llegan en 1688. Pero, junto a ello nacen los problemas: muerte y retiro de Hermanos, sin ingreso de postulantes, primeros asuntos judiciales en París, crisis en el seminario de maestros y malas condiciones de salud en el Fundador, que lo tienen al borde [66] de la muerte. Uno y otro asunto hacen tambalear la pequeña comunidad naciente. Es en esta perspectiva en donde se origina el llamado voto heroico, por el cual el señor de La Salle se **asocia** a dos Hermanos más para sostener la obra iniciada, el 21 de noviembre de 1691. En este acto, esperanza confiada del «resto de Israel», es donde aparece

por primera vez en nuestra comunidad el **voto de asociación**.¹⁰ Nace como una respuesta en la cual se expresa la donación total. Es el remedio, en la intención de quienes lo hacen, al mal que azota a la sociedad, en todos esos niños y jóvenes abandonados.¹¹

BLAIN nos relata la situación en la cual nace el «voto heroico» como la expresión de quienes buscan apoyar y sostener un edificio que amenaza ruina en el momento de su construcción. Como fruto de su oración y reflexión, el señor de La Salle es inspirado para **asociarse** con dos Hermanos que él consideraba los mejor preparados. En la asociación de La Salle, Vuyart y Drolin se busca sostener a la comunidad naciente, lo que sienten que les exige respuestas ampliamente generosas, compromisos irrevocables, lo que logrará el establecimiento de la comunidad. Esta donación pactada se profundiza, haciendo que ellos sientan el profundo sentimiento de lo que es la encarnación, lo que significará generosidad, el saber soportar sacrificios por el bien y el establecimiento de la sociedad, perseverando en dicho propósito hasta la muerte.¹² Es un proyecto personal de vida abrazado en común **por asociación**. Los términos y las circunstancias del voto heroico hacen suponer que éste fue secreto. Apoya la suposición el hecho que BERNARD y MAILLEFER lo ignoran totalmente. En este sentido podemos aplicar las palabras de BLAIN sobre el cuadro del voto de 1694, en que parece se superponen los hechos.¹³

Prestaremos atención especial a la fórmula del voto heroico por ser el primer texto conocido en el cual aparece el voto de asociación.

La estructura interna que nos parece percibir en la fórmula del voto heroico está constituida por:

A. una invocación: Invocación a la Santísima Trinidad, hecha en el día de una fiesta litúrgica y tal como era costumbre en la época;¹⁴

B. un objetivo: El presentarse ante la Santísima Trinidad en una consagración tiene por objetivo **una misión determinada: el establecimiento de la Sociedad de las Escuelas Cristianas**. Es de notar que es una consagración

tanto personal como comunitaria, refrenada con la forma «nous nous consacrons»;

C. medio: El medio elegido para realizar la consagración personal y a la vez comunitaria es **el voto de asociación y de unión** hecho por cada uno de los firmantes. La asociación aquí es en forma personal y concreta, pues se señala en la fórmula el nombre de los asociados, es una asociación hecha con personas claramente determinadas;

D. contenido: Se explicita el objetivo de la consagración y el medio. La asociación y unión es para buscar en común, en conciencia y sin ninguna consideración humana el establecimiento de la Sociedad de las Escuelas Cristianas de la mejor manera posible.¹⁵ Este establecimiento de la Sociedad es asumido como un proyecto colegiado, que significa hacer unánimemente y de común acuerdo todo lo que crean en conciencia que es lo mejor para la Sociedad. Es destacable la dimensión comunitaria que aquí adquiere la consagración y la asociación como expresión de la donación a Dios.¹⁶

E. consecuencias: Estas son básicamente dos:

1. permanecer en la Sociedad hasta la muerte o hasta el completo establecimiento de la Sociedad, sin poder salir de ella aunque la Sociedad sólo esté constituida por los contrayentes y
2. estar dispuestos a pedir limosna y vivir sólo de pan.

En la dinámica de lo visto podemos decir que cada uno ofrece su libertad personal para abrazar un proyecto común, el cual será perseguido incluso dentro de las máximas carencias materiales, como expresión de su donación a Dios a la cual se han sentido llamados. Así la asociación se constituye en la expresión de una entrega total a Dios, a un proyecto evangélico para los pobres, todo abrazado en comunidad.

F. ratificación: Finalmente los asociados dejan constancia y ratifican con su firma el hecho, en un marco de solemnidad y de absoluta confianza en Dios.¹⁷

El fruto de esta entrega generosa y confiada se [67] hará sentir en la comunidad naciente en poco tiempo más. Los Hermanos se sienten motivados para solicitar al señor de La Salle que les permita pronunciar un voto perpetuo en la Sociedad. Aunque los problemas de la comunidad no habían disminuido, había logrado el acto de kénosis, la actitud del «resto de Israel» que el número de los Hermanos aumentase a una treintena¹⁸ y por lo visto también su generosidad. Así se encuentra el Instituto a los inicios de 1964: los Hermanos inician su reflexión sobre la posibilidad de realizar un compromiso perpetuo. Se encuentra en marcha la casa de Vaugirard en donde se realiza la formación de los novicios, como la asamblea en la cual se aprueba las costumbres de vida que asumían los miembros de la comunidad.¹⁹

Es interesante volver a confrontar lo relatado por los biógrafos. BLAIN posiblemente exagera²⁰ y MAILLEFER quien no llega a ser muy explícito sobre este punto, manifiesta claramente cómo la iniciativa de realizar un compromiso perpetuo nace de los Hermanos y es fruto de su petición y reflexión.

2. LA ASOCIACION EN EL INSTITUTO DE LOS ORIGENES

Es posible que los compromisos votales existieran, para ciertos Hermanos, antes de los de 1694, en particular la renovación del voto de obediencia. Algunos pedían emitir también, parece ser, los votos perpetuos. Sin embargo La Salle se muestra reacio para aceptar dicha proposición de buenas a primeras. Por ello invita a sus Hermanos a realizar una reflexión-retiro de cuatro meses, al cual llama a los que considera más capaces y preparados para realizar un voto perpetuo: 12 son los llamados. El objetivo principal de su reflexión será buscar en común la voluntad de Dios; disponerse interiormente para realizarla y asumir una decisión madura. Llegado el día de Pentecostés de 1694, se iniciará en Vaugirard el retiro que terminará el día de la Santísima Trinidad de 1694, con la emisión de los votos perpetuos.

Señalaremos la estructura que nos parece percibir en la fórmula de votos perpetuos de estos Hermanos, siguiendo el mismo esquema de

análisis que aplicamos al voto heroico:

A. invocación: Una invocación dirigida a la Santísima Trinidad, día en el cual se efectúan los votos;

B. objetivo: El objetivo es consagrarse completamente a Dios, para tener juntos y por asociación las escuelas gratuitas. En este caso es expresado en un sentido personal, bajo la fórmula «je me consacre»;

C. medio: Los medios elegidos para realizar la consagración son los votos de obediencia, asociación y de estabilidad en la Sociedad. Nuevamente aquí la asociación tiene carne concreta, son nombrados cada uno de los Hermanos que se asocian y hacen compromiso común;

D. contenido: Los profesos buscan la Gloria de Dios, en la medida de lo posible y lo pedido por El. Se comprometen a tener juntos y por asociación las escuelas gratuitas en cualquier lugar y realizar en la Sociedad el empleo al que fueren asignados, ya sea por el cuerpo de la Sociedad o por los superiores.

Es de destacar la disponibilidad personal para servir las escuelas gratuitas, la tarea de discernimiento de la voluntad de Dios y la atenta escucha a sus llamadas, como el concepto de pertenencia que nace de la palabra cuerpo, el completo abandono a los superiores y a la Sociedad y la disponibilidad personal para realizar cualquier empleo.²¹

E. consecuencias: Estas son recogidas en dos sentidos:

1. estar dispuesto a vivir de sólo pan y pedir limosna, para lograr el mantenimiento de las escuelas gratuitas y
2. guardar los compromisos adquiridos por toda la vida.

Es de hacer notar el hecho de que se une a la tarea de mantener por asociación las escuelas gratuitas a la situación límite de tener que pedir limosna y vivir de pan solamente. El compromiso con las escuelas gratuitas llega a la promoción

máxima;

F. ratificación: Como testimonio y fe de lo realizado y del propósito de llevarlo a la práctica se firma.

De una simple observación comparativa de las fórmulas de 1691 y de 1694 podemos destacar que [68] la estructura en sí misma es similar, pero que la fórmula de 1694 introduce algunos matices que nos parece importante retener:

1. la forma de expresar la consagración pasa de una forma en donde se acentúa el sentido plural: un nosotros de la fórmula de 1691, a una forma en donde se destaca lo singular: un yo;
2. del único voto de asociación y de unión,²² se pasa a expresar otros votos, como el de «unirme y permanecer en sociedad», de «estabilidad» y de «obediencia»;
3. la expresión dicha en el voto de asociación y de unión que busca el establecimiento de la sociedad, denota el ambiente de crisis en el cual este se emite. Sin embargo al decir «tener juntos y por asociación las escuelas gratuitas en cualquier lugar, para la mayor gloria de Dios», plantea un nuevo sentimiento de auto-percepción: se está en una institución ya establecida y que tiene sus propios objetivos;
4. finalmente en los votos de 1691 se da una expresión del discernimiento comunitario, expresado en el querer hacer unánimemente y de común acuerdo, lo cual en los votos de 1694 se pasa a un hacer en la sociedad el empleo a que sea destinado, ya por los superiores, ya por el cuerpo de la sociedad. Es este un nuevo elemento: la obediencia al cuerpo de la sociedad.

Al día siguiente de esta emisión de votos de 1694²³ los Hermanos congregados en retiro y nuevos profesos perpetuos, a solicitud del señor de La Salle, realizan la elección del Superior de la Sociedad. Recordemos que fue una constante preocupación de La Salle dotar a la Sociedad de un Superior elegido de entre ellos.²⁴ El escrutinio

realizado dos veces²⁵ recae siempre en el señor de La Salle como Superior elegido.

El acta de la elección que se levanta en dicha ocasión contiene elementos que nos parecen interesantes. La asociación, y por lo tanto el ser asociado, ocupa aquí un lugar central. Se da a la asociación un carácter distintivo en la institución, como un sello de identidad. Nuevamente el acta vuelve a explicitar el contenido de la asociación que es tener juntos y por asociación las escuelas gratuitas. La misma asociación es causal, para ellos, de sentirse con el derecho a elegir al superior de la Sociedad, como de rechazar a cualquier otro que no sea miembro del Instituto. También expresa el acta la voluntad de que los nuevos miembros de la comunidad sean asociados como los firmantes.

A modo de explicación de los diversos compromisos que asumen los primeros Hermanos, el señor de La Salle redacta el *Recueil de différents petits traités*.²⁶ Si bien la determinación de la redacción del primer texto es incierta y difícil de datar,²⁷ no podemos dejar de considerar que el texto al que hacemos alusión es de los más antiguos y uno de los que se tuvieron en uso durante todo el período de la constitución de la naciente comunidad. El texto en referencia indica aquello a lo que obligan los votos de los Hermanos.²⁸ De su lectura podemos observar diferentes aspectos:

1. la primera obligación señalada es tener las Escuelas gratuitas por asociación con todos aquellos con quienes se han asociado. Ello exige al firmante una disponibilidad total para desempeñar el empleo al que sea destinado, como a realizarlo en el lugar en que se le señale;
2. unida a esta primera obligación se encuentra una segunda, que es la de permanecer en la Sociedad y no salir de ella por iniciativa propia. Se incorpora nuevamente, de esta manera, la fórmula ya conocida del voto heroico, la cual pide el anonadamiento total en vista de mantener la sociedad, estando dispuesto incluso a vivir de pan y limosna. Todo esto significa no dejar la Sociedad y las Escuelas; el obedecer a los superiores y al Cuerpo de la

Sociedad;

3. se vuelve a remarcar la calidad de asociados que deben tener los superiores y su condición de superiores elegidos por el Cuerpo de la Sociedad o de quienes se reúnen para ello en su nombre;

4. se incluye un condicionamiento moral a los votos realizados, considerando su violación un pecado mortal y un sacrilegio.

La consideración del presente texto nos hace pensar que la doctrina sobre la asociación, que se ha ido descubriendo en los primeros años de la constitución de la comunidad, se va organizando y tornando cuerpo. Este proceso de reflexión considera a los otros elementos que la vida en común y la experiencia han dejado su impronta en el desarrollo de la comunidad. En el *Recueil* se reconoce la experiencia dejada por el voto heroico; el deseo y [69] expresión de vivirlos en perpetuidad que tienen los Hermanos en 1694; los problemas planteados con motivo de la elección del Superior de la Sociedad y de su condición laical; de la necesidad de dotar a las escuelas de maestros estables, de la importancia que tiene la vida de comunidad para esos maestros, lo cual exige una disposición heroica de mantener la asociación, basada en la renuncia radical de sí mismo. En síntesis, los textos lasalianos van incorporando en su texto la experiencia de la vida y la maduración de la reflexión hecha con los ojos de la fe, todo lo cual se va expresando en fórmulas de votos que responden completamente a la experiencia de la comunidad y a sus desafíos.

Una revisión de las fórmulas conservadas en nuestros archivos, bajo el título de *Livret des premiers vœux*,²⁹ que contiene las fórmulas de 1694, el acta de elección de Superior del mismo año y 23 fórmulas que son datadas entre 1695 y 1705, nos permite apreciar algunas pequeñas variantes en dos casos. En lo concerniente a la formulación del compromiso de asociación, en el texto mayoritario se constata, una vez más lo dicho más arriba.³⁰ La diferencia en las fórmulas señaladas las encontramos en las de los HH. Pedro Cluse y Simón Sceillier. En estas fórmulas votales se puede observar que no se incluye el compromiso de tener por asociación las escuelas

gratuitas, aunque se mantienen las consecuencias del voto de asociación; y se hace una mención en tercera persona a los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Suponemos, con alguna base, que la diferencia entre las fórmulas obedece a que los HH. Pedro y Simón eran Hermanos del temporal (sirvientes), por lo tanto no ocupados de las escuelas en forma directa. Esto hace que la distinción esté en que ellos se ponen al servicio de quienes tienen las escuelas, aquí llamadas cristianas. Por no ser éste un punto directamente vinculado al presente trabajo, sólo cumplimos con señalarlo.³¹

En los últimos años de su vida La Salle conoce de nuevo la desolación y el abatimiento que en los años pasados lo habían llevado a realizar el voto heroico. Su presencia en Marsella ha traído una serie de contratiempos a la comunidad, de lo cual se cree culpable. A lo anterior se une, además, una serie de acusaciones que recaen sobre su persona. Siente que él es un estorbo para el establecimiento de la Sociedad y no encontrando fuerzas en sí mismo para resistirlo, se retira a la ermita de san Maximino, como una manera de buscar la voluntad de Dios y de su obra.³² Ante la desolación y desconcierto, desea el señor de La Salle encontrar el consuelo en la oración y la contemplación de Dios, retirado de sus hijos. Se dirige a Grenoble, en donde realiza una vida de Hermano entre los Hermanos, ausentándose de los asuntos de gobierno del Instituto. De este cuasi retiro vienen sus Hermanos a sacarle, reclamando su presencia en París. Le recuerdan que se encuentran unidos por un voto de asociación en la obra de Dios, ratificado por el Cuerpo de la Sociedad, le señalan su pertenencia a esta Sociedad y la necesidad que ésta tiene de su gobierno. Quienes firman esta misiva son los Hermanos de 1714.

La carta nos suena conocido en su estilo y no podemos menos que remitirlo a aquel escrito hecho por el mismo de La Salle el 21 de noviembre de 1691. El telón de fondo es similar: el edificio (Instituto) amenaza nuevamente ruina. Ahora son sus Hermanos quienes, haciendo propio su estilo y respuesta, le llaman a hacerse cargo de la Sociedad en virtud del compromiso de asociación que había hecho y vivido todos estos

años. Si bien el voto de asociación no es mencionado en la carta, su espíritu está presente con toda su fuerza: es sólo en virtud de dicha asociación que se entiende que sus Hermanos puedan reclamar con autoridad su gobierno y su persona. La Salle retorna a París y encuentra que es voluntad de Dios la prosecución de su obra, tal como en el pasado encontró que la voluntad divina pedía su donación generosa. Como lo señala el H. Michel SAUVAGE, «*la asociación reengendra a La Salle en su vocación*»,³³ en este caso de superior elegido por sus Hermanos para conducir los destinos de la Sociedad.

El análisis de la estructura interna de la carta de 1714 descubre los mismos elementos constitutivos del voto heroico:

A. invocación: Es dirigida al señor de La Salle bajo el título de «*nuestro muy querido Padre*»;

B. objetivo: El objetivo de dirigirse al señor de La Salle es, considerando la mayor gloria de Dios, el bien de la Iglesia y de la Sociedad, el único que puede ayudar a salvar el proyecto de establecer las escuelas;

C. medio: El medio para lograr el objetivo es [70] que el señor de La Salle retome el gobierno del Instituto, obra santa de Dios, dejando en claro que es en el Cuerpo de la Sociedad en el cual se realiza esta obra;

D. contenido: Siendo gobernado el Instituto por su superior elegido, es que Dios derrama los talentos y gracias necesarios sobre la Sociedad por medio de su conductor, lo que redundará en un gran bien para la Iglesia;

E. consecuencias: En consecuencia el señor de La Salle debe reasumir el gobierno de la Sociedad, de acuerdo a la asociación que los une y a la obediencia prometida al Cuerpo de la misma;

F. ratificación: Los asociados con el señor de La Salle dejan constancia de su voluntad, de su solicitud y de su orden, con su firma.

Los discípulos del señor de La Salle penetrados de su espíritu, le traen a la memoria las

dificultades vividas juntas, como la voluntad de dejarse consumir por el establecimiento de las escuelas gratuitas. Le recuerdan que pertenece a la comunidad, y que en ella se ha entregado para hacer la obra de Dios, en una dinámica de asociación se busca hacer presente la salvación a los pobres y desamparados. No nos cabe duda que este lenguaje toca profundamente el corazón del señor de La Salle y es el impulso que moverá sus pasos a París. Nuevamente el voto de asociación, que nació como una respuesta en tiempos difíciles, se vuelve a configurar como un elemento de identidad en la comunidad.

3. LA ASOCIACION DESPUES DE LA MUERTE DEL FUNDADOR

Después de la muerte del señor de La Salle, los Hermanos desean obtener el reconocimiento del Instituto por medio de la aprobación pontificia y las letras patentes del rey de Francia, todo lo cual les permitiría una existencia legal. En alguna ocasión hemos pensado que fue en este proceso y más exactamente en la Bula de aprobación, en donde desapareció una mención expresa al voto de asociación. De acuerdo a la investigación realizada por el H. MAURICE-AUGUSTE³⁴ podemos entender cómo se pasa de la expresión «tener juntos y por asociación las escuelas gratuitas» a «enseñar gratuitamente a los pobres». Este paso, venido de la pluma de los Hermanos, reafirma nuestra creencia de que la asociación se encontraba definida en un contenido concreto, que es tener las escuelas gratuitas. En otras palabras, los primeros Hermanos entienden que el sentido profundo de nuestra vocación, como es la de atender a los más necesitados y los pobres, pasa necesariamente por la asociación que mantiene las escuelas gratuitas.

En un manuscrito encontrado en Ruán, fechado en 1721, leemos una descripción de la comunidad de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que es muy cercano al primer memorial entregado al P. Vivant, con motivo de iniciar las gestiones ante la Santa Sede para lograr la aprobación del Instituto.³⁵ Es interesante destacar que en este manuscrito se enuncia el voto de «tenir les écoles par association et gratuitement», haciéndolo, más adelante, equivalente al voto «d'enseigner gratuitement». El

manuscrito considera, en forma expresa, como sinónimos, el voto de asociación con el voto de enseñar gratuitamente, el cual, bajo esta segunda expresión, lo conocemos por primera vez en este texto.

En 1722 aparecen otros dos documentos que tienden al mismo fin anterior. Uno es el *Abrégés* y otro es la *Supplique non corrigée*. En ambos se encuentran nuevos elementos de la referida evolución. En *Abrégés* se dice que las escuelas serán siempre regentadas en forma asociada, pero no se incluye el voto de asociación para tener las escuelas gratuitas. En la *Súplica no corregida* se agrega el voto de enseñar gratuitamente a los pobres, tal como lo conocemos hoy en la Bula. Con estos documentos como antecedentes, podemos entender mejor la redacción de la *Súplica* definitiva y su respuesta en la Bula de aprobación *In Apostolicae dignitatis Solio*. Un estudio de ambos documentos no deja lugar a duda que la Sede Apostólica aprobó aquello que los Hermanos solicitaban. Los textos son casi iguales, sólo con una cierta variación de redacción que no cambia ni el sentido ni el contenido.

En definitiva, con la Bula de aprobación, la asociación queda expresada como la forma de regentar las escuelas, completándose su sentido con el voto de enseñar gratuitamente a los pobres, como se expresa en sus artículos sexto y noveno. De acuerdo a lo que hemos expresado en el presente trabajo, no podríamos hablar de un cambio en el espíritu asociativo que busca la salvación de los niños pobres por medio de la educación, tal como se había llegado a configurar como identidad de la comunidad. Creemos que se trata simplemente de una variación en la expresión del mismo contenido, pero que conserva con toda su fuerza el espíritu de asociación que forma parte de la intuición fundadora, todo lo cual viene a confirmar el contenido del voto de asociación.

En las ediciones de las *Reglas* conocidas, como las de 1705 y de 1718, no encontramos mención especial a los votos del Instituto. Sólo en la edición de la *Regla* de 1726 se incorpora el capítulo sobre los votos, como un modo de adecuar el texto a la Bula de aprobación de 1725. Sin embargo, sí se pueden mencionar dos textos

de la *Regla* primitiva en donde se conservan intactos, en tres versiones, aspectos que tocan el contenido del voto de asociación.³⁶ En estos trozos el Instituto se define a sí mismo como una Sociedad, y por lo tanto sus miembros son asociados. La finalidad de esta asociación es tener las escuelas gratuitas, de lo cual se hace profesión y se entiende esencial al Instituto. No nos cabe duda que estos textos se entroncan en la más antigua tradición de la Congregación y su espíritu se encuentra en coherencia con la experiencia vivida, de la cual es fruto la *Regla*. Por otro lado en ambos textos, de 1705 y de 1718, se menciona el voto de asociación como lo hemos visto anteriormente.

Al producirse la adecuación del texto de la *Regla* en 1726, se incorpora el capítulo sobre los votos, manteniendo intactos los textos anteriores. En este capítulo XVIII, al hablar de a qué obligan los votos notamos la equivalencia que se da entre el voto de «enseñar gratuitamente a los niños» y el «tener las escuelas por asociación». Ambos conceptos se incorporan bajo el mismo voto y con las mismas consecuencias: instruir a los niños, educar-los cristianamente y no recibir ninguna recompensa material de su parte. Es el sentido que se tiene de la gratuidad de la salvación, la cual la hemos recibido los Hermanos de parte de Jesucristo y que igualmente, en forma gratuita debemos compartir con quienes tenemos a nuestro cargo.

Ya conocemos la íntima unidad que se establece entre la educación y la salvación en la doctrina lasaliana y como esta obra de Dios se realiza, para esos tiempos, en la escuela cristiana. Podemos encontrar un paralelo entre la vida monástica, en donde la obra de Dios es cantar el oficio y alabar a Dios en el monasterio, con la obra de los Hermanos, en donde se alaba a Dios por medio de la educación de los más necesitados, labor ejercida en la escuela cristiana. De esta manera la escuela pasa a ser, en esos tiempos, el lugar teológico para los Hermanos en donde se vive la asociación, en donde se testimonia a Cristo resucitado.

La fórmula de votos asumida por la *Regla* de 1726, continúa en dinámica de asociación, sin mencionarla como voto específico, de manera de estar de acuerdo con el texto de la Bula y en consonancia con el contenido y el significado con

el cual se había ido cargando la asociación. Decimos una vez más que esta expresión es una continuidad de la tradición lasaliana y de su espíritu y en ningún caso una ruptura o un cambio de dirección. Su expresión obedece a la tradición viva del Instituto encarnada por el señor de La Salle y sus primeros discípulos y vivida con fidelidad activa por sus sucesores.

CONCLUSION

Evidentemente que la asociación, genuina y propia del Instituto no puede ser leída separada del itinerario personal del señor de La Salle y de sus discípulos, ni separada de una respuesta contingente y actuante a las necesidades de instrucción y salvación de los pobres de su época. La asociación escapa a una mera clasificación vital o casuística. Es más que un voto, es un estilo de vida, es una dinámica de relación, es una forma de ser, es un signo distintivo que constituye la identidad de la comunidad naciente. En este sentido nos parece importante considerar las palabras expresadas por el Señor De La Salle en el *Memorial de los Comienzos*, en el cual él hace una lectura de su historia personal y de cómo el Señor de la Historia y de los pobres ha actuado en su persona. Nos dice :

*«Dieu, qui conduit toutes choses sagement et suavement, et qui n'a point coutume de forcer [71] l'inclination des hommes, voulant m'engager tout à fait à prendre le soin des écoles, l'a fait d'une manière fort imperceptible et en beaucoup de temps, de telle sorte qu'un engagement m'a conduit à un autre, sans l'avoir prévu dans le commencement».*³⁷

La asociación ha sido en la vida de La Salle un signo concreto de la forma en que Dios ha conducido su vida, de la forma en que le ha llevado a comprometerse y a jugarse por el proyecto que Dios le inspiraba en favor de los pobres. En esta dinámica de asociación pudo descubrir los llamados incesantes con que el Espíritu supo dar cuerpo a la voluntad de Dios, haciendo histórico un proyecto místico. Encontró la manera de encarnar el designio salvífico de Dios para todos los hombres, y pudo seguir la voluntad de Dios, dando respuesta evangélica a sus tiempos, a su Iglesia y a su pueblo.

En síntesis, es en la asociación en donde mejor podemos percibir el carisma que enriquece, por medio del Sr. de La Salle, a la Iglesia. Si pudiésemos describir los elementos esenciales de nuestro carisma, estos estarían en esta definición:

- El Fundador, ante la necesidad que descubre en los **niños pobres y abandonados**, se **asocia** a otros que captan la misma realidad, y «juntos» se entregan a tratar de **educarles**, como un medio de **llevarles a la salvación. Es esta la manera que tienen de consagrarse a Dios que les llama por medio de los necesitados.**

La forma práctica de hacer vida el carisma que experimenta san Juan Bautista de La Salle, será en dicho tiempo la escuela gratuita. Hoy creemos que debemos volver a recorrer el itinerario del Fundador, lo cual exige mantener dinámicos los elementos esenciales de su carisma. Y en este proceso es innegable la herencia que recibimos de él por medio de la asociación. Es a la asociación, y en asociación en donde debemos volver, continuamente, a tratar de redescubrir las necesidades de salvación que tienen los pobres de hoy, lo que exigirá que busquemos las alternativas educativas de nuestra época que logren que nuestros humildes puedan llegar a la Gloria. Es esto hacer vida hoy el espíritu que animó al Fundador.

¹M.C.

²«La conduite de ces Maîtres, dans cette nouvelle maison, fit bien voir que Monsieur de La Salle avait été inspiré de Dieu de les y faire venir; car ils y furent beaucoup plus réglés sur certaines choses qu'ils ne l'avaient été auparavant: comme en premier lieu, pour le coucher; 2. pour l'oraison; 3. pour la sainte messe et pour prendre leurs repas» (BERNARD, primera parte, p. 35).

³BERNARD, primera parte, p. 22.

⁴1 Tm. 2,4.

⁵ Entendemos aquí que el «voto» sólo expresa un compromiso, simple y privado al interior de la sociedad, sin ninguna connotación canónica, ni menos en el concepto de «entrar en religión». Cf. CL 2, pp. 65-68.

⁶ A la vista de los primeros biógrafos existe una inexactitud en la fecha de la emisión de los primeros votos. Nos parece más probable el año de 1686. Los que ciertamente fueron temporales y sólo de obediencia. Cf. CL 2, p. 34ss.

⁷Es posible que uno de los motivos externos para no realizar el voto de castidad haya sido el que éste era reservado al Soberano Pontífice en el antiguo derecho canónico de la Iglesia. Mal podrían haber optado por un voto de tal naturaleza en las condiciones de la comunidad naciente. El referido voto de obediencia obligada a sus miembros entre sí y a la sumisión al superior del Instituto, vale decir un voto con valor interno. El H. MAURICE hace un estudio de la cuestión en CL 2, pp. 12-13 y

66-69.

⁸El H. MAURICE nos refiere la cuestión en CL 2, pp. 34-36.

⁹Debemos considerar que a la hora de escribir las primeras biografías no había a mano testigos de la primera hora, el testimonio más confiable de Gabriel Drolin se pudo recibir tardíamente hacia 1730. Cf. POUTET I, p. 734.

¹⁰En el *Dictionnaire Universel* de 1701, tomo I, encontramos definida la asociación como: «Traité de Societé, par lequél deux, ou plusieurs personnes se joignent ensemble ou pour se secourir mutuellement, ou pour agir en commun, ou pour vivre plus commodément... L'association se contracte par un *consentement pur*». El sentido es limitado, pero nos da la idea de un proyecto hecho en común y abrazado por un consentimiento puro.

¹¹Se puede reconocer en este acto la actitud bíblica del «resto de Israel». Cuando todo el pueblo se ha alejado de Yahvé Dios, un resto de ellos queda fiel al Señor, constituyéndose en esperanza y simiente de gracia para el pueblo que se convertirá. Cf. 2 Cró 34,9; 34,21; Esdr. 9,15; Is. 10,20; 11,16; 42,15; 50,20; Ez. 9,8; Mi. 2,12; So. 2,9; Rm. 9,27, *passim*.

¹²Los sentimientos del voto heroico nos hacen recordar los sentimientos de encarnación, donación y pascua del Señor Jesús expresados en Filipenses 2,6-11. El voto heroico puede ser leído en clave pascual: «... Mais il s'est dépouillé, prenant la condition de serviteur, devenant semblable aux hommes, et par son aspect, il était reconnu comme un homme...».

¹³Cf. CL 2, p. 20 y CL 11, p. 54.

¹⁴Numerosas Órdenes, Congregaciones, Comunidades de vida común realizan en la época sus compromisos con una invocación a la Santísima Trinidad, aunque generalmente agregan la invocación a la Santísima Virgen o los Santos Patronos. Cf. CL 2, pp. 56-57 y 43.

¹⁵La insistencia en el establecer la sociedad encierra, a nuestro modo de ver, dos aspectos. En lo más profundo, el propósito es el atender educativamente a los niños más necesitados, lo cual se hace, en la práctica, por medio de un instrumento que renuevan, la escuela.

¹⁶Al hablar aquí de consagración lo hacemos en el sentido de ofrecimiento personal al Dios que nos llama, de donación generosa hecha en asociación con otros, de una oblación que adquiere sentido pleno en el *para*, en ningún caso como consagración que implique entrar en religión, profesar votos de religión dentro de un rango y status canónico.

¹⁷Debemos recordar aquí que los firmantes ya habían expresado su voto de obediencia, renovado hasta el presente, en la fiesta de la Santísima Trinidad, lo que se había establecido como costumbre en la Sociedad, posiblemente desde 1686.

¹⁸Se estima que en 1694 no había más de 30 Hermanos.

¹⁹En 1694 se somete a la consideración de los Hermanos el modo de pasar los recreos. Cf. MAR 106-107. GALLEGO I, p.26

²⁰Evidentemente BLAIN exagera al pretender que los votos perpetuos de 1694 fueron secretos, seguramente superpone los acontecimientos sucedidos con el voto heroico de 1691, con los hechos de Vaugirard. Habla en contra también el que con esta profesión se inicia el *Libro de Votos*, conservado hasta hoy en

nuestros archivos de la Casa General y reproducido en CL 3. Otro asunto en el que exagera BLAIN es al señalar que el Señor De La Salle adjuntó a su nombre «sacerdote romano»; consta en el referido libro que firmó lacónicamente De La Salle. Cf. CL 2, p. 25, nota 2 y p. 26, notas 1 a 4.

²¹Es de notar que aquí aparece el concepto de Cuerpo de la Sociedad, aunque no podemos determinar con precisión quiénes representan al Cuerpo. Suponemos que los denominados «principales Hermanos», aunque tampoco queda claro el modo de determinarlos.

²²Hay que considerar que La Salle, Vuyart y Drolin, ya habían renovado su voto de obediencia en la fiesta de la Santísima Trinidad, con lo cual en realidad se agrega el voto de estabilidad.

²³El H. MAURICE-AUGUSTE afirma que la palabra «septième» está retocada en el acta, por lo cual la fecha del acta bien pudo ser «sixième». Cf. CL 3, p. 10.

²⁴Fue preocupación constante de La Salle dotar al Instituto de un superior elegido de entre ellos, para evitar la tentación clerical de intervenir el Instituto estableciendo un Superior sacerdote. Presumiblemente por ello se deja expresa constancia en el acta de elección que la comunidad no tendrá por superior a un sacerdote, ni a quien haya recibido órdenes sagradas. Cf. CL 3, p. 10.

²⁵MAR p. 109-110.

²⁶Este texto se reproduce en CL 15.

²⁷La fijación de una fecha exacta de composición del *Recueil* queda aún en duda. Conocemos una edición de 1711, que conserva sus primeras 58 páginas de una edición más antigua. Sin duda fue escrito en su totalidad en diversas etapas. Para una mayor información se puede consultar CL 2, p. 61, notas 2y3.

²⁸A saber, los votos de obediencia, estabilidad y asociación.

²⁹*Livret des premiers voeux*, AMG.

³⁰«... et fais voeu de m'unir et demeurer en société avec les Frères qui se sont associés ensemble pour tenir par association les écoles gratuites en quelque lieu que ce soit, ce que je promets et fais voeu de faire quand même je serais obligé de demander l'aumône et de vivre de pain seulement...».

³¹Para un mayor estudio de las fórmulas de votos existentes en los Archivos de la Casa Generalicia (AMG), se puede consultar el CL 3.

³²Su sentimiento interior de abatimiento le hace responder a un Hermano que viene a visitarlo para pedirle que no abandone la obra iniciada: «... Dieu soit béni, mon cher Frère! Eh! à quoi pensez-vous de vous adresser à moi pour cela? Ne connaissez-vous pas mon insuffisance à commander aux autres? Ne savez-vous pas que plusieurs d'entre vous ne veulent plus de moi pour leur Supérieur? Ils ont bien raison, car j'en suis très incapable». MAR p. 234.

³³Coloquio de Parmenie sobre «La lettre de 1714».

³⁴Cf. en el CL 11 y los documentos señalados en este estudio.

³⁵Se piensa que un memorial semejante al Ruanés fue entregado en el dossier dirigido al P. Juan Vivant en 1722. Cf. CL 11, pp. 124-131.

³⁶Cf. nota final N° 17.

³⁷BERNARD, p. 33.

H. Rodolfo ANDAUR [74]

7. BONDAD-TERNURA

Sumario:

1. Significado. 1.1. Contexto socio-histórico. 1.2. En el itinerario lasaliano. 1.3. Modelos de la Bondad-Ternura de La Salle. 1.4. Destinatarios de la Bondad-Ternura. - **2. Bondad-Ternura, característica esencial de la Pedagogía lasaliana.** 2.1. Actitud del Educador Cristiano. 2.2. Justificación de la Bondad-Ternura con los Alumnos. - **3. Manifestaciones de Bondad-Ternura en la tarea educativa.** 3.1. Conocimiento de cada uno de los alumnos. 3.2. Amar con ternura a todos los alumnos. 3.3. Consagrarles la vida. 3.4. Relación educativa bondadosa. 3.5. Pedagogía adaptada a cada alumno. 3.6. Vigilancia. 3.7. Corregir a los alumnos con bondad. - **4. Efectos de una actitud bondadosa sobre los educandos.** 4.1. Evitar los excesos en Educación.

1. SIGNIFICADO

La actitud de «bondad-ternura» imprime un sello peculiar a la pedagogía y espiritualidad de La Salle. Las huellas de su itinerario confirman en los biógrafos la plena coherencia entre los escritos y su vida.

Estudiaremos ambos vocablos simultáneamente, aportando en su momento los matices peculiares. «Bondad» aparece 222 veces en los escritos lasalianos y en torno a «ternura» hallamos 79 alusiones: 36 sustantivos, 10 adverbios y 33 adjetivos. La «bondad» tiene una referencia constante a la bondad divina, en relación de confianza (10 veces), de agradecimiento (18 veces) y otras de admiración y bendición. La «bondad» expresa un don o gracia divina (perdón, reconciliación, inspiración) y también relación educativa, como expresión de amor, misericordia y ternura con los educandos.

La «ternura» va unida al amor «tierno» (21 veces) y, con menos frecuencia, junto a devoción, afecto, juventud y con relación a Dios, a Jesucristo, a María, al prójimo, a los niños, a los jóvenes, a los pecadores, etc.

La Salle emplea el vocablo «bondad» con las connotaciones que hallamos en la espiritualidad del momento, como «*cualidad moral que nos dispone a hacer el bien*», «*atribuido esencial a la divinidad*»;¹ pero que implica «*una inclinación a hacer el bien*».² Hallamos matizaciones en estos tres aspectos de la «bondad»: a) Afectiva o de los senti-mientos: se revela por la dulzura, amabilidad, sinceridad, delicadeza y complacencia; b) Efectiva o de actos

concretos y c) Pasiva o generosa en las mutuas relaciones.³

La «ternura» nos descubre una «sensibilidad de alma y corazón» referida a temas espirituales y morales; nos revela a un hombre sensible, hombre de bien, fácil de llegar a su corazón, que tiene conciencia delicada, alma fácil a la compasión por las miserias del prójimo.⁴ Cuando el hombre adquiere conciencia de ser desgraciado o pecador, entonces se le revela con más claridad el rostro de la misericordia y ternura infinitas: «En su misericordia, Dios no puede soportar la miseria de su elegido» Hch 17,28; Ex 34,6; S 50,3). En el discurso ordinario quiere decir amistad, amor. Una persona tierna es delicada, sensible al amor, «*cierra los ojos a los defectos de los demás*».⁵ La actitud de «ternura» en La Salle es apertura al amor que se transforma en el camino por el que Dios realizará grandes cosas en el corazón de los pequeños.⁶ La «Bondad» impregna de afabilidad nuestras [75] relaciones sociales. *Se funda en una obligación de justicia* de relaciones positivas con quienes convivimos, emana de la caridad que tiene a Jesucristo, su modelo de entrega y disponibilidad para el bien y el servicio generoso y alegre.

1.1. Contexto socio-histórico

En las fuentes inspiradoras de La Salle hallamos la Palabra de Dios, el Evangelio, ante todo. La Salle, hombre «vulnerable» a las necesidades de su tiempo, siente, como buen samaritano (Lc 10,33), compasión por el abandonado, «como un padre siente ternura por sus hijos» (S 103,13). Sus referencias bíblicas son familiares y, en especial en las MR, tenemos

constantes alusiones al ejemplo de Jesús, Buen Pastor, a los Apóstoles y Santos. En La Salle se da la mano el corazón tierno con la misericordia, que está en tensión con la justicia y la solución práctica a los problemas que descubre.

Igualmente hallamos eco inspirador en los escritos pedagógicos y espirituales de sus contemporáneos: los *Estatutos y Constituciones* de las Hermanas del Sino. Niño Jesús del P. Barré, a quien sigue al reconocer en la misión educativa la expresión de caridad y «bondad»: «*virtudes necesarias a las personas que se dedican a la salvación del prójimo, ya que se deben conducir de una manera digna de Dios*».⁷

Si hay que «ganar el corazón del alumno», en expresión feliz de san Pedro Fourier, que La Salle recogerá, ésta será una rica y peculiar expresión del tipo de relación educativa que impulsarán los dos educadores y que se plasmará en el respeto, dulzura y afecto en el trato con los alumnos.⁸ Las *Meditaciones* del P. GIRY iluminan a La Salle al escribir sus MR, en su ideal de relación educativa: El celo y la diligencia de los maestros en el ejercicio de su profesión debe conjugar la verdadera mansedumbre y la justa severidad.⁹ También la *Escuela Parroquial* analiza la fe, esperanza y caridad del maestro, modelo de todas las cualidades cristianas, con amplitud de espíritu, mejor conducta y más luces que de ordinario.¹⁰

En el perfil del catequista, que hallamos, en JOLY, entre las virtudes que debe practicar se enumeran: la modestia, acompañada de sana alegría, dulzura, que anime a los tímidos y a los débiles, gravedad, paciencia y caridad.¹¹ En la espiritualidad de BÉRULLE se describe: «Una de las primeras y más continuas disposiciones debe ser la de adorar, amar y bendecir la misericordia de Dios y entregarnos al designio de su «bondad»».¹²

1.2. En el itinerario lasaliano

Pese al recargado encomio que prodiga BLAIN en la *Vida* de La Salle, hallamos esta observación atinada: «*La vida de Juan Bautista de La Salle fue mucho más humana que su doctrina*»,¹³ tesis que se confirma a partir de los

gestos de amistad y «ternura» a lo largo de su vida. «*La paciencia y la dulzura eran el alma de su conducta*», *la gracia de ganar las almas a Dios «estaba fundada en él sobre el amor «tierno» y paternal por los más grandes pecadores..., paciencia y dulzura a toda prueba*». Expresiones que salpican las páginas de BLAIN.¹⁴

La visión que nos aporta el historiador G. RIGAULT no es menos deslumbrante en sus hechos que en sus *cartas*: «*Lo que descubrimos, ante todo, en sus cartas, es la afectuosa bondad del Padre... Bondad e indulgencia siempre dispuestas al perdón*».¹⁵

Rastrear la biografía de La Salle haría interminables las referencias y expresiones de su aprecio a cuantos vivieron a su lado. Sacerdote desde 1678 es el más agradable de los hombres: escucha con paciencia y responde con bondad. Acoge en su casa a sacerdotes rurales, a los maestros, compartiendo su misma vida: «*Con qué ternura recibía a los jóvenes maestros, con qué solicitud les formaba, con qué fidelidad les seguía en sus escuelas...*».

Gestos de suprema bondad, que Blain no puede pasar por alto: La Salle visita en La Bastilla a un sacerdote preso, a la despedida intercambia con él su ropa... La conversión de un joven holandés, más debida al calor humano y amigable, que a la controversia y dialéctica (AEP, 205).

La Salle supo ganarse el corazón de sus Hermanos con entrega y humildad. El testimonio del sr. Pirot, Vicario General del Cardenal L.A. de Noailles, sobre la unidad de la Comunidad de los Hermanos, proclama la ternura de un padre con sus hijos.

En el pensionado de San Yon rodeó de sus [76] cuidados a los jóvenes: «Los confesaba a todos con una gran bondad. Acompañaba en todos los lugares a los novicios, les consolaba y animaba. Dulce, afable, atento... su manera de obrar cordial, tierna y caritativa, unía todas las almas a la suya y encontraba en todos sus discípulos un corazón de hijo, porque todos hallaban en él un corazón de padre» (BLAIN I, 198).

«La Salle era constante en visitar a sus Hermanos en las Comunidades. No le importaba la salud... se ponía en camino a cualquier hora... hiciera el tiempo que fuera... de noche, a pie, empapado de lluvia... con peligros en los caminos».16 Hasta su definitivo retiro en San Yon, su trato con la juventud es «afable, bondadoso y dulce».17

1.3. Modelos de la Bondad-Ternura de La Salle

Al iniciar la MC y las MR, La Salle contempla su vida y su obra en manos de Dios-Padre. Dios es, en definitiva, el modelo de su «bondad»: «Dios es tan bueno... Dios que conduce todas las cosas con sabiduría, cuando formó el propósito de salvar a todos los hombres y de nacer como uno de ellos...» (MR 193,1; MF 163,1) y nos enfrenta con su modelo. De la contemplación de la acción providente de Dios surge esta invitación: «Debéis imitar de alguna manera a Dios (Ef 5,1) porque se encariñó tanto de las almas por El creadas... que se vio constreñido por el amor y el celo» (MR 201,3).

De los seis medios que nos propone para excitarnos a tener la verdadera contrición, dolor y resolución, «el segundo es considerar la «bondad» de Dios y los beneficios que de El hemos recibido». El Dios en el que cree La Salle es un Dios Padre y ello implica «creer que es 'bueno', que es nuestro último fin y poner en El toda confianza».18 La revelación de Dios en acto es, en definitiva, obra del Espíritu Santo. El es quien mueve el corazón de los Hermanos hasta encariñarlos con los niños menesterosos y con la realización del designio de Dios.19 La acción salvífica de Dios para con los niños se expresa, ante todo y sobre todo, por la «ternura» de su amor gratuito, del cual el Hermano se convierte para ellos en sacramento visible (MR 197,1-3; MD 37,3).

El ejemplo de *Jesucristo*, a quien imitan los Hermanos como el único maestro y modelo, incluso en sus mismas actitudes y medios catequísticos, para mover a sus discípulos a practicar las verdades evangélicas, viviendo e inspirándoles las virtudes cristianas de la mansedumbre, la humildad, la justicia... (MR

196,2). A ejemplo de Jesús, el maestro que se mueve a compasión por las gentes que le siguen (Mt 9,36), se deja «conmover hasta las entrañas» por la miseria espiritual, por el abandono, «como ovejas sin pastor» (Mc 1,41; Mt 20,34) y Jesús actúa, mueve su mano para tocar, curar, resucitar... Los ejemplos de *María, los Apóstoles* son modelos a imitar, pero destaquemos al *Apóstol Pablo*, a quien cita reiteradamente al hablarnos del amor generoso del Educador. A imitación al gran Apóstol debe el Hermano «estar dispuesto a dar su vida por los alumnos» (MR 198,2), como signo máximo de su amor y entrega.

1.4. Destinatarios de la Bondad-Ternura

Es evidente la fuerza de reciprocidad y correspondencia que tiene en La Salle la convicción de sentirse objeto de la «bondad» divina. Por eso mismo Dios es la primera diana de su amor, pues se siente obligado por todas las bondades que descubre en el acontecer diario: «Bondad que me mostráis queriendo ser mi Padre» (EM 134). No hay mejor talante a la bondad de alguien que imitarle: este es el deseo de La Salle al invitarnos a imitar el amor gratuito de Dios y corresponder así a su elección (MR 194,1).

La viva devoción de La Salle a *María* le urge a inculcarla a los mismos alumnos: «Inspiradles tierna devoción a *María*, efecto de vuestras fervientes súplicas, de vuestro amor a la Santísima Virgen...» (MF 146,2), al mismo tiempo que «nos hacemos dignos de las ternuras de *María*» (MF 88,3). En las oraciones que hallamos en los actos afectuosos de EM, descubrimos la expansión de su fuego encendido de amor. Pero el cariño debe manifestarse con los que viven al lado, y así se dice en la *Regla del Hermano Director*: «Tendrá y manifestará afecto y ternura cordial a todos los Hermanos que están bajo su guía».20

Pero es la misión educativa la que especialmente es abundante en referencias a la solicitud del Hermano.21 El amor debe manifestarse a todos los *alumnos*, pero con especial ternura hacia los más pobres (MF 166,2; 101,2; 80,3; 81,3; 105,1). Esta preferencia interior debe concretarse en un amor [77] efectivo, tangible, una verdadera ternura... Porque, a

menudo, estos niños son como huérfanos, padecen ante todo de una carencia de amor (MI 37,3).²² La atención solícita por el alumno convierte a la Escuela Cristiana en «espiritual familia» del niño. Prueba de ello es la intención de hacer un seguimiento del alumno, aun fuera de clase, y especialmente cuando está enfermo. El «visitante de enfermos» tiene una tarea encomendada en la clase: visitar, de cuando en cuando, a los escolares enfermos del barrio, para consolarles y alentarles a soportar con paciencia su enfermedad por amor de Dios, y darán luego a conocer al maestro el estado de salud y si mejora o se agrava.²³

2. BONDAD-TERNURA CARACTERÍSTICA ESENCIAL DE LA PEDAGOGIA LASALIANA

La pedagogía lasaliana está marcada por la ternura que el Educador debe tener para con sus alumnos.²⁴ Desde la llegada a clase a primera hora de la mañana, todo alumno entra en un clima de acogida y calor fraterno.²⁵ Pero resulta especialmente atinada la observación de PUNGIER: «*Ternura de hombre como respuesta a la ternura de Dios... Este es uno de los rasgos de la espiritualidad de nuestro Fundador, muy poco conocido y escasamente subrayado. La causa de esto es, sin duda, la falta de contactos asiduos con los textos de oración propuestos por La Salle*».²⁶

El celo del educador cristiano se traduce en mediaciones concretas de educación total, en renovadoras iniciativas pedagógicas. El resorte esencial de la Escuela-Comunidad es el amor: «Los Hermanos amarán tiernamente a todos sus alumnos», esta prescripción de la *Regla* encuentra eco en numerosas traducciones concretas de la *Guía*.²⁷

2.1. Actitud del Educador Cristiano

El Educador, como mediador de los valores que quiere transmitir, fundamenta su amor pedagógico en la benevolencia y acogida sin condiciones. El Educador Cristiano es, ante todo, testigo de una fe viva y de una esperanza a toda prueba, que abre caminos, de ahí su responsabilidad en ser fiel a sí mismo y al

Evangelio: «No adulteréis la Palabra de Dios» (MR 193,1). La gran norma que recuerda el principio de la vida moral cristiana es: «No contristar al Espíritu Santo» (MR 198,3) y como cree que la educación es obra de amor, ama en cada alumno la capacidad de perfección que posee.²⁸ La función educativa se asemeja mucho a la gestación del hijo en el seno materno, requiere solicitud, mimo, paciencia. Tal vez la expresión más bella y feliz de lo que, a juicio de La Salle, debe ser el amor del maestro a sus discípulos, es: «*Si tenéis firmeza de padre para con ellos, para sa-carlos o alejarlos del mal, debéis tener también ternura de madre para acogerlos benignamente y hacerles todo el bien que de vosotros dependa*» (MF 101,3).²⁹

La tarea educativa y liberadora de cada día debe nacer de una mansedumbre interior (MR 203,2) y de una ascesis exigente (MI 65,2). Y cada mañana, al entrar a clase el alumno descubre el rostro «afable, digno y abierto» del maestro que le recibe (AEP, 222). El Educador, buen pastor, conductor de almas, necesita «virtud nada común que sirva de ejemplo a los demás y debe patentizar su especial ternura con las almas que le están confiadas, de modo que, cuanto pueda interesar o perjudicar a las ovejas, sea *vivamente sentido por ellos*» (MD 33,2). En muchos casos el educador debe vencer sus mismas inclinaciones, *rechazar sus preferencias*, pues La Salle aboga por preferir a los económicamente débiles: «*Encargados como estáis de la instrucción de los pobres, sobreponeos a la naturaleza cuando os sugiere que tengáis más consideración con los ricos*» (MF 150,1).

La relación educativa debe basarse en criterios de justicia y objetividad.³⁰ El Hermano debe reflejar en su obrar cuanto su propio nombre indica, debe ser revulsivo que enseñe que la caridad que ha dado nacimiento al Instituto, debe ser el alma y la vida que debe presidir todas sus deliberaciones y formar todos sus designios. La vida misma entre Hermanos debe estar trenzada de testimonios recíprocos de tierna amistad espiritual y ejercer el ministerio con un corazón caritativo.³¹

Los Hermanos, en calidad de «hermanos mayores», deben manifestar a los pequeños una

ternura real, sobrenatural, por supuesto, vivida desde la fe, pero también *corporal*, pues en el gesto de acogida, en la sonrisa se expresan los afectos y la bondad del corazón.³² La Salle insiste [78] constantemente en dar muestras de cariño y ternura, provocando la creatividad del maestro para que dosifique en cada caso la calidad del gesto. Incluso nos invita a dar un paso más: *encauzar el amor del educando a Dios* y no detenerlo en sí, «*desprendiéndose del amor hacia las criaturas... y actuar de tal suerte que no pongáis en ellos vuestro afecto, sino para llevarlos a su santo amor e impregnarlos de su Espíritu. No tengáis, pues, en lo porvenir acepción particular por ninguno, ni estiméis en ellos otra cosa que la piedad*» (MF 101,3; 157,3).

2.2. Justificación de la Bondad-Ternura con los Alumnos

La Salle insiste, sobre todo en sus MR, en que el Hermano debe tomar conciencia de que Dios realiza visiblemente su *acción providencial* por su medio, que ha provisto a las necesidades de los niños dándoles maestros (MR 197,3) que son sus embajadores, ángeles y guías visibles. Por medio del maestro llegan a los niños los medios de salvación (MR 197,1; 194,1). La Salle ve al niño como *persona*, con unidad plena en su ser, en su condición de *bautizado*, consagrado, hijo de Dios, miembro de Jesucristo, llamado a la plenitud cristiana por la desbordante bondad de Dios. De esta visión surgen las implicaciones formativas del proyecto total, humano-cristiano, de La Salle.

El afecto que el Hermano profesa a sus alumnos se convierte, pues, para ellos en «*sacramento visible del amor paternal* que Dios dispensa a cada uno de ellos».³³ Porque la acción del educador es una epifanía para los niños: en la relación de los Educadores con los jóvenes aparece cierto rostro de Dios, que el educador debe cuidar para que *este rostro sea atractivo* (MF 115,1). En el amor a los alumnos se hace visible el amor de Cristo a su Iglesia.³⁴

Por la fe el Hermano reconoce a Jesucristo en los pobres, hijos de Dios, e impulsado por la esperanza, trabaja por ellos con todas sus fuerzas (MF 80,3). La Salle refuerza su argumento de fe

en distintos tonos: «*Porque hay que hacer con diligencia la obra de Dios*» (MR 201,1), «*mirad a los niños que Dios os ha confiado como hijos del mismo Dios. Cuidad con mucho más esmero de su educación e instrucción que lo haríais con los hijos de un rey*» (MF 133,2), porque hay que «*hacerlo todo por EL*» (MF 90,3), porque «*daréis cuenta de sus almas*» (MR 203,3; 206,2), porque «*son los preferidos de Jesucristo y los mejor dispuestos a conformarse con su doctrina*» (MF 166,2; 80,3).

El Hermano es *sustituto de los padres* y esto le obliga por una razón de paternidad espiritual (MR 193,1), debiendo con su bondad «ganar su corazón», atraer a los jóvenes a su acción formativa, hacerlo receptivo a los avisos y correcciones y evitar el absentismo escolar.³⁵

3. MANIFESTACIONES DE BONDAD - TERNURA EN LA TAREA EDUCATIVA

Entramos en uno de los aspectos más innovadores de La Salle: la pedagogía centrada en el alumno. Podemos resumir estas expresiones de bondad-ternura en:

3.1. Conocimiento de cada uno de los alumnos

Para subrayar esta solicitud educativa, La Salle emplea el símil del «buen pastor» que *conoce y nombra* a todas las ovejas por su nombre: «*Esta debe ser también una de las ocupaciones de cuantos están encargados de la instrucción de los niños: saber el modo de conocerlos y discernir cómo se han de comportar respecto de ellos*» (MD 33,1). Como «guías expertos», quiere La Salle que los Maestros conozcan cuanto se relaciona con la piedad de sus alumnos, y conozcan las faltas que cometen más ordinariamente, con una finalidad caritativa: «*para que puedan dárselas a conocer y preservarlas de ellas*» (MR 197,3).

Desde su inscripción en la Escuela, el niño debe tener su «*fichero psicopedagógico* que permita a los Educadores un seguimiento de la evolución del proceso educativo: allí se encontrarán catálogo de buenas y malas cualidades de los escolares, se recogen todos los datos personales, familiares, ambientales y se

consigna todo el recorrido del aprendizaje.³⁶ La *Guía* insiste en el deber del maestro de estudiar el genio, las costumbres y las inclinaciones de los escolares para poder comportarse con cada uno de ellos del modo que resulte más apropiado. [79]

Pero la visión que La Salle nos da de los niños es de un realismo absoluto: son débiles de espíritu y de cuerpo, cuentan con escasas luces para el bien (MR 197,3), carentes de capacidad de reflexión (MR 203,3), se guían por el gusto, no tienen juicio formado (MR 203,2), son ingenuos y, en su mayoría, están faltos de educación, necesitan quienes los ayuden a salvarse (MR 193,3), llevan años de holganza, se juntan con malas compañías (MR 194,1), pocos se extravían por la malicia de su corazón, lo cierto es que la mayor parte se corrompen por los malos ejemplos y ocasiones de pecar que encuentran (MD 56,2), son víctima de sus inclinaciones que les impulsan al mal (MF 161,2), vienen con gran ignorancia (MD 37,2), como huérfanos de sus padres, abandonados (MD 37,3; MR 193,2).

En el niño ve el Educador su proyección. Los niños imitan y copian los ejemplos de sus maestros, por ello llama La Salle a la responsabilidad de contribuir a la obra del único artífice, el Espíritu Santo: «*Ellos son la carta que El os dicta y que vosotros escribís todos los días en sus corazones, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo*» (MR 195,2).³⁷

3.2. Amar con ternura a todos los alumnos

El amor paterno se entrega por igual a todos y cada uno de los hijos, así quiere La Salle que sea el amor a los alumnos, sin acepción de personas: «Los maestros manifestarán a todos los alumnos igual afecto» (RC), y «*darán cuenta a Dios de si han hecho en el desempeño de su misión acepción de personas, descuidando a los más ignorantes o a los más pobres, teniendo predilecciones por los ricos y agraciados*» (MR 206,1). Los cuidados que se prodigan a los alumnos debe dictarlos un afecto verdadero (MF 80,3), según el ejemplo de Cristo (MF 166,2).

Si el educador busca el objetivo último de formación cristiana para sus alumnos, no escatima medios, y el primero que pide La Salle es «tenéis

la obligación de granjearos el amor de vuestros discípulos como uno de los principales medios para incitarlos a vivir cristianamente» (MF 115,3), aprovechando el afecto que se recibe de ellos para «conducirlos a Dios» (MF 101,3). La Salle está persuadido de que «quienes poseen el corazón de los hombres son dueños del mundo» (MD 65,2), por eso mismo insiste en la fuerza unificadora de la oración: «*Pedid a menudo a Dios la gracia de mover los corazones: esta es precisamente la gracia de vuestro estado*» (MF 81,2). Y en su papel de ángel custodio visible de los niños, el Hermano debe «subir» cada día a Dios para darle a conocer las necesidades de los niños, recibir sus órdenes, aprender de El... y «bajar» a enseñar a los niños cuál es su voluntad... (MR 198,1).

Pero la bondad del Educador es el imán que debe atraer al alumno a la escuela, especialmente en épocas de absentismo escolar: «Más se les induce a acudir a la escuela por bondad, ganándolos, que por la corrección y por asperezas».³⁸

La Salle apunta a una *visión escatológica* de su afecto paternal por los alumnos. La filial gratitud ante el tribunal de Dios, eleva a La Salle en una visión celeste, e invita a preocuparse del porvenir religioso de los discípulos: «*¿Miráis el bien que procuráis hacerles como fundamento de todo lo bueno que han de practicar el resto de su vida?*» (MR 194,3). Y le descubre la inmensa gratitud de que será objeto: «*Qué júbilo y qué transporte de gozo sentiréis cuando oigáis a los que habréis guiado al cielo como de la mano, decir de vosotros en el día del juicio: Estos hombres son siervos de Dios altísimo, que nos anunciaron el camino de la salvación... todos unirán sus voces para obteneros de Jesucristo un juicio favorable*» (MR 208,3).

3.3. Consagrarles la vida

Como muestra del auténtico afecto por los niños, La Salle quiere que el Hermano dedique su vida entera a trabajar en su viña (MR 201,1) y su entrega sea respuesta sin condiciones a la invitación a colaborar con su Ministerio en la salvación de Dios (AEP 211). La Salle quiere que esta entrega sea una convicción total del

Hermano: «*Habiéndoles dado Dios la vida por efecto de una bondad puramente gratuita, está muy puesto en razón hacer a Dios holocausto de la propia vida, no empleándola sino en su servicio*» (MD 70,2). Y para poner todos los cuidados posibles para la salvación de sus almas (MF 137,3). La entrega debe ser total, hasta desvivirse y no omitir cuanto esté en sus manos (MF 122,3). No tiene límites esta donación: «*Debéis extremar tanto el celo que, [80] para contribuir a conseguirlo estéis dispuestos a dar la propia vida... hasta tal punto os han de llegar al alma los niños que os están confiados*» (MR 198,2; MF 95,3; MF 100,3; MF 120,3; MR 201,3).

3.4. Relación educativa bondadosa

El nuevo estilo de relación que La Salle marca a su escuela encarna el amor y la ternura del educador; sabe que la educación es, ante todo, una relación, de confianza, bondad, generosidad y benevolencia afectuosa, y que sin amor, las técnicas más hábiles corren el riesgo de ser ineficaces para el despertar y el crecimiento de la persona (AEP 269-276). Esta relación afectuosa exige una kénosis y entrega incesante del educador, «sobrellevando con paciencia las molestias» (N IR 201,1). Una relación basada en el *respeto a la persona*, que *reconoce los valores personales*, los esfuerzos y las diferencias individuales, pero que quiere atraer a todos a unos objetivos claros. Para ello no cesa de: Animar a los débiles, modela sus inclinaciones, afianza a todos en el bien... (MR 198,2).

La relación de aprendizaje se ve pormenorizada en la *Guía* con un *seguimiento* incesante del trabajo en la clase, que tiene en cuenta el crecimiento intelectual, la reflexión y autoanálisis: «*Un rato después de que el alumno haya recibido un castigo, el maestro le hará venir a su lado, cuando juzgue que se ha calmado la pasión, para hacerle recapacitar con dulzura*».³⁹

3.5. Pedagogía adaptada a cada alumno

La Salle habla de la «necesidad pedagógica» de *ponerse a la altura* de los niños que se educa y, especialmente, cuando se refiere a la presentación del mensaje cristiano «*a su alcance... no con elocuencia de palabras, sino con*

lenguaje llano» (MR 193,3), con medios fáciles y apropiados a su edad (MR 197,1), acomodándose a su capacidad (MR 198,1). El educador debe pedir «el don de lenguas» para esta acomodación: «*Saber decir a cada uno lo que le conviene... lo que más le ayude para resolverse a ser totalmente de Dios*» (MD 64,2).

Para lograr estar al nivel de los alumnos para un aprendizaje significativo, La Salle exige un conocimiento psicológico (AEP 221) y saber discernir el comportamiento personalizado, pues «hay quienes exigen más bondad y otros mayor firmeza, no faltan algunos que requieren mucha paciencia, y otros, en cambio, que se les estimule y aliente. Es necesaria la reprensión y el castigo para que unos se corrijan de sus faltas, mientras hay otros sobre los cuales es preciso volver de continuo para impedir que se perviertan o extravíen» (MD 33,1).

Pero no olvida La Salle la búsqueda de los medios adaptados y al nivel comprensivo de los niños en los aspectos culturales y aun morales: «Urgir a practicar el bien de manera apropiada a sus años» (MR 198,2; 203,3). Sólo a base de tiempo, «poco a poco», y con los «medios convenientes a su edad» (MR 197,2) se deben esperar resultados positivos.

3.6. Vigilancia

La vigilancia da significación *preventiva* a la pedagogía lasaliana, al tratarse de la presencia constante, al acompañamiento del alumno de la mañana a la noche. El amor es previsor, asiste en los momentos más cruciales, se adelanta al mal para prevenirlo o evitar sus consecuencias. Pero La Salle quiere que sea un antídoto frente al rigorismo, la dureza y la impaciencia (MR 206,3). La *Guía* señala una serie de pasos para convencer al maestro que «no es la dureza o el rigor lo que produce el orden en una escuela, sino la vigilancia permanente, mezclada de *circumspección* y *mansedumbre*, con un aire despejado, rostro sereno y exterior que refleje carácter entero y *lleno de bondad*».⁴⁰

La atención solícita por el alumno, al que el educador no debiera perder de vista, como ángel visible de sus pasos, no se reduce al espacio

de la clase, sino que «encargados de ellos durante el tiempo de clase, la vigilancia ha de abarcar aquellas acciones que realizan fuera, a fin de procurar que en todas partes vivan cristianamente» (MR 206,2).

3.7. Corregir a los alumnos con bondad

El avisar de las faltas y el corregir de los defectos es la muestra más convincente de la estima del alumno. Así lo entendía La Salle cuando de forma tan reiterada y profunda justifica esta conducta en el maestro. Existe la sana pretensión de evitar cualquier desliz al corregir e, incluso, llegar a desterrar los castigos de la escuela. Pero las actitudes a las que lleva La Salle al Hermano para [81] administrar una corrección medicinal, son un hallazgo creador en su pedagogía. La corrección es así un *acto de bondad y misericordia* (MR 204,1-3), la co-rrección es «señal y efecto del celo» (MR 203,1), olvidar al alumno en sus malos hábitos sería una crueldad (MR 203,2). La Escuela Lasaliana compagina ambiente de familia con exigencia y disciplina. Para atraer al culpable, lograr su conversión y, en definitiva, lograr su gratitud y reconocimiento por el bien que se le ha pretendido hacer, exige una *conversión total del educador en manos del Espíritu*, que es quien empuja su celo (MR 204,1-2).

En la corrección se conjugan la «suavidad y la firmeza».⁴¹ Nunca se debe corregir al alumno por sentimientos de aversión o resentimiento o por disgusto o antipatía. Las *diez condiciones* de la corrección revelan unos contactos totales de la *Guía* con el modelo paulino (2 Tm 2,4) que aparece en las MR: «Debe ser sufrido y moderado y ha de reprender con mansedumbre» (MR 204,2).

4. EFECTOS DE UNA ACTITUD BONDADOSA SOBRE LOS EDUCANDOS

Ya apuntamos en los rasgos biográficos, el impacto de la ternura de La Salle entre sus contemporáneos. El primer efecto aludido es el poseer los corazones para encauzarlos a Dios. La Salle establece un nexo causal entre la bondad del maestro y la vertiente santificadora. El amor se provoca amando. Cuando el amor procede de Dios

penetra el corazón y suscita el afecto. En esto radica una de las grandes responsabilidades del educador:⁴² «*Cuanta mayor ternura tengáis para con los miembros de Jesucristo y de la Iglesia, que os están confiados, tanta mayor será la eficiencia de la Gracia de Dios en ellos*» (MF 134,2).

El amor que prodiga el educador a sus discípulos lo recompensa Jesucristo estrechando más su amistad: «*Cuanto más les améis, tanto más seréis amados vosotros de Jesucristo*» (MF 137,1). Esta dulzura y caridad son el auténtico camino que quiere La Salle que siga el maestro, pues sólo así se les «*acerca a Dios y se procura el espíritu del cristianismo*» (MF 115,3).

La actitud ejemplar de los maestros, «pobreza y humildad» (MF 86,3; 180,3) llegará a «cautivar sus corazones» (MF 139,3) y arrastrarles a ellos a «ser mutuamente bondadosos y mansos, a perdonarse... y a que se amen entre sí» (MR 198,3; 208,3).

El trato bondadoso y tierno es para la *Guía* la solución contra el absentismo escolar. Si los alumnos se ausentan de clase es «por su ligereza, por libertinaje se han disgustado de la escuela, porque tienen poco afecto al maestro o se han hastiado de él... Hay que corregir poco a poco a esos alumnos. Más se les induce a acudir a la escuela *por bondad*, ganándolos, que por la corrección o por asperezas». Pero a esta razón se puede añadir que los alumnos «*tengan poco apego al maestro*», porque no sabe animarlos, no sabe ganárselos, porque en toda ocasión recurre al rigor y a las correcciones, lo cual hace que los alumnos no quieran ir a la escuela: el remedio para esta clase de ausencias será que los maestros se apliquen a *hacerse muy amables*, a tener un exterior afable y abierto, sin tomar por eso un aire bajo y familiar.⁴³

4.1. Evitar los excesos en Educación

La Salle sabe que en el trato diario está el peligro para muchos maestros de caer tanto en excesos de rigorismo como de blandura. Nos pone en guardia, pues puede «*traicionarnos tener demasiada consideración con la debilidad humana y, bajo pretexto de compadecer a los niños, se les deje hacer lo que quieran... ¿Qué*

*hacer para que la firmeza no degenera en dureza, ni la mansedumbre en blandura y flojedad? Lo que debe evitarse en ambas son los extremos: ni ser demasiado duro ni demasiado blando, hay que tener firmeza y... suavidad».*⁴⁴

En esta misma línea, la *Guía* nos avisa para «tener mucha perseverancia, sin permitir que los niños aspiren a la impunidad y que hagan lo que se les antoja, pues no hay que cifrar en esto la mansedumbre» (íd).

Más matizadas son las normas para el Formador de Nuevos Maestros que, partiendo de una caridad común e igual para todos, «no debe dar ninguna señal de amistad exterior a unos más que a otros; no permitir nunca que los Maestros manifiesten más cariño y mayor benevolencia a unos que a otros; que no tengan sus amiguitos consentidos; que no los pongan a su lado».⁴⁵

Si el excesivo cariño provoca desvíos, celos y envidias, se ha de evitar caer en el lado opuesto: **[82]**

«La excesiva severidad con los jóvenes impide trabajar con fruto en su instrucción y educación» (MF 115,3).

Aunque las actitudes quedan bien perfiladas, todavía en la Regla del Hermano se regulan estos aspectos relacionales con total exigencia: «Los Hermanos amarán tiernamente a todos sus alumnos. No se familiarizarán, empero, con ninguno de ellos ni les darán nada por muestra de amistad, sino sólo como recompensa». Y se precisa en otro párrafo: «Manifestarán igual afecto a todos los escolares y más si cabe a los pobres que a los ricos, por estarles aquéllos mucho más encomendados por su Instituto que éstos» (RC, 14).

¹Cf. *Le grand Vocabulaire Français*, Paris, 1773.

² Cf. P. RICHELET, *Nouveau Dictionnaire Français*, Amsterdam, 1709.

³ Cf. A. FURETIÈRE, *Dictionnaire Universel*, 1701. Cf. *Bulletin des Ecoles Chrétiennes* Lembecq-lez-Hal, Belgique, oct. 1912, p. 315.

⁴Cf. Trévoux: *Dictionnaire Universel Français et Latin*, 1721, p. 102.

⁵ Cf. *Le grand Vocabulaire Français*, Paris, 1773, p. 162.

⁶ Cf. PUNGIER J., *Comment est née la Conduite des Ecoles*, Roma, p. 64.

⁷Cf. POUTET L.: C.L. 48, p.46.

⁸ Cf. PUNGIER J., 36.

⁹ CAL Edic. esp. II, 474.

¹⁰Cf. CAL, 461-487.

¹¹Cf. PUNGER J. 40.

¹²DS «Bonté».

¹³Cf. FELIPI JOSÉ, FSC, «Humanización de San Juan Bautista de La Salle», en *Información lasaliana*, agosto-setiembre 1950, Madrid, 54-61.

¹⁴BLAIN, 2, 339. De sumo interés resultan las páginas del H. GUILLERMO FÉLIX: «Ternura del maestro con sus discípulos, según los ejemplos y enseñanzas de San Juan Bautista de La Salle», en *Información Lasaliana*, n° 11, Diciembre-enero 1951, 4-14.

¹⁵ RIGAULT G., *Histoire Générale de l'Institut des Frères des Ecoles Chrétiennes I*, 439-441.

¹⁶GALLEGO S., *Vida y pensamiento de San Juan Bautista de La Salle*, Madrid, BAC 477, 1986, 440 ss.

¹⁷AEP, edic. esp. 218.

¹⁸PUNGIER J., 118.

¹⁹ CAMPOS, M.: *Itinerario evangélico de San Juan Bautista de la Salle, II*, San Pío X, Madrid, 1988, 80 y 117.

²⁰Cf. GALLEGO S., BAC 478, 183.

²¹Cf. ALCALDE C.: *El amor del Maestro a! Educando*, Madrid, Sinite 3, 399-415. Citado en AEP, 222, nota 86. Abundantes referencias hallamos en el artículo citado del H. GUILLERMO FÉLIX: «La ternura...», 10ss.

²² Cf. AEP, 269.

²³ Cf. *Guía de las Escuelas: II*, Cap. VIII, art. 4°.

²⁴ GALLEGO S., BAC 478, 45-46.

²⁵Cf. *Guía de las Escuelas, II*, cap. II, Prólogo.

²⁶Cf. PUNGIER J.: o.c., 148.

²⁷ Cf. DIUMENGE L.: *El amor en la doctrina espiritual de San Juan Bautista de La Salle*. Sinite 12, Salamanca, 1971. Profundo estudio que fundamenta las raíces del amor del educador. «Los escritos lasalianos sobre la infancia, por sí solos constituyen una antología de la caridad», p. 529.

²⁸ Cf. ALCALDE, o.c. 400-409.

²⁹Cf. ALCALDE, o.c. 400: subraya el adverbio «tiernamente» por tratarse de un autor del siglo XVII, así como su dimensión enérgica de firmeza cuando se trata de apartar al discípulo del mal y compasivo y acogedor para afianzarlo en el bien.

³⁰Cf. ALCALDE o.c. 402, citando el manuscrito 44, p. 17.

³¹Cf. PUNGIER J., o.c. p. 55, citando BLAIN I, 240-241.

³²Interesante puntualización sobre las actitudes del maestro hacia ciertos niños con dificultades, centrada en las necesidades afectivas de muchos de nuestros alumnos abandonados de sus familias: GUEMES, Fco: *El Educando en la Pedagogía de La Salle*, Facultad de Ciencias de la Ed. Univ. Pontificia Salesiana, Roma, p. 136-147: Bases de una pedagogía diferencial en los escritos de La Salle.

³³Cf. AEP 270.

³⁴Cf. AEP 270-273.

³⁵Cf. Al calor de los textos de La Salle no debe olvidarse el comentario del Hermano AGATÓN a las «12 virtudes del buen Maestro», especialmente el apartado sobre la «mansedumbre». Madrid, 1952, 62-90.

³⁶Cf. H. GUILLERMO FÉLIX, artículo citado: «La ternura...», 12-13.

³⁷Cf. CAMPOS M., *Itinerario... II*, 80 ss.

³⁸Cf. *Guía, II*, cap. VI, sec. III. Resalta esta característica de la relación educativa que impresiona a los jóvenes, el Hno. Ildefonso Khoury: «La ternura de San Juan Bautista de La Salle»: *Lasaliana* 04-C-15.

³⁹Cf. *Gaia II*; cap. V, art. V, sec. 2°.

⁴⁰Cf. *Guía III*; 2a, p. 2.

⁴¹Cf. *Guía I*, cap. V, pról. cf. CAMPOS, M.: *Itinerario II*, 230

ss, nota 39. «La suavidad consiste en que en las reprensiones no aparezca nada de dureza, ni aflore la cólera o la pasión, sino más bien que se advierta la seriedad de padre, una compasión llena de ternura y cierta mansedumbre que sea, no obstante, viva y eficaz».

⁴²Cf. DIUMENGE L.: *El amor...*, 542 ss.

⁴³Cf. *Guía II*, cap. VI, set. 3°. Interesante observación de

produjeron en los niños de Chartres, fue una singular modestia en la Iglesia. Pero nos apunta la causa: Estos arbolitos, a quienes la *ternura* de la edad hace maleables en manos de hábiles y caritativos maestros...» BLAIN I, 240) - PUNGER J., o.c., 28.

⁴⁴Cf. *Guía II*, cap. V, Introd.

⁴⁵Cf. *Guía*: «Regla del formador de maestros noveles», p. 4. Resulta curioso el detalle de anotar los «medios para desarraigar

Temas complementarios:

Amor, Angeles custodios, Apóstoles, Corazón/Mover los corazones, Comunidad, Conversión, Corrección, Devoción, Dios, Escuela, Iglesia, Alumno/Niño, Espíritu Santo, Ejemplo del Maestro, Hermano, Fe, Humildad, Alegría, Justicia, Maestro Cristiano, Ministerio, Padres, Pobreza, Santos, Virtudes del Maestro, Vigilancia, Voluntad de Dios.

BLAIN: «El fruto más sensible que las Escuelas gratuitas

las ternuras y amistades particulares».

H. Lorenzo TEBAR BELMONTE [84]

BIBLIOGRAFIA

1. *Cahiers Lasalliens*, n. 48.
2. C. ALCALDE, *El maestro en la Pedagogía de S.J.B. de La Salle*, Sinite n. 3, Madrid, 1961.
3. M. CAMPOS - M. SAUVAGE, J.B.L.S. *Anunciar el Evangelio a los pobres* (Trad. Española. Lima).
4. M. CAMPOS, *Itinerario Evangélico de san Juan Bta. de La Salle*. E. S. Pío X, Madrid, 1988.
5. L. DIUMENGE *El amor en la doctrina espiritual de S.J.B.L.S.* Sinite n. 12, Salamanca, 1971.
6. S. GALLEGO, *Vida y pensamiento de S.J.B.L.S. I-II*, BAC nn. 477-478, Madrid, 1986.
7. J. PUNGIER *Comment est née la Conduite des Ecoles*, Roma.
8. G. RIGAULT *Histoire Générale de l'Institut des Frères des Ecoles Chrétiennes*. Vol. I.
9. M. SAUVAGE, *Catequesis y Laicado, I-II* Sinite, Madrid, 1963.

8. CANTICOS ESPIRITUALES

Sumario:

1. Precisiones léxicas. - 2. Los Cánticos Espirituales en uso en las escuelas cristianas (1705). - 3. Contenido y procedencia de los Cánticos Espirituales. - 4. ¿Los Cánticos Espirituales en su origen, una herramienta de la catequesis? - 5. Cantos espirituales y canciones ligeras... - 6. La Salle ¿autor de algunos cantos? - 7. ¿Tiene La Salle alguna teoría sobre la utilización de los cánticos? - 8. Conclusión

1. PRECISIONES LEXICAS

En los textos de Juan Bautista de La Salle, la palabra «cantique» designa los cánticos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Así, entre las oraciones públicas que se hacen en común en las iglesias, La Salle menciona Cánticos de alabanza, y de acción de gracias;¹ en la tercera parte de los *Devoirs d'un chrétien*² precisa, entre los cánticos: Aleluya, Magnificat, Benedictus o señala en general, «salmos y santos cánticos» o bien «himnos y cánticos». Se trata, pues, de cantos litúrgicos.

Si La Salle trata de cánticos en su más amplio sentido, de cánticos espirituales, no dice nada sobre canciones espirituales³ como tales. Se conforma con hacer observar «que un Cristiano no se entretiene en cantar cualquier especie de canciones».⁴

No se justifica en este lugar recrear la historia de los cantares espirituales. Tal tema se hallará en obras documentadas abundantemente.⁵ Nos corresponde únicamente situar perfectamente el uso del cantar espiritual en la obra educativa de La Salle, y de poner sobre el tapete las afirmaciones que se han de conservar sobre esta cuestión.⁶

2. LOS CANTICOS ESPIRITUALES EN USO EN LAS ESCUELAS CRISTIANAS

Resulta arduo establecer fundadamente si La Salle ha utilizado los Cánticos espirituales antes de 1707 y cuáles ha utilizado. Mas no se halla mención de los Cantiques spirituels en el lote de obras impresas o de manuscritos que con fecha del 2 de noviembre de 1702, somete La Salle con

la finalidad de su aprobación legal y luego alcanzar el privilegio simple.⁷

¿Podremos admitir que el editor a quien La Salle cedió sus derechos en los preludios de 1703⁸ haya publicado la primera edición de los Cantiques spirituels en 1705? Es cierto que en el texto del privilegio que se otorga a Antonio Chrétien el 13 de abril de 1705⁹ se encuentra la mención explícita de los Cantiques Spirituels. No me parece más adecuado entrar en mayores detalles: el hecho [85] es que La Salle desde 1705 ha utilizado una colección de Cantiques en sus escuelas, e incluso antes de tal data.

3. CONTENIDO Y PROCEDENCIA DE LOS CANTIQUES (Colección de 1705)

Esa colección se divide en tres apartados:

- 1 - Cantiques que se deben cantar antes del catecismo cada día en la semana (seis cánticos solamente).
- 2 - Cantiques spirituels con los cuales se enseña a los cristianos cuanto deben creen y hacer para salvarse.¹⁰
- 3 - Cantiques spirituels para las principales Fiestas y las solemnidades del año.¹¹

En fecha hodierna se ha establecido para la mayoría de los 58 cánticos de la colección de 1705, las similitudes con los textos ya existentes. No reivindicamos que se trate de fuentes directas, pero así se ilustra el problema de la paternidad de los textos.

Si por su orden cronológico presentamos a los autores y las colecciones donde se insertan los textos recogidos íntegra o parcialmente por La

Salle obtenemos:

- 1669 - Martial de Brives, *Cantiques spirituels del alma devota para la instrucción y el consuelo de un alma devota*.¹²
- 1671 - U.P.M. *Cantiques sagrados de un solitario*.¹³
- 1687 - D'Heauville, *Catéchisme en Cantiques. Catecismo en cánticos*.¹⁴
- 1696 - Frézelière, *Cantiques spirituels recogidos y ordenados por orden de Mgr. de la Frézelière*.¹⁵
- 1700 - Nully, editor, *Cantiques spirituels sobre los principales misterios de nuestra religión para las misiones y los catecismos, nueva edición; aprobación, 1699*.¹⁶
- 1701 - Pellegrin Simon-Joseph, abate, *Chansons spirituelles*.¹⁷ La Salle conserva dos cantos compuestos para el tiempo del Jubileo que debe celebrarse en Francia, justamente en 1701.

Esta última referencia despierta en nosotros ciertas preguntas: ¿la celebración del Jubileo universal en Francia a lo largo de 1701 es lo que ha impulsado a La Salle a incluir en su colección dos cantos hechos por Pellegrin especialmente para tal circunstancia? ¿Ha acarreado igualmente la aparición de una colección anterior a la edición de 1705 pues, puede uno cuestionar qué significado hubiera tenido la inserción de cánticos para el Jubileo cuando el evento hubiere pasado, teniendo en cuenta que otro Jubileo no se dará hasta más de 20 años después? ¿Existía entonces una colección ya en uso en las escuelas y que se sometió a la aprobación de Ellies du Pin en enero de 1703?¹⁸

Mientras aún vive Juan Bautista de La Salle ¿cuántas ediciones se dieron de los *Cantiques spirituels* para uso de las escuelas? Nos cabe haber descubierto una que había permanecido ignorada hasta 1987, es la de 1714. Su editor, Pellegrin, hace mención explícita que tal edición se ha hecho en virtud de un permiso de impresión concedido al señor Juan Bautista de La Salle en 1711¹⁹ e indica con antelación²⁰ por La Salle mismo.

Las ediciones (1721 y algunas más) que no

existieron durante la vida de La Salle no merecen considerarse dentro de los límites de este artículo.

4. EL CANTIQUE, ¿UNA HERRAMIENTA DE CATEQUESIS?

Arrancando de ciertos conceptos no desprovistos de anacronismo, se han recreado al suponer que los *Cantiques* de las Escuelas en el siglo dieciocho servían para disponer a los jóvenes en la catequesis sobre un tema particular; de tal modo el maestro según esta infundada hipótesis habría escogido en la serie el tema en asonancia con tal lección de catecismo. Esta manera de considerar las cosas es solamente exacta parcialmente.

En 1705, los cánticos que preceden al catecismo son exactamente seis. Cada uno correspondía a un día fijo. En esta fecha, la colección no ha inscrito canto alguno de invocación del Espíritu Santo para el catecismo dominical (la edición de 1714 colmará esta laguna). Sin embargo se podía elegir un cántico apropiado en la segunda sección que encierra los cánticos para las principales [86] fiestas y solemnidades del año: ya para los domingos de Adviento, de Cuaresma, o para otras festividades o tiempos litúrgicos del año.

Pero la *Conduite des Ecoles* de 1706²¹ y la *Regla de las Escuelas*²² colocan el cántico después de la oración de la noche en el momento de salir los alumnos de la escuela. Parece, pues, que el cántico no está pensado como preparación al catecismo sino como una especie de momento de descanso.

Esta práctica nos retrotrae a las oraciones que hacían los monjes al trasladarse de un lugar a otro, o los Hermanos mientras recitaban *Ecce quam bonum* al salir del refectorio a medio día antes de 1705.²³ En suma, una clase de musiquilla de acompañamiento que favorece a la par el orden, el ritmo y los pensamientos útiles. No se cantarán, pues, más de seis estrofas para acompañar la salida de los escolares.

El libro de los *Ejercicios de Piedad de las Escuelas* depara algunas directivas para los cánticos. Pero la única edición de que disponemos por ahora data de 1760 y no se puede garantizar la

antigüedad de las prácticas insinuadas en esta edición. Sin embargo se dan coincidencias entre lo que se exige en la *Conduite* de 1706 y cuanto aconsejan los *Exercices de Piété*.

A partir de estos datos podemos evaluar mejor el alcance de ciertas interpretaciones demasiado libres sobre los Cánticos espirituales utilizados en las escuelas lasalianas.²⁴

5. CANTICOS ESPIRITUALES Y CANCIONES TABERNARIAS O CANCIONES PICANTES

La creación del cántico espiritual no es estrictamente un movimiento de la Contrarreforma. Gastoué no duda en situar la *Cantilène de Sainte Eulalie*, junto a muchos otros ejemplos, en la familia ancestral de los cánticos.²⁵

No obstante, el movimiento se acentúa en la literatura francesa cuando la Contrarreforma propaga el canto de los Salmos en francés²⁶ y multiplica los cánticos espirituales.

Los promotores de los cánticos espirituales se apoyan en varias autoridades: los unos se refieren a san Pablo (Ef 5,19; Col 3,26); otros los atribuyen a san Agustín o a otros Padres. Su objetivo es en general contrarrestar la influencia de las canciones de tabernas o de los cantares desvergonzados como dice La Salle. No nos extrañemos al leer estos dichos: «Es muy indecente para un cristiano cantar tonadillas que favorezcan la impiedad o... cuyas expresiones den prueba... de que se halla placer sumo al entregarse a los exce-sos del vino», invita también a «no cantar canciones picantes... ni ninguna otra cuyas palabras resulten libres o de doble sentido». Esta preocupación puede explicar el hecho de que entre los cantos coleccionados por La Salle, parecen haberse apartado en gran parte aquéllos cuya letra se haya compuesto sobre aires populares que evocarían palabras poco piadosas. Una lectura superficial que se confía ante títulos como: «Amor junto al hospital» y que se imaginarían sobre tal tema alguna aventura ligera, ignora que se trata de un Cántico del Padre Martial de Brives consagrado a las heridas místicas del amor divino. El texto de Brives se ha calcado sobre una tonada popular de título: «*Amigos, no pasemos Créteil*»...

Es decir que la cuestión de los Cánticos es tema muy complejo cuando se pretende reconstruir la notación de la melodía: frecuentemente la misma armonía lleva designación distinta porque se le han aplicado nuevas palabras y por lo tanto un «incipit» -encabezamiento- nuevo quien a su vez determina una manera de designar el tema musical sobre el cual se entonará el nuevo texto. Sólo después de haber realizado comprobaciones en la búsqueda, se descubre la similitud. Sucede igualmente que distintas melodías se compusieron para un texto único.

6. LA SALLE ¿ES EL AUTOR DE ALGUNOS DE ESTOS CANTICOS?

Estamos capacitados para afirmar que la mayoría de los textos de la colección de 1705 son prestados.²⁷ Una investigación más exhaustiva nos llevaría, quizás a detectar las colecciones de donde se han entresacado la quincena de textos cuyo origen no hemos descubierto aún. Al contrario resultaría ciertamente muy arriesgado concluir a escape que La Salle sea él mismo el autor de estos textos y que sus ratos de ocio los hubiera [86] aprovechado para redactar estos cánticos. A lo sumo se nos permite admitir que él ha podido suprimir versículos sin relación con las urgencias de los jóvenes; que ha podido preferir aquí o allá una expresión más fácil para tal finalidad, en cuanto atañe al texto de los Cánticos en uso en las escuelas cristianas.

¿Habría establecido un compromiso con el abate Pellegrin en cuanto respecta a la edición de 1714? Ya que La Salle había emprestado algunos textos a las *Chansons spirituelles*, no impide el pensar que Pellegrin haya podido entenderse con La Salle para utilizar un privilegio de edición al cual arriba hemos hecho alusión. En tal caso, la experiencia parece haber sido grata a los Hermanos pues la edición de 1721 utilizada en las escuelas será, en gran parte, deudora de Pellegrin. Actualmente no hemos echado mano sobre las ediciones que salvarían la laguna entre 1721 y 1760.²⁸ Esclarecerían oportunamente la evolución de nuestra Colección de Cánticos.

7. ¿HA FORMULADO LA SALLE

UNA TEORIA SOBRE LA UTILIZACION DEL CANTICO?

En la *Conduite des Ecoles* de 1706, el capítulo «De los cánticos» no encierra nada más que el título. De hecho, es en el capítulo siguiente donde La Salle precisa las circunstancias de la utilización de los cánticos. Muy bien podría darse que no haya habido dos capítulos sino uno solo cuyo título sería «De los cánticos y de la salida de las escuelas», o «De los cánticos de la salida de las escuelas», si tenemos cuenta del uso que de ellos hace. Se puede pensar que si la *Conduite* hubiera debido contener un detallado capítulo sobre los Cánticos, se le habría hallado por lo menos en la edición de 1720, para corregir el olvido de 1706. Más no es tal el caso. E incluso la edición de 1720 anula sencillamente todo este capítulo «De los Cánticos» para centrarse únicamente «De la salida de las escuelas» en su capítulo décimo y último. ¿No es una manera clara de decirnos que el capítulo de 1706 no tenía ningún contenido real?

Al contrario, si se quiere hallar las ideas de La Salle al formular una «teoría» sobre los cánticos basta acudir y reconocer primeramente que «el canto puede servir mucho para relajar el espíritu de manera muy agradable». Enuncia su confianza en el efecto que produce el canto: «Las canciones inspiran con mucha mayor facilidad al espíritu lo que contienen, que no las palabras únicamente». Más lejos, el santo anima al uso de los cánticos espirituales «lo que debería resultar un gran placer y una diversión verdadera para los cristianos el bendecir y loar frecuentemente al Dios de su corazón». Se puede incluso admitir que hace alusión a una obra de Godeau cuando escribe, sobre el tema de los Salmos de David: «Se han traducido estos cánticos santos en nuestra lengua y se les ha puesto música... todo el mundo tiene ahora la comodidad y la facilidad de poderlos cantar y entender y llenarse el espíritu y el corazón de los santo afectos²⁹ de que están repletos» (RB p. 150 ss.).

8. CONCLUSION

El Cántico, en La Salle, se percibe como un buen vehículo de valores morales. Lo utiliza

también como artífice de atractivo al cabo de la jornada escolar. No obstante, en parte alguna de los horarios de la vida cotidiana o de vacación de los Hermanos en la época del Fundador, se halla un tiempo consagrado a cantar Cánticos.

Aun cuando nos podemos preguntar cuándo tomaban tiempo para memorizar las tonadillas cuando no eran bastantes conocidas. O bien deberemos creer que las melodías eran tan populares que los jóvenes escolares eran ya capaces de entonarlas al primer intento.

1 *Devoirs d'un chrétien*, CL 21, p. 263.

2 *Du culte extérieur et public...* CL 22, p. 94, 207, 225.

3 Las publicadas por el abate Simon Pellegrin son las más conocidas. La primera edición es de 1701; han conocido varias ediciones. Por culpa de no haber consultado esas *Chansons spirituelles* se ha podido dejar creer que ningún texto de los *Cantiques spirituels ...* del abate Pellegrin --Paris, Le Clerc, 1701 haya pasado como el primero en cuanto a la fecha de nuestras dos colecciones...» (in CL 22, IV, nota 2). Hoy se ha de modificar tal opinión.

4 RB, CL 19, p. 150 y ss.

5 Amédée Gastoué, *Le Cantique populaire français* 1824 -DS, artículo Cantiques; *Dictionnaire général des Lettres françaises* artículos Chansons, y Cantiques.

6 El tema de los Cantiques spirituels en la escuela [88] lasaliana era hasta ahora una mina relativamente poco explotada. En 1935 el Hno. Dante le consagraba un artículo: «Il canto nelle scuole primarie di G.B. de La Salle», en *Rivista lasalliana* III, 1, septiembre 1935, p.20-42. Esta investigación sería aprovechó mucho, pero encierra afirmaciones que ya no es posible aceptar. Un segundo estudio ha aparecido, sin nombre de autor, en el *Bulletin des Ecoles Chrétiennes*, N° 129, abril 1952, pp. 102106; ya su título está en falso: «Las colecciones de cánticos de san J.B. de La Salle» lo que nos deja bajo la impresión que La Salle es el autor de tales cantiques. Para meocer se le tome como referencia, este artículo ha de expurgarse de toda su vana retórica y sobre todo de las múltiples inexactitudes que conlleva. Un trabajo más bien para arrinconarse: no añade gran cosa indiscutible al artículo del Hno. Dante y abunda en erróneas afirmaciones.

Un tercer artículo trataba la cuestión en abril 1989, en *Lasalliana* N° 15-3-A-63 y presentaba en sumario el resultado de las investigaciones hechas sobre las fuentes de los textos utilizados por La Salle y las melodías sobre las que se cantaban.

7 GALLEGO, Saturnino: *Vida y pensamiento de San Juan Bautista de La Salle, II, Escritos*, BAC Madrid, 1986, p. 832. Este autor supone que en su edición primera los Cantiques spirituels se habrían unido al libro de los Exercices de Piété. Para admitirlo se debería pues explicar cómo el impreso in-16 de 88 páginas por Langlois en 1696, podía incluir las 120 páginas de los C.S. O bien, si los Cantiques no estuvieran más que sobreñadidos a los Exercices se tendría entonces un volumen de 208 páginas. Y se debería demostrar cómo un in-12 y un in-16 pueden cohabitar con idéntica encuadernación; quizás no resulte inconcebible.

8 CL 20, a continuación del privilegio de impresión.

9 Se había otorgado la aprobación el 29 de marzo de 1705: cf. Registro de aprobaciones y privilegios, Bib. Nat. ms fr 31940 fr 38 n° 362.

10Se ha dado error en la numeración de esta serie: el número XXVI de la página 62 no está en su puesto, está repetido en la página 67; al contrario se omite el número XXVII. El conjunto reagrupa 30 cánticos.

11Esta serie no admite numeración; cuenta 22 textos de cánticos. El total definitivo es pues de 50 Cantiques.

12Bibl. de l'Arsenal BL 10540; y BN Ye 11321. También hemos consultado otras ediciones de las obras de este autor, reestudiado por Surin (editado por Robert Pepie, París, 1687, 436 pp.). El título *Recueil* (colección) quizás haya favorecido la confusión con una obra de Durand: es lo que ha hecho el autor anónimo de BIFEC, abril 1952 citando en la nota 6.

13Bibl. de l'Arsenal, Paris - BL 10603, BL 10103; Ye 16,684. Se encuentran también Cantiques sacrés d'un solitaire (P.C.M. in Bibl. de l'Arsenal, 80-BL 10582, o BL 7950.

14M. d'Heauville (Louis Le Bourgeois) ha publicado desde 1669. Hallamos en l'Arsenal, BL 10250; BL 10766 o BL 10769 la edición del año 1681. Esta obra contiene entonces el cántico que sirve de oración antes del catecismo. Afin d'être docile et sage (a fin de ser dócil y formal), recogido y reducido en la colección de las escuelas cristianas de 1705; del mismo tomo se ha sacado el cántico V, «sobre la señal del cristiano», CL 22.

15Con mayor precisión: Cantiques spirituels coleccionados y ordenados por mandato de Mgr de La Frézelière, Larochele, 1696, - Arsenal, 80 BL 10516.

16Arsenal, BL 10605. Muchos de los textos del CL 22, se vuelven a descubrir en la obra editada por Nully. Algunos ya se hallaban en la obra de La Frézelière (1696), e incluso en Martial de Brives desde 1660 o 1669. De ahí se infiere la dificultad de determinar exactamente de qué colección y de qué edición puedan proceder los textos de los C.S.

17En 1704 aparecía la tercera edición de «Chansons spirituelles propres pour le temps du Jubilé et utiles...», Paris, Nicolas Leclerc, 1704; la primera edición de la colección y 2 se fechaba en 1701. De esas dos colecciones separa La Salle los cantos

siguientes: XIV: No adores sino a tu Dios, destroza cualquier otro ídolo; XXI: Cuántos tesoros enriquecen ni alma; XXIV: Cordero Divino... y en la segunda parte de los CS: Cuando la voz de un Dios severo...

18CL 22, la aprobación está reproducida al pie del Índice de los Cánticos. Además en su edición de 1714, el abate SimonJoseph Pellegrin da fe de la misma aprobación.

19Ella está antedatada del 19 de diciembre de 1711. Similar permiso de impresión, que lleva la misma fecha, ha servido para preparar una edición de los *Devoirs d'un chrétien* mientras el santo residía en Grenoble en 1713.

20Se trata de la aprobación rubricada por Ellies du Pin el 5 de enero de 1703 y reproducida en CL 22 (cf. nota 18, arriba).

21CL 24, capítulo décimo, p. 102 (2).

22CL 25, pag. 100, fo 65 (26).

23CL 25, p. 99 art. 20, y p. 97 art. 11. Después de la comida se salmodiaba el Laudate Dominum. Curiosamente el *Manuel de piété des Frères* ha conservado los textos si no la práctica tal cual por lo menos hasta 1853.

24 *Lasalliana*, N° 14: Catéchiser par le chant, 14-A-61.

25GASTOUÉ, Amédée: *Le cantique populaire en France, ses sources, son Histoire*, Lyon, Janin 1924, p. 10.

26Antoine Godeau, publica salmos musicados.

27El Hno. Maurice Auguste había intuido muy oportunamente que la mayoría de ellos, en cualquier caso no son obra del Fundador personalmente (cf. CL 22, IV).

28Existe, por ejemplo, una edición de 5.050 cánticos hecha en 1744 por M. Offray, en Avignon (cf. Archives dép. de Vaucluse, fonds des Frères); en 1750, un permiso se ha dado a los Hermanos de san Yon en Rouen para reimprimir los Cantiques del CL 18 (Exercices de piété), están a continuación de la edición de 1721 y no a la inversa como lo insinuaba un autor tan serio como el Hno. Dante en su artículo de 1935, pp. 34, 37, 38.

29El vocablo «élanements» -- ímpetus--, puede considerarse como el sustituto de la palabra «afectos».

Temas complementarios:

Catecismo; Cristiano; Deberes del Cristiano; Devoción mariana; Ejemplo-Edificación. [89]

BIBLIOGRAFIA

1. BEAUDET Gilles, fsc, *Lasalliana*, no. 15: *Les Cantiques dans les écoles lasalliennes*, 15-3-A-63.
2. BLANC, abbé, *Les Psaumes de David nouvellement traduits en vers*, Paris, Josset, 1688.
3. DANTE, Fratel, en *Rivista Lasalliana*, 1935 (ver abajo).
4. *Dictionnaire de la spiritualité, ascétique et mystique*, Beauchesne, Paris, 1953, tomo II.
5. *Dictionnaire des Lettres Françaises*, XVIIe siècle, Paris, Fayard, 1954.
6. FRADET, F. R. Père, *Les Œuvres du Bx de Montfort, ses cantiques avec étude critique et notes*, Beauchesne, Paris, 1929.
7. GASTOUÉ, A. *Le Cantique populaire en France*, Paris, 1924; contiene una bibliografía muy rica.
8. GOUDEAU, Antoine, évêque de Grasse, *Paraphrase des psaumes de David, mis nouvellement en chants par Thomas Gobert*, Paris, Pierre le Petit, 1659, 5e édition.
9. *Rivista Lasalliana*, 1935, anno II, vol. III no 1, «Il canto nelle scuole primarie di San G.B. de La Salle» (pp. 20-42).
10. *Revue du XVII siècle*, 1983, «Les Cantiques spirituels...» p. 219.

H. Gilles BEAUDET

Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO [90]

9. CATECISMO

Sumario:

1. El catecismo y sus orígenes. - 2. El catecismo parroquial. - 3. El catecismo en la «Escuela Parroquial» («L'Ecole Paroissiale»). - 4. Importancia del catecismo en la Escuela Cristiana para La Salle. - 5. La Escuela Cristiana como lugar para el catecismo. - 6. Importancia de la formación del Hermano como catequista. - 7. Catecismo de formación. - 8. Algunas conclusiones generales.

El estudio de la palabra **catecismo** se aborda primeramente desde un punto de vista histórico. Para apreciar el significado de la lección de catecismo durante el tiempo de Juan Bautista de La Salle, el examen de dos documentos de esta época ayudará a establecer el ambiente histórico y a notar algunas posibles influencias. El papel primordial del catecismo en las escuelas cristianas fundadas por La Salle, se examina a través de sus propios escritos y de las prácticas que estableció en las escuelas de los Hermanos y en las comunidades. Sigue después un intento de hacer resaltar algo de la originalidad de su catecismo basado en la escuela.

1. EL CATECISMO Y SUS ORIGENES

El Vocabulario Lasaliano contiene más de doscientos usos de la palabra **catecismo** en los escritos de Juan Bautista de La Salle. En sí misma la palabra es un **nombre**, que designa un libro que contiene un breve resumen de la enseñanza cristiana, o la doctrina esencial de una iglesia particular, como en la definición siguiente de **Richelet Pierre, Tomo 1 MDCCIX**, contemporáneo de La Salle.

catecismo (catechismus) Libro pequeño que contiene todas las instrucciones de la Religión (El catecismo de Canisio fue muy estimado). Instrucción que se da sobre algún punto de la religión (enseñar el catecismo).

catéchisme (catechismus) Petit livre qui contient toutes les instructions de la Religion. (Le catéchisme de Canisius était fort estimé). Instruction qu'on fait sur quelque point de la religion (faire le Catéchisme).

1.1. El origen del **catecismo** en sí se atribuye con mucha probabilidad a los Husitas y

más tarde al Pequeño Catecismo de Lutero de 1528, que fue el segundo libro más impreso después de la Biblia en el siglo que siguió a la invención de la imprenta. La 24a Sesión del Concilio de Trento hizo responsables de la enseñanza de la doctrina cristiana a los obispos y a los párrocos, al menos en los domingos y fiestas. Se editaron gran cantidad de catecismos católicos. La posterior fundación y desarrollo de la Confraternidad de la Doctrina Cristiana, fortaleció sin duda alguna el desarrollo sistemático de la enseñanza de las verdades del catecismo, como medio importante para superar la ignorancia religiosa, muy extendida entre la clase popular.

1.2. El punto anterior es importante para comprender el tiempo que pasó entre la publicación de los Decretos del Concilio de Trento y la realización del catecismo como práctica pastoral en la Iglesia Francesa del siglo XVII. Los santos y reformadores de este período -Vicente de Paúl [91] Francisco de Sales, Bérulle, Condren y Olier- se sirvieron todos de la enseñanza del catecismo en sus «misiones» por las diferentes regiones de Francia. Es ciertamente significativo, sin embargo, que hasta más adelante en este mismo siglo, en 1673, Claude Joly, obispo de Agen, escribió sus **Deberes de un cristiano, presentado en forma de catecismo**, con la intención expresa de procurar un libro y un método a los párrocos que no habían introducido la enseñanza sistemática del catecismo en sus parroquias. La Sociedad de San Sulpicio instituyó una enseñanza regular del catecismo en la parroquia y encargó a los seminaristas que ayudasen en este trabajo pastoral. Uno de los catecismos más famosos, en tiempo de La Salle, fue el de La Chétardye, en la época en que este sulpiciano era rector del seminario de Bourges. La Salle mismo escribía sus **Deberes del cristiano**, en cuatro volúmenes separados, incluyendo al mismo tiempo la forma clásica de **preguntas y**

respuestas, así como la presentación en texto seguido y resúmenes.

1.3. Con todo, es ciertamente significativo que La Salle no fundó una congregación de catequistas, aunque sus fundamentos se confundieron a menudo con la idea de una Congregación de la Doctrina Cristiana, incluso en tiempos de la Bula de Aprobación (cf. CL 11). Para comprender exactamente la aportación que La Salle y sus Hermanos hicieron a la enseñanza del catecismo, consideremos lo que estaba pasando en Francia en el momento en que comenzaron las primeras escuelas lasalianas.

2. EL CATECISMO PARROQUIAL

El prólogo de la 7a edición (1713) del catecismo de La Chétardye, publicado por primera vez en 1688, presenta una amplia perspectiva sobre varios aspectos del catecismo parroquial tal como se practicaba, incluso puede que tal como La Salle mismo lo practicó cuando fue seminarista, durante 18 meses en San Sulpicio.

2.1. De La Chétardye comienza insistiendo sobre las dificultades prácticas en componer un libro «de instrucción metódica» (IV), cuya doctrina sea exacta, que presente un conocimiento perfecto de la religión y que exprese la más alta teología en un lenguaje correcto. Insiste en la dificultad de explicar «los misterios y los asuntos más sublimes y oscuros en estilo familiar, que sea inteligible, popular y preciso, sin caer por eso en algo vulgar u ordinario» (ídem). Considera el público diverso al que habrá que dirigirse: gente iletrada, confiada a un párroco rural, el cual necesitará por tanto «un pequeño Catecismo que contenga sólo lo necesario, junto con historias y comparaciones prácticas»; un párroco de una ciudad más importante necesitará «una explicación más extensa y más sólida»; un tercero que enseña en una ciudad grande «donde hay algunos niños de buena condición social, de calidad y de espíritu, e incluso personas de edad importantes, buscará un catecismo más extenso, que le ayude durante todo el año, y que explique con detalle los misterios». Menciona religiosas, que además de estar comprometidas en la enseñanza de jóvenes en internados o externados,

son también solicitadas para instruir a recién convertidas; hay también maestros, maestras y padres. En resumen, considera él que son necesarias tres clases de catecismos, es decir, resúmenes o compendios (abréjés) para niños y gente sin cultura, resúmenes más desarrollados para los que están más avanzados, y una tercera clase (como el libro que sigue), que contiene materia para una instrucción más avanzada y desarrollada (pássim. V, VI).

2.2. Se puede saber más sobre cómo se practicaba entonces la enseñanza del catecismo: por ejemplo, «que se oblique bajo pena de sanción a enseñar el catecismo todos los domingos y fiestas del año»; «que un párroco asiduo a la instrucción de sus feligreses puede agotar el compendio en siete u ocho semanas» (VIII). De La Chétardye prosigue su argumento en pro de un volumen más amplio, que presenta aquí, señalando la probabilidad de que algunos párrocos sean incapaces de continuar enseñando regularmente el catecismo, sin la ayuda del libro que propone. Describe de manera clara lo que él mismo ha experimentado allí donde se enseña fiel y regularmente el catecismo desde la más tierna edad: «Niños de 4 años recitan de memoria largos actos (sin duda actos de Fe, Esperanza, Caridad y Contrición), y otros, de unos 6 años de edad, responden perfectamente, de manera libre y desenvuelta, a las más largas y [92] difíciles preguntas...» (ibíd. IX). Concluye su argumento sugiriendo que, puesto que no todos tienen tiempo o facilidad para resumir un catecismo grande, son necesarios tres catecismos diferentes:

«El primero para niños pequeños y personas sin cultura; el segundo para los que se preparan a recibir los sacramentos y el tercero para los que tienen más cultura y para los mismos catequistas ...» (ibíd. IX).

2.3. El autor está lejos de considerar las lecciones de catecismo como un escuchar pasivo. Piensa que se debe invitar a los participantes a cinco formas de actividad, que describe de la manera siguiente:

«1 Creer. 2. Recibir. 3. Dar. 4. Evitar. 5. Meditar» (ibíd.). Para estas actividades se basa en una exégesis de las palabras del

Evangelio atribuidas a Jesucristo, inmediatamente antes de la Ascensión, y repite el mismo punto en el primer capítulo del Catecismo, en una explicación más larga.

2.4. De La Chétardye presenta cuatro comentarios principales sobre la metodología que se debe seguir:

1. El catecismo debe prepararse con bastante anticipación; no puede improvisarse simplemente con la ayuda del texto escrito.
2. El catequista debe evitar hablar mucho, pues «las explicaciones largas aburren a los niños».
3. El catequista debe preguntar mucho, para que después ninguno se queje de haber sido olvidado. Debe llevar un registro donde se anote el progreso de cada alumno, en lo que toca a la facilidad de responder a las preguntas del catecismo.
4. El catequista debe hacer uso amplio de las preguntas secundarias (derivadas de las preguntas del texto), de manera que el contenido del catecismo quede bien comprendido (ibíd. XIII).

2.5. Toda la segunda parte del Prefacio contiene observaciones detalladas para catequistas principiantes, de modo que el método que sigan resulte práctico y fácil para que los niños aprendan el catecismo. De La Chétardye no es sólo un buen teólogo, sino que demuestra ser también un maestro de buenos métodos catequísticos, aconsejando una constante adaptación del contenido a la audiencia, insistiendo en que el catequista limite su vocabulario a lo que es estrictamente necesario, es decir, hablar y dar la respuesta verdadera sólo cuando ninguno de los alumnos sepa darla correctamente, reduciendo las respuestas largas a otras más cortas, no castigando nunca (en cuanto sea posible) durante el tiempo del catecismo, para que la lección no se asocie a algo desagradable. Muestra cómo hacer participar a los adultos presentes en las preguntas, sin exponerles a ser humillados delante de sus hijos; sugiere que el catequista repita en alta voz las respuestas, cuando la voz del niño no se oiga suficientemente; insiste en que la memorización debe **seguir** a la

comprensión, etc. (pássim XV-XVI).

2.6. Hay todavía otros puntos que dan una visión de las prácticas de la época. El catecismo se enseña en la iglesia; en cuanto sea posible se evita tener a los niños y niñas juntos en la misma lección; se insiste en que la enseñanza de las niñas tenga lugar en la nave principal donde haya mucha luz; se observan reglas de prudencia sobre hablar individualmente con los alumnos, o escuchar pasajes de memoria recitados por las niñas fuera de las lecciones (XVIII-XX).

Reconoce que algunos adultos (y acaso algunos alumnos retrasados) no serán capaces de repetir correctamente las respuestas del catecismo. Propone un método por vía del asentimiento, o de preguntas que indican la respuesta, por ejemplo: « *¿No creéis que hay tres personas en un solo Dios? Sí, creo que hay... o sí, estoy dispuesto a dar a mi vida por ello ...* » (XXII).

2.7. Fácilmente se adivina, según algunas insistencias en la parte final del Prefacio, que había todavía gran dificultad en lograr que todos, niños y adultos sin instrucción, asistiesen regularmente al catecismo parroquial.

De La Chétardye, lo mismo que el autor de **La Escuela Parroquial**, considera que el catequista necesita cultivar ciertas virtudes para tener éxito en su exigente tarea. La lista de las virtudes es la siguiente:

1. **Modestia**, acompañada de alegría verdadera;
2. **Bondad**, que anime a los tímidos y a los débiles; [93]
3. **Seriedad (gravedad)**, que mantenga en su lugar a los espíritus ligeros y poco respetuosos;
4. **Gran paciencia** para soportar la ignorancia, los modales poco finos y la falta de educación de la gente;
5. **Caridad inquebrantable** para no dejar a nadie sin instrucción (XXIII).

3. EL CATECISMO EN «LA ESCUELA PARROQUIAL»

Una de las realizaciones de las Cofradías

de la Doctrina Cristiana, en todos los lugares donde se desarrollaron, fue la de ofrecer al menos los elementos básicos de la cultura a los niños que asistían a sus clases. El libro, conocido como la «Escuela Parroquial», de Jacques de Bathencourt, reeditado en 1685, proporciona alguna idea de la clase de lecciones de catecismo que se daban en París, en el tiempo en que La Salle y sus primeros Hermanos se encargan de las escuelas parroquiales de San Sulpicio. Un sencillo enunciado de estos elementos puede ayudar a comprender las prácticas de entonces en la enseñanza del catecismo en las llamadas «petites écoles», y de este modo dar una base para compararlas con las prácticas iniciales o adoptadas por La Salle y los primeros Hermanos, en su modo de explicar las lecciones de catecismo, que se enseñaban los domingos en las clases, y no en las iglesias parroquiales.

3.1. Bajo el título de **Instrucciones y Lecciones de Catecismo**, el texto se presenta como sigue:

«Mostraremos primeramente el modo de enseñar bien la piedad a los niños, antes de escribir la práctica, que se les debe enseñar tanto en la iglesia como en la escuela; lo cual se verá en las Instrucciones y Lecciones de catecismo, que son de cinco clases:

1. *La lección diaria de catecismo.*
2. *El catecismo diocesano.*
3. *El catecismo sobre los misterios.*
4. *El catecismo sobre los sacramentos.*
5. *El catecismo para los domingos y días de fiesta»* (op. cit. pp. 85-86).

Todas estas secciones tienen un eco en la obra de las Escuelas Cristianas.

3.1.1. Por lo que se refiere a la lección diaria de catecismo, debía tener lugar *todas las tardes, utilizando el último cuarto de hora para darles alguna reflexión piadosa* (ibíd. 87).

3.1.2. En lo que concierne al asunto de esta lección diaria, hay una serie de directivas, entre las que merecen destacarse:

«Dos semanas antes de los días ordinarios

de confesión, el asunto de esta lección de catecismo será sobre el sacramento de la Penitencia. Estos 15 días son ordinariamente las dos semanas antes de Navidad, Cuaresma, Domingo de Ramos, Pentecostés, la Asunción, Todos los Santos y durante toda la Cuaresma. Este catecismo no se propone más que ins-truir a los niños sobre este sacramento hasta el sábado anterior al Domingo de Ramos. Durante este tiempo el maestro trata de obtener una media hora completa para esta instrucción que continúa hasta pasadas las cinco» (ibíd.).

Fuera de estos tiempos, nos dice, la lección dura un cuarto de hora y se emplea para recordar a los niños sus principales deberes y para enseñarles oraciones y prácticas, tales como la manera de rezar el rosario, etc.

3.1.3. **El modo de enseñar el catecismo** (art. 1,4) es instructivo:

«Tan pronto como la campana suena al final del último cuarto de hora, el maestro debe preparar a los niños a escuchar, haciendo que guarden rápidamente sus libros, lápices y escritos mediante el sonido de una campanilla que lo indique. Hecho esto, y estando cada uno en su sitio:

1. *Hará la señal de la cruz, y los alumnos harán lo mismo.*
2. *Les anunciará las preguntas que debe hacerles, dos o tres solamente; y si ya hubiese comenzado el mismo asunto en alguna lección anterior, repetirá sucintamente lo que se dijo la primera vez, antes de proponerles las preguntas.*
3. *Formulará las preguntas que debe hacerles, y repetirá la primera, dos o tres veces sin cambiar de palabras.*
4. *Preguntará a alguno que no lo necesite y que tenga, fama de escuchar bien: de este modo, habiéndola hecho repetir a ocho o diez, la repetirá él mismo, y les hará la segunda y tercera preguntas de la misma*

manera.

5. Repetirá las tres preguntas juntas, y terminará con un **relato corto** apropiado al asunto. Pero si quiere salir airoso de este deber, tiene que preparar las preguntas, y el relato antes de entrar en la escuela» (ibíd. 88-89). [94]

3.1.4. La norma, por lo que se refiere al catecismo es que: «Por orden del Chantre Superior de las Escuelas Parroquiales de París, se debe enseñar, explicar y hacer que los niños aprendan una lección del catecismo diocesano, los miércoles y sábados por la tarde de cada semana» (pássim). Estas normas, y similares en otras diócesis, obligarán a La Salle y a sus Hermanos a hacer lo mismo con sus propios alumnos. El texto continúa y precisa cómo se debía hacer este estudio, y la importancia de llevar fichas para darse cuenta del progreso de cada alumno en el aprendizaje de este catecismo.

3.1.5. Las indicaciones **De la preparación del Maestro a este catecismo**, son instructivas a la luz de nuestras últimas consideraciones referentes a los Hermanos.

«El Maestro de escuela que debe enseñar el catecismo, tiene que leer atentamente ese día u otro, la lección de catecismo que se propone explicar, prever incluso las preguntas del Pequeño Resumen de la Fe, que debe hacer a los alumnos más pequeños; preparar también una historia para confirmar lo que les haya dicho. Esta historia la sacará de los libros anotados antes... y procurará cambiar las historias, y no contar las que los alumnos ya hayan escuchado, a menos que haga mucho tiempo» (pássim 90-91).

El texto indica luego al maestro cómo rezar antes para obtener las disposiciones y ayudas necesarias. Hay más indicaciones prácticas como: la manera de proceder en las interrogaciones, cómo comportarse con los alumnos perezosos y la clase de oración que el maestro recitará al final de la lección.

3.1.6. Hay instrucciones detalladas que se

refieren a la manera de explicar los catecismos sobre los **Misterios del Año** o los Grandes Misterios. El maestro debe enseñarlos *opuesto que es algo de lo más necesario para la vida cristiana*» (art. III p. 98). El texto lamenta la ignorancia general sobre estas materias y ve esta ignorancia de los padres y de la mayoría de los cristianos como derivada de una falta de comprensión causada por la ausencia de instrucción en su juventud.

Este asunto viene más adelante (art. 14) bajo el título de «**Preguntas del Resumen para hacer en las solemnidades de los misterios de la Fe**», y termina por: «Será siempre necesario hacerles (a los alumnos) alguna pregunta sobre la Santísima Trinidad, la Encarnación, de modo que no olviden nunca lo que están obligados a saber y creer explícitamente para su salvación» (p. 102).

3.1.7. **La Conclusión a la lección de catecismo** nos dice: «Después que todos los niños hayan recitado el catecismo, (el maestro) hará una corta recapitulación, exhortándoles con palabras, que expresen a la vez amor y temor, a las prácticas que acaban de oír en la instrucción, apoyando lo que dijo con la historia que ha preparado, y terminando así, pidiendo perdón a Dios por las faltas cometidas ...» (art. 7, p. 105).

Esta claro que la lección debe terminar con una nota positiva y que los niños tienen que volver a casa llenos de los sentimientos de la historia tan cuidadosamente preparada por el maestro. Esta misma práctica se encuentra en la obra de La Chétardye, lo mismo que en la tradición de los Hermanos, y parece formar parte de la experiencia común.

5. IMPORTANCIA DEL CATECISMO EN LA ESCUELA CRISTIANA, PARA LA SALLE

El papel de Juan Bautista de La Salle como fundador de un Instituto para la educación cristiana de los hijos de los artesanos y de los pobres, es algo que se ha desarrollado a lo largo de toda su vida como: «un compromiso conducía a otro... sin haberlo previsto al principio». Pero desde el comienzo no hay duda sobre su elección:

esta obra no va a ser una versión francesa de una Congregación de la Doctrina cristiana italiana, pero «*el fin de este Instituto es dar **cristiana educación** (sic) a los niños; y con este objeto tiene las escuelas, para que estando los niños por mañana y tarde bajo la dirección de los maestros, puedan éstos enseñarles a vivir bien **instruyéndoles** (sic) en los misterios de nuestra santa religión e inspirándoles las máximas cristianas y darles así la educación que les conviene*» (Regla 1705 [3] CL 25, p. 16).

Conviene notar que la palabra «instrucción» y el verbo relacionado con ella «instruir», en el empleo francés de La Salle, siempre lleva una connotación de instrucción religiosa (cf. *Catéchèse et [95] Laicat*, p. 599). Esto da una fuerza especial y claridad al siguiente artículo de la Regla:

*«Este Instituto es de grandísima necesidad, porque estando los Artesanos y los pobres ordinariamente poco **instruidos** (sic) y ocupados todo el día en ganar su sustento y el de sus hijos, no pueden darles por sí mismos las **instrucciones** (sic) que necesitan y una educación honrada y cristiana. Es preciso, pues, que haya personas que substituyan a los padres en la instrucción de los niños sobre los misterios de la religión y los principios de la vida cristiana»* (ídem [4]).

Al hablar del espíritu de celo, que deberá ser característica de los miembros del Instituto, la misma Regla de 1705 precisa que «*los Hermanos... se esforzarán, por medio de la oración, instrucciones, vigilancia y buena conducta en la escuela, en procurar la salvación de los niños que les están confiados, educándoles en la piedad y en el verdadero espíritu cristiano, esto es, según las reglas y máximas del Evangelio*» (cap. 2,10).

4.1. Prescripciones que se refieren al catecismo en la Guía de las Escuelas

El capítulo IX de la **Guía de las Escuelas** (CL 24, pp. 97-109), que al principio circuló como manuscrito después de 1706, presenta de manera clara y detallada los diferentes aspectos de la

enseñanza del catecismo en las Escuelas cristianas. Es indudable que lo que aquí se recomienda es, en gran parte, una recopilación de mucho de lo que ya se venía practicando. Las directivas que se referían a la frecuencia y contenido de estas lecciones pasaron también a las **Reglas Comunes** de 1718, es decir, son parte integrante de la vida del Hermano que vive bajo esta Regla (cf. CL 25, p. 35, 46).

4.2. El artículo 1 trata «*del tiempo que se ha de emplear en la enseñanza del catecismo y de los asuntos que se han de explicar*», y continúa diciendo que «*el catecismo se enseñará todos los días durante media hora, desde las cuatro hasta las cuatro y media*» (p. 97). El texto indica después con detalle las maneras particulares en que esto se llevará a cabo, señalando fiestas particulares que deben observarse, teniendo en cuenta que las lecciones más largas se enseñen la víspera de una fiesta o de los jueves, cuando no hay escuela. Estas normas indican que la lección ordinaria dura una media hora, el catecismo que precede los días de vacación dura una hora y los catecismos de los domingos y fiestas duran una hora y media. Se especifica claramente que en las lecciones de catecismo más largas, de una hora, o de una hora y media, la primera media hora debe emplearse enseñando y revisando los «principales misterios». Lo días ordinarios, el asunto de la semana ocupará el tiempo que queda, pero en los días de fiesta el catecismo tratará de la fiesta misma.

4.3. El segundo artículo se intitula «*De la manera de preguntar durante el catecismo*» (p. 99) y comienza con directivas globales que revisten gran importancia: «*El maestro no hablará a los alumnos durante el catecismo como si estuviese predicando, sino que les hará preguntas y subpreguntas casi de continuo. Para hacerles comprender lo que les está explicando, hará la misma pregunta a varios alumnos, a veces a 7 u 8 (o incluso a 10 ó 12, y algunas veces a un número mayor)*». Siguen directivas sobre el orden que debe seguirse, sobre variaciones que pueden introducirse, pero «*preguntará cada día a todos sus alumnos, incluso si es posible, varias veces*» (p. 100:7).

Sus preguntas sobre los «principales

Misterios» siguen un modelo diferente, puesto que se ideó principalmente para recordar lo que está ya sabido, y por consiguiente las preguntas son más extensas y los asuntos seguidos con menos rigor. Así, podemos leer:

*«Continuará interrogando de este modo sobre el **Resumen (sic)** durante la primera media hora. En sus preguntas, utilizará solamente las expresiones más sencillas y palabras que se comprendan fácilmente y que no necesiten explicación, en cuanto sea posible, y hará sus preguntas tan cortas como pueda».*

Se insiste en que las respuestas dadas sean correctas y completas, pero la habilidad del que interroga es de ayudar y de suscitar estas respuestas en los alumnos lentos o tímidos, y de obtener poco a poco una respuesta completa de un gran número de ellos, o haciendo que un alumno que la conozca bien, la repita un cierto número de veces para que el alumno más lento se sienta animado a repetirla después de él.

Lo que está en juego aquí, desde luego, es **conocer** los principales misterios que son necesarios [96] para la salvación. Esta época particular en la Iglesia daba una gran importancia al **conocimiento exacto de las verdades necesarias para la salvación**, y en consecuencia, hacía mucho hincapié en el uso de resúmenes o compendios en los que se expresasen estas verdades necesarias para la salvación (cf. Pungier: **Jean-Baptiste de La Salle**: le message de son catéchisme, pp. 20-22; ver también la nota importante sobre «**La volonté salvifique universelle**» por Sauvage, M., en «**Catéchèse et Laïcat**», Note A, p. 589).

4.4. El tercer artículo precisa los **Deberes del Maestro durante el Catecismo**. Aquí encontramos la preocupación ya notada en **La Escuela Parroquial**, que el deber del maestro debe ser **catequizar** más que enseñar, es decir, el conocimiento que el alumno tenga del texto debe basarse en una **comprensión** y no simplemente en un saber de memoria. *Uno de los principales cuidados que el maestro debe tener durante el catecismo es hacer de modo que todos los escolares estén muy atentos y que retengan*

fácilmente todo lo que les diga. Para ello no perderá de vista a todos sus alumnos y vigilará todo lo que hagan; cuidará de hablar muy poco y de preguntar mucho» (p. 102).

El texto prosigue insistiendo sobre la necesidad de atenerse al asunto del día y de no apartarse de él. El maestro, se nos dice, *«hablará siempre de manera grave y que pueda inspirar respeto y reserva a los alumnos, y nunca dirá nada que pueda causar risa»* (ibíd.). Encontramos mencionada aquí la importancia de la seriedad o **gravedad** señalada antes (ver 2.7), lo mismo que el consejo de evitar *«reprimendas y correcciones a destiempo; y si acontece que algunos alumnos merecen un castigo, lo aplazará, de ordinario hasta el siguiente día, antes del catecismo, sin avisarles de ello»* (ibíd., p. 103).

Notamos también la importancia de mantener la atención e interés de los alumnos, particularmente los días en que el catecismo dura una hora o una hora y media.

«... escogerá siempre una historia que guste a los alumnos, y se la contará de modo que les agrade y mantenga su atención. Se la contará con detalles de manera que impida el aburrimiento a los alumnos ...» (ibíd.).

Por lo que se refiere a los juicios sobre la gravedad moral de ciertas acciones o casos citados, no se permitirá nunca dogmatizar sino que dirá sencillamente: *«Eso ofendería mucho a Dios»*. *«Es un pecado que debemos temer mucho»*. *«Es un pecado de perniciosas consecuencias»*. *«Es un pecado lamentable»* (pássim).

Otro punto de metodología de gran importancia es el cuidado que el maestro debe tener al hacer sus preguntas, las cuales deben reunir cuatro condiciones:

1. *Deben ser cortas.*
2. *Deben tener perfecto, sentido.*
3. *Deben ser precisas.*
4. *Las respuestas deben estar al alcance de los alumnos de capacidad mediana, y no sólo de los inteligentes o listos, de modo que la mayoría pueda responder a las*

preguntas que se les haga» (p. 104).

4.5. «No dejarán ni uno solo en la ignorancia» (p. 104)

Para que el punto anterior sobre las preguntas no se reduzca simplemente a una observación metodológica, sigue un párrafo que hace resaltar lo esencial del trabajo catequístico del maestro.

«Los maestros tendrán tanto cuidado de la instrucción de sus alumnos que no dejarán a uno solo de ellos en la ignorancia, al menos de aquellas cosas que un cristiano está obligado a saber, en lo que se refiere a la doctrina y a la práctica. Para no descuidar un asunto de tanta importancia, considerarán a menudo con atención que darán cuenta a Dios y que serán culpables delante de El de la ignorancia de los niños puestos bajo su cuidado, y de los pecados que la ignorancia les haya hecho cometer. Y si los que han estado encargados de ellos no se aplican con suficiente cuidado a sacarlos de la ignorancia, no habrá nada en que Dios los examine y los Juzgue más severamente que en ese punto» (CL 24, p. 104).

En el párrafo de conclusión de este artículo se insiste mucho en que el maestro debe ser afable con sus alumnos, cercano a ellos, consciente de los esfuerzos hechos, especialmente por aquéllos que no están naturalmente dotados desde el punto de vista intelectual (ídem). El fin de todo esto no es simplemente un consejo pedagógico, sino otra manera diferente de ver en la buena relación entre los alumnos y el maestro, una mayor probabilidad de que los alumnos conozcan, comprendan y aprendan las verdades necesarias para su salvación. [97]

4.6. Los restantes artículos de la Guía (p. 1047) subrayan los deberes de los alumnos durante las lecciones diarias de catecismo. Es obvio que esta lección se considera de gran importancia, y la metodología es tal que pueda permitir a todos los alumnos llegar a una comprensión y formulación exacta de los principales misterios de la religión, a una

familiaridad con las oraciones y las prácticas de devoción más corrientes de la época, a un hábito de asistencia frecuente a la misa y a una participación activa según las normas de la época. La Salle consideraba este trabajo catequístico del Hermano como su principal deber, pero es un ministerio llevado a cabo a través de la experiencia total de la Escuela Cristiana.

6. LA ESCUELA CRISTIANA COMO LUGAR PARA EL CATECISMO

La Salle no fue ciertamente original al escoger la escuela cristiana como un lugar para una actividad catequética bien estudiada. Como hemos visto ya, era parte del trabajo que se hacía normalmente en muchas otras escuelas para pobres de la época. Al mismo tiempo, había un cierto número de peculiaridades en las que se insistía, sobre el papel de esta nueva clase de escuelas que las distinguía de las otras de ese tiempo.

5.1. La primera insistencia se encuentra en la **Regla** de 1705 (art. 5, 6, 7, 8 CL 25, p. 35):

*«Pondrán su **primero y principal cuidado** (el subrayado es mío) en enseñar a los escolares las oraciones de la mañana y de la noche... las respuestas de la santa Misa, el Catecismo, los deberes de un cristiano y las Máximas y prácticas que Nuestro Señor nos ha dejado en el Santo Evangelio... A este respecto explicarán todos los días el catecismo durante media hora; las vísperas de asueto de todo el día durante una hora y los domingos y fiestas durante una hora y media ... ».*

Esta es una clara afirmación de la prioridad del horario escolar, que está en fuerte contraste con la cita (43.13) de la **Escuela Parroquial**, que era preciso tratar de ganar tiempo, **si fuese posible**, y prolongar el día escolar para lograrlo.

Una **segunda** insistencia es la condición para ser aceptado en la Escuela Cristiana y permanecer en ella, lo cual se afirma sin ambigüedad:

«No aceptarán ni retendrán en la escuela a ningún escolar que no asista al catecismo

tanto los domingos .v, las fiestas como los otros días en que haya escuela» (ibíd. n° 8, p. 35).

Teniendo en cuenta otros principios básicos de la Escuela Cristiana, por ejemplo, la insistencia sobre la gratuidad, lo mismo que la apertura de la escuela a todo el que desee asistir, sin distinción alguna entre ricos y pobres, está claro que la asistencia regular a todas las lecciones de catecismo no era simplemente otra condición, sino más bien la condición indispensable.

5.2. El papel de la enseñanza del catecismo, entre las otras materias enseñadas en las escuelas cristianas de La Salle, no era tan importante por la duración -30 minutos en un día de clase que reunía a los alumnos durante seis horas y mediasino por su regularidad: debía tener lugar **todos los días**. Este es un tercer punto de insistencia recordado muy frecuentemente por La Salle en sus Meditaciones, por ejemplo, n° 39,2:

«A vosotros corresponde comunicarles la santidad, tanto por el buen ejemplo como por las palabras de salvación que debéis anunciarles todos los días»,

o en el punto 3° de la meditación sobre san Juan Bautista, n° 138:

«Vosotros tenéis obligación por estado de anunciar cada día las verdades del Evangelio».

Algunos otros ejemplos son: 116,2; 33,3; 159,1; 100,2 y 200,1; pero el asunto se encuentra en muchos escritos de La Salle.

Un **cuarto punto** de insistencia es que esta enseñanza se tenga siempre **en la escuela**, incluso los domingos y fiestas cuando el catecismo parroquial se tiene en la iglesia. La Salle trata de estos dos asuntos en la carta 28 (AMG; EC 28; BL 1.34) a Gabriel Drolin e insiste en la tradición del Instituto. En otra carta (n° 49) al H. Ponce, de gran experiencia, La Salle le recuerda sin rodeos que *«es ir contra nuestra Regla enseñar el catecismo en la iglesia»*. En otra ocasión, La Salle amonesta a un Hermano Director por haber autorizado a un Hermano a mostrar a los clérigos, en la iglesia, el

método de enseñar el catecismo. [98]

Este episodio, sucedido en Moulins, lo relata Blain con cierto detalle (BLAIN 2, 67-90). Nos aporta algunas importantes revelaciones sobre la práctica de los Hermanos:

«El Señor Cura Lanquet... estaba tan admirado, sobre todo por su manera de enseñar el catecismo, que ordenó al Hermano de más edad que viniese dos o tres veces a la parroquia para explicar públicamente el catecismo a los niños en presencia de todos los jóvenes clérigos y de otros catequistas de la ciudad a los que obligó a asistir, con el fin de aprender el método de los Hermanos, y de utilizarlo. El Hermano obedeció, aunque a disgusto; pues no es costumbre del Instituto dar catecismo en la iglesia; es una función que dejan a los eclesiásticos puesto que es su prerrogativa».

Aunque esto esté de acuerdo con la Regla original de 1705 que, al especificar la **condición laical** de los Hermanos y limitar sus funciones en la Iglesia a vigilar a sus alumnos y a cantar con ellos, les apartaba de actividades que podían inclinarlos hacia el deseo de entrar en las órdenes sagradas, puede que no haya sido la única razón. Acaso haya habido importantes razones pedagógicas para que los Hermanos enseñasen siempre en clase. Los alumnos se encontraban en un medio familiar, tenían sitio fijo, estaban colocados en cierto orden, su presencia podía controlarse mejor, podían escribir si era necesario, no estaban expuestos (como podía suceder en la iglesia) a la presencia de adultos o forasteros que permanecían allí sin tomar parte en la lección.

A un nivel más profundo todavía, no hay duda que la relación continua establecida a lo largo de toda la semana en las actividades escolares, daba una gran ventaja a los Hermanos para estar con sus alumnos habituales en situaciones donde ellos, los Hermanos, tenían total dominio. Podemos preguntarnos también si la experiencia personal de La Salle de enseñar el catecismo, como seminarista, (sobre lo cual no tenemos certeza) no ha podido incitarle a dar preferencia a la clase.

7. IMPORTANCIA DE LA FORMACION DEL HERMANO COMO CATEQUISTA

Desde el tiempo del primer **Reglamento diario** hasta la Regla de 1705 y después a la de 1718, ha habido una continua insistencia sobre el tiempo empleado cada día en el estudio de catecismo, lo mismo que en la preparación de la lección para el día siguiente (CL 25, pp.94-111). Cada día había, al menos una media hora fija para el estudio del catecismo, y al final de este período todos los Hermanos recitaban la lección al Director o Subdirector. Ninguno estaba exento de esta obligación, y en las versiones posteriores de la Regla, incluso los Hermanos sirvientes o los Hermanos encargados de lo temporal que no podían hacer este ejercicio con los demás, se les señalaba otro momento en que debían hacerlo.

En el Catálogo de asuntos del que los Hermanos deben tratar durante las recreaciones diarias, en la Regla de 1705, los números 30 y 31 hablan de este punto:

«De la obligación que tienen los Hermanos de la Sociedad de cumplir bien su deber en la Escuela, de instruir bien a los niños, de explicarles bien el catecismo... De las diferentes máximas y prácticas que pueden inspirarse a los niños, para imbuirles del espíritu del cristianismo» (ibíd. p. 3).

Este estudio se completaba con una preparación cuidadosa de las lecciones que se daban. La **Práctica del Reglamento diario** (CL 25, n° 35, p. 102) por ejemplo, precisa que

«a las 8 h. se estudiará el catecismo y se reflexionará sobre el modo de hacer las preguntas, subpreguntas y las respuestas en los catecismos, y de la manera de hacerlo para que las comprendan».

Este énfasis encuentra eco en el punto 3° de la Meditación 33, donde se lee:

«De ahí que os debéis esmerar e ir os capacitando en el arte de daros perfectamente a entender cuando preguntáis o respondéis durante el catecismo, y de explicaros con nitidez,

utilizando palabras de fácil comprensión».

La Regla de 1705 y la de 1718 entran en detalles más amplios para precisar el momento y la duración de los estudios de catecismo a lo largo del año. Se podría decir que, a excepción de los tres últimos días de la Semana Santa y el tiempo del Retiro anual, el Hermano está llamado por su Regla a estudiar el catecismo todos los días. [99]

6.1. Los libros que se han de estudiar

Es evidente que los Hermanos debían enseñar el catecismo de la diócesis en la que se encontraban. Normalmente, esto significaba uno u otro de los pequeños compendios con su resumen de los principales misterios, pero podía haber también un estudio de las partes particulares de un catecismo más desarrollado, especialmente la preparación a la Comunión o a la Confirmación. No debemos perder de vista l'**Instruction Méthodique pour apprendre à se bien confesser**, de La Salle, ni la obra mas importante **Devoirs d'un Chrétien, Ca-téchisme des Frères des Ecoles Chrétiennes, y le Grand et le petit abrégé du dit Catéchisme**. Todos estos libros propuestos para ser impresos en 1703, representan fuentes importantes de formación catequética para los Hermanos.

Por lo que se refiere a los **Devoirs**, tenemos ya excelentes estudios hechos por el H. Manuel MAGAZ (Tesis doctoral, 1968), lo mismo que series recientes de artículos en **Lasalliana**. Se ha hecho ya referencia a los análisis detallados compuestos por el H. Jean PUNGIER del 2° volumen.

El hecho de que La Salle, conocedor de la existencia de muchos otros catecismos de la época, entre los cuales la obra magistral de La Chétardye era de las más importantes, haya producido su propia colección de catecismos, significa probablemente que los dos primeros volúmenes de los **Devoirs** fueron los textos teológicos básicos en la formación de generaciones de Hermanos, incluso si tenían que utilizar el catecismo diocesano en clase. Hay, ciertamente, muchos signos que indican, según MAGAZ, que algunas **lecturas** prescritas en ciertos momentos en la escuela, por ejemplo

durante el descanso para el desayuno, hayan sido tomadas del primer volumen. Es importante recordar que no había otro modo de obtener una educación teológica. La prohibición del estudio del latín impedía en la práctica todo estudio por los medios habituales, tales como seminarios o universidades.

Hay muchos signos que indican que La Salle se inspiró de otras fuentes en la composición de sus **Devoirs** (cf. PUNGIER op. Cit.). Se puede observar también que el popular **Catéchisme de Montpellier** fue probablemente conocido y utilizado por algunos Hermanos. Al notar más tarde su clara tendencia jansenista en muchas de sus orientaciones, fue proscrito formalmente por el Capítulo General de 1745.

6.2. Insistencia de La Salle sobre el estudio regular del Catecismo

Este punto está unido necesariamente a la insistencia de La Salle en que el «estado» o «profesión» del Hermano, «el principal deber», «el empleo al que Dios os destina», etc. es ser catequista.» (Cf. *Catéchèse et Laicat*, pp. 592-598) por ejemplo, Meditación n° 120,1°:

«Estáis obligados por vuestro ministerio a poseer la suficiente (ciencia) para poder enseñar a los niños que están a vuestro cargo la buena y sana doctrina de la Iglesia».

La carta n° 100 presenta de forma concisa cierto número de insistencias sobre este punto:

« ¿Que usted no es tan asiduo en tomarse la molestia de aprender el catecismo, que es el fin de nuestro estado, como a escribir, que no es más que un medio?». «Usted conoce la necesidad que los Hermanos tienen de estudiar el catecismo y que a menudo es una de las cosas que más se descuida. La escritura es necesaria, pero el catecismo lo es ciertamente más en nuestra profesión. Es la primera cosa de la cual debe usted preocuparse, ya que su primer cuidado es el de procurar el espíritu del cristianismo a los escolares».

El tercer punto de la Meditación n° 91 para el 30 de diciembre da una visión bastante completa de aquello a lo que La Salle quería que el Hermano se dedicase en su misión de catequista:

«Habéis debido enseñarles la religión: ¿lo habéis hecho este año esmeradamente? ¿Habéis considerado esta función como vuestro principal deber para con ellos? ¿Conocen bien el Catecismo? Si no lo saben, o sólo imperfectamente, ¿no ha de imputarse a descuido vuestro?»

¿Os habéis preocupado de enseñarles las máximas y prácticas del santo Evangelio y el modo de ejercitarse en ellas? ¿Les habéis sugerido algunos modos de practicarlas, apropiados a su estado y edad? Todas estas distintas formas de instruirlos han tenido que ser frecuentemente materia de vuestras reflexiones, y habéis debido empeñaros en utilizarlas con éxito. "El maestro que se encariñe con la piedad engendrará", asegura el Sabio; esto es, acaudalará sabiduría para sí y, al mismo tiempo, hará sabios a quienes instruye». [100]

En el tercer punto de la Meditación para el siguiente día, n° 92, La Salle vuelve sobre el mismo asunto:

« ¿Habéis sido fieles en explicar cada día el Catecismo, durante todo el tiempo señalado y del modo que os está prescrito? ¿Habéis procurado con diligencia que los discípulos se instruyan en la doctrina cristiana? Es ésa vuestra obligación principal, aunque no podéis desatender los otros puntos».

7. CATECISMO DE FORMACION

Una de las tradiciones más antiguas entre los Hermanos es la del llamado **Catecismo de Formación**. Se encuentra por primera vez en la Regla de 1705, en el reglamento para los novicios, donde se dice:

«A las 8 un novicio enseñará el catecismo u otra materia escolar para aprender a

hacerlo correctamente» (CL 25, n° 22, p. 150).

Una versión manuscrita de la Regla de 1718 que se encuentra en los Archivos detalla más:

«Los domingos se explicará el Catecismo a las 8 de la tarde; los Hermanos a quienes se interrogue no dirigirán pregunta alguna al catequista; contestarán con mucha cordura y modestia. Los Hermanos explicarán el catecismo después de haberlo preparado primero» (Cap. XXVIII).

Esta práctica, que se generaliza en las posteriores ediciones de la Regla, se confirma en una nota del Hermano Agathon en 1785, citada en la Circular n° 300:

«Todos los Hermanos asistirán al Catecismo a las N de la tarde, excepto los Hermanos de los internados cuya presencia con los internos podría ser indispensable. Cuando en una casa haya seis Hermanos no profesos que deban enseñar catecismo, lo harán por turno en la comunidad el jueves, o el día de fiesta que pueda haber en la semana».

El manuscrito de 1696, conocido como **Règle du Formateur des Nouveaux Maîtres**,

preparado por el Hermano Agathon para el Capítulo de 1787, pero que no se publicó hasta 1811 (cf. Hermano Anselme, Introducción, p. 19), precisa que los Hermanos jóvenes deben presentarse a su maestro el domingo por la tarde para enseñarle los asuntos del Catecismo que van a tratar en la semana, y mostrarle la lista de explicaciones y subpreguntas que han preparado. Es evidente que la función de enseñar el Catecismo exige un cierto período de aprendizaje ayudado de un maestro más experimentado.

8. ALGUNAS CONCLUSIONES GENERALES

La primeras **Escuelas Cristianas** de Juan Bautista de La Salle y su Instituto utilizan y desarrollan muchas de las insistencias del **catecismo** de la época. Su contribución particular fue hacer de la asistencia al catecismo como tal, la condición indispensable para poder asistir a sus escuelas. Su insistencia sobre un catecismo basado en la escuela, ayudó sin duda, a establecer la obra de la Escuela cristiana -su organización, sus estructuras, sus métodos- en un ambiente que facilitaba una **catequesis** más extensa (sic) a lo largo de todo el día, por medio de la calidad global de las **relaciones** entre el Hermano y sus alumnos. Todo contribuyó a la obra de la formación de lo que La Salle llamó *«verdaderos discípulos de Jesucristo»*. [101]

Temas complementarios:

Cristiano; Guía de las Escuelas; Deberes; Escuela; Iglesia; Alumno; Instrucción; Misterio; Salvación

BIBLIOGRAFIA GENERAL

DE LA CHÉTARDIE, Trotti: *Catéchisme de Bourges*, 7a edición 1713.

DE BATENCOUR Jacques: *L'Ecole Paroissiale*, edición 1685.

DE LA SALLE, Jean-Baptiste: *Conduite des Ecoles* (CL 24).

SAUVAGE, Michel: *Catéchèse et Laicat*, Ligel, 1962.

PUNGIER Jean: *Jean-Baptiste de La Salle: Le message de son catéchisme*, Via Aurelia, 476, Roma, 1984.

ANSELME, Frère: *Conduite des Ecoles Chrétiennes, Edition du Ms...* 78 rue de Sèvres, Paris.

Otras referencias están indicadas en el texto después de la cita. Los detalles históricos que se refieren a los orígenes del Catecismo, están tomados principalmente de mi tesis de doctorado: **«The concept of catechesis and the concept of religious education in a pluralist society»**, presentada en la Universidad de Lancaster, Inglaterra, 1973. [102]

H. Gérard RUMMERY

Traducido del inglés por el H. José Luis RODRIGUEZ

10. CONSAGRACIÓN

Sumario:

1. El elemento esencial en la consagración, que puede tomar muchas formas, es hacer santo algo, separándolo. - 2. En la tradición católica romana, la consagración fundamental de los cristianos se efectúa por los sacramentos. Otros rituales piadosos se usan para dar a la con-sagración una cualidad especial. - 3. En sus escritos catequéticos y en sus Meditaciones, La Salle hace frecuentes referencias a la consagración ritual y sacramental. - 4. En el uso católico, la consagración tiene un uso particular cuando se aplica a la entrada en un instituto religioso. - 5. En sus escritos dirigidos a los Hermanos, La Salle considera que el acto de dejar el mundo los constituye en consagrados, hayan hecho votos o no. Para él, el elemento de separación es el más importante, y que pide a los Hermanos exigencias específicas. - 6. Al desarrollarse la práctica de hacer votos en el Instituto, la fórmula tradicional dio prioridad a la consagración sobre los votos, que querían expresarla. - 7. Desde el Vaticano II, ha habido una mejor comprensión de la relación entre consagración y votos. Incluso sería posible imaginar alguna forma de consagración ritual para los miembros de la Familia Lasaliana que no son Hermanos.

1. SIGNIFICADO DE LA PALABRA

1.1. Los distintos significados atribuidos a los términos «**consagración**» y «*ser consagrado*» no han experimentado cambio importante desde el siglo XVII hasta el presente, ni tampoco se han alterado los significados de modo importante en la traducción de una lengua a otra, al menos en las lenguas en que la palabra deriva de su raíz latina, el adjetivo **sacer**, **sacra**, **sacrum** o del verbo **sacrare**. Consagrar, en su significado raíz es hacer santo, poner aparte de alguna manera lo que es consagrado, arrancar al ser consagrado de su ordinario uso o contacto y situarlo en el reino de lo santo, que por definición es totalmente «**Otro**».

1.2. El uso cristiano de la consagración aparece muy pronto en la tradición y refleja las amplias aplicaciones que se observan en otras religiones y culturas. Aunque el término «sagrado» o «santo» en su sentido propio y estricto, se afirma sólo de Dios, por extensión y analogía, las personas, los lugares y las cosas son «consagradas» o «santificadas» en razón de una relación especial a lo divino. Así, hay una tradición de consagrar iglesias, objetos y ornamentos utilizados en ritos; lugares, tales como aquéllos relacionados con manifestaciones de lo divino; y, especialmente, personas, que de una manera u otra han sido consagradas a Dios.

1.3. La consagración puede ser formal o informal, oficial o privada, dependiendo del modo cómo ha sido causada, ya por iniciativa personal o en una ceremonia ritual presidida por un

ministro religioso competente. La consagración puede dar lugar a variaciones en grados de intensidad y de duración. Por este motivo, se hace a veces distinción entre una simple bendición y una consagración. Muy a menudo la consagración implica totalidad y duración. En este caso, el acto de la consagración establece a una persona, lugar o cosa en lo que se llama a veces, un estado consagrado. Sin embargo, desde otro punto de vista, el estar en un estado consagrado no quiere decir que la consagración reciba su completo significado en un solo acto de una vez por todas. La consagración, en el mejor de los casos, incluye un elemento dinámico que exige no sólo renovación constante, sino acción para expresar y autenticar la consagración en relación con los demás y la promoción de la gloria de Dios.

1.4. Por definición la consagración se hace sólo a Dios. Para los cristianos, esto se expresa a menudo en términos de consagración a la persona de Cristo, algunas veces a uno de sus momentos históricos, como por ejemplo la consagración al Niño Jesús o a Jesús crucificado. En algunas prácticas de devoción, muchas de ellas populares en el siglo XVII, la consagración se hace a María, la Madre de Dios, o incluso a san José. En tales actos de devoción, la persona tiene por fin identificarse con la total consagración de María o de José, a Dios en Cristo.

En el uso popular, en algunas lenguas y culturas, el verbo transitivo «consagrar» pierde su referencia a lo específicamente religioso para convertirse en una metáfora de dedicación o

compromiso, como cuando se dice que una persona se consagra a una tarea específica por un período de tiempo.

2. CONSAGRACION SACRAMENTAL

2.1. En la tradición católica romana, la forma esencial que toma la consagración es el resultado de la recepción de los sacramentos del bautismo, confirmación y órdenes sagradas. En virtud del rito sacramental, no sólo el cristiano participa en la vida divina de la gracia, sino que también se le otorga un carácter «indeleble», que constituye a esa persona en un estado ontológico de consagrado al participar en diversos grados del sacerdocio de Cristo.

2.2. La palabra consagración se usa también en un sentido muy específico al referirse a la acción eucarística por la que el pan y el vino se convierten en el cuerpo y sangre de Cristo. En la tradición de la Iglesia occidental, se ha enseñado que esto sucede cuando el sacerdote pronuncia las palabras establecidas sobre las especies del pan y del vino. Por eso, a este momento de la misa se le conoce con el nombre de «la consagración», y las palabras mismas con el de «las palabras de la consagración».

2.3. En este contexto, se debería notar que la consagración puede unirse a la noción de sacrificio, al derivarse las dos palabras de una raíz común. Sacrificar algo, en el sentido etimológico de la palabra, es hacerlo santo (**sacrum facere**). En la terminología religiosa, sin embargo, el sacrificio ha venido a referirse a un acto sacrificatorio o ritual que implica, de una manera o de otra, un elemento negativo, no sólo de separación sino incluso de destrucción o de aniquilación. Se podría disentir en que la connotación negativa en la idea de sacrificio es secundaria con respecto a su significado primordial, el cual coincide con la idea de consagración, separar algo, trasladándolo al reino de lo santo y de lo «Otro». De este modo, la realidad primordial en el sacrificio de Jesús en la cruz y su re-presentación en el «sacrificio» de la Eucaristía, no es tanto la destrucción de la víctima, cuanto el paso de la muerte a la vida resucitada, una transformación total en el reino de lo eterno y de lo santo.

3. LA CONSAGRACION RITUAL Y SACRAMENTAL EN LOS ESCRITOS DE LA SALLE

3.1. Las palabras **consagración, consagrarse, ser consagrado**, se encuentran con mucha frecuencia en los escritos del Fundador, en sus obras catequéticas destinadas a las escuelas, y en sus meditaciones para uso de los Hermanos. En sus catecismos, La Salle utiliza los términos en todas sus aplicaciones religiosas tradicionales. De este modo, explica cómo la Iglesia consagra los domingos, los días de fiesta y las santas temporadas, dedicándolos a honrar a Dios o a algún misterio divino (por ej., Dc 4 C). En contraste, los días de carnaval se describen como consagrados totalmente al demonio (Dc 80 C). En varios rituales, la Iglesia consagra templos, lugares sagrados y personas, tales como los diáconos. El sacerdote consagra el pan y el vino en la misa (Db 234).

3.2. La Salle pone especial énfasis en la consagración de las personas en los distintos ritos sacramentales. Por el bautismo, los cristianos son consagrados, exactamente como templos que son (Da 223 C). La costumbre de colocar al niño bautizado sobre el altar es como un recuerdo de la conexión entre la consagración del niño y la consagración de la hostia en la misa (Da 231 A). El Fundador une la idea de sacrificio a la de la consagración cuando dice que en la misa la víctima divina es ofrecida a Dios, y al mismo tiempo consagrada (Da 264 B). El elemento de separación en la consagración se destaca cuando señala que un clérigo, al recibir la tonsura, es separado del mundo y consagrado a Dios (Da 374 B).

3.3. En sus meditaciones para las fiestas de los Santos, La Salle habla de las personas santas como consagrados. En el uso transitivo del verbo, el Fundador recuerda que los Santos consagran sus bienes, sus acciones, sus corazones y sus vidas enteras a Dios. Anima después a los Hermanos a hacer otro tanto (MF 22 D). Recíprocamente se consagran ellos mismos y resultan consagrados en un sentido permanente y progresivo. De ciertos santos, muy especialmente de la Santísima Virgen y san José, se dice que se consagraron por voto de virginidad o de castidad

(Dc 201). Así, para La Salle, la consagración por voto es una forma, pero no la única o la más típica, que puede tomar la consagración religiosa.

4. CONSAGRACION RELIGIOSA

4.1. De modo análogo a la consagración sacramental, y fundamentada sobre ella, está la consagración que tiene lugar cuando un cristiano decide consagrar enteramente su vida al servicio de Dios. En el transcurso de la historia de la Iglesia, la consagración religiosa se ha desarrollado de muchas formas, más comúnmente por la entrada en institutos religiosos aprobados por la Iglesia. Todos los elementos esenciales están presentes en ese tipo de acción: una separación del mundo secular, compromiso total y permanente de tender hacia la santidad y la gloria de Dios. La consagración personal, que empieza con la entrada en un instituto religioso, resulta oficial cuando es ratificada mediante la aceptación ritual por el superior competente, por la profesión de votos públicos, en la mayoría de los institutos.

4.2. La importancia de la consagración como elemento esencial en los institutos religiosos ha sido reacentuada en el recientemente revisado Código de Derecho Canónico. Poniendo de lado las antiguas categorías de «órdenes» y «congregaciones» religiosas, el Código emplea ahora el término «Institutos de vida consagrada».

En términos teológicos, la consagración religiosa es vista como una gracia, el resultado de una iniciativa divina, a la cual responde la persona humana. Un documento publicado conjuntamente con el nuevo Código y que lleva por título «*Elementos esenciales en la vida religiosa*» empieza con esta afirmación:

«La Consagración es la base de la vida religiosa. Mediante la insistencia en esto, la Iglesia sitúa el primer énfasis en la iniciativa de Dios y en la relación transformadora en El, lo cual implica la vida religiosa. La Consagración es una acción divina. Dios llama a una persona a quien separa para dedicarse a El. Al mismo tiempo, le ofrece la gracia de responder de modo que la consagración es expresada del lado humano por una profunda y libre autosumisión. La relación

resultante es un puro don. Es una alabanza de amor y fidelidad mutuas, de comunión y misión establecidas para la gloria de Dios, la alegría de la persona consagrada y la salvación del mundo» (Nº 5).

Este párrafo expresa bien el sutil equilibrio en la consagración entre la vocación, la acción divina y la respuesta humana. Por definición, consagración significa hacer algo sagrado. Solamente Dios puede hacer algo o a algún otro santo mediante una acción que se halla en el invisible e insondable misterio de Dios. Cuando hablamos de seres humanos «que se consagran», puede significar solamente que en un acto simbólico tales personas se separan total y exclusivamente para la gloria de Dios. El acto simbólico es todo lo que los seres humanos pueden hacer al consagrar a alguien o a algo; lo demás debe dejarse a Dios.

5. LA CONSAGRACION DE LOS HERMANOS EN LOS ESCRITOS DE LA SALLE

5.1. En sus meditaciones, compuestas exclusivamente para los Hermanos, y basadas en las lecturas de los evangelios de los domingos y fiestas del año litúrgico, La Salle recuerda a menudo a los Hermanos que son hombres consagrados. Para La Salle, la consagración del Hermano está concluida cuando deja atrás el mundo y entra en el Instituto con la intención de consagrarse enteramente a Dios. Estas meditaciones están dirigidas a todos los Hermanos en términos de su consagración, hayan o no hecho los votos. En el tiempo en que el Fundador escribía, no se requería que los Hermanos hiciesen votos, mucho menos votos perpetuos, para permanecer en el Instituto. Con todo, el Fundador se dirige a ellos como a hombres consagrados.

5.1.1. Más amplias referencias a los Hermanos como consagrados se encuentran en la meditación de La Salle para el 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de María Santísima. Observa que «en este día se consagra enteramente a Dios para estarle dedicada durante toda su vida» (MF 210 B). Luego se dirige a los Hermanos: «Vosotros os consagrasteis a Dios, al apartaros del

mundo, a fin de vivir en esta Comunidad totalmente desprendidos de todo lo que el mundo ofrece para dar gusto a los sentidos» (MF 210 D). Evidentemente, el Fundador entiende que la consagración de los Hermanos es algo permanente y progresivo cuando continúa diciendo: «Deberíais considerar este día como el principio de vuestra felicidad aquí abajo... No sólo por un día os habéis consagrado a Dios. Ya que consagrasteis vuestra alma, y puesto que vuestra alma vivirá eternamente, así, vuestro donación a Dios es eterna» (MF 211 A).

5.2. El elemento en la consagración que La Salle acentúa con más fuerza es la separación del mundo. Así, escribe con motivo de la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves: «No estamos en el caso de ofrecer bienes terrenales a la Santísima Virgen, puesto que hemos dejado el mundo, y lo hemos abandonado todo con el fin de consagrarnos al servicio de Dios» (M F 117 A). Cita el ejemplo de san Agustín para recordar a los Hermanos que el retiro y la oración son los medios para desprenderse totalmente del mundo y de esta manera consagrarse enteramente a Dios (MF 140 A). La Salle considera al arcángel san Miguel, que desafió a Satán con el grito « ¿Quién como Dios?», como la inspiración para que los Hermanos no se consagren a ningún otro sino a Dios (MF 64 B).

5.2.1. La consagración mediante la separación del mundo, exige un estilo característico en el comportamiento. Al pedir a los Hermanos en el último día del año, que reflexionen sobre él, el Fundador insiste en que «es el comportamiento en público la manera de dar a conocer si uno está entre las personas consagradas a Dios» (MF 251 B). En su meditación sobre la curación de la hija de Jairo, en Mt 9, La Salle se centra en la acción de Jesús despachando a la multitud que gemía y a los flautistas. El Fundador compara este tumulto al producido en los contactos con los seculares, chismorreos, uso del tabaco y cosas por el estilo: «Todas estas prácticas no son de ninguna manera apropiadas para las personas que se han consagrado a Dios separándose enteramente del contacto con el mundo y entrando en un estado que les compromete a llevar una vida regular en Comunidad» (MD 230 B). Al comentar la

observación de Simeón en Lc 2, que Jesús será un signo «para que sean descubiertos los pensamientos de muchos», La Salle recuerda a los Hermanos que sus conversaciones delatan sus corazones. Luego cita la observación de san Bernardo, «que para los seculares las chanzas y bromas no pasan de niñerías, pero en boca de las personas consagradas a Dios son blasfemias» (MD 22 A).

5.3. La meditación del Fundador para Septuagésima desarrolla el punto que, si las personas consagradas a Dios tienen que perfeccionarse viviendo las implicaciones de su consagración, necesitan la obediencia. La lectura del evangelio de Mateo señalada para este día tiene las palabras de la parábola: « ¿Por qué estáis aquí ociosos todo el día?»; La Salle comenta: «Hay muchas personas comprometidas a vivir en comunidad a las cuales podríamos hacer la misma pregunta. Si bien están consagradas a Dios y profesan tender hacia la perfección de su estado, siguen sin progresar en la virtud» (MI 51 D). Con respecto a la «abominación de la desolación» en Mt 24, La Salle observa: «En efecto es una abominación que personas en una Comunidad que, por estar consagradas a su servicio, deberían vivir sólo para Dios y pensar sólo en agradarle, descuidan a Dios o le abandonan con preferencia a sus inclinaciones y pasiones» (MI 235 C).

5.4. De un modo más positivo, al comentar el mandamiento, en Mt 6, de «buscar primero el Reino de Dios», el Fundador escribe: «Deberíais vivir para Dios solo, y la vida de vuestra alma debería ser la vida de Dios mismo. Deberíais igualmente alimentaros de Dios pensando en su santa presencia tan a menudo como podáis. Lo que constituye la vida de los Santos es precisamente su continua atención a Dios, y esto también debería constituir la vida de aquéllos que están consagrados a El, y que buscan solamente cumplir su santa voluntad, amarle, y hacer que otros le amen» (MD 193 E). Con respecto al reinado de Cristo que fue puesto de manifiesto el domingo de Ramos, La Salle dice a los Hermanos: «Para que Jesucristo pueda reinar en vuestras almas, debéis ofrecerle el tributo de todas vuestras acciones, que deberían estarle totalmente consagradas» (MD 79 B).

6. LA CONSAGRACION EN LA FORMULA DE LOS VOTOS DE LOS HERMANOS

6.1. Al final de la primera asamblea general de los Hermanos el domingo de la Trinidad de 1686 (la fecha más probable), un selecto grupo de Hermanos pronunció su consagración por primera vez mediante un voto. Estos Hermanos hicieron lo que en aquellas circunstancias tenía que ser un voto privado, un voto de obediencia por tres años, renovable anualmente. Es razonable suponer que la dirección del voto en aquel domingo de la Trinidad es la misma que se viene usando en el Instituto desde entonces: «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, postrado ante vuestra infinita y adorable majestad, me consagro enteramente a Vos...».

6.1.1. La estructura de la fórmula de este voto es importante, acentuando la totalidad de la consagración, colocándola con preferencia a cualquiera otra intención de un voto específico. La primera evidencia textual de la permanencia de la fórmula, proviene del llamado «voto heroico», el voto fundamental hecho en 1691 por La Salle mismo y dos de sus más fieles Hermanos, Nicolás Vuyart y Gabriel Drolin. Después de dirigirse a la Trinidad, su texto dice: «Nos consagramos enteramente a Vos para mantener con toda nuestra capacidad y esfuerzo la Sociedad de las Escuelas Cristianas». Solamente entonces, «hicieron el voto de asociación y de unión para llevar a cabo y mantener el dicho establecimiento», en un tiempo cuando la existencia misma de la Sociedad estaba amenazada. La ocasión fue con motivo de la fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, el 21 de noviembre de 1691. Es fácil comprender por qué muchos años más tarde, La Salle enfocaría su meditación para esta fiesta, sobre el tema de la consagración.

6.2. En 1694, en Vaugirard, doce Hermanos hicieron votos perpetuos por primera vez. La fórmula tiene la misma estructura que la del voto heroico: primero la dirección al Dios trino y uno, y la consagración para procurar la gloria de Dios; luego los votos específicos de estabilidad, asociación para la dirección de las escuelas gratuitas, y obediencia. A pesar de cambios posteriores requeridos por la autoridad eclesiástica, en la denominación de los votos

individuales, la estructura lasaliana de la fórmula de los votos, con su progresión desde la consagración total a los compromisos votales específicos, ha sido mantenida en el Instituto.

7. LA CONSAGRACION EN LA TRADICION DEL INSTITUTO

7.1. La Bula de Aprobación papal, otorgada al Instituto en 1725, introdujo los votos de pobreza y castidad, mantuvo los de obediencia y estabilidad, y transformó el voto de asociación para las escuelas gratuitas en un voto de enseñar gratuitamente a los pobres. En efecto, esto injertó la visión de La Salle en la teología preexistente de los votos de religión según las exigencias del Derecho Canónico. Para los siguientes 225 años, la dirección de las publicaciones del Instituto y los programas de formación y de renovación se centraban sobre los votos y sus obligaciones más bien que sobre la consagración misma.

7.2. En su llamada a la renovación, el Concilio Vaticano II pidió a los Institutos religiosos que se adaptaran y renovaran sobre la base del Evangelio, el carisma del Fundador y los signos de los tiempos. En el momento histórico del 39° Capítulo General, el Instituto y los Hermanos estaban en una disposición de recuperación de la visión del Fundador, gracias a los estudios serios de los diez años anteriores sobre la vida del Fundador y los orígenes del Instituto, publicados en *Cahiers Lasalliens*. Tocante al tema de la consagración y de los votos, el Capítulo optó por reiterar la primacía de la consagración respecto de los votos. El documento intitulado *Consagración Religiosa*, preparado por la Comisión Capitular, lo expresa así: «El don total de sí da a los votos específicos todo su significado en términos de consagración radical. Este don total es operativo incluso antes de ser detallado por los compromisos específicos y fórmulas verbales». Por esa razón, las *Reglas* y *Constituciones* revisadas, formalmente adoptadas por el Instituto como un documento normativo, contienen un capítulo entero dedicado al significado de la consagración, colocado con prioridad a los capítulos relacionados con los votos individuales. En la *Regla* definitiva oficialmente aprobada por la autoridad eclesiástica en 1987, se observa la misma

secuencia y énfasis en el capítulo único que trata de la consagración y de los votos y que lleva por título «La Vida Consagrada».

Es notorio que esta expresión y énfasis tradicionales en el Instituto desde el principio, han sido ahora adoptados en el lenguaje oficial de la Iglesia al reconocer a los Hermanos como un «Instituto de Vida Consagrada».

7.3. Con el desarrollo de la idea y de la realidad de la Familia Lasaliana, por donde los Hermanos comparten su misión, su espiritualidad, y su vida de comunidad, se plantea el problema de si la consagración de los Hermanos puede, de alguna manera, ser compartida.

7.3.1. Podría parecer a primera vista que la consagración es precisamente el elemento que distingue a los Hermanos de los que están ligados a la Familia Lasaliana de algún modo, pero menos formal. En esta consideración, los Hermanos, como miembros del Instituto y consagrados por voto, constituyen el núcleo al cual el resto de la Familia Lasaliana está unido de diferentes formas. En esta fase del desarrollo, esto es una descripción acertada de la posición legal y canónica de los Hermanos dentro de la amplia Familia Lasaliana. Destaca dos elementos básicos que surgen de la tradición: primero, la separación definitiva del mundo para vivir en comunidad (el elemento acentuado por La Salle); y segundo, la profesión de los votos de religión y los votos especiales propios del Instituto (la base para la distinción canónica).

7.3.2. Desde otro punto de vista, sin embargo, es posible que surjan preguntas sobre hasta qué punto la profesión de los votos es esencial a la consagración. Y tampoco parece necesario suponer que la consagración requiere un compromiso perpetuo e irrevocable, como claramente lo expresa la práctica de la profesión temporal. El principio de la separación del mundo es asimismo problemático. Capítulos generales recientes han insistido en que los Hermanos pertenecen a la extensa comunidad de la Iglesia (*Regla* 23. 52); que las comunidades de los Hermanos son comunidades abiertas (*Regla* 57); que su misión es compartida (*Regla* 17) y adaptada a las distintas culturas (*Regla* 18). Aunque el estilo de vida dentro de la Comunidad de los Hermanos sigue siendo un elemento importante en la vocación, la separación del mundo no está tan absoluta y claramente definida como lo era en tiempo del Fundador. Los seculares también, especialmente los que comparten la espiritualidad lasaliana y su misión, pueden distanciarse del «mundo» en el sentido negativo, tanto como cualquiera de los Hermanos.

7.3.3. Estas consideraciones sugieren que es del todo adecuado que las organizaciones de la Familia Lasaliana desarrollen ritos de consagración, tantos como sean los grupos que constituyen la Familia Lasaliana que quisieran expresar su compromiso de ese modo. Si otros aspectos de la tradición lasaliana pueden ser compartidos, no parece que existan serias razones para que los miembros de la Familia Lasaliana sean privados del poderoso dinamismo asociado con el elemento de consagración en esa tradición.

Temas complementarios:

Asociación; Comunidad; Misión; Mundo, Votos.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

1. J. DE FINANCE, «Consécration», DS 1576-1583.
2. «Consécration, Se consacrer, Etre Consacré», in VL C-350-358.
3. CRIS *Elementos esencial de la enseñanza de la Iglesia sobre la Vida Religiosa*, Vaticano, 1983.
4. *Código de Derecho Canónico*, parte III, sección I: «Institutos de Vida Consagrada», Vaticano, 1983.
5. CONSEJO GENERAL DE LOS H.E.C.: *Nuestra vida consagrada*, (Circular 406), Roma, 1977.
6. 39° CAPITULO GENERAL DE LOS H.E.C.: *Consagración religiosa y votos*, Roma, 1967.
7. *Regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas*, cap. 3: «La vida consagrada», Roma, 1987.

H. Luke SALM

Traducido del inglés por el H. José Luis RODRIGUEZ

11. CONSEJOS EVANGELICOS

Sumario:

1. Ojeada de conjunto. Definiciones. - 2. Cristianos recalcitrantes ante los Consejos. - 3. Pobreza, Castidad, Obediencia y Bienaventuranzas. - Conclusión.

1. OJEADA DE CONJUNTO DEFINICIONES

Cuando Juan Bautista de La Salle redacta sus *Devoirs d'un chrétien*¹ trata someramente de los Consejos evangélicos, no desde la angulación de los tres consejos que constituyen el objeto de los votos de religión, sino desde la perspectiva del Evangelio en su totalidad y incluso desde la ojeada del Nuevo Testamento en su conjunto.

Presenta una clasificación interesante:² «Se pueden reducir los (Consejos) principales a tres categorías: los unos se les llama *las obras de misericordia*, los otros se nos detallan en los que nombramos *las ocho bienaventuranzas*, y los demás son cantidad de máximas que Jesucristo ha enseñado ya por sí o ya a través de sus Apóstoles para que se practicaran por quienes quieran servirle con fidelidad».

El «Consejo» es pues una invitación cristiana según el mensaje de Jesús³ a instruir a los que no saben cuanto están obligados a conocer (para ser salvos),⁴ a corregir a los que caen en falta; a dar buen consejo; a consolar a los afligidos; a sufrir con paciencia las afrentas; a perdonar; a rogar a Dios por los vivos y por los difuntos; también es: dar de comer y beber a los indigentes; dar cobijo a quienes carecen de morada; vestir al desnudo; socorrer a los pobres con generosidad y cariño; visitar a los presos y a los enfermos; rescatar a los cautivos (o facilitar la liberación de los rehenes);⁵ sepultar a los muertos. Proyectos de acción social y de pastoral cristiana que, bajo nombres nuevos, no son extraños a nuestras necesidades contemporáneas.

¿Qué son las bienaventuranzas desde el punto de vista de La Salle? «Prácticas de virtudes muy excelentes que encaminan a las almas hacia la santidad y hacia la perfección cristiana. Jesús, al

exponerlas, ha prometido a quienes las practiquen una felicidad incoada ya en esta vida; son, pues, como arras y cual seguro de la dicha consumada que se fruitará en el cielo».⁶

La Salle alude con bastante atractivo a las Bienaventuranzas. En su libro de Misa, uno de los primeros tomos que coloca entre las manos de sus escolares,⁷ el texto propuesto como Evangelio es el de las Bienaventuranzas, tal cual las presenta san Lucas (Lc 6,20-35).

El significado y el alcance de la terminología evangélica es una de las prioridades de La Salle que presume explicitar a los alumnos. Recordará con machaconería la Bienaventuranza de «los perseguidos por la Justicia»: «Nada hay que otorgue tal seguridad de la dicha eterna como la persecución que, por el interés de Dios, se padece» (perse-cución).⁸

Por fin el Consejo es o resulta ser también la Máxima cristiana. «Se las hallará en numerosos lugares del Nuevo Testamento». Son herencia de Jesús o de los Apóstoles. Son el camino de la perfección cristiana: «A ellos, (a los cristianos) les corresponde leer frecuentemente y meditarlos para crear el ambiente para su ejecución y alcanzar por ese medio la perfección de los cristianos».⁹

2. CRISTIANOS RECALCITRANTES ANTE LOS CONSEJOS

Si el Consejo, una de cuyas formas son las Bienaventuranzas, es el medio de encaminar la vida cristiana a la perfección, no se deduce que los Cristianos estén espontáneamente prestos a hacerlos suyos. No descuida, La Salle, la coyuntura de varear a «los malos cristianos» cuya influencia es nefasta: «Los malos cristianos que conviven entre nosotros, son mucho más

ominosos que los tiranos que perseguían a los cristianos; los tiranos no solicitaban en cualquier tiempo y por todos los medios posibles la renuncia a Jesucristo como lo hacen los malos cristianos... Sólo con palabras intentaban que renunciaran a Jesucristo o con una especie de apremio, mientras que los perversos cristianos les empujan a renunciar con acciones y con plena libertad».10

«Es... harto frecuente dar con cristianos y hasta en las comunidades religiosas, que gustan poco de las verdades prácticas; que las contradicen en su corazón y, aun a veces, con su conducta externa, como cuando se les dice que se debe rezar sin intermisión y entrar en el cielo por la puerta angosta, y que Jesús ha dicho: si no hicieréis penitencia, todos pereceréis... que es un mandamiento, para ellos el amar a sus enemigos, hacer bien a quienes nos aborrecen... ¿cuántos se persuaden que todos esos artículos son de mera perfección?».11

La Salle afirma que Jesús ha predicado sus consejos, «como otras prácticas (que son) de necesidad de medio para la salvación».

Esas máximas son exigentes. Tan sólo el Espíritu de Dios puede alcanzarnos su inteligencia y «conducirnos a practicarlas». «¿Podemos, en efecto, comprender que son bienaventurados los pobres; que se ha de amar a los que nos aborrecen; que debemos alegrarnos cuando nos calumnian y se dice toda clase de mal contra nosotros; que es preciso devolver bien por mal, y tantas otras verdades de todo punto contrarias a cuanto la naturaleza nos sugiere, si el Espíritu de Dios no nos descubre por Sí su sentido verdadero?».12 La Salle acepta «que la mayoría de los hombres no entiende nada ya que aman más las tinieblas que la luz, y no conocen ni al Espíritu de Dios, ni lo que El puede inspirar a las almas y realizar en ellas».13

«El mundo profesa máximas del todo opuestas a las que el Espíritu de Dios enseña a las almas santas ... ».14

3. POBREZA, CASTIDAD, OBEDIENCIA Y BIENAVENTURANZAS

La pobreza, primera bienaventuranza, se recuerda

con frecuencia en los textos de La Salle: «No basta estar privado (de los bienes y de las comodidades de la vida) a menos que no sea voluntaria y nacida del corazón. Por eso, no dice solo Jesucristo: Bienaventurados los pobres, sino los pobres de espíritu. Este espíritu de pobreza no es menos raro, muchas veces, en las comunidades que en el siglo».15

* Raramente presenta La Salle la obediencia desde el ángulo de un Consejo evangélico: es la virtud obligatoria característica de una comunidad, es su fundamento al mismo tiempo de las demás virtudes. Pero ella no está específicamente valorada en cuanto Consejo de manera prioritaria y explícita en los textos de La Salle que están a nuestro alcance. La obediencia es, no obstante, objeto de voto en la Comunidad formada por La Salle.

* La castidad o pureza, es la virtud favorita de Jesús;16 es precisa por la regla como virtud cristiana esencial, pero La Salle no la presenta en cuanto Consejo constitutivo de la vida religiosa. Sin embargo si sus palabras no son explícitas, es evidente que La Salle no se rehusaría a reconocer tales virtudes bajo el título de Consejos, a tenor de la enseñanza emanada del concilio de Trento al cual él era tan fiel.17 Parece, en primera instancia, que es en cuanto virtudes cristianas enaltecidas por las Bienaventuranzas que La Salle valora la pobreza y la castidad en su plena extensión.

CONCLUSION

Lo que podemos considerar como céntrico en estas aproximaciones literales de los Consejos, de las Bienaventuranzas y de las máximas evangélicas, es menos la obsesión de la perfección y de la salvación que la fidelidad a las enseñanzas de Jesús, mas una fidelidad sin escapatorias, ni coartadas, la adhesión a su voluntad para situarse a la altura de cuanto El espera de sus verdaderos discípulos.

1 Se trata del volumen en texto seguido (CL 20); en su Catéchisme (CL 21) La Salle trata de las virtudes pero no presenta secciones o capítulos sobre los Consejos, ni sobre las Bienaventuranzas. No obstante, Joly, que en buena parte es una de las fuentes para Db, tenía 7 preguntas sobre los Consejos y doce sobre las Bienaventuranzas con una explicación para cada cual. Aun así parece que La Salle haya pedido prestadas algunas

ideas, al catecismo de Joly para ofrecer el comentario de algunas Bienaventuranzas (3e, 6e, 7e), en su texto seguido. Pero Le Coreur le lleva ventaja pues le inspira en su presentación de los Consejos, de las Bienaventuranzas o de las máximas.

2 La Salle se desconecta netamente de Joly y de Le Coreur con esta clasificación sintética. Joly y Le Coreur no realizan una agrupación sino que separan los Consejos de las Bienaventuranzas y de los Consejos. Joly destaca de manera especial los Consejos «propuestos a las personas que abandonan el siglo para llevar una vida más santa». No es, pues, sin interés señalar que la perspectiva de La Salle amplía los Consejos en su conjunto a todo el pueblo de Dios sin excepción...

3 La enumeración que aquí insertamos de las obras de misericordia espirituales y de las obras de misericordia materiales o corporales respeta el pensamiento de La Salle, quien, en su elección, sigue casi ad pedem litterae Le Coreur (*La Théologie du Chrétien*, p. 204). Nuestra formulación está un poco modernizada cuando escribimos «abriter les sans-logis» en lugar de «retirer les voyageurs et les étrangers qui se trouvent sans logement» (Da p. 189).

4 Admitamos que estas palabras están implícitamente en el pensamiento de La Salle y hemos creído un deber sugerirlas para la clarificación del concepto. Nuestra gestión literaria nos parece justificada por dos móviles: a) La Salle dirá de los Consejos que son de medio para la salvación (cf. MD 5,2); b) el contexto de las verdades que se han de conocer nos acerca a los 10 (diez) artículos de fe de los cuales nos hemos de instruir «para situarnos en estado de merecer y alcanzar la salvación eterna» (CL 18, p. 52 y CL 23, p. 431, CL 17, p. 78). Podemos observar aquí, que el Hermano de las Escuelas Cristianas realiza por vocación este Consejo. La Salle no ha recalado explícitamente los tres Consejos de Pobreza, Castidad y Obediencia. Cuando hace alusión a la vida religiosa, es ante todo en el contexto del voto como tal en cuanto acto teológico de consagración de sí a Dios (cf. Da, 117-118).

5 Para expresar la realidad en vocablos hodiernos, actuales.

6 Una vez más, La Salle se sitúa más cercano al catecismo de Le Coreur que al de Joly, cuando trata de los Consejos, de las Bienaventuranzas y de las Máximas del Evangelio.

7 Obra cuya aprobación lleva por fecha 1698 y ya impresa en Langlois antes de 1702.

8 MF 168,3; ME 167,3.

9 Da 192. ¿Resultaría exagerado pensar que el Consejo, tal cual lo concibe La Salle entraña, casi cuanto se encuentra en los estudios que han intentado sintetizar la «moral del Nuevo Testamento»?

10 Da 233.

11 MD 5,2 y MF 84,1; tal era la posición de Claude Joly cuando definió así el Consejo: «Ciertas acciones excelentes que Nuestro Señor Jesucristo nos ha propuesto y que no son de obligación» (Joly, *Devoirs du Chrétien* p. 176). Otro autor en cuyas doctrinas se inspira La Salle, Le Coreur, hace idéntico reparto que Joly: «Los Consejos no obligan sino a quienes están llamados a observarlos» (*Théologie du Chrétien*, p. 214). Para La Salle todos los Cristianos están llamados a observar los Consejos bajo su triple forma.

12 MD 44,2.

13 MD 44,3.

14 MD 44,3.

15 ME 166,1. Esta perspectiva ilumina otras palabras de La Salle atinentes a los pobres de su época: «Como han nacido pobres, se debe animarles a despreciar las riquezas y a amar la pobreza» (MR 202,2). Porque también los ricos, si son cristianos, deben aprender a amar la pobreza de espíritu proclamada por Jesús. El Hermano Michel Sauvage ha demostrado que la inspiración evangélica de La Salle «le ha hecho quebrar las barreras sociales, saltarlas y preparar las veredas a ciertas emancipación del pueblo. Su opción personal por los pobres, su acción efectiva y su combate para hacerlos acceder a un mínimo de cultura recusan con antelación el conservadurismo de su palabra sobre el «amor a la pobreza» que se ha de inculcar a los que han nacido pobres» (AEP, p. 353).

16 MF 88,1.

17 El Hermano Maurice Auguste Hermans escribe que La Salle recoge desde su punto de vista buen número de las prescripciones editadas por el Concilio de Trento o por Clemente VIII para la reforma de los regulares. CL 11, p. 71. Cuando La Salle hace alusión a los votos de religión, él los considera como cosa mejor que el voto de hacer una peregrinación. Añadirá: «Es algo muy agradable a Dios... el comprometerse por obligación a hacer por necesidad algún bien...» (Da p. 118).

Temas complementarios:

Cortesía y Urbanidad; Mandamientos, Cristiano; Discípulos; Espíritu Santo; Máximas; Persecuciones; Votos.

BIBLIOGRAFIA

1. JOLY, Claude, *Les Devoirs du Chrétien, dressés en forme de Catéchisme*. Paris, Pierre Le Petit, 6^e édition, 1677.
2. LA SALLE, Jean Baptiste, *Instructions et prières pour la Messe*. CL 17.
3. LE COREUR, *Théologie du Chrétien et ses principaux devoirs*, Certé, París, 1683.
4. SAUVAGE Michel et CAMPOS Miguel, *Jean Baptiste de La Salle - Annoncer l'Evangile aux pauvres*, París, Beauchesne, 1976.

H. Gilles BEAUDET
Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO

[114] 12. CONSUELO - TIBIEZA SEQUEDADES

Estados Espirituales

Sumario:

A. Consuelos: 1. Empleo de la palabra por La Salle. - 2. Los consuelos espirituales según Juan Bautista de La Salle. 2.1. Tratado sobre los consuelos. 2.2. Actitud de Dios. 2.3. Beneficiarios. 2.4. Conducta del alma. 2.5. Finalidad de los consuelos. 2.6. Definición. - 3. Descripción y Definiciones. 3.1. Diccionario de Trévoux. 3.2. Vocabulario de teología mística. 3.3. Diccionario de la Vida espiritual. 3.4. Diccionario de Espiritualidad. - 4. Conclusión.

B. Tibieza: 1. Empleos. - 2. Definiciones. - 3. En La Salle. 3.1. Causa. 3.2. Manifestación. 3.3. Remedio. 4. Definición.

C. Sequedad-Aridez: 1. Empleo. - 2. Definición según san Juan Bautista de La Salle. 2.1. Causas. 2.2. Actitud del alma. - 3. Definiciones de los diccionarios. - 4. Conclusión.

A. CONSUELOS

1. EMPLEO DE LA PALABRA POR LA SALLE

La palabra *consuelo* se ha utilizado en los escritos de La Salle sesenta y dos veces. De ellos: Da: 3; Db: 1; Dc: 4; E: 1; EM: 1; GA: 1; I: 7; L: 3; MD: 14; MF: 13; MR: 8; R: 6 (Referencias del VL). Está usado cuarenta y cinco veces en textos destinados a los Hermanos y diecisiete veces en los textos dedicados a los alumnos. El objetivo de los primeros es la formación espiritual; los segundos pertenecen a la enseñanza catequística.

Sobre las setenta y siete *Meditaciones para los Domingos* en cinco destaca el vocablo *consuelo*. En total se ha empleado catorce veces. En cuatro momentos se le encuentra seguido del adjetivo «espiritual» y entonces se utiliza en plural: «consuelos espirituales». De éstos en verdad se trata principalmente, las demás aunque no se adosen el adjetivo, se refieren a doce situaciones similares. Por una vez se halla utilizado el giro cabe la palabra *edificación*. Podría señalar un origen humano.

En las *Meditaciones para las Fiestas* se cuentan 13 usos del vocablo, dos hacen referencia explícita a san Pablo. En ambos casos se aprecia que el término se utiliza como equivalente de «colmado de gozo» o «hacer todo por la gloria de Dios» según el Apóstol.

En las *Meditaciones para el tiempo del Retiro* lo hallamos ocho veces, y en cada situación se da una referencia, frecuentemente explícita, a san Pablo. Se pondera que la voz «consuelo» es equivalente a las expresiones: «rebosar de gozo», «tema de vuestro gozo», «vuestra esperanza, vuestra alegría y vuestra corona de gloria».

En los demás tratados del Fundador de los Hermanos la palabra se la emplea primordialmente en su sentido espiritual. Una vez, no obstante, se la destaca con el significado de las comodidades de la vida: «Ay de vosotros los ricos porque ya tenéis vuestros consuelos» que es citación del Evangelio y tres veces con el alcance de alivio aludiendo en particular a los tormentos del infierno, donde los condenados «padecerán toda especie de males sin consuelo alguno».

Otro valor

El las *Meditaciones para el tiempo del Retiro* se destaca en ocho ocasiones el término «consuelos»; seis de los cuales en la Meditación decimoquinta (MR 207): «De la recompensa que deben esperar, ya en esta vida, quienes instruyen a los niños y se esmeran en el cumplimiento de tal deber». Y siete pueden acoplarse a una citación de san Pablo más o menos explícitamente.

Esta ponderación pone de relieve el valor de recompensa que la «consolación» alcanza en la

ideología del Fundador, todo según san Pablo.

2. LOS CONSUELOS ESPIRITUALES EN SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

2.1. Tratado sobre los consuelos

Juan Bautista de La Salle no ofrece definición explícitamente formulada. Sin embargo gozamos de la buena fortuna de un tratado breve sobre los *consuelos espirituales* en la meditación que redactó para el segundo domingo de Cuaresma (MD 18), Todo arranca a partir del Evangelio del día sobre la Transfiguración (Mt 17, 1-9). Se titula «De los consuelos espirituales» y es secuencia de la meditación para el 1er domingo de Cuaresma (MI) 17) que versa sobre «*la tentación*». Alrededor de unas setenta líneas como descripción de los *consuelos*. En ella establece Juan Bautista de La Salle que el evangelio de la Transfiguración pone de manifiesto: 1º «el modo cómo Dios nos las da» y 2º «la manera cómo hemos de corresponder», 3º nos declara a quiénes se dan, y 4º por fin por qué nos las da. Los puntos 1, 2, 3, y 4 hallan su correspondencia en la descripción que establece el *Dictionnaire de Spiritualité*. (Véase luego N° 3, d).

Juan Bautista de La Salle parece hablar aquí cual director espiritual bregado. Sin buscarlo, sin duda, él nos revela su competencia. Por sus biógrafos sabemos que era muy requerido como guía y que debía protegerse para no dejarse acaparar por este cargo.

2.2. Actitud de Dios

Según Juan Bautista de La Salle «el modo ordinario que Dios sigue en el gobierno de las almas puras es cuidar de alentarlas con los consuelos espirituales, después que han soportado con paciencia las tentaciones y pruebas interiores».

Habrà que leer sin embargo algunas reticencias en cuanto sigue: «Consuelos espirituales con que Dios favorece de *cuando en cuando* a ciertas almas que viven verdadera vida interior». Luego, algo más lejos: «Las consolaciones que Dios da a veces en esta vida».

En otro lugar añade no obstante: «Dios, que se goza en comunicarse a las almas puras y libres de todo apego al pecado...».

Y todavía: «Como el fin que Dios se propone con sus consuelos es sostener a las almas y darles algún respiro, después que han superado la prueba de la tribulación...».

Sería pues, según La Salle una manera habitual de comportarse el Señor al conceder consuelos espirituales.

2.3. Beneficiarios

Prosigue el Fundador: «Las almas en quienes Dios derrama sus consuelos son aquellas que se aplican de veras a la oración y se aficionan a este santo ejercicio». Y tras una presentación negativa, continúa la descripción de las condiciones requeridas: «No deben, por tanto, maravillarse las almas tibias, flojas y poco amantes de la oración, si no cuentan entre las que Dios distingue con su especial cariño... pues no viven íntimamente unidas a El ni se interesan por el ejercicio que une con Dios».

2.4. Conducta del alma

Hay que recibirlos «con la mira puesta sencillamente en el beneplácito de Dios, sin detenerse en el regusto personal que les proporciona». Sin apegarse «demasiadamente a sus dones». Menester será «contemplar la grandeza y bondad de Dios, las cuales deben ocupar entonces enteramente su espíritu y atraer toda su atención». Buscar «a Dios puramente».

«Dios no quiere que el alma se apegue demasiado a sus dones, pues el apego es un defecto que le hace disgustarse de un alma, porque ésta manifiesta con ello que no busca puramente a Dios, sino el don de Dios y su propia satisfacción».

Dios «acostumbra a privar del placer sensible que acompaña a la consolación, cuando se muestra demasiado apego hacia ella o se la saborea con complacencia excesiva».

Ante la reacción de los Apóstoles «poco

conocedores aún de los caminos de Dios» según los describe el Fundador, éste apela para mejor discernimiento a la dirección espiritual a quien se han de dirigir. Tal es su invitación.

2.5. Finalidad de los consuelos

Se dan para «apoyar a las almas», para «brindarles un lugar para respirar un momento» des-pués que hayan sostenido la «prueba de la tribulación». «Para ayudarlas a soportar los desconsuelos interiores con mayor gallardía», «para aumentar su afecto», y «animarlas y fortificarlas en el amor de los padecimientos» y «de las angustias interiores y externas».

2.6. Definición

Para Juan Bautista de La Salle, los Consuelos son, pues, «un alivio corto... que Dios a veces da tras las pruebas o los esfuerzos animosos para ayudar a soportar los padecimientos y dar crecimiento a la caridad», son «un gozo sensible... un refrigerio con que Dios gratifica a las almas santas en medio de sus des- solaciones interiores. Dios se revela al alma hasta la familiaridad. El alma experimenta un gusto anticipado de las delicias del cielo... gozo, paz interior que no se puede expresar...».

3. DEFINICIONES

Las descripciones de la palabra Consuelos que a continuación se insertan permiten ubicar a La Salle entre los autores espirituales de su tiempo.

a) He aquí la definición respaldada por el Diccionario de Trévoux, 1721: «Consuelos en terminología de devoción y de espiritualidad denota cierta alegría del alma devota, un movimiento interior de amor y esperanza. Quienes desean alimentar su devoción de *consuelos* y de esperanzas, contemplan a Dios como Padre y creen no relacionarse con El como juez (Fléchier). Los espirituales cuando los *consuelos* fallan se sumergen en lo que ellos titulan arideces y sequedades» (St. Evr.).

b) El *Vocabulaire de Théologie biblique* no encierra el vocablo consuelos, sin embargo se ofrece un estudio arrancando de la voz *consolar*.

Quinta edición 1981, columnas 208, 209 y 210. Así se inicia el tratado: «En la tristeza, en la enfermedad, en el luto, en la persecución el hombre precisa de apoyo; busca un consolador». Con frecuencia no lo halla en realidad, «el mismo Dios simula alejarse de él».

1 - «Jerusalén, en su historial, vivió la experiencia de su total abandono. Si Dios la olvida un instante es para darle a entender que únicamente él es el verdadero consolador. Su intervención es amorosa... Así Israel se educa a fiarse de él».

2 - «En Jesús, el Dios que consuela llega hasta los hombres. Con su muerte no cesan los consuelos. Para enfrentarse a los obstáculos y a las persecuciones el Espíritu de Pentecostés es quien lo permite a los cristianos, pues es él, consolador». «El apóstol ha asentado las bases de la teología de los consuelos: a través de la prueba tan terrible como la muerte ha descubierto que el consuelo brota de la desolación en sí, cuando ésta se vincula a los dolores de Cristo. La alegría del Resucitado es la fuente única donde se alimenta el consuelo».

c) El *Dictionnaire de la Vie spirituelle* edición du Cerf, 1983, da las siguientes definiciones emanadas de san Ignacio: «Llamo Consuelos espirituales cuando se produce en el ánima alguna moción interior, merced a la cual el alma acaba inflamándose de amor por su Creador y Señor. Consecuentemente cuando ella no puede amar por sí cosa alguna crea da sobre el haz de la tierra, sino que no ama más que con referencia al Creador de todo... En fin llamo consolaciones a cualquier crecimiento en la esperanza, en la fe, en la caridad, cualquier gozo interno que arrastra hacia las cosas celestiales y hacia la salvación del ánima, tranquilizándola y serenándola en su Creador y su Señor». Se trata pues de una experiencia de los frutos del espíritu.

d) En el *Dictionnaire de Spiritualité* bajo la responsabilidad de Louis Poullier se lee que se deben estudiar emparejados los vocablos Consolación y Desolación. Al recorrer doce siglos, del quinto hasta el decimo séptimo, constata que las palabras «Consuelos y Desolaciones» no se utilizaron por todos los autores espirituales. (+ 399) a Francisco de Sales Cita doce de estos autores de Evagro el Póntico (+

399) a Francisco de Sales (+ 1622). El obispo Diádoco de Foticé, mitad del siglo V, dilata en particular su atención; en Diádoco, prosigue, «ambos términos, Consolación y Desolación encarnan ya su significación técnica... su naturaleza está exactamente descrita... y su papel en la vida espiritual nítidamente enunciado. En los consuelos la gracia de Dios se manifiesta al alma, la caldea y hasta actúa sobre sus sentidos externos... al alma prendida de amor el Espíritu Santo le da a sentir la suavidad de Dios y un verdadero gusto de Dios... en los desconsuelos, al contrario, se esconde la gracia, abandona Dios al alma, ciertas épocas, a la malicia de los demonios y priva la inteligencia de luz... no se ignora que frecuentemente se pasa de los consuelos a la desolación y vice versa; que la vida espiritual se teje de mínimos desconsuelos y de frecuentes consolaciones».

El *Dictionnaire de Spiritualité* no formula ninguna definición.

El autor del artículo trata primeramente de la naturaleza psicológica de los consuelos y de la desolación. Precisa que ambas palabras conservan su *sentido normal* y que luego se aplican en el terreno religioso. A continuación presenta las

B. TIBIEZA

1. EMPLEOS

El término *tibieza*, muy poco utilizado por Juan Bautista de La Salle, total cinco veces. Referencias (en el *Vocabulaire Lasallien*): Dc: 111 C; EM: 25 D; MD: 53.3; R: 36,16; RD: 11,19.

La voz *tibio*, dos veces. Referencias (MD 18.1 y 51.1).

No se encuentra más que dos veces en las Meditaciones de los Domingos.

Por el contexto se demuestra que «son tibias las almas» cobardes y poco encariñadas con la meditación, y las que no aspiran a realizar esfuerzos para disponerse a comulgar, por ejemplo, santo y seña de que éstas poseen «muy poco amor a Dios».

características de ambos estados desde el punto de observación ontológico. Luego establece y estudia desde dos planos sobre el plan místico y desde el plan ascético. En sus 3°, 4° y 5° puntos presenta sucesivamente el alcance práctico, los orígenes, los medios para reconocer tales orígenes y la actitud que se ha de adoptar.

Según el *Dictionnaire de Spiritualité*, «Los consuelos espirituales proceden de Dios. Consuelos hay que nos llegan de los hombres».

También añade que al enfrentarse de los consuelos no se les puede tratar sin tratar a la vez el tiempo de la desolación. En relación con los consuelos resultaría de interés qué uso hace el Fundador de los vocablos «penas y sequedades».

4. CONCLUSION

El estudio comparado de las últimas definiciones con cuanto se ha declarado sobre el sistema cómo La Salle entiende los Consuelos permitirá establecer numerosas concomitancias y mostrará que su idea es muy vecina a la que es tradicional. El estudio de los Consuelos particularmente a través del *Dictionnaire de Spiritualité* resalta singulares semejanzas.

2. DEFINICIONES

El diccionario de 1724 dice: Se emplea tan solo en sentido figurado siendo su significación, indolencia y frialdad. El amor ansía el fervor y no se compagina con la tibieza. ¡Qué alegraré de esas tibiezas que fomentan la inutilidad de nuestras oraciones y nuestras devociones lánguidas!» (Fléchier).

« ¿Existe pasión a prueba de tibiezas que son reatos de la posesión?».

«Una cobarde tibieza se adueña del valor» (Boileau).

«Ocasiones hay donde la tibieza en la amistad es una infidelidad».

Ni el *Dictionnaire de Spiritualité*, inconcluso, ni el *Vocabulaire de théologie biblique*, ni el

Dictionnaire spirituel encierran tal palabra.

La enciclopedia Larousse estampa: «Ausencia de ardor, de celo, sin energía, ni entusiasmo». «Tiene la amistad, como la devoción momentos de tibieza» (Mme de Puissieux).

Su plural en lengua clásica: actos tibios, sin celo, sin energía; períodos de atonía: «Cuántos tibios, cuanta cobardía» (Bourdaloue). «Lo restante de mi vida, lo que se gastaba en tibiezas, en sequedades, yo lo comparaba a esos manantiales agotados» (Fromentin).

El *Dictionnaire des mots de la Foi Chrétienne: Tibieza*, «dolencia espiritual que consiste en cierto estado de flojedad, de descuido, de pereza, de repugnancia ante el esfuerzo habitualmente acompañado del pecado venial deliberado. Una variedad de languidez y de torpor espiritual aceptado y consentido cuyo resultado es la debilitación progresiva de las energías del alma y el deterioro de la vida cristiana».

3. EN LA SALLE

Apreciamos que la palabra *tibieza* se utiliza casi de continuo con las voces «cobardía» y «negligencia» y con relación al culto debido a Dios y más frecuentemente a la Eucaristía y se refiere más a un modo de vivir: «acercarse a la Eucaristía, corregir sus faltas» La Salle tampoco brinda definición.

3.1. La Causa.

El contexto denota que la tibieza se debe a una ausencia de voluntad, al descuido, incluso a la cobardía en la ejecución de un deber. En el «Directoire pour rendre compte de sa conscience» se le invita al Hermano a cuestionarse sobre «qué disposiciones presenta para la recepción de los sacramentos de Penitencia y de Eucaristía». O «si tiene cariño por la santa comunión...» y en ambas tesisuras se revisan tres disposiciones: «fervor, tibieza, o cobardía».

C. SEQUEDAD - ARIDECES

1. EMPLEOS

3.2. Manifestaciones

«Esa desgana es un señal de tibieza espiritual». Lo que demuestra que la tibieza se revela por el descuido que es de por sí una manifestación. («Si tiene aprecio por la santa Comunión; si se ha acercado a ella con tibieza»).

Es un talante totalmente contrario al amor... («no tengo sino dirigirme hacia vos, pues vos podéis encenderme en amores»).

3.3. Remedio

La *tibieza* urge para ser corregida esfuerzos personales guiados y estimulados por cierta reglamentación (leyes de la Iglesia por ejemplo Db) y ayudados por la gracia solicitada en la oración. Su antídoto verdadero, el amor de Dios. Mas este amor es igualmente regalo de Dios, por lo tanto, también él se habrá de solicitar. A simple vista, un círculo vicioso. Se necesita orar para alcanzar amor, pero precisamente, hay que amar para rezar.

Pero La Salle no titubea de que Dios responda ante la menor diligencia. «Corresponde a Dios el daros el querer y el ejecutar». Bastará de un gesto mínimo: «sólo me corresponde acercarme a vos». Aún más: «pues tenemos necesidad de recibir sus gracias, debemos también pedirselas; y que, pues Dios está dispuesto a dárnoslas, nos ha suministrado el medio seguro de obtenerlas: la oración. Medio de uso muy fácil, ya que lo tenemos siempre a mano y en condiciones de servirnos de él cuando gustemos» (MD 36,1).

La fe en Juan Bautista de La Salle está sólidamente enraizada.

4. CONCLUSION

La Tibieza es un enfriamiento del amor de Dios, provocado por una flojera en el cumplimiento de sus deberes y un rechazo de cuanto molesta, que ocasiona que uno ejecute cobardemente sus deberes o que se les omita.

Juan Bautista de La Salle emplea la palabra «arideces» en: EM: 3 E, 25 C; L: 54.6, 55.14; MD: 20.1, 35.2; MF: 177.2.3; R: 36.9, 130.5; RD: 10.14.

El estudio del *Vocabulaire Lasallien* pone en claro que la palabra «sequedad» no está utilizada sino 14 veces y sólo se encuentra en seis de las obras de La Salle. Se comprueba que el vocablo va frecuentemente adosado a otro que es, si no sinónimo por lo menos muy paralelo. Destacamos, pues, las palabras *penas*, *tentaciones*. También se halla el vocablo *distracción*, ¿cumple atribuirle la misma intensidad que los dos términos precedentes? la «distracción» estaría más fácilmente agavillada a la negligencia, a la cobardía, ausencia de esfuerzos en general. Algo más voluntariosos que induciría a pensar en la tibieza.

Por lo demás, se destaca la palabra *aridez* en relación con el vocablo *gusto*, toma pues éste un valor de *consuelo* cuya interpretación él sirve para orientar.

2. DEFINICION SEGÚN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

La sequedad resultaría cual una incapacidad para ocupar la mente con los asuntos espirituales, una «aridez» intelectual por así titularla. Ella frena los «afectos» y refleja sobre todo un límite de la actividad interior. ¿Estriba ahí la desconfianza del Fundador ante las «consideraciones»?

¿No se halla una explicación en esta ampliación de la definición de la meditación tal cual se formula en la *Explicación del método de oración mental*?

«Llamase interior porque no es tan sólo una ocupación de la mente, sino que lo es de todas las potencias del alma; y también porque, para ser del todo pura y fructuosa, se ha de hacer en el fondo del alma, es decir, en la parte más secreta del alma. Puesto que si se mantuviera simplemente en el entendimiento o en la superficie del corazón, estaría ex-puesta a muchas distracciones humanas y sensibles que estorbarían el fruto de ella; y si esta ocupación del espíritu no penetrara, no sería sino pasajera y dejaría, luego, por consiguiente el

alma seca y vacía de Dios» (CL 50, p. 3-4).

El Fundador llama arideces, penas interiores y desolaciones a la situación causada «por la pérdida sensible de Dios», «la pérdida de cierto gusto por la oración» y de la facilidad para aplicarse a ella (MD 35,2) o el «no poder ocuparse de Dios» (MD 51,3).

Juan Bautista de La Salle da de ella una descripción cuando dice:

«Sosténganos la firmeza de nuestra fe, aun no experimentando sentimiento alguno afectuoso para con Dios y careciendo de toda inclinación hacia El» (MD 71,2).

No utiliza entonces la palabra «sequedades», emplea, «parálisis».

En otro párrafo, al hablar de santa Teresa dice: «Aun en medio de la mayores arideces, permanecía abismada en Dios y de todo punto entregada a El, no obstante la oscuridad interior que padecía» (MF 177,3).

Y añade:

«la fe desnuda era quien únicamente la guiaba y servía de luz en tal estado» (MF 177,3).

2.1. Causas de las arideces

De los catorce usos de la palabra en el vocabulario lasaliano tres tan sólo se situán en un contexto que destaca las causas. Los demás empleos son más bien atestados de la situación en que uno se halla y de los sistemas que se pueden efectuar para salir o por lo menos para vivir con ellas.

Las causas están señaladas en el trozo ya citado ut supra, una atención superficial de la mente que no alcanza hasta el fondo del alma. En dos cartas a un Hermano, La Salle precisa:

«La causa de que padezca tantas arideces y distracciones en la oración radica en que lleva Vd. una vida muy derramada y habla con exceso» (carta 54.6).

«Las sequedades que padece en la oración mental

y en la sagrada comunión, provienen de que no es diligente ni piensa en las cosas espirituales fuera del tiempo dedicado a la oración» (Carta 55,14).

Esas son, pues, las motivaciones principales de las sequedades. Sin embargo éstas pueden resultar pruebas cual se puede apreciar en santa Teresa. Es cuanto el Fundador apoda «parálisis espiritual» en la meditación 71a y de la cual escribe:

«No basta para la curación de nuestra parálisis que Jesús nos ordene el levantarnos... A no ser que la parálisis no sea exclusivamente prueba de Dios en cuyo caso basta que El lo mande» (MD 71,3).

2.2. Actitud del alma

Las actitudes que el alma tomará en tales circunstancias, serán, a más de recurrir a los Directores espirituales, la asiduidad a la oración y la entrega a Dios.

«Quiere Dios que acudáis siempre a quienes tienen cargo de dirigiros, aunque haya momentos... o paséis por situaciones en que os parezca de escasa utilidad solicitar su ayuda» (MD 20,1).

«Es voluntad de Dios que os fieis del todo en su providencia y esperéis de El y de la sola voluntad divina todo...» (MD 20,2).

«Pedid a Jesucristo, residente en vosotros, que supla vuestra impotencia» (MD 51,3).

«Aplicaos a hacerla todavía con mayor afecto, cuando padezcáis sequedades» (Recueil).

Decirse «que es conveniente que Dios se retire sensiblemente de nosotros... (MD 35,2). «Cuanto más desasido se halle uno de lo que agrada a los sentidos, mayores facilidades encontrará para llegarse a Dios puramente...» (MD 35,3).

Citando el ejemplo de santa Teresa declara:

«Cuanto más sufrimientos Dios le proporcionaba con tanto mayor empeño corría hacia El; pues, por mucho que El se ocultase, en El lo hallaba todo. Entonces, únicamente la fe la guiaba» (MF 177,3). «Ella estaba de todo punto entregada a Dios».

3. DEFINICIONES DE LOS DICCIONARIOS

El *Dictionnaire universel*, Antoine Furetière, 1701, ofrece la siguiente definición: «Un devoto místico se lamenta de las sequedades cuando siente pocos consuelos interiores, cuando flojea su fervor, cuando se cree dejado de la mano de Dios y privado de su amor. Los Místicos a este estado lo llaman tinieblas, arideces infernales si a ello se cede, y tinieblas divinas o sequedades segundas cuando sirven para reanimar el amor de Dios y a aumentar su atención a sus deberes. Se da una situación triste y desolada en la vida Religiosa cuando la ausencia de consuelos es lo que se llama arideces y sequedades en terminología de espiritualidad».

Según el *Dictionnaire des mots de la Foi chrétienne*, SEQUEDADES es «un Estado del alma, complejo, caracterizado por la privación de consuelos sensibles y espirituales, una ausencia de gusto por la oración, una carencia de ímpetu para practicar las virtudes, una gran dificultad ante la meditación discursiva, ante la formación de afectos, lo que constituye uno de los aspectos normales de la vida espiritual sobre todo tras los consuelos que saborean generalmente los principiantes. Todo lo cual aceptado, propicia el efecto de purificar el alma y sirve de preludeo, con frecuencia, a un grado de oración interior y de vida espiritual mucho más alto».

El *Dictionnaire de Spiritualité* dice: «El artículo *Consuelos* ya ha tratado cuanto por enlace se refiere a la desolación espiritual» y hacia aquel apartado nos remite y a los vocablos «Aridez, Repugnancia, Derelicción, Desolación, Pruebas espirituales, Noche».

4. CONCLUSION

Los textos de La Salle, no difieren casi de los otros textos citados. A lo sumo, como cuanto escribe, no es un curso de doctrina, sino temas de oración mental, el modo de elaborarlos es más breve, más sencillo y con mayor adaptación a la situación concreta de los Hermanos profesores hacia quienes se dirigen. Esos Hermanos, habrá de recordarse, en su mayoría sin estudios latinos, y además les estaban en entredicho para evitar que no se dejaran subyugar por el sacerdocio.

A mayor abundamiento esos textos apuntan hacia

una preparación de un comportamiento y una modalidad de vida de santidad desde la fe.

Temas complementarios:

Abandono; Acción de Dios; Alegría; Misión; Mortificación; Paz; Penitencia; Renovación; Simple atención; Suavidad-mansedumbre; Sufrimiento; Tentación.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

Diccionarios de los siglos XVII y XVIII: Furetière, Trévoux.

Dictionnaire des mots de la foi chrétienne.

Dictionnaire de la vie spirituelle - Cerf, 1983.

Dictionnaire de Spiritualité.

Cahier Lasallien 50.

H. ALPHONSE: *A l'école de saint Jean-Baptiste de La Salle.* Liget, Paris, 1952.

H. CLÉMENT-MARCEL: *Par le mouvement de l'Esprit.* Lethielleux, Paris, 1952.

P. DEVILLE: *L'Ecole française de spiritualité.* Desclée, Paris, 1987.

H. Joseph LE BARS

Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO

13. CONVERSACIONES



Sumario:

1. Importancia que da el Fundador a la conversación. 1.1. Aclarando términos. 1.1.1. El aspecto humano de la conversación. 1.1.2. El aspecto espiritual de la conversación. 1.2. El aspecto humano de la conversación en La Salle. 1.2.1. La conversación de los Hermanos entre sí. 1.2.2. La conversación entre los seglares. 1.2.3. Diferentes maneras de hablar. 1.3. El aspecto espiritual de la conversación. 1.3.1. Finalidad: 1.3.1.1. Tiempo. 1.3.1.2. «hablar de Dios». 1.3.1.3. «De lo que puede despertar su santo amor». 1.3.2. Exigencias: Cuidar la conversación espiritual. 1.3.2.1. «que sea diferente de la de los seglares». 1.3.2.2. «El Hermano debe privarse de las conversaciones humanas». 1.3.2.3. «El Hermano debe privarse de las palabras inútiles». 1.3.3. Frutos de la práctica de la conversación espiritual. - 2. Preocupación del Fundador por orientar a los Hermanos en el tema de las conversaciones. 2.1. La Salle, orientador nato para con los Hermanos. 2.2. La Salle indica al Hermano cómo debe ser su hablar: 2.2.1. Con sinceridad. 2.2.2. Con pocas palabras. 2.2.3. Con reserva de sí mismo. 2.2.4. Hablar para edificación mutua. 2.2.5. Hablar para bendecir a Dios. 2.2.6. Para mostrarse útil instrumento. - Conclusión.

1. IMPORTANCIA QUE DA EL FUNDADOR A LAS CONVERSACIONES

1.1. Aclarando términos

1.1.1. *El aspecto humano de la conversación.* Tomando la definición de «conversación» del Diccionario de la época del Fundador¹ vemos que la expresa como «comunicación entre personas»; «un encuentro con otros». Añade también que conversar es «un arte» por los aspectos que encierra el hablar bien, como es el «hacer agradable la conversación»; «decir lo que se piensa»; escoger para hablar «personas honradas»; «no buscar sólo el placer del diálogo», ni «caer en aspectos maliciosos en la misma». La conversación puede tomar otros cauces de expresión tales como el de hacer y recibir «visitas» y la «relación que puede tenerse por carta».

1.1.2. *El aspecto espiritual de la conversación.* Nos atenemos también a la definición que da el Diccionario² quien la califica como «diálogo» y «relación» entre personas. Señala la diferencia entre la simple conversación humana en cuanto a los fines, exigencias y frutos que en ésta se desean alcanzar.

El Fin de la conversación espiritual es «orientar la vida desde Dios, Cristo...»: «Ora comáis, ora bebáis...» (1 Co 10,31). Es también «un diálogo entre las personas que ponen en común sus deseos, luces, gracias, buscando en este intercambio estimularse en la vida espiritual o apostólica».

En cuanto a las exigencias, seguimos orientándonos por el diccionario, quien señala «que no se vaya a perder el tiempo»; «que se acepte la conversación con gusto» y que «ofrezca un alimento espiritual al espíritu». En cuanto a los frutos que deben sacarse de los diálogos espirituales se señalan: «sirvan de preparación a la oración»; y «fortifiquen las convicciones espirituales», entre otros aspectos.

1.2. El aspecto humano de la conversación en La Salle

1.2.1. *La conversación de los Hermanos entre sí.* Blain nos presenta a La Salle como modelo en el diálogo con los demás: «Medía tanto sus palabras que no se le oía decir ninguna superflua e inútil, ligera o indiscreta» (BLAIN 2, 303). Sabe el santo disculparse cortésmente cuando por carta, el Hermano Gabriel Drolin le tacha de que «es duro para con él» (L 24,14). Como todo arte tiene sus reglas a seguir si queremos se ajuste a la perfección. La Salle lo recuerda a los Hermanos para que no caigan en falta alguna al hablar. Así indica que es «preciso aprender a callar para hablar mejor» (BLAIN 2, 304). En las Reglas Comunes (CL 25, p. 28,1 ss) detalla La Salle los aspectos concretos que han de cuidar en el diálogo, tales como el de «no remedar a nadie»; «no hablar de sí mismos»; «cuidar de no contradecir»; «no dejarse llevar por la ligereza»; «cuidar no hacerse pesado o molesto a los demás...». En la *Colección de Varios Trataditos* señala el santo otros aspectos en los cuales debe el Hermano fijarse, tales como: «el de que no se apresure al hablar»; el que no «hable demasiado ni demasiado alto»; y el de que no «utilice palabras rebuscadas», etc. (R 174,4).

El santo Fundador, al insinuar a los Hermanos aquello en lo que deben comprometerse, él mismo va por delante con su ejemplo. Así, en «Las Reglas que me he impuesto» se obliga a no relacionarse con los demás -hacer visitas- «sin necesidad»; a no hablar en las mismas sino lo sumamente necesario «y nada más»; a «disponer su espíritu» para que resulten del todo provechosas.

A1 Hermano Matías le llama la atención por usar expresiones «no propias de su persona» como religioso que es (L 47,8). El Fundador da al

Hermano una regla de oro, síntesis de vida, al escribir a uno de ellos: «Entre Vds. debe abundar la unión; con los seculares la urbanidad; con los escolares, la paciencia» (L 56,3).

1.2.2. *La conversación entre los seculares.* «Por la conversación se da acceso a la vida de sociedad». «Las personas que viven en el mundo tienen siempre asuntos comunes; se ven obligados a conversar; a hablar unos con otros».3 La Salle toca también este aspecto de la conversación en su libro de las *Reglas de Urbanidad y Cortesía cristiana*. (Cf. CL 19, cap. VI y VII). Dedicó estas páginas a la «conversación» y a «las visitas» y «entrevistas». Señala el santo las condiciones que éstas deben cumplir para que pueda dárseles tal nombre. Así: «No faltar a la verdad» (p. 185); «ser circunspectos en las palabras» (p. 187). Entre los aspectos negativos que deben evitarse señala La Salle el de «no murmurar del ausente» (p. 207); «no hablar de modo inconsiderado o ligero» (p. 208), antes se debe hacer «siempre con respeto y en términos que demuestren la deferencia que se tiene para con las personas concretas con las que hablamos» (p. 208).

Dado el caso que «no sepamos hablar en bien del prójimo, lo mejor es callar» (p. 195), concluirá el santo.

1.2.3. *Diferentes maneras de hablar según La Salle.* Seguimos apoyándonos en el mismo libro del Fundador (RB). Entre otros indica: «Adulando o alabando» (p. 211); «haciendo diversas preguntas»; «de informarse y de dar el parecer» (p. 215). En cuando a «los cumplidos» de cortesía y urbanidad que hay que manifestar a los demás, el santo indica el modo: «Con naturalidad» (p. 227). El hilo conductor que atraviesa las RB, como bien lo indica La Salle en el prefacio del mismo, es la «caridad»; el deseo sincero de que la relación y el diálogo entre las personas sea verdadero y no ficticio. Evitando el dicho del Kempis (L I cap. XX) y que el mismo La Salle aduce en la *Colección* (R 111,15): «Cuantas veces estuve entre los hombres volví menos hombre».

1.3. El aspecto espiritual de la conversación

Pasemos a desarrollar lo que en la definición de la misma decíamos al comienzo, en cuanto a la

finalidad, exigencias, frutos de la práctica que de la conversación espiritual deben sacarse.

1.3.1. Finalidad. - La Salle pregunta a los Hermanos: «Durante las pláticas que mantenéis con vuestros Hermanos, ¿sois fieles en no hablar más que de Dios, de lo que a El se refiere y de lo que pueda despertar en vosotros su santo amor?» (M F 135,1). El santo parece hablarnos de un tiempo; de un modo y de hablar bien. Veamos:

1.3.1.1. *Un tiempo*. Se refiere La Salle al tiempo de la recreación diaria que los Hermanos tienen.⁴ La recreación es el tiempo por excelencia para las conversaciones espirituales. Fuera de él, las *Reglas Comunes* imponen limitación en el hablar, tanto en casa como fuera de ella. «Concediendo a los Hermanos la recreación busca La Salle el medio de santificarles» (BLAIN 2, 137). El mismo Fundador, comentando el relato de los discípulos de Emaús (cf. MD 30,3) recuerda a los Hermanos que Cristo se revela en el corazón mismo del intercambio fraternal, cuando se refiere al Reino. Así, dice: «En la proporción que habléis de El y de cuanto le concierne, aprenderéis a conocerle, y a gustar el bien y sus santas máximas».⁵ «Así entendida, en vista de su finalidad y de su significación relacional, las estructuras establecidas por la Regla lasaliana, podían favorecer una concepción dinámica de la regularidad. Eran de tal naturaleza que estimulaban el ímpetu interior, el entusiasmo «ardiente y animoso para hacer el bien» (AEP, 319).⁶

1.3.1.2. *Modo*: «Hablar de Dios y de lo que a El se refiera». Es decir: «procurando que las conversaciones sean «santas y agradables a Dios» (MI 30,1). «Cosas santas» para La Salle son: Hablar de la vida de los santos. Señala algunos en particular: Sobre todo aquéllos en los que se «destaca el espíritu del Instituto». Pero de «modo especial la vida de la Stma. Virgen María» (R 62,9; MF 183)⁷ y de los grandes temas de la vida cristiana: verdades eternas (R 61-62). También de los asuntos que se refieren al empleo del Hermano celo-entrega-catequesis... Idem de lo que mira a su estado y que ayudan al Hermano en su vida como consagrado: lectura espiritual; la virtud teológica de la fe; de los sostenes del Instituto; virtudes que debe adquirir o defectos a evitar (R

63 a 70); de «los esfuerzos que son necesarios llevar a cabo para alcanzar la santidad» (BLAIN 2, 86). En la materia que propone el santo para el diálogo de los Hermanos entre sí, de alguna manera les está indicando el espíritu que desea reine entre ellos y del que debe estar animada toda su vida; «aspectos que son esenciales».⁸

1.3.1.3. *Hablar de lo que «puede despertar su santo amor»* (el de Dios). Las Reglas Comunes (CL 25, p. 30,9) lo expresan de otro modo: «Hablarán de las cosas edificantes que puedan mover a los Hermanos al amor de Dios y a la práctica de la virtud». Si se «habla de las personas será siempre en bien» (MD 30,2). «Cuando un Hermano hable de otro manifestará la estima y respeto que le tiene» (CL 25, p. 55,12). Cuando, por ejemplo, La Salle da la noticia de la apertura de una Comunidad en Marsella y que en ella estará el Hermano Alberto, añade: «Los seis primeros meses hará maravillas» (L 19,20). La Salle da suma importancia a las pláticas espirituales entre los Hermanos. Por y en la Comunidad los Hermanos encarnarán los valores del Evangelio; crecerán en la virtud. Por eso el santo acentúa que, «una de las cosas que deben hacer quienes han resucitado con Jesucristo es ordenar sus conversaciones, procurando que sean santas y agradables a Dios» (MD 30,1).

1.3.2. *Exigencias*. Toda conversación espiritual tiene su demanda. Veamos cuál según el santo.

1.3.2.1. «*Que sean diferentes de las de los seculares*». «La conversación de los religiosos, de los que se han alejado y retirado del mundo, tiene que ser totalmente diferente de la que acostumbran los mundanos» (MD 30,2). El proceder del Hermano debe «ser edificante», «en todo y a todos» (MF 92,2) y deben manifestarlo, particularmente en las «conversaciones» (MD 30,2). Los Hermanos están llamados a «una santidad no común»... (MD 39,2). Cuando el Fundador habla de las «Reflexiones que pueden hacer los Hermanos sobre los medios de llegar a ser personas interiores» (R 108,1), de «privarse de las conversaciones humanas» (R 111,1) y de «evitar las palabras inútiles» (R 112,7). Es decir, de todo aquello que puede hacer que la conversación no sea del todo espiritual y sí muy humana en su tema. Señalando el santo lo

negativo -«privaciones»-, resalta lo positivo a que quiere que el Hermano tienda y se ejercite.

1.3.2.2. El Hermano debe «privarse de las conversaciones humanas». La Salle limita el campo de las relaciones. Es decir, encamina al Hermano a que sacrifique todo aquello que no favorezca la vida interior. Deja, con todo, el campo abierto para toda conversación que no se pueda tildar de meramente «humana».

El Fundador en sus escritos pone en guardia sobre tener... «motivos humanos» (MD 45,3); la «visión humana» de las cosas (L 24,13); el dejarse llevar de las «Inclinaciones humanas» (MD 58,3). En la Regla (CL 25, p. 19,6) habla de que el Hermano «no debe hacer nada por impulso natural, costumbre o algún motivo humano, antes bien...». O sea: que el Hermano evite todo aquello en que el motor de su determinación en el obrar no sea la orientación y guía del Espíritu Santo. El Hermano debe buscar en todo «la gloria de Dios» (CL 25, p. 140). La Salle pasa luego a indicar las razones por las que el Hermano debe privarse de toda conversación humana: «Porque vacían el alma de Dios y de todo buen sentimiento» (R 111,20); porque «como religiosos, deben ser sus conversaciones como corresponde a ciudadanos del cielo» (R 112,5; 1 P 4,11; Flp 3,20).

Es lógico que La Salle hable al Hermano de la necesidad de que se encuentre «vacío» de unas cosas para poder así «llenarse» de otras, porque «cuanto más vacío tenga su corazón de lo terreno... en esa medida Dios lo llenará de su Espíritu» (MF 171, 1.2). Como persona coherente que es el Fundador, llega a especificar: «vacíarse» de las «criaturas, riquezas, comodidades» (MD 79,1) para «llenarse de Dios» (MF 180,2); de «Jesucristo» (MF 166,1) y del «Espíritu Santo» (MD 12,3). Este estar «vacío», estar «lleno», es una disyuntiva ante la que el Hermano debe optar si quiere ser hombre interior y poder hablar palabras de Dios a los demás, «llenas de unción divina».9

1.3.2.3. «El Hermano debe privarse de las palabras inútiles» (R 112,7). La Salle se apoya en un texto de la Sagrada Escritura: «De cualquier palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta a Dios» (Mt 12,36). Y añade por su cuenta:

«Porque el tiempo gastado en palabras ociosas es tiempo perdido. Las palabras ociosas profanan el corazón y los labios del religioso» (R 112,10ss). «Cosas y palabras inútiles», para La Salle, son: -- «Atender a novedades o a lo que pasa» (R 58,11; L 54,4; MF 92,3). «Hablar de sí mismo, según hacen los mundanos, para atraer la atención sobre la propia estima» (CL 25, pág. 76,5; R 173,18). Por la palabra «inútil» no se transmite nada; no se da auténtica conversación. Todo es superficial. El Hermano se preocupa a «menudo de cosas exteriores» (L 74,7). «Las sequedades (del alma) pueden provenir de estar extrovertido; de que habla (el Hermano) mucho» (L 54,6). Para el religioso, según La Salle, proferir palabras «inútiles», es como «profanar» los miembros que han sido santificados para proclamar palabras de salvación. De aquí que el Fundador llame la atención al Hermano para que discierna sobre el uso que hace de la lengua (cf. M F 91,1.2; M F 92,1.2.3).

1.3.3. *Frutos de la práctica de la conversación espiritual.* La Salle está convencido de que el intercambio de pareceres entre los Hermanos sobre temas espirituales les ayudarán a madurar y crecer interiormente y a la vez se procurarán la edificación mutua. La recreación, como plática espiritual «evitará la disipación» (MAR 110); a los Hermanos «les hará interiores» (MAR 73). Blain, expresando el parecer de La Salle sobre las conversaciones que los Hermanos mantienen en los recreos, expresa los saludables efectos que sacarán de ellas. Dichos dialogos les «ayudarán a hablar con circunspección, medida y sabiduría; a escuchar en silencio y sacar provecho de lo que se dice. Eleva el corazón y alimenta la piedad; le inflama y hace de la recreación una conferencia espiritual que instruye, anima, produce alegría espiritual y llena de Dios» (BLAIN 2, 138 a 140).10

Nos vamos a detener en la Meditación 30 (MD 30,1.2.3.) a la hora de resaltar de modo peculiar los buenos efectos y frutos que produce toda conversación espiritual en el alma y corazón de los Hermanos. En la medida en que el Hermano se entregue a Dios y a sus cosas, en esa proporción entenderá que se realiza en él la voluntad de Dios. El hablar espiritual da a entender en qué profundidad interior está el Hermano «lleno» de

Dios. Al modo como los discípulos de Emaús «gozaron de los preciosos bienes que de su conversación sacaron», el Hermano disfrutará también como ellos, si sus pláticas son espirituales. «Contará a Jesucristo entre ellos» (MD 30,3);¹¹ «Saldrán mejor informados acerca de sus obligaciones y se resolverán a cumplirlas fielmente» (MD 30,1); «saldrán de ellas enardecidos y animados a obrar el bien» (MD 30,3); «gozarán de la presencia de Jesús» y de cuanto a El «puede aficionaros» (MD 30,3). «En la medida en que habléis de El -concluye La Salle- y de cuanto le concierne, aprenderéis a conocerle, a gustar el bien y sus sagradas máximas» (MD 30,3).

2. PREOCUPACION DEL SANTO FUNDADOR POR ORIENTAR A LOS HERMANOS EN EL ASUNTO DE LAS CONVERSACIONES

2.1. La Salle, orientador nato con los Hermanos

Lo que Blain escribe de La Salle, puede aplicarse a toda su vida: «Su celo le llevaba a menudo a las clases para comprobar y ver con sus propios ojos lo que allí pasaba. Los niños y los maestros eran igualmente objeto de su atención y cuidado» (BLAIN 2,359).

Maillefer añade: «No descuidó nada de cuanto podía contribuir a mantener entre los Hermanos piedad afectuosa e ilustrada, sostenida de humildad profunda y caridad mutua hacia los demás». «Se preocupó por regular el interior de los Hermanos» (MAR 110). La Salle ayuda al Hermano a que regule y oriente su palabra, sacando del hablar el mayor provecho posible. Veamos algunos casos. Cuando un inferior hable al Hermano Director, le dice, «lo hará con profundo respeto; siempre en voz baja y en términos que expresen la veneración que siente hacia él» (CL 25, p. 50,6). Cuando un Hermano hable a otro -indica el santo- que «evite toda afectación y cumplido», mostrándose, por tanto, sencillo con él (CL 25, p. 53,4).

2.2. La Salle indica al Hermano qué característica debe tener su hablar:

a) Con sinceridad. b) Con pocas palabras. c) Con reserva de sí mismo. d) Hablar para edificación mutua. e) Hablar para bendecir a Dios. f) Para mostrarse útil instrumento. - Desarrollemos cada apartado.

2.2.1. *Con sinceridad.* - Sinceridad y coherencia de las que el mismo santo procura dar ejemplo en su vida. Cuando escribe al Hermano Gabriel Drolin le dice: «No es cierto que me explique a medias con Vd. Le digo sencillamente las cosas como las pienso» (L 28,25). Así, cuando el Hermano dé cuenta de conciencia a su Hermano Director, La Salle indica al Hermano que «se ponga en estado de hablar con sinceridad y simplicidad cristianas» (R 30,12). La mentira es algo que La Salle persigue, e inculca al Hermano que «no permita en sus alumnos». De ahí que se multipliquen las citas (CE 157,2; MR 203,2).

2.2.2. *Con pocas palabras.* - A un Hermano Director le escribirá en estos términos: «Cuando corrija a los Hermanos hágalo con pocas palabras» (L 71,6). Blain señala que La Salle cuidaba la calidad de las palabras más que el número de ellas: «Enseñaba a los Hermanos a decir mucho en pocas palabras (BLAIN 2, 304).

2.2.3. *Con reserva acerca de sí mismos.* - El Hermano Bernard pone a La Salle como modelo en este sentido (Bd 22,28). Y el biógrafo Blain completa: «No hablaba de nada que pudiera atraer sobre él alguna alabanza» (BLAIN 1, 201).

2.2.4. *Hablar para edificar a los demás.* Así escribe el santo: «Proceded de modo que todo vuestro exterior, palabras y todas vuestras obras, muevan a la virtud» (MF 98,2). En el «Memorial de los Orígenes» (MC CL 10, pp. 105-109), La Salle aprovecha la oportunidad para decir a los Hermanos que es Dios quien le ha guiado en todas sus empresas. Que es a El a quien se debe la gloria de todo. Que su disposición es de entera disponibilidad para acatar en todo la voluntad de Dios sobre su vida.

2.2.5. *Para bendecir a Dios.* La Salle aprovecha toda circunstancia para alabar a Dios y estimular a que otros Hermanos lo hagan también. El Fundador se alegra cuando un Hermano le escribe comunicándole que está contento en el estado en

el que Dios le ha puesto (L 87,1); o cuando otro le indica que pone sumo empeño en corregirse de los defectos que le indicara (L 76,2).

Blain escribe que el santo, ante cualquier, circunstancia, su reacción más ordinaria era la de «bendecir a Dios» (BMLAIN 2, 96). La Salle urge a los Hermanos en las *Meditaciones para el Tiempo de Retiro* a que en todo momento alaben, reconozcan y den gracias a Dios por haberles escogido y puesto al servicio de los pobres (cf. AEP p. 259).¹³

2.2.6. *Para mostrarse útil instrumento en la escuela respecto de los niños*¹⁴. «El Hermano debe enseñar las máximas contenidas en el santo Evangelio» (MD 44,2). Y esto, «con sencillez, sin emplear palabras rebuscadas o con afectación» (R 174,15), «con palabras fáciles de entender» (MD 33,3). La Salle pone también el acento en el silencio para que pueda ser eficaz la palabra dicha, por eso indica al Hermano que «hable solo cuando sea necesario» (CL 25, p. 42,11). «Si desea el Hermano que los alumnos guarden silencio es preciso, dice La Salle, que lo observe primero el maestro» (CE p. 124,1). El silencio es necesario para que el maestro pueda hablar con acierto; para llenar de contenido sus palabras; para darles vigor.¹⁵

CONCLUYENDO

La Salle, como lo hemos indicado, es el animador nato de la Comunidad de Hermanos y de los niños. El los ha acompañado durante casi cuarenta años. El ha sido para ellos su modelo y guía. Les ha orientado por medio de la palabra hablada y escrita, así como también por sus generosos ejemplos. La vida de La Salle «fue el Evangelio reducido a la práctica» (BLAIN 2, 500). Modelo en el hablar y en el saber escuchar, como también en el callar. Todo ello con el fin de conseguir, por la imitación, que el Hermano «sea hábil en el arte de hablar a Dios, de hablar *de* Dios y de hablar por Dios» (MD 64,1). Porque estaba convencido de que «quienes enseñan a otros no son sino voz del que prepara los corazones a recibir a Jesucristo» (MD 3,1).¹⁶

¹*Dict. Universel français et latin* (Frenrix), t. III

(1721) p. 203. Cf. también VL t. II, pp. 418-419. *2Dict. Spirituel*, t. II B (1953), pp. 2212 a 2218. Cf. también VL t. II, pp. 418-419.

³*Diet. Universel* (1721) 1.c.

⁴Pou TET Y.: *Le XVII^e siècle et les origines lasalliennes*, Rennes, 1970, t. I, p. 431.

TEMPRADO, A. «*La Palabra*» según La Salle, *mística y empleo de la misma en cuanto comunicación espiritual*, Colección Sínite n° 13, Instituto Pontificio San Pío X, 1977, pp. 183 ss.

⁵Esta presencia de Cristo entre los Hermanos la vuelve a recordar La Salle cuando habla de la Presencia de Dios «en medio de los Hermanos reunidos». Cf. GALLEGO, S., *Vida y pensamiento de San Juan Bta de La Salle*, B.A.C. 478, 1986, pp. 197-199.

⁶En su traducción española, Lima (Perú).

⁷GALLEGO S., *Vida y Pensamiento de S. Juan Bta de La Salle*, B.A.C. 477, pp. 305-350.

⁸Cf. CL15, p. X. Idem. G. RIGAULT *Histoire générale de l'Institut des Frères des Ecoles Chrétiennes*, t. I, p. 470, «Aviso al lector», respecto de la autenticidad de dicho «prólogo», considerado por el autor como de La Salle.

⁹Cf. GALLEGO S., B.A.C. 478, pp. 213, n° 30.

¹⁰Sobre este aspecto de la «Recreación», cf. TEMPRADO A., 1.c. pp. 163 ss. Para La Salle hablar con «sabiduría es hacerlo con «ternura» (MD 33,2); «con mansedumbre y caridad» (MF 115,2); «con modestia, gravedad, cordura» (L34,8; L 47,12; MD 69,3).

¹¹También BLAIN 2,138, indica la presencia de Dios en medio de los Hermanos «cuando hablan de las cosas de Dios con sencillez...; entonces Dios se encuentra en medio de ellos».

¹²Cf. GUIBERT J., *Histoire de Saint Jean Bte de La Salle*, Paris L. Ch. Poussiélgue 1901, p. 153.

«La Salle prohíbe y lo deja en la Regla» que no se hable en la recreación de los presentes en particular. Luego añadiría: «Si no es para decir bien de ellos». Así salía al paso de que los Hermanos hablasen de él y de sus ejemplos de virtud.

¹³Edición en español. Lima (Perú).

¹⁴Tocamos un amplio tema inserto en la CE, pp. 140 ss, en el cómo regular el Hermano su palabra respecto de la corrección para que lo haga «sin palabras duras» (p. 142). Cf. también MR 203-204.

¹⁵GARCIA Hoz V., «El silencio en el Maestro Lasaliano», *Información Lasaliana*, 7, pp. 28ss.

16La Salle define la oración «como conversación con Dios» (R 120,20); como un diálogo al modo como Moisés se comunicaba con Dios (I, 275), la

oración mental es trato «frecuente y fervoroso» con Dios (MF 177,3).

Temas complementarios:

Temas complementarios:

Alegría; Alumno; Amor; Celo; Comunidad; Corazón; Corrección; Cortesía; Cuenta de conciencia; Director; Edificación; Empleo; Espíritu Santo; Estado; Fe; Humildad; Maestro; Mansedumbre; Mundo; Niños; Oración; Piedad; Recreación; Regla; Regularidad; Religioso; Salvación; Santos; Sequedades; Silencio; Ternura; Urbanidad; Voluntad de Dios; Devoción mariana.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

1. FELIX-Paul *Las Cartas de San Juan Bta de La Salle*, Colección Sínte 4, 1962.
2. SAUVAGE M. - CAMPOS M., *Anunciar el Evangelio a los pobres*, Lima-Perú, p. 411, «Fraternidad de Hermanos».
3. GALLEGO S., *Vida y pensamiento de San Juan Bta de La Salle*, B.A.C. 1986, t. 477 y 478.
4. TEMPRADO A., «*La Palabra*» según la Salle, *mística y empleo de la misma en cuanto comunicación espiritual*. Colección Sínte 13. Instituto Pontificio «San Pío X», 1977 y partes que no se encuentran en el libro pero sí en el tomo mecanográfico de la Biblioteca del «Instituto San Pío X» con la signatura 251 TEM, 1 y 251, Tem, 2.
5. *Cahiers lasalliens*, n° 9, p. 271, referencia al modelo de recreación del Abad de Rancé. n° 10, p. 58 en que habla de las Recreaciones y p. 18 de la «conversation».
6. POUTET Y., *Le XVIIe siècle et les origines lasalliennes*, Rennes, 1970, pp. 430-432.
7. *Vocabulaire Lasallien, vol. II: Conversation*, p. 418 y *Converser*, p. 419.
8. *Dictionnaire de Spiritualité* t. II (1953), pp. 2212 a 2218.

9. *Dictionnaire Universel français et latin* (Frenix) t. II (1721), p. 203.
10. BLAIN 1 y BLAIN 2, CL 7 y 8.
11. *Instructions et prières* CL 17.
12. *Vie de M. de La Salle* par F.E. Maillefer, Ms de Reims CL 6.
13. *Méditations sur les principales Fêtes*, CL 12.
14. *Méditations pour les dimanches*, CL 12.
15. *Méditations pour le Temps de la Retraite*, CL 13.
16. *Les Règles de la Bienséance*, CL 19.
17. *Règles Communes des Frères des Ecoles chrétiennes*, CL 25.
18. *Recueil de différents petits traités à l'usage des Frères des Ecoles Chrétiennes*, CL 15

H. José Luis HERMOSILLA GARCIA

14. CONVERSION



14A - LA CONVERSION SEGUN LA SALLE

Sumario:

1. La palabra. - 2. Plan de salvación. - 3. La misión de Cristo. - 4. Los Hermanos, ministros de Cristo. 4.1. Instrumentos. 4.2. La imitación de Cristo. 4.3. Humildad y obediencia. 4.4. El espíritu de Jesús. 4.5. La palabra. 4.6. El testimonio. 4.7. La oración. 4.8. Las persecuciones. - 5. Finalidad de la escuela cristiana.

1. LA PALABRA

La palabra conversión se emplea para expresar ya sea el paso de la incredulidad a la fe, ya del pecado a la gracia. San Juan Bautista de La Salle ha utilizado ambos registros, mas el que más nos afecta es el segundo. «Vosotros, a decir verdad, no tenéis infieles que convertir; en cambio, estáis, por vuestro estado, en la obligación de enseñar a los niños los misterios de la religión, y de infundirles el espíritu del cristianismo; lo cual no es menos va-lioso que convertir infieles» (MF 109,3).

2. PLAN O DESIGNIO DE SALVACION

Doctor en teología, san Juan Bautista de La Salle sabe que la conversión es obra de Dios, el fruto de su plan de salvación para la humanidad entera: «Dios mío, sois el único que podáis verdaderamente mover y convertir un corazón...» (I 179), «convertid a vos nuestros corazones» (I 58), «Vos lo dijiste, oh Dios mío, que el cielo entero es un sobresalto de gozo ante la conversión de un pecador» (I 213). Se apoya pues, sobre el

sentimiento sólido de la fe que le permite escribir con relación al Padre: «El mismo protesta en la Sagrada Escritura que no quiere la muerte del pecador, sino su conversión, su vida y su salvación» (EM 69).

3. LA MISION DE CRISTO

Esta voluntad se realiza en la persona del Verbo encarnado, el Hijo del Hombre:1 «No tenía por finalidad más que la conversión de las almas» (Da 33), «siempre ha sido con esas miras y por algunos de tales motivos que Jesucristo Nuestro Señor ha actuado en todas las visitas que hizo, pues era o para convertir las almas a Dios como la que cumplió con Zaqueo, o para resucitar difuntos... o para curar enfermos... aunque no realizara esos milagros sino a fin de ganar los corazones a Dios» (RB 160), «porque había venido, según él mismo lo dice, para convertir a los pecadores y para incitarles a que hicieran penitencia» (Da 32).

Esta misión,2 inaugurada durante su vida terrena, se perpetúa en la gloria, especialmente por la acción sacramental: «Es el privilegio que tengo en la sagrada Comunión por el cual, al poseer a

Cristo en mí... a veces se me recuerda lo que El ha padecido por salvarme; en otros momentos se me representa la asiduidad y continuidad de sus oraciones cerca del Padre y el celo que tiene por mi entera conversión» (I 257).

4. LOS HERMANOS, MINISTROS DE CRISTO

4.1. Instrumentos

En la Iglesia, Jesús también llama a otros hombres para asociarles a su «obra» (MD 7,1; MR 196,1); los Hermanos al formar parte, deben estar «persuadidos» que la iniciativa y la fecundidad apostólicas incumben al único dominio de Dios, y que no son sino «instrumentos que no deben moverse sino por El» (MR 196,1) a imitación del ejemplo del Precursor: «San Juan,³ en su deseo de atribuir a Jesucristo toda la gloria de la conversión de las almas, por la que él mismo trabaja sin tregua ni descanso, dice de sí que sólo era una voz...» (MD 3,1). «Pues, ¿no es ladrón quien se atribuye a sí mismo la obra de convertir las almas, o conservar su inocencia; obra que no puede convenir más que a Dios solo y a quienes El ocupa en ella, los cuales se le han entregado del todo y acuden de continuo a El para estar en condiciones de procurar tan excelente bien?» (MD 62,1).

4.2. Imitación de Cristo

Como saben que no pueden nada sin El, su principal empeño consiste en imitarle. Por lo demás, El mismo «ha querido que sus discípulos le acompañaran en todas sus conversiones que obró, para que, observando su modo de proceder, pudieran amoldarse a él y a acomodarse a su conducta» (MR 196,2). Y el Fundador remata su idea del papel de los Hermanos cabe sus alumnos: «Como ocupáis su lugar, consideraos obligados a actuar⁴ así y solicitar las gracias necesarias para procurar la conversión de, sus corazones» (MD 6,2).

4.3. Humildad y obediencia

Ahora bien «Jesucristo se dispuso por la sujeción y la obediencia a realizar la magna empresa de redimir a los hombres y convertir las almas» (MD 7,1). Igualmente «la vida humilde y escondida...⁵

es la que el Padre escogió para Jesucristo, en tanto llegaba la hora de ocuparse de la predicación del Evangelio y en la conversión de las almas, fin primordial de su venida» (MD 6,2).

De ahí la insistencia del Fundador sobre la humildad y la obediencia, virtudes inseparables que él constituye como fundamento tanto para la formación de los Hermanos como para el ejercicio de la mismísima vida apostólica. Ya que «a los humildes concede Dios las gracias para convertir los corazones y Jesucristo lo dio bien a entender así cuando propuso a los apóstoles como única lección que deseaba que aprendieran (de El) la de ser humildes de corazón; intentando con ello demostrarles que nada podía capacitarlos mejor para el ministerio de convertir las almas» (M F 79,2).

4.4. El espíritu de Jesús

Pero «para desempeñar debidamente el ministerio, no os bastará ejercer con los niños vuestras funciones conformándoos únicamente al proceder externo de Jesucristo en la conversión de las almas, si de igual modo, no hicierais vuestros sus designios e intenciones. El mismo dijo que no vino a la tierra sino para que los hombres tuviesen vida y la tuvieran en abundancia... Tal ha de ser también el intento que os propongáis vosotros al instruir a los discípulos: ⁶ conseguir que lleven vida cristiana y que vuestras palabras sean espíritu y vida para ellos:

1. porque las producirá el Espíritu de Dios que habita en vosotros;
2. porque procurarán a los niños el espíritu cristiano. Y poseyendo ese espíritu, que es el espíritu mismo de Jesucristo, vivirán la vida verdadera, tan provechosa para el hombre, que ha de conducirlo con seguridad a la vida eterna» (MR 196,3).

4.5. La Palabra

Por idéntica razón de eficacia espiritual, san Juan Bautista de La Salle aconseja el uso privilegiado de la Biblia, «esta divina palabra es la única capaz de poner división entre la carne y el espíritu lo cual es tan necesario para obrar la entera

conversión de las almas» (MF 159,1). Apoya este consejo con el ejemplo de san Bartolomé apóstol: «Con el fin de penetrarse mejor de las verdades evangélicas, llevó siempre consigo en sus viajes el Evangelio de san Mateo. Este era su único tesoro y en él ponía toda su confianza al procurar la salvación de los hombres, que convirtió en gran número» (MF 159,1). Aun así es preciso usarlo con sagacidad, pues «tener el don de lenguas es saber hablar para atraer las almas a Dios, procurar su conversión y poder decir a cada una lo que le conviene; pues Dios no gana para sí las almas utilizando medios idénticos; hay que saber decir a cada una lo que más le ayude para resolverse a ser totalmente de Dios» (MD 64,2).

4.6. El testimonio

Sin embargo, las instrucciones⁷ no producirían el fruto que se debería sacar si no se apoyaran sobre el testimonio de una vida profundamente cristiana: «Más de cuatro mil personas siguieron a Jesús en el desierto, cautivadas por el ejemplo de su vida santa y por el celo que en convertir almas ponía de manifiesto en su fervorosas predicaciones» (MD 59,1). Esta consideración arranca en el Fundador un grito de verdadero entusiasmo: «¡Qué grande es la fuerza y eficacia del ejemplo para convertir las almas y ayudarlas a progresar en la virtud!» (M F 180,1).

4.7. La oración

Lo que fecunda el apostolado es también la oración. San Juan Bautista de La Salle, en la *Colección*, exhorta a los Hermanos: «¿Rezáis algunas oraciones por la Iglesia, por vuestros Superiores, bienhechores, amigos y enemigos; por la conversión de las almas, en especial por las que están a vuestro cuidado?» (R 199). Desde tal punto, anota: «Tenéis dos clases de niños que instruir: los unos son amigos de liviandades⁸ y propensos al mal; los otros son buenos, o, al menos, inclinados al bien. Rogad de continuo por unos y otros, a ejemplo de san Marcelo; pero más particularmente por la conversión de quienes muestran inclinaciones torcidas. Procurad mantener y consolidar a los buenos en la práctica del bien; con todo, que vuestro especial cuidado y vuestras más fervorosas plegarias se ordenan a ganar para Dios los corazones de quienes tienen

tendencia al mal» (MF 186,3). «Volved los ojos a Jesucristo como al buen Pastor del Evangelio... e impetrad de El las gracias requeridas para conseguir la conversión de sus corazones» (MR 196,1).

4.8. Las persecuciones

La salvación pasa a través de la Cruz. Dios saca el mayor bien en el orden espiritual de las pruebas por El soportadas: «Tal es el fruto de las persecuciones que padecen quienes laboran por la salvación de las almas. Cuanto más abrumados se ven por las pesadumbres, de sus tareas apostólicas, tantas más conversiones obra Dios por su ministerio, y con tanta mayor eficacia cooperan a la salvación del prójimo» (MF 126,2).

5. FINALIDAD DE LA ESCUELA CRISTIANA

Muy curiosamente nos hallamos con esta misma simetría literaria en otros dos textos del Fundador que enlazan la finalidad apostólica de la escuela a dos temas muy queridos para él: el espíritu de infancia y la ternura. Helos aquí: «¿Queréis convertir y ganar fácilmente para Dios a vuestros discípulos? Sed como ellos, según quiere san Pablo, niños, no en prudencia, sí en malicia. Cuanto más pequeños os hagáis, más gustaréis de que os tengan por tales; cuanto más os aficionéis a las persecuciones y humillaciones que os pudieren so-brevenir, tanto más fácilmente moveréis los corazones de los que educáis y los determinaréis a vivir como verdaderos cristianos» (MF 79,2). «¿Procuráis ser tan bondadosos y tener tanto afecto a los niños que instruíis, como tuvo san Bernabé a aquéllos de cuya conversión y salvación se ocupaba? Cuanta más ternura tengáis con los miembros de Jesucristo y de la Iglesia que os están encomendados, más admirables efectos de la gracia producirá Dios en ellos» (MF 134,2).

No sabríamos concluir mejor que con estas últimas líneas: «Como premio de tan excelente bien y de servicio que El tanto estima, Dios da a los que se consagran infatigablemente a salvar las almas, dos clases de recompensas ya en este mundo: Primera, para ellos, la abundancia de sus dones; segunda, en su ministerio, más ancho campo y mayor facilidad para convertir las almas»

(MR 207,1).

1San Juan Bautista de La Salle no utiliza esta fórmula sino cinco veces (cf. MD 1.1 - MD 50.2 - EM 65 - L. 52 - Da 86). La volvemos a encontrar en la ME 168 que no es del Fundador.

2JBS no utiliza esta palabra sino cinco veces y nunca en relación a Cristo. Prefiere, en tal caso «oeuvre», o «ouvrage».

3En la tercera parte de los *Devoirs d'un Chrétien*. JBS aconseja «para bien celebrar la fiesta del natalicio de san Juan Bautista, debemos... agradecer a Dios de haber enviado este santo sobre la tierra para traernos el espíritu de penitencia y el celo por la conversión de los pecadores...» (Dc 229).

4Hoy se diría en francés «faire de même» según nuestra traducción.

5 La palabra abyección, en el siglo XVII alude a una situación de ínfima vileza. En el lenguaje religioso expresa el sentimiento de humildad profunda de la criatura anonadada en presencia de Dios. En su acepción normal designa el último grado de la escala social, la escoria. San Pablo ¿no escribía «hemos llegado a ser, hasta el presente, como la basura del mundo, como la escoria de todos»? (1 Co 4,13). Se mezcla en su contexto una

significado del vocablo ha evolucionado y pasa de «despreciado» a «despreciable».

6 Unicamente en las meditaciones (para los Domingos, para las Fiestas y para el tiempo del Retiro) san Juan Bta. de La Salle aplica este término a los escolares. Sirve destacar el carácter apostólico de la escuela. E igualmente los Maestros son llamados Hermanos. También el oficio se transforma en ministerio... E incluso la pedagogía se recrea como pastoral: «Sois vosotros los sustitutos de los Pastores de la Iglesia» (MD 61,3), «...colocados en lugar de sus padres, madres y pastores... vosotros que ocupáis el puesto de padres y pastores de almas» (MR 203,3).

7En sus «instrucciones» los Hermanos no deben proponerse otra meta que la conversión de sus alumnos, según el ejemplo de santo Domingo: «El amor que este santo profesaba

a los prójimos, le inspiró celo ardiente por su instrucción y por convertir a los que vivían viciosamente» (MF 150,2).

8La voz se utiliza para designar al libre-pensador que se emancipa de las leyes de la Iglesia. San Juan Bautista de La Salle le califica de impío y frívolo. El libertinaje induce al desorden, a la corrupción y al vicio.

Temas complementarios:

matización de menor estima. Sólo últimamente el

Temas complementarios:

Apóstol; Bondad; Dios; Discípulo; Iglesia; Niños; Espíritu Santo; Estado; Ejemplo; Fe; Formación; Humildad; Instrucción; Alegría; Ministerio; Misión; Misterios; Penitencia; Oración; Salvación; Verdad; Celo.

Temas complementarios:

BIBLIOGRAFIA

Dictionnaire de l'Académie, Paris, 1694.

P. RICHELET *Dictionnaire français*, Amsterdam, 1709.

A. FURETIÈRE *Dictionnaire universel des mois français*, La Haie, 1701.

G. CAYROU: *Le français classique*, Paris, 1948.

R. BRUSEBOIS *Etude de mots du vocabulaire lasallien*.

JBS: MD, MF, MR, EM, R, I, RB, Da, Dc.

Hno. Jacques GOUSSIN

Traducido del francés por el Hno. Eulogio BRAVO

14B - PROCESO DE CONVERSION



Sumario:

1. Conversión según la Biblia, A.T. y N.T. - 2. Conversión según La Salle: 2.1. Convertir; 2.2. Conversión; 2.3. Dinámica de la Conversión; 2.4. Finalidad de la Conversión; 2.5. Las mediaciones para la Conversión; 2.6. El estado de vida de un convertido.

I. LA CONVERSION SEGUN LA BIBLIA

Cuando una persona da nuevas directrices a su vida, pasa por un proceso de evaluación interior que incluye un juicio sobre sus puntos de vista y actitudes anteriores. La consecuencia es el intento de un cambio de vida para mejor y lo más completo posible.

Este proceso de cambio interior de una persona y que tiene sus repercusiones exteriores, es expresado en el Nuevo Testamento (N.T.), por tres grupos de palabras que tratan de sus distintos aspectos: EPISTREPHÔ, METAMELOMAI, METANOIA. La primera y la última palabra significan «volverse, mirar hacia atrás» y se refieren a la CONVERSION de una persona. Ello presupone, en el lenguaje del N.T., *un cambio completo de vida bajo la influencia del Espíritu Santo*. METAMELOMAI: expresa más el sentimiento de arrepentimiento por el error, el pecado, la falla, la deuda y, así, tiene también el sentido de «mirar hacia atrás», pero no siempre incluye el sentido de llevar el hombre a volverse para Dios. EPISTREPHÔ, probablemente, es el concepto más amplio, porque incluye la FE. Muchas veces encontramos «pisteuô» (fe) empleado expresamente con METANOIA,

porque la fe es el complemento del arrepentimiento.¹

La base de todos estos términos en el Antiguo Testamento (A.T.) es SUB que significa «volver hacia atrás», «regresar», «cambiar de dirección», «dejar de...». En el contexto religioso CONVERSION tiene dos sentidos fundamentales y entre si complementarios: a) *apartarse* (aversio); b) *volverse hacia* (conversio). San Agustín define así el pecado: «Aversio a Deo et conversio ad creaturas».²

Esto nos posibilita definir la santidad, objeto de la conversión, como «aversio a creaturis et conversio ad Deum».

La Conversión es una dimensión esencial a la vida cristiana que es el vivir en comunión con Dios por mediación de Jesucristo. El objetivo de la conversión es poner la persona humana en la dirección de Dios, en el camino de la santidad, en la búsqueda de la comunión la más plena posible con el Señor.

En el *Antigo Testamento* la Conversión (sub) tiene básicamente tres elementos esenciales: a) *el volverse para Yahweh* y *poner en Él toda la*

confianza (cf. Os 14,4; Jr 3,22-23; Is 10,20-21); b) *escuchar la Ley de Yahweh y obrar en conformidad con Él* (Os 6,1-6), lo que implica el acoger al hermano pobre, no hacerse sordo a sus necesidades (Is 11,14; S 72,2); c) *apartarse de todo el mal*, de lo que es contrario a Dios (Is 1,16; Ez 18,31ss; Jr 36,3).³

El *Nuevo Testamento* se abre con Juan, el Bautista, que predica la conversión como necesidad para recibir al Mesías. Jesús inicia su Ministerio Mesiánico llamando los pecadores a la conversión (cf. Mc 1,15; Mt 4,17). La Conversión es un aspecto esencial del Reino que Él viene a establecer como Hijo de Dios-Salvador, Mesías. Jesús expresa que lo fundamental para Él es la transformación del corazón y consecuentemente de la vida en dirección a Dios, a su Plan Salvífico. Este cambio de vida hace la persona pura y disponible a Dios como un niño (cf. Mt 18,3) y al mismo tiempo la pone en el dinamismo de «buscar el Reino de Dios y su Justicia» (Mt 6,33), es decir, vivir según la Nueva Ley.

La Conversión - que implica un cambio radical de vida en el sentido moral y que tiene la participación activa de la persona con su entregarse enteramente a Él en actitud de confianza plena- es precedida, según la Biblia, por la iniciativa del Señor. Él previene al pecador, va por él, lo llama a abandonar el pecado y a volverse para Dios. El Evangelio nos da ejemplos definitivos de la oveja y de la dracma perdidas y del encuentro de Jesús con la pecadora y con Zaqueo (cf. Mt 9,10-13; Lc 15,2; Lc 7,36-60; Lc 19,5-9).

La *Iglesia primitiva*, en fidelidad a la misión de Jesús, pone como esencial en su ministerio, el llamado a la Conversión. Los Apóstoles predicán la conversión al anunciar el Evangelio del Reino (cf. Mc 6,12; Lc 24,47). El signo de la Conversión en la Iglesia (signo de cambio radical de vida, de abandono del pecado y de aceptación de Jesucristo, signo también del perdón de los pecados) es el Bautismo. En la situación de pecado después del Bautismo, la persona encuentra, por el arrepentimiento y la penitencia, la misericordia y el perdón de Dios. Es una otra dimensión de la Conversión (cf. Hch 8,22; St 5,19; 2Co 7,9-12; Tm 2,5; Ap 2,16 y 21; cf. 3,3-

19; Hch 17,30).

En relación con el A.T. el Nuevo Testamento enriquece la comprensión de Conversión con un elemento nuevo que es la «nueva relación con Dios, la filiación divina del creyente en y por Jesús». La ruptura con el «hombre viejo», dominado por el pecado (aversio) adquiere otra dinámica que es el «revestirse del hombre nuevo», a semejanza de Jesucristo (cf. Col 3,5-17) y el comprometerse con Él en el establecimiento del Reino de Dios (conversio). Esto exige un cambio radical de vida, de la totalidad de la vida, por la acción del Espíritu Santo (cf. Mt 18,3; Lc 14,33; Lc 15,1; Jn 12,40; Hch 26,18-20; 1 P 2,25).

2. LA CONVERSION EN SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

San Juan Bautista de La Salle (Francia 1651-1719) está marcado en su formación teológica por el tomismo; pastoral, por la reforma tridentina; espiritual, la escuela francesa de espiritualidad, principalmente la sulpiciano. Sus escritos lo revelan como un buen conocedor de las Sagradas Escrituras, de los Padres de la Iglesia, de su época y de la Vida de los Santos. Después de presentar muy brevemente el uso del verbo *convertir* y de la palabra *conversión* nos detenemos en lo que La Salle enseña sobre la *dinámica de la conversión*, su *finalidad* y las *mediaciones para la conversión* para concluir con unos *rasgos del convertido* según el ideal del Santo Fundador.

2.1. El verbo Convertir

Analizando los escritos de La Salle encontramos que es bien diversificado el sentido que da al verbo *convertir*, según el tipo de asunto y de concepto que desea expresar. Sin la pretensión de agotar todos los distintos sentidos, veamos algunos ejemplos.

2.1.1. *obras, cosas, costumbres que son transformados, cambiados*: «Jesús convirtió agua en vino» (MD 8,3); «tales obras... se convierten en actos de la voluntad propia» (MD 11,2); «... en polvo te convertirás» (MD 16,3); «... se convierten en uno de los mejores medios» (MD 17,1; MF 126,3); «convirtieran la casa de Dios en una cueva de ladrones» (MD 62,1; MD 77,2); «las

ciudades se convertirían en desierto» (MF 105,1); «convertirse en hábito» (MF 190,2); «las faltas se convertirán en costumbre» (MR 203,2).

2.1.2. *situaciones, actitudes «buenas» cambiadas en «malas»: «convertirían esa misma gracia en principio de condenación» (MD 5,1); «convertirse en enemigo de Dios y esclavo de Satanás» (MD 51,2); «convertir la casa de Dios en cueva de ladrones» (MD 62,1; MD 77,2).*

2.1.3. *infieles, paganos, herejes y pecadores transformados en cristianos verdaderos: «no tenéis infieles a convertir» (MF 109,3); «... una eficacia particular para convertir muchos pueblos» (MF 131,3); «él convirtió a numerosísimos herejes» (MF 126,2); «... logró convertir a más de cien mil herejes» (MF 150,2); «... publicanos y pecadores que fueron convertidos por el Señor» (MF 167,1); «... celo en convertir a los infieles» (MF 168,2; 109,3; 135,2).*

2.1.4. *personas, almas, corazones... transformados para Dios: «Jesús convirtió muchas almas a Dios» (Da 36); «San Pedro convirtió tres mil personas» (Db 63; cf. Db 54; MF 139,3); «convertid nuestros corazones a vos, oh Señor» (158); «Tocar y convertir un corazón» (I 179); «Dios da sus gracias para convertir las almas» (MF 79,2).*

2.2. La palabra Conversión

A lo largo de su extensa obra La Salle utiliza la palabra CONVERSION en el sentido bíblico de cambio radical, transformación del corazón, de la mente, de las actitudes en una total ruptura con el pecado y con lo que a él se refiere (sentido de *aversio*), para conducirse incondicionalmente por la voluntad de Dios, es decir, vivir con, en, por y de Dios, para su gloria. Con esto la persona busca la santidad y su misma salvación. Para ello tomará los medios necesarios.

Veamos algunos ejemplos de esto en los escritos de La Salle: «*Gracias únicamente a la conversión de sus corazones*» (MD 4,2); «*ocuparse en la conversión de las almas*» (MD 64,2); «*la entera conversión de su señor*» (MF 103,1); «*oraciones y lágrimas por su conversión*» (MF 122,3); «*hasta lograr su conversión*» (MF 161,2); «... la

principal conversión es la del corazón» (MF 175,2); «*no tenía otra finalidad que la conversión de las almas*» (Da 33); «*una verdadera conversión del corazón a Dios*» (Da 348); «*celo por la conversión de los pecadores*» (Dc 229); «*Dios no quiere la muerte del pecador, sino su conversión*» (EM 69).

2.3. La dinámica de la Conversión

En la doctrina de La Salle la conversión obedece a dos movimientos: a) la ruptura con el pecado; b) la comunión con Dios. Analicemos un poco lo que nos dice La Salle:

2.3.1. *La situación de la cual convertirse.* - En el universo teológico-espiritual de La Salle está delineada, con claridad, la terrible situación del pecado en sus múltiples manifestaciones, dominando la historia de la humanidad. Pecado es considerado por el Santo Fundador como ofensa y ultraje a Dios (cf. Da 290; Db 9; GA 376). Es el más grande de los males (cf. GA 375 y 376). Es desobediencia a Dios (cf. PA 454). Es la esclavización del hombre por las fuerzas de las tinieblas interiores y nos hace «hijos del diablo» (Db 165), aliados del Maligno, de los malos y de la maldad. Con frecuencia «mundo» es utilizado por La Salle en sentido joaneo, es decir, de situación global de pecado, mundo contaminado por la iniquidad y con fuerza propia de corrupción.

Algunos ejemplos ilustran lo que acabamos de presentar: «*Debéis -escribe La Salle- nutrir tal horror a todo lo que es pecaminoso que, según las palabras de san Pablo, os guardéis de toda especie de mal, que tenga sombra o apariencia de mal*» (MD 39,1); «*Si pertenecéis verdaderamente a Dios, sois entonces enemigos del mundo ya que el mundo es enemigo de Dios*» (MD 41,2); san Ambrosio renunció a todo «*para poder perder completamente el espíritu del mundo*» (MF 81,1); «*pedid a Jesús, por la virtud y por la gracia de su adorable nacimiento, quiera destruir o aniquilar en vosotros todo pecado y toda inclinación al peca-do*» (MF 94,2); «*todo el que ama el mundo y sus bienes no puede recibir el Espíritu de Dios*» (MD 42,1; cf. 41,1; MF 161,1).

2.3.1. *La situación para la cual convertirse.* - Es

evidente, según La Salle, que no es suficiente romper con el pecado, sus tramas y consecuencias y con el mundo dominado por el pecado. Lo más importante en la conversión es buscar la gloria del Señor y así lograr la propia salvación, ser santo. La santidad exige la muerte al pecado: «El hombre, escribe La Salle, no puede santificarse sino después de la destrucción del pecado» (MF 162,1); «Debéis destruir el "hombre de pecado" que os ha dominado, para la liberación de la vergonzosa servidumbre a que el pecado os ha sometido. Dejad a Cristo reinar sobre vuestros movimientos interiores de modo tan absoluto que efectivamente ya no seáis vos quienes viváis sino sea Cristo quien viva en vos» (MD 22,2); buscad «no tener otra voluntad que la de Dios» (MD 24,3); la conversión debe llevar a «una vida enteramente nueva y toda celestial» (MD 29,3); «estamos obligados a vivir en una gran santidad» (EM 17); «Todo en vosotros debe manifestar la santidad a la cual os obliga vuestro estado» (MD 60,2).

La misión del Hermano y de todo Educador Cristiano tiene este mismo objetivo de llevar los alumnos a la santidad. Dios en su providencia busca remediar la situación de peligro de pecado en que se hallan los niños pobres dándoles las Escuelas Cristianas y los Educadores Cristianos (cf. MR 196,1 ss). En la educación de los niños no es suficiente la conversión del pecado. Es necesario que los alumnos «vivan verdadera vida cristiana» y tengan vida, vida en abundancia (cf. MR 196,3). La gloria en el cielo será inmensa para los que han dedicado su vida a la salvación de los niños y de los jóvenes. Ellos cantarán las alabanzas, delante de Dios, a los que les enseñaron los caminos del Cielo (cf. MR 208).

2.4. La verdadera finalidad de la Conversión

Ya en la Fórmula de Votos de los miembros del Instituto Lasallista, el Santo Fundador pone como objetivo último de la vida de los Hermanos y de la obra de las Escuelas Cristianas, LA GLORIA DE DIOS: «... para procurar vuestra gloria cuanto me fuera posible y lo exigiréis de mí» (CL 2,42). Para ello los Hermanos se consagran a Dios en fraternidad y tienen juntos y por asociación las Escuelas Cristianas al servicio de los pobres. Esta gloria de Dios es lograda por la santificación del

Hermano y de sus alumnos: «Llamados en vuestro estado a cooperar en la santificación de vuestros alumnos, debéis ser santos, de santidad no común», escribe La Salle en la Meditación para los Domingos, n° 39,2. Y añade: «Todo en vosotros debe manifestar la santidad a la cual os obliga vuestro estado» (MD 60,2).

La conversión es un proceso permanente de búsqueda de la santa voluntad de Dios: «Aplicad, a ejemplo de Jesucristo, nuestro divino Maestro, a solo querer lo que Dios quiere, cuando y como Él lo quiere» (MD 24,1), pues «Jesús vino al mundo para hacer la voluntad de Dios, su Padre» (MD 42,2). «Quien dice que ama a Dios pero no hace su voluntad es mentiroso» (Da 98). En todo no se debe «tener otra cosa en mira que las órdenes y la voluntad de Dios» (R 82-86; Directoire 9.5).

El ideal perseguido por el Hermano, por todo cristiano, debe ser vivir según la gracia de Dios e inspirado por ella (cf. MD 45,3; 29,3). Esto significa vivir «una vida enteramente nueva y celestial» (MD 29,2 y 3; MD 30,1; MD 32,1; MD 33,1; MD 43,1), despojado del «hombre viejo» y «revestido del hombre nuevo» según Jesús (MD 29,3; MF 92,3; MF 159,3), buscando vivir la perfección evangélica (cf. MD 5,3), hasta poder decir «ya no sois vos que vivís, es Cristo quien vive en vos» (MD 22,2; MD 48,1). Para ello es esencial «amar a Dios y entregarse enteramente a Él» y «apegarse únicamente a Dios» (MD 42,1; MD 70; MF 90).

El ministerio apostólico del Hermano y del Instituto de las Escuelas cristianas es la salvación de los alumnos: «De poca utilidad sería vuestro empleo si no tuvieseis en vista la salvación de las almas» (MF 148,2); «vuestro Instituto tiene la misma finalidad de la Compañía fundada por san Ignacio: la salvación de las almas» (MF 148,3); es necesario poner en práctica todos los medios «para que podáis contribuir, cuanto Dios os pide, para la salvación de los que os son confiados» (MR 193,3); «estáis encargados de ayudar a vuestros alumnos a salvarse» (MR 195,1); «considerad que estáis obligados a hacer lo mismo (que Jesús Buen Pastor) y pedidle las gracias necesarias para operar la conversión de sus corazones» (de los alumnos) (MR 196,1), «hacerlos renunciar a su vida pasada» de pecado (MR 198,3) y en ellos

«edificar el Cuerpo de Jesucristo y tornarlos santos y perfectos» (MR 198,3). La recompensa del Hermano, del Educador Cristiano, será grande en el Cielo: «Oh, qué alegría no experimentará un Hermano de las Escuelas Cristianas, al ver un gran número de sus alumnos en la posesión de la felicidad eterna, de la cual le son deudores por la gracia de Jesucristo» (MR 208,2).

2.5. Las mediaciones para la Conversión

San Juan Bautista de La Salle, además de trabajar en sus escritos y de modo profundo y amplio, la «renuncia al pecado» y el ideal a lograr, es decir «la comunión plena con Dios», presenta también, y bien desarrollados, los medios necesarios para la conversión y la santificación. Limitámonos en este estudio a lo más importante, según aparece en los escritos del Santo.

2.5.1. La gracia de Dios: «Tan grande es la bondad de Dios que, habiendo creado a los hombres, quiere que todos lleguen al conocimiento de la Verdad. Esta Verdad es el mismo Dios y todo lo que Él se dignó revelarnos» (MR 193,1). Dios «quiere que todos se salven. Pero Él no puede querer esto de verdad, si no da los medios necesarios...» (MR 193,2). Por eso Dios actúa a través de su Espíritu Santo en el corazón y en la voluntad de las personas para que busquen vivir según su amor. Sin el socorro de la gracia ningún hombre puede salvarse (cf. Db 249), no puede hacer nada (cf. EM 98). El Espíritu Santo no viene a un alma sino para darle la vida de la gracia o para hacerla actuar con la gracia de Dios (cf. MD 45,1). De la fidelidad a la gracia depende la salvación, la felicidad (cf. MF 96,1).

2.5.2. *El ejemplo de Jesucristo* que vino a este mundo para destruir el pecado y ofrecer todas las condiciones para que las personas se santifiquen y se salven (MD 25,1 y 2; MD 28,1 y 2; MD 29,2 y 3; MF 112,2). Jesús nos ama, nos deja su mensaje de amor, nos da su vida, permanece con nosotros en la Eucaristía... (cf. MF 84,2 y 3; MF 88,2; MF 102,2). Jesús quiere nuestra conversión, nuestra salvación, hacer de nosotros hombres nuevos: «Jesús quiere entrar en nuestro corazón para hacernos participantes de su naturaleza, para transformarnos enteramente en hombres celestiales» (MF 85,3); «tenemos posibilidad de

tornarnos santos por lo que hizo Jesús por nosotros» (MF 112,2). Para ello necesitamos de «un vivo apego a Jesús» (MF 88,2; MF 167,2), «mostrar un gran amor a Jesucristo» (MF 144,5); «seguir a Jesús con total disponibilidad» (MF 144,2; MF 145,1; MF 167,1).

2.5.3. *El ejemplo de María*. Preservada del pecado original y de toda sombra de pecado, santificada desde el seno materno, María es, para La Salle, modelo acabado del ser humano santificado por la gracia de Dios y que, en vida, vivió la más plena comunión con el Señor y su Plan Salvífico. Esto podemos admirar y asimilar en las 10 Meditaciones que La Salle escribió sobre María (MF 82, 83, 104, 112, 141, 151, 156, 163, 164, 191) y en otros muchos textos sobre ella (cf. Dc 254; EM 16,126; R 131, 198; Da y Db, etc.). La Salle tiene una devoción muy especial a María y quiere que sus discípulos, Hermanos y alumnos, la amen, imiten y recurran a ella en todo y para todo. En María se encuentra un poderoso apoyo para la búsqueda de la santidad, el seguimiento radical de Jesús, la comunión más plena posible con Dios y su Proyecto de Salvación.

2.5.4. *El ejemplo de los santos*. La Salle escribió un libro de *Meditaciones para las principales fiestas del Año* (CL 12, parte II). La mayor parte de estas meditaciones son dedicadas a los Santos del calendario litúrgico de su época. Amén de una síntesis de algunos rasgos de la bibliografía del santo, La Salle particulariza aspectos del santo que desea aplicar a los Hermanos, al ministerio que ejercen en la Iglesia, pero sobre todo al itinerario espiritual de los Hermanos en el continuo proceso de conversión y de búsqueda de la santidad. El tema «conversión» es constante como referencia en la vida y en la misión de los Santos. Aparece con especial realce en las Meditaciones sobre san Juan Bautista, los Apóstoles, (ver san Mateo, san Pablo); sobre santa Mónica, san Agustín, san Antonio de Padua, santa María Magdalena, san Ignacio, santo Domingo, san Cipriano, san Yon, san Dionisio, san Pedro de Alcántara, san Hilarión, san Marcelo de París, san Martín de Tours, santa Catalina... La Salle presenta a la meditación de sus Hermanos el ministerio de conversión ejercido por muchos santos y que algo semejante deben hacer los Hermanos con sus alumnos: «Rezad

continuamente a Dios por todos los alumnos, a ejemplo de san Marcelo, especialmente por la conversión de los que tienen malas inclinaciones» (MF 186,3); «Qué fuerza y eficacia tiene el ejemplo para lograr la conversión de las almas y ayudarlas a crecer en las virtudes», escribe La Salle sobre san Hilarión (MF 180,1). Y en la Meditación sobre san Dionisio encontramos esta exhortación: «Tened por seguro que la principal conversión es la del corazón y que, sin ella, la del espíritu es completamente estéril» (MF 175,2). De la Meditación sobre San Agustín: «Este santo tornóse un hombre nuevo, un hombre de Dios y, después de convertido, preparóse con esmero para trabajar sólidamente en la conversión de los otros» (MF 161,1).

2.5.5. *La Sagrada Escritura.* Un medio privilegiado para la conversión y la santificación es la palabra de Dios en las Sagradas Escrituras. La Salle lo pone en relieve en las Meditaciones sobre los textos bíblicos dominicales (CL 12, I Parte), pero también en las fiestas de María y de los Santos. La Meditación sobre santa Catalina de Alejandría es un verdadero tratado sobre la importancia de las Sagradas Escrituras para nuestras vidas (MF 192). «Convertida a la fe, desde su juventud santa Catalina encontró en la lectura de los Libros Sagrados un poderoso medio para conservar su fe. A tal punto se dedicó al estudio de la Sagrada Escritura que la conocía perfectamente... Considerad cuánto os importa saber la Sagrada Escritura... Ella robustece el alma en la fe y en la práctica del bien... Leedla con frecuencia y que esta lectura santa os llene de tal modo del Espíritu de Dios que hagáis todas las cosas con facilidad... es de suma importancia sacar el máximo provecho de la lectura de la Sagrada Escritura, ya que estáis encargados por Dios de instruir, reprender, corregir y llevar a la piedad a los niños que os son confiados» (MF 192,1 y 2). El Santo Fundador, en la Regla del Instituto, pone la Sagrada Escritura como el primer medio para la adquisición del espíritu de fe y de celo, espíritu característico del Instituto que fundara. Así escribe en el Capítulo II de la Regla: «Para adquirir este espíritu y vivir de él, en primer lugar, los Hermanos de esta Sociedad han de manifestar un profundísimo respeto por las Sagradas Escrituras. Para externarlo llevarán siempre consigo el Nuevo Testamento y no

pasarán ningún día sin leerle algún pasaje, por sentimiento de fe, respeto y veneración por sus divinas palabras, considerándolo como su primera y principal Regla» (RC cap. II: «Del Espíritu de este Instituto»).

La Salle utiliza con total familiaridad la Sagrada Escritura en sus escritos todos, una prueba del amor especial que nutría por ella como fuente primera de la Revelación de todo lo que Dios quiso para la realización de su Plan de Salvación. En ella La Salle encuentra la alimentación para la santidad y el contenido de lo que presentar en el apostolado y, en el caso de los Hermanos, para la educación cristiana de los niños y jóvenes pobres. En sus Catecismos y otros libros pedagógicos, La Salle da la prioridad a las Sagradas Escrituras, como fuente de la catequesis y de las orientaciones educativas para la formación del verdadero cristiano (Da, Db, GA, PA, etc.). El Hermano es motivado a ser un hombre bíblico, con todos los instantes de su vida iluminados por la Palabra de Dios (cf. R 126). Pero al mismo tiempo debe ser cuidadoso para no adulterar esta Sagrada Palabra (MR 193,1).

2.5.6. *La oración, en sus diversas formas, especialmente la Santa Eucaristía.* La conversión es fruto de la oración de la Iglesia. Santa Mónica es presentada por La Salle como modelo: «Por fuerza de oraciones y lágrimas logró convertir a Agustín al catolicismo» (MF 122,1). Y La Salle pregunta a los Hermanos: «¿Imploráis de Dios para los alumnos la gracia de cambiar de vida?» (MF 122,2). La oración es indispensable para vencer la tentación, el pecado y obtener las gracias, la práctica de las virtudes, la presencia del Espíritu Santo, la eficacia en la misión: «Aplicaos a la piedad porque la piedad es una gran riqueza y es útil para todo» (MF 190,1); «es por la oración que el Espíritu Santo viene a vos y os enseñará todas las verdades de la religión...» (MF 191,2; 43,2); «la obligación que tenéis de obtener gracias no solamente para vosotros, sino también para otras personas y de llegar a los corazones, debe llevaros a aplicaros, de modo particular, a la oración, que es el ejercicio que Dios marcó para concederos sus gracias. ¿Es este el ejercicio que os es más caro? Procurad hacer todas vuestras acciones en espíritu de oración. Es uno de los mejores medios para santificarlas» (M F 129,2);

«cuanto más ardorosamente os apliquéis a la oración por los alumnos, tanto más Dios os ayudará a tocar los corazones» (MF 148,2; 159,2; 161,1); «sólo en el recogimiento y en la oración el alma logra una verdadera trans-figuración, o mejor, una completa transfiguración y iluminación de Dios» (MF 154,3).

La Salle ofrece orientaciones sobre distintas formas de oración, pero da un valor especial a la Meditación u Oración Mental sobre la cual escribe un importante tratado (*Explication de la Méthode d'Oraison*: CL 14). Pero la oración por excelencia es la Santísima Eucaristía: «Es verdad que Cristo vive en los que lo reciben (por el Santísimo Sacramento); Él se difunde en todas las facultades del alma y en ellas ejerce acciones de vida, guiándolas y dirigiéndolas con su Espíritu divino, por el cual permanece y opera en las almas» (MD 48,1). La Salle aconseja la comunión frecuente y combate las disculpas para no comulgar. Entra en detalles sobre el modo de bien comulgar para sacar el máximo provecho de este Santísimo Sacramento, que debe ser amado con un amor tierno porque es una prueba excepcional del amor de Jesucristo y es medio excelente para nuestra santificación (cf. M D 55,1 y 2; cf. las Meditaciones n° 47 a 55; 141; 144; 147; 130 y 26,3).

2.5.7. *Ayuno, penitencia, mortificación, sufrimiento* son, según La Salle, esenciales, como actitud constante para vivir en estado de conversión, de búsqueda de la santidad. En la Meditación n° 4 propone Juan, el Bautista, que predica el arrepentimiento y la penitencia como condición para la conversión. Para llegar a la santidad es necesario, escribe en la MD 16,3, el ayuno de los ojos, de la lengua y del corazón y para morir santamente es necesario vivir como penitentes. Sin la cruz es imposible ser discípulo de Jesucristo; tomar la cruz cada día, seguirlo sobre el Calvario (cf. MF 121; MF 162,3; MF 145,1). El amor al sufrimiento, hasta mismo el buscar el sufrimiento, es una enseñanza muy frecuente en la doctrina lasaliana. El milagro más grande de la gracia es amar los sufrimientos y los oprobios, ya que solamente llegaremos al cielo por el camino de las tribulaciones, enseña La Salle en la Meditación 149,3. La recompensa por el servicio a los pobres, por el trabajo por el Reino

es injurias, ultrajes, calumnias, persecuciones y la muerte (cf. MF 120,3; 153,3; 162,3; 166,3; 168,3; 175,3; 177; 182,2). La oración y la mortificación son necesarias para atraer la gracia de Dios sobre los alumnos (cf. MF 153,1). Un cristiano y mucho más un religioso no pueden vivir sin la mortificación (cf. MF 190,2) que debe ser considerada como un deber (cf. MF 190,2).

2.5.8. *El cultivo de todas las virtudes* es esencial para la santificación, esperanza, caridad. «El espíritu de este Instituto es el espíritu de fe (RC cap. 2; MF 147,3; MF 139,2 y 3; MF 117,3; MD 32,2 y 3; MD 46,2; MF 80,3; MF 84,3; MF 87,3; MF 96,2; MF 118,1 y 3) y el espíritu de celo (RC cap. 2; MD 2,2; MF 78,2 y 3; MF 79,3; MF 80,3; MF 81,2; MF 87,1; MF 93,3; MF 114,2). «En vuestro empleo necesitáis especialmente de celo por la salvación de las almas» (M F 119,3). La Caridad es el amor a Dios, el entregarse totalmente a Él, con un amor pleno (cf. MD 70; MF 90; MF 94,1 y 3; MF 104,3; MF 88,2; MD 58,3; MD 59,1; MD 34,3; MF 146,3). Pero la caridad es igualmente el amor al prójimo, especialmente los más necesitados. «Por vuestro empleo estáis obligados a amar a los pobres ya que vuestra función es instruirlos» (MF 174,1); «amad tiernamente a los pobres como san Cipriano, que en esto ha seguido el ejemplo de Jesús» (M F 156,2; cf. también M F 154,1; M F 133,2 y 3; MF 101,3; MF 86). Y sobre esta reina de las virtudes, indispensable para la santificación, La Salle tiene importantísimas orientaciones cuando habla de la vida de Comunidad de sus Hermanos (cf. Meditaciones 72 a 77).

La búsqueda de la santidad, exigencia de la conversión, implica el cultivo de otras virtudes, importantes para La Salle, como por ejemplo la pobreza (cf. M F 81,1; M F 86; M F 142,2; M F 143,1; MF 166,1 y 2; MF 176,2; MF 179,1; MF 187,1). Otro ejemplo es la castidad, la pureza (cf. Da 392, 394, 414; RC 44,1; M F 80,1; M F 158,1; EM 94; GA 385). Para La Salle la Obediencia es también una virtud de gran importancia para la santificación (MI 7 a 15; RC cap. 20; R 45 a 48). En horizonte escatológico, dato fundamental en la fe cristiana, La Salle pone como de fundamental ayuda para la conversión y la santificación el temor de Dios, un don y virtud que nos prepara

para presentarnos santamente delante del Supremo Juez (MR 208; cf. M F 90 a 92).

2.6. El estado de vida de un convertido

La descripción de un convertido, alguien que efectivamente renuncia al pecado, abandona el mundo para apegarse totalmente a Dios y que se pone en el camino de la santidad, aparece a lo largo de los escritos de La Salle con impresionantes detalles y minucias. Parece que nada se le escapa en la descripción de este ideal de vivir para Dios y su Plan de Salvación. La Salle sencillamente exige la perfección.

Escribiendo, sobre todo para los Hermanos de las Escuelas Cristianas, La Salle insiste constantemente en la muerte al pecado, al mundo, a las criaturas, a las cosas, a los costumbres y placeres de este mundo (cf. MD 76,2; MF 98,2; 99,1; 136,1; 137,1; 143,1; 144,1; 157,3; 158,2; 161,1; 174,2; 182,1; 183,3; 189,2; cf. 191,1; 187,2; 169,2). La Salle motiva a la Consagración a Dios, al apegarse totalmente y únicamente a Él (cf. MF 83,3; 146,3; 169,1; cf. MD 35,1; 42,1; 58,3; 59,1; MF 173,1). Lo que se debe querer es la «vida nueva» en Cristo Jesús Resucitado, ser una nueva creatura (cf. MD 29,2 y 3; 30,1; 31,1; 43,1; MF 92,3) hasta que Cristo sea el que vive en la persona (cf. MD 22,2; 48,1; 49,3).

El camino de la santidad, en el cual se entra por la conversión, es muy difícil, muy estrecho, lleno de persecuciones, incomprensiones, mortificaciones y hasta de «noches oscuras», arideces y ausencias de Dios. Solos nada podemos hacer. Hay que entregarse a la acción de la gracia, al Espíritu

Santo y ser fieles a Dios buscando en el retiro, en la oración, en la frecuencia de los Sacramentos y de las Escrituras Sagradas, en la devoción a María y en el celo apostólico, las fuerzas para proseguir en el camino de la santidad. Para el Hermano de las Escuelas cristianas hay un modo muy especial de vivir la caridad como un camino privilegiado de santidad: la vida en comunidad, en fraternidad con sus cohermanos y la dedicación amorosa a la educación cristiana de los niños pobres. Pero al mismo tiempo esta misma santidad es esencial, según La Salle, para la eficacia de la misión apostólica.

El que vive en permanente estado de conversión tiene como «objetivo único vivir y actuar sólo para la gloria de Dios» (cf. ME 89,3), tiene su felicidad en este mundo en el apegarse sólo a Dios (MF 89,2), en el amar únicamente a Dios (cf. MF 89,1; MD 70). Y La Salle concluye que una persona que sinceramente vive buscando en todo la santa voluntad de Dios (cf. MD 21,1 y 3; MD 42,2; MD 67,1), dedicándose al apostolado, nada tiene que temer en el último día, sino alegrarse con la recompensa que Dios le preparó con mucho cariño (cf. ME 90; MR 208).

1BROWN, Colin, *The New International Dictionary of the New Testament Theology*, 1978. Trad. Portuguesa Vol I verbete «Conversáo», páginas 496-504 (Ed. Vida Nova - BH).

2San AGUSTIN, *De Libero Arbitrio* I, 6; PL 32,1 340; PI II, 19.

3FERNANDEZ Domiciano, «Conversión» in *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*. Publ. Claretianas 1989, Madrid, páginas 459-467.

4Ibidem, página 460.

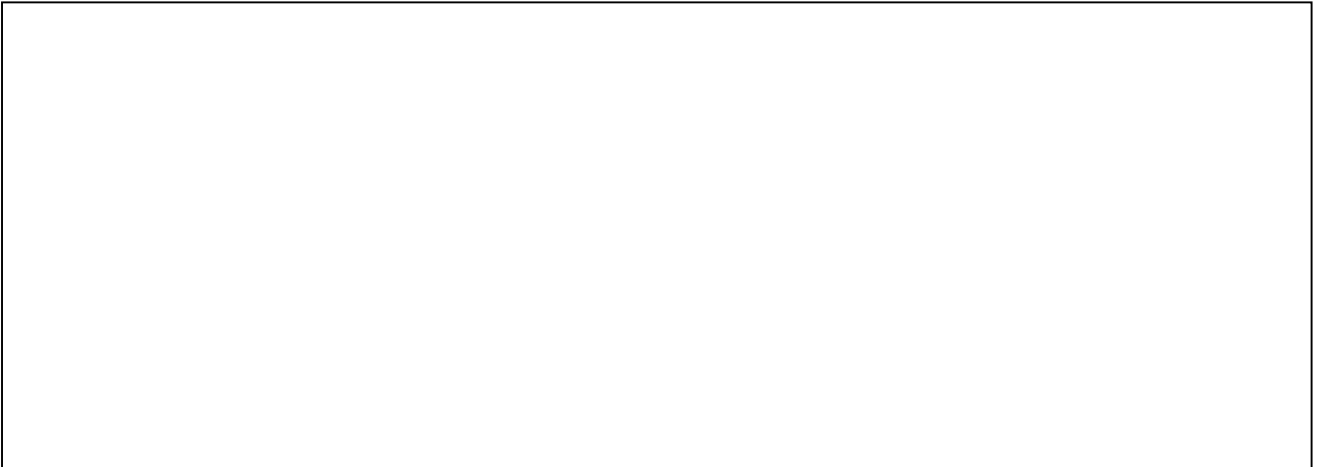
BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

1. «Conversão, Penitencia, Arrependimento, Prosélito» en *Diccionario Internacional de Teología do Novo Testamento*, Colin BROWN, Trd. Port. da Sociedade Religiosa, Ed. Vida Nova, BH Brasil.
2. «Pénitence-conversion» en LÉON-DUFOUR Xavier, *Vocabulaire de Théologie biblique*. Les Ed. du Cerf Paris, 1964.
3. «Conversión» en *Diccionario de Teología Bíblica*; BAUER J.B., Barcelona, 1967.
4. «Conversión» en *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publ. Claretianas, Madrid, 1989.
5. *La spiritualité Chrétienne: IV: Les temps modernes (Du Jansénisme à nos Jours)* «S. Jean-Baptiste de La Salle»: POURRAT, P. Ed. Gabalda, Paris, 1947.
6. DE LA SALLE J-B.: (ver *Cahiers Lasalliens* n° 2, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 17, 18, 19, 21, 22, 23, 25, para las obras completas de S.J.B. de La Salle).
7. «Conversion» en *Vocabulaire Lasallien*, MAURICE-AUGUSTE, Rue de Sèvres, 78A, Paris, 1976.

H. Israel José NERY

15. CORAZON - MOVER LOS CORAZONES



Sumario:

1. Significado de la expresión. - 2. La conversión por la escuela; 2.1. finalidad del Instituto; 2.2. convertir los pecadores; 2.3. hacer verdaderos cristianos. - 3. ¿Quién conmueve los corazones? Dios, Jesucristo, el Espíritu Santo, la Sagrada Escritura... - 4. Lo que concierne a los Hermanos; 4.1. una obligación; 4.2. una espiritualidad.

1. La expresión «mover los corazones» no es original de san Juan Bautista de La Salle. Pertenece al acervo religioso tradicional en la Iglesia. Sin retrotraerse muy allá, así se la encuentra, entre otros textos, en un acta pontificia de Pío V datada en enero de 1566 y que define la actitud cristiana frente a las herejías: «A nosotros, luz del mundo y sal de la tierra (Mt 5,13) nos corresponde animar las mentes y conmover los corazones. Lo haremos por el ejemplo de nuestra santidad y de nuestras virtudes».1

Los contemporáneos del Fundador que vuelven a retomar esta fórmula son, en su mayoría, sacerdotes consagrados a la predicación de las Cuaresmas y de las misiones parroquiales, tiempos fuertes de conversión. He aquí algunos ejemplos:

- San Juan Eudes:
extracto de una carta con fecha 23 de julio de 1659:

«No sabría decirle las bendiciones que Dios derrama a esta misión... Llegan desde ocho o diez leguas y los corazones se conmueven tanto que se ven lágrimas, se oyen gemidos de los penitentes.

Los frutos que ven los confesores en el tribunal son maravillosos».2

- San Vicente de Paúl:

«Todo culmina con un día de comunión general en la parroquia. En primera fila, los niños que ese día comulgan por vez primera. Es uno de los medios principales en nuestras manos para mover el corazón de las personas mayores, cuyo corazón es duro y obstinado, las cuales se dejan vencer ante esta devoción infantil».3

- San Luis Grignon de Montfort

* que de sí mismo decía: «Dios me ha otorgado la gracia de conmover los corazones» (citado por Raymond DEVILLE, *L'école française de spiritualité*, Desclée, Paris, 1987, p. 154);

* que contaba así la conversión de un oficial «La espada cayó de sus manos, está conmovido hasta el fondo del corazón, se arroja al suelo y grita: misericordia»;4 * y que analiza la acción del Espíritu Santo: «Las luces y los conocimientos

que da la Sabiduría no son conocimientos secos, estériles, e indevotos, sino conocimientos luminosos, untuosos, operantes y piadosos que afectan y contentan el corazón e ilustran la mente».5

La idea que de estos textos se desprende es la de una acción que se ejerce sobre alguien con vistas a la mutación de vida y en particular una regresión a la vida cristiana. El análisis de ambos miembros de la expresión confirma muy mucho esta lectura. «Mover» en su sentido fuerte va más allá de «alcanzar», «rozar», «ponerse en contacto», sino «penetrar» según se usa en el dominio del manejo de las armas blancas, de ahí la pujanza de la imagen cuando se traslada al plano moral. En cuanto a la palabra «corazón» designa cuanto de más íntimo hay en el hombre, más profundo y más personal, sobre todo en el núcleo de la voluntad: intención, resolución y transformación en acto.

Tal sentido permanece igual cuando la expresión se reduce únicamente al verbo (toucher) mover-conmover como en los siguientes párrafos de San Juan Eudes:

* «Ayer la Reina acudió a las Carmelitas mientras que yo estaba en Montmartre: manifestó tantísima satisfacción por la misión y por los predicadores que no se puede expresar. Dijo que las demás predicaciones no eran más que palabras pero que aquéllas penetraban hasta el fondo del corazón, que todos estaban conmovidos y que ella adivinaba cambio en la conducta del Rey».

* «Le excesiva alegría que experimentaba al ver tantas personas afectadas y que daban señales ciertas de conversión al restituir el bien al prójimo, al reconciliarse con los enemigos, al entregar los libros dañinos y al abandonar las ocasiones de pecado iniciando una vida totalmente nueva».7

2. San Juan Bautista de La Salle utiliza veinticinco veces la expresión «mover los corazones» a las que se han de añadir una docena de frases donde emplea aislado el verbo «mover» con idéntica acepción. Destaquemos que siempre es en un contexto importante relativo a la finalidad del Instituto o al carisma lasaliano. «Poco útil resultaría vuestro empleo, si no tuvierais por fin la

salvación de las almas. ¿Vuestro celo para con los pobres os hace buscar medios tan eficaces como los que ha empleado san Ignacio? Cuanto más fervorosamente os dediquéis a la oración, en pro de las almas que os están encomendadas, tanta mayor facilidad os dará Dios para mover (al bien) sus corazones» (MF 148,2).

Mas si a la escuela lasaliana se le atribuye por meta el formar cristianos, no podemos satisfacernos al concebir su reglamento interno limitado a establecer buena organización o para mantener en la escuela un desenvolvimiento sereno de la clase. Está concebido como que ha de colaborar en la formación social, moral y religiosa de los alumnos. Y cuando éstos alteran el orden8 no es nunca sin algún pecado: pereza, ira, orgullo... De ahí que el Fundador reitera para provecho de los Hermanos los consejos de mansedumbre que san Pablo adelantara a Timoteo: «Amonéstale al mismo tiempo que debe ser sufrido y moderado al reprender a los que contradicen la verdad por si acaso los atrae Dios a penitencia. En efecto este es uno de los mejores medios para ganar y conmover el corazón de los que han caído en falta y para disponerlos a convertirse» (MR 204,2).

Para desempeñar su ministerio con los niños, no basta a los Hermanos que entonces se les inspire horror al pecado, es preciso sobre todo comunicarles el espíritu de Cristo e inducirlos a que lo vivan: «¿Es tal vuestra fe que llegue a cautivar el corazón de los alumnos y a inspirarles el espíritu cristiano? Ese es el mayor milagro que podéis obrar, y el que Dios os exige, por ser ése el fin de vuestro empleo» (MF 139,3). «También vosotros podéis obrar diversas clases de milagros, tanto en vuestras personas como en el empleo: en vuestras personas, por la entera fidelidad a la gracia, no dejando sin correspondencia ninguna de sus mociones; en el empleo, mudando el corazón de los niños descarriados9 que Dios confía a vuestros desvelos, hasta hacerlos dóciles y fieles a las máximas y prácticas del santo Evangelio» (MF 180,3). «Tened por seguro, que, mientras viváis aficionados de corazón a la pobreza y a cuanto pueda humillaros, produciréis fruto en las almas. Que los ángeles de Dios os darán a conocer, e inspirarán a los padres y madres que os encomienden sus hijos, para que los

instruyáis. Que, incluso, por vuestras enseñanzas moveréis al bien el corazón de esos niños pobres y que la mayor parte serán (siempre) verdaderos cristianos» (MF 86,3). «Sed niños, como ellos, según quiere san Pablo, no en prudencia, sino en malicia. Cuanto más pequeños os hagáis, más gustaréis que os tengan por tales; cuanto más os aficionéis a las persecuciones y humillaciones que os pudieran sobrevenir, tanto más fácilmente moveréis los corazones de los que educáis y los determinaréis a vivir como verdaderos cristianos» (MF 79,2). Tendremos que volver sobre estos textos especialmente fuertes y ricos.

3. Evidentemente, en el terreno de la conversión, únicamente Dios tiene la iniciativa y El conduce la obra hasta su coronación. El Fundador es muy explícito sobre este extremo: «Dios mío, eres el único que pueda verdaderamente mover y convertir un corazón...» (CL 17,179). «Pedid a Dios con insistencia la gracia de mover los corazones como El» (MF 81,2). El Santo Apóstol consiguió tales frutos gracias a la predicación de la palabra divina y a la oración frecuente y asidua, que elevaba hasta Dios para pedirle que trocase los corazones (MF 159,2). «No ignoraba que sólo a Dios corresponde mover y convertir los corazones» (MF 168,2)¹⁰ y en una carta al Hno. Roberto, fechada en 1709: «Le ruego que pida a Dios que El mueva su corazón y que él haga dócil a su orientación» (L 61,4).¹¹

En los *Devoirs d'un Chrétien* y en los *Abrégés* san Juan Bautista de La Salle insiste sobre las conversiones que Cristo realizó durante su vida apostólica: «Jesús movió también el corazón de uno de los jefes de los publicanos llamado Zaqueo» (CL 20,38) y, con relación a san Pedro «Jesús le contempló para trocarle el corazón cuando le hubo negado en el pretorio en vísperas de su Pasión» (CL 22,237). Instaurado en la gloria celestial el Resucitado prosigue su obra salvadora: «Es necesario que Jesús toque interiormente el alma para que oiga, comprenda y guste lo que le dice» (MD 64,3). Para lo cual el Fundador suplica al Señor que ejerza de cara a él idéntica misericordia: «Apartadme, Señor, de mis desórdenes y de mis pecados con tanta bondad como lo habéis hecho con Zaqueo, ese jefe de publicanos, y animad mi corazón de los mismos sentires de dolor con que habéis removido el

suyo» (CL 17,184). «También sois Vos cuyos encantos y alicientes de la gracia han conmovido tan fuertemente el corazón de María Magdalena...» (CL 17,185).

«Ante la dureza e insensibilidad de mi corazón he puesto a prueba vuestra paciencia; vos me habéis apremiado con frecuencia a que me convirtiera y que abandonara del todo el pecado y he sido más servil siguiendo a mis placeres que no lo he sido a la voz interior que me impulsaba en el fondo de mi corazón: mas, ha llegado el tiempo en que habéis conmovido mi corazón con vuestra ternura y que pusisteis remate a mi desgracia y a mis pecados» (CL 17,209).

El Espíritu Santo, de consuno, desempeña un papel esencial, que Juan Bautista de La Salle no desconoce. Lo desarrolla con suma precisión cuando comenta la atrición «un don de Dios y un movimiento del Espíritu Santo que todavía no es morador en el hombre penitente sino solamente quien le mueve y le roza y por su socorro se prepara la senda de la justicia. Y aunque esta atrición, por sí misma no pueda, sin el sacramento de la penitencia, conducir al pecador hasta la justificación, le dispone no obstante para alcanzar la gracia de Dios por el sacramento» (CL 20,290). Del todo similar la nota que se refiere al pecado contra el Espíritu. «Esas clases de pecados no se pueden cometer sin despreciar los medios de los que se sirve el Espíritu Santo para mover el corazón, convertirnos y salvarnos» (CL 21,127). Finalmente la presencia y la acción del Espíritu en el corazón del ministerio lasaliano hace a este último eficaz: «El empleo que vosotros ejercéis os pone en la obligación de mover los corazones;¹² no podréis conseguirlo sino por el Espíritu de Dios. Pedidle que os conceda en este día la misma gracia que otorgó a los santos Apóstoles y que, después de llenaros de su Espíritu para vuestra santificación, os lo comunique también para promover la salvación de los otros» (MD 43,3).

El Fundador también pone de relieve la acción privilegiada de la Sagrada Escritura: «¡Ah, cuán poderosa es la palabra de Dios para mover los corazones! Es viva y eficaz, dice san Pablo, y más tajante que una espada de dos filos; penetra hasta los repliegues del alma» (MF 180,2). «Las palabras son pasajeras y no impresionan el

corazón más que una vez y por un momento. En cambio, el bien que producen los escritos, por persistir in-definidamente, como los compuestos por san Lucas, continúan siempre dando sus frutos y son aptos para convertir almas sin número en la sucesión de los siglos, hasta el fin del mundo...» (M F 178,3).

Da el ejemplo de san Agustín: «la lectura de un solo pasaje le impresionó y le convirtió» (MF 123,2). Es la razón por la cual aconseja a los Hermanos el acudir constantemente en clase a la Biblia: «Los Maestros no usarán ejemplo alguno que no se haya sacado de una de estas colecciones. Se esmerarán sobre todo en las de la Santa Escritura que brindará impresión 13 más honda y moverá con mayor facilidad por ser la palabra de Dios» (CL 24,46).

Esta observación la amplía san Juan Bautista de La Salle a los demás libros espirituales de los cuales se alimentan los Hermanos; Dios actúa en efecto, personalmente y por su gracia sobre el alma de los fieles pero se vale para intervenir por medio de causas segundas: «No es el libro que se lee, ni las razones que se oyen lo que afecta la conciencia, es Dios. A Dios, pues, que se vale de estos medios hay que pedirle la gracia de recibir tales efectos que ya él pretende comunicar» (CL 15,107).

4. Dios actúa merced a las causas segundas y entre tales causas la más apropiada para el hombre es el hombre mismo, ya actúe en su personal santificación, ya en la de los demás: «Nos corresponde a nosotros mismos acabar y consumir la obra de nuestra redención» (MF 191,1). «Dios... quiere que todos se salven, mas no puede quererlo verdaderamente, si no les da medios para conseguirlo y, por tanto, si no proporciona maestros que contribuyan a la realización de tal propósito respecto de los niños» (MR 193,3). De ahí se deduce para los Hermanos, en un texto citado en el punto 3, la «obligación de mover los corazones» (MI) 43,3).

Esta palabra «obligación» no encierra en el siglo XVII el significado actual de «imposición». Expresa tan sólo el lazo moral que resulta para una persona de un libre compromiso que ha establecido con otra...¹⁴ Así se pueden

contemplar las «obligaciones» del Hermano como consecuencia de su compromiso con el Instituto. Nos hemos tropezado antes (cf. nota 12) la «obligación de mover los corazones» (MF 115,3). Adelantemos una tercera, siempre en idéntico tono: «La obligación en que os veis de contar con gracias, no sólo para vosotros, sino también para los demás, y la de daros trazas para mover los corazones, os debe instar a aplicaros de modo especialísimo a la oración, ejercicio que Dios os ha deparado para haceros partícipes de sus dones» (M F 129,2).

Ya que para san Juan Bautista de La Salle quien alterna su sentido pragmático y el espíritu de fe, contraer obligaciones implica, junto con el uso de los medios pedagógicos concretos (de hecho, la vida entera en la escuela), la adhesión a una espiritualidad que les haga lucrar «fruto»¹⁵ es decir que esté asegurada la eficacia en el plano sobrenatural.

De ahí que sugiriera a los maestros muy particularmente:

* la fe: «¿Es tal vuestra fe que llegue a cautivar el corazón de los alumnos y a inspirarles el espíritu cristiano? Ese es el mayor milagro que podéis obrar, y el que Dios os exige, por ser ése el fin de vuestro empleo» (MF 139,3);

* la obediencia: «Ved ahí el fruto de la obediencia: atrae de tal modo la bendición de Dios sobre cuanto se emprende, que por su medio, se alcanza todo lo que se desea, junto con mucha facilidad para obrar el bien y mover los corazones, si se tiene la fortuna de trabajar en la salvación de las almas y de ocuparse en ello por pura obediencia» (MI) 57,2);

* la humildad y la pobreza: «Cuanto más pequeños os hagáis, más gustaréis de que os tengan por tales; cuanto más os aficionéis a las persecuciones y humillaciones que os pudieren sobrevenir, tanto más fácilmente moveréis los corazones de los que educáis y los determinaréis a vivir como verdaderos cristianos» (MF 79,2). «Tened por seguro que, mientras viváis de corazón aficionados a la pobreza y a cuanto pueda humillaros, produci-réis fruto en las almas. Que los ángeles de Dios os darán a conocer, e

inspirarán a los padres y madres que os encomienden a sus hijos, para que los instruyáis. Que, incluso, por vuestras enseñanzas, moveréis al bien el corazón de esos niños pobres y que la mayor parte serán (siempre) verdaderos cristianos» (MF 86,3);

* la mansedumbre, «uno de los mejores medios para ganar y conmover el corazón de los que han caído en falta, y para disponerlos a convertirse» (MR 204,2);

* el espíritu de oración: «Cuanto más fervorosamente os dedicéis a la oración, en pro de las almas que os están confiadas, tanta mayor facilidad os dará Dios para mover al bien sus corazones» (MF 148,2). «Pedid a Dios con frecuencia el don de mover los corazones como san Ambrosio: es ésta la gracia de vuestro estado...» (MF 81,2). (Véase MD 43,3 y MD 129,2 ya citados en el punto segundo).

Cerremos para concluir con una cita, la última particularmente feliz y significativa: «Ministros de Dios y de la Iglesia» preocupados «en conmover los corazones», los Hermanos cumplen su misión con «celo ardiente que requiere la obra del Señor» (Regla, 1987, 21).

1Citado en *Esprit et Vie* del 7 de febrero de 1991. Este texto se ha escogido por razones de sus connotaciones lasalianas ya que la acción de mover los corazones en él está vinculada a la de animar la mente, además al testimonio de la santidad y de las virtudes, todo ello apoyado sobre la Escritura.

2Claude GUILLOU, *En tout la volonté de Dieu*, Cerf, Paris 1991, p. 68-69.

3 Pierre COSTE, *St Vincent de Paul: correspondance, entretiens, documents*, Gabalda, París 1920-25, tomo III, p. 119.

4San Luis M^o GRIGNION DE MONTFORT, *L'amour de la sagesse éternelle*, Seuil, Paris 1966, ch. 11, n^o 129. Esta obra fue publicada en vida de su autor, en 1705.

5Idem ch. VIII n^o 94.

6 San Juan EUDES, *Lettres et opuscles*, Lethielleux, Paris 1951, respectivamente, p. 318 y 81.

7Se debe sin embargo notar que el verbo «toucher» (mover-conmover...) no entraña

siempre cual lo vemos el sentido condensado de la expresión «toucher les coeurs». Conserva su sentido propio y significa habitualmente herir, despertar las facultades intelectuales y sensibilizar la voluntad, como en el ejemplo: «¿Sólo cuanto se refiere a Dios os afecta y os lo hace sensible?» (M F 125,3). La carta 111 que el Fundador escribió a los Magistrados de Château Porcien plasma un ejemplo muy característico: «Aun cuando me interesara poquísimamente por lo que mira a la gloria de Dios, tendría que ser muy insensible para no conmoverme ante las vivas instancias del señor Deán...» (L 111,1); «toucher» aquí encierra el sentido de convencer de ahí las consecuencias sacadas por su autor, negativa la una «iría contra toda razón, no mandándole maestros de escuela de nuestra comunidad»... (L 111,2), la otra positiva «... desde el próximo sábado les enviaré dos maestros...» (L 111,3).

8Esta palabra tiene en el contexto de san Juan Bautista de La Salle un significado rotundo. No significa solamente la disciplina en el interior de la escuela, pero alcanza al orden universal querido por Dios de quien esta disciplina no es sino uno de los innumerables efectos.

9El vocablo «libertin», en su significado primario del siglo XVII es impío, irreligioso. (Cayrou, «Le français classique», Didier, Paris 1948. Véase también: Fr. Raymond Brise-bois, «Etude de mots du vocabulaire lasallien», Région France, Paris 1989, p. 64).

10Consideramos en la actualidad que esta meditación no pertenece al Fundador. Cf. CL 47,539. Pero su pensamiento se respeta.

11No se ha insertado esta frase en el *Vocabulaire Lasallien*.

12A veces esta frase se la ha citado de forma incompleta. Se la corta después de la expresión «toucher les coeurs» (cual si Juan de La Salle hubiera situado un punto y no una coma). Así amputada de la explicación que tiene cuidado de aportar él mismo. En esta parte tomada por el todo se adivina un consejo pedagógico: establecer con el alumno una relación de afecto y de confianza, con lo cual se recorta el alcance de la palabra «coeur» corazón. Se vacía el pensamiento lasaliano de su alcance sobrenatural y pastoral. Para significar la preocupación de una relación fraterna con el alumno, el Fundador utiliza antes bien la expresión «gagner les coeurs» (ganar los corazones). Por ejemplo: «Considerad la

obligación de ganarnos el corazón de los discípulos como uno de los principales medios para moverlos a vivir cristianamente» (MF 115,3). Ni que decir tiene que si el Hermano debe esforzarse en «ganarse el corazón de sus alumnos» no es para su propia satisfacción sino para ganarles a Dios: «que se hagan todo a todos sus escolares para ganarles a todos a Jesucristo» (CL 24,186).

13 Si por orden de valor creciente clasificáramos las expresiones de san Juan Bautista de La Salle por las que reclama el impacto de una acción ejecutada sobre otra persona con vistas a su cambio (sobre todo la actividad apostólica del Hermano frente a sus discípulos) «faire une forte impression», «causar impacto» tomaría y ocuparía el orden anterior a «toucher les coeurs». La primera fórmula denota un efecto inmediato,

importante sí, pero todavía no totalmente eficaz. La segunda, se abre ya sobre el efecto definitivo. «Toucher le coeur» de alguien es la última impresión que sobre él actúa. Sólo a Dios le corresponde intervenir para que la conversión se opere.

14 Cf. Gaston CAYROU, *Le français classique*. Al inicio del siglo XX aun se decía de alguien a quien se había prestado un favor que éste estaba «obligé» ante quien le había favorecido, y que contraía respecto del mismo «obligaciones» (gratitud).

15 Podiéramos citar numerosos textos tal éstos: «Si queréis vosotros que el ejercicio del ministerio produzca fruto abundante en las almas...» (MF 136,1), y «... y así obraréis grandes frutos en aquellos que instruís» (148,3).

Temas complementarios:

Temas complementarios:

Alma; Bondad; Conversión; Corazón; Corrección; Cristiano; Ejercicio; Empleo; Escuela; Espíritu Santo; Fe; Fidelidad; Formación; Humildad; Iglesia; Instrucción; Justicia; Maestro; Mansedumbre; Máximas; Ministerio; Obediencia; Oración; Paciencia; Palabra; Penitencia; Pobreza; Redención; Renovación; Sacramento; Salvación; Vigilancia.

BIBLIOGRAFIA

- Pierre RICHELET: *Dictionnaire des mots français*, Amsterdam, 1680-1709.
Antoine FURETIÈRE: *Dictionnaire universel*, La Haye-Rotterdam, 1690-1701.
TRÉVOUX: *Dictionnaire de Trévoux*, Paris, 1704.
Gaston CAYROU: *Le français classique*, Didier, Paris, 1948.
Raymond BRISEBOIS: *Etude de mots du vocabulaire lasallien*, Paris, 1989.
St Louis-Marie GRIGNON DE MONTFORT: *L'amour de la Sagesse éternelle*, 1966.
St Jean EUDES: *Lettres et opuscules*, Paris, 1951.
Claude GUILLOU *En tout la volonté de Dieu*, Paris, 1981.
Pierre COSTE: *St Vincent de Paul: correspondance, entretiens, documents*, Paris, 1920-25.
Raymond DEVILLE: *L'école française de spiritualité*, Paris, 1987.
St J-B DE LA SALLE: CL 12, 13, 15, 17, 20, 21, 22, 24, *Lettres*.

H. Jacques GOUSSIN

Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO

16. CORRECCION



Sumario:

1. Aproximación lexicográfica. 1.1. Diccionarios antiguos. 1.2. Vocabulario de teología bíblica. - **2.** Herencia molesta. 2.1. Independencia de los estudiantes durante la Edad Media. 2.2. La reacción. 2.3. Los medios para esta disciplina. 2.4. Extensión-Generalización. 2.5. Cuestionamiento de los castigos corporales - **3.** La Salle y las correcciones. 3.1. ¿Conciliar lo inconciliable? 3.2. Una triple reflexión: profesional, educativa, pastoral. - **4.** Conclusión.

1. APROXIMACION LEXICOGRAFICA

En su femenino singular, el vocablo corrección, se usa para indicar una conducta, una actitud aceptables en el método personal de portarse y de ponerse en relación con alguien. Con tal significado se puede aplicar muy en concreto al modo de hablar, vestir, y habérselas en los negocios. Desde tal acepción evoca igualmente la cortesía, el civismo y la honradez. Pero, no es desde tal angulación que nos corresponde considerarla y no es su enunciado primero lo que se conserva válido en los diccionarios de los siglos diecisiete y dieciocho.

1.1. En los antiguos Diccionarios

Pierre RICHELET encara en su esencia corrección con castigo. Al unísono que este carácter molesto recuerda que su finalidad es en primer lugar ofrecer una advertencia a la persona concernida, con la intención de liberarla de un defecto, animarla a que realice progresos en la virtud, por lo tanto para que se enmiende y se mejore.

Antoine FURETIÈRE adosa el término corrección al de reforma y puede enderezarse ya a las personas como a los objetos. Evoca los diversos grados que la corrección puede presentar. Recuerda que puede ser simple admonición o aviso de caridad o amistoso. Es cuanto le induce a precisar que la corrección fraterna está aconsejada por el Evangelio y que debe ejecutarse con prudencia y modestia ya que su improcedencia o sus excesos causarían, sin duda, mayor mal que el vicio imputado.

Un elemento complementario está avalado por el *Grand Vocabulaire Français*: evoca además «la potestad de la autoridad de reprender y castigar» y cita como ejemplos al padre de familia y a los superiores de los monasterios. ¡Con dificultad se le acepta cuando clasifica «el ayuno y el látigo» entre las penas ligeras que los superiores pueden imponer!

Por fin, el Diccionario de Trévoux evoca que la corrección fraterna mandada por el Evangelio debe evitar excesos si quiere producir los efectos

de enmienda y de conversión que son sus causas y su legitimación.

1.2. Vocabulario de Teología Bíblica:

Los elementos hasta aquí recogidos tienen toda su importancia ante el desarrollo que seguirá. Pero para comprender mejor la noción que de la corrección tenían los educadores cristianos del siglo XVII, convendrá ir río arriba de los diccionarios de esa época. Los educadores, en gran mayoría, se referían de manera asaz explícita a los fundamentos bíblicos y teológicos de los escarmentos infligidos a las personas y mayormente a los niños. Para que no menudeen las citas, mantendré el plan del artículo relativo a la palabra castigo que hallamos en el *Vocabulaire de Théologie Biblique* publicado bajo la dirección de Xavier LÉON-DUFOUR. Al repasar brevemente la historia del Antiguo Testamento, el autor subraya las tres realidades que subyacen al castigo: el pecado, la cólera, el juicio. Articula luego su demostración en torno a estos tres puntos:

1. El castigo, señal del pecado.
2. El castigo, fruto del pecado.
3. El castigo, revelación de Dios.

Es a mí parecer indispensable referirme a esta enseñanza bíblica y trasladarla al marco escolar de los siglos XVI-XVIII; así captaremos el porqué de las sanciones lastimosas de esta época y para nosotros, en la ideología de Juan Bautista de La Salle.

2. HERENCIA MOLESTA

Se nos entrega nueva clave de explicación del sistema correctivo en las escuelas del siglo XVII con la historia breve del mundo escolar francés - le hecho europeo- desde finales de la Edad Media hasta el siglo de las luces. He aquí algunas de las etapas de este proceso:

2.1. Independencia de los estudiantes durante la Edad Media

Estamos en la actualidad presos por tantas leyes y reglamentos que el sistema escolar actual dificulta el que imaginemos lo que la realidad escolar

medieval encerraba. Util, pues, recordar muy esquemáticamente:

- que los Docentes no tenían control ninguno, ni poder alguno sobre los estudiantes que acudían a seguir sus cursos: ni programa, ni horario, ni disciplina;
- que cada estudiante era amo libre al escoger sus programas, sus horarios y decidir de su asiduidad, de la duración y del orden en sus estudios;
- que muchos de los Estudiantes, por deducción natural y constante se habían reagrupado en cofradías, asociaciones, naciones... o más sencillamente en grupos y en bandas;
- que en las ciudades universitarias, muy frecuentemente en contra del querer de los adultos, como resultas se había creado una formación de una población estudiantil que vivía al margen de las presiones familiares, sociales e institucionales;
- que las agrupaciones a su aire y la ausencia de compromisos habían engendrado con celeridad actuaciones colectivas violentas, antisociales, incluso amenazadoras, es decir reprensibles y que suscitaron la reprobación de la población y provocado repulsa viva;
- que entre los documentos de la época y las obras históricas abundan testimonios y hechos que ilustran estas afirmaciones. En la mayoría de las obras citadas cual bibliografía se habla y se subraya el punto culminante de tales riadas estudiantiles al final del siglo XV y en los inicios del XVI.

2.2. La reacción

La agresividad y la violencia de las bandas estudiantiles, después de haber despertado la desconfianza y las críticas, engendraron el miedo entre los pacíficos ciudadanos. Así que éstos decidieron apelar a las autoridades constituidas (administración, Iglesia, policía, justicia, escuela) para intentar frenar tales excesos y preservar su tranquilidad.

Poner al paso a los estudiantes no se hizo sin golpes y sin enfrentarse con vivas resistencias pero conjugó los esfuerzos de los distintos responsables:

- a nivel teórico, moralistas y teólogos formularon

justificaciones de estas represiones;

- de hecho, la policía y la justicia fueron con mayor frecuencia llamados en socorro.
- Las instituciones educativas (universidades, Pensiones, Colegios) se dotaron de reglamentos cada vez más estrictos y de un personal especialmente capacitado de hacerlos cumplir: regentes, vigilantes...
- Numerosos internados se crearon y prosperaron cuando el desarrollo de los «Colegios» englobaron la enseñanza secundaria y el ciclo primero de la universidad.

La meta de todos esos esfuerzos era la de establecer una disciplina verdadera en el mundo estudiantil. Una de las obras de la segunda mitad del siglo XVI y la primera del siglo XVII.

2.3. Los medios para esta disciplina

Se necesitaban evidentemente medios concretos para pasar de las intenciones, los principios a sus aplicaciones. Y los medios se establecieron a tono de las costumbres de la época, de la legislación común en vigor, de la violencia latente en la sociedad pero también de la brutalidad del mundo de los estudiantes y de la gravedad de las arbitrariedades. No puede comprenderse en toda su profundidad el dispositivo disciplinario asentado si se olvida de la trastienda cultural y teológica según la cual:

- la naturaleza humana espontáneamente escora hacia el mal;
- desde ese punto de observación los niños son particularmente vulnerables, pues en ellos es innato. Son débiles, se dejan arrastrar, les falta la razón;
- en su conducta reprehensible son víctimas del omnipresente demonio muy particularmente activo junto a ellos;
- los actos de por sí reprehensibles se asimilan al pecado;
- a la corrección le corresponde en esencia extirpar el mal. Encierra unos valores de expiación y debe provocar la conversión.

Estos diferentes elementos se les encuentra en numerosos textos de educadores cristianos y particularmente de moralistas. Se les puede espigar en los escritos de numerosos nombres

célebres de la época: Francisco de Sales, Vicente de Paúl, Bossuet, los jansenistas de Port Royal, los jesuitas y los sulpicianos. A pesar de los discursos mucho más optimistas de los humanistas del Renacimiento, estas ideas se sitúan en la trama ideológica de la época.

En cuanto a los medios efectivos puestos en activo por las instituciones escolares, se articulan en torno a tres elementos esenciales que los historiadores de la educación ponen en claro: la vigilancia constante, la delación recíproca, y apelando a los castigos corporales. En su conjunto, los autores citados en la bibliografía están conformes sobre esos tres aspectos incluso si algunos de ellos insisten en evidenciar uno u otro de entre ellos en particular los castigos corporales o correcciones.

Durante la Edad Media, los mismos Estudiantes habían ya previsto sanciones contra los infractores de los estatutos y de los reglamentos que se habían establecido para el uso interno de sus asociaciones, pero se revestían de otra contextura. A tenor de la naturaleza de la incorrección se solía anticipar:

- ya unos «jarros o rondas de vino» a todos los miembros de la asociación; en tales grupos se bebía de lo lindo;
- ya multas según tarifas establecidas según la gravedad de las faltas.

Salta a la vista que tales sanciones eran menos onerosas. Lo cual cambia en los Colegios del siglo XVI. Aparecen los castigos corporales... Se conoce la amplia panoplia:

- El calabozo, más bien raro y con duración de horas.
- Las varas: tan frecuentemente empuñadas que son ellas el símbolo del Maestro de escuela, de su autoridad y de la sujeción de los escolares. Basta contemplar la iconografía de la época para convencerse.
- El látigo. En ritmo ascendente de frecuencia con su carácter brutal y envilecedor. Significativamente observemos que en la Edad Media de él se servían para castigar a los siervos y a las personas de condición modesta. En los Colegios, parece que en un principio se haya

aplicado primeramente a los más jóvenes y más pobres estudiantes antes de hacerse extensible a cualquier estamento social y a cualquier edad hasta más allá de los veinte años. Personalidades muy célebres, como Rabelais, Erasmo o Montaigne, así como Luis XIII, niño y el Gran Delfín... supieron de los rigores del látigo. Ignacio de Loyola, durante sus estudios en París a pesar de su edad, en una fecha escapó de milagro. Philippe ARIES (véase bibliografía) resume así la prelación de los castigos corporales: «El castigo corporal se ha constituido la pena escolástica por excelencia: y como eufemismo bajo tal nombre se la alude. Ya no está reservado únicamente a los pequeños, a los culpables por vías de hecho. En adelante se extiende a cualquier delito, a cualquier edad incluso a los más veteranos. Ahí estriba el hecho esencial de esta evolución» (op. citada p. 287).

2.4. Extensión-Generalización

A lo largo del siglo XVI podemos observar que esta disciplina se instaura sobre todo en los Colegios, más sistemáticamente que en las Universidades, y su apogeo se manifiesta durante la primera mitad del siglo XVII, precisamente en el momento de mayor auge de los Colegios merced a las fundaciones de varias Congregaciones: Jesuitas, Oratorianos, Doctrinarios... De hecho los Colegios adquieren reputación de ser instituciones duras. Sin duda corresponde relativizar un tanto esta estampa que se adhiere más particularmente a los Colegios de los jesuitas, porque más numerosos ya que representan el 60% de todos los Colegios de la época.

En concreto, numerosos enunciados de escritos internos en tales Congregaciones, contienen consejos de moderación enfocados a los Educadores y Vigilantes. Cual educadores precavidos, los jesuitas no habían tardado sin duda en perfilar límites a los castigos corporales para escarmiento de los alumnos y su pedagogía se basaba sobre principios mucho más positivos de emulación y de participación.

En cuanto a lo que más directamente nos afecta, habrá de añadirse que las Escuelas, es decir la enseñanza primaria o «de los rudimentos», poco

importa sus particulares apelaciones, recurren igualmente a idénticas formas de corrección y castigo. Escasas durante el siglo XVI esas «Petites Ecoles» de pago, conocerán un florecimiento extraordinario a lo largo del siglo XVII. Si tomamos como hito de referencia el texto de *La Escuela Parroquial* de 1654, admiramos que el mismo tipo de enseñanza se instaura e idéntico sistema disciplinario. Parece derivarse un tipo de contaminación de la Universidad al Colegio y de ahí a la Escuela.

2.5. Cuestionamiento de los castigos corporales

Sin embargo, el ardor represivo se apacigua progresivamente durante el siglo XVII. Sin duda ante un movimiento natural de competencia, si cabe admitirse, pues los Colegios Oratorianos, por ejemplo, gozan de la reputación de instaurar una disciplina más liberal que los de los jesuitas. Pero sobre todo, en todos, ante una lenta y cierta emergencia de la noción de niñez, de infancia en las mentalidades de los educadores, pensadores y padres. Los historiadores del concepto de infancia sitúan generalmente en esta segunda mitad del siglo XVII la verdadera aparición de la idea de infancia como realidad propia, diferente de la del adulto. Entre otros efectos, origina el replanteo de los castigos corporales infligidos a los escolares.

Esta revolución verdadera en la consideración lanzada sobre la infancia se concretará mucho más explícita durante el siglo XVIII y ya se sabe que Jean Jacques Rousseau será su símbolo. Pero ya desde los años 1670-80 y de modo más profundo, la mutación se opera en las mentalidades: la infancia es cada vez más amada, mimada, preservada y educada más libremente. Este nuevo tipo de relaciones entre padres e hijos se designa con el vocablo «mignotage» (tratar con delicadeza).

3. LA SALLE Y LAS CORRECCIONES

La obra y los escritos de san Juan Bautista de La Salle se sitúan precisamente en esta época bisagra cuando surgen esas ideas nuevas sobre la infancia y sobre la modalidad de educarla. Hereda la situación arriba descrita y participa todavía de las mentalidades y usanzas que le han precedido.

Desde este enfoque habremos de leer cuanto ha escrito sobre los métodos para asegurar el buen orden en las escuelas y el lugar que corresponde en eso a las correcciones.

3.1. ¿Conciliar lo inconciliar?

Una constatación preliminar: en la *Conduite des Ecoles Chrésiennes* el capítulo más largo de la segunda parte es exactamente el consagrado a las correcciones: cuenta con una cuarentena de páginas mientras que el capítulo de las «recompensas» ¡se resume en dos! Esta amplitud por sí sola manifiesta la importancia otorgada al asunto y la minucia de su estudio. Es, por lo demás, la idea que abre el capítulo: «La corrección de los Escolares es una de las cosas más importantes que se practican en la Escuela, y a lo que hay que atender con mayor cuidado para hacerlo con oportunidad y con juicio» (CL 24, p. 140).

No se trata de acentuar aquí lo que fácilmente se puede leer en la misma obra, sino de subrayar que de las cuarenta páginas del Capítulo, cuatro y media están consagradas tan sólo en describir el dispositivo represivo y no se descubre nada de particular con relación a cuanto los párrafos precedentes han descrito. Las treinta y cinco siguientes constituyen una reflexión sobre las correcciones en sí mismas, lo que merece nuestra atención si no queremos errar sobre la significación que La Salle les daba.

El conjunto de los historiadores de la educación, plausiblemente se han equivocado al considerar el puesto de las correcciones en la escuela lasaliana. Se diría que no leyeron sino el primer artículo de este capítulo consagrado a «las distintas clases de correcciones». No obstante, algunos, de pasada señalan que La Salle aparece entre quienes quisieron suavizar las prácticas rigurosas de finales del siglo XVII. Los primeros admiten fáciles disculpas ya que no han enlazado el contenido de la *Conduite des Ecoles* con el de los escritos espirituales de La Salle. Efectivamente es un error separar el conjunto del contenido de la *Conduite des Ecoles* relativo a las correcciones, del capítulo 8 de la *Regla*, de los trozos de las *Meditaciones para los Domingos y Fiestas* que hablan de la mirada que Hermanos y Maestros han

de arrojar sobre sus escolares, de las relaciones que con ellos deben tener así como de las *Meditaciones* once y doce para el tiempo del Retiro.

Al tratar de las correcciones en la *Conduite des Ecoles*, La Salle busca inequívocamente conciliar una tradición escolar represiva con la idea que él se hace de la infancia escolar y de la imagen que debe exhibir la escuela que él crea. Para lo cual será preciso acercar entre sí numerosos pasajes en los cuales habla del afecto y de la ternura que el Maestro debe tener por sus alumnos, en una escuela que se mostrará atractiva y acogedora hacia el niño si desea conservar su clientela y asegurar su asiduidad, de la necesaria eficacia en el trabajo simultáneo, del orden impuesto sin apremios de efectivo, de espacio, de condición de trabajo.

Es instructivo leer juntos el capítulo de las Correcciones y el siguiente en la *Conduite des Ecoles*, consagrado a las ausencias. Lo que permite aproximar frases significativas pero aparentemente alejadas de La Salle: «Como dice el Sabio, Dios castiga a sus hijos a quienes entrañablemente ama» (MF 177.2) y «Si se desea que una escuela está bien ordenada y en un muy buen orden, es preciso que las correcciones en ella sean raras» (CE p. 149).

3.2. Una triple reflexión

Por lo tanto, se puede decir, sin exageración, que el problema de las correcciones induce a La Salle a una triple reflexión: profesional, educativa, y pastoral.

3.2.1. Reflexión profesional sobre el Maestro

Es la que se desarrolla en la introducción y en los artículos 2-3-4-6 del capítulo de la *Conduite des Ecoles* sobre la Corrección, en numerosos párrafos de la *Meditaciones para los Domingos y principales Fiestas*, así como en el capítulo 8 de la *Regla* primitiva: «De cómo han de haberse los Hermanos en las correcciones que podrán hacer a sus alumnos». El Maestro ha de atenerse a cierto número de condiciones para que la corrección sea válida y nunca abandonar su señorío de sí tan necesario en ese terreno. No se trata de corregir

para restaurar una autoridad personal socavada, comprometida, pero de preguntarse sobre las situaciones que han llevado a la necesidad de corregir. Se ve claramente que es maestro en falta cuando está llevado a corregir con frecuencia, lo que justifica las limitaciones impuestas para el ejercicio del derecho a la corrección: edad, frecuencia, severidad, autorización previa necesaria...

3.2.2. *Reflexión educativa sobre el escolar*

En el artículo cinco de este capítulo de la *Conduite des Ecoles*, se halla abundantemente ilustrado: «De los niños que es preciso o no se deben castigar». Este verdadero ensayo de tipología caracteriológica conduce al Maestro a preguntarse sobre la adecuación y eficacia de la corrección. Lo que pone de manifiesto que la finalidad no es la represión inmediata de algún exceso sino el cambio interior de la persona del escolar y de su actuación.

3.2.3. *Reflexión pastoral sobre el joven cristiano*

Con interés y provecho se leerá, en el *Cahier Lasallien* 46, páginas 263-289, los comentarios mucho más desarrollados del Hno. Miguel CAMPOS sobre las Meditaciones once y doce para el Tiempo del retiro.

Incuestionablemente habrá de leerse el capítulo de las Correcciones en la línea de la Sagrada Escritura, como se insinuó arriba. Para un educador cristiano, el objetivo y la justificación de cualquier corrección, es la conversión del escolar. Su efecto principal debe resultar espiritual incluso si por su carácter público alcanza una finalidad de disuasión y de ejemplaridad, ambos elementos permanentes en el sistema correctivo de la época.

Se debe añadir que este alcance pastoral no es una exclusividad de La Salle que aquí se alinea en el recto hilo histórico de sus predecesores. Eso no merma en nada la nobleza de sus objetivos.

4. CONCLUSION

Sólo de manera muy esquemática puede presentarse aquí el tema de las correcciones. En verdad merece un estudio más detallado. Merced a las páginas que preceden se pueden abrir algunas pistas de lectura de los textos de san Juan Bautista de La Salle y de reflexión pedagógica para hoy. Desde luego, es un punto muy revelador del estilo educativo de un establecimiento y del clima que en él reina. Es asimismo un tema de reflexión que no se puede aislar del contexto social y cultural - como así lo hiciera La Salle - pues en este terreno preciso, la escuela es reflejo de la sociedad que la rodea.

Esta reflexión, los Hermanos la asumieron tras la muerte del Fundador en el siglo XVIII, y en el clima particular de evolución de las perspectivas educativas, como ya se ha establecido. Esta reflexión y su rica experiencia pedagógica concreta impulsó al Capítulo general de 1787 a tomar el acuerdo siguiente: «Habiéndose agotado la edición de la *Conduite des Ecoles*, antes de su reimpresión se suprimirá cuanto se refiere a las correcciones aflictivas cuyo uso, el Capítulo prohíbe a los Hermanos dados los inconvenientes de esta clase de corrección. En cuanto a lo restante los Hermanos Directores cuidarán de que las escuelas se mantengan en cuanto al buen orden y a la enseñanza según la dicha *Conduite*. (Capítulos Generales del Instituto De los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Histórico y Decisiones... París 1902).

Temas complementarios:

Temas complementarios:

Amor; Caridad; Angeles custodios; Bondad/Ternura; Corazón/Mover los corazones; Conversión; Educación/Educar; Ejemplo del Maestro; Ejemplos y Compañías; Padres de Alumnos; Relación Maestro-Alumnos; Vigilancia; Virtudes del Maestro; Celo.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

DICCIONARIOS.

Antoine FURETIÈRE: *Dictionnaire universel* - 1701.

Pierre RICHELET: *Nouveau Dictionnaire Français* - 1709.

TRÉVOUX: *Dictionnaire universel français el latin* - 1721.

Grand Vocabulaire Français.

Xavier LÉON-DUFOUR: *Vocabulaire de Théologie Biblique* - Paris, Cerf, 1988.

TEXTOS DEL INSTITUTO. *Vocabulaire Lasallien*, tomo 2.

Cahiers Lasalliens: 12.13.19.24.25.46.48.

Lettres de saint Jean-Baptiste de La Salle, Paris, Ligel, 1952.

Lasalliana: N° 9.

Bulletin de l'Institut des FEC: N° 119 (1949).

Revue Belge de Pédagogie: 12e année: «A propos de la férule».

Rivista Lasalliana: 1934 - 1937 - 1950 - 1951 - 1981 - 1984.

Chapitres Généraux de l'Institut des Frères des Ecoles Chrétiennes: Historique et décisions - Paris, Rue Oudinot, 1902.

ALCALDE GOMEZ Carlos, FSC: *El Maestro en la pedagogía de san Juan Bautista de La Salle*. Madrid, 1961.

ALPHONSE, FSC: *A l'école de saint Jean-Baptiste de La Salle*. Paris, Ligel, 1952.

ANSELME, FSC: *Conduite des Ecoles chrétiennes*. Paris, Ligel, 1951.
CLÉMENT-MARCEL, FSC: *Par le mouvement de l'Esprit*. Paris, Lethielleux, 1952. EVERETT Dominic, FSC: *John Baptist de La Salle's: The Conduct of schools*. Tesis, 1984.
WORTH Othmar, FSC: *La Pédagogie de JB de La Salle*. Lasallianum 15, 1972.

OBRAS GENERALES.

ARIES Philippe: *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*. Paris, Seuil, 1973. CHARTIERT-JULIA-COMPÈRE: *L'éducation en France du 16e au 18e siècle*. Paris, SEDES, 1976.
DELFORGE Frédéric: *Les petites écoles de Port-Royal (1637-1660)*. Paris, Cerf, 1985. FOSSEYEUX M.: *Les écoles de charité à Paris sous l'Ancien Régime et au 19e siècle*. Paris, 1912.
FOUCAULT Michel: *Histoire de la folie à l'âge classique*. Paris, Gallimard, 1972.
FOUCAULT Michel: *Surveiller et punir: naissance de la prison*. Paris, Gallimard, 1975.
GIOLITTO Pierre: *Abécédaire et férule: Maîtres et écoliers de Charlemagne à Jules Ferry*. Paris, IMAGO, 1986.
GROSPERRIN Bernard: *Les Petites Ecoles sous l'Ancien Régime*. Ouest-France Université, Rennes, 1984.
JOLIBERT Bernard: *L'enfance au 17e siècle*. Paris, Jean Vrin, 1981.
LEAUD Alexis et GLAY Emile: *L'école primaire en France*, 2 volumes. Paris, 1934.
LEIF et RUSTIN: *Pédagogie générale par l'étude des doctrines pédagogiques*. Paris, Librairie Delagrave, 1966.
PARIAS Louis-Henri, (sous la direction de ...): *Histoire générale de l'enseignement et de l'éducation en France. Tome II: De Gutenberg aux Lumières*. Paris, 1981.
POSTMAN Neil: *Il n'y a plus d'enfance*. (The disappearance of childhood). New-York, 1982 et Paris, INSEP-Editions, 1983.
SONNET Martine: *L'éducation des filles au temps des Lumières*. Paris, Cerf, 1987.
SNYDERS Georges: *La pédagogie en France aux 17e-18e siècles*. Paris, PUF, 1965.
TARSOT L.: *Les écoles et les écoliers à travers les âges*. Paris, 1893.
VIAL Jean: *Les Instituteurs: douze siècles d'histoire*. Paris, 1980.
VIGUERIE Jean de: *L'institution des enfants: l'éducation en France (16e-18e siècles)*. Paris, Calmann-Lévy, 1978.
VINCENT Guy: *L'école primaire française*. Presses Universitaires de Lyon, 1980.

H. Léon LAURAIRE

Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO

17. CORTESIA Y URBANIDAD CRISTIANA



Sumario:

Cortesía y Urbanidad según S.J.B. de La Salle. -1. Cortesía y Urbanidad del cristiano seglar. - 2. Dignidad del cristiano seglar. - 3. La vocación del cristiano en el mundo. 3.1. Llamada a la santidad personal. 3.2. Llamada a trabajar en la santificación de las relaciones sociales y de la cultura. - 4. El carácter virtuoso de las acciones exteriores. 4.1. La modestia. 4.2. El respeto. 4.3. Afecto, unión, caridad.

CORTESIA Y URBANIDAD SEGUN J.B. DE LA SALLE

Cuando J.B. de La Salle se propuso escribir una obra de cortesía destinada a los hijos de los artesanos y de los pobres no tenía sino el embarazo de los títulos: conocía muchos de los manuales en uso en las escuelas o trasladados por buhoneros a través de ciudades o de la campiña. Desde *Pratiques, familières de la civilité pour enseigner aux enfants à vivre et à agir à l'extérieur avec honnêteté et bienséance*, de J. de Batencour, a la *Civilité nouvelle, contenant la vraye et parfaite instruction de la jeunesse*, lindera de la de los jesuitas; pasando por el *Nouveau traité de la civilité qui se pratique en France*, de A. de Courtin; el *Traité de la civilité nouvellement dressé d'une manière exacte et méthodique, et suivant les Règles de l'usage vivant*, de un anónimo lionés, las innumerables *Civilités honnestes et puériles* e incluso la titulada las *Règles de la bienséance civile et chrétienne*, cuyo título, tan próximo al suyo que hasta se pueda creer que pudo inspirar el de *Règles de la bienséance et de la civilité chrétienne*. En cualquier caso, la elección de tal título es por demás significativa. Así como J.B. de La Salle ha querido hacer de sus escuelas, escuelas *cristianas*, así la cortesía y la urbanidad que él propugna no pueden ser sino *cristianas* en el sentido perfecto del término.

Es interesante establecer paralelismo entre las definiciones que ofrecen de *la cortesía y de la urbanidad*, por un lado, los diccionarios de la época y del otro el *Prefacio* de las RB:

FURETIÈRE (1701): *Urbanidad*. Lo que conviene a una cosa: que le da su gracia y su encanto; o si se quiere, acción que conviene a los tiempos, a los lugares, y a las personas; atenciones que se otorgan en todas esas circunstancias. Las urbanidades son de extensión infinita: el sexo, la edad, el carácter imponen diferentes obligaciones y si no se observan todas ellas se ha de pasar por hombre descortés.

Urbanidad. Modales honrados, afables y corteses para actuar y conversar juntos. Se ha de tratar a todos con urbanidad. La urbanidad es cual cierta jerga que han establecido los hombres para esconder los malos sentimientos que tienen los unos contra los otros».

RICHELET (1709): «*Cortesía*: Acción que enmarca el tiempo, el lugar y las personas. Consideración que

se tiene con la época, con los lugares y con las personas. *Cortesía*. Modo de no hacer ni decir nada que no resulte cortés y bien adecuado en las relaciones de la vida. Manera honrada y cívica (...). La urbanidad ha de manifestarse natural, cortés, prudente y juiciosa».

«La cortesía cristiana es pues un comportamiento prudente y ordenado que por un sentimiento de modestia, o de respeto o de unión y de caridad frente al prójimo se ha manifestado en los discursos y en los actos externos teniendo en cuenta los lugares, las personas con quienes se charla, y precisamente esta cortesía que se refiere al prójimo, es lo que se llama propiamente urbanidad». (RB IV).

Así, por un lado el parecer de los diccionarios en vivo y por otra parte el alcance de una obra pastoral orientada hacia la perfección cristiana. La perfección cristiana del cristiano seglar.

1. CORTESIA Y URBANIDAD DEL CRISTIANO SEGLAR

J.B. de La Salle subraya, en varios lugares de sus RB, que la obra se orienta a los cristianos que viven en el mundo su vocación bautismal. No emplea el vocablo «laico», sino el de «seglar»: se dan obligaciones que sólo se imponen a los seglares (las visitas, p. 159); hay una modestia que no es conveniente a los seglares (tener «la vista baja», p. 18; «los brazos cruzados», p. 38; «es de mal gusto a las personas del mundo esconder sus manos bajo sus trajes o llevarlas cruzadas cuando se dirigen a alguien: tales actitudes convienen más a los religiosos que a los seglares», p. 39). En el Prefacio se hace alusión a los cristianos «en el mundo», «a las personas que en él viven» (p. I) y muy particularmente a los padres y madres, a «los maestros» y a «las maestras» (p. II).

2. DIGNIDAD DEL CRISTIANO SEGLAR

Los trozos más significativos de las RB - y los más hermosos - conciernen la conciencia que de su dignidad tiene cualquier cristiano: «Es de alta alcurnia ya que pertenece a Jesucristo y que es hijo de Dios, quien es el sumo Ser» (p. 3). Considera su cuerpo cual templo vivo, «donde Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad» (p. 43), un tabernáculo que Jesucristo se escogió «como morada» (íd.), como «el tabernáculo donde Jesucristo quiere, en su bondad, descansar frecuentemente» (p.62), como «el templo animado del Espíritu Santo» (íd.). Dignidad común a todos los cristianos y que fundamenta, definitivamente, la naturaleza de las relaciones sociales: «Cualquier cristiano al tener que actuar según las reglas del Evangelio debe ofrecer honor y respeto a todos los demás, considerándolos como hijos de Dios y hermanos de Cristo» (p. 3). Una dignidad advertida -en el contexto propio de este fin del siglo XVI- como muy exigente en el terreno de la urbanidad y de la cortesía: se necesita «estilo». «Lo que más contribuye a dar estilo a una persona y a hacerla estimable por su modestia cual persona prudente y bien ordenada es cuando mantenga todas las partes de su cuerpo en la situación que la naturaleza o el uso les han prescrito» (p. 1); se precisa gravedad e incluso señorío: «Ha de darse siempre en la actitud de una persona algo de ponderado y majestuoso (...). Únicamente la modestia y la prudencia que un cristiano debe traducir en toda su conducta es cuanto le ha de proporcionar esta gravedad» (P. 3).

3. LA VOCACION DEL CRISTIANO EN EL MUNDO

La llamada a la santidad retumba desde la primera página del Prólogo. Una santidad que ha de vivirse en cuanto constituye la vida de hombres y mujeres comprometidos en el mundo; en el quehacer cotidiano de las conductas individuales y sociales: desde la cama, al acostarse, en la mesa, en el juego, en las conversaciones y en las visitas, en los viajes y en la correspondencia. Llamada a la santidad personal y llamada a la santificación de las relaciones sociales y de la cultura.

3.1. Llamada a la santidad personal ya que se trata de vivir y de regirse «según el Espíritu de Cristo» (Pref. p. I s); y de hacer de tal manera que únicamente «este Espíritu anime todas nuestras acciones para hacerlas santas y agradables a Dios» (Pref. p. II).

3.2. Llamada a trabajar en la santificación de las relaciones sociales y de la cultura. J.B. de La Salle arroja una mirada que podríamos calificar de pesimista sobre el nivel de evangelización de los cristianos de su época: «Es sorprendente cómo la mayoría de los cristianos no considera la cortesía y la urbanidad sino como una cualidad simplemente humana y mundana, y que al no pensar en levantar su consideración más arriba, no la contemplan como virtud que tenga relación con Dios, con el prójimo y consigo mismo» (Pref. p. I). Será preciso invertir sus «motivos» de actuar y someterlos al juicio de la Escritura: los padres, los educadores, quienes están encargados de los niños «no deben nunca, al indicarles las reglas de urbanidad, el olvidar de enseñarles que no se han de poner en práctica sino por motivos puramente cristianos y que se encaran a la gloria de Dios y a la salvación; y situarse muy lejos de insinuar a los niños, cuya conducta educativa tienen, que si no hacen tal cosa se les avergonzará, que no se tendrá aprecio por ellos, que se les ridiculizará; sistemas todos ellos que no son apropiados más que a inspirarles el espíritu del mundo y a alejarlos del sentir del Evangelio» (Pref. p. IIs).

¿Cuáles pueden ser los motivos «puramente cristianos»? J.B. de La Salle nos remite a san Pablo y a san Pedro: «Cuando quieran inducirlos a prácticas externas que conciernen a la actitud del cuerpo y sólo a la modestia, cuidarán de animarlos a ello por el motivo de la presencia de Dios, de la cual se sirve san Pablo para idéntico tema, cuando advierte a los fieles coetáneos que su modestia debía aparecer ante todos los hombres ya que el Señor estaba cerca de ellos, es decir por respeto por la presencia de Dios ante quien estaban; si ellos les enseñaban y les hacían hacer prácticas de cortesía cuya finalidad era el prójimo, les animaban a no brindar tales pruebas de benevolencia, de honor y de respeto sino como a los miembros de Jesucristo y a los templos vivos y animados del Espíritu Santo. Así, san Pedro exhorta a los primeros fieles a quienes escribe a amar a sus hermanos y a tributar a cada cual la honra que se le debe para mostrarse verdaderos siervos de Dios manifestando que a Dios es a quien honran en la persona de su prójimo» (Pref. p. III).

Motivaciones puramente cristianas, que explicitan las relaciones conscientes con las tres Personas divinas, sí, mas con la finalidad de favorecer comportamientos y prácticas que atestigüen su especificidad cristiana. La intención puede no bastar. J.B. de La Salle destaca muy bien la responsabilidad del cristiano en el acto mismo de «dejarse guiar por el Espíritu»: «Pocas personas se dan, que se guíen por el Espíritu de Jesucristo. Sin embargo es el único que debe animar todas nuestras acciones para hacerlas santas y agradables a Dios; además es una obligación de la que nos avisa san Pablo al decirnos, en la persona de los primeros cristianos, que como hemos de vivir por el espíritu de Cristo, deberemos guiarnos en todas las actuaciones por el mismo Espíritu» (Pref. p. Is). No es el cristiano «una marioneta de Dios» (K. Barth): el Espíritu le ofrece la libertad y la fuerza para que ac-túe según su temperamento, sus posibilidades creadoras y su corazón.

4. EL CARACTER VIRTUOSO DE LOS ACTOS EXTERNOS

"... *todas nuestras acciones exteriores, las únicas que pueden ser afectadas por la urbanidad, deben siempre tener y llevar consigo su carácter de virtud*». Sin sacralizar, cuanto ciertas reglas de urbanidad o de civismo pueden conservar de relatividad, su ejecución nunca es neutra, para J.B. de La Salle. Tampoco en la relación que establecen, muy concretamente, con Dios, con los demás y consigo mismo. Son para él, las reglas de cortesía y urbanidad, la expresión de situarse y de manifestar su habilidad de modo que comprometan la realidad moral y la realidad espiritual del hombre. En primer término la realidad moral. J.B. de La Salle no es de los hombres que se evaden en un misticismo enajenado o en un iluminismo memo. En las RB el peso del esfuerzo virtuoso es considerable: «Todas nuestras acciones exteriores, las únicas afectadas por las reglas de la urbanidad, deben siempre tener y llevar consigo su carácter de virtudes». (Pref. p. 2) «... *todas nuestras acciones exteriores... deben... siempre tener ...*» este radicalismo es muy lasaliano. Lo volvemos a encontrar en esta condenación, pesada según criterio nuestro, de esas personas que controlan mal sus impresiones y las dejan traslucirse en sus facciones: «Esas personas cuyo rostro cambia en cada ocasión que se les presenta son muy molestas y se tiene mucha dificultad en soportarlas; ora se presentan con un rostro alegre, ora con rostro y aspecto melancólico; a veces denota inquietud y otras veces ardor; lo cual da a co-nocer en esa

	<i>Modestia</i>	45	<i>Respeto</i>	121	<i>Afecto</i>	6	
	Humildad	2	Estima	23	Benevolencia	9	
persona,	Moderación	14	Sumisión	7	Caridad	16	que no posee
virtud	Prudencia	9	Consideración	20	Unión	6	alguna y que no
se esmera	Discreción	16	Deferencia	4	Amistad	8	en domar sus
pasiones, y	Sabiduría	40	Discreción	4	Mansedumbre	12	que sus modos
de actuar	Circunspección	8	Justicia	3	Condescendencia	7	son totalmente
humanos y	Sencillez	2	Piedad filial	1	Fidelidad	5	naturales y de
ningún	Sobriedad	5			Gratitud	4	modo según el
espíritu del	Templanza	2			Condescendencia	8	cristianismo» (p.
12). Este					Sinceridad		trozo es

interesante además en cuanto nos ofrece como en «hueco» y molde de aquello en donde se reconoce la virtud propia de la cortesía y de la urbanidad: crea agradables relaciones humanas y las facilita -ella es dueña de sus pasiones- con dominio de sí hasta en su exterior -por motivaciones que van muy allá de la simple espontaneidad moral o física.

Para J.B. de La Salle, la urbanidad y la cortesía «es» virtud: reprocha a «la mayoría de los cristianos», lo hemos anotado, el no considerar «la cortesía y la urbanidad sino como cualidad puramente humana y mundana» y de no contemplarla «como virtud que a Dios se refiere, al prójimo y a nosotros mismos» (Pref. p. I). Una virtud que engloba muchas más. Las RB se levantan en torno a tres de entre ellas: modestia, respeto, afecto. «La cortesía y la urbanidad no consisten pues, propiamente sino en prácticas de modestia y de respeto de cara al prójimo; ya que la modestia se muestra particularmente manifiesta en la serenidad y en el respeto hacia el prójimo, en las acciones normales que se ejecutan casi siempre en presencia de los demás, se ha tomado la decisión de tratar en este libro de ambas cosas por separado. 1. De la modestia que debe manifestarse en la compostura y en la actitud de las distintas partes del cuerpo. 2. De las señales externas de respeto o de afecto particular que se han de dar, en las distintas acciones de la vida, a todas las personas en cuya presencia se les da y con quien se tenga relación» (Pref. p. VI). O como muy bien señala en su definición de la urbanidad-cortesía: modestia, respeto, unión y caridad. «La urbanidad es pues, un comportamiento prudente y ordenado que se ha manifestado en los discursos y en las acciones externas por un sentimiento de modestia o de respeto, o de unión o de caridad hacia el prójimo, con atención al tiempo, a los lugares y a las personas con quienes se conversa; y es esta cortesía que atañe al prójimo lo que propiamente se nombra urbanidad» (Pref. p. IV). El estadillo, más abajo estampado, da una ojeada sobre las numerosas virtudes que se imponen al cristiano a través de su compostura y de las relaciones interpersonales. Están dispuestas en su relación con las virtudes «pivots». La cifra indica el número de referencias que de cada una de ellas se hallan en las RB:

4.1. La modestia

Es la virtud propia del decoro, es «la regla del comportamiento cristiano en cuanto se refiere al exterior» (pp. 63s). Una virtud exigente: nada escapa a la modestia de cuanto se manifiesta al exterior. El ritmo general de la persona, el aspecto (p. 1), el control de cualquier parte del cuerpo (id) que luego especifican los distintos capítulos de la parte primera de las RB: «Sobre la cabeza y las orejas» (II), «Sobre los cabellos» (III), «Sobre el rostro (IV), «Sobre la frente, las cejas y las mejillas» (V), «Sobre los hombros, los brazos, y el codo» (XI), «Sobre las rodillas, las piernas y los pies» (XIV). Esta modestia se te impone desde el acto de levantarse y te sigue hasta la intimidad del hecho de acostarte: «Inmediatamente que se esté en la cama, se ha de tapar todo el cuerpo, salvo el rostro, que siempre ha de permanecer descubierto; para mayor comodidad no se debe uno colocar en postura indecente, ni que el pretexto de que se dormirá mejor domine la buena compostura: no es conveniente encoger las piernas, sino extenderlas, es muy adecuado acostarse ya de un lado, ya de otro; ya que de por sí no es cortés dormir supino boca abajo» (p. 54). Es un arte de comedimiento y de equilibrio: «Aunque nada se haya de ejecutar como estudiado o remilgado en su exterior, se debe, no obstante ordenar el buen uso de cualquier parte del cuerpo» (p. 2). Los niños y los que no se han formado «en su primera edad, deben adiestrarse de una manera particular, hasta que se acostumbren y hayan logrado

que tales prácticas resulten llanas y como naturales» (pp. 2s).

También a la modestia le corresponde el decoro en los vestidos. A los ojos de J.B. de La Salle entraña una significación tan extensa cual profunda: «Para usar trajes modestos es preciso que no luzcan apariencia alguna de lujo o de vanidad. Manifiestan vileza de espíritu quienes se aferran a trajes y rebuscan los vistosos y suntuosos, y cuantos tal hacen, se manifiestan despreciables a las personas sensatas; pero lo que es de mayor fuste, que renuncian públicamente a los compromisos bautismales y al espíritu del cristianismo; quienes, al contrario desprecian esas vanidades dan señales de gozar de gran corazón y de un criterio muy alto; en efecto traducen en su conducta que se aplican más a adornar su alma con virtudes que brindar atractivo a su cuerpo, y manifiestan por la modestia de sus vestidos la sabiduría y sencillez de sus almas» (p. 64). En fin a la modestia corresponde ordenar la manera de situarse en la conversación. Nuestra manera de hablar de sí, por ejemplo: «Hay personas tan henchidas de sí que entretienen siempre a quienes conversan sobre lo que han hecho, y lo que hacen, y que se han de apreciar mucho tanto sus palabras como sus acciones. Esta forma de comportarse en las charlas es muy incómoda y cargante para los demás. Ufanarse ante los demás y hablar en su favor es algo que choca antagónicamente a las conveniencias; señal, también, de criterio ruin; prerrogativa del hombre discreto es la de no hablar nunca de cuanto a él se refiere sino como respuesta ante quien se lo pregunte; incluso entonces hágalo con suma moderación, mucha modestia y discreción» (p. 206).

Virtud del intimismo cristiano, la modestia, es a la par virtud del testimonio silencioso, una «predicación muda» como decía Francisco de Sales. Ella debe «resaltar». Para J.B. de La Salle, un cristiano «hace profesión de modestia» hasta e incluso a través de los esfuerzos humildes para hacerse grato a los demás: «Una persona que quiere hacer profesión de humildad y de modestia, y conservar un exterior prudente y sosegado, debe conformarse con una mirada afable, apacible y serena. Quienes no han sido agraciados por la naturaleza con tal ventaja y que no poseen tal atractivo deben corregir tal omisión con una serenidad alegre y modesta, y procurar no añadir a sus miradas algo desagradable ante sus descuidos» (p. 17). La referencia bíblica se halla en san Pablo; él que advertía «a los fieles de su época que su modestia debía manifestarse ante todos los hombres, ya que el Señor estaba cerca, es decir por respeto a la presencia de Dios ante quien estaban» (Pref. p. VI).

Subrayemos esta dinámica de la fe: sentimiento de la presencia de Dios -modestia de la actuación personal-profesión, testimonio público de esa interior vivencia. Las RB precisan mucho que se habla de la modestia-sencillez propia de los seglares. J.B. de La Salle distingue, efectivamente -con la global cultura de su época- la modestia que han de manifestar los eclesiásticos y los religiosos de la que se adecúa a los que viven «en el mundo»; así, «Como no es digno mantener la mirada demasiado altanera, tampoco quienes viven en el mundo tengan una mirada apocada ya que eso tiene aspecto de un religioso más que de un seglar; los eclesiásticos y quienes pretenden llegar a serlo, deben manifestar en su mirar y en su ámbito externo suma circunspección. Pues pertenece al decoro, a quienes están comprometidos o tienen intención de comprometerse en este estado eclesial, el acostumbrarse a la mortificación de sus sentidos y de mostrar por su modestia que al estar consagrados a Dios o al desear consagrarse a El, tienen la mente ocupada en El y en cuanto le concierne» (p. 18). «Por eso no se llevarán los brazos cruzados; es una modestia específica de los religiosos que no cae bien en los seglares. La postura que les es adecuadamente cortés es que estén situados delante, ligeramente adosados al cuerpo y ambas manos una contra otra» (p. 37). De modo que ya se sea eclesiástico, religioso o seglar el comedimiento en su compostura se impone. Sin explicitar más, J.B. de La Salle remite a los cristianos de su tiempo al testimonio no de los individuos aislados sino al de la Comunidad, de una Iglesia cuyos miembros a ejemplo de los de Pablo o de los primeros siglos, se edifican mutuamente y se exhiben frente a los no cristianos: «Al vivir así como verdaderos cristianos y al tener modales externos conformes a los de Cristo y a los de su profesión, se diferenciarán de los infieles y de los cristianos de nombre, como asegura Tertuliano, que se distinguían y se discernían los cristianos de su tiempo por el exterior y por su modestia» (Pref. p. IV).

4.2. El respeto

Cuando J. B. de La Salle habla del respeto en las RB, lo contempla desde dos ángulos diferenciados. Se dan el respeto como comportamiento exigido por la ley moral y el respeto que nace de la toma de conciencia del misterio que cualquier cristiano lleva consigo.

4.2.1. *El respeto como deber, como ordenado por Dios.* En sus «*Deberes de un cristiano hacia Dios*» (CL 20), J.B. de La Salle hace del respeto uno de los deberes debidos a las personas depositarias de autoridad en virtud del 4º Mandamiento de Dios: «Dios, por el cuarto mandamiento nos ordena honrar a nuestros padres y madres: bajo tales nombres de padre y madre se entienden cuantos poseen sobre nosotros alguna autoridad, como son padres, madres, tutores, curadores, padrinos, madrinas, maestros, maestras, los maridos frente a sus esposas, los señores, los magistrados, los prelados y pastores de la Iglesia (...). Cinco son los deberes que han de cumplir los hijos con sus padres y madres en virtud del mandamiento: deben amarlos, respetarlos, obedecerlos (...). Los criados y las sirvientas deben respetar a sus amos y amas, amarlos, obedecerlos (...). A los tutores se les debe amar, honrar, obedecer y escuchar con agrado (...). Idénticos deberes con los magistrados y las personas que gozan de autoridad social como a los tutores (...). Las obligaciones de los diocesanos para con su obispo, de los feligreses frente a su cura, y de los inferiores tocante a los superiores espirituales son las de amarlos, obedecerlos como a Cristo que representan (...)» (pp. 123-129). Se trata pues y siempre de un respeto debido; de un respeto que puede demandarse, incluso socialmente. Puede decirse que en sus manifestaciones externas es proporcional al grado de autoridad de la persona que a ello tiene derecho. De este modo las RB hablan 28 veces de las «personas a quienes se debe respeto» y 10 veces, de «las personas a quienes debemos *mucho* respeto». Los matices arrancan en gran parte de las realidades socioculturales de la época. Juzguemos de ello a través de este párrafo del Prefacio: «Se ha de considerar a sí mismo y lo que uno es, ya que quien es inferior a otros, está obligado a tener sumisión para quienes le son superiores, ya por el nacimiento, ya por el oficio, ya por su categoría y manifestarles mucho mayor respeto que no haría otro que les fuera del todo igual. Por ejemplo: un labriego debe manifestar externamente mayor honra a su señor que un artesano que de él no dependiera; y tal artesano debe adelantar mayor respeto a este señor que un gentil-hombre que acudiera a verle» (p. VI). El vocabulario aquí empleado es revelador: nos situamos en los dominios de la urbanidad: se trata de «*manifestar*» mucho mayor respeto hacia uno que hacia otro, de rendir *externamente* más honor a uno y menos a otro.

«Las pruebas de respeto» -una expresión muy lasaliana- son tan diversas como las situaciones y los encuentros. Así, en la correspondencia: «Es preciso que las cartas que se dirigen a sus superiores, sean muy respetuosas; las que se dirigen a sus iguales, sean corteses y ofrezcan siempre algunas muestras de consideración y de respeto; en cuanto a las que se escriben a sus inferiores se les ha de indicar en ellas signos de afecto y benevolencia» (243). De esta manera, con ocasión de una visita activa o pasiva: «Cuando se quiere realizar una visita a una persona, para quien se debe consideración y respeto será preciso usar ropa blanca y trajes limpios, pues son santo y seña de respeto; con antelación se ha de advertir lo que se tendrá que decir» (p. 162); «si la persona que nos visita es de gran categoría social o si se le debe mucho respeto será incluso correcto ir a recibirla a la puerta o aún más allá, cuando se percata uno de su llegada para ofrecerle mayores muestras del respeto que se tiene» (p. 167). Una lectura poco continuada de las RB brinda a veces la impresión de que todo está ahí dicho, con el mínimo detalle, a tal punto que la llamada a la creatividad de los prota-gonistas --inferiores, iguales o superiores- es inexistente. Una atenta lectura de los trozos tales como los que hemos citado pone sobre el tapete, al contrario, el margen de iniciativa y de adaptación que se deja -que se exige- a las personas en juego: les corresponde a ellas hallar la expresión respetuosa exacta, la que conviene a la situación, a las relaciones sociales; hasta dónde han de llegar para recibir a la persona que deben respetar. Es un arte del saber-vivir, también aquí. Y un arte ejercitado por un cristiano...

4.2.2. *El respeto que nace de la toma de conciencia del misterio que cualquier cristiano lleva consigo.* Merced a los sacramentos de la identidad cristiana hemos entrado en un misterio de relaciones privilegiadas

con cada una de las Personas de la Trinidad. Se dan en ese apartado expresiones teológicas que J.B. de La Salle aprecia muy particularmente: las encontramos en su catecismo y en la Cortesía. En *sus Devoirs d'un chrétien envers Dieu*: «El bautismo es un sacramento que borra en nosotros el pecado original y todos los pecados que se podrían haber cometido antes de recibirlo, y que nos hace hijos de Dios y de la Iglesia, miembros de Jesucristo y templos vivos del Espíritu Santo (...). Este sacramento comunica al alma una gracia abundantísima que la santifica y la hace agradable a Dios (...). Por esta gracia somos hechos hijos de Dios; porque ella es la que nos hace participar de la santidad que le es natural a Dios y al dárnosla nos adopta por hijos suyos (...). También es el bautismo quien abre al alma que lo recibe la puerta del cielo que antes le estaba cerrada y que rechaza el demonio cuya posesión era: es cuanto la Iglesia nos señala por los exorcismos que el sacerdote hace sobre el que debe ser bautizado; y al mismo tiempo que es expulsado el demonio, el Espíritu Santo toma posesión de ella; por esta razón se dice que a través del bautismo nos constituimos templos del Espíritu Santo. Recibimos igualmente el Espíritu de Jesucristo, y este sacramento nos vincula a El de manera tan particular e íntima que desde el momento de su recepción somos considerados por Dios como los miembros de su Hijo hecho hombre» (pp. 211-213).

En cuanto a la Eucaristía: «Este sacramento produce admirables efectos incluso en nuestros cuerpos: les santifica por su presencia y por el contacto del cuerpo de Nuestro Señor; les consagra y les vuelve efectivamente miembros de Jesucristo; les hace tabernáculos vivos del Santísimo Sacramento, y así, según san Cirilo, nos transformamos en portadores de Dios, al llevar a Cristo en nosotros cuando recibimos su cuerpo sagrado en nuestros pechos» (p. 260). En sus RB, J.B. de La Salle nos remite a estos datos teológicos y místicos para fundar el respeto de sí y de su propio cuerpo y también el respeto de los demás y de sus cuerpos.

Ser «hijos de Dios», «miembros de Cristo», «templos del Espíritu Santo», «tabernáculos vivos de Jesucristo». Tantas afirmaciones de fe son capaces en efecto, de alimentar una cultura y una civilización del respeto. Nos ubicamos aquí en el corazón del mensaje lasaliano. Escuchémosle: «Cualquier cristiano que debe guiarse según las reglas del Evangelio debe guardar honor y respeto a todos los demás, al contemplarlos como hijos de Dios y hermanos de Cristo» (p. 3); (Padres y madres) les animarán a no dar estas pruebas de benevolencia, de honor y de respeto sino como a los miembros de Cristo y a los templos vivos y animados del Espíritu Santo (Pref. p. III); «Como no debemos considerar nuestros cuerpos más que como templos vivos, donde Dios desea ser adorado en espíritu y en verdad, y como tabernáculos que Cristo ha elegido para morada suya, debemos también a la vista de las bellas cualidades que poseen, otorgarles mucho respeto; y muy particularmente esta consideración nos ha de comprometer a no tocarlos y a no mirarlos sin una indispensable necesidad» (p. 43). «El desaliño en los vestidos es una señal de que o no se presta atención a la presencia de Dios, o que no se tiene por El bastante respeto; da también a conocer que no se tiene respeto a su propio cuerpo que, sin embargo, se ha de honrar como templo animado del Espíritu Santo, y el tabernáculo donde Cristo tiene la bondad de descansar frecuentemente» (pp. 61 s).

4.3. Afecto, unión, caridad

Las palabras por las cuales J.B. de La Salle define el tercer polo en torno al cual se han elaborado las RB son, ya se ha visto, el «afecto», la «unión», la «caridad». Para comprender bien lo que se ha de colocar detrás de cada uno de esos vocablos tenemos interés en acudir una vez más al catecismo lasaliano, *Les Devoirs d'un chrétien envers Dieu*. Como para la modestia y el respeto, *afecto, unión, caridad* se han de situar en un contexto más espiritual que moral, hasta místico. Así que cuando el autor de las RB habla de afecto se pensará menos en «afectos naturales» que en «afectos conformes a los de Cristo». Si habla de unión y de caridad, habrá que hacer referencias a las que el Espíritu Santo derrama en los corazones.

4.3.1. *Afecto*. La transformación que realiza la presencia de Jesucristo en la Eucaristía alcanza primordialmente nuestros afectos antes de ensancharse a toda nuestra conducta moral: tal es la doctrina lasaliana de los *Devoirs d'un chrétien envers Dieu*: «Jesucristo al instituir este sacramento ha puesto de

manifiesto, de una manera muy particular, su afecto por nosotros. Pues nos une a sí de la manera más estrecha y más excelente que imaginarse pueda, ya que se nos da a la manera de alimento. No se halla unión más íntima en la naturaleza: no se cambia en nosotros, pero nos cambia en él en cuanto puede por la recepción de este sacramento, al cambiar no nuestra substancia, sino nuestros afectos y nuestras costumbres para hacerlas conformes a las suyas» (pp. 249s). De modo que son «nuestros afectos y nuestras costumbres», todo cuanto constituye el objetivo de la urbanidad y de la cortesía de alguna manera, que se han de volver «conformes» a los afectos y a las costumbres de Jesucristo al acoger este amor que se entrega en el Sacramento. Las RB no son ilusas: en la vida de cada día no sólo se encuentra esa especie de cristiano. Por ejemplo, «hay personas que cuando están en compañía sólo hablan de lo que les gusta e incluso a veces de cosas cuya estimación les resulte muy especial; si un perro, un gato, un pájaro o algún otro animal, les gustan, su conversación se expandirá en torno a ellas continuamente; además, de tiempo en tiempo les hablarán en presencia de los demás e interrumpirán para eso el normal discurso; lo que a veces les priva de prestar atención a cuanto los demás dicen (...)» (pp. 209ss). Se impone el esfuerzo moral: «Tampoco es de buenas maneras tener el rostro melancólico y cariacontecido; nunca se ha de reflejar nada que manifieste pasión o algún afecto alterado» (p. 11); y «si es conveniente mirar a alguien, menester es que sea de forma natural, afable y cortés y que no se descubra en las miradas pasión ninguna de afecto desordenado» (p. 19). Por lo demás, dar «señales externas» de afecto, «en las diferentes acciones de la vida a cualquier persona a quien se les da y con quienes se pueda tener relación» (Pref. p. VI) supone que se observan las reglas y los usos que impone el medio sociocultural en el cual se mueven. De tal modo que, según las RB, únicamente «se ofrecen pruebas de cariño y de benevolencia» a los «inferiores» (p. 243); que después de haber recibido beneficios de alguien, debemos patentizar nuestra gratitud «y la deuda que con él tenemos, manifestándole nuestro afecto y la fidelidad a sus órdenes» (p. 225). En lo del apretón de manos: «No está nunca permitido, a una persona que le debe respeto a otra, el presentarle la mano para ofrecerle alguna señal de su estima o de su afecto; sería faltar al respeto que se estaría obligado hacia tal persona y usar hacia ella de familiaridad demasiado indiscreta; sin embargo, si una persona de categoría o que sea superior adelanta la mano para dársela a otra de menor cualidad que ella o que le es inferior, ésta debe admitir este honor y ofrecer la suya inmediatamente y aceptar tal favor como índice de singular bondad y de benevolencia» (p. 40). Queda un margen que la libertad cristiana puede salvar por encima de la «regla» y del «uso» y crear algo «nuevo» en el mismísimo corazón de las relaciones civiles: «Cuando a alguien se le oye murmurar de otro, la urbanidad establece que se disculpen sus faltas y que se haga de tal manera que se hable bien del mismo; que se interprete en buen sentido y se estime alguna acción que haya realizado; es medio para atraer el afecto de los presentes y de hacerse grato a todos» (p. 196) ... ¡agradable a todos y grato a Dios!

4.3.2. *Unión y caridad.* Cuando J.B. de La Salle, en sus *Devoirs d'un chrétien envers Dieu*, trata «De la obligación que tenemos de amar al prójimo» (pp. 98ss) apunta primeramente al doble Mandamiento del Evangelio: «No debemos contentarnos con amar a Dios, también debemos amar al prójimo: es el segundo mandamiento de la Ley que nuestro Señor nos propone y del cual dice ser semejante al primero porque allí se encierra; porque dice san Juan que quien no ama a su prójimo y asegura que ama a Dios es mentiroso: efectivamente quien no ama a su hermano a quien ve ¿podrá amar a Dios a quien no ve?». Es un rasgo verdaderamente lasaliano esta preocupación de vincular amor de Dios y amor del prójimo.

Incluso si este amor del prójimo no es igual hacia todos: «Cuando se asegura que debemos amar a nuestro prójimo ha de entenderse que hemos de amar a todos los hombres que son prójimos nuestros y hermanos nuestros, al ser todos descendientes del mismo Padre; no debemos, sin embargo amarlos a todos igualmente; los hay a quienes hemos de amar más que a otros, y son éstos los verdaderos cristianos que viven según la Ley y las máximas de Jesucristo; porque éstos nos pertenecen de una manera mucho más especial que los demás hombres, al ser nuestros hermanos por un nacimiento divino que recibieron en el Bautismo y que les hace hijos de Dios, mientras los demás hombres no son nuestros hermanos más que por un nacimiento puramente natural y humano».

Esta «obligación» de «amar más que a los otros» a quienes son nuestros hermanos en la fe se nos impone

no como obligación moral sino como actitud de apertura y de acogida al Espíritu; la «unión» que se ha de realizar es, en efecto, de orden místico: «Hemos contraído otra unión mucho más fuerte con los cristianos, ya que consiste en que somos todos miembros de Jesucristo y de la Iglesia y que no formamos sino un solo cuerpo con ellos. El Espíritu Santo al animar la Iglesia produce esta unión entre los fieles y los aúna a todos íntimamente con Jesucristo». ¿Qué repercusiones pueden tener, tales textos, en las RB? Ciertamente J.B. de La Salle no se olvida que escribe un tratado de urbanidad para un público modesto: los hijos de los artesanos y de los pobres, los maestros y maestras de las escuelas más populares. Muy concreto, evita las consideraciones humanistas o teológicas amplias.

Sin embargo, no rebaja su diana cultural y pastoral. El significado que él atribuye a los gestos de la amistad es significativo.

El apretón de manos: «Es dar a una persona una indicación de amistad y de unión particular el colocar su mano en la suya cual prueba de cortesía. Por ello tal acto no se ha de realizar sino entre personas iguales, la amistad no puede darse sino entre personas que no tengan nada una sobre la otra» (p. 40); el beso: «El beso es otra modalidad de saludo, que no se estila ordinariamente más que entre personas con unión entre sí y amistad particular. Estuvo muy en uso en la Iglesia primitiva, entre los fieles, que se servían de él como de un signo visible de unión muy íntima entre todos y de caridad perfecta; así les exhorta san Pedro a los Romanos y a todos los demás a quien escribe, de saludarse» (p. 169); las visitas: «La urbanidad cristiana se atiene a la caridad en las visitas, cuando se ejecutan, o para contribuir a la salvación del prójimo de cualquier modalidad que fuere, o para prestarle algún servicio temporal, o para rendir pleitesía cuando se le es inferior, o para conservar con él una unión cristiana en totalidad» (p. 160).

La caridad ha de saber ser en sí delicada: «Cuando alguien dice o hace algo que nó se ha de decir, si uno se percata de que la persona que habló lo hizo desconcertada y que se reconoce humillada ante su fallo al reflexionar sobre sí y sobre cuanto dijo, se ha de fingir no haberse enterado; y si quien lo dijo o hizo pide disculpa corresponde a la prudencia y a la caridad interpretar favorablemente el incidente y ha de estar uno muy lejos de burlarse de quien hubiere adelantado algo que parecería poco cuerdo, y aún mucho menos tratarlo con desprecio; pudiera muy bien ser que uno no ha captado bien su pensamiento. En fin no es de hombre cuerdo causar nunca vergüenza a cualquiera que sea» (p. 203); a la par: «Frente a los imperfecciones de los demás, o ellas son naturales o son viciosas; si son naturales, es indigno de un hombre juicioso y de prudente proceder, reír o divertirse, puesto que quien las posee no es el causante y que de él no depende el poseerlas o no, y no se hallará hombre a quien no hubiera podido alcanzarle cosa similar; si son imperfecciones viciosas de las cuales se sirve uno para divertirse, eso va totalmente contra la caridad, y contra el espíritu cristiano que más bien inspira tener compasión y ayudar a los demás a corregirse, y no hacer de ello tema de recreo y burla» (pp. 134s).

Subrayemos este rasgo último: «el espíritu cristiano inspira más bien el tener compasión y el ayudar a los demás a corregirse»... Nos situamos nuevamente aquí en el corazón del mensaje lasaliano en las RB. Lo hemos dicho, él ha querido que sus escuelas sean "cristianas", J.B. de La Salle quiere que sus reglas de Urbanidad y Cortesía sean "cristianas". Cristianas ya que han de ser vividas por cristianos que no lo sean únicamente «de nombre» (Pref. p. IV).

Cristianos conscientes, de verdad, ante las situaciones à veces muy complejas «que se atienen a los tiempos, a los lugares y a las personas con quienes se conversa» como lo dice en el Prefacio (p. IV), pero igualmente conscientes del Misterio cuyo testimonio han de dar. Nos podemos plantear la pregunta: ¿cómo adquirir este «espíritu cristiano» que hace que en una situación dada -aquí ante el escándalo de un proceder vicioso experimenten, casi espontáneamente, sentimientos propiamente evangélicos -aquí, compasión y deseo de ayudar a que se corrijan? ¿Sobre qué se sostiene esta sensibilidad que se orienta, con espontaneidad, hacia cuanto pueda agradar a Dios? Las hermosas disquisiciones consagradas por J.B. de La Salle a las visitas que la «conveniencia impone a todos los seculares» pueden indicarnos en qué sentido buscar los elementos de la

respuesta. En resumen, digamos que esta educación que primeramente es una conversión de la sensibilidad, se hace en *actitud contemplativa* frente a los santos, mayormente frente a Cristo, ante él que es la revelación del hombre en sus relaciones con el Padre, consigo mismo y con los demás. Hay un esfuerzo de atención, de reflexión para conocer y para *discernir* qué comportamiento se requiere. Se ha de *comulgar* con las «miras» y los «motivos» que los santos o Jesucristo han podido manifestar. «La Santísima Virgen, aunque muy recogida, ha hecho una visita a su prima Isabel y parece que el Evangelio la trae muy ampliamente a fin de que nos pueda servir de modelo de las nuestras. También Jesucristo ha efectuado varias veces visitas como sencillo gesto de caridad, no teniendo, por lo demás, ninguna obligación. Para conocer perfectamente y para discernir en qué ocasiones se debe visitar, menester será persuadirse que la urbanidad cristiana no debe atenerse sino a la justicia y a la caridad; y la urbanidad no puede exigir visitas que no se justifiquen o por la necesidad, o para ofrecer a alguien señales de respeto o para mantener la unión y la caridad (...).

Siempre ha sido por alguna de esas miras o por algunos de tales motivos, que Jesucristo Nuestro Señor ha procedido en todas las visitas que hizo; ya que eran o para convertir a las almas a Dios, como en la visita que brindó a Zaqueo, o para resucitar muertos, como cuando fue a casa de santa Marta luego de la muerte de Lázaro o en casa del jefe de la Sinagoga; o para curar enfermos, como cuando llegó a casa de san Pedro y del Centurión, aunque no hiciera esos milagros sino a fin de ganar los corazones para Dios; o como indicación de amistad y benevolencia, como en la última visita que cumplió con las santas Marta y María Magdalena» (pp. 159-161).

CONCLUSION

El carácter de las RB, muy localizado históricamente, -en el plan socio-cultural, sobre todo- no invita a los cristianos a los cuales se dirigen a «copiar» a los santos o a Jesucristo, o a «calcar» motivos cristianos sobre conductas cualesquiera. Hemos podido constatarlo a lo largo de las páginas que preceden. J.B. de La Salle apunta a suscitar no duplicados, sino discípulos de Cristo en cuanto animados por el Espíritu. Las RB, ¿un «manual de espiritualidad» para uso de los seculares al inicio del siglo XVIII? ¿Por qué no? En cualquier caso, sin duda nos interpela a nosotros, laicos del siglo XX que finaliza. Su mensaje ¿no empalma la exhortación apostólica *Christifideles laici*, sobre la vocación y la misión de los seculares en la Iglesia y en el mundo? «La vocación de los fieles seculares a la santidad demanda que la vida según el Espíritu se exprese de manera particular en su *inserción en las realidades temporales* y en su participación en las actividades terrenas. Nuevamente el Apóstol nos anima: «Todo cuanto hacéis, todo cuanto decís, sea siempre en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dando por medio de él gracias a Dios Padre» (Col 3,17). Al aplicar las palabras del Apóstol a los fieles seculares, el Concilio afirma de manera muy firme: «Ni el cuidado de su familia, ni los negocios temporales deben ser extraños a su espiritualidad». Tras ellos los Padres del Sínodo han declarado: «La unidad de la vida de los fieles seculares es de una importancia suma; deben, en efecto, santificarse en la vida ordinaria, profesional y social. Para que puedan responder a su vocación, los fieles seculares deben, pues, considerar su vida cotidiana como una ocasión de unión con Dios y de cumplimiento de su voluntad, como también de servicio hacia los demás hombres, encaminándolos hasta la comunión con Dios en Cristo» (§ 17).

Temas complementarios:

Temas complementarios:

Alma-cuerpo; Amor-caridad; Atención; Autoridad; Cristiano; Mandamientos de Dios; Conversaciones; Conversión; Deberes de un cristiano; Deberes-obligaciones; Edificación; Espíritu del cristianismo; Espíritu del mundo; Espíritu Santo; Discernimiento; Máximas Mundo-Evangelio; Misa-Eucaristía; Modestia; Mundo-relación con el mundo; Misterio(s).

BIBLIOGRAFIA

1. J. ARMOGATHE (dir.), *Le Grand Siècle et la Bible*, Paris, Beauchesne, 1989.
2. F. AMIOT, *Les idées maîtresses de saint Paul*, Paris, Cerf, coll. Lectio divina, n° 24.
3. Ch. BERTHELET Du CHESNAY, *Ecriture Sainte et vie spirituelle, Le 17e siècle*, D.S., t.4, col. 226-238.
4. G. BOURGEAULT, *Décatalogue et morale chrétienne*, Montréal, Bellarmin, 1971.
5. L. CERFAUX, *Le Christ dans la théologie de saint Paul*, Paris, Cerf, coll. Lectio divina, n° 6; del mismo, *Le chrétien dans la théologie Paulinienne*, Paris, Cerf, Lectio divina, n° 33.
6. Ph. DELHAYES, *Ge décalogue et sa place dans la morale chrétienne*, coll. Etudes religieuses, 751, BruxellesParis, 1963.
7. G. DELASSAULT, *Le Maître de Sacy et son temps*, Paris, 1967.
8. C.H. DODD, *Morale de l'Évangile*, coll. Livre de vie, Paris, 1973.
9. Ph. FERLAY, *Père et Fils dans l'Esprit*, Coll. Croire et comprendre, Centurion, Paris, 1979.
10. B. HARING, *La loi du Christ*, Paris, E. Barbotin, 1957.
11. S. LÉGASSE, *L'amour interhumain d'après le Nouveau Testament*, Revue théologique de Louvain, 8, 1977.
12. S. LYONNET, *Liberté chrétienne et loi de l'Esprit selon Paul*, revue Christus, 4, 1954.
13. J. MURPHY O'CONNOR, *L'existence chrétienne selon saint Paul*, Paris, Cerf, Coll. Lectio divina, n° 80.
14. K. RAHNER, *Le commandement de l'amour parmi les autres commandements*, Ecrits théologiques, t.7, Paris, 1967.
15. R. SCHNACKENBURG *Le message moral du Nouveau Testament*, Le Puy-Lyon, 1963.
16. A. SOLIGNAC, *L'imitation du Christ dans la vie concrète*, Dictionnaire de spiritualité, fasc. XLVIII-XLIX, Paris, 1970.
17. C. Spic, *Dieu et l'homme selon le Nouveau Testament*, Paris, Cerf, Coll. Lectio divina, n° 29; del mismo, *Vie morale et Trinité sainte selon saint Paul*, Paris, Cerf, coll. Lectio divina, n° 19; del mismo, *Théologie morale du Nouveau Testament*, Paris, 1965.
18. P. DE SURGY dir., *Ecriture et pratique chrétienne*, Congrès de l'ACFEB (Angers), Paris, Cerf, Lectio divina, n° 96, 1978.
19. G. TERRIEN, *Le discernement dans les écrits pauliniens*, Gabalda, 1973.

20. A. De BOVIS, *Foi (Esprit de foi)*, D.S., t.5, col. 603-613.
21. L. BOUYER, *Introduction à la vie spirituelle*, Paris, 1960.
22. H. BRÉMOND, *Histoire littéraire du sentiment religieux en France depuis la fin des guerres de Religion jusqu'à nos jours*, Paris, Bloud et Gay, t.III, l'Ecole française, 1921, t.IX, la vie chrétienne sous l'ancien régime, 1932.
23. L. COGNET, *Esprit*, D.S., t.4, col. 1234-1246; del mismo, *De la dévotion moderne à la spiritualité française*, Paris, 1958; del mismo, *Le problème des vertus chrétiennes dans la spiritualité française au XVIIIe siècle*, en *Les vertus chrétiennes selon saint Jean Eudes et ses disciples*, Paris, 1960, pp. 47-67; del mismo, *La spiritualité moderne*, Histoire de la spiritualité, III, Aubier, 1966.
24. Varios, *Histoire spirituelle de la France*, Paris, 1964, separata del art. France del D.S., t.V, col. 785-1004.
25. J. EYMARD D'ANGERS, *L'humanisme chrétien au XVIIIe siècle. S. François de Sales et Yves de Paris*, La Haye, 1970.
26. P. MICHALON, *La communion aux mystères de Jésus-Christ selon J.J. Olier*, Lyon, 1943.
27. J.J. OLIER, *Catéchisme chrétien et Journée chrétienne*, éd. F. Amiot, Paris, 1954; del mismo, *Introduction à la vie et aux vertus chrétiennes et Pietas seminarii*, ed. F. Amiot, Paris, 1954.
28. S. TH. PINCKAERS *L'Évangile et la morale*, éd. Universitaire Fribourg, Suisse, Cerf, Paris, 1991.
29. P. POURRAT, *La spiritualité chrétienne*, Paris, 1947, 4 vol.
30. P. SÉROUET, *De la vie dévote à la vie mystique*, Paris, 1958.
31. L. TINSLET, *The French Expressions for Spirituality and Devotion*, Washington, 1953.
32. SS. JUAN-PABLO II, *Christifideles laici*. 1988.
33. N. ELIAS, *La civilisation des moeurs*, coll. Pluriel, 8312 G, Calmann-Lévy, 1973; del mismo, *La société de cour*, Flammarion-Champs, 1985.
34. H. ARAGON, *Les lois somptuaires en France*, Paris, 1921.
35. P. BÉNICHOU, *Morales du Grand Siècle*, Paris, Gallimard, 1948.
36. J. Cl. BOLOGNE, *Histoire de la pudeur*, Paris, Olivier Orban, 1986.
37. L. BOLTANSKY *Les usages sociaux du corps*, en *Annales*, Paris, Armand-Colin, 1971.
38. A. BONNEAU, *Notice sur les livres de civilité depuis le XVIIe siècle*, précédant *La civilité puérile*, d'Erasmus, Paris, 1877, nouvelle édit. Ramsay, 1977.
39. A.M. CARRÉ, *L'Eglise s'est-elle réconciliée avec le théâtre?*, Paris, Cerf, 1956.
40. B. CASTIGLIONE, *Le livre du courtisan*, presentado por A. Pons, éd. Gérard Lebovici, Paris, 1987.
41. G. DELLA CASA, *Galatée ou des manières, présenté et traduit de l'italien d'après la version de Jean de Tournes (1598) par Alain Pons*, Le livre de poche, biblio-essais, Paris.
42. N. CAYROU, *Le français classique. Lexique de la langue du XVIIe siècle*, Paris, M. Didier, s.d.
43. A. DEVYVER, *Le sang épuré. Les préjugés de race chez les gentilshommes français de l'Ancien Régime (1560-1720)*, Bruxelles, éd. de l'Université de Bruxelles, 1973.
44. G. DUBY (dir.), *Histoire de la vie privée*, 5 t., Paris, éd. du Seuil, 1985-1988, t. III, De la Renaissance aux Lumières, 1986.
45. R. DHOQUOIS (dir.), *La politesse. Vertu des apparences*, éd. Autrement, Paris, 1991.
46. A. FRANKLIN, *La vie privée d'autrefois. Les soins de toilettes*, Paris, Plon, 1887, *La cuisine*, id. 1888, *Les repas*, 1889, *L'hygiène*, 1890; del mismo, *La civilité, l'étiquette, la mode, le bon ton, du XIIIe au XIXe siècle*, Paris, E. Paul, 1908.
47. W. FRIJHOFF et D. JULIA, *Ecole et société dans la France de l'ancien régime*.
48. F. FURET et J. OZOUF, *Lire et écrire. L'alphabétisation des Français de Calvin à Jules Ferry*, Paris, éd. de Minuit, 1977.
49. L. GODARD DE DONVILLE, *Signification de la mode sous Louis XIII*, Aix-en Provence, édisud, 1978.
50. M. Cl. GRASSI, *Les règles de communication dans les manuels épistolaires français (XVIIIe-XIXe siècles)*, en *Savoir-Vivre I*, Cesura, Lyon Edition, 1990.
51. A. LEROI-GOURHAN, *Le geste et la parole*, Albin Michel, Paris, 1965.
52. J. LEVÊQUE, *Les vêtements de la bourgeoisie parisienne marchande et rentière au début du XVIIIe*

- siècle, 1695-1715*, mémoire de maîtrise, Paris I, 1980.
53. Cl. LEVI-STRAUSS *Mythologiques*, t.III, *L'origine des manières de table*, Paris, Plon, 1968.
54. G. LIPOVESKY, *L'empire de l'éphémère*, Paris, Gallimard, 1987.
55. F. LEROUX, *Pratiques et savoirs populaires. Le corps dans la société traditionnelle*, coll. Espace des hommes, Berger-Levrault, Paris, 1979.
56. H-J. MARTIN, *Livre, pouvoirs et société à Paris au XVIIe siècle (1598-1701)*, Genève, Droz, 1969.
57. M. MAGENDIE *La politesse mondaine et les théories de l'honnêteté en France au XVIIe siècle, de 1600 à 1660*, Paris, PUF, 1925.
58. G. MONGRÉDIEN *La vie quotidienne sous Louis XIV*, Paris, Hachette.
59. D. PARODI, *L'honnête homme et l'idéal moral du XVIIe siècle et du XVIIIe siècle*, Revue pédagogique, 1921, vol. 78.
60. N. PELLEGRIN, *L'être et le paraître au XVIIe siècle: les apparences vestimentaires dans l'Histoire comique de Francion de Charles Sorel*, en *La France d'Ancien Régime, études réunies en l'honneur de Pierre Goubert*, Toulouse, Privat, 1984.
61. C. PITON, *Le costume civil en France du XIIIe au XIXe siècle*, Paris, Flammarion, 1926.
62. J. QUICHERAT, *Histoire du costume en France*, Paris, 1877.
63. Ch. URBAIN et E. LEVESQUE, *L'Eglise et le théâtre*, Bernard Grasset, 1930.
64. G. VIGARELLO, *Le propre et le sale. L'hygiène du corps depuis le Moyen Age*, Paris, Seuil, 1985; del mismo, *Le corps redressé: histoire d'un pouvoir pédagogique*, J.P. Delarge, Paris, 1978.
65. Th. WEIJLL, *Histoire de l'hygiène sociale*, Dunod-Pinad, Paris, 1910.
66. Frère ALBAN, *Un livre peu connu de saint Jean-Baptiste de La Salle*, Bulletin de l'Institut des Frères des Ecoles chrétiennes, n° 113, avril 1948.
67. ALBERT-VALENTIN, fsc, *Edition critique des Règles de la bienséance et de la civilité chrétienne*, Paris, Ligel, 1956.
68. Fr. ALPHONSE, fsc, *A l'école de S.J.B. de La Salle: introduction à sa spiritualité*, Paris, 1952.
69. Fr. Anselmo Annibale BALOCCO, *Il garbo come virtù nel de La Salle*, Rivista lasalliana, año XLVIII, Turín, 1981.
70. Fr. CLÉMENT-MARCEL, *Par le mouvement de l'Esprit. La dévotion au Saint-Esprit dans les écrits de S.J.B. de La Salle*, Paris, Lethielleux, 1952.
71. Fr. Dante FOSSATI, *Le 'Règles de la bienséance' di S.G.B. de La Salle*, Turín, 1935, extracto de la Rivista lasalliana.
72. L. DIUMENGE PUJOL, fsc, *El amor en la doctrina espiritual de S.J.B. de La Salle*, Tejares-Salamanca, 1971.
73. Fr. EMILIANO *Le 'Preghiere delle Scuole cristiane' di S.G.B. de La Salle*, Turín, extracto de la Rivista lasalliana, 1936.
74. Fr. EMILIANO fsc, *Le regole della buona creanza e dell'urbanità cristiana di S.G.B. de La Salle*, extracto de la Rivista lasalliana, Turín, 1957.
75. Fr. EMILIANO, fsc, *Dottrine e apporti sociali nell'opera di S.G.B. de La Salle*, extracto de la Rivista Lasalliana, Turín, 1959.
76. Hno. GALLEGO, fsc, *La teología de la educación en S. Juan Bautista de La Salle*, Madrid, 1958, Salamanca, 1960; del mismo, *San Juan Bautista de La Salle. II Escritos*, Madrid, BAC 478, 1986.
77. J. HERMENT, *La doctrine spirituelle de saint Jean-Baptiste de La Salle*, Bruxelles, 1948; del mismo, *Les idées pédagogiques de st Jean-Baptiste de La Salle*, coll. Idées pédagogiques, Paris, 1931.
78. Fr. Isidoro DI MARIA, fsc, *La spiritualità lasalliana*, Biella, 1957.
79. F. LAUDET, *L'instituteur des instituteurs, saint Jean-Baptiste de La Salle*, Paris, Mame, 1928-1929.
80. Fr. U. MARCATO, fsc, *Le massime del Vangelo nella formazione del fanciullo secondo S.G.B. de La Salle*, extracto de la Rivista lasalliana, n° 36, Turín, 1962.
81. Fr. MAURICE-AUGUSTE, fsc, *Une œuvre du saint Fondateur désormais mieux connue. Un exemplaire retrouvé d'une première édition des 'Règles de la bienséance et de la civilité chrétienne'*, Bulletin des FEC, octobre 1960.
82. Y. POUTET, *Le XVIIe siècle et les origines lasalliennes*, Rennes, 1970.

83. RAVELET, *Histoire du vénérable Jean-Baptiste de La Salle*, 1874. 166
84. A. RAYEZ, *Etudes lasalliennes*, extracto de la Revue d'ascétique et de mystique, n° 109, Toulouse, janv.mars 1952.
85. G. RIGAULT, *L'oeuvre religieuse et pédagogique de saint Jean-Baptiste de La Salle*, t. I de l'Histoire générale de l'Institut des Frères des Ecoles chrétiennes, Paris Plon, 1937.
86. M. SAUVAGE, *fsc, Catéchèse et Laicat. Participation des laïcs au ministère de la Parole et mission du Frèreenseignant dans l'Eglise*, Coll. Horizons de la catéchèse, Paris, Ligel, 1962.
87. M. SAUVAGE y M. CAMPOS, *fsc, Jean-Baptiste de La Salle. Expérience et enseignement spirituels. Annoncer l'Évangile, aux pauvres*, coll. Bibliothèque de spiritualité, Beauchesne, Paris, 1977.
88. Fr. S. SCAGLIONE, *Il messaggio spirituale ed educativo di San G.B. de La Salle*, extracto de la revista Vita consacrata, vol. XVI, Milán, 1980.
89. Hno. Luis VARELA, *fsc, Biblia y espiritualidad en San Juan B. de La Salle*.

H. Jean PUNGIER

Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO

18. CRISTIANO



Sumario:

1. El término cristiano en los escritos del Fundador: 1.1. El término cristiano; 1.2. El adjetivo cristiano; 1.3. El sustantivo cristiano. - 2. El contenido del término cristiano en los escritos del Fundador: 2.1. Punto de partida; 2.2. ¿Quién es cristiano?; 2.3. ¿Cómo debe vivir una persona para ser verdadero y buen cristiano?; 2.4. En el ministerio del educador cristiano.

1. EL TÉRMINO CRISTIANO EN LOS ESCRITOS DEL FUNDADOR

1.1. El término **cristiano** aparece con frecuencia en los escritos del Fundador (783 veces). La mayoría de ellas como sustantivo (519) o adjetivo (244) y más raramente como adverbio -cristianamente (17) y como derivado -cristiandad— (3). El término aparece en todas las obras del Fundador -excepto en FD, RD y Vx : CE (30), Da (164), Db (125), Dc (132), E (5), EM (7), GA (55), I (24), L (13), MD (13), MF (77), MH (7), MR (30), PA (1), R (21), RB (63), RC (16).

Puede apreciarse que la frecuencia del término es más manifiesta en las obras específicamente catequéticas y pastorales Da, Db, Dc, GA, PA, E, I (506). Se halla menos presente, aunque sea muy significativa esta presencia, en las obras más específicamente pedagógicas CE, RB (93). Y también es destacable esta presencia del término *cristiano* en las obras que el Fundador destina para la formación de los propios Hermanos- EM, L, MD, MF, MH, MR, R, RC (184). El Hermano es un cristiano, un educador cristiano y su tarea debe estar marcada por el mismo sello de lo cristiano.

1.2. El **adjetivo cristiano** califica o determina, prioritariamente, a sustantivos como *religión* (41) y *escuela* (40). Para el Fundador tanto la religión como la escuela deben ser cristianas. Posiblemente en su mente no se entendían la una sin la otra.

El *adjetivo cristiano* acompaña también a sustantivos como *espíritu* (15), *vida* (11) y *educación* (10). Relacionados con vida aparecen otros sustantivos que van calificados por el término cristiano: *manera* talante, estilo (9), *acción* (6), *conducta* (4), *cortesía* y *urbanidad* (9), *práctica* (2) y *virtud* (6). Y, continuando en este campo semántico, las virtudes que son calificadas como cristianas por el Fundador son: *la fe* (2), la *prudencia* (2), la *piedad* (6), la *caridad* (6), la *paciencia* (2), la *generosidad* (1), la *justicia* (2), la *sinceridad* (1), la *simplicidad-sencillez* (2), la *obediencia* (3), la *honestidad* (1), el *pudor* (1), la *dulzura* (1), la *unión* (1) y, en sentido general, la *moral* (3).

También es *cristiana* para el Fundador la *doctrina* (2) y, en este ámbito, las *máximas* (6), las *verdades* (5), los *motivos* (3), que se refieren a los contenidos del mensaje cristiano.

Por fin, son calificados como cristianos, los *pueblos* (2), los *países* (2), los *hermanos* (1), el *niño joven-alumno* (5), el *príncipe* (1), el *rey* (1), *el alma* (1), la *recreación* (1) y la *sepultura* (1).

1.3. El sustantivo **cristiano** (519) en la literatura y teología del Fundador aparece normalmente sin calificación ni determinación algunas (más de 350 veces). Por ello, en aquellos contextos en que aparece calificado o determinado, el adjetivo se hace tan relevante como el sustantivo. *Cristiano* aparece, pues, calificado como: *católico* (37), *verdadero* (19), *bueno* (24), *perfecto* (9) y, en contraposición, *mundano* y *libertino* (8), *malo* (4), *profano* (1). También merece destacarse el sintagma *primeros cristianos* (24). En la literatura y teología del Fundador estos «primeros cristianos» son, constantemente, el referente de los propios Hermanos de las Escuelas Cristianas, de los educadores cristianos y de los verdaderos cristianos católicos que deben llegar a ser los alumnos de las escuelas cristianas.

También el sustantivo *cristiano*, en los escritos del Fundador, suele ir relacionado con los siguientes conjuntos de acciones:

- Saber, conocer, crear... las verdades, la doctrina, los artículos... de la fe cristiana (unas 25 veces).
- Vivir, practicar, hacer, aplicarse a..., llevar el nombre de..., rendir culto a..., orar..., en relación con Dios, Jesucristo, la Iglesia, la persona, la doctrina, las máximas, las virtudes, los ejercicios... propios del cristiano (unas 200 veces).
- Reconocer al verdadero cristiano, adquirir el talante-espíritu-estilo cristiano, mostrar los signos por los que se identifica al verdadero y buen cristiano, aparecer como... (unas 60 veces).
- Llegar a ser, educar, formar, instruir... a la persona del cristiano (unas 30 veces).
- Las acciones que se viven, celebran o se significan en los sacramentos, estar bautizado, casado..., los sacramentos nos hacen a los cristianos... (unas 30 veces).

2. EL CONTENIDO DEL TERMINO CRISTIANO EN LOS ESCRITOS DEL FUNDADOR

2.1. Punto de partida

La pretensión del Fundador parece estar bien clarificada: La escuela que desea debe ser cristiana, porque quienes la constituyen, maestros y alumnos, son cristianos. También es cristiana la pedagogía de esta escuela, porque en ella se privilegia la iniciación a la vida cristiana desde la libertad. El proyecto de esta escuela es cristiano, porque tiende a que tanto el maestro como el alumno desarrollen cada vez más, mediante la acción educativa, lo que ambos llevan en sí por la naturaleza y por la acción de la gracia. Por la naturaleza: el ser creado a imagen y semejanza de Dios y poder conocer y amar a este Dios y al prójimo. Por la gracia: el estar bautizados y haber llegado a ser hijos de Dios, hermanos de Jesús Cristo, templos del Espíritu Santo y miembros de la Iglesia. El aprendizaje (iniciación en...) de la vida cristiana, que realiza el alumno en la escuela, debe partir de las virtualidades anteriores para llevarlas a su madurez y plenitud.²

A la luz de esta pretensión del Fundador se debe contemplar la concepción que él tiene de la identidad del *buen cristiano*.

2.2. ¿Quién es cristiano?

El nombre de *cristiano* significa «ser discípulo de Cristo», estar bautizado, practicar lo que Jesucristo ordenó a sus discípulos, creer todo lo que la Iglesia propone y ordena, ser católico. Los adjetivos, *bueno* y *verdadero*, que el Fundador coloca, intencionadamente, al sustantivo *cristiano*, sintetizan esta identidad del discípulo de Cristo: *verdadero cristiano* es el bautizado y católico. *Buen cristiano* es el que, estando bautizado, practica todo aquello que Jesús ordenó a sus discípulos. Los Da y Db, tanto en discurso expositivo como en preguntas-respuestas, lo explican con claridad cartesiana. Y en estos contextos, el Fundador se apresura a establecer las diferencias entre cristianos-católicos, cristianos-hereses y cristianos-cismáticos. Verdadero y buen cristiano, seguidor de Jesús, lo es sólo el cristiano católico. Se aprecia aquí la presencia de los

lejanos ecos de la controversia protestante del siglo XVI y comienzos del XVII.

Este verdadero y buen cristiano debe aparecer como tal, para el Fundador, porque en él pueden apreciarse estas «señales exteriores» de su identidad: «1. Asistir a la santa misa y al servicio divino. 2. Recibir los sacramentos de la Iglesia. 3. Oír la Palabra de Dios en las iglesias católicas. 4. Recitar la profesión de fe de la Iglesia Católica y 5. Hacer la señal de la santa cruz».3

Sin embargo:

«P: Todos los que llevan las señales exteriores del cristiano católico ¿son auténticos discípulos de Jesucristo?

R: No, no todos lo son.

P: ¿Son todos los católicos verdaderos discípulos de Jesucristo?

R: No, porque no todos practican lo que Jesucristo ha ordenado a sus discípulos».4

Por tanto, *cristiano* para el Fundador es el *bautizado, reconocible por unas señales exteriores*

(prácticas, ejercicios, concretos y visibles), *perteneciente y obediente a la Iglesia católica* (una, santa, católica, apostólica y romana) por estar bautizado en ella y *verdadero discípulo de Jesucristo*, porque practica todo aquello que éste ha ordenado a sus discípulos.

2.3. ¿Cómo debe vivir una persona para ser verdadero y buen cristiano?

En el terreno que acabamos de indicar en el punto anterior, hunden sus raíces los compromisos, obligaciones, de la persona cristiana:

a) El primer compromiso o deber se refiere al conocimiento de Dios. En Da lo expresa así: «Al decir Jesucristo en el Evangelio que la vida eterna consiste en conocer al único verdadero Dios y a Jesucristo su Hijo, enviado a la tierra, a lo que tiene que aplicarse un cristiano en esta vida, es a conocer a Dios en sí mismo y en sus obras, y al Hijo de Dios hecho hombre y cuanto ha realizado para nuestra salvación».5

A continuación, para explicar todo lo que concierne a este conocimiento de Dios, dedicará

el Fundador el primer tratado de los Da, 93 páginas, en discurso seguido, estructuradas en cinco capítulos: a) Sobre la fe, b) Sobre Dios y la Trinidad, c) Sobre la creación del mundo, d) Sobre la redención y e) Sobre la Iglesia.

Este discurso sobre el conocimiento de Dios, al ser retomado en Db para traducirlo formalmente al esquema del catecismo, será introducido por la distinción que el Fundador establece entre «verdades especulativas y verdades prácticas»:

«P: ¿Cuántas clases de verdades hay que la Iglesia nos propone y ordena creer?

R: Hay dos clases, las verdades especulativas y las verdades prácticas.

P: ¿Qué son verdades especulativas?

R: Son aquéllas que sólo debemos creer: por ejemplo, que hay un solo Dios.

P: ¿Qué son verdades prácticas que la Iglesia nos ordena creer?

R: Son aquéllas que no sólo debemos creer, sino también practicar, por ejemplo: que hay que perdonar a nuestros enemigos y hacerles el bien.

P: ¿Cuáles son las verdades prácticas que la Iglesia nos propone y ordena creer?

R: Son las que Jesucristo Nuestro Señor enseñó en su santo Evangelio y todas aquellas que se nos proponen en la Sagrada Escritura».6

J. PUNGIER⁷ indica que «De La Salle atribuye mucha importancia a esta distinción por las incidencias educativas que conlleva». Las *verdades prácticas* son las que él llama *máximas* del Evangelio o de la Sagrada Escritura: «Lamantes *máximas* ciertas sentencias o textos de la Escritura que contienen verdades necesarias a la salvación, ciertas palabras internas que nos dan a conocer lo que debemos hacer o evitar, lo que debemos estimar o menospreciar, lo que debemos buscar o rehuir, amar u odiar... El Nuevo Testamento está lleno de ellas; entre esas *máximas* o sentencias, algunas contienen verdades de precepto e imponen la obligación de practicar lo que enseñan ... ».8

«Las verdades que el Espíritu Santo enseña a quienes lo han recibido son las *máximas* contenidas en el santo Evangelio, las que les da a entender y gustar, y según las cuales les enseña a vivir, pues sólo el Espíritu puede revelar su

sentido verdadero e inducir eficazmente a su práctica, puesto que están por encima del alcance del espíritu humano... Debéis estar muy compenetrados con ellas a fin de imprimirlas muy profundamente en los corazones de los niños».9

Las verdades especulativas, algunas de las cuales eran llamadas entonces verdades necesarias para la salvación, no llegan a estructurar la totalidad de la iniciación cristiana: «No basta para salvarse ser instruido en las verdades cristianas que son puramente especulativas, puesto que la fe sin las obras está muerta, es decir, que es como cuerpo sin alma, y, por consiguiente, es insuficiente para obrar nuestra salvación. No basta, pues, procurar a los niños el espíritu del cristianismo y enseñarles los misterios y las verdades especulativas de nuestra Religión, es preciso que les enseñéis las máximas prácticas, que están contenidas en el Evangelio».10

Iniciar en la vida cristiana, sigue indicando J. PUNGIER, según las máximas del Evangelio exige mucho más al maestro que un mero saber enseñar. Tiene que llegar a ser un guía, un discípulo experto en las cosas de Dios, un ángel visible...: «... como su inteligencia (el espíritu de los niños-alumnos) no tiene aún de por sí vigor suficiente para poder comprenderlas y llevarlas a la práctica, debéis servirles de ángeles visibles en ambas cosas: 1º dándoles a conocer dichas máximas, como se contienen en el Santo Evangelio y 2º dirigiendo sus pasos por la senda que los conduzca a ponerlas en práctica».11

b) El segundo compromiso o deber del verdadero y buen cristiano, para el Fundador, es «*amar a Dios* con todo el alcance de su espíritu (del cristiano), con todo el afecto de su corazón y con todas sus fuerzas y a su prójimo como a sí mismo».12 Todo esto es lo que constituye para el Fundador la virtud de la caridad. El desarrollo de todo lo que implica este amar a Dios se realiza en discurso seguido en el segundo tratado de los Da, páginas 89-192, estructurado en 16 capítulos: Sobre la caridad que nos hace amar a Dios, sobre los mandamientos de Dios y de la Iglesia (capítulos II-XII), sobre el pecado y los vicios capitales (capítulos XII-XV) y sobre las virtudes y consejos evangélicos. Este segundo deber del cristiano es ordenado en forma de preguntas-

respuestas del catecismo en Db (páginas 73-138).

Por fin, el Fundador presenta, tanto en Da como en Db, los medios para que el verdadero y buen cristiano se aplique ambos deberes: los sacramentos de la Iglesia católica y la oración. Por medio de ellos se obtiene la gracia que le capacita para desarrollar y vivir las obligaciones o deberes antes mencionados. Sirvan de síntesis estas palabras del Fundador: «Jesucristo llama a los cristianos a una alta perfección, se la ha dejado expuesta tanto por sí como por los santos apóstoles, y se la ha dejado por escrito (en el N.T.). Los cristianos deben leer muy a menudo y meditar estos escritos, para ponerse en situación de practicarlos y llegar a ser así perfectos cristianos».13

c) El estudio y presentación de los sacramentos, sobre todo los de la iniciación cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía), le permiten al Fundador dibujar con nitidez la personalidad del cristiano: así, por el Bautismo la persona llega a ser cristiano, hijo de Dios y de la Iglesia, miembro de Jesucristo y templo vivo del Espíritu Santo. Se accede a esta nueva realidad por el efecto de la gracia en la persona.14

Por la Confirmación, se aumenta esta gracia y la persona llega a ser perfecto cristiano, le dispone a profesar, confesar, sostener y defender las máximas de Jesucristo y la doctrina y ordenanzas de la Iglesia.15

Por la Eucaristía, «se contrae entre Jesucristo y quien come su carne una unión, tan íntima y estrecha, que difícilmente puede separarse el uno del otro, porque esta carne sagrada se incorpora de tal modo al alma que la toma con gusto, que esta alma participa enseguida de las virtudes de Jesucristo, aconteciendo lo que se dice de la esposa en el Cantar de los Cantares: Mi amado es todo para mí y yo soy toda de él».16

Por fin, el cristiano perfecto, bueno y verdadero, entiende y experimenta la relación con Dios y su misterio en la oración, que el Fundador define -- con unas u otras variantes como «una ocupación interior, porque el alma atiende a lo que le es propio en esta vida, que es conocer a Dios y amarlo, y a tomar todos los medios necesarios

para llegar a estos dos fines».17 Fines que bien conocemos ya como obligaciones o deberes del cristiano.

En esta exposición de los sacramentos, el Fundador se mantiene fiel al discurso teológico que sobre ellos se hacía por entonces en la Teología Dogmática de la Iglesia. Evidentemente, las líneas teológicas nacidas del Vaticano II y de la reciente investigación bíblica realizarán un nuevo discurso sobre la teología de los sacramentos.

2.4. En el ministerio del educador cristiano

Nos queda un último capítulo que un educador cristiano en la escuela cristiana debe tener siempre como referencia: la tarea ineludible de su ministerio que es la educación cristiana. «El Fundador llama la atención de los Hermanos, sobre todo, respecto de su actitud espiritual interior, inspiradora de su comportamiento educativo, la que denomina *celo*. El celo es conciencia de una responsabilidad ante Dios respecto de los niños; es posibilidad de colaborar en la obra de Dios contribuyendo a la salvación de estos niños; es confianza radical, a pesar muchas veces de las apariencias, en la capacidad de crecimiento que procede de su vocación humana y de su dignidad de hijos de Dios».18 Tarea siempre presente la de educar, modelar, formar, llevar a la plena madurez la identidad de una persona cristiana. En este con-texto, explica el H. A.A. MORALES: «El movimiento de reforma católica en Francia, en el siglo XVII, tuvo muy en cuenta a la Escuela cristiana para la evangelización del país y el arraigo de la fe en los estratos populares. La escuela cristiana, escriben de buena gana, es el *noviciado del cristianismo*. Se expresa con esto que los niños pueden ser iniciados en ella a la vida cristiana, gracias a la enseñanza religiosa, a la formación sacramental y a la educación moral cristiana».19

Esta es la respuesta ante la ignorancia religiosa, el mal del siglo como entonces se decía, y la miseria moral y espiritual de la gente humilde de las aldeas y campos de la Francia del XVII.20 Bien reflejada queda esta situación por el Fundador: «Los niños que vienen a vosotros, o carecen de

conocimientos o los han recibido malos, o si han recibido algunos buenos, las malas compañías y los malos hábitos les han impedido aprovechar de ellos. Dios os los manda, a fin de que les comuniquéis el espíritu del cristianismo, educándolos según las máximas del Evangelio... Quienes se dirigen a vosotros lo hacen entre tinieblas que, según san Agustín, denotan su profunda ignorancia, su gran necesidad... ¿Les abandonaríais vosotros dejándolos sin instrucción?».21 Y, en la *Guía de las Escuelas* no puede ser más preciso el Fundador en lo tocante a la educación del cristiano: «Los Maestros tendrán tal cuidado en instruir a sus escolares, que no dejarán uno solo en la ignorancia, por lo menos en aquellas cosas que un *cristiano está obligado a saber así en la doctrina como en la práctica*, a fin de que no descuiden un solo punto en materia de tanta importancia. Considerarán atenta y frecuentemente la cuenta que darán a Dios de la culpa que entraña la ignorancia de los niños que están bajo su cuidado, y de los pecados a que esta ignorancia les haya conducido, si quienes estando encargados de ellos no se han aplicado suficientemente a sacarlos de su ignorancia, y que no habrá nada sobre lo cual Dios los examine y juzgue con más rigor que sobre este punto».22

No sólo se detiene el Fundador en las orientaciones, sino que va más lejos y propone a los Maestros prácticas concretas que hagan posible esta educación del cristiano: «(El maestro) interrogará todos los días a los escolares... y tendrá particular cuidado de interrogar más frecuentemente que a los demás a aquéllos de espíritu lento y retrasado a quienes cuesta mucho retener, especialmente sobre el Compendio y muy particularmente sobre las cuestiones que todo cristiano está obligado a saber».23

Un par de citas más del Fundador para terminar de concienciarnos de la enorme importancia que él concedía a esta tarea de «formar bien e íntegramente» la personalidad del cristiano:

«¿Conocen ellos (los alumnos) muy bien su religión? Si la ignoran o la saben a medias, ¿no será por vuestra negligencia? ¿Habéis tenido especial cuidado en enseñarles las máximas y las prácticas del Evangelio y de hacérselas observar?

¿Les habéis sugerido prácticas proporcionadas a su estado y edad? Todas estas formas de instruir ha debido ser frecuentemente el tema de vuestras

6Cf. Db 13-14.
7Cf. F.J. PUNGIER, *o.c.*, pp. 155-158.
8Cf. EM 109.

Temas complementarios:

reflexiones y debéis haber estudiado la forma de acertar en ellas. Un maestro que toma en serio la piedad, engendrará la sabiduría dice el sabio-. Es decir, que se procurará la sabiduría para sí mismo y que hará sabios a aquéllos a quienes instruye».24

« ¿Es vuestra principal preocupación instruir a vuestros discípulos en las máximas del Evangelio y en la práctica de las virtudes cristianas? ¡No tenéis nada más importante que hacer sino que las tomen afecto!»25 Referencias como las que acabamos de citar podrían multiplicarse, porque los escritos del Fundador insisten de manera reiterada tanto en las afirmaciones de lo que debe hacer el maestro, como en los interrogantes que a diario debe hacerse el educador cristiano sobre su ministerio en la educación cristiana libremente asumido.26

1VL, tomo 1, C 141-C 158.

2Cf. F.J. PUNGIER, J.B. de La Salle: *Le message de son catéchisme*, Roma, 1984, p. 33.

3Cf. Db 4.

4Cf. Db 7.

5Cf. Da 1.

9Cf. MD 44,2.

10Cf. MR 197,2.

11Cf. MR 197,2.

12Cf. Da 90-91.

13Cf. Da 192.

14Cf. Db 157.

15Cf. Db 166.

16Cf. MD 49,2.

17Cf. EM 4.

18Cf. M. SAUVAGE-M. CAMPOS, *Anunciar el Evangelio a los pobres*, Lima, 226-227.

19Cf. CAL 557-667. Citado por H. A.A. MORALES, *Espíritu y estilo de la educación lasallista*, Santo Domingo, 1982, p.44.

20Sobre la ignorancia en el siglo XVII francés J. PUNGIER *o.c.*, 19-22. M. SAUVAGE, *Catequesis y laicado*, Salamanca, 1963, 409-487.

21MD 37,2.

22CE 104.

23CE 99-100.

24MF 91,3.

25MR 194,3.

26M. SAUVAGE-M, CAMPOS: *Anunciar el Evangelio a los pobres*, Lima, 225-228 y 234-242.

C. ALCALDE, *El maestro en la pedagogía de S.J.B. de La Salle*, Salamanca, 1961, 193-203.

Temas complementarios:

Urbanidad y Cortesía; Celebrar; Castidad; Corazón; Mandamientos de Dios; Deberes de un cristiano; Deberes; Dios; Discípulos; Escuela; Espíritu del Cristianismo; Espíritu Santo; Ejercicios; Fe; Instrucción; Jesucristo; Maestro cristiano; Máximas del Evangelio; Misa; Ministerio; Misterios; Oración mental; Oración; Sacramentos; Salvación; Verdad; Celo.

BIBLIOGRAFIA

1. L. DIUMENGE, *El amor en la doctrina espiritual de S.J.B. de La Salle*, Salamanca, 1971, 143-148, 234-342, 495-537.

BIBLIOGRAFIA

2. P. MAYMI, *Vida de fe y catequética de la fe según S.J.B. de La Salle*, Madrid, 1985, 139-177.
3. J. VIOLA, *Perfección y apostolado en la espiritualidad lasaliana*, Salamanca, 1964, 111-131, 215-223.
4. S. GALLEGU, *Teología de la educación en S.J.B. de La Salle*, Salamanca, 1958.
5. C. CANTALAPIEDRA, *El educador de la fe según S.J.B. de La Salle*, Madrid, 1987.
6. A.A. MORALES, *El ministerio educativo lasallista*, 1. Santo Domingo, 1990.
7. M. CAMPOS, *Itinerario evangélico de S.J.B. de La Salle*, Vol. II, Madrid, 1988.

H. Carmelo BUENO

19. DEBERES DEL CRISTIANO



Sumario:

Presentar la obra representativa de un autor resulta tarea ardua. En ella concurren el marco geográfico, la historia contemporánea, las corrientes filosófico-literarias; en una palabra, la sociedad entera. Pero, sobre todo, la marcan el carácter, la sensibilidad, la cultura, los gustos y la capacidad artística del autor.

A este cúmulo de factores añádese, en el caso que nos ocupa, el género teológico-pastoral de los DEBERES DEL CRISTIANO PARA CON DIOS, (en adelante, Da).

La naturaleza y brevedad de este artículo no nos permite esbozar, siquiera, los precedentes determinantes de los Da. En otros lugares del presente trabajo, encontrará el lector referencias más amplias de los mismos... Ajustaremos nuestra exposición al siguiente esquema.

1. Los Da en el marco de los catecismos franceses del s. XVII. - 2. Los Da en la obra catequístico-pastoral de S.J. Bta. de La Salle. - 3. Los destinatarios de los Da. - 4. Las fuentes de los Da. - 5. Estructura de los Da. - 6. Presentación del mensaje doctrinal de los Da. - 7. El estilo de los Da. - 8. Breve historia de los Da. - 9. Relectura de los Da hoy.

1. LOS Da EN EL MARCO DE LOS CATECISMOS FRANCESES DEL S. XVII

Los catecismos franceses, en sus orígenes, tuvieron autores anónimos o particulares; piénsese en Pierre Viret,¹ Edmond Auger,² René Benoit...,³ seguidos por César de Bus,⁴ fundador de los Doctrinarios, Oliers⁵ y los catequistas de San Sulpicio; Bourdoise;⁶ san Vicente de Paúl y sus Catecismos de la Misión, Simón Cerné,⁷ entre otros...

Las traducciones del *Catechismus ad Parocos* menudearon en Francia, desde comienzos del XVII y durante el mismo.⁸ Diéronse, también, frecuentes acomodaciones a personas y lugares.⁹ Varios obispos se inspiraron en él para la composición de los diocesanos.¹⁰ Frecuentemente, se ofrece a los sacerdotes y maestros como fuente de doctrina y guía para la predicación y la catequesis.¹² De ordinario, Trento va de la mano de Belarmino, más rara vez, de Canisio.¹³

La renovación catequística se intensifica en Francia, mediado el XVII. Los obispos cobraron conciencia de la profunda ignorancia de sus diocesanos en los misterios de la fe, y de su grave deber de instruirlos en los misterios sagrados. Aparecen entonces los obispos autores de catecismos: Bossuet, que se inspira en el de SaintNicolas de Chardonnet;¹⁴ Claude Joly,¹⁵ obispo de Agen, en quien bebe La Salle, etc. Otros

obispos implantaron en sus diócesis los catecismos escolares; así, los de Cambrai y Reims adoptaron el *Catéchisme ou Sommaire de la Doctrine Chrétienne*; 16 el Cardenal de Lyon, Camille de Neuville, el de las Petites Ecoles... Rara era la diócesis que en el XVII no tuvo catecismo propio o adoptado.

La praxis de la época autorizaba a los autores a inspirarse, más aún, a copiarse, impunemente, sin referencia a la fuente. Resulta significativo el siguiente título, «Catéchisme ou instruction de la Doctrine Chrétienne, où l'on apprend à devenir bon chrétien et à faire son salut, qui comprend et renferme tout ce qui est contenu dans les plus célèbres catéchismes de France, principalement ceux du diocèse de Lyon, Paris, Sens, Chalons de Campagne, Agen, et dans plusieurs catéchismes particuliers» (Avertissement du catéchisme de Besançon).

Nos consta que gran parte de los catecismos franceses, anteriores a la Revolución se inspiraron en el Claude Joly, fuente de los Da. Esto explica el parecido en el vocabulario, formulación de las verdades y en el propio contenido doctrinal que confieren a los catecismos en cuestión un sello de «uniformidad» diferenciada.

Esta «diferenciación» afecta más a lo cuantitativo que a lo cualitativo; más a lo cognoscitivo que a lo psicológico. Responden a esta necesidad los catecismos «graduados» de bastantes diócesis y autores; traemos dos, a guisa de ejemplo. El obispo de Orleans" divide su catecismo en:

- a) Epítome para los pequeñitos.
- b) Para los que se preparan a la Primera Comunión.
- c) Para los que desean instruirse más a fondo.

M. de la Chétardie¹⁸ destina el suyo:

- a) A los pequeñitos e ignorantes (grossiers).
- b) A los que se acercan a los Sacramentos.
- c) A los más instruidos, incluso, a los catequistas.

La «diferenciación» tiene que ver con la finalidad pastoral de los tratados: catecismos de Primera Comunión; del Sacramento de la Penitencia; de las Misiones; con finalidad apologética; de formación de cristianos; sobre las principales fiestas, etc.

En este panorama frondoso y variopinto alumbra La Salle los Da, no por generación espon-tánea, sino anunciados, preparados y acompañados de una familia selecta y numerosa. Recorreremos su fecundo devenir.

2. LOS Da EN LA OBRA CATEQUISTICO-PASTORAL DE LA SALLE

De compromiso en compromiso, La Salle fue respondiendo, fielmente, a la llamada de la Providencia, que quiere que todos los hombres se salven. Su itinerario de fundador se centra en «procurar cristiana educación a los niños»,¹⁹ preferentemente a los pobres, mediante el conocimiento y vivencia del Evangelio.²⁰ La concreción y realización de este ideal evangélico confiere a la vida, pensamiento y escritos de La Salle unidad, coherencia y complementariedad.

El tratado de los Da, por su naturaleza de manual teológico al alcance del cristiano de cultura media,²¹ es la obra de La Salle que mejor evidencia la unidad, coherencia y complementariedad antedicha, pues estructura teológicamente el proyecto educativo de la escuela de La Salle. En ellos expone el autor la acción salvadora de Dios en el Jesucristo del Evangelio,²² y la respuesta que debe dar el cristiano: «connaître Dieu par la foi; et l'aimer par la charité».²³

La familia de los Deberes²⁴

Integran esta familia por línea directa: Da,²⁵ Db,²⁶ Epítome Maior,²⁷ Epítome Minor,²⁸ y, colateralmente, Dc. El siguiente cuadro comparativo resulta esclarecedor.

Da 510 páginas por texto seguido
Db 304 páginas 1479 preguntas
Epítome Maior 127 páginas 748 preguntas
Epítome Minor 35 páginas 170 preguntas

Consecuencias

- 1a La exposición en texto seguido permite al autor de los Da aclarar y ampliar su pensamiento; hacerse más cercano al lector; personalizar más la doctrina; introducir aplicaciones pastorales...
- 2a Las preguntas y respuestas, en su concisión teológica, confieren al texto caracteres categóricos, fríos e impersonales.
- 3a Esta misma diferencia expositiva permite a La Salle ser más original en los Da, y marcar todas sus páginas con el sello inconfundible de su espiritualidad. En diversas ocasiones, Da resultan menos rigurosos que Db.
- 4a El empleo de las fuentes resulta más frecuente, directo y testimonial en Da que en Db.
- 5a El mensaje nuclear es el mismo en los cuatro tratados, salvadas la extensión y profundidad teológica. En la estructura se dan ligeras variantes, sin importancia.
- 6a Conviene señalar la mayor proporcionalidad concedida en Da respecto en Db y los Epítomes, a temas como la Eucaristía, el Matrimonio, la Oración...
- 7a Hay temas que tratan en exclusiva los Da, tales como el Canon de los Libros Sagrados; los pecados capitales; las bienaventuranzas; la virtud de la penitencia; las ceremonias sacramentales.
- 8a La Salle, en el resumirse a sí mismo, evidencia su «esencialidad» que podríamos concretar en esta fórmula: DIOS que salva en el JESUCRISTO del EVANGELIO, por medio de la IGLESIA, dispensadora de los SACRAMENTOS (temas del Epítome Minor).
- 9^a Los Dc, tratado litúrgico, aunque por rama colateral, pertenecen al tronco genuino de los DEBERES, tanto por la temática que desarrollan, como por el modo de tratarla. Su título²⁹ declara la unidad y complementariedad con la familia. En varias ocasiones se menciona en Dc dicha complementariedad.³⁰ La fundamentación y espíritu litúrgicos que rezuman los Da tienen su explicación pastoral en Dc, piénsese en temas como la Santa Misa, el Oficio Divino, la Oración Dominical, los Misterios del Cristianismo, actualizados y conmemorados en las Fiestas que jalonan el año litúrgico.

Los Da en otras obras pastorales de La Salle

¿Resultará pretencioso aplicar el «apelativo» de «pastorales» a algunos escritos de La Salle? Si el término pastoral no aparece en ellos, dance sí el contenido, el estilo y la intencionalidad, como declara el autor en los prólogos.³¹ Nos parece que pueden ampararse en este epígrafe los siguientes títulos: las *Meditaciones*,³² la *Explicación del Método de Oración*,³³ *Instrucciones y oraciones para la Santa Misa*,³⁴ *Del Culto exterior y público*,³⁵ la *Guía de las escuelas cristianas*,³⁶ *Reglas de cortesía y urbanidad cristianas*,³⁷ *Instrucciones para aprender a confesar bien*,³⁸ *Ejercicios de piedad para las escuelas cristianas*.³⁹

Imposible detenernos a estudiar, tratado por tratado, las coincidencias literales, temáticas o de fondo entre sí y con los Da. Nos contentaremos con sugerir, partiendo de los Da, un puñado de características comunes.

1ª En todos ellos La Salle persigue idéntico objetivo: «Formar un cristiano y procurarle los medios para vivir una vida digna de su estado».40

2ª Para lograr este objetivo, La Salle empleará todos los medios a su alcance: la escuela es de los más eficaces; pero hay que dotarla de instrumentos: los maestros y los libros.

3ª En La Salle siempre van de la mano conocimiento, amor y vida; por eso, la doctrina que, desde los Da, esclarece la fe, se existencializa en la vida del cristiano, los tratados pastorales muestran cómo debe ser esta vivencia de la fe, animada por la caridad.41

4ª La escuela cristiana, según La Salle, evangeliza, y constituye la palestra para el ejercicio de las máximas evangélicas; incluso la urbanidad cristiana debe ejercitarse a la luz de la fe.

5ª La lectura comparada de las obras que nos ocupan descubre coincidencias en las fuentes y su empleo; la unidad, coherencia y complementariedad de la doctrina expuesta; el énfasis con que se acentúan ciertos temas, caros a La Salle Oración, Eucaristía, Liturgia, Evangelio...; los mismos destinatarios; todas sus páginas están unidas por la espiritualidad, cifrada en el proyecto lasaliano, «vivir el espíritu del cristianismo».42

6ª La crítica textual descubre, asimismo, la unidad estilística, reflejada en la estructura de las obras; el léxico y la adjetivación; los binomios de conceptos e ideas, que se repiten; las comparaciones y ejemplos similares; la sintaxis; los prólogos, cuando se dan,43 etc., etc..

CONCLUSION

Si La Salle, en el umbral de los Da se cree en la obligación de escribirlos para dar a conocer al cristiano qué sea la Religión Cristiana,44 en los tratados pastorales manifiesta, también, el apremio que siente por instruir a los alumnos y a los fieles, en general, sobre temas fundamentales de la vida cristiana,45 que no pudo desarrollar convenientemente en aquéllos. Dejemos a nuestro Georges RIGAULT que ponga punto final a este epígrafe: «Los Da el monumento más importante de la literatura lasaliana, obra maestra de su género y uno de los mayores éxitos editoriales del s. XVIII están vinculados a la pedagogía de La Salle con la que, a pesar de su estrecho parentesco, no se confunden».46

3. LOS DESTINATARIOS DE LOS Da

El artista, antes de realizar su obra, se pregunta: ¿A quiénes la destino? La Salle, a diferencia de como procede en otros tratados,47 no especifica en los Da quiénes sean los destinatarios; por eso nos planteamos e intentaremos responder a la anterior pregunta. Tres colectivos, singular o asociadamente, podían ser objeto de sus intenciones: los Hermanos de las Escuelas Cristianas, sus alumnos o los fieles, en general. Apoyados en la crítica interna y en la historia de los Da, intentaremos iluminar el tema.

3.1. Los Hermanos

Contrasta con la presencia de los Hermanos en el pensamiento del Fundador la ausencia de los mismos en los Da. Ni una sola vez aparece la palabra Hermano en las 504 páginas de la obra. En el cuarto Mandamiento no se alude a las relaciones maestro-alumnos. El enfoque del sexto mandamiento responde 'más a personas casadas que a célibes. ¿Cómo justificar la ausencia de los Consejos Evangélicos en un tratado destinado a personas consagradas? En el examen de conciencia para la confesión, no se formula una sola pregunta relativa a las obligaciones de los consagrados... En la larga y fecunda historia de los Da no consta ex-plícitamente que los Hermanos se hayan beneficiado de los mismos...

Con todo, aunque los Hermanos no figuran directa y claramente en los Da como sus destinatarios, no podemos dudar que La Salle los tuviera presentes, al escribirlos. Las herejías de la época,48 y la preocupación porque los Hermanos dispusieran de catecismos sólidos y seguros49 le impulsaron a

proveerlos de estos instrumentos. El biógrafo BLAIN lo corrobora, cuando escribe: « (Compuso) otros (catecismos) más amplios, profundos y documentados... Estos últimos constituyen la fuente donde los Hermanos sacan las luces para explicar las grandes verdades de la Religión».50

Por nuestra parte, no dudamos en afirmar que, cuando la *Regla* de La Salle prescribía a los Hermanos «emplearán el tiempo en preparar el catecismo que ha de darse a los alumnos»51 lo harían en los Da como fuente doctrinal.

3.2. Los alumnos

Podríamos repetir aquí las razones de crítica interna aducidas en el caso de los Hermanos: ni una sola vez se encuentran los términos «enfant», «élève»; ausencia de los mismos en el cuarto Mandamiento y en el interrogatorio para el examen de conciencia... Añádase, además, el contenido, inadecuado a las mentes infantiles; la exposición por texto seguido, impropia para ser memorizada... Contrasta con esa ausencia en los Da la presencia que los alumnos tienen en Db 52 y Dc.53

La suerte que corrieron los Da, cuando se publicaron contradice la crítica interna: si no se pensaron primordialmente para los alumnos, con todo fueron éstos sus principales beneficiarios. Los testimonios a favor del empleo de los Da como libro de lectura en las aulas de los Hermanos y en otros centros privados y públicos son tan numerosos como fidedignos. La referencia de la *Conduite a* «le second livre de lecture dont on se servira... sera un livre d'instruction chrétienne»,54 parece referirse a los Da como libro de lectura en las clases.55 Habría que añadir, también, las aprobaciones episcopales que insisten en esta aplicación escolar. Escritores y libreros,56 curso tras curso, ofertan los Da a las escuelas, liceos, seminarios, centros educativos para señoritas... Interesante l' experiencia personal d' Antoine Sylvère en su novela *Le cri d'un enfant auvergnat*.57

3.3. Los Fieles

El lector de los Da tropieza reiteradamente con expresiones por el tenor «c'est ici le lieu d'en traiter, et d'en instruire les fidèles».58 Frecuentemente el concepto «fidèles» se concreta en «pères et mères».59 Esto nos lleva a concluir que los cristianos, y, concretamente, los padres estuvieron presentes en el proyecto de los Da. ¿Se propuso al escribirlos dotarles de un instrumento para combatir la ignorancia que lamenta en otros escritos?60 ¿Buscó un lugar de encuentro para la complementaria riedad familia-escuela?

La sistematización de los numerosos pasajes en los que el autor de los Da se propone «ins-truir, formar, ayudar» a cristianos y padres, en sus obligaciones responde a tres objetivos principales:

1. Procurar la formación de los destinatarios en los misterios de la fe,61 y en los deberes cristianos; júzguese el enfoque de los Mandamientos, de la extensión y casuística concedida al Sacramento del Matrimonio, del tratado de Orations...
2. Recordar a los padres sus deberes como educadores de la fe de sus hijos .62
3. Precaver a los padres contra los pecados de omisión 63

La variedad y frecuencia con la que nombres de profesiones esmaltan las páginas de los Da abonan la teoría de Carión de que los Da constituyen un tratado de teología para cristianos de mediana cultura.64 Con esta obra La Salle evidencia que el mundo de los adultos y el de la familia no fue ajeno a sus preocupaciones apostólicas y fundacionales.

CONCLUSION

A juzgar por el texto de los Da ya desde su primera página leemos: «ayant le dessein de for-mer un

chrétien»⁶⁵ su contenido y estructura están pensados para cristianos medianamente instruidos; su presentación por texto seguido facilitó y aconsejó, siguiendo la praxis de la época, su introducción en las escuelas, en las que encontró su éxito editorial; por la solidez y claridad de su doctrina ayudó a los Hermanos en su formación personal y en la preparación de los catecismos a sus alumnos. En resumen, a pesar de no especificar claramente cuáles sean los destinatarios; Hermanos, alumnos, fieles y padres se beneficiaron, durante siglos, en forma y medida diversas, de su magisterio.

4. LAS FUENTES DE LOS Da

La credibilidad de una información, la solvencia de un tratado están garantizadas, en gran parte, por las fuentes. Los estudios teológicos, realizados con éxito por La Salle, le capacitaban para elaborar el contenido de los Da, sin necesidad de apoyarse en autoridades ajenas: los hechos fueron otros. El lector descubre sin esfuerzo en todas sus páginas cuáles sean éstas. La explicación vendría dada, ya que hablar de las fuentes de los Da, es referirse a las grandes «devociones» de La Salle. Nuestra reflexión girará en torno a la naturaleza, la presencia y el modo de empleo de las fuentes en los Da.

4.1. Naturaleza de las fuentes en los Da

El edificio doctrinal de los Da se apoya en cuatro graníticas piedras angulares: la Sagrada Escritura, la Iglesia, los Santos Padres y la Liturgia. Para la estructura y engarce de misterios y verdades se inspirarán, principalmente, en los catecismos de Claude Joly, obispo de Agen, y Le Coreur, teólogo misionero.

4.1.1. La Sagrada Escritura

Su presencia en los Da es constante, desde la primera a la última página.⁶⁶ Cuarenta y dos libros sagrados iluminan y avalan a los Da. El N.T. aventaja en citas al A.T.; el santo Evangelio descuelga en el N.T.; y, entre los Evangelistas, san Mateo, seguido de san Juan. También san Pablo destaca, como Doctor de las Gentes.

4.1.2. La Iglesia

Los Da brindan a La Salle la oportunidad de mostrar su amor a la santa Madre Iglesia.⁶⁷ En centenares de pasajes resaltan las distintas funciones de la Iglesia: magistral,⁶⁸ ministerial, testimonial,⁶⁹ profética.⁷⁰

4.1.3. Los Santos Padres

Los Santos Padres encarnan la Tradición viva, adaptada al «hic et nunc». La Fidelidad de La Salle busca en ellos la referencia autorizada para sus afirmaciones.

4.1.4. La Liturgia

Los Da no parten de la Liturgia para elaborar la doctrina; pero sí conceden amplia cabida, en sus páginas, a la iniciación y plegaria litúrgicas. El cristiano reflexivo encuentra en ellas cómo conjugar su vida de fe con la celebración.

4.2. Cómo emplean las fuentes los Da

Imposible cuantificar aquí, aunque sólo sea en porcentajes, el número de veces que cada fuente aparece en los Da.⁷¹ Las citas literales o con referencia declarada sobrepasan el millar; las indirectas, pero reales, superan este número. La exposición por texto seguido permite al autor el empleo frecuente y la conjugación de las fuentes en su pensamiento teológico, circunstancia que no se da en Db, ni en los

catecismos de Joly y Le Coreur:

4.3. Cómo emplean las fuentes los Da

Las citas de las fuentes se presentan en los Da:

4.3.1. *Implícitamente*: Sin referencia alguna, asimiladas perfectamente al texto del manual; por ej., en la Vida de Jesucristo⁷² y passim.

4.3.2. *Según tal autor*. La Salle compone «su» texto, partiendo de expresiones por el estilo: «Como dice Jesucristo...». «Según el Evangelio ...».⁷³ Este uso es muy frecuente.

4.3.3. *Referencia a la cita*. Son pocas las ocasiones en las que Da precisan el lugar de la referencia.⁷⁴

En los primeros casos, los Da, respondiendo a la mejor tradición eclesial y patrística, se sirven de las fuentes como generadoras de doctrina. Las citas literales rara vez tienen un valor apologético, pues el espíritu y el tono de los Da son ajenos a la polémica.⁷⁵

Cabe destacar el papel que los Da asignan a la Iglesia como paradigma y testigo del mensaje cristiano. Expresiones por el tenor: «Dans la primitive Église...» », Les premiers chrétiens...» menudean en los Da.⁷⁶

CONCLUSIONES

1ª Los Da se inspiran profusamente en las fuentes auténticas y perennes de la Revelación: Sagrada Escritura y Tradición, lato sensu. En las mismas se han inspirado los catecismos de todos los tiempos y, los autores del Catecismo universal del Vaticano II⁷⁷

2ª Los Da figuran en este terreno a la cabeza de los catecismos de su época. Sin pretender aplicarles el calificativo de «bíblicolitérgicos», con categorías actuales, podemos afirmar que sus páginas están transidas por la Escritura, sobre todo el Evangelio, y el culto a Dios Trino.

3ª El empleo que La Salle hace de las fuentes antedichas evidencia el conocimiento que de ellas tenía y el dominio y maestría para servirse de ellas; hasta el punto de plantearse el lector qué pertenece a las fuentes, cuál a La Salle.

5. PLAN O ESTRUCTURA

La estructura de un trabajo teológico es significativa. La sucesión y entronque de las partes descubren la visión que su autor tiene de la historia de la Salvación... Son raros los catecismos de la época de La Salle que marcan y justifican la transición entre sus partes constitutivas. Cuando lo hacen, no se comprometen: «No basta con creer, hay que esperar; no basta con creer y esperar, hay que practicar...». ¿Qué ocurre con los Da?

El esquema de los principales catecismos del s. XVII en Francia respondía a uno de los tres cánones siguientes:

CANISIO FE ESPERANZA CARIDAD SACRAMENTOS JUSTIFICACION
(Símbolo) (Oración) (Mandamientos)

CALVINO-AUGER FE LEY ORACION SACRAMENTOS
(Símbolo) (Mandamientos)

CAT. ROMANO FE SACRAMENTOS MANDAMIENTOS ORACION
(Símbolo)

JOLY-LA SALLE SIMBOLO MANDAMIENTOS SACRAMENTOS ORACION

La composición de los Da por texto seguido permite a su autor razonar y justificar su plan; así como hilvanar lógicamente y teológicamente la transición entre partes, tratados, capítulos y, a veces, secciones. En este punto La Salle se nos muestra como hombre de sistema, con visión sintética del plan salvífico, y con originalidad excepcional, respecto a Joly y Le Coreur y muchos catecismos de entonces. He aquí su razonamiento.

* 1ª PARTE

Los deberes esenciales del cristiano en esta vida son CONOCER Y AMAR A DIOS (p. X.)

1er TRATADO 2º TRATADO

Del conocimiento de Dios La FE sin la CARIDAD;
en sí mismo... y de Jesu- acompañada de Buenas
cristo y de lo que ha he- Obras, sería inútil, (p. 89) cho para salvarnos (p. 12)

* 2ª PARTE

Para CONOCER Y AMAR A DIOS necesitamos de la GRACIA, que DIOS nos da... (p. 193).

1er TRATADO 2º TRATADO

La GRACIA HABITUAL La GRACIA ACTUAL
por los SACRAMENTOS, por la ORACION, (p. 405)
(p. 198)

Del esquema precedente se deducen consecuencias importantísimas:

1ª ESQUEMA «LOGICO-TEOLOGICO». La Salle platea su estructura con lógica cartesiana: CONOCER = AMAR = OBRAR; pero, al mismo tiempo, la más profunda teología diviniza el pensamiento: DIOS conocido, DIOS amado y DIOS servido.

2ª Podemos afirmar con rotundidad que los Da son TEOCENTRICOS y PERSONALIZADORES. En los títulos de sus dos partes y sus cuatro tratados, siempre DIOS COMO OBJETO de los DEBERES del cristiano.⁷⁸

3ª El término «Deberes» ---«devoirs envers Dieu» no está tomado en Da como algo ex-trínseco, imperativo... sino como «compromiso» que brota de la mismidad del ser,... como algo que nace de la esencia del cristiano; algo que no puede dejar de cumplir, tal como se expresa en Db.79 Estos «deberes» implican libertad de hijo, no servidumbre de esclavo.

4ª La GRACIA para La Salle es «medio» para cumplir los «devoirs envers Dieu»⁸⁰ y no «remedio» contra el pecado, según Joly.⁸¹ La Salle relaciona la gracia con los Sacramentos, de los que brota, y no con los Mandamientos. Es un DON de DIOS, con vistas a su servicio primero y de la salvación del hombre, después.

5ª La Salle no olvida en los Da que el hombre tiene que obrar su salvación; pero dicha salvación será consecuencia del cumplimiento de los «devoirs envers Dieu», y, en todo caso, será Dios quien tome la iniciativa y salve, con el concurso del hombre.

Quienes deseen ampliar este tema pueden leer las páginas de los Da: X, 1-2, 88-90, 102, 161-162, 193-194, 198-200, de su lectura sacarán las más sabrosas conclusiones.

6. EL MENSAJE CATEQUISTICO DE LOS Da

La Salle abre las páginas de su tratado con unas líneas programáticas: «La vida eterna consiste en conocer a Dios en sí mismo y lo que ha hecho (Mirabilia Dei), y al Hijo de Dios encarnado y lo que ha hecho para nuestra Salvación, Redención y Santificación. A esto se reducen «TODAS LAS VERDADES QUE DEBEMOS CONOCER».⁸² De haber sido fiel a las consecuencias de este principio, el texto de los Da respondería a la Historia de la Salvación. Para los misterios de la Creación⁸³ y de la Redención⁸⁴ son fieles a la Biblia y al Evangelio, respectivamente; en el resto, coinciden con los tratados de teología, aunque siempre comprometidos y cercanos al lector.

Si bien el mensaje de los Da coincide con el de los catecismos en los que se inspiran, sin embargo, destacan en ellos centros de interés de la mejor tradición catequística, que deseamos señalar sucintamente.

6.1. La fundamentación trinitaria del mensaje: división de Símbolo, Dios Padre (Creación), Jesucristo (Redención) y Espíritu Santo (Santificación);⁸⁵ los misterios de la Iglesia, la gracia, los Sacramentos y la oración... encuentran su causa y explicación en el Misterio trinitario.

6.2. Señalamos más arriba el «teocentrismo» de los Da; podemos afirmar, asimismo, que son «cristocéntricos». La persona de Jesucristo ilumina y anima todos los dogmas y misterios. Nos atrevemos a aplicar a los Da el apelativo de «cristoteocéntricos».

6.3. Cuanto decimos de Jesucristo es aplicable al mensaje de la Buena Nueva; por eso, proclamar que los Da son «cristocéntricos» es declarar que son «evangélicos». Efectivamente, las máximas y espíritu del Evangelio confirman y vivifican sus páginas, de la primera a la última.⁸⁶

6.4. Las dieciséis páginas⁸⁷ que los Da consagran a fundamentar el cumplimiento de la ley en el doble precepto del amor, constituyen prueba palmaria de la esencialidad del mensaje que exponen. El «amor» está también presente, cuando los Da tratan los misterios de la Creación,⁸⁸ Redención,⁸⁹ Santificación,⁹⁰ pecado,⁹¹ gracia,⁹² escatología,⁹³ oración, etc...

6.5. Destacamos la unción espiritual que unge las páginas de los Da. La persona del Espíritu Santo está presente en los misterios cristianos: fe,⁹⁴ Redención,⁹⁵ Iglesia,⁹⁶ Ley Nueva⁹⁷ pecado,⁹⁸ Sacramentos,⁹⁹ oración,¹⁰⁰ Santificación...¹⁰¹ El autor de los Da trasciende el cumplimiento legal y ritualista, para justificar la motivación y práctica en el «espíritu». Menudean expresiones, por el tenor: «Esprit de Dieu»,¹⁰² «Esprit de Jésus-Christ»,¹⁰³ «Esprit de l'Eglise»,¹⁰⁴ «Esprit de pénitence», etc. etc.

6.6. Importa destacar, aquí, la originalidad de los Da en la presentación del mensaje. Frente a la impersonalidad enunciativa de los dogmas en los catecismos de la época, La Salle establece relaciones personales entre el cristiano y Dios. Son frecuentes enunciados como, «De la foi par laquelle NOUS connaissons DIEU en ce monde»;¹⁰⁵ «NOUS rendons à DIEU NOS devoirs». ¹⁰⁶ La personalización es una característica de la pedagogía de La Salle.¹⁰⁷

CONCLUSION

Un catecismo, basado en la trascendencia e inmanencia de Dios trino que crea, redime y santifica, en el precepto del Mandamiento Nuevo, y en las máximas del Evangelio, conservará siempre su actualidad en lo esencial.

7. EL ESTILO EN LOS Da

Biógrafos y escritores de La Salle coinciden en apreciar los Da como los más cuidados y logrados en el estilo de sus escritos. BLAIN presenta al santo en reiterados momentos revisando y retocando el texto.¹⁰⁸ MAILLEFER, con frase concisa, valora así los Da: «Su estilo es sencillo y fluido, al tiempo que «affectif»; imposible leerlos sin enternecerse».¹⁰⁹ El historiador, Georges RIGAULT, califica los Da como «el monumento más importante de la literatura lasaliana y obra maestra en su género».¹¹⁰ El Superior General Fr. ATHANASE-EMILE, recuerda a Maillefer, cuando escribe: «Las páginas de los Da tienen un estilo límpido y austero; sin nada que halague los sentidos».¹¹¹ Finalmente, el H. Saturnino GALLEGO afirma: «Estamos ante una obra muy personal: el lenguaje es nítido y hasta florido, salvo cuando utiliza el estilo indirecto».¹¹² Por nuestra parte, después de repetidas lecturas, nos atrevemos a enjuiciar el estilo de los Da.

Le atribuimos, entre otras, las siguientes características: sencillo, conciso, claro, preciso, directo e íntimo. Está al alcance del cristiano de mediana cultura, de las amas de casa, de los empleados en los oficios frecuentes de la sociedad contemporánea.¹¹³ Emplea sólo los términos necesarios, es parco en la adjetivación, que suele ser intimista.¹¹⁴ La concisión no resta claridad al texto, elaborado con palabras justas y asequibles al lector. Este se siente directamente aludido y comprometido con los dogmas y misterios que estudia.¹¹⁵ La lectura de los Da cala en los lectores por la espiritualidad que alienta y unifica todas sus páginas.

En ocasiones, principalmente en el estilo indirecto, pierde fluidez por la amplitud y estructura razonada y subordinada de la frase. En cambio, el estilo cobra ritmo y armonía con el empleo de frases bimembres, tan del gusto de sus contemporáneos.¹¹⁶

Los Da son parcos en imágenes, comparaciones y ejemplos, que esmalten y amenicen el estilo. Cuando éstos se dan, es la Sagrada Escritura la fuente de inspiración.¹¹⁷

CONCLUSION

Si como escribe el crítico, «el estilo es el hombre», podemos afirmar que los Da nos presentan a un La Salle emotivo, creativo, metódico, realista y equilibrado.

8. MATERIALES PARA UNA HISTORIA SOBRE LOS Da

Desde 1703 en que vieron la luz por vez primera, hasta 1892 en que Antonio Carión los editó por última vez, los Da han tenido larga y fecunda existencia. Su historia está por escribir. No es éste el lugar para hacerlo. Ofrecemos, sí, algunos datos que hablan de su vitalidad y difusión.

8.1. Las ediciones y reimpresiones, desde 1703 a 1892, sobrepasan las trescientas.

8.2. El año 1828 ha sido el más fecundo en reediciones: diez.

8.3. Se han editado o reimpresso en cuarenta y cinco ciudades diferentes; destaca París con 38 reimpresiones.

8.4. Los editores, reimpresores y libreros que se han beneficiado de los Da superan los noventa y nueve.

8.5. Su empleo ha sido constante en escuelas de primaria, liceos de ambos sexos, seminarios, centros de educación para niñas y jóvenes... Se han distribuido como libro de premios...

8.6. ¿Cuántos han sido los lectores de los Da? Una pregunta para la imaginación del historiador. Hubo ediciones con 10.000, 5.000, 4.000 y 3.000 ejemplares, respectivamente.

8.7. Como libro escolar que fue, muchas de sus reimpresiones iban precedidas de elementos auxiliares para los alumnos: oraciones diarias, actos de fe..., Oficio de la Santísima Virgen..., incluso, las tablas de

multiplicar...

8.8. En el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, han ocupado, sucesivamente, la atención de bastantes Superiores Generales y Capítulos Generales.

8.9. En el propio Instituto, por razones de un malentendido celo filial, se negó a La Salle, en un momento dado, la paternidad de los Da.

¿Encontrarán los Da el historiador meticoloso y tesorero que precisan, para seguir, paso a paso, su humilde, pero fecunda historia?

9. LOS Da HOY

Más de un lector puede preguntarse: ¿Contienen los Da algunos valores catequísticos que sin-tonicen con los catecismos actuales? Intentaremos apuntar solamente un puñado de «centros de interés» que avalan la doctrina expuesta en los Da, y que no han perdido actualidad, por ser esenciales al mensaje de la salvación.

9.1. La Salle hace partícipes a los lectores de los Da de su experiencia personal del misterio de Dios uno y trino: «teocentrismo». Dios Padre crea por amor; Dios Hijo redime por amor; y Dios Espíritu Santo santifica en el amor. El Dios de los Da es trascendente e inmanente a la vez: es el Dios de la zarza del Sinaí y el de la llamada personal a Abrahán.

9.2. La persona de Jesucristo ilumina y fundamenta todas las verdades y misterios expuestos en los Da. Cuando definen al cristiano, le señalan como distintivo «estar animado por el Espíritu de Nuestro Señor Jesucristo, y llevar una vida semejante a la suya».118 El papel que asignan los Da a la persona de Jesucristo es central, y la forma como tratan sus diversos atributos resulta integral, ponderada y equilibrada, acorde con la relevancia de cada uno de ellos en la historia de la salvación. En este punto, La Salle mira al pasado en san Agustín, «todo en la catequesis tiene que evangelizar en Cristo»;119 y se proyecta al futuro en Juan Pablo II, «el puesto central de Cristo es el motivo inspirador y la base en que se apoyan los catecismos modernos, sobre todo, de jóvenes y de adultos».

9.3. Si no podemos concluir que los Da constituyan un catecismo bíblico, como lo concebimos hoy, sí afirmamos que la Sagrada Escritura, especialmente el Santo Evangelio, forma la urdimbre que aúna el mensaje catequístico de los Da. La Salle, alimentado diariamente en las fuentes sagradas, traslada a sus lectores, por necesidad, la experiencia personal.120

9.4. La expresión de la fe requiere relaciones personales entre Dios y el creyente. Los Da, desde el título, «Deberes de un cristiano para con Dios...» hasta la última página, «finalmente, cualquier otro acto que nos lleve a Dios»... propician y mantienen viva la relación personal. Este rasgo los distingue de sus fuentes y de muchos catecismos de la época, y los acerca a los de hoy.

9.5. El «sensus Ecclesiae» de La Salle y la devoción que le profesaba le permitieron conjugar y sintetizar, como pocos, la Iglesia mística y la jerárquica: la animada, desde siempre, por el Espíritu Santo,121 y la fundada, en el tiempo, por Jesucristo y gobernada por sus sucesores. La Iglesia para La Salle encierra un valor testimonial y paradigmático: en repetidas ocasiones exhorta a los lectores con frases por el tenor: «como se practicaba en la Iglesia, o en la «primitiva» Iglesia»122

9.6. Los Da en la escuela de Jesucristo, de San Agustín, del Catecismo Romano 123 y de muchos catequistas de solvencia, convierten el «amor» en la regla suprema de la pedagogía catequística. La Ley, los Sacramentos, la Oración, el pecado, la es-catología, etc... todo se tamiza en los Da de manera explícita, a través del prisma del Mandamiento Nuevo. Aquí La Salle pudo decir con san Agustín «Ama et fac quod vis».

9.7. El tratado De Oratione es el más original de los Da. La comparación de éstos con los catecismos de la época y, concretamente, con las fuentes inmediatas descubre un saldo muy positivo en favor del tratado de La Salle. Destacamos algunas características de dicha superioridad.

9.7.1. La extensión del tratado que ocupa noventa densas páginas, de las cuatrocientas noventa y cuatro del catecismo.

9.7.2. La solidez y fiabilidad de la doctrina sobre la oración, consecuencia de las mejores fuentes patrísticas en las que se inspira el autor.

9.7.3. La unción espiritual de la exposición: constituye un trasunto del itinerario espiritual de La Salle.

9.7.4. Es el lugar donde la acción propiciada en numerosos tratados pastorales de La Salle culmina en la vida de oración.

9.7.5. En fin, este tratado sintetiza los Da, en frase de san Agustín: «Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti».

9.8. Nos parece necesario destacar, asimismo, la capacidad de «síntesis» y «esencialidad» que encierran los Da. Para su autor, todo lo que el cristiano tiene que «creer, saber, practicar y recibir» se reduce a dos «deberes que nacen de la esencia de todo hombre», «conocer y amar a Dios»: lo repetirá una y otra vez a lo largo del tratado¹²⁴ Más aún, en prólogo del mismo se atreve a afirmar que «todas las verdades que tenemos que creer se reducen a conocer a Dios en sí mismo y lo que Jesucristo ha realizado para salvarnos».125 ¿Se puede condensar en menos palabras el mensaje de salvación?

CONCLUSION

Para concluir, señalaremos cuatro piedras angulares del edificio sólido de los Da.

- a) La FINALIDAD que se proponen: formar cristianos auténticos en sus relaciones filiales con Dios.
- b) La solidez de su MENSAJE TEOCRISTOCENTRICO, unificado en y por el AMOR.
- c) La perennidad de las FUENTES bíblico-evangélicas, eclesio-patrísticas, y litúrgicas.
- d) El REFLEJO VITAL de la espiritualidad de su autor, en cada una de sus páginas.

1 VIRET, Pierre: *Exposition familière de l'Oraison de Notre-Seigneur Jésus-Christ, et des choses dignes de considérer sur celle, fait en forme de dialogue*. Genève, J. Girard, 1548. in-8°

2 Catéchisme et Sommaire de la Doctrine Chrétienne avec un formulaire de diverses prières catholiques et plusieurs avertissements pour toutes les manières de gens. Composé par Edmond Auger de la Compagnie de Jésus, Paris, G. Buon, 1565.

3 Catéchisme ou instruction populaire, contenant les principaux points de la Religion Chrétienne, lesquels tous les chrétiens sont tenus de savoir, par René Benoit Docteur, Paris, .1. Poupy 1574.

4 Cf. Article «Doctrinaires» en Dictionnaire de Spiritualité t. III, col. 1501-1512; RAYEZ, S.J., *Spiritualité du Vénérable César de Bus*, RAM, 34, 1958 pp. 185-203. Michel SAUVAGE, FSC, *Catechesis y laicado*, Col. Sinite, 1963, t. I, p. 413.

5 Cf. Dictionnaire de Théologie Catholique, t. XI, col. 970.

6 Cf. Dictionnaire de Théologie Catholique, t. II, col. 1927 et ss.; BROUTIN: *La Réforme Pastorale en France au XVIIe s.* Desclée, Paris 1956, t. II, pp. 127-191.

7 Le Pédagogue des familles chrétiennes, contenant un recueil de plusieurs instructions sur diverses matières. Divisé en quatre parties. Utile aux curez, prestres, missionnaires pour l'instruction des simples, aux chefs de famille pour l'instruction de leurs enfants et domestiques et à toutes sortes de personnes, qui veulent vivre selon Dieu. Recueilli par un prestre du Séminaire de Saint-Nicolas du Chardonnet. 5eme ed. à Paris, chez Jacques de Laize de Bresche, MDCLXXXIV.

8 Observamos de paso cómo la segunda mitad del XVII es mucho más fecunda que la primera: 1610 - 1661 - 1673 - 1676 - 1678 - 1679 - 1681 - 1683 - 1685 - 1686 - 1694...

9 Catéchisme abrégé de la Doctrine et Instruction Chrétienne du Saint Concile de Trente, traduit en langue vulgaire pour l'usage du Diocèse de Vavres, 1648.

10 Catéchisme du Diocèse de Chartres, imprimé sur l'ordre de Mgr. l'illustrissime et Révérendissime Paul Godet des Marais, Evêque de Chartres, 1698. En el «Mandement» en que lo recomienda, se lee: «On s'est proposé pour modèle le Catéchisme de Trente...».

11 Pour remédier l'ignorance voici les livres signalés et les plus recommandés: Le Catéchisme du Concile de Trente... Cf. BROUTIN, *o.c.*, t. I, p. 128.

- 12 ... Les dits curés achèteront les livres que nous avons désignés: Grenade, Tolet, Polanco et le Catéchisme de Trente... cf. Ordenación sinodal de 1648, citada por J. AULANCHE en la Réforme Catholique au XVIIeme siècle dans le Diocèse de Limoges; Paris 1906 y citada por Broutin, *o.c.*, t. I, pp. 263-264.
- 13 Pour lutter contre l'ignorance religieuse, les Statuts de 1630 prescrivent les prênes que les curés devront faire tous les dimanches. Pour préparer ces Instructions l'Evêque renvoi aux Catéchisme Romain, à ceux de Canisius et de Bellarmin... Henri DE SPONDE, *Evêque de Pamiers, 1628-1634*; citado por BROUTIN, *o.c.*, t. I, p. 151.
- 14 Cf. Catéchisme de Meaux.
- 15 Les Devoirs du Chrétien, dressés en forme de catéchisme par Feu Messire Claude JOLY, Évêque et Comte d'Agen, en faveur des Curez et des fidelles de son Diocèse. A Agen, chez Antoine Bou, 1686.
- 16 Sommaire de la Doctrine Chrétienne, réimprimé par le commandement de Mgr. l'Ilme. et Revdme. Louis De LORRAINE, Arch. de Reims, 1622.
- 17 Catéchisme du Diocèse d'Orléans, imprimé par l'Ordre de Mgr. l'Ilme. et Rvdme. Louis Gaston FLEURIAN, Évêque d'Orléans, pour être le seul enseigné dans son Diocèse. A Or-léans, chez François BORDE, 1709.
- 18 Cf. Catéchisme ou abrégé de la Doctrine Chrétienne, imprimé par ordre de Mgr. P.P. Archevêque de Bourges, pour être le seul enseigné dans son Diocèse. Bourges chez François Toubeau, 1688.
- 19 MR 193, 2 y 3 pássim.
- 20 Reglas Communes de 1718, c. I, art. 4.
- 21 MR 194, 2 y 3 pássim.
- 22 Da, edic. de 1892 por Carión, préface.
- 23 Da, pp. 1 y 2.
- 24 Da, préface, p. X.
- 25 Yves POUTET, *Jean Baptiste de La Salle aux prises avec son temps*. CL 48, p. 168. Por coherencia con la tesis doctoral, conservo aquí la nomenclatura anterior a dicho hallazgo.
- 26 Les Devoirs d'un chrétien envers Dieu et les moyens de pouvoir bien s'en acquitter, divisé en deux parties. Paris, 1703, CL 20.
- 27 Les Devoirs d'un chrétien envers Dieu divisés en deux parties, Paris, 1703, CL 21.
- 28 Grand Abrégé des devoirs d'un chrétien envers Dieu; Paris, 1704? CL 23.
- 29 Petit Abrégé des devoirs d'un chrétien envers Dieu, Paris, 1704? CL 23.
- 30 Du culte extérieur et publique que les chrétiens sont obligés de rendre à Dieu, et des moyens de le lui rendre. Troisième partie des Devoirs d'un chrétien envers Dieu, Paris, 1703. CL 22.
- 31 Du Culte ext. p. 70 y 25.
- 32 Instructions et prières pour la Sainte Messe, préface; y Règles de la Bienséance, préface.
- 33 Méditations pour les Dimanches de l'année: Meditations pour les Fêtes principales de l'année. Rouen 1729. CL 12; y Méditations pour le temps de la Retraite, Rouen, 1728, CL 13.
- 34 Instructions et prières pour la sainte Messe, Paris, 1698? CL 17.
- 35 Cf. nota 30.
- 36 Conduite des Ecoles Chrétiennes, Avignon 1720, CL 24.
- 37 Règles de la Bienséance et de la civilité chrétienne, Troyes, 1703, CL 19.
- 38 Instruction méthodique pour apprendre à se bien confesser; Paris, 1698? CL 17.
- 39 Exercices de piété qui se pratiquent dans les écoles chrétiennes, Paris, entre 1696 y 1700, CL 18.
- 40 Da, préface, p. II.
- 41 Da, p. 89.
- 42 MR 196,3 y 199, 1, etc...
- 43 Cf. Prologues de Règles de la B. y de Instructions et prières...
- 44 Da, préface, p. II.
- 45 Cf. nota 32.
- 46 Georges RIGAULT, *Histoire générale de l'Institut des Frères des Ecoles Chrétiennes*, t. I, p. 556, Paris, Librairie Pion.

47Conduite, Préface, CE 24; Règles de la Bienséance, Préface, CL 19. Instructions et prières pour la Sainte Messe. Avertissement; CL 17.

48Entre otros, jansenismo, quietismo, galicanismo...

49MD p. 20, MD p. 172, CL 12.

50Cf. BLAIN 1, p. 341.

51R.C. c. XXIX, 13.

52Db, pp. 182, 183, CL 21.

53De, p. 293 y pássim, CL 22.

54 CE, p. 33, CL 24.

55Se refieren a los Da en sus Circulares los siguientes Superiores Generales, entre otros: Agaton - Gerbaud - Guillaume - Philippe - Joseph - Gabriel Marie - Imier de Jésus - Adrien - Athanase Emile - J. Pablo Basterrechea...

56A guisa de ejemplo, Librero Mégard 1813 - Léfort, 1818 - Catalogue Général, 1832 - Mame Tours 1855 - Eugène Ardant, 1870 - Thibaud-Landriot, 1877. Se omiten bastantes.

57Antoine SYLVERE, *Le cri d'un enfant Auvergnat*, pp. 91-92.

58Da, p. 162.

59 Da, p. 125.

60MR p. 9, CL 12; Règles de la B. Préface, passim, CL 19.

61Da, pp. 162, 168, 184, 309, 397, 444...

62 Da, pp. 15, 124, 125, 376, 385, 486...

63Da, pp. 122, 179...

64Señalaremos algunos: artisans, pp. 120, 122, 158 - avocats, p. 142 - cabaretiers, p. 123 - domestiques, pp. 123, 137, 140, 152 - fermiers, p. 140 - Juge, p. 299 - magistrats, pp. 123, 124, 129 - notaires, p. 142 - ouvriers, pp. 122, 133, 140 - serviteurs, pp. 120, 122, 124, 128 - comédiens, p. 134...

65Da, Préface, p. II.

66Da, pp. 1 y 494.

67 MF 106,1.

68Da, pp. IV, V, IX, 3, 4, 5, 8, 9, 14 etc...

69 Da, pp. 224, 228, 340, 401, 475 etc...

70 Da, pp. 360, 441, 455, 459 etc...

71Cf. La traducción de los Da, por el H. José Antonio Díez de Medina 1990, y mi propia Tesis sobre Da.

72Da, pp. 24 a 62.

73Da, pp. 89, 90, 91, 98, 99, etc...

74Da, p. 12.

75Da, pp. 251, 252, 253, 254, 255 muestran cómo se sirven de las fuentes los Da.

76 Da, pp. 80, 215, 218, 219, 220... 456, 461, 480 etc. etc...

77Cf. Conferencia de prensa del Cardenal Ratzinger, en Roma, Rev. Vida Nueva.

78Da, pp. I, 89, 193, 199, 405 etc.

79Da, p. 7. Un chrétien peut-il se dispenser de ces deux devoirs? Non, il ne peut jamais s'en dispenser, s'il veut vivre en véritable chrétien, et être agréable à Dieu.

80Da, pp. 193-194.

81Claude Joly, p. 166.

82Da, pp. 1 y 2.

83Da, pp. 19 a 24.

84Da, pp. 24 a 62.

85Da, p. 14.

86 Da, pp. 1 a 494, y passim por el tratado.

87pp. 89, 115.

88Da, pp. 14, 19, 21, 22, 92...

89Da, pp. 26, 44, 45, 56...

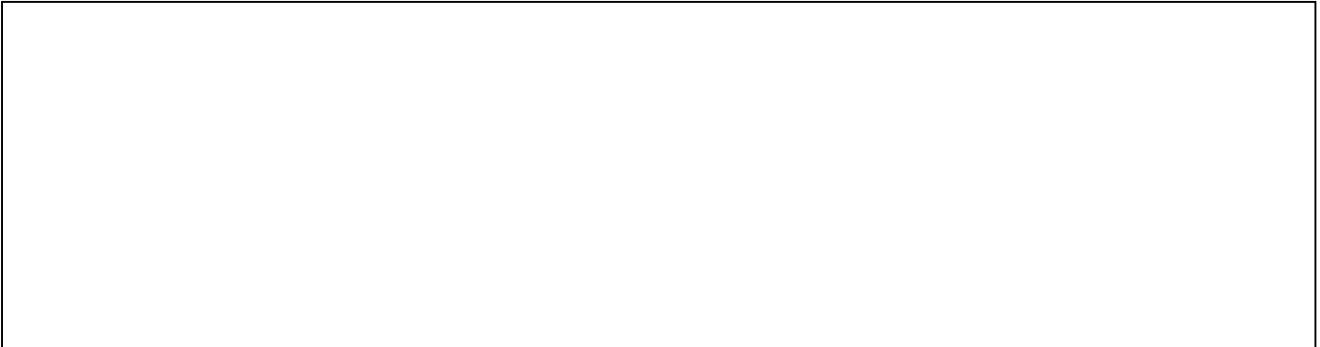
90Da, pp. 61, 62.

- 91Da, pp. 290, 291, 23, 162, 266...
- 92Da, pp. 249.
- 93 Da, pp. 22, 64, 88, 94.
- 94Da, p. 223.
- 95Da, p. 25.
- 96Da, pp. 63, 99, 151...
- 97Da, p. 99.
- 98Da, pp. 165, 238, 328...
- 99 Da, pp. 201, 357.
- 100Da, p. 474.
- 101Da, pp. 65, 73, 195.
- 102Da, pp. X, 196, 237, 295, 378.
- 103Da, pp. V, 213, 232, 259, 260...
- 104Da, pp. 111, 216, 476...
- 105Da, p. 1 y siguientes, pássim...
- 106Da, p. 407.
- 107Cf. *Conduite des Ecoles Chrétiennes...* passim.
- 108BLAIN I, p. 341 y MAR n° 242.
- 109MAR n° 183.
- 110Georges RIGAULT, ac., t. I, p. 556.
- 111Fr. ATHANASE EMILE, *Circ.* 330, año 1950.
- 112San Juan Bautista de La Salle. *Escritos*. H. Saturnino GALLEGO, BAC, t. 478, Madrid, 1986.
- 113Cf. Artisans, pp. 120, 122, 158 - médecin, p. 310 - ouvriers, pp. 122, 140 - marchands, pp. 122, 143, 299...
- 114Cf. TRES SAINTE Vierge, SAINT Concile, SAINT Evangile, Aimable Vertu, VERITABLE chrétien...
- 115Voilà ce que Jésus-Christ a souffert pour l'amour de NOUS... et pour NOUS exciter à l'aimer... Da, p. 56 etc...
- 116Da, Maîtres et maîtresses, serviteurs et servantes... l'esprit de foi et de cèle...
- 117Da, pp. 324, 402, 440...
- 118Da, p. V.
- 119Cf. S. Agustín, Comentario a las palabras del Eunuco, bautizado por Felipe.
- 120Da, p. 494.
- 121Da, p. 64.
- 122Da, Entre otras, pp. 229, 240, 244, 245, 252, 303, 340,341, 401, 402, 475.
- 123Cf. Catecismo Romano, Prólogo, BAC. t. 158, p. 17.
- 124Da, pp. X, 1, 193, 405, 409, 477.
- 125Da, pp. 1 y 2.

Temas complementarios:

Temas complementarios:

Amor; Catecismo; Cristiano; Dios; Espíritu Santo; Iglesia; Mandamientos; Oración; Sacramentos; Salvación; Devoción mariana.



BIBLIOGRAFIA

I. ANTECEDENTES. ¿POSIBLES FUENTES DE INSPIRACION?

1. *Catéchisme du Concile de Trente*. Paris, 1673.
2. *Le Pédagogue des familles chrétiennes*. Paris, 1662.
3. *Pédagogue chrétien*. Sedan, 1598.
4. BOUDON H., *Instructions chrétiennes pour les jeunes gens*. Paris, 1678.
5. LE COREUR J., *Les principaux devoirs du chrétien contenus dans l'explication: I. Du symbole des apôtres, II. De l'Oraison de Notre-Seigneur, III. Des commandements de Dieu et de l'Eglise, IV. Des Sacrements de la Loy Nouvelle*. Lyon, 1683.
6. GOBINET Ch., *Instruction de la jeunesse en la piété chrétienne*, s. 1, 1665.
7. GODET DES MARAIS P., *Catéchisme du Diocèse de Chartres*. Chartres, 1699.
8. JOLY CL (Obispo), *Les Devoirs du chrétien*. Agen, 1674.
9. La CHETARDYE J., *Catéchisme*, Bourges, 1688.
10. MARIE DE L'INCARNATION, *L'Ecole sainte, ou explication journalière des mystères de la foi*. Paris, 1687.
11. OUTREMONT P., *Le vrai Pédagogue chrétien*. Paris, 1661.
12. TOURLOT N., *Le vrai trésor de la doctrine chrétienne*. Lyon, 1655.
13. VIALART F., *L'Ecole chrétienne où l'on apprend à devenir bon chrétien et à faire son salut*. Châlons-sur-Marne, 1660.

II. OBRAS DE LA SALLE, RELACIONADAS CON LOS Da

1. *Les Devoirs d'un chrétien envers Dieu, divisé en deux parties*. Paris, 1703.
2. *Grand Abrégé des Devoirs du chrétien envers Dieu*. Paris, 1703.
3. *Petit Abrégé des Devoirs du chrétien envers Dieu*. Paris, 1703?
4. *Du culte extérieur et public que les chrétiens sont obligés de rendre à Dieu, et des moyens de le lui rendre*. Troisième partie des devoirs d'un chrétien envers Dieu. Paris, 1703.
5. *Exercices de piété qui se pratiquent dans les écoles chrétiennes*, Paris, entre 1696-1700.
6. *Instructions et prières pour la sainte Messe*. Paris, 1698?
7. *Instruction méthodique pour apprendre à se bien confesser*. Paris, 1698?
8. *Instructions et prières pour la confession et la communion*, Paris, 1706.
9. *Méditations pour le temps de la retraite*, Rouen (1728).

10. *Méditations pour les dimanches de l'année. Méditations pour les fêtes principales de l'année.* Rouen (1729).

11. *Explication de la méthode d'oraison*, (Rouen) 1739.

12. *Conduite des écoles chrétiennes.* Avignon, 1720.

13. *Règles de la bienséance et de la civilité chrétienne*, Troyes, 1703.

III. TRATADOS SOBRE LOS Da

1. AUGUST Raymond, *A neglected lasallian masterpiece.* Lasallian Digest, 1960, 4, 11-33.

2. BALOCCO A., *Le due redazioni dei «Devoirs d'un chrétien»*, Rv. Las. 1970, 163-177.

- *Tonalità socio-religiose emergenti dei «Devoirs»*, Rv. Las. 1978, 71-88.

- *Il Decalogo nei «Devoirs d'un chrétien» del De La Salle*, 1967, 105-122.

- *La Bibbia nei «Devoirs d'un Chrétien»*, Rv. Las. 1966, 243-260.

- *La voce dei Padri della Chiesa nei «Devoirs d'un chrétien»*, Rv. Las. 1966, 89-119.

- *Il «Tridentino» nei «Devoirs d'un chrétien»*, Rv. Las. 1966, 7-45.

3. BERTRAND Leo, *Our catechetical legacy.* La Salle catechist. Spring, 1956.

4. FERNANDEZ MAGAZ M., *Un Catecismo del gran siglo francés.* Madrid, 1968.

5. FOSSATI D., *I «Devoirs d'un chrétien» di S. Giovanni Battista de La Salle.* Rv. Las. 1935, III, 235-256.

6. GALLEGO S., *¿Poseemos todos los «catecismos» de La Salle?* Rev. Sinite 1964, 53-75.

7. GIRAULT R., *Quatre siècles de catéchisme.* «Lumière et Vie» n° 35, 1957.

8. Louis, *Tout a-t-il été dit sur les catéchismes lasalliens?* «Catéchistes» 1955, 221-237.

- *L'éducation liturgique d'après S.J.B. de La Salle.* «Catéchistes», 1955, 305-329.

9. PUNGIER J., *Jean Baptiste de La Salle, le message de son catéchisme*, Roma, 1985.

10. RIGAULT G., *Histoire générale de l'Institut des F.E.C.* 1, p. 553-556.

IV. OBRAS COMPLEMENTARIAS

1. *Histoire des catéchismes de Saint Sulpice.* Paris, Chez Gaume Frères-libraires, 1831.

2. DHOTEL J.C., *Les origines du catéchisme moderne.* Paris, 1966.

3. GALLEGO S., *San Juan Bautista de La Salle, t. II: Escritos*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1986.

4. HEZARD, *Histoire du catéchisme depuis la naissance de l'Eglise jusqu'à nos jours.* Paris, 1900.

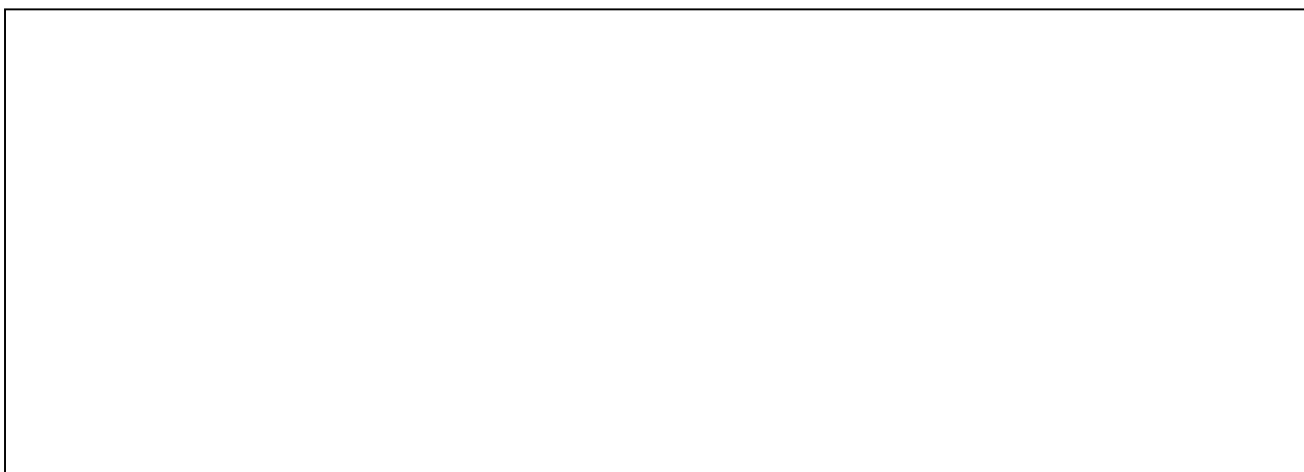
5. SAUVAGE M. - CAMPOS M., *Annoncer l'Evangile aux pauvres. Le Saint qui a démocratisé l'école.* Paris, Beauchesne, 1977.

6. SAUVAGE M., *Catéchèse et laïcité.* Paris, 1962.

7. SAUVAGE M. - CAMPOS M., *Explication de la Méthode d'Oraison*, CL 50, Roma, 1989.

H. Manuel FERNÁNDEZ MAGAZ

20. DEVOCIÓN MARIANA



Sumario:

I. Presencia e importancia de la Santísima Virgen en la persona y obra de S. Juan Bautista de La Salle. - 1. Episodios más significativos: 1.1. Peregrinación a Ntra. Sra. de Liesse. 1.2. Ante el Altar de Ntra. Sra. de las Virtudes. 1.3. El «voto heroico»: festividad de la Presentación de María en el Templo. 1.4. Chartres: en la «Capilla de la Virgen Santa». 1.5. Piadosa procesión por los jardines de la «Casa Grande». 1.6. Marsella: Santuario de Ntra. Sra. de la Guarda. 1.7. Delicado consejo al Deán de Calais. - **II. Prácticas de devoción en honor de María. - 2.** 2.1. Razones de esta manifestación. 2.2. El día impregnado de amor a María. 2.3. En algunas circunstancias. - **III. Mensaje de La Salle a los Hermanos. - 3.** Destacada manifestación mariana. 3.1. María a lo largo de la liturgia de la Iglesia. 3.2. Origen de los privilegios de María. 3.2.1. María, Madre de Dios. 3.2.2. María, la obra perfecta de Dios. 3.2.3. María, el Tabernáculo de Dios. 3.2.4. María, la llena de gracia. 3.3. María, madre de los hombres. 3.4. Virtudes que destacan en María. 3.5. Acción de María en la Iglesia y en las almas. 3.6. La Salle, siervo de María. - **IV. María en la obra educadora del Hermano según La Salle. - V. Teología y eclesiología que se deduce de la doctrina lasaliana respecto a María. - 5.** 1. Doctrina elaborada al calor de su oración y meditación. 5.2. Caracteres que acompañan a esta devoción. 5.3. Vertiente escolar-educativa. 5.4. La Salle nos da un mensaje seguro, equilibrado, profundo. 5.4.1. La Sagrada Escritura. 5.4.2. En la Tradición e Historia de la Iglesia. 5.4.3. En la Liturgia de la Iglesia. 5.4.4. En la Teología. La Salle, cualificado representante mariano.

I. PRESENCIA E IMPORTANCIA DE LA SANTISIMA VIRGEN EN LA PERSONA Y OBRA DE SAN JUAN BAUTISTA DE LA .SALLE

Ser cristiano es ser mariano: reconocer que María conduce a Jesús. «La Salle, como todo buen cristiano, sobresalió en la devoción a la Madre de Dios» (BLAIN 2, 488). Su devoción mariana se armoniza y corre pareja con la de sus antepasados o contemporáneos ilustres como P. de Bérulle, J.J. Olier, Vicente de Paúl, Grignon de Montfort, etc...

La Salle ve la luz del día, en su nacimiento, a la sombra de la Catedral dedicada a Ntra. Sra. A los 16 años se encuentra como canónigo en este célebre santuario y prosigue sus estudios teológicos en la Sorbona y en el Seminario de San Sulpicio donde reina cuidado ambiente mariano y la tradición de visitar cada año algún lugar dedicado a la Madre de Dios.¹ El día de Pascua de Resurrección de 1678 La Salle, rodeado de sus familiares más cercanos, amén de sus amigos más íntimos, celebra su primera misa en la capilla de «Nuestra Señora» de la Catedral.²

1. EPISODIOS MÁS SIGNIFICATIVOS

1.1. Peregrinación a Ntra. Sra. de Liesse (1686)

1.1. Peregrinación a Ntra. Sra. de Liesse (1686)

En mayo de 1686 La Salle reúne a los «principales Hermanos» para hablar con ellos de importantes asuntos de la naciente Sociedad. El 9 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad, el santo y los Hermanos, emiten por tres años, el voto de obediencia. Al día siguiente, de común acuerdo, dejan Reims y se dirigen en peregrinación al célebre santuario de Ntra. Sra. de Liesse. Llevan el alma inundada de gozo. Prostrados en las gradas del altar de Ntra. Sra. consagran su vida y obra a la celestial Señora. Desde ahora quedan bajo su maternal mirada y protección, «pues tiene muy grande poder ante Dios» (BLAIN 2, 490). La Salle nombra a María «Superiora de su Instituto» (BLAIN 2, 484) y su principal «protectora y sostén» (MF 129,3), desde ahora y para siempre.³ La sonrisa de María a este devoto grupo suyo será una bendición de esperanza. Ahora ya pueden marchar contentos a sus respectivas Comunidades.

1.2. Ante el altar de Ntra. Sra. de las Virtudes

A unos siete kilómetros del barrio de S. Sulpicio se encuentra la iglesia dedicada a Ntra. Sra. de las Virtudes, en el pueblecito de Aubervilliers. Los biógrafos de La Salle relacionan directamente esta peregrinación con los primeros enfrentamientos del Fundador y los maestros de escuela de la capital. Estos logran del poder judicial sentencia condenatoria para De La Salle y sus escuelas. El santo, a su pesar, decide apelar. Pero antes emprende, acompañado de los Hermanos de la Comunidad de París, una peregrinación al santuario de Ntra. Sra. Van a implorar del cielo, por su mediación, la fuerza necesaria para proseguir la lucha por la justicia en favor de la niñez y juventud pobre del barrio de san Sulpicio.

La Salle pide también a María por los Hermanos que están pasando por momentos de crisis. Desde 1688 a 1692 no ha ingresado ningún candidato en el Instituto. La Salle desea ver afianzada la Sociedad en París. Desde aquí sus escuelas podrán implantarse en el resto de las regiones de Francia. Después de satisfacer su piedad, el santo y los Hermanos vuelven a sus casas con espíritu de victoria. Han puesto su causa en buenas manos. La Salle manda al tribunal judicial un «Informe» en el que, con ponderadas razones, justifica su presencia y la de los Hermanos en el campo de la docencia al servicio de los pobres de la parroquia. El alegato surte su efecto. El asunto queda zanjado a favor de las escuelas lasalianas.⁴ Esto ocurría en el transcurso del año 1690.

1.3. El «Voto Heroico»: festividad de la Presentación de María en el Templo

Como hemos indicado, La Salle y su obra pasan por delicados momentos. Algunos Hermanos dejan el Instituto, y uno de los más importantes entre ellos, en quien el santo pone su confianza, el H. Enrique l'Heureux, muere casi repentinamente. La Sociedad se encuentra casi como en sus comienzos. La Salle se fía de Dios a quien se ha entregado. En el silencio y soledad de la Comunidad, reunido con los Hermanos Nicolás Vuyart y Gabriel Drolin, de rodillas, ante la presencia de Dios, pronuncian el «voto heroico» de obediencia, «comprometiéndose a permanecer en sociedad; seguir sosteniendo las escuelas gratuitas y alimentarse de solo pan, si fuese necesario» (FV). Este día señalan las Crónicas que era el 21 de noviembre 1691, día que la Iglesia conmemora la Presentación de la Stma. Virgen en el Templo.⁵

1.4. Chartres: en la «Capilla de la Virgen Santa».

Después de algunos años de espera el obispo de Chartres, Pablo Godet des Marais, ve atendida su petición. Su ciudad episcopal tendrá una escuela lasaliana. Los siete Hermanos que le ha mandado el Santo, su amigo, se instalan en la calle Muret, muy cerca de la Catedral. Apenas han pasado diez años cuando el Sr.

Obispo desea trasladar a los Hermanos a otra casa que no disfruta de apenas comodidades y en la cual peligraría notablemente la salud de los Hermanos. El santo, en carta del 20 de julio de 1709, al H. Director de la Comunidad Huberto le pide que, tanto los Hermanos como los escolares visiten «la Capilla de la Virgen Santa» para implorar de María que no se lleve a cabo el deseo del prelado (L 37,2).⁶ Este muere el 26 de septiembre de dicho año. La Comunidad queda sin protector. Era lógico que el santo pensara en retirar a los Hermanos, pero no lo hizo. «No escuchó ni los sentimientos de la naturaleza ni a los sujetos descontentadizos... La gran devoción que a la Madre de Dios distinguía a esta villa de Chartres, que la hicieron ilustre en el reino, es uno de los motivos por los cuales permanecieron allí los Hermanos» (BLAIN 1, 377).⁷

1.5. Piadosa procesión por los jardines de la «Casa Grande» (BLAIN 2, 3).

De 1698 a 1703 La Salle vivió con los Hermanos en la Comunidad de París denominada la «Casa Grande», así conocida por las amplias dimensiones de que gozaba, adornada con patios y amplios jardines. El Fundador aspiraba a tener para los novicios una casa acomodada. Juntos todos los moradores de la casa, a la caída de la tarde, organizan frecuentes procesiones por los jardines con el fin de alcanzar de Ntra. Sra. gracia tan deseada. Hay que notar que si, de momento pareció fallar toda esperanza, ya que tuvieron que dejar la «Casa Grande» por no poder adquirirla, y se encontraba en venta..., desde 1705, en Ruán, sus deseos se hicieron realidad.

1.6. Marsella: Santuario de Ntra. Sra. de la Guarda

En agosto de 1712 La Salle se encuentra en Marsella. Las cosas parecen marchar bien. El santo ha podido abrir un Noviciado. Es una ventana abierta al Instituto en la región sur de Francia. Como lo hiciera en otras ocasiones ahora La Salle repite el gesto que le es peculiar. A poca distancia de la ciudad se encuentra el santuario de Ntra. Sra. de la Guarda. Allí va acompañado de los jóvenes formandos. María escucha sus deseos y oraciones más profundas. Ella será también su consuelo en los momentos en que vio deshacerse, como polvo, todos sus sueños más queridos.⁸

1.7. Delicado consejo al deán de Calais

La Salle, según anotan sus biógrafos, el 15 de agosto lo pasa en Calais visitando a los Hermanos y amigos íntimos. El deán aprovechó para invitar a nuestro santo a celebrar la misa solemne en la Catedral. La homilía corrió a cargo del propio deán, quien no hizo referencia alguna al tema del día: la Asunción de María al cielo. La Salle hizo notar a su amigo la omisión tenida. Este no pudo por menos de sentirse avergonzado y prometió al fundador reparar el descuido. Los fieles, que le conocían bien, no salían de su asombro al oír hablar a su párroco, sobre María con tanta piedad (BLAIN 2, 225).

II. PRACTICAS DE DEVOCION EN HONOR DE MARIA

2.1. Razones de esta manifestación

«Nada descubre mejor el amor de una persona para con otra -dice La Salle- que el sentirse incapaz de pensar más que en ella» (MD 70,3). La Salle es coherente con lo que escribe, de modo que no sugiere nada a los Hermanos que antes no lo haya él puesto por práctica. Así escribe: «Poco aprovecharía estar convencidos de la obligación que tenemos de profesar devoción especial a la Stma. Virgen, si desconociéramos en qué consiste o si, de hecho, no la tuviéramos, o aun si no lo demostráramos cuando las circunstancias lo exijan» (MF 151,3).

El santo da a los Hermanos razones del porqué de estas preferencias por María. «Ella es superior a todas las criaturas. A los santos manifestamos nuestra devoción en ciertas épocas y días del año; pero la que

debemos profesar a la Stma. Virgen ha de ser incesante» (MF 151,3). La Salle nos interroga también «sobre las disposiciones con que cumplimos nuestras devociones»; de la fidelidad con que las llevamos a cabo, «pues esto es necesario si queremos recibir de Dios, por medio de María, gracias abundantes» (MF 151,3).

2.2. El día impregnado de Amor a María

María ocupa el pensamiento del santo y quiere que también del Hermano «porque en María ponen toda su confianza después de Dios» y porque consideran a María «la principal protectora de la Sociedad» (MF 151,3). Por eso es lógico, dice el santo, que «nos pongamos todos los días bajo su amparo, por la mañana, después de la oración mental, consagrándonos a María diciendo la bella oración «O Domina mea» (BLAIN 2, 491). Después de cada ejercicio importante «nos ponemos bajo la protección de María mediante el rezo de la oración «Sub tuum praesidium» (BLAIN 2, 491). Al finalizar el día, en la oración de la noche, el santo y los Hermanos tienen la costumbre de rezar el «Maria Mater Gratiae», oración que precede al reposo nocturno, también muy querida de La Salle y con la que acabaría su existencia terrena aquel 7 de abril de 1719 (BLAIN 2, 491).

Práctica diaria de devoción a María de La Salle y de los Hermanos, ya que la tienen de Regla, es el rezo del rosario. El biógrafo Blain acentúa: «No dejó ni un solo día de rezarlo. Lo rezaba por las calles y era celosísimo de publicar sus excelencias. De esta manera manifestaba su fidelidad y amor a María» (BLAIN 2, 490).

«Un antiguo documento, "La práctica del Reglamento diario", que parece remontarse hasta 1693, enumera algunas prácticas, a más de las dichas, y que estaban en uso en la Sociedad Lasaliana, tales como el rezo del Ángelus terminada la oración mental de cada día. Con el rezo del "Sub tuum" y el Ángelus terminaba también la oración de la tarde. Con las Letanías Lauretanas solía finalizar la oración de la noche».9

2.3. En algunas circunstancias

No siempre las ocupaciones de la dirección del Instituto dejaban a La Salle el tiempo necesario para satisfacer sus ratos de oración y devociones tal cual él lo deseara. Pero su interés era máximo cuando se trataba de acompañar a los Novicios en su oración. «Siempre que podía recitaba el Oficio Parvo con ellos en postura de rodillas y cabeza descubierta» (BLAIN 2, 236). Por medio del Oficio, escribe, «se alaba a Dios en la Stma. Virgen y a la Stma. Virgen en Dios, mediante salmos, himnos, antífonas y responsorios; por medio de oraciones que rematan cada hora del Oficio. Se pide a Dios por uno mismo y por la Iglesia, contando con la protección e intercesión de María, las gracias de que tenemos necesidad».10

«Exhortaba a los Hermanos a celebrar las fiestas de María con especial fervor». «Por las noches, antes de la cena, hacía a los Hermanos ferviente exhortación de media hora sobre la fiesta de aquel día» (BLAIN 2, 491). Las fiestas de la Inmaculada Concepción, Encarnación del Verbo, Dulce Nombre de María, Asunción a los cielos, Visitación y Presentación en el Templo, que no eran de guardar, La Salle prescribió que se tuvieran vacaciones escolares en vez del jueves.11

Un tiempo que La Salle considera importante en la vida de los Hermanos es el de la recreación diaria después de las comidas. Aun durante este tiempo quiere que se aproveche para la edificación mutua. Lo primero que se debe hablar es de la lectura de los Libros Santos. Pero también de «cuán sensibles debemos ser de cuanto a María se refiere: de qué modo y con qué devoción se ha de rezar el Oficio y el Rosario en la Sociedad y de lo que debe practicarse para tenerle mucha devoción e inspirarla a los niños» (R 33, VI).

Hemos hablado de las peregrinaciones que La Salle y los Hermanos hicieron a los diversos santuarios marianos. En su libro de los *Deberes de un Cristiano*, en su parte tercera dedicada al «Culto exterior y

público», La Salle pone sumo empeño en señalar lo que es de costumbre practicar en las procesiones o peregrinaciones a los santuarios marianos (Dc 21, 22). Todo le parece poco cuando se trata de honrar a la Virgen María.

«En toda ocasión el santo acudía a María, dirá Blain. En sus penas y persecuciones se echaba en sus brazos como en los de su madre. Cuanto importante emprendía se lo encomendaba a ella» (BLAIN 2, 491). Su última recomendación, su testamento espiritual, bien lo sabemos, fue que «los Hermanos profesaran especial devoción a la Stma. Virgen» (BLAIN 2, 173).

III. MENSAJE DE LA SALLE A LOS HERMANOS CON RESPECTO A MARIA

3. DESTACADA MANIFESTACIÓN MARIANA

«Tenía La Salle la devoción a María muy afinada en su corazón. Una de sus mayores alegrías era el de defenderla y propagarla» (BLAIN 2, 488). Cuando La Salle habla o escribe sobre María, lo profundo de su personalidad sale con naturalidad. Su ideal se dibuja con nitidez. Su admiración y amor hacia María se expresan con entusiasmo.

La Salle no nos ha dejado un tratado completo sobre María. Pero por los escritos que tenemos podemos concluir que su devoción a Ntra. Sra. fue destacada. Trata de María, de modo especial, en las nueve meditaciones que sobre ella nos ha dejado, en relación con las fiestas de la Natividad y Dulce Nombre de María; de la Presentación en el Templo y Purificación; de la Anunciación y Visitación. Como fundador de un Instituto religioso dedicado a la educación de la niñez y juventud cristiana, la enseñanza mariana se inserta también en sus obras ascéticas y pedagógicas, sobre todo en la *Explicación del Método de Oración* y en las *Meditaciones para las fiestas*, proponiendo a María como modelo del educador cristiano.

Lo que La Salle dice y expresa sobre María es más que suficiente para calibrar la importancia que La Salle da a la presencia de María en la espiritualidad del educador cristiano y en la vida cristiana, en general. La Salle nos habla de María como Madre de Dios y madre de los hombres. De las virtudes que adornaron a su persona. De las prerrogativas marianas por excelencia: mediación, tesorera de las gracias...

3.1. María a lo largo de la liturgia de la Iglesia

La Salle presenta a María a lo largo del año litúrgico de la Iglesia, inseparablemente unida a Jesús. La alusión a Ntra. Sra. es frecuente. Así, en los domingos de la Sagrada Familia, del milagro de Caná y en el misterio de la Navidad. Igualmente en las festividades de algunos destacados santos, como san Joaquín y santa Ana; del apóstol san Juan y de santo Domingo de Guzmán.

3.2. Origen de los privilegios de María

3.2.1. *María, Madre de Dios.* La Salle habla de María como la Madre de Dios. Por este título María se hace merecedora de las demás prerrogativas con que Dios quiso embellecerla. «Reconozcamos con toda la Iglesia la honra que recibe la Stma. Virgen al verse convertida en Madre de Dios; la más eminente que pueda jamás recaer sobre ninguna criatura» (MF 112,1). «Dios predestinó a María, desde toda la eternidad, para ser Madre de su Hijo» (MF 82,1).

3.2.2. *María, la obra perfecta de Dios.* La Salle contempla a María como la obra perfecta de Dios quien «prefirió escogerse una virgen que fuera digna de ser su templo y morada...». «Por eso dispuso que se viera adornada por el Espíritu Santo con todas las cualidades naturales y sobrenaturales que mejor pudieran convenir a la Madre de todo un Dios» (MF 163,1).

3.2.3. *María, el Templo de Dios.* María es el Templo que Dios se construyó para sí Todo admirado por semejante prodigio La Salle escribe: «Honrad a María como a Tabernáculo y Templo viviente que Dios mismo se edificó y embelleció con sus manos» (MF 191,3; 151,2). María es la criatura singular, la mujer «elevada sobre las restantes criaturas, merced a la abundancia de los dones que recibió, en lo que nadie puede comparársele» (MF 151,2).

3.2.4. *María, la llena de gracia y del Espíritu Santo.* «Por el hecho de descender sobre ella el Espíritu Santo se tornó toda hermosa, con belleza divina» (MF 151,2). «María es inmaculada en su concepción» (MF 82,1) y la glorificada por su Hijo. Por su fidelidad a la gracia María «ha sido levantada sobre todos los bienaventurados espíritus que la veneran como a su soberana» (MF 156,3).

3.3. **María, Madre de los hombres**

La Salle se complace también en presentarnos a María como «Madre de los hombres» (EM 76). No solamente como mujer privilegiada, exaltada por Dios en la gloria, sino como madre, mujer, esposa, persona encargada de una casa y familia. Mujer que coopera libremente a la gracia y deseos de Dios sobre ella; ejemplo de amor a Jesús y madre que se santifica por las acciones de cada día y en su tarea cotidiana como mujer de su casa.

María es la mujer sencilla, que no busca llamar la atención sobre sí. «Si en Belén hubiesen mirado a la Stma. Virgen como Madre del Mesías... Como tan sólo vieron en ella a una mujer corriente y a la esposa de un artesano no hubo en parte alguna cobijo para ella» (MF 85,1). María es la esposa de José (MF 110,2). Es la mujer que libremente coopera con Dios; que se «consagró totalmente a El para vivir sin tener en el resto de sus días, vida ni movimiento que no fuera ordenado a El» (MF 163,3). María ofreció a su hijo en la pre-sentación en el templo de Jerusalén, en la circuncisión (MF 104,2). Por la presencia de María -en la visita que hiciera a su prima Isabel- «quiso Dios que, aun estando Jesús en el seno de María, obrase su primer milagro en provecho de su precursor» (MF 141,2).

María amó de modo especial a su hijo. Todos los que aman a Jesús son también muy amados de María. Con estas palabras nos lo expresa de modo admirable La Salle en la meditación que dedica a san Juan Evangelista. «Si tenemos amor a Jesús y somos amados de El, es imposible que no seamos muy queridos de la Stma. Virgen. Pues como se da relación estrechísima entre Jesús y su Stma. Madre, todos cuantos aman a Jesús y son singularmente amados por El, honran mucho a María y son también muy queridos de la Santa Madre de Dios» (MF 88,3).

3.4. **Virtudes que La Salle destaca en María**

«María es la estrella clara y brillante que, colocada encima de este mar vasto y espacioso, res-plandece por sus méritos y refulge por sus ejemplos» (MF 164,1). «María es la mujer dedicada y consagrada totalmente al Señor durante toda su vida» (MF 191,1). «Ella es la cooperadora fiel de Dios a todas sus gracias» (MF 156,3). «María reconoce que cuanto hay en ella se lo debe a Dios» (MF 79,2; 163,3). «Ella es la mujer obediente y diligente» (MF 104,2). «La humilde y pobre» (MF 86,2). «María es la toda limpia de pecado» (MF 82,2; 164,2).

3.5. **Acción de María en la Iglesia y en las almas**

La Salle se complace en mostrarnos a María presente en la Iglesia por su acción intercesora y protectora cerca de su Hijo y como memoria y recuerdo viviente en el alma de sus devotos. Nos pone como modelos a santos eminentes como a san Felipe Neri y san Francisco de Asís; al gran san Bernardo y santo Domingo de Guzmán (MF 129,3; 151,2; 164). La Iglesia entera venera a María. «Es práctica muy antigua en ella, dice La Salle, la de orar a la Stma. Virgen con preferencia a todos los santos» (Da 465). La Iglesia nos

recuerda también «lo que los devotos de María han hecho por ella y los favores que por este medio alcanzaron» (MF 151,1). «Todo cuanto hagamos por honrar a María, o porque otros la honren, será recompensado abundantísimamente de Dios por su medio» (MF 151,1).

Porque María oye siempre nuestras oraciones y goza de enorme poder ante Dios puede ayudarnos en cuanto a nuestra salvación se refiere. La Salle gusta acudir a María con oraciones llenas de ternura y singular confianza (Da 465). A María eleva su corazón contemplándola en el misterio de la Navidad. «Por vos, oh incomparable Virgen, ese Dios de amor y misericordia vino a nosotros para salvarnos» (EM CL 50, n° 194). Adora al Señor con fervorosa oración el Hermano cuando lo contempla Niño en los brazos de su Madre y rinde acto de reconocido homenaje a María, como Madre de Dios (EM CL 50, n° 215, 216).

Cuando La Salle se dirige a María todo le parece poco en su loor. Las palabras le parece que se quedan cortas. De ahí que indique a los Hermanos que, cuando nombren a María le digan «Stma. Virgen María, que bien se lo merece» (BLAIN 2, 490). Las referencias que tiene a María en su *Explicación del Método de Oración* son muchas y fervorosas. «Santísima Madre de Dios que siendo la más noble, la más santa, la más perfecta, la más excelente de todas las criaturas, fuiste la más humilde» (EM CL 50, 289). En la oración que dirige a María antes de acabar la oración mental, se consagra a María como a «la dignísima Madre de Dios y también mi buena madre y abogada, mi refugio y protectora... en quien después de Dios pongo toda mi confianza» (EM CL 50, 340). Con estas y otras muchas alabanzas a la grandeza de María que La Salle dirige a María podríamos componer fácilmente una hermosa letanía a María con matiz típicamente lasaliano.

La Salle se dirige también a María con las oraciones que la Iglesia, desde siempre, emplea a la hora de dirigirse a María. Insta, pues, nuestro santo a que recemos, como signo de amor hacia ella: la Salve; el Ángelus; el Rosario (Da 465).

La Salle, doctor en teología, cuando escribe sobre María nos ofrece la doctrina que es tradicional en la Iglesia. Algunos privilegios marianos, aunque todavía no estaban declarados dogmas por la Iglesia, La Salle se suma al sentir común de los fieles, teólogos o santos, para defenderlos o desear que la Iglesia los proclame con su autoridad, tales como el de la Inmaculada Concepción y el de la Asunción de María. Sobre otras excelencias marianas La Salle se expresa con claridad, aunque no con extensión. Así, cuando habla de su mediación universal cerca de su Hijo. «Trayendo a Jesús a este mundo María ha contribuido a la salvación de los hombres y Dios la ha constituido Tesorera de todas las gracias que quiere conceder a los hombres» (Db 196; BLAIN 2).

La Salle, sigue acentuando este mismo pensamiento cuando dice: «Si María ha recibido tal cúmulo de gracias fue para que hiciese partícipes de ellas a los hombres que acuden a su protección» (MF 163,3). Y citando más directamente a san Bernardo dice: «María es el canal por donde nos llegan los bienes que Dios quiere comunicarnos» (MF 151,2). Y recalca lo dicho con palabras del mismo santo: «El Espíritu Santo distribuye todos sus dones, todas las gracias y todas las virtudes a quien quiere y cuando le place, del modo y en la medida que los juzga oportunos, por el ministerio de la Stma. Virgen» (M F 151,2; M F 164,2);² (cf. Vaticano 11, LG n° 62).

3.6. La Salle, siervo de María

«Durante toda su vida tuvo La Salle a mucha honra declarse en todas partes siervo y devoto de María, y cuidaba de que los demás la honrasen» (BLAIN 2, 489). Aunque el santo no se extiende en hablarnos de este aspecto mariano¹³ en la *Explicación del Método de Oración* (EM CL 50, 216) se explica de este modo, en afectiva oración a su Madre del alma: «Vos sois mi Reina y Señora... Me someto a vuestro dulce imperio en el tiempo y en la eternidad». El papel de María en la salvación lo relaciona La Salle con el de Jesús. Es por María, llevado a cabo en Jesús, el único mediador, que se ha realizado el deseo de Dios. Por

medio de María pedimos se lleve a cabo también hoy (cf. EM CL 50, n° 194).

IV. MARIA EN LA OBRA EDUCADORA DE HERMANO SEGUN LA SALLE

El santo presenta María a los Hermanos como modelo para su vida consagrada a Dios y dedicación apostólica. A ejemplo de María el Hermano se consagra por entero y sin reservas a Dios (cf. MF 191,1.2) «para procurar su gloria cuanto le fuere posible» (FV). En el misterio de la Presentación en el Templo María ofrece Jesús a Dios su Padre. «El Hermano debe también renovar a Dios cada día la ofrenda de hacerlo todo por El» (M F 104,1). María visita a su prima Isabel. La Salle aprovecha esta circunstancia evangélica para recordar al Hermano «que él también es visitado cada día por Dios en la oración y frecuentemente por Jesús en la comunión». El Señor nos «comunica también sus santas inspiraciones con el único fin de que seamos diligentes en ponerlas por obra, a fin de cumplir con exactitud su santa voluntad» (MF 141,1.3).

La vida de María en Nazaret discurre de manera sencilla y sin apariencias notables. No atrae para nada las miradas de las gentes. La Salle recuerda con frecuencia a los Hermanos que su vida, escondida y sencilla está dedicada por entero a los pobres y ha de ir por tanto a ellos con «corazón de pobre». Leamos cómo se expresa el santo en la meditación del día santo de Navidad. «Sois unos sencillos Hermanos, poco conocidos y estimados por la gente del siglo» (MF 86,2). María y el Hermano realizan el plan de Dios sobre sus vidas, santificando las acciones todas del día. Desde su aula y vida de comunidad, el Hermano «debe como María, llevar una vida en completo desasimiento» (M F 156,1).

María es también modelo de fe para el Hermano (L 131,1) y de completa adhesión a la voluntad de Dios en todo sobre él (cf. MF 164,1). María es también el «camino» y «guía» seguro; la «estrella» y «faro» que orientan e iluminan en medio de las dificultades y que conducen a buen puerto (M F 164). María se deja llevar en todo momento por el Espíritu de Dios y sus santas inspiraciones (AEP 232, 233).

Lo que María es para el Hermano quiere La Salle que siga siéndolo también a través de él. Así escribe con convicción sincera y certera: «Dios os ha escogido para que le deis a conocer, quiere también que, por decirlo así, engendréis a la Stma. Virgen en el corazón de los que instruís, inspirándoles tierna devoción hacia Ella». Y continúa: «Esta fecundidad debe ser efecto de vuestras fervientes oraciones, de vuestro amor a la Stma. Virgen y del celo que pongáis en la instrucción que les deis para inculcarles su amor» (MF 146,2; 150,3; 157,1).

Nadie como María ha llevado a cabo la función educadora en la persona de su hijo Jesús. Ninguna madre puede amar a su hijo como amó María a Jesús. Nadie como ella puso en práctica la enseñanza de la «Buena Noticia». Ella fue el Evangelio vivo, antes de ser puesto por escrito. ¡Qué programa tan sublime propone a los Hermanos para que lo pongan en práctica y para que también se lo ofrezcan a los niños y jóvenes! «Procurad que piensen con frecuencia en Jesús su bueno y único dueño; que hablen a menudo de Jesús; que no aspiren sino a Jesús, ni respiren sino por Jesús» (MF 102,2). La presencia de María, que lleva a Jesús, es así, en la escuela lasaliana, viva y eficaz; aleccionadora y ejemplar.

En no menos de 80 páginas¹⁴ La Salle nos da a conocer la importancia que da a María en la vida del Hermano como consagrado a Dios y como educador cristiano. Recalca que, «uno de los mejores medios que podéis emplear para desempeñar con fruto el empleo a que es destinado es el de profesar particularísima devoción a la Stma. Virgen e inculcarla en el corazón de los que os están confiados» (MF 150,3; 146,1).

V. TEOLOGIA Y ECLESIOLOGIA QUE SE DEDUCE DE LA DOCTRINA LASALIANA CON RESPECTO A MARIA

5.1. Doctrina elaborada al calor de su reflexión y oración

La presencia de María en los escritos de La Salle ilumina grandes zonas de su pensamiento:

- El sentido práctico y vivencial en que debe desembocar nuestra fe en Dios, María...
- La confianza sin límites que tiene el santo en Dios, los santos. Con Dios cuenta en todo momento. A El y a su Madre encomienda todo. Lo pone en buenas manos.
- La Salle está convencido de lo pequeño y necesitado en que se encuentra el ser humano. Su naturaleza, dañada por el pecado, necesitada de redención, no puede por menos de acogerse a la protección y mediación que le ofrece Dios por medio de su Madre. La Salle acude confiado por medio de su oración a ella.
- La santificación no se realiza por los hechos extraordinarios sino en la vida ordinaria, cumpliendo en todo momento el querer de Dios. Como María, en la oscuridad de su casita de Nazaret. Las virtudes que resalta en María son las que ofrece al Hermano y educador cristiano en general.
- La comunión con Dios y con María por medio de la oración; la docilidad en seguir las inspiraciones del Espíritu Santo (AEP 232); la peregrinación en la fe; el recurso al espíritu de fe, necesidad de llevar vida interior...
- Su doctrina sobre María parece estar tomada del Vaticano II (LG, 52-68) en que nos habla de María: modelo de santidad; mediadora; culto debido...

Es la vida del santo la que se deja traslucir en las páginas que dedica a María. Al calor de su reflexión y oración La Salle contempla el corazón de María: santas disposiciones; actitudes para con Dios. Por eso que, sus páginas marianas, escritas de modo original y con afecto singular, confieren a lo escrito alto poder persuasivo que estimula y arrastra. Todo ha salido de un corazón convencido y de un alma cautivada por las grandezas del alma de María. La teología que nos ofrece de María es completa: habla de sus principales dogmas y privilegios marianos. En María encuentra el Hermano, y cristiano en general (*alumnos* que se educan en sus Centros), la mejor *aplicación* para su vida y el espejo en que deben mirarse si quieren ser gratos a Dios.

5.2. Caracteres que señala La Salle a la devoción mariana

Podemos resumirlos en los siguientes:

- a) *Devoción comunicativa*. Dice frecuentemente: « Ejercitaos en esta devoción; pedídsela a Dios y recordad e invocad a menudo tan bendito Nombre» (MF 164,3).
- b) *Devoción admirativa* y efusiva. El santo se deja sorprender ante la grandeza del alma de María y la fidelidad a Dios. «Admiremos el cúmulo de gracias con que Dios adornó a la Stma. Virgen desde el instante de su nacimiento» (MF 163,2). «Decid con toda la Iglesia que es toda hermosa y que en su alma no hay lunar alguno de pecado» (MF 82,1). Por eso no nos extraña ponga tanto énfasis en recomendarnos tengamos singular devoción a María, «manifestándole hondo cariño» (MF 129,1), ya que Ella es «nuestra bondadosa madre» (MF 151,1) e «inspirando tierna devoción hacia Ella» (MF 146,2).
- c) *Devoción imitativa*: Para nuestro fundador meditar los misterios de María compromete nuestra vida en profundidad. Es una llamada a la imitación de la vida de María. De sus actitudes más profundas con respecto a Dios y a los hombres. Como María debe el Hermano reconocer y dar gracias a Dios, desde lo hondo de su corazón, entonando cual otro segundo «magnificat» por lo que Dios ha hecho por su medio en la vida ministerial, dejándose conducir por el Espíritu Santo. «Es Dios mismo quien os ha elegido» y «llamado a tan santa misión», dice La Salle al Hermano (MR 199,1). «Sed agradecidos a Dios por la merced que os ha dispensado llamándoos al ministerio» (MR 199; 207; MF 163,3).

El cristiano, según La Salle, debe juntar en la celebración litúrgica de las fiestas, en general y marianas en particular, la oración personal, formalizada en el propósito de imitar a María. Así, en la fiesta de la

Natividad de María el santo señala que el «cristiano tomará la resolución y propósito de ser humilde». En la Presentación de María en el templo «el fiel cristiano debe aplicarse al servicio de Dios». El día de la Inmaculada el de comprometerse a «no vivir más que para solo Dios». En la Asunción de María al cielo suplicará a Ntra. Sra. que «le dé una muerte semejante a la suya» (Dc 195-211).

5.3. Vertiente escolar-educativa

La Salle, al hablar del ministerio del Hermano, pone ante la vista y consideración de éste su vertiente espiritual. Le pide que, como la de María, su paternidad cerca de los niños y jóvenes, sea la de dar a conocer y amar a Dios, sobre todo. Esta paternidad espiritual que le ha sido encomendada llevará consigo: la de procurar en el alma de los niños la vida de Dios; la de educarles en la fe y en las prácticas cristianas; la de suplicar a Dios y a su Stma. Madre, por la oración y testimonio evangélico, la conversión de aquéllos que le han sido encomendados. En el celo ardiente procurar que los jóvenes se abran camino en la vida y sean buenos ciudadanos cristianos, «uniendo la piedad a la formación humana» (MF 160,3; 157,1; 122,3; 116,1; 146,2; 155,3) (cf. Vaticano II, LG n° 61).

5.4. La Salle nos da sobre María un mensaje seguro, equilibrado, profundo

Esta tónica, que viene a ser la general en los escritos de La Salle, se acentúa en sus líneas marianas. El santo habla a religiosos y educadores del pueblo en la fe. A éstos debe ilustrar de modo seguro y equilibrado al par que estimularles a que amen de corazón aquello que sus mentes aprenden y sus labios profieren por los catecismos y enseñanza.

La Salle se guarda de querer sobresalir por la originalidad de la doctrina o de caer en sutilezas que a nada conducen. Sus fórmulas teológicas son discretas, basadas en el dogma católico, tal cual lo propone la Iglesia. Como doctor en teología razona bien lo que expone. Las páginas marianas que nos ofrece son modelo de solidez. Su doctrina es la tradicional, no así su modo de expresarse que es original y cálido.

Como edificio espiritual que tiene que levantar, seguro y firme a la vez, La Salle sustancia su decir en:

5.4.1. *La Sagrada Escritura*. Presenta a María asociada a los misterios de la vida de Jesús, tanto en su vida privada como pública. A partir de la Revelación contempla a María con el plan salvador de Dios. Como lo hace hoy la Iglesia (LG 52-58).

5.4.2. *La Tradición e Historia de la Iglesia*. El fundador presenta a María como el símbolo cristiano que, después de Jesús, está arraigado profundamente en el pueblo creyente y es muy querido por él. Tales son las muestras que da en: las prácticas en su honor; oraciones que recita más frecuentemente; fiestas; procesiones; visitas a santuarios marianos... (Dc, páginas 15, 19, 21, 22, 195 a 212); rezo del santo Rosario, pudiendo decir Blain que fue «un auténtico apóstol» de la propagación de esta devoción (BLAIN 2, 490). El Vaticano II lo trata también (cf. LG 60-68).

5.4.3. Se basan y cimentan también sus reflexiones en la *Liturgia* de la Iglesia. Sus meditaciones marianas siguen el curso litúrgico actual.

5.4.4. La Salle conoce y se basa en los *teólogos* que a su juicio hablan mejor de María; de los *santos* que han propagado más su devoción, de modo especial en san Bernardo. No faltan tampoco citas de los Padres y Doctores de la Iglesia: san Agustín, san Ambrosio...

A MODO DE CONCLUSION. LA SALLE CUALIFICADO REPRESENTANTE MARIANO

«Enseñanzas tan sabias, claras, tan exactamente medidas a las preocupaciones y necesidades espirituales de los mejores cristianos de la época; por otra parte tan afortunadamente con miras hacia el futuro, ¿no merecen de san Juan Bautista de La Salle un lugar de elección entre los guías de la conciencia, entre los representantes de la ortodoxia católica al otro día de la Restauración religiosa llevada a cabo bajo el

reinado de los primeros Borbones?».¹⁵ La devoción a María que los Hermanos heredaron ayer de La Salle¹⁶ sigue hoy entre nosotros con fuerza y amor. Sus palabras y ejemplos son para todos, Hermanos y seguidores, luz en el camino. María sigue siendo la «Estrella» que guía y «Reina y Madre de las Escuelas Cristianas».

1Y. POUTET: *Un illustre Pèlerin de Chartres, Saint JeanBaptiste de La Salle*, artículo de revista, 1980, pp. 16-20.

2La tradición oral señala la capilla. La titular es Ntra. Sra. de la Buena Leche. Desde 1951, una estatua del Santo, por Lejeune, ocupa un lugar en la Capilla, GALLEGO S., *San Juan Btade La Salle. Vida* - BAC 477, p. 125, nota 73.

3GALLEGO S., *San Juan Bta. de La Salle. Vida* - BAC 477, p. 186, nota 140. Ahora, la segunda capilla de la nave izquierda recuerda la presencia del fundador con una vidriera y una lápida.

4GALLEGO S., *San Juan Bta. de La Salle. Vida* - BAC 477, pp. 229-230, nota 14. La Salle visitó también el santuario estando en S. Sulpicio en 1671. Cf. l.c. p. 81, nota 107.

5En este día, en la Sociedad de S. Sulpicio, se renovaban las Promesas clericales. Cf. GALLEGO, S., l.c.p. 245, nota 86.

6F. PAUL, *Las Cartas de s. Juan Bta. de La Salle*, Colección Símite 4, Carta 37,2 p. 391. Se trata sin duda del Santuario subterráneo de Ntra. Sra. de Chartres, tan grato a la piedad del santo fundador.

7G. RIGAULT, *Histoire Générale de l'Institut des Frères des Ecoles Chrésiennes*, t. 1, p. 264.

8GALLEGO S., *San Juan Bta. de La Salle. Vida* - BAC 477, pp. 466-467. Ídem p. 481, nota 48.

9G. RIGAULT, *Extrait du t. III de Mariae*, Etudes sur la Sainte Vierge, publiées sous la direction d'Hubert du Manoir, S.J. professeur à Institut Catholique de Paris-Beauchesne, Editeur 117, rue de Rennes, Paris 1954, p. 217.

10 GALLEGO S., *San Juan Bta. de La Salle. Ecritos*, BAC 478, p. 808.

11G. RIGAULT, *Histoire Générale de l'Institut des Frères des Ecoles Chrésiennes*, t. II, p. 523.

12Esta doctrina de la «mediación de María» gozaba en tiempo de La Salle de una posesión incontestada. Desde Bérulle a Grignon de Montfort, Juan Eudes, J.J. Olier. Cf. Jules HERMENT, *La dévotion à la très Sainte Vierge selon S.J. Baptiste de La Salle*, La Procure, Rue des Tanneurs, 161, Bruxelles 1940. Las referencias en La Salle a este título de «mediación» es frecuente. Cf. EM CL 50, N° 215 el 239.

13EM CL 50, N° 216 a-c. La Salle afronta aquí con discreción un acto de sumisión a María, que puede evocar, en lejanía, la «santa esclavitud» de Luis María Grignon de Montfort.

14Amén de lo que escribe La Salle en las meditaciones, encontramos el tema de María en Db, pp. 300-302, explicación del rosario y el cómo rezarlo; *Conduite des Ecoles*, II, VIII, 5; ídem I, VII, 1 (rezar por turno el rosario en la Escuela); RB. p. II Cap. VI art. I- María como modelo de cortesía; Dc, p. 105: Los cánticos espirituales.

15G. RIGAULT, du t. III, Etudes sur la Sainte Vierge, publiées sous la direction d'Hubert, S.J. professeur à l'Institut Catholique de Paris-Beauchesne, Editeur 117, rue de Rennes, Paris 1954, p. 216.

16BLAIN 2, pp. 15, 49, 89, Abrégé de la vie des Frères. Del Hno. Ireneo no habla, ya que vivía cuando el biógrafo escribía la vida de La Salle. Cf. GALLEGO S., *S.J.Bta de La Salle*, BAC 477, p. 558 y Notas 23 a 31.

Temas complementarios:

Temas complementarios:

Alumno; Amor; Celo; Cristiano; Comunidad; Conversión; Corazón; Deberes de un cristiano; Director; Escolares; Escuela; Edificación; Educación; Espíritu Santo; Fidelidad; Humildad; Inspiraciones; Instrucciones; Justicia; Ministerio; Misa; Noviciado; Obediencia; Oración mental; Piedad; Pobreza (pobres); Recreación; Regla; Salvación; Santos; Silencio; Soledad; Voluntad de Dios; Votos.

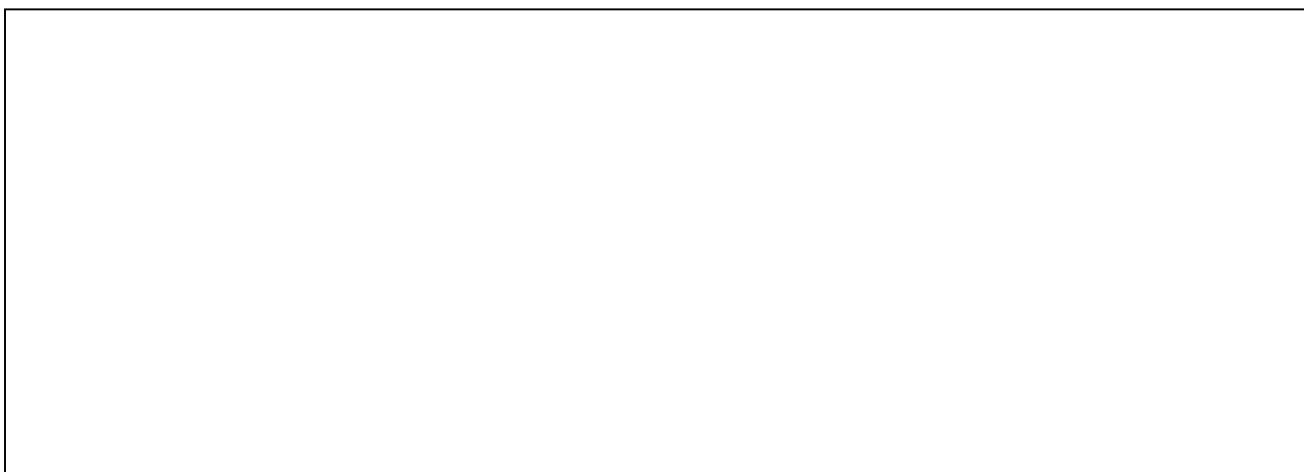
BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

1. DE LA TORRE J.M., *Doctrina y vivencia mariana de S. Bernardo*, Ephemerides Mariologicae C.M. FF. (Claretianis), Madrid, VI, XL 1990, fas. 111-IV, pp. 221-243.
2. Jules HERMENT, *La dévotion à la Très Sainte vierge selon S.J.Bte. de La Salle*, La Procure, Rue des Tanneurs, Bruxelles, 1940.
3. GALLEGO S., *Presencia de María en la vida y misión de los HH.EE.CC.*, pp. 165-176, María en los Institutos religiosos, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1988.
4. G. RIGault, *La dévotion mariale dans l'Institut des Frères des écoles chrétiennes*; pp. 207-231 del Extrait du T. III de Mariae - Etudes sur la Sainte Vierge, publiées sous la direction d'Hubert du Manoir, Professeur à l'Institut Catholique de Paris. Beauchesne, Editeur 117, rue de Rennes, Paris, 1954.
5. H.C.S. *Devoción de S. Juan Bta. de La Salle a la Stma. Virgen*, Información lasaliana, 1950, t. VII, pp. 76-8 1.
6. DEVILLE R., *L'Ecole française de Spiritualité*, pp. 150-154, Paris Desclée, 1987.
7. PABLO VI, *La Virgen hoy*, Ed. PPC 1977, 75 pp.
8. GALLEGO S., *San Juan Bta de La Salle, Vida-Escritos* - BAC 477-478, 635 pp. y 894 pp. respectivamente. 1986.
9. Cf. VATICANO II, *Constitución Dogmática Lumen Gentium*, Cap. VIII (52 a 58).

H. José Luis HERMOSILLA

21. DISCÍPULOS



Sumario:

1. «Discípulos» en el lenguaje de la época. - 2. Cómo se sitúa La Salle. - 3. Arraigo Bíblico. - 4. Orientada hacia el Hermano. - 5. El Hermano: «Discípulo y Formador de Discípulos». 5.1. La enseñanza de La Salle se inspira en el Evangelio. 5.2. A ejemplo de los Apóstoles. 5.3. Medios señalados por La Salle. - 6. «Cristianos verdaderos». - 7. Como el «discípulo amado». - 8. «Aficionados únicamente a Jesús...». - 9. Como familia espiritual lasallista.

1. «DISCÍPULOS» EN EL LENGUAJE DE LA EPOCA

San Juan Bautista de La Salle utiliza 232 veces la palabra DISCÍPULOS en sus escritos espirituales y en los pedagógicos. Al hacerlo tiene en cuenta el sentido y el uso que se le daba en la época. Consultando algunos «Diccionarios de la Lengua Francesa» que La Salle pudo utilizar, encontramos ciertos elementos que nos ayudan para situarnos en el pensamiento de La Salle con respecto a la palabra DISCÍPULOS y a su significación para los Hermanos:

* En el «*Diccionario de la Academia Francesa*», la palabra DISCÍPULO queda definida como: «*El que aprende de un maestro, alguna ciencia o algún arte liberal. Ejemplos: Es mi Discípulo. Adiestrar a sus Discípulos. Instruir a sus Discípulos. Los Discípulos de Jesucristo*» (París, 1694).

* En el «*Diccionario Universal*», del Abate Antoine Furetière, la palabra DISCÍPULO queda definida como: «*Escolar, el que aprende algo de su maestro; aquel a quien se inicia en las ciencias. Pero se dice sólo de las ciencias y de las artes liberales. Al referirse a las ciencias mecánicas, se lo llama 'aprendiz'. En términos de la Escritura se llama DISCÍPULO DE JESUCRISTO a los Apóstoles y a otras personas, en número de 72, que estaban afeccionadas y unidas particularmente a El y a su predicación*». («Las palabras francesas, antiguas y modernas. Los términos de la ciencias y de las artes», 1701).

* El mismo estilo de definición y de descripción aparece en el «*Diccionario Universal Francés y Latín*», París 1721 y en el «*Gran Vocabulario Francés*», París 1769.

2. COMO SE SITUA LA SALLE

Sabemos que La Salle estuvo abierto, atento y sensible a los elementos nuevos que marcaban su sociedad, particularmente en el campo de la educación y de la cultura popular. No es de extrañar, entonces, que se fijara en los datos novedosos aportados por los Diccionarios de la época: «*las ciencias; la mecánica; el aprendiz*». Podemos encontrar cierto eco en los escritos pedagógicos lasallistas que buscaban situar a los

Hermanos en la cultura emergente y que afectaba de modo muy especial a los 'hijos de los artesanos y de los pobres'. La «Escuela Lasallista», diríamos hoy, ya estaba atenta y abierta a la preocupación por la vida, a la preparación para el trabajo, para ejercer un empleo. Pero también encontramos la resonancia cristiana que una sociedad como la de los siglos XVII y XVIII no podía menos que subrayar: «*En términos de Escritura. Discípulos de Jesucristo*».

De hecho, los 232 usos que La Salle hace de la palabra DISCÍPULOS se sitúan en el marco de una relación educativa bien definida la cual, a su vez, es entendida como acto de fe. El Hermano es un hombre de fe, un seguidor de Jesucristo, un 'MINISTRO DE DIOS, DE JESUCRISTO Y DE SU IGLESIA'. El Hermano acoge y acompaña a un joven cristiano que se siente llamado a crecer en la conciencia de ser hijo de Dios. La Escuela Lasallista se identifica a sí misma como 'Escuela Cristiana' y por esa razón nace y se desarrolla con la finalidad de ayudar a vivir el «*Espíritu del Cristianismo*».

3. ARRAIGO BIBLICO

De las 232 veces que La Salle utiliza la palabra DISCÍPULOS, 173 hacen referencia directa ya sea a la experiencia vivida por Jesucristo con sus propios DISCÍPULOS, ya sea a la experiencia vivida por los Apóstoles y por la Iglesia primitiva. 59 veces La Salle sitúa la palabra DISCÍPULOS en el corazón de la experiencia ministerial del Hermano: «*vuestros DISCIPULOS*». Es interesante e importante observar cómo de estas 59 veces, 26 quedan situadas en las MTR, que constituyen las 'meditaciones' sobre el MINISTERIO del Hermano. Y el 'ministerio' de la educación cristiana significa el compromiso concreto del Hermano por formar 'DISCÍPULOS DE JESUS'. Al situarnos de esta manera frente a la palabra DISCÍPULO, La Salle manifiesta el profundo arraigo bíblico del discipulado, de modo especial en el Evangelio, en los Hechos de los Apóstoles y en san Pablo. Es enriquecedor e ilustrador considerar los elementos que nos ofrecen los «Vocabularios Bíblicos» y los «Diccionarios de la Biblia» que podemos consultar hoy. (*Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, «*Diccionario de Teología Bíblica*», «*Vocabulario de Teología Bíblica*», «*Diccionario del Nuevo Testamento*»). En todas estas publicaciones hay elementos comunes que 'definen' el ser DISCIPULOS y el vivir como tales. Son los siguientes:

* Cuando se habla del DISCÍPULO en los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, nunca se hace referencia a un 'alumno' instruido por su maestro. Siempre se recalca, más bien, la relación estrecha y definitiva que una persona tiene con JESUS.

* Existen algunos rasgos característicos que definen, justamente, a los DISCÍPULOS DE JESUS, rasgos que no aparecen en los DISCÍPULOS de las Escuelas Rabínicas:

a) Es Jesús quien elige y llama a sus DISCÍPULOS (Mc 1,17; Jn 1,35...). En la tradición rabínica, el DISCÍPULO elige a su propio maestro.

b) El DISCÍPULO se encariña y se apega a Jesús ya que la autoridad que emana de El lleva al DISCÍPULO a conformar su vida interior y con una clara y definida obediencia exterior (Mt 10,24; Jn 6,60-71). Los DISCÍPULOS de los Rabinos van en pos de la ciencia de sus maestros.

c) El DISCÍPULO de Jesús se compromete en dar testimonio de su Maestro a lo largo de toda su vida (Mt 10,37-39; Jn 15,18-25). Los DISCÍPULOS de los Rabinos asumen un compromiso pasajero.

Al expresarse así los textos del Nuevo Testamento se refieren, en un primer momento, a los seguidores de Jesús, sus contemporáneos, hombres y mujeres, grupos pequeños o grupos más numerosos. La Iglesia Primitiva aplica el Término DISCÍPULO a todo cristiano, hombre o mujer de fe, que forma parte de la comunidad de los que siguen a Jesús (Hch 6.1, 2, 7; 9.1, 10; 11.26 ...).

Como ya lo hemos dicho, al utilizar la palabra DISCÍPULO, La Salle se refiere siempre o bien a alguien que era, en su tiempo, DISCÍPULO DE JESUS, o bien a alguien que ahora es DISCÍPULO DEL HERMANO, el cual es presentado, a su vez, como 'DISCÍPULO de Jesús'. Otro elemento clave en el pensamiento y en el vocabulario de La Salle es el paralelismo que establece entre ser «*VERDADERO DISCÍPULO DE JESUS*» y ser «*VERDADERO CRISTIANO*». Estas dos expresiones son, efectivamente, equivalentes para La Salle.

En el Prefacio de «*Los Deberes del Cristiano*» La Salle hace esta afirmación: «*Cristiano significa DISCÍPULO E IMITADOR de Jesucristo*» (Da, IV). Y al explicarla a los Hermanos agrega: «*Pero no todos los que hacen profesión de ser Cristianos son VERDADEROS DISCÍPULOS DE JESUCRISTO*». En su lógica inflexible, La Salle señala las 'condiciones' para ser VERDADERO DISCÍPULO lo que equivale a ser VERDADERO CRISTIANO de Jesucristo:

* «*Estar animados por el Amor de Dios*».

* «*Estar animados por el Espíritu del Nuestro Señor Jesucristo*».

* «*Llevar una vida conforme a la suya y a sus máximas, presentes en el Evangelio y en todo el Nuevo Testamento*» (Da, V).

De esta manera La Salle se sitúa en la línea evangélica de la 'religión interior', allí donde el verdadero adorador descubre al Padre, lo adora y lo ama. Era muy importante, para La Salle, entrar en esta perspectiva. La Iglesia vivía tensiones internas y externas. Eran tiempos de «luchas religiosas» entre diversos grupos de cristianos (heréticos, cismáticos). La Salle va a lo esencial y ayuda a los Hermanos a considerar y a valorar a los cristianos más por su *interioridad* que por las *prácticas o manifestaciones exteriores* de su religiosidad. Y aplica a estos «*VERDADEROS CRISTIANOS*» las mismas expresiones que escribe para los Hermanos (probablemente en la misma época) en el importante capítulo dos de la Regla: «*obran movidos por el Espíritu de Dios y con total intención de agradecerle*» (Da, IX).

4. ORIENTADA HACIA EL HERMANO

Hay, pues, una intencionalidad clara en el uso que hace La Salle de la palabra DISCÍPULOS. Es lo que vamos a tratar de mostrar en estas páginas. Buscamos, así, hacer más patente la voluntad de La Salle con respecto a la VOCACION DEL HERMANO, persona totalmente consagrada a Jesucristo, y al MINISTERIO DE LA EDUCACION CRISTIANA, ejercido por Hermanos y por cristianos seculares. Las investigaciones de las últimas décadas nos permiten asociar, en el vocabulario lasallista, a Hermanos y educadores cristianos seculares. Es cierto que Juan Bautista de La Salle escribió sus tratados pedagógicos y espirituales para los Hermanos. Con todo, las experiencias repetidas en torno al «Seminario para Maestros de Campo» y la primera edición (1730) de las «Meditaciones para el tiempo del Retiro», '*para uso de las personas que se consagran a la educación de la juventud...*', arrojan mucha luz sobre la experiencia que se vive actualmente en las Escuelas Lasallistas, donde Hermanos y Educadores seculares no se contentan con COMPARTIR únicamente el 'trabajo' o el 'empleo' sino que llegan a COMPARTIR LA MISION y la ESPIRITUALIDAD LASALLISTAS. Pero para ser fieles al vocabulario utilizado por La Salle, nos referiremos, aquí, al HERMANO como 'DISCÍPULO' y 'FORMADOR DE DISCÍPULOS DE JESUCRISTO'.

5. EL HERMANO COMO «DISCIPULO Y FORMADOR DE DISCIPULOS»

5.1. La enseñanza de La Salle se inspira en el Evangelio

Una lectura atenta de sus escritos pedagógicos y espirituales muestra la preocupación de La Salle por presentar una doble imagen modélica:

* JESUS llama a sus DISCÍPULOS y los invita a seguirlo para hacer de ellos «SUS VERDADEROS DISCIPULOS».

* El HERMANO trabaja en la Escuela para hacer que sus alumnos lleguen a ser ‘verdaderos cristianos’ lo que equivale a «VERDADEROS DISCÍPULOS DE JESUCRISTO».

5.1.1. Juan Bautista tiene sus propios DISCÍPULOS, pero a medida que entra en el entendimiento de la vida y de la experiencia de Jesús, envía a El sus propios DISCÍPULOS (MD 2,1; Dc 245B; MF 78,1; MF 103,1; MF 173,1).

5.1.2. Jesús inaugura su misión llamando a sus DISCÍPULOS para que lo sigan y hace de ellos SUS VERDADEROS DISCÍPULOS. La Salle muestra, efectivamente, cómo SER DISCÍPULO DE JESUS equivale a «seguir a Jesús» (Da 31W Dc 229D; MD 39,1; MR 195,3).

5.1.3. Jesús llama a cada uno de sus DISCÍPULOS por su nombre y los invita, personalmente, a seguirlo: Simón Pedro (Da 49B; 49C; 49D; MF 107,1); Andrés (Dc 245B+C; MF 78,1.2); Santiago y Juan (MF 145,1; Dc 234C; Dc 250C; Dc 251B; Dc 253B; MF 124,1; MF 88,1.3); Mateo (MF 167,1); Felipe (MF 119,3); Judas (Db 44C; GA 329B); Simón el Celota y Judas (MF 182,1); Tomás (MF 84,1); José de Arimatea (Da 57B) y Nicodemo (Dc 168A), ambos DISCÍPULOS en secreto.

5.1.4. Jesús establece su misión gracias a una COMUNIDAD DE DISCÍPULOS. La Salle recoge ampliamente este aspecto señalado con insistencia por el Evangelio de Marcos (Da 32C; Dc 13B; Da 32B; Dc 263C; Da 35B; Da 35C; Da 36A; Da 36D; Da 42D; Dc 161C; Da 43A; Da 44A; Da 46C; Dc 163A; Dc 163C; Da 48A; Da 48B; Dc 173D; Da 63A; Dc 178A; MD 8,1; MR 202,1; MF 132,2; MF 88,2).

5.1.5. Jesús confirma su COMUNIDAD DE DISCÍPULOS con el don del Espíritu Santo, quien suscita permanentemente en la Iglesia nuevas COMUNIDADES DE DISCÍPULOS (Dc 267C + D; Da 282C; Da 61A; Db 52A; MD 42,3; MF 107,1; MF 87,1).

5.1.6. Jesús Resucitado confirma a la COMUNIDAD DE DISCÍPULOS con sus numerosas apariciones. En ellas tiene un claro estilo formativo: momentos de consuelo y momentos de enseñanza (Da 59C; Dc 92E; 93A + B; 174D; MD 31,1; MD 43,3; Da 59D; Db 50C; Dc 174C; Db 49C; Db SOA; Dc 173D; Dc 62C).

5.1.7. La experiencia de los dos DISCÍPULOS DE EMAUS tiene rasgos de experiencia modélica, para La Salle (Dc 92D; Da 260C; M D 30,1.2.3).

5.1.8. La «COMUNIDAD DE DISCIPULOS» de Jesús suscita «nuevos DISCIPULOS» (Dc 233D; MF 116,1; Dc 234A; MF 178,1.2; Dc 241A; Dc 240C; MF 99,1; Dc 240D; Dc 244B; MF 134 1,3; RB 219C; MD 69,1; MR 204,2; MR 206,3).

5.1.9. También los Sucesores de los Apóstoles suscitan «Comunidades de DISCIPULOS»: san Ignacio de Antioquía (MF 102,1.3); San Yon y san Dionisio (MF 168, 1).

5.2. A ejemplo de los Apóstoles, el Hermano está llamado a vivir en comunidad de Discípulos con sus propios Hermanos

5.2.1. En primer lugar, porque el Hermano está llamado a ser «VERDADERO DISCÍPULO DE JESUCRISTO» (MD 10,1; MF 144,2; MF 159,3; MF 87,1; MR 195,2; MF 79,2; MF 136,2; MF 128,1; MD 44,1).

5.2.2. En segundo lugar, porque el Hermano está llamado a hacer de sus alumnos «VERDADEROS

DISCÍPULOS DE JESUCRISTO». En esto consiste, para La Salle, el ministerio del Hermano en el seno de la Iglesia.

* Desde el comienzo de su '*Catecismo*' hace el siguiente planteo: «¿Basta con estar bautizado para ser un VERDADERO DISCÍPULO DE JESUCRISTO?» (Db 2B; Db 7A; + B; GA 307E; 308A).

* En las '*Meditaciones*' La Salle recuerda permanentemente esta exigencia inherente al *ministerio* del Hermano: «HACER QUE LOS ALUMNOS LLEGUEN A SER VERDADEROS DISCÍPULOS DE JESUCRISTO» (MF 102,2; MF 116,2; MF 162,2).

* Para ello La Salle explica al Hermano cómo tiene que comportarse en cuanto «*cooperador de Jesucristo*» en la salvación de los niños: (MR 195,2; M R 196,1.2; M R 208,1.3).

* El le muestra el camino: realizar el trabajo educativo con *celo ardiente* que transforma, así, el empleo en verdadero MINISTERIO (MR 201,1.2) MF 100,2; MF 187,3; MF 153,2; MF 91,3)

5.3. Medios señalados por La Salle para que el Hermano trabaje eficazmente en la formación de sus alumnos como «verdaderos discípulos de Jesucristo»

Una lectura atenta de las '*Meditaciones*' nos revela la atención prestada por La Salle a aquellos medios más adaptados al ministerio de la educación cristiana en ambiente escolar.

Encontramos estos cinco medios privilegiados:

5.3.1. INSTRUIR a los alumnos en el Misterio Cristiano. A ello debe prestar el Hermano gran atención ya que se trata de su «principal obligación». En la tradición lasallista esto significa: el *catecismo* todos los días y durante todo el tiempo prescripto; la *reflexión* matinal de cada día; las *máximas del Evangelio* presentes de diferentes maneras en la vida de la escuela; la *iniciación a la oración* y a los *sacramentos* (MF 100,2; M R 198,1; MR 206,1; MF 153,3; MF 92,3; MR 194,3; MR 196,3; MR 198,3; MR 207,2; MD 69,1; MF 135,2; MR 200,3).

5.3.2. Ayudar a vivir EXPERIENCIAS DE FE. Para La Salle la 'instrucción religiosa' no es, de ninguna manera, una presentación teórica y exterior del 'dogma cristiano'. Toda 'palabra de fe' es situada, por La Salle, en un 'contexto de fe' lo que lleva a vivir una 'experiencia de fe'. La Salle resume esto en la palabra PIEDAD: 'inspirarles la piedad' o 'crecer en la piedad' (MD 61,3; MF 114,2; MF 115,1; MF 126,3; MF 160,1; MR 200,3; MR 208,1).

5.3.3. En este contexto de 'experiencia de fe' sitúa La Salle la REPRESION y la CORRECCION. La Salle es un educador realista y está al corriente de lo que vive la sociedad de su tiempo. Sabe, por consiguiente, que los alumnos no siem-pre son conscientes ni de lo que viven ellos mismos ni de lo que viven sus propias familias. Sabe también que los alumnos se dejan llevar por la inclinación al mal, por las malas costumbres y los malos ejemplos (MR 198,2; M R 203,1.3; M R 204,1.2.3).

5.3.4. Por eso mismo La Salle insiste para que el Hermano ACOMPAÑE SIEMPRE LA PALÁBRA CON EL EJEMPLO. En el contexto de la sociedad y de la Iglesia de su época, sociedad e Iglesia tironeadas permanentemente entre cierto laxismo y cierto rigorismo, La Salle sabe que el alumno tiene que 'ver' en el Hermano un DISCÍPULO DE JESUCRISTO vivo, cercano, familiar e inspirador; tiene que constatar la actualidad y la fuerza de la Palabra que se le anuncia (MD 69,1; MF 135,2). La Salle llega, incluso, a hablar de la «*santidad poco común*» (MD 39,2) que el Hermano adquiere y vive en el ejercicio de su ministerio educativo.

5.3.5. La Salle también sabe, y lo sabe por experiencia, que la ‘clave’ de toda educación y en particular de la educación cristiana, es la calidad de la RELACION EDUCATIVA. Creemos que uno de los mejores textos, a este respecto, es el de la Meditación 33: se trata de la lectura que hace La Salle del ‘*Evangelio del Buen Pastor*’ desde y para el ministerio del Hermano en la escuela cristiana.

Pero hay otras expresiones usadas por La Salle que recalcan la importancia de la calidad de la relación educativa:

- * La expresión «*mover los corazones*» (MD 43,3; MD 67,1; MF 139,3; MR 202,3) expresa, en lenguaje lasallista, toda la fuerza de la *relación educativa* que el Hermano sabe vivir en la Escuela, en todo momento, «*desde la mañana hasta la noche*». Este «*mover los corazones*» va acompañado de gestos significativos, concretos y cercanos.
- * Tener mucha *paciencia* para con los alumnos (L 54.10; L 156.3; MD 76,2).
- * Manifiestarles *afecto y ternura* (RC 14.13; 14.14). «*Debéis sentir también por ellos ternura de madre*» (MF 101,3). La Salle utiliza un lenguaje similar al hablar de la relación del Hermano con las madres de los alumnos (RC 45.1 I).

6. «CRISTIANOS VERDADEROS»

Esta expresión nos parece ser el punto de llegada de la doctrina de La Salle sobre el DISCIPULADO. De hecho, La Salle asocia en sus escritos la expresión «*cristianos verdaderos*» a:

- * «*La finalidad del empleo*» que ejerce el Hermano (MF 150,2);
- * el anunciar, todos los días, «*las verdades de la fe y las máximas del Evangelio*» (MF 160,3);
- * el «*mover el corazón*» de los alumnos (MF 86,3).

Esta manera de proceder conduce, efectivamente, a vivir como «CRISTIANOS VERDADEROS».

«*Vuestro empleo no pretende hacer cristianos a vuestros DISCÍPULOS, pero sí hacerlos CRISTIANOS VERDADEROS; y esto es tanto más útil, cuando de poco les serviría haber sido bautizados, si no viviesen conforme al espíritu del cristianismo; mas, para comunicarlo a otros, es menester tenerlo en abundancia uno mismo. Ved a lo que vuestro empleo os obliga: sin duda, a practicar el Sagrado Evangelio. Leedlo, por tanto, frecuentemente, con atención y gusto; sea él objeto de vuestro principal estudio; pero, sobre todo, con el fin de practicarlo*» (MF 171.3).

7. COMO EL «DISCIPULO AMADO»

En la Meditación 88 La Salle presenta el ‘*modelo de discípulo de Jesús*’ en la persona de san Juan, el DISCÍPULO AMADO. Siguiendo la enseñanza de los Padres, La Salle subraya tres aspectos de la vida de san Juan en cuanto DISCÍPULO AMADO de Jesús y los aplica a la vida y al ministerio del Hermano:

- * ‘*Jesús le permite reclinarse sobre su pecho*’. «*En vuestro estado necesitáis que os honre Jesús con su amistad; amad, pues, con singular cariño esta virtud favorita de Jesucristo, a fin que el divino salvador os ame con ternura, y se complazca en permanecer con vosotros, pues El halla sus delicias en vivir con los hombres puros*».
- * ‘*Jesús le revela los más altos misterios de su divinidad y de su humanidad*’. «*Aplicaos, también, mucho a la oración en la que os descubrirá Jesús secretos ocultos a la mayoría de los hombres*».
- * ‘*Jesús le confía a su Madre y lo hace hijo adoptivo de la Virgen María*’. «*Si tenemos amor a Jesús y somos amados de El, es imposible que no seamos muy queridos de la Santísima Virgen. Pues, como se da relación estrechísima entre Jesús y su Santísima Madre, todos cuantos aman a Jesús y son singularmente*

amados por El, honran mucho a María y son también muy queridos de la santa Madre de Dios».

8. «AFICIONADOS UNICAMENTE A JESUS Y TRABAJANDO SOLO POR EL»

Esta es la finalidad del empleo del Hermano el cual se transforma en verdadero MINISTERIO.

Así creemos que La Salle presenta la meta de todo el proceso de DISCIPULADO en la escuela:

«Si amáis de veras a Jesucristo, os dedicaréis también vosotros con todo el empeño posible, a imprimir su santo amor en los corazones de los niños que educáis para ser sus DISCÍPULOS. Procurad, pues, que piensen con frecuencia en Jesús, su bueno y único Dueño; que hablen a menudo con Jesús; que no aspiren sino a Jesús, ni respiren sino por Jesús» (M F 102,2).

9. COMO FAMILIA ESPIRITUAL LASALLISTA

Concluimos estas reflexiones abriéndonos al *hecho* de la Familia Lasallista como familia espiritual. Lo que acabamos de decir sobre el Hermano y para el Hermano, lo podemos decir de todos los lasallistas y lo tenemos que aplicar a todo educador cristiano que se refiere a san Juan Bautista de La Salle como a su MAESTRO y a su PADRE espiritual.

Lo expresa con claridad y firmeza la Regla: *«El Espíritu de Dios ha confiado a la Iglesia, en la persona de san Juan Bautista de La Salle, un carisma que todavía hoy anima a los Hermanos y a numerosos educadores» (20)... «que aspiran a convertir su profesión en ministerio evangélico» (17).*

La «CARTA A LA FAMILIA LASALLISTA» se sitúa en esta óptica al hacer la `lectura' de la experiencia vivida por san Juan Bautista de La Salle y al aplicarla a los lasallistas de hoy, Hermanos, Hermanas y Seglares.

«Estaba (La Salle), igualmente, muy lejos de imaginar que miles de seglares, hombres y

mujeres, jóvenes y adultos, iban a vivir su compromiso cristiano bajo su inspiración y con la fuerza de su ejemplo y su palabra.

Juan Bautista de La Salle y sus primeros DISCÍPULOS estuvieron marcados por los problemas de la sociedad de su tiempo. Tocados en sus conciencias de hombres por las necesidades educativas la época, quisieron responder a ellas con las Escuelas. Como DISCÍPULOS DE JESUCRISTO, han hecho de ellas lugares e instrumentos para vivir el «espíritu del cristianismo».

De La Salle sigue atrayendo.

Algo muy importante está por acontecer hoy en el 'mundo lasallista'. - desde hace algunos años se mira a La Salle con más interés y devoción... Comprobamos cómo el ideal espiritual, el enfoque y el estilo pedagógicos del Santo de La Salle son vividos hoy en día por numerosos educadores, cristianos como él, y como él también abiertos al Espíritu, preocupados por los valores espirituales, en especial el de la dignidad de la persona, y comprometidos con su promoción» (páginas 8 y 9).

Es necesario, pues, leer los textos de La Salle sobre el DISCIPULADO en 'claves nuevas' que pongan en evidencia la capacidad de san Juan Bautista de La Salle para suscitar DISCÍPULOS dentro y fuera del Instituto que él fundó:

- * la 'clave' de los EDUCADORES LASALLISTAS SEGLARES, hombres y mujeres que creen en Jesucristo e intentan ser sus DISCÍPULOS en el mundo de la educación, especialmente escolar;
- * la 'clave' de los EDUCADORES LASALLISTAS SEGLARES que, perteneciendo a otros 'grupos religiosos', se refieren a san Juan Bautista de La Salle como a un «Hombre Espiritual», y se inspiran en él.

De esta manera las escuelas lasallistas seguirán siendo lugares privilegiados para la formación y el crecimiento de DISCÍPULOS.

«Reconocemos, con gozo, cómo las comunidades educativas lasallistas han facilitado en casi todas partes la integración y la unidad de los grupos religiosos y culturales distintos, en la comprensión, el respeto, la tolerancia y el apoyo mutuo». (Carta a la Familia Lasallista, pág. 10).

Temas complementarios:

Temas complementarios:

Urbanidad y Cortesía; Bondad/Ternura; Catecismo; Cristiano; Corazón/Mover los corazones; Mandamientos; Conversión; Deberes del Cristiano; Mansedumbre; Niño/Escolar; Educar; Espíritu del Cristianismo; Ejemplo; Maestro Cristiano; Vigilancia.

H. Genaro SÁENZ DE UGARTE y Odilon CASSIDY

22. EDUCACION-CRIAR



Sumario:

1. Educación. 1.1. Empleo en el siglo XVII. 1.2. Educación en los textos lasalianos. 1.2.1. Lista. 1.2.2. Educación cristiana. 1.2.3. Educación e instrucción. 1.2.4. La educación (sin otra precisión). 1.2.5. Educación (en un contexto negativo). 1.2.6. La educación de Jesucristo. - **2.** Elevé (educado: empleado como adjetivo). - **3.** Educar (verbo). 3.1. Su empleo en el siglo XVII. 3.2. Educar en los textos lasalianos. 3.2.1. Enumeración. 3.2.2. Educar en el temor de Dios. 3.2.3. Educar cristianamente. 3.2.4. Educar y Evangelio. 3.2.5. Educar y salvación. 3.2.6. Educar y piedad. 3.2.7. Educar e instruir. 3.2.8. Educar, guiar, tener la dirección, tomar cuidado. 3.2.9. Educar. Pobres. Ternura.

1. EDUCACION

1.1. Empleo en el siglo XVII

La palabra educación se halla 37 veces en los textos lasalianos. Nunca se tropieza al vocablo «Eduquer» ni «Éducateur» educar y educador con tal grafía. Tales vocablos no estaban en uso en el siglo XVII-XVIII. El diccionario de TREVoux (1771), no señala la palabra «educar», ni Richelet (1721), ni el gran Vocabulario François (1769). El Dictionnaire de TREVoux (1771) critica el uso de la palabra «EDUQUER», educar: dar educación, criar.

Palabra nueva que se quiso lanzar a la moda: es un verdadero barbarismo entre los vocablos que figurarían muy bien en el Dictionnaire Neológico de los petimetres y de las Preciosas Ridículas.

Educación:

RICHELET 1709. Es la manera cómo se cría e instruye a un niño. «Dar una buena crianza a sus hijos».

Gran Vocabulario Francés: (Grand Vocabulaire François) 1769. Es el cuidado que se toma por la instrucción de los niños ya en cuanto se refiere a los ejercicios del espíritu, ya en cuanto toca a los del cuerpo y particularmente cuanto concierne a las costumbres.

TREVoux 1721. Es el cuidado que se toma para criar y alimentar a los niños. Se dice ordinariamente del cuidado que se toma de instruir a los niños ora en todo lo que afecta a los ejercicios del cuerpo, ora en cuanto concierne a los ejercicios de la mente y principalmente las costumbres: cuanto tiende a iluminar,

adornar y ordenar el espíritu.

Así que según el conjunto de estas definiciones podemos detectar que «educación» en el siglo XVII se refiere a la manera de criar, de instruir a un niño; es el esmero que se toma de su instrucción. Eso atañe a los ejercicios del espíritu, de la mente: ilustrar, adornar, ordenar la mente; los ejercicios del cuerpo, las costumbres.

La educación se consagra a la formación de la personalidad, de la conducta y de las buenas costumbres. Por lo tanto establece relaciones entre la persona y el mundo que le rodea. Esta educación se ha de ubicar en un mundo dado: las costumbres dependen de los lugares, de los tiempos, de la condición social.

1.2. Educación en los textos lasalianos

1.2.1. *Relación ponderada*

Los deberes de un cristiano I	2
Instrucciones y Oraciones	1
Cartas	1
Meditaciones para los Domingos y Fiestas	15
Meditaciones para el tiempo de retiro	5
Colección de diferentes trataditos	1
Reglas de Urbanidad	9
Reglas comunes - texto de 1718	4
TOTAL	38

Observamos el número mínimo de empleo de tal vocablo por La Salle así como su concentración en las *Meditaciones*, principalmente en las meditaciones para los Domingos y las Fiestas.

1.2.2. *Educación cristiana*

La palabra EDUCACION está asociada frecuentemente al adjetivo CRISTIANA (o a otra expresión de significado muy vecino). Educar, adornar la mente, ordenarla, instruir, los ejercicios del cuerpo y del espíritu, las costumbres... todo esto quedará pues estampillado por ese calificativo de «cristiana», servirá a edificar al cristiano en el niño.

«Proporcionar una educación cristiana a sus hijos», es un deber esencial para los padres, en el matrimonio (Da 385). Tienen una gracia particular para ello. Mas las circunstancias y las dificultades de la vida pueden impedirlo: «Los artesanos y los pobres... no pueden darles por sí mismos las instrucciones que les son necesarias y una educación honrada y cristiana» (RC 1,4). Dar una educación cristiana era, en tiempos del Fundador, una preocupación de los administradores municipales que sustituían así a los padres. Expresan su necesidad y sus deseos: «La solicitud y el ardor que Vdes. manifiestan por la educación y la instrucción cristiana de sus hijos», escribe Juan Bautista de La Salle como respuesta a la solicitud de los administradores de la villa de Château-Porcien (L 111,2). El fin de vuestro instituto, la finalidad de vuestro estado, vuestra vocación, vuestro ministerio, «es trabajar continuamente en la educación de los niños» (MF 150,2. Santo Domingo) (RC 1,3).

El medio concreto de esta educación cristiana, en su contexto del siglo XVII, es la escuela: «Se tienen las escuelas» (RC 1,3). El método está caracterizado: los niños están bajo la custodia de los maestros, desde la mañana a la noche (RC 1,3).

Esta obra es querida por Dios: «Dios os ha llamado a educar cristianamente a los niños» (MF 177,1. Sta.

Teresa).

Lo que requiere al hombre por entero, e incluso el don de su vida: «Es deber vuestro juntar, en vuestro estado, a la vida de retiro y mortificación, el celo por la salvación del prójimo» (MF 150,2). «Pues el celo ardiente de salvar las almas de los que tenéis que instruir, es lo que ha debido moveros a sacrificaros, y a consumir toda vuestra vida para darles educación cristiana, y procurarles la vida de la gracia en este mundo, y la vida eterna en el otro» (MR 201,3).

es dar cristiana educación a los *niños*;

y darles así la *educación que les conviene*

y con este objeto *las escuelas*,

inspirándoles las máximas cristianas

para que, estando los *niños* por la mañana y tarde *bajo la dirección de los maestros*

instruyéndolos en los misterios de nuestra santa Religión

estado, a la vida de retiro y mortificación, el celo por la salvación del prójimo» (MF 150,2). «Pues el celo ardiente de salvar las almas de los que tenéis que instruir, es lo que ha debido moveros a sacrificaros, y a consumir toda

A la educación cristiana están asociados el celo del Hermano y la salvación para los niños. La oración del Hermano por lo demás está orientada por la preocupación del éxito de esta educación cristiana: «Solicitar su espíritu y su asistencia para la educación cristiana de los niños» (RC 27,22), y esto, cada día.

Es una educación contrastada por el Evangelio. Tanto para el Hermano, como para los discípulos. Vivir el Evangelio, es vivir la salvación de Dios, manifiesta en Jesucristo. De ahí, pues, en esta educación cristiana, el conocimiento de la persona de Jesucristo y el cariño hacia él...

Esta educación cuyo objetivo es dar a los niños costumbres cristianas, recogiendo definiciones precedentes, proporciona la inocencia de los niños (MF 110,3. San José). Ella contribuye al bien. Enseña a vivir bien, instruye en los misterios de la religión, inspira máximas cristianas (RC 2,3).

La educación cristiana, aprendizaje de la vida cristiana, no se puede dissociar de la persona que la imparte. No es primeramente una ciencia que se enseña, sino una vida que se lleva, una experiencia de la vida que ha de hacerse. La Salle habla, por lo demás con mayor frecuencia de «discípulos» que de «alumnos».

San José es el modelo de lo que el Hermano está llamado a ser para los niños cuya responsabilidad tiene: «Ya que estáis encargados de esos niños por orden de Dios, como san José lo estaba del Salvador del mundo» (MF 110,3. San José). No hay educación cristiana sin un modelo que le permita al niño identificarle así como de identificarse con él.

RC 1,4 hace una llamada a una «educación honrada y cristiana», ya que es el fin del Instituto. Con RC 1,3 la frase claramente está centrada sobre el papel del maestro.

EL FIN DE ESTE INSTITUTO

ESOS MAESTROS PUEDAN ENSEÑARLES A VIVIR BIEN

Dar educación cristiana a los niños, es la educación que les conviene. El medio: las Escuelas donde se les inspiran las máximas cristianas, donde al estar bajo la guía de los maestros desde la mañana a la tarde, donde son instruidos de los misterios de nuestra santa Religión. Los maestros, al enseñarlos a vivir bien, cumplen con todo esto. Y con esta misma actuación, realizan la finalidad de su Instituto. Eso comprende la

totalidad de la vida del niño; el maestro está investido de una misión salvífica para con ellos; porque son las perso-nas y sus relaciones recíprocas las que son esenciales en la educación cristiana, y precisamente eso, es lo que enseña «a vivir bien».

1.2.3. *Educación e instrucción*

Educación e instrucción están asociadas (instrucción o instruir) a veces tras el adjetivo «cristiana» como añadido (cf. precedente) en 12 veces iteradas en los textos lasalianos.

La educación de los niños es: «alimentarlos, educarlos, instruirlos en las ciencias y en la piedad» (MF 111,3. San Benito). Claramente indica el contexto que las ciencias que aquí se tratan, son las ciencias sagradas y las que las encaminan al darles entrada.

El tío de san Germán (M F 131,1) al cuidar de su instrucción le «formó en las ciencias y en las prácticas de una sólida virtud». Esta educación «hizo que él alcanzara gran santidad».

Según la definición inicial, la educación encierra la formación del espíritu y el aprendizaje de las costumbres cristianas. Más cierto número de conocimientos relativos a las cosas de Dios, parecen indispensables para lograr este resultado. Las «ciencias cristianas» se engloban en «la educación cristiana» (MF 168,2. San Yon). Lo que se puede llamar «el catecismo».

Sucede que La Salle asocia, sin mayor precisión, educación e instrucción para los pobres. Son los «hijos de Dios mismo»; «Tened con ellos mayor atención de su educación y de su instrucción que no tendríais con los hijos de un rey» (MF 133,2. Santa Margarita de Escocia). «La instrucción y la educación de los niños son el fin del Instituto» (R 64), porque sus padres «no pueden proporcionarles ellos mismos las instrucciones que les son necesarias y una educación honrada y cristiana» (RC 1,4). Al asociar «instrucción y educación cristiana de sus hijos» La Salle interpreta la solicitud de los responsables de la ciudad de ChâteauPorcien (L 111,2).

«La instrucción y la educación de la juventud» son los medios para establecer la Religión cristiana, es una apuesta y un manantial de conflictos entre las autoridades civiles (el Emperador) y los responsables cristianos (san Casiano. M F 155,1).

«Instrucción y educación cristiana». Promocionan a los «verdaderos hijos de Dios», a los ciudadanos del cielo, es el fundamento de la piedad, de los bienes que se originan en la Iglesia (MR 199,3). Ambas procuran, «en este mundo la vida de la gracia y en la otra la vida eterna» (MR 201,3).

En RC 1,3, la educación cristiana se manifiesta tal vez más como la manera de vivir, el modo, para el niño, de experimentar la vida cristiana en la Escuela, durante todo el día, con el mismo Maestro; mientras que la «instrucción» se refería con mayor precisión a los «conocimientos religiosos» precisos: los misterios de nuestra santa Religión, las máximas cristianas. La instrucción está incluida en la educación cristiana, ya que, RC 1,3 concluye: « Y así facilitar la educación que les conviene».

1.2.4. *La educación (sin otra precisión)*

En 17 citas se evoca *educación* sin calificativo particular (fuera de su empleo como peyorativo vistos ya). 9 veces, se precisa que se habla de la educación de los niños y de la juventud. 8 veces el contexto permite entenderlo así.

Esta educación incumbe a los padres o a quienes les están asimilados: eventualmente a la autoridad seglar

(Da 119). Los padres lo están en conciencia y deben examinarse sobre este extremo cuando se presentan ante el confesor: «Los pecados que se derivan de la educación de un hijo» (I 137).

La salvación de los niños es el objetivo de esta educación. Nada menos que ayudarles a que lleguen a santos.

El título de MR 194 lo recuerda: «Sobre los medios que han de utilizar los encargados de educar a los niños, para procurarles la santificación» (y también MR 199,3 y 201,3).

La oración del Maestro, manifiesta en él una actitud fundamental. Efectivamente rogar a Dios por aquellos a quienes educamos es declarar que el verdadero Maestro de ellos es Dios. Lo demás, «métodos, el maestro en sí, llegan detrás». «Ella se aplicaba sobre todas las cosas, a la educación de sus hijos, considerándola como lo más agradable que pudiera hacer de cara a Dios. Por lo cual, también era el objeto primordial de sus oraciones» (MF 133,2). Además son los niños pobres quienes Dios prefiere. Hacerles vivir como hijos de Dios exige una inversión de toda la persona del maestro: «Considerad su educación como la principal de vuestras preocupaciones» (MF 186,1. San Marcelo).

Esta misión es un don de Dios: «Los elegidos por la Providencia para educar a los niños...» (MR 197. Título).

Varias veces insiste La Salle en subrayar la analogía entre el Hermano y los ángeles custodios: «se ejercen las funciones de ángeles custodios» (MR 197, 198. Título). El ángel custodio es el que está ahí siempre, que le acompaña, que está vigilante. Así, educar es vivir con, caminar con, estar ahí, como Hermano mayor de los niños que Dios confía: «Edificar al prójimo e inspirar piedad a quienes os ha sido confiada la educación» (MF 127,1. San Pedro Celestino).

Con asiduidad se ha señalado la piedad como elemento esencial en la educación: MF 110,3. San José. San Benito 127,1. 186,1. San Marcelo. Es ambivalente como contexto de esta educación y uno de sus resultados: la educación culmina en la piedad. Las *Reglas de la Cortesía* en su Prefacio II, recuerdan que toda la vida ha de ser abrazada por este movimiento: «Lo que los Padres y Madres deben... considerar en la educación de sus hijos... es que *todas* las acciones se ejecuten por motivos puramente cristianos y que encierren un carácter de virtud».

1.2.5. Educación con un contexto negativo

Ocho veces en las *Reglas de Urbanidad* y una vez en MF, «Educación» se asocia a un contexto negativo.

Sin educación, de educación vulgar (3 veces) o de muy baja educación, gozando de poca educación (dos veces), indignos para quien posee educación...

La Salle denuncia comportamientos que los niños han de rechazar si quieren alcanzar un puesto en la sociedad.

Parece aquí que la noción de educación esté marcada por un contexto sociológico, el del mundo que La Salle exhibe como ejemplo a los niños. Se pueden cualificar tales observaciones como conveniencias sociales, extrañas al mundo de los pobres. Pero y mejor se pueden contemplar esas proposiciones como llamadas, para los niños pobres a superar el mundo de su ambiente. Sin embargo, es igualmente cierto que la elección de este «otro» mundo, caracterizado por la burguesía en plan ascendente en la época, no es inocente. Pero también es la clase social dinámica de la época a la cual propone a los niños el integrarse...

En MF 168,2 San Yon, La Salle asocia «pobre» y «a menudo sin educación»... Lo que es de todos modos

extremadamente sorprendente de tener esta palabra de parte de La Salle. ¿Reflejará esto un prejuicio de clase que emerge en esta ocasión? El texto, ¿puede ser atribuido en autenticidad a La Salle?; esta asociación suscita la duda... ¿Cómo puede resultar coherente en efecto con la dignidad de los pobres que defiende La Salle, y con el amor preferencial de Dios por esos hijos de los pobres? Pero la amplitud de los escritos lasalianos permite igualmente este género de incoherencia...

1.2.6. *La educación de Jesucristo*

El modelo, san José que se ha empleado a la «educación y a la conservación de Jesucristo» (MF 110,1). Con antelación hemos señalado este cotejo: maestro, educador cristiano por excelencia, por lo tanto modelo de los maestros cristianos y Jesús modelo del niño cristiano.

Además, y frecuentemente La Salle presenta a los niños, y particularmente a los hijos de los pobres como las moradas donde Jesucristo habita, como las imágenes vivas de Jesucristo hoy: «Adoradle en ellos» dice en la meditación para la festividad de los Magos (MF 96,3).

Tanto para san José como para el Hermano, el quehacer de Dios es «conservar» al niño, guiarle a la edad adulta para «cuando hayan alcanzado mayoría verles vivir en justicia y piedad» (MR 207,3).

2. EDUCADO (empleado como adjetivo)-(ELEVE)

El significado de (élevé)-elevado: posición en altura, en su sentido propio o figurado, está excluido.

La palabra se halla por dos veces en la *Guía de las Escuelas* y cuatro en las *Reglas de Urbanidad*: siempre y en totalidad en su contexto peyorativo.

Volvemos a encontrarlo una vez más en las Meditaciones para las fiestas con ocasión de la festividad de los Reyes Magos, asociada a los «gentiles».

«Mal educados»: (CE y RB), son los niños que no tienen conducta recta, porque no hallan en su ambiente: familia, sociedad, frecuentaciones,... las líneas directrices sólidas para ello. Esos seis empleos negativos se localizan en las obras «pedagógicas» de La Salle oportunamente asociado a «educación vulgar» (RB 112, 196).

En MF 96,2, los Magos que son «Gentiles» educados en los errores del paganismo, acceden sin embargo a la verdadera fe y reconocen al Salvador en el niño del Pesebre. Haber sido «mal educado», o «educado en el error» no es pues un obstáculo para la salvación. Dios es quien da la gracia de la conversión. Al tener en cuenta los defectos de los niños, todo el trabajo del maestro es de hacer de esos «niños maleducados» seres que puedan acoger la salvación de Dios que viene a transformar su vida. Es capacitarles para la salvación de Dios.

3. ELEVER (verbo)-CRIAR

3.1. Empleo en el siglo XVII.

RICHELET. 1709. Alimentar y cuidar: «criar un pájaro, cuidar un caballo». «Esta mujer ha tenido varios hijos, sin poder criar ninguno».

También quiere decir «instruir», dar instrucción necesaria. «Ellos no instruyen a los niños a gusto de los padres y de las madres». «Nunca se vio una muchacha mejor instruida; Juventud tan dócil y tan culta».

LE GRAND VOCABULAIRE FRANÇOIS. 1769. Alimentar un niño hasta que alcance le edad de juicio. «Es una madre que cría, alimenta a todos sus hijos».

En sentido figurado: Instruir, dar educación.

TREVOUX 1721. Figuradamente: cultivar la mente; instruir a los jóvenes en las ciencias, en las artes y en las buenas costumbres.

«Este caballero se le ha capacitado para paje en casa real».

«Esta muchacha ha sido educada en Religión». «A este sacerdote se le ha educado en un seminario en espíritu clerical».

«El Príncipe ha sido educado o aleccionado y bien instruido».

«Todas las ciudades de Grecia educaban a sus hijos en Lacedemonia, para que allí asumieran las impresiones de la exacta virtud».

Asimismo significa: cultivar, alimentar, ya las plantas, ya los animales y cuidar de ellos.

«He aquí claveles que este jardinero ha cultivado desde la semilla».

«Se tiene suma dificultad en Europa en criar elefantes».

«Esta mujer no puede criar a sus hijos, se le mueren jóvenes».

ELEVER - tiene pues un sentido propio: alimentar, cuidar... y un sentido figurado: instruir, formar la mente, cultivar el espíritu, introducir en las ciencias y en las artes y en las buenas costumbres. Su significación aquí está cercana a la de «educación».

3.2. (Elever) Educar en los textos lasalianos

3.2.1. Enumeración

En los textos lasalianos (élever) educar-criar, se ha empleado cuarenta y cinco veces como verbo:

Les Devoirs d'un Chrétien I	10
Les Devoirs d'un Chrétien II	4
Le Grand Abrégé des Devoirs	1
Instructions et Prières	2
Méditations pour les Dimanches et Fêtes	16
Mémoire sur l'habit	1
Méditations pour le temps de la Retraite	4
Le petit Abrégé des Devoirs	1
Recueil de différents petits traités	3
Les Règles Communes	3
TOTAL	45

Salvo cuatro citas, «educar» está siempre asociado a conceptos o expresiones que encierran un

sentido moral o religioso. En los cuatro casos donde la asociación no es directa, el contexto es el que encierra la reflexión moral o religiosa o social.

En los Devoirs I y II, en el Grand y el Petit Abrégé des Devoirs que son obras catequísticas, «educar» se encuentra en relación al matrimonio y a los deberes de los padres hacia sus hijos. El Recueil calca a veces palabra tras palabra los textos de las Reglas comunes, «educar» se emplea en frases prácticamente idénticas.

3.2.2. *Educación en el temor de Dios*

Catorce veces «educar» está asociado al «temor de Dios» en los Devoirs I y II, el Grand y el Petit Abrégé des Devoirs, aquí sólo se halla en los artículos, las preguntas y las respuestas en relación al matrimonio, a las gentes casadas y sus obligaciones.

El temor de Dios no es el miedo de Dios, antes bien, es una actitud hecha de respeto, de espera, de deslumbramiento ante la dignidad de Dios.

«El tercer deber de los casados es el de educar a sus hijos en el temor de Dios» (Da 385).

Al temor de Dios puede asociarse el servicio de Dios con lo que se da a la expresión un sentido más dinámico como en Da 203: «El matrimonio sirve a procrear hijos y a educarlos en el temor y en el servicio de Dios». Se observará nuevamente que en los usos, cinco, sacados de los Da, educar a los hijos en el temor de Dios está asociado por igual a la procreación: engendrar hijos, tener legítimamente hijos, dar hijos al mundo, número demasiado grande o en demasía pequeño de los hijos si a Dios place el otorgárselos. Tener hijos es una misión de los padres frente al mundo, y es un don de Dios. «Es Dios quien se los da» (Da 385).

Criar hijos en el temor de Dios según Da 385 es: proporcionarles una educación cristiana, impartir buen ejemplo y aceptar el número de hijos que Dios envía.

En las obras catequísticas por preguntas y respuestas (Devoirs II, Grand y Petit Abrégé de los Devoirs), «Educar en el temor de Dios» está asociado al amor de Dios (Db 238, 241. GA 417. PA 462).

En Db 241, se localizan algunas precisiones sobre «educar en el temor de Dios»: «instruirlos, corregirlos, hacerles vivir como buenos cristianos». De ese modo, tal vez «educar en el temor de Dios, en el amor de Dios» es enseñar al niño a situarse exactamente delante de Dios. Al tomar plenamente conciencia de quien es Dios y quien es el hombre, al captar esta diferencia radical entre Dios y el hombre y simultáneamente, la inmensidad del amor de Dios que da existencia al hombre. Este amor que constituye la excelsitud de Dios mismo.

Educación: es pues a la par dar vida, dar existencia. El hijo experimentará los primeros elementos de la vida cristiana junto a sus padres.

IP 224 enlaza el temor de Dios con el papel de los padres cuando se da el examen de conciencia de la confesión: educar en el temor de Dios será, consecuentemente, hacer que recen, que estudien el catecismo, corregirles.

Para MF 155,1 San Casiano, educar en el santo temor de Dios está asociado a la piedad, a instruir, y también a enseñar la lectura y la escritura.

R 75 y RC 2,9, asocian en parecidos términos, instruir a los niños y educarles en el temor de Dios.

3.2.3. *Educar cristianamente, en el espíritu del cristianismo*

Educar cristianamente, en el espíritu del cristianismo, en un verdadero espíritu cristiano, en espíritu de religión, y en las prácticas del cristianismo... se hallan diecisiete veces en los escritos lasalianos.

Da 384 enlaza «alimentar» y «educar cristianamente a sus hijos». Nos tropezamos aquí con la definición de los diccionarios. Pero La Salle parece que distingue mucho alimentar de educar; reserva esta última expresión para la formación de las buenas costumbres, e incluso la instrucción. La palabra «religión», «educar en la religión», está en relación con «cristianamente», «cristiano», con la fe y sus prácticas, con el espíritu del cristianismo o espíritu cristiano. Con «religión», se trata pues de «buenas costumbres», de modos de vida.

Educar cristianamente, es, fundamentalmente, guiar hacia Dios (MD 57,3. MR 193,2. RC 30,1) haciendo de esos niños unos santos (MF 131, 1. San Germán). Para lo cual se ha de formar a Cristo en el corazón de esos niños, comunicarles el espíritu de Dios (MF 80,2. San Nicolás). El método: «anunciar el Evangelio», instruir, educar en el verdadero espíritu cristiano, según las reglas y las máximas del Evangelio (MR 193,2. 201,1. R 75. RC 2,10; 30,1). El parangón con el Evangelio; presentado como la guía para «educar» a los niños, da amplitud a esta labor de los padres, de los pastores, de los Hermanos y de los Maestros. Así ha sido otorgada la «sabiduría de Dios» (MR 194,2), opuesta al espíritu del mundo, a la sabiduría del mundo (I 224. MR 194,2).

Los niños aprenden su religión, entran en el conocimiento de Dios y de sus misterios (MR 193,2). Descubren a Dios a través de las diligencias de la vida cristiana; mucho más al vivir la experiencia de Dios que salva, en su vida, que al acumular conocimientos religiosos.

De donde y en este contexto, la importancia de la oración: amor para este ejercicio (MF 122,1. Santa Mónica), actitudes relativas al descubrimiento íntimo de Dios, modestia (MF 122,1), piedad (R 75; RC 2,10; MR 193,2). Todo lo cual pasa por el corazón (MR 193,2), educar cristianamente afecta las conductas, la vida. Para el niño, junto con sus maestros y padres es el Evangelio en la vida cotidiana.

La misión educadora cristiana pertenece con prioridad a los padres. Es uno de los deberes del matrimonio (Da 384. Db 241. MR 193,2): Pero en la realidad son los Hermanos quienes la tienen a su cargo.

Para ellos, esta misión es un don que Dios les hace (MR 201,1). Realizan ahí, «una de las funciones principales de los apóstoles» (MF 102,1. San Ignacio). La obra de Dios que «exige un celo ardiente por la salvación de los niños» (MR 201,1). El Hermano consigue su santidad para hacer santos a los niños (MF 131,1. San Germán). Para alcanzar este propósito de Dios, el Hermano reza: «Debe rezar mucho por ellos» (MF 122,1. Santa Mónica), ser muy asiduo a la oración (MF 80,2. San Nicolás).

También en R 75, RC 2,10, 30,1, donde precisa la Regla las comuniones a esta intención particular de los niños que se hallan en las Escuelas.

Lo que pide el Hermano en sus oraciones es, en primer lugar, recibir la gracias necesarias para educar cristianamente a los alumnos, y atraer las luces que han de ilustrarle para iluminar luego (MF 80,2. San Nicolás). Igualmente solicita en especial para sus alumnos el don de piedad (MF 122,1. Santa Mónica).

A fin de «educar cristianamente» y dar a los niños buenas costumbres cristianas, (el Maestro) da ejemplo con su proceder: obediencia (MD 57,3), «compostura sencilla y grave» (MD 69,3); y buen comportamiento en la escuela (R 75. RC 2,10). Intenta adquirir las virtudes adecuadas a su empleo (MF 131,1. San Germán), pues resulta para él una obligación el educar a los niños en el espíritu del

cristianismo (MF 80,2. San Nicolás). A este conjunto que atañe al maestro, añadamos la vigilancia sobre la conducta de los niños (R 75. RC 2,10).

3.2.4. Educar y Evangelio

En cuatro citas hallamos adosados «educar y Evangelio» en los textos lasalianos. Una vez tan sólo (MD 37,2), educar está directamente vinculado al «Evangelio»: «Que les eduquéis según las máximas del Evangelio». En los tres casos restantes, La Salle amplía el contenido de «educar» y entonces menciona el «Evangelio»: «Instruir a los niños, anunciarles el Evangelio, educarles en el espíritu de la religión» (MR 20,1)... «educarles en la piedad y en un verdadero espíritu cristiano, es decir según las reglas y las máximas del Evangelio» (R 75. RC 2,10). Expresiones que desde la pluma de La Salle aparecen como sinónimas e incluso intercambiables.

Se presenta el Evangelio como la regla de los alumnos, como lo es para cualquier cristiano, para cualquier discípulo de Jesucristo. Para La Salle esta práctica del Evangelio no se reserva a un grupo de especialistas. Convencido está del señorío, de la dignidad y de la capacidad de los niños para alzarse al conocimiento de Jesucristo y a la vida cristiana en plenitud, es decir, a la santidad.

El hallazgo y la práctica del Evangelio se centran en lo esencial: el espíritu del cristianismo (MD 37,2).

De donde se infiere que «un verdadero espíritu cristiano» da vida al bautismo en el verdadero discípulo de Jesucristo. El espíritu de religión, la piedad (MR 201,1. R 75, RC 2,10), expresan con el vocabulario hijo de su tiempo que se trata más bien de una vida con Dios, de una experiencia de Dios, que de la adquisición de conocimientos. Incluso cuando se deba instruir a los niños en las verdades especulativas (MR 201,1).

Vivir el Evangelio, educar a los niños según el Evangelio es facultarles la salvación, proporcionarles los medios reales y concretos para realizar su vocación de bautizados, su vocación a la santidad reconociendo en Dios a quien los crea, les ama y los interpela para que en El hallen la plenitud de la vida.

3.2.5. Educar y Salvación

En vecindad cercana hemos hallado por cuatro veces en los textos lasalianos «educar y salvación».

En MD 57,3, La Salle habla de «guiar hacia Dios y educar en cristiano»; en MR 201,2 a la par con san Pablo que cita «que se hallen en estado de aparecer un día ante Jesucristo llenos de gloria...»; y más lejos «educarles para que en su día sean herederos del Reino de Jesucristo Nuestro Señor». Solamente en el texto de R 75 y RC 2,10, la expresión facilitar la «salvación de los niños» es explícita.

Una ampliación de esta noción de salvación a un pueblo, a un Reino, a una Iglesia la destacamos en MR 201,2: «Introducíolos en verdad en la estructura del edificio». Educar, pues, construye la Iglesia, lo que quiere adelantar que no nos salvamos solos.

Por la mediación del amor de Jesucristo manifestado por el Maestro que se preocupa por la Salvación de sus discípulos les alcanza la salvación: «Amad a quienes Dios os ha confiado, como Cristo ha amado a su Iglesia». Y las marcas externas de amor revelarán este celo: instruir, educar, capacitar para presentarse, darles a conocer las riquezas de la gracia, y hacerles alcanzar la herencia del Reino.

A través de R 75 y RC 2,10, los Hermanos de la Sociedad son quienes facilitan la salvación. Se trata, pues, de un cuerpo.

Instrucción, vigilancia, buen ejemplo, educar en la piedad, en un verdadero espíritu cristiano, ubican el

modo cómo las reglas y máximas del Evangelio se han de entender.

Todo «esto procura la salvación de los niños». Y el amor salvífico que los Hermanos manifiestan a aquellos cuya responsabilidad les incumbe pasa a través de gestos concretos, cristalizan en «marcas sensibles» de un amor que arrastra a los jóvenes y a los Hermanos hacia el Dios salvador, «hacia el Reino de Dios y de Jesucristo Nuestro Señor».

3.2.6. *Educación y Piedad*

En siete referencias textuales lasalianas Educación y piedad están acoplados. Una de las características de la escuela cristiana es la piedad; allí vive el niño el espíritu del cristianismo y allí se sitúa ante Dios en una relación. Mientras se aprende a leer y a escribir se pueden «instruir en la ciencias y en la piedad» (MF 111,3. San Benito). Educación en la piedad equivale a ofrecer un verdadero espíritu cristiano o favorecer la vida según el Evangelio (R 75, RC 2,10). «Educar a los niños en la piedad les ha de abocar a la salvación» (MF 148,3. San Ignacio, R 75, RC 2,10). En algunos se adivinan «inclinaciones a la piedad» (MH 7).

El Hermano realiza su vocación, a la par que educa a los niños, cumple los proyectos de Dios sobre esos niños al proporcionarles el medio de aceptar a Dios, y vivir verdaderas relaciones, profundas y duraderas con Dios. El fin del Instituto y el principal objetivo de vuestro empleo reside en hacerles adquirir piedad (MF 148,3. San Ignacio. MF 186,1. San Marcelo).

3.2.7. *Educación e instruir*

Educación e instruir (o instrucción) se reiteran once veces adosados en los textos analizados lasalianos. Ambas palabras así asociadas designan una formación para la vida cristiana, para una vida a tenor del Evangelio y que se endereza tanto al corazón como a la inteligencia. Conocer el Evangelio y practicarlo (cf. Instrucción/instruir).

3.2.8. *Educación, guiar, tener dirección, preocuparse*

Es el Hermano y son los padres quienes cuidan 213 y guían. Educación no se hace a la buena de Dios, al azar. Para que el niño se sienta motivado necesita de un modelo y de una enorme coherencia en todo el proceso de su educación.

Educación y guiar (tener la dirección) están agrupados tres veces, y educación y cuidarse: diez.

3.2.9. *Educación. Pobres. Ternura*

Sólo en un texto lasaliano: MF 101,3, San Francisco de Sales, educación y pobres están acercados por la «ternura»: «¿Tenéis vosotros tales sentimientos de caridad y ternura con los pobres niños que debéis educar?» Y ternura se detecta un poco más lejos: «Debéis sentir por ellos la ternura de una madre».

Cuando habla de los pobres La Salle mancomuna la «ternura»; el hecho merece destacarse. La ternura acompaña a la caridad: es en su inicio una virtud teologal antes de ser un sentimiento. «Ternura» también vinculada a afecto, «al cariño que ellos muestran por vosotros», cariño que les ha de permitir descubrir la ternura de Dios con ellos.

Educación a los pobres con ternura, para revelarles la ternura de Dios: a tal profundidad asienta La Salle el ministerio del Hermano que educa, cuando alecciona a los hijos de los pobres y a cuantos Dios le envíe.

Temas complementarios:

Temas complementarios:

Discípulo; Escuela; Niño, Hermano; Instruir; Maestro; Ministerio; padres; Salvación; Celo.

BIBLIOGRAFIA

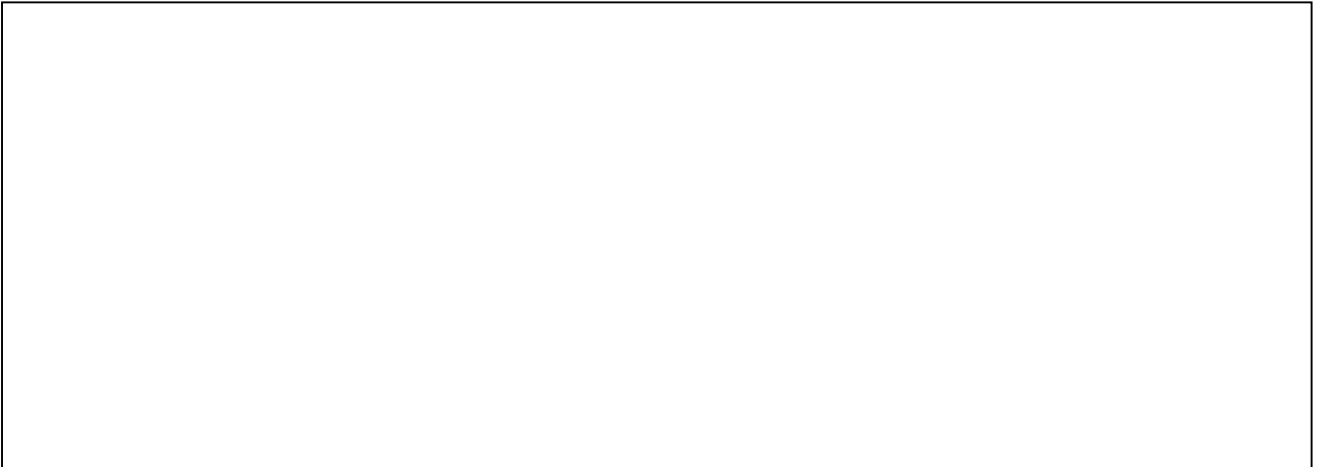
BIBLIOGRAFIA

1. SAUVAGE Michel, FSC - CAMPOS Miguel, FSC: «*Annoncer l'Evangile aux pauvres*». pp. 293-299 y 332-354.
2. GALLEGO Saturnino, FSC: *La Teología de la educación en San Juan Bautista de La Salle*. Madrid, 1958.
3. SCAGLIONE Secondino, FSC: *Il messaggio spirituale ed educativo di San G. B. de La Salle*. Vita consacrata, vol. XVI. Milano, 1980.

H. Jean-Louis SCHNEIDER

Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO

23. EJEMPLO - EDIFICACION



Sumario:

1. Ejemplo del maestro. 1.1. Ejemplo del maestro e instinto de imitación del niño. 1.2. Necesidad del ejemplo en general, y en particular en el orden religioso y moral. 1.3. El maestro, blanco de las miradas del discípulo. 1.4. El ejemplo del maestro capta la veneración del alumno. 1.5. El ejemplo, primera obligación de la función apostólica. 1.6. Ser antes que enseñar. 1.7. El ejemplo del maestro complemento de la instrucción. 1.8. El ejemplo extraescolar del maestro. -2. Edificación. 2.1. Aproximación al significado del término. 2.2. Sentido del término en la literatura lasaliana. 2.3. Edificación del prójimo y edificación de la Iglesia. 2.4. La edificación en el escolar y en el maestro-religioso. 2.4.1. El escolar motivo de edificación. 2.4.2. El maestro-religioso motivo de edificación.

1. EJEMPLO DEL MAESTRO

1.1. El ejemplo del maestro y el instinto de imitación del niño

Junto con el pan del amor, el maestro ha de impartir al discípulo el del ejemplo. Quizá en pocas cosas insista tanto la pedagogía lasaliana como en la importancia de la ejemplaridad del maestro, fundamentándola psicológicamente en la debilidad natural del niño ante los estímulos del ejemplo y en su tendencia instintiva a imitar a los que de algún modo considera superiores a él.

«El ejemplo afirma La Salle, en un texto verdaderamente luminoso produce mucha mayor impresión en el espíritu y en el corazón que las palabras; máxime en los niños, pues no siendo capaces todavía de mucha reflexión, toman ordinariamente por dechado de su vida el ejemplo de sus maestros, inclinándose más fácilmente a imitar lo que les ven hacer que lo que les oyen decir, sobre todo, cuando su conducta no está conforme con sus palabras» (MR 202,3). Con lo cual, La Salle hace como de puente entre una venerable tradición recogida por Luis Vives,¹ y los modernos estudios psicopedagógicos que fundamentan asimismo la importancia del ejemplo del maestro en la tendencia instintiva del discípulo a la imitación.²

Resulta sorprendente, en este sentido, la coincidencia que existe entre el pensamiento de Luis Vives y el de La Salle. Ambos se refieren a la tendencia del niño a imitar a los mayores, particularmente a los maestros. Ambos aluden asimismo a la especial inclinación de aquél a imitar más bien «la índole de muchos, corrompida», como dice el primero, o «los malos ejemplos y ocasiones de pecar que encuentra», como afirma el segundo (cf. MD 56,2). Es éste un dato de la experiencia diaria que pone de manifiesto la

necesidad de apartar del niño toda influencia nociva.³

En función de esa marcada tendencia del educando a la imitación está también el influjo decisivo que el ejemplo del maestro ejerce en la educación. Tanto es así, que se le viene asignando puesto destacadísimo en la mesología pedagógica.⁴ No otro es el pensamiento de La Salle al decir, casi en el umbral de la Regla que «los Hermanos... se esforzarán, por medio de la *oración, instrucción, vigilancia y buena conducta en la escuela*, en procurar la salvación de los niños que les están confiados» (RC cap. 2°).

Comparando el pensamiento de La Salle expresado en este texto con el de los autores que aquí se citan, interesa hacer dos breves aclaraciones. Es la primera que la pedagogía lasaliana llama «vigilancia» a lo que otros designan con el nombre de «gobierno de los niños».⁵ Consiste la segunda en que La Salle, preocupado ante todo por el sentido eminentemente sobrenatural que atribuye a la educación, no puede prescindir en su mesología pedagógica de la oración. Mas, y esto es lo que aquí interesa, sobre todo, existe perfecta coincidencia entre uno y otros al señalar como medios naturales de educación la instrucción y el *ejemplo* con preponderancia del segundo sobre el primero.

1.2. Necesidad del ejemplo en general, y en particular en el orden religioso y moral

Es evidente que el ejemplo tiene valor universal y que su influjo es decisivo en todos los órdenes y aspectos de la educación. La mejor y más fácil manera de educar será siempre la vía del ejemplo. El hacer delante del educando lo que se le pretende enseñar. Más interesa señalar que su influjo es fundamental, tratándose sobre todo de la educación en los planos religioso y moral. Es precisamente éste el sentido en que lo orienta La Salle, y en el que, en consecuencia, lo estudiaremos aquí.

Siguiendo en esto a Jacques de BATENCOUR, autor de *La Escuela Parroquial*,⁶ La Salle se muestra exigente en extremo: «*Los encargados de la educación de los niños, deben conducirse con tal prudencia respecto de ellos que ni en su persona ni en su conducta hallen nada que pueda disgustarles del servicio de Dios o apartarles de sus deberes lo más mínimo*» (MF 115,1).

En consecuencia, es necesario que resplandezca en ellos «*virtud no común*» para servir de ejemplo a los educandos, a causa del decisivo influjo del ejemplo moral del maestro sobre el discípulo, que hará extraviarse necesariamente a éste si aquél no anda por el camino verdadero (cf. MD 33,2).

No se detiene La Salle, sin embargo, en esas consideraciones más bien de carácter parenético. Bajando al terreno práctico, carga particularmente el acento en los gestos, posturas y actitudes del maestro. Gestos, posturas y actitudes que pueden expresar todo un mundo afectivo y sentimental y un comportamiento peculiar frente a la vida; lo cual no dejará de tener consecuencias importantes desde el punto de vista pedagógico. Sean, pues, tales sus gestos y los movimientos de su cuerpo que puedan edificar a todos (cf. RC cap. 21). Vigílese particularmente en la escuela para obrar siempre decorosamente y no manifestar nada que denote ligereza o pasión (Id., cap. 9°). Manténgase en gran reserva exterior, manifieste suma gravedad y no se deje llevar de nada chabacano ni que tenga resabios de infantilismo (cf. CE p. 24).

Con todo, esa gravedad exterior que se pide al maestro no consiste, claro está, en presentar semblante severo, ni en aparentar enojo, ni en proferir palabras duras; todo ello reñido con la dignidad sencilla y amable que debe acompañarle siempre. Sino en un conjunto de cualidades que la pedagogía lasaliana sintetiza con el nombre de «vigilancia» sobre sí, la cual ordena el espíritu, el corazón, los ojos, los movimientos exteriores, los modos de obrar del maestro, haciéndolos tales, que los alumnos no observen en ellos nada que no sea edificante, laudable y capaz de excitarles al cumplimiento del deber (cf. Ms. 44, p. 114).

1.3. El maestro, blanco de las miradas del discípulo

De la tendencia innata a imitar que domina al niño surge en él la actitud subsiguiente de curiosidad, de observarlo todo, particularmente la conducta de cuantos le rodean, y sobre todo de quienes considera superiores a él. Luis Vives incluye en este número a los padres, maestros y ayos. San Juan Bautista de La Salle habla sólo de los maestros, ya que a ellos se dirige en concreto.

De suerte que no le basta al maestro con saber que el educando tiende instintivamente a la imitación de los mayores, sino, y esto es mucho más interesante, debe persuadirse de que el mero hecho de su condición de maestro le convierte en objeto constante de observación para los discípulos, y en blanco continuo de las miradas de la clase. En consecuencia, hasta los mínimos pormenores de su conducta son cuidadosamente registrados por todos y cada uno de los pequeños censores que son los educandos. De ahí la peligrosidad del niño, por una parte, y, por otra, la responsabilidad del maestro, y su obligación de presentarse en todo y siempre ante sus discípulos como modelo y guía, procurando que todos sus actos exteriores sean dignos de imitación o, al menos, de aprobación (cf. MD 60,1; Ms. 44, p. 19; Ms. 40, p. 3).

1.4. La ejemplaridad del maestro capta la estimación del alumno

Para que pueda darse auténtica acción educativa, es preciso que llegue a establecerse entre los extremos de la relación maestro-discípulo una corriente de mutua simpatía, la cual predispone al segundo a recibir los influjos del primero sin oponerle obstáculos.

Parece que tal corriente sólo se hace posible en virtud del amor de amistad que compenetra entrañablemente maestro y discípulo. Todo esto es muy cierto. Pero, al menos para la pedagogía lasaliana, requiérese una condición previa: la ejemplaridad del maestro. Para ella es evidente e incontrovertible que la veneración y la reverencia (cf. MF 178,1), la estima y el respeto (cf. Ms. 40, p. 4), el afecto y la adhesión (cf. Ms. 44, p. 114), en una palabra, el corazón del niño (cf. Id. p. 21), sólo se conquistan completamente mediante la ejemplaridad de conducta del maestro. Su falta, por el contrario, atraería sobre él el desprecio (cf. Id., p. 424) y la aversión (cf. Ms. 44, p. 21) del alumno, y sembraría en su espíritu impresiones peligrosas, desfavorables e indelebles (cf. *Ibíd.*).

Cabe, además, que, al no existir perfecto acuerdo entre la doctrina y la conducta del maestro, surjan por parte del discípulo murmuraciones contra el maestro, lo cual arruinaría en sus fundamentos la posibilidad de toda acción educativa magistral. La Salle ha intuido también ese peligro como se deduce de esta exhortación que hace a los maestros: «*Sean vuestras palabras irrepreensibles, es decir, no sólo sanas respecto de la doctrina, sino señales y efecto de vuestra virtud; con lo cual lograréis que los discípulos... no tengan que decir de vosotros mal alguno, viendo cómo vuestra conducta se conforma con lo que enseñáis*» (MD 69,1).

1.5. La ejemplaridad, primera obligación de la función apostólica

Si se tiene en cuenta que el maestro lasaliano no es maestro simpliciter, sino que ante todo aparece aureolado con las notas y características de apóstol, se echará de ver que, por el mero hecho, sube de punto en él la necesidad e importancia del ejemplo.

El apóstol se presenta, efectivamente, como mensajero de una doctrina, de una verdad que compromete la conducta humana. Debe ser, pues, el primero en dar testimonio con su comportamiento de la doctrina que pretende impartir. En él, más que en ningún otro, es imprescindible la perfecta comunión de vida y de doctrina para que la segunda encuentre fuerte apoyo en la primera, so pena de quedar desprestigiada por tal inadmisibles disociación. En esta zona, sobre todo, la ejemplaridad desempeña papel decisivo, ora positiva, ora negativamente. Fuera de ser psicológicamente imposible que el apóstol anime su mensaje con

el fuego y calor de la convicción, cuando él mismo no vive existencialmente la doctrina que predica.

La Salle considera asimismo que la vivencia de la doctrina por parte del apóstol es, no sólo su primera obligación, sino el principal medio que tiene de apostolado. No hay nadie, dice, a quien los maestros no puedan ser útiles por el ejemplo de las virtudes. Este es el primer medio con que están obligados a predicar a todos, y la principal función apostólica que han de ejercer (cf. M F 128,1 y las MR).

1.6. Ser antes que enseñar

Vuelve de nuevo a tener vigencia aquí el principio filosófico, que La Salle lleva en carne viva en su espíritu eminentemente realista, *operari sequitur esse, et modus operandi, modum essendi*. Y es que, a imitación del Divino Maestro, también el maestro humano tiene que empezar por hacer (ser) antes que enseñar (Hch 1). Porque también él, como tal, se encuentra en la obligación de poder decir a sus discípulos, tácita o expresamente, «aprended de mí» (Mt 11, 29), con el fin de que su enseñanza sea fecundada con la fuerza de la autoridad (Mc 1, 22).

El pensamiento lasaliano a este respecto es tajante. No admite paliativos ni excepciones. El maestro debe ser modelo en todo para aquellos a quienes enseña (cf. L 2,1). La primera lección de moral que debe dar a sus discípulos es el buen ejemplo (cf. Ms. 44, p. 424).

Fiel a ambos principios y deduciendo de ellos las consecuencias inmediatas, La Salle considera como la cosa más natural del mundo que, *de facto*, el maestro encarne primero en su vida la doctrina y virtudes que se propone enseñar. De ahí que, dirigiéndose ya concretamente a los suyos, les recuerde imperativamente el principio del «ser» antes que «enseñar», que viene a constituir en su concepto como el abcé de toda posible acción ma-gistral eficiente. Intencionadamente se repite a lo largo de las Meditaciones, volcando en expresiones semejantes a la siguiente e igualmente urgentes toda la fuerza de su convicción: «*Si queréis que resulten provechosas las instrucciones que dais a los escolares para aficionarles a la práctica del bien, es preciso que primero las practiquéis vosotros*» (MR 194,3; cf. también MF 100,1 y 138,3).

Pero hay más. No sólo La Salle propone que la práctica de lo que se enseña preceda, de hecho, a su enseñanza, sino que no admite, teóricamente al menos, que pueda ser de otro modo (cf. M D 69,1). Y caso de que se diera en algún maestro la disociación entre «ser» y «enseñar», entre vida y doctrina, ello vendría a constituir una insinceridad, inautenticidad y degradación magistrales, que La Salle condena formal y vehementemente, al decir a sus discípulos que tendrían motivo para *avergonzarse*, si se vieran en la precisión de exhortar a la práctica de algo que ellos mismos no cumplieran primero (cf. MD 37,2).

1.7. El ejemplo, complemento de la instrucción

Hasta aquí hemos considerado la ejemplaridad magistral desde un punto de vista que pudiéramos llamar meramente estático. Como algo requerido psicológicamente por la condición misma del maestro. Si éste ha de ser tal, no puede menos de constituirse en constante excitador hacia ideales de ciencia, de virtud y santidad, o al menos en aspirar eficazmente a ellas.

Réstanos ahora estudiar a la luz de la doctrina lasaliana, el sentido dinámico de la ejemplaridad magistral. Es decir, el influjo que ejerce, de hecho, en la tarea educativa, gracias, por su puesto, al principio de la tendencia imitativa del educando.

«La necesidad del ejemplo radica, de una parte, en la mayor eficacia que tiene la solución de hecho que se da a los problemas, sobre todo a los tipos mecánico y moral. La posibilidad de realizar una cosa puede ser problema que dé lugar a opiniones encontradas, pero deja de serlo desde que alguien lo ha realizado. Por otra parte, el lenguaje humano tiene una capacidad limitada de expresión y hay determinadas actividades

difíciles o imposibles de expresar y que se perciben con claridad, se intuyen, cuando un hombre se encuentra frente a ellas. Además, el lenguaje es siempre un medio indirecto para llegar al conocimiento de las cosas, y el ejemplo es, a fin de cuentas, la presencia de la cosa misma» (V. GARCÍA, *Hoz: Sobre el maestro y la educación*, p. 44).

De donde venimos a concluir que el ejemplo se impone en todos los órdenes educativos como complemento natural, muchas veces necesario, de la simple instrucción verbal. Esto es evidente, sobre todo tratándose del plano ético-religioso, que es el único en que se mueve ahora la pedagogía lasaliana. Para La Salle parece evidente que ni las instrucciones solas, ni las exhortaciones solas, tienen, por lo general, el coeficiente de dinamicidad necesario para determinar la voluntad. Sólo cuando a aquéllas se una, previa o concomitantemente, la fuerza persuasiva del ejemplo del maestro, se podrá confiar en que produzcan los efectos perseguidos.

Escuchemos la doctrina lasaliana: *«Menguado y de escaso fruto sería vuestro celo en favor de los niños que instruíis si únicamente se manifestara en las palabras; es preciso que, para hacerlo eficaz, corroboréis las instrucciones con el ejemplo»*. Y vuelve a insistir en el mismo lugar: *«El celo sería imperfecto si os limitaseis sólo a ejercerlo mediante las instrucciones que dais a los niños...; pero será perfecto si practicáis lo que decís, porque el ejemplo produce mucha mayor impresión en el espíritu y en el corazón que las palabras»* (MR 202,3). De ahí esta afirmación categórica: *«No podéis enseñar mejor a los niños que dándoles buen ejemplo»* (MF 155,2). Lo cual viene a justificar, a su vez, el precepto de la Regla que dice: *«Los maestros se esmerarán en dar a sus alumnos, con su continente y en toda su conducta, ejemplo constante de la modestia y de todas las demás virtudes que deben enseñarles y hacerles practicar»* (RC cap. 7º; cf. también M F 128,1; 153,2; 178,1; M D 69,1; Ms. 44, p. 422).

Acabamos de ver que para La Salle la enseñanza sola no basta. Que es inoperante desde el punto de vista educativo si no la acompaña en el que enseña el ejemplo de lo que se quiere enseñar. En consecuencia, y sin salirnos de la esfera religioso-moral, el ejemplo llega a ocupar el primer plano en orden de urgencia. La instrucción pasaría a segundo lugar. No que se preconice la supresión de ésta. También se necesita. Pero la eficiencia definitiva viene de aquél. El ejemplo es, a fin de cuentas, el mejor medio para conseguir del alumno lo que se pretende, el camino más abreviado para llegar a su educación. Las virtudes del maestro, piensa efectivamente La Salle, se van como transfiriendo imperceptiblemente al discípulo y adueñándose insensiblemente de su ánimo. Por donde éste, casi sin quererlo, se va modelando a semejanza de aquél. *«La virtud no puede ocultarse, afirma el santo pedagogo, y cuando se divulga atrae hacia sí; el ejemplo que se da de ella produce tan hondas impresiones en los que la ven practi-car..., que la mayor parte se sienten inclinados a imitarla»* (MF 158,3). De ahí estas preguntas que son, en síntesis, todo un programa de acción y de comportamiento magistrales: *«¿Les basta (a vuestros discípulos) el veros para sentirse movidos al bien? ¿Vuestra compostura exterior les incita por sí sola a la práctica de la virtud?»* (MF 98,3).

Si consideramos, finalmente, que la teleología pedagógica lasaliana no se agota en los fines meramente naturales, sino que los trasciende, poniendo sólo en Dios el fin supremo de la educación, asimilándolo con el fin último del hombre, habremos también alcanzado la mayor valoración del ejemplo magistral en el plano educativo. Este es, en efecto, dirá La Salle, el medio principal de que el maestro ha de valerse para ganar sus discípulos a Dios (cf. MF 158,3).

1.8. El ejemplo extraescolar del maestro

La ejemplaridad del maestro lasaliano no queda reducida al área escolar. Maestro y apóstol, mejor dicho, apóstol-maestro, tiene que serlo en todas partes y en el trato con toda clase de personas. No puede darse en él un artificial desdoblamiento de la personalidad que le consienta ser de un modo delante de sus alumnos, y de otro diferente fuera de clase; observar determinado comportamiento durante la tarea escolar, y otro

distinto en sus relaciones sociales.

Para La Salle el maestro ha de ser *semper magister*. Exígesele esta univocidad de conducta, en primer lugar, por honor del propio empleo, que indefectiblemente correría el riesgo de verse desprestigiado en el caso contrario (cf. MD 69,3). En segundo término, por esa obligación que tiene como apóstol de ser portador del buen «olor de Cristo» en todos los ambientes que frecuenta (cf. MF 98,2).

2. EDIFICACION

2.1. Aproximación al significado del término

Según el *Dictionnaire universel de Trévoux*, el término «edificación» en lengua francesa puede emplearse en doble sentido directo, como, por ejemplo, cuando se habla de la edificación de un edificio. Pero en este caso es más propio emplear la palabra «construcción» en lugar de edificación: tal hacen quienes hablan correctamente.

En sentido figurado, «edificación se dice de los sentimientos de piedad que inspiran el buen ejemplo o las palabras de alguien» (cf. *Dictionnaire Universel de Trévoux, II*, col. 1034).

2.2. Sentido del término en la literatura lasaliana

Son veinticuatro los pasajes en que aparece el término edificación, en los escritos de La Salle (cf. VL. s.v. Edification). Ahora bien, en todos ellos, de un modo o de otro, La Salle emplea dicho término con el significado que le atribuye el autor del *Dictionnaire Universel* en sentido figurado, sin que -en contra de lo que pudiera parecer lo equipare o confunda con el buen ejemplo.

Así, verbigracia, dirá a los maestros que lo primero que deben a los escolares es «la edificación y el buen ejemplo» (MF 248B). Y, hablando de San Marcelo, dice que, apenas admitido en el clero, «fue motivo de edificación y ejemplo» para los otros clérigos que le miraban como dechado suyo (M F 200B).

En ambos casos no parece que se trate de una reduplicación pleonástica, sino de dos cosas distintas: algo así como de una causa y de su efecto: el *buen ejemplo* (en las palabras y en el comportamiento) es, o puede ser, causa de edificación, es decir, de sentimientos de piedad que dicho buen ejemplo suscita, o es capaz de suscitar, en quienes de él son testigos. O-lo que vendría a ser lo mismo de una especie de admiración y veneración hacia la persona de donde procede el buen ejemplo, acompañados del deseo de tender a la práctica del bien, a imitación suya.

2.3. Edificación del prójimo y edificación de la Iglesia

Generalmente -esto ocurre en veintiuna de las veinticuatro citas La Salle se refiere a la edificación del «prójimo» (escolares, Hermanos y personas, en general). En las tres restantes el sujeto de la edificación es «el cuerpo de Jesucristo» (MD 213E), o «la Iglesia» (MF 29B y MF 124B).

Sin embargo, tanto en el primer caso como en el segundo, parece emplearse la expresión edificación en el sentido indicado.

2.4. La edificación en el maestro-religioso y en el escolar

2.4.1 El escolar motivo de edificación

Es llamativa la insistencia de la GUIA DE LAS ESCUELAS en que el escolar sea, a su manera, motivo de edificación para sus compañeros y para las personas ajenas a la escuela; hasta se diría que más para las segundas que para los primeros, a juzgar por el número de textos que aluden a ello.

Entre las muchas cualidades que, verbigracia, se le exigen al «portero», no es la menos importante el que pueda ser motivo de edificación para las personas que vengan a la escuela (CE 217). El maestro exhorta a los escolares a que al salir de la escuela, y hasta llegar a casa, vayan rezando el rosario por la calle para mantenerse recogidos durante el camino y ser motivo de edificación para la gente (CE 112). Y, para que no se olviden de esto, maestro les recuerda de vez en cuando- apoyado en motivos cristianos la obligación que tienen de ser motivo de edificación para el público (CE 86). En el terreno pedagógico, desea la GUIA DE LAS ESCUELAS que el maestro aplique el castigo de manera que el comportamiento del escolar, al recibirlo, sea motivo de edificación para los demás escolares (CE 175D).

2.4.2. *El maestro-religioso motivo de edificación de él son testigos.*

Lo que se dice del escolar se repite a fortiori del maestro-religioso: éste debe ser motivo de edificación en el seno de la Comunidad, en la escuela y en la calle.

En el seno de la Comunidad -que viene a ser como «una madre» para él- el Hermano ha de ser, en general, motivo de consuelo y edificación para los demás (MR 199). Por ello, uno de los temas de conversación en los recreos será, precisa mente, el de la edificación ha de darse en lo que se dice y modo de decirlo (R 177,6) y, también, en la forma o actitud como el Hermano recibe y cumple las penitencias que se le imponen (RD 4,2).

En la escuela, el Hermano ha de tener siempre presente que lo primero que debe a los escolares es la edificación y el buen ejemplo (MF 248) y esto, en todo su comportamiento, pero especialmente en el hablar y modo de hacerlo (RB 194 y R 98,19).

Pero, donde más insite La Salle -si se atiende al número de textos que aluden a ello- es en que el Hermano sea motivo de edificación fuera de la Comunidad y de la escuela, para las personas, en general, y, más en particular, para aquellos con quienes ha de relacionarse en virtud de su empleo (MF 250D y 251C).

Es llamativa y significativa la insistencia de La Salle en que los Hermanos sean motivo de edificación para las personas extrañas en sus viajes y desplazamientos. Dicha edificación han de darla por la forma modesta y religiosa de comportarse (RC 24,8), mas, sobre todo, por las conversaciones o temas de conversación (RC 24,11 y 56,8), particularmente «después de las comidas» (RD 19,2).

1Luis vives ha dejado escrito: «Tienen los niños instinto como de monos; de grado, lo remedan todo y siempre, especialmente a aquellos a quienes, por su autoridad y el confiado cariño que les profesan, juzgan dignos de imitación; v. gr.: sus padres, sus maestros, sus ayos. Por este instinto de imitación, se nos pegó la índole de muchos, corrompida, cuando debiéramos haberla copiado enmendada de aquellos mismos a quien acabo de nombrar» (*Obrar completas*, Madrid, 1948, vol. II, p. 557).

2V. GARCIA HOZ, *Cuestiones de filosofía de la educación*, Madrid, 1952, pp. 57-68 y *Sobre el maestro y la educación* pp. 42-47.

3Como ya lo prescribió hace mucho el clásico: «Nil dictu foedum visuque haec limina tangat...» (Juvenal, *Satira XIV*, 44).

4«Los medios más generales, tal vez los únicos, de educación, son la enseñanza, el gobierno de los educandos y el *ejemplo*. (V. GARCIA HOZA, *Aptitudes técnicas y personalidad en la formación del maestro*, Acta del C. Internacional de Pedagogía, Santander-San Sebastián, 1949, III, p. 61).

«La actuación docente se paraliza por la doble vía del lenguaje y de la *conducta*, de la palabra y del

Temas complementarios:

ejemplo, únicos canales de la influencia de un hombre sobre otro. Puede emplearse el uno sin el otro, pero la plenitud de actuación requerirá la aplicación de ambos. Sobre todo, será ruinoso para la obra de la educación la discordancia entre ambos procedimientos, o sea, el dar una enseñanza verbal que esté en oposición con los hechos del mismo que la da: su primera obligación será la del *buen ejemplo*» (J. ZARAGUETA, *Pedagogía Fundamental*, p. 564).

5Cf. J.F. HERBART, *Pedagogía General derivada del fin de la educación*, Madrid, 1935, pp.75-90.

6Este autor había escrito bellamente: «Le maître doit être comme l'original e le modèle sur lequel se doivent

former tant de petites copies» (*L'Escole Parassoiale*, Ed. de 1685, p. 23).

Temas complementarios :

Apóstol; Deberes, Niño/Escolar; Discípulos; Educación; Virtudes del maestro.

Temas complementarios:

BIBLIOGRAFIA

1. FELIX-PAUL: *Les lettres de Saint Jean-Baptiste de La Salle*, Edition critique, Paris, 1954
2. *Conduite des Ecoles Chrétiennes divisée en deux parties*, Avignon, 1720 (Ms. De 1706).
3. *Conduite des Ecoles Chrétiennes*, Ms. 44 (Projet d'une édition de la Conduite des Ecoles Chrétiennes en quatre parties, y compris les Pensionnats). (A.C.G., IX-B-44).
4. *Conduite des Ecoles Chrétiennes*, Ms. 43 (A.C.G., IX-B-43).
5. *Conduite des Ecoles Chrétiennes divisée en onze chapitres*, Ms. 41 (A.C.G. IX-A-41).
6. ALCADE GOMEZ, C: *El maestro en la pedagogía de San Juan Bautista de La Salle*, Colección Sinite, Madrid, 1961, 458 pp.

24. EJERCICIOS



Sumario:

1. Aceptaciones del vocablo. - 2. Los ejercicios de la escuela. 2.1. Los de los escolares. 2.2. Los de los Maestros. - 3. Los ejercicios de la comunidad. 3.1. Su lista. 3.2. Su espiritualidad. - 4. Las acciones diarias. - 5. «La escuela sin los ejercicios no va bien».

1. ACEPCIONES DE LA PALABRA

La palabra «ejercicio» en el siglo XVII, significa «actividad, ocupación habitual».1 Con tal sentido la usa Juan Bta. de La Salle en frases como éstas: «Por lo cual no se ha de dar ejercicio alguno a sus sentidos» (R 90). «Cuando se juega a tales juegos que favorecen los ejercicios del cuerpo» (R 90). "Pasearse es un ejercicio bien visto y que contribuye mucho a la salud del cuerpo y dispone la mente a los ejercicios que le son propios» (RB 137), «son los recreos ejercicios donde se puede emplear algún tiempo de la jornada para relajar la mente de las ocupaciones serias y el cuerpo de los fatigosos empleos que se le imponen durante el día» (RB 131). -Destacamos la equivalencia entre «ejercicios», «ocupaciones» y «empleos».Actividad física e intelectual pero también del orden espiritual: «La oración es un ejercicio que aventaja las fuerzas naturales del hombre» (Da 424) y también: «La oración-meditación es el ejercicio de los ángeles» (R 120).

La palabra encierra su sentido de «práctica» cuando se la aplica a un oficio o a una virtud. Por ejemplo: «Los que desempeñan algún ejercicio o algún empleo que es para ellos ocasión de pecado: ... la guerra, el comercio, la profesión de abogado, de procurador, de guardia, de tabernero y otros similares...» (I 150). La mayoría del tiempo el Fundador la usa con motivo de las faenas educativas sean cuales fueren y el nombre que se les dé. Así: «Los Maestros que ejercerán su ejercicio en la escuela»2 (CE prefacio 6), «del afecto y del celo por la salvación del prójimo y por todos los ejercicios externos de su profesión» (R 21), «cuanto de bueno se dé en el ejercicio de vuestras funciones...» (MR 196,3), «y atraer sobre vosotros por la plegaria las gracias de Dios y sus bendiciones, que os son indispensables para ejercer el empleo» (MR 200,1), «Dios derramará sus gracias y bendiciones sobre vosotros en el ejercicio de vuestro ministerio» (MF 155,3). Para este último caso cita el ejemplo de san Pablo «pues se dice de él, que después de hacer adocinado durante tres meses al pueblo de Éfeso en la Sinagoga de los Judíos, platicaba todos los días en la escuela de un tal Tirano y que prolongó durante dos años este ejercicio» (MR 200,2).

En cuanto «al ejercicio de la virtud» (RB 150, Dc 104, MF 192,2) apunta directamente a la obediencia (MD 13,1), a la penitencia (MD 1,3, Dc 21), a la mortificación (MF 131,3), al recogimiento interior (MF

179,3)...

Juan Bautista de La Salle otorga a la virtud de religión categoría especial. Define la devoción como «una virtud que hace que se sirva a Dios y se practiquen los ejercicios de religión con afecto y con celeridad» (GA 385). Opone a los paganos «que viven sin ejercicio alguno de religión» (Da 68, Db 61) a los fieles que se reúnen para «cumplir con los ejercicios de la religión cristiana» (Db 264, Dc 7) «los ejercicios de nuestra religión» (Db 167), ya sean «externos» (Db 4) o públicos (Dc 5), «comunes,3 menos ordinarios y extraordinarios» (Dc 5).

Proceso similar para la piedad. Por ejemplo: «Las cofradías sólo se han establecido para realizar varios ejercicios de piedad y buenas obras... las obligaciones principales de quienes están inscritos... son... ejecutar algunas oraciones particulares, asistir a algunos oficios o a algunos ejercicios de piedad...» (Dc 18), «La pereza es la desidia de los ejercicios de piedad» (Db 133, GA 382), mientras que la virtud, su antagonista, «nos hace servir a Dios y llevar a cabo los ejercicios de piedad con cariño» (Da 187).

Sabemos, en efecto, que entre otras obras escolares Juan Bta. de La Salle ha compuesto los *Ejercicios de piedad que se hacen a lo largo del día en las Escuelas Cristianas*; recibió su primera aprobación en 1696. La *Conduite des Ecoles* alude a él por tres veces (CE 76, 78, 202) y cuatro veces en las cartas a Gabriel Drolin (L 17.7, L 18.8, L 19.18, L 20.11). El *Cahier lasallien* 18 reproduce la edición de 1760.

2. LOS EJERCICIOS DE LA ESCUELA

2.1. Los de los escolares

Pero cuando el Fundador habla de ejercicios convenientes para los alumnos, no apunta solamente los actos de piedad que se practican en las aulas, contempla también, y sin distinción, todas las demás actividades escolares. Júzguese tras las citas que siguen: «En cada clase habrá un alumno cuya función será tocar la campana para iniciar la clase y los ejercicios que en ella se ejecutan» (CE 209), «En la clase de los calígrafos habrá una campanilla para avisar los ejercicios de las aulas» (CE 228), «En las clases de los mayores el número de mesas estará en consonancia con la cantidad de escolares para el ejercicio de la escritura» (CE 219), «cuidarán los maestros de que los alumnos, durante el almuerzo o la merienda, no bromeen sino que estén muy atentos al ejercicio que durante ese momento se practica en la escuela» (CE 8): mientras comen sus condiscípulos, un alumno en alta voz recita las oraciones de la mañana o de la tarde, los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, las respuestas de la misa o las fórmulas del catecismo diocesano, todo según el reparto detallado en el artículo 2 del segundo capítulo de la *Conduite des Ecoles* (CE 9).

En este contexto, la palabra adquiere matices de «acción destinada a formar» de los cuales estaba normalmente desprovista⁴ y que conserva bastante frecuentemente ahora. Conviene recordar que la escuela lasaliana se concibe como un aprendizaje que engloba todos los aspectos de la vida del niño: intelectual, social, moral y cristiano.

2.2. Los del Maestro

Por lo cual y con toda lógica el Fundador usa también de tal vocablo cuando se enfrenta al trabajo profesional de los Hermanos: «La escuela es el lugar donde los Hermanos permanecen la mayor parte del día, donde ejercen las funciones que más los absorben y en el que encuentran más ocasiones de distraerse. Por eso toda diligencia sobre sí mismos será poca, a fin de que no mengüe en la escuela el mérito que de tales ocupaciones deben sacar para la salvación de sus almas, ni falten en ella a ninguna de sus obligaciones» (N IF 92,3).

Efectivamente éstas son variadas: lecciones, instrucciones, formación a la piedad, educación moral. Las lecciones que hoy apodaríamos «profanas» atañen la lectura, la ortografía, y la aritmética (RC 7,4), con la preocupación «de relevar todas las faltas» y de «hacer adelantar a los escolares» (R 22). Las instrucciones consisten en la enseñanza catequística (CE 97), sobre «los misterios de nuestra santa religión» y «las máximas cristianas» (RC 1,3) a la cual se añade la memorización de las fórmulas de oración, los mandamientos, las respuestas de la misa (RC 7,5). La piedad se desarrolla por la práctica de la oración (CE 75), la asistencia a la misa (CE 84), la recepción de los sacramentos (RC 1,6). En cuanto a la educación cívica y cristiana (RC 1,4), los Hermanos las afianzan por «la oración..., la vigilancia y su buena conducta en la escuela» (RC 2,10) así como con la corrección (CE 140, RC 8, MR 203, 204). Ejercicios todos ellos externos en su profesión.

Se comprende que el Fundador haya multiplicado esas recomendaciones. Los Hermanos deben prepararse con el máximo cuidado al acto pedagógico, ya que éste se transmuta en acto evangelizador: «Ya que estáis obligados a trabajar por la salvación del prójimo, disponeos a ejercer vuestra profesión de la misma forma que lo hacía san Cayetano para desempeñar bien su ministerio. Por consiguiente, estudiad la doctrina, leed buenos libros, dedicaos a la oración fervorosamente, y mortificad el espíritu (propio) y los sentidos, conforme al espíritu de vuestro Instituto.

Es necesario que os instruyáis a fondo en las verdades (de la fe) mediante el estudio, pues vuestra ignorancia sería culpable, ya que ocasionaría la de aquellos que os están encomendados.

Y a necesitáis la oración y la mortificación, para atraer las gracias divinas sobre vosotros y sobre aquellos que instruí» (MF 153,1). En la misma Meditación les presenta a los Clérigos Regulares como ejemplos «ya por la honestidad de sus costumbres como por su perfecto desinterés en el ejercicio de sus funciones» y añade: «Ambas cosas os son necesarias en vuestro Instituto... ellas constituyen asimismo los dos medios más apropiados para producir fruto en las almas». «Con la vida observante edificaréis a vuestros discípulos y les daréis ejemplo continuo de modestia, prudencia y piedad, que se trocará, para ellos en instrucción muy persuasiva.⁵ Si sois desinteresados, obraréis siempre movidos por la gracia y puramente por Dios; con lo cual atraeréis infaliblemente sus bendiciones sobre todo cuanto hagáis» (MF 153,1.2). Con idéntico motivo otras virtudes se exigen: «Si queréis vosotros que el ejercicio del ministerio produzca fruto abundante en las almas, nada os ayudará tanto a conseguirlo, como el alejamiento del mundo y la templanza: ésta contribuye en mucha parte a conservar la pureza y aquél atrae al alma abundantes gracias de Dios, no sólo en provecho propio, sino igualmente para el bien de los demás» (MF 136,1).

Pero el punto sobre el cual Juan Bautista de La Salle apoya con mayor insistencia, es las penas, los desprecios, las persecuciones soportadas por la escuela: «Vosotros habéis sido llamados a anunciar las verdades del santo Evangelio, como san Dionisio; desempeñad dignamente tal ministerio y cuidad de que sean instruidos debidamente en los misterios de nuestra santa religión cuantos tenéis a vuestro cargo. Y, después de consumir vuestra vida en el ejercicio de tan santo empleo, no esperéis otra recompensa que padecer y morir entre dolores, como Jesucristo» (MF 175,3). «Poned, pues, de manifiesto en todo vuestro proceder con los niños confiados a vuestra custodia, que os consideráis como ministros de Dios, desempeñando el oficio con caridad y celo sincero y verdadero, sobrellevando con mucha paciencia las molestias que en él hayáis de padecer, felices de ser despreciados por los hombres, y perseguidos, hasta dar la vida por Jesús, en el ejercicio del ministerio» (MR 201,1).

«No os maraville, si en el ejercicio de vuestro empleo llueven sobre vosotros dificultades y contradicciones: tanto más debéis alentaros a desempeñarlo dignamente cuanto más penéis en él; persuadíos de que entonces precisamente derramará Dios sobre vuestro trabajo la abundancia de sus bendiciones» (MF 127,2). «Pues cuanto más fieles seáis a Dios en las ocasiones que se os presenten de padecer, más gracias y bendiciones derramará El sobre vosotros en el ejercicio de vuestro ministerio» (MF 155,3).

Todas esas citas se refieren al «ejercicio de la escuela» y presentan varios aspectos, no exhaustivos, de la espiritualidad con la cual los discípulos de san Juan Bautista de La Salle han de consagrarse. Constatamos, empero, que ahí figuran ya elementos (virtudes y prácticas) que pertenecen a la vida religiosa propiamente dicha. Porque en el Hermano de las Escuelas Cristianas, que es un apóstol, el maestro y el consagrado se integran en uno. Mas para verificarlo, primeramente habremos de estudiar esos actos y esas actuaciones específicas.

3. LOS EJERCICIOS CASEROS

Es una de las expresiones familiares de las que usa el Fundador con notoriedad en la *Colección...* (R 37). Pero también utiliza «ejercicios de la vida espiritual» (Da 333), «ejercicios interiores» (EM 33, L 17.18, MF 125,3), «ejercicios religiosos» (MF 128,3), «santos ejercicios» (MF 191,2) «ejercicios de comunidad» (R 66, RI 350), «ejercicios dia-rios» (RC 27), «ejercicios ordinarios» (RC 13,6) e incluso sencillamente «los ejercicios» (EM 10). La casa de los Hermanos encierra por lo demás una «sala de ejercicios» (R 101, RC 27,29; FD 7).

La vida de los alumnos en la escuela es un aprendizaje que interesa todas sus actividades; de idéntico modo la existencia de los Hermanos se manifiesta en los textos del Fundador, sometida a un entrenamiento constante y adecuado, para hacer de ellos verdaderos «soldados de Cristo». Cualquier «esfuerzo de vida cristiana» se considera como ejercicio y ahí se da un paso rápido de ese significado al de «ascesis exterior e interior».6

Cabalmente el Padre Nicolás Barré en una carta de dirección dirigida a una religiosa, la impulsa a «no eliminar nada, en cuanto se pueda, de todos los ejercicios de devoción, de su silencio, de su soledad, de sus oraciones vocales y mentales, de sus exámenes, de sus lecturas espirituales, de sus caridades para con el prójimo, de la observancia de la regla, de la modestia, de la mansedumbre, del recuerdo de la presencia de Dios, del desprendimiento de las criaturas y de cualquier amistad particular, para reservarse y darse por entero únicamente a Dios: si el fervor, la ternura, la atención y otras gracias semejantes fallan para cumplir bien los antedichos ejercicios, no se ha de ofuscar sino se ha de intentar ejecutarlos lo menos mal que se pueda...» (p. 35, 36).7

Esta lista se nos presenta incongruente y llegamos a la deducción, dada su composición, si podemos considerarla como completa o si más bien nos cabe considerar que su autor no ha trasladado ahí sino lo principal, dejando al criterio de su corresponsal el completar con cuidado una serie que se supone conociera perfectamente por experiencia.

En cuanto a Juan Bautista de La Salle ha creído útil destinar tres capítulos a los ejercicios, en la Regla: el capítulo 3º «Del Espíritu de comunidad de este Instituto y de los Ejercicios que en común se harán», el capítulo 4º «De los Ejercicios de piedad de este Instituto», el capítulo 5º «De los Ejercicios de humildad y mortificación que se practicarán en el Instituto». Mas, de hecho, ellos no agotan el asunto y es menester buscar los datos ausentes en otros capítulos (Los 2º, 7º, 16º y 28º) así como la *Colección*.8

3.1. Lista de los Ejercicios

Ya que atañen al culto, a la ascesis comunitaria o a las ascesis personal, podemos intentar sistematizarlos bajo tres rúbricas, así veremos más claro:

3.1.1. Actos del culto (no todos llamados ejercicios)

- la misa: no se la nombra en el capítulo 4º, ya que la misa comunitaria es distinta que la de los alumnos;

- se la anuncia con veinte campanadas (RC 27,3) y se termina con el O Domina mea (RC 27,8);
- la comunión: bisemanal (RC 4,5);
 - la acción de gracias: duración, media hora (RC 4,8);
 - la recepción del sacramento de «penitencia»: semanal «en un tiempo que no les haga perder ni la escuela ni el ejercicio de la meditación» (RC 4,9);
 - la meditación: «el primero y principal de los ejercicios diarios» (RC 4,1);
 - las oraciones vocales: se les consagra por la mañana un cuarto de hora y por la tarde media hora; se ha de tener en cuenta la lectura del asunto de la meditación para el día siguiente (RC 27,36). A lo largo del día se incrementan con las letanías del Niño Jesús y las de san José;
 - el oficio de la Santísima Virgen: cuyas vísperas y completas las recitan el Domingo los Hermanos que no acompañan a los alumnos a la iglesia (RC 28,14);
 - el rosario: cotidiano, distribuido en tres dieces por la mañana y otros tres por la tarde;
 - las visitas al Santísimo Sacramento: que se imponen «al pasar... ante una iglesia que se hallara abierta» (R 132);
 - los actos de adoración de la presencia de Dios: «en todos los sitios de la casa, al entrar o al salir» (RC 4,13);
 - el acto de besar el suelo «cuando cometan alguna falta en el oratorio» (RC 4,14);
 - las oraciones jaculatorias: aconsejadas entre los medios para llegar a ser interiores (R 56, 63) y objeto de las consideraciones en torno al oficio y a las oraciones vocales (R 101).

3.1.2. *Actos comunitarios.*

- las comidas, según la tradición monástica;
- los recreos que las siguen: la Colección de las cosas sobre las cuales hablarán los Hermanos formaba parte del capítulo 6º de la Regla de 1705, luego pasó a la Colección (R 31);
- la acusación de las faltas: «una vez al día»;
- la advertencia de defectos: semanal;
- la rendición de cuenta de conciencia: cambiada en cuenta de conducta;
- la renovación: revista evaluativa espiritual de la semana (RD 79);
- el retiro anual: (RC 32);
- el silencio: externo, uno de los ejemplos del primer artículo del capítulo 16º (RC 16,1);
- la regularidad.

3.1.3. *Actos personales.*

- el estudio del catecismo: durante el día se le consagra varios momentos (RC 27,10.18.28.35);
- la lectura espiritual: en relación con la meditación;
- la lectura en el Nuevo Testamento: «para adentrarse y vivir en este espíritu» -de fe-(RC 2,3);
- los exámenes: el examen particular a mediodía; el examen de la tarde antes de acostarse; los exámenes que siguen a cada acción;
- el recuerdo de la presencia de Dios: en las acciones;
- el silencio: interior;
- la recolección: lo que actualmente llamamos recogimiento;
- el retiro: mantenerse en la «soledad» de la comunidad;
- la vigilancia: dominio de sí, típico de la espiritualidad del siglo XVII;
- la mortificación de los sentidos;
- la mortificación del espíritu: ambas tan frecuentemente recordadas en la Colección (R 5, 19, 35, 39, 44, 47, 83, 85).

3.2. Una gran parte de la doctrina espiritual de Juan Bautista de La Salle se apoya sobre la práctica de los ejercicios y, en primer lugar, sobre su obligación. Cada Hermano debe «hacer sus ejercicios»,

«cumplirlos», «entregarse a ellos», «aplicarse». Deben ser «exactos, puntuales, fieles, asiduos». Y eso desde el momento de levantarse: «Decidíos desde este momento a ser exactos y muy puntuales en todos los ejercicios de comunidad ya que a menudo la fidelidad en el cumplimiento de todos los ejercicios que durante el día se ejecutan, depende de esta primera acción y resolución» (R 66). Hay que hacerlos «en casa» (L 51.12), sin mostrarse «remiso» (L 11.5) ni ausentarse «sin evidente necesidad y entonces con el permiso del Hermano Director» (RC 16,6). A éste le incumbe, por lo demás, doble responsabilidad en este cometido: su propia regularidad: «Se manifestará muy asiduo a todos los ejercicios de la comunidad... No se dispensará de ninguno» (FD p. 3) y de la comunidad: «No dispensará a ningún Hermano(s) de los ejercicios cotidianos...» (FD p. 6). Por eso la insistencia tan a menudo reiterada de «dejarlo todo a la primera campanada» (RC 16,5): «Sed fieles a vuestros ejercicios y a dejarlo todo a la primera campanada» (L 58.3). «Mi muy carísimo Hermano, sea fiel a abandonarlo todo a la primera campanada y que sean puntuales a tocar en cuanto el reloj haya dado la hora» (L 54,1). «Sed fieles en cumplir cuanto desee Dios de vosotros, convencidos de que habéis de guiaros siempre por sus órdenes. Así, sed exactos en dejarlo todo tan pronto como os convoque la campana para algún ejercicio, sin que cosa alguna sea capaz de deteneros» (MD 6,3). «¿Lo habéis dejado todo al oír la primera campanada, aun hallándoos con personas de fuera? Así ha de hacerse siempre sin falta; ya que, propiamente hablando, por la primera señal de la campana se os descubre la voluntad de Dios» (MF 92,1).

A1 mismo tiempo se complace en desarrollar los frutos. Ellos aseguran la vida espiritual, apagando el espíritu mundano: «Procure, por favor, desligarse de ese espíritu del mundo, al que tiene tanta inclinación, dándose a la oración y a los ejercicios del espíritu...» (L 17.18), estableciendo el alma en la piedad: «Procurad se vaya haciendo tan íntima en vosotros por la aplicación interior y continua a las prácticas piadosas, que os resulte inalterable» (MF 180,2), o reanimándolo: «Aplicaos asiduamente a la oración y a los demás ejercicios piadosos, no menos que al exacto cumplimiento de las Reglas de la Comunidad. Esos son medios seguros para restablecer en vuestra alma las buenas inclinaciones que en ella se habían interrumpido» (MD 71,3).

Para los religiosos, sobre todo, son un camino de santidad. «Procure, por tanto, cumplir bien con su deber y aplicarse a los ejercicios de comunidad pues ellos son los que habrán de santificarle y conducirle a Dios» (L 47,2), «La fidelidad y la puntualidad a los ejercicios ¿la habéis considerado como uno de los principales medios de salvación, ya que, de hecho, así es? Porque esa fidelidad os establece en cierta como seguridad de cumplir exactamente los mandamientos de Dios; pues, según dice Nuestro Señor: Quien es fiel en las cosas pequeñas, lo será también en las grandes» (MF 92,1). «Ya que fuisteis elegidos para procurar en vuestro estado la santificación de los alumnos, tenéis que ser santos vosotros con santidad no común; puesto que a vosotros corresponde comunicarles a ellos la santidad, tanto por el buen ejemplo como por las palabras de salvación que debéis anunciarles todos los días. La aplicación interna a la oración, la afición a los ejercicios piadosos, la fidelidad en dedicaros a ellos y en amoldaros a todas las prácticas de comunidad, os ayudarán particularmente a adquirir esa santidad y perfección que desea ver Dios en vosotros» (MD 39,2).

Recalca los obstáculos que se han de dominar: «Los asuntos externos» que al «disipar mucho el espíritu incapacitarían al vuestro en la ocupación de los ejercicios que exigen un espíritu a tope de Dios» (MF 114,3), la curiosidad: «No os abandonéis a la curiosidad pues daña mucho». Ahí radica probablemente la dificultad que encuentra para dedicarse a la oración y demás ejercicios (L 57,7), la cobardía: «Debería Vd. tener mucho cuidado en no ser negligente (cobarde) durante los ejercicios. No es ése modo para que Dios le bendiga» (L 11,5), las repugnancias «de vuestro estado y de los ejercicios espirituales» (MF 125,2), la privación de consuelos sensibles que «se ha de amar» (R 60). Por el contrario he aquí las ayudas: el recogimiento: «Donde no encontraréis consuelo sino en la asiduidad y aplicación a los ejercicios espirituales» (MF 127,3), la costumbre: «Cuando se haya aplicado con regularidad y por algún tiempo a los ejercicios piadosos dejarán de serle molestos» (L 49.7); pero, sobre todo, la gracia: «Quienes se aficionan a su estado, moran en él muy a su gusto y se complacen en los ejercicios de piedad que allí se

practican, en virtud de un hábito que la unción de la gracia y el amor divino tornan' dulce y agradable» (MF 98,1).

El capítulo 2º de la *Explicación del Método de Oración*, Juan Bautista de La Salle escribe una de sus más bellas páginas sobre la presencia de Jesucristo en medio de los Hermanos. Ahí leemos:

« ¿No es una gran dicha el que, estando uno reunido con sus Hermanos, ya para hacer oración, ya para cualquier otro ejercicio, tenga la seguridad de estar en compañía de Nuestro Señor, y que El está en medio de los Hermanos? Jesucristo está en medio de los Hermanos en sus ejercicios para darles el espíritu de su estado, y para mantenerlos y afianzarlos en la posesión de ese espíritu, que es para ellos el principio y firme fundamento de su salvación, si lo poseen siempre sólidamente y sin alteración... Jesucristo está en medio de los Hermanos en sus ejercicios, a fin de que todas sus acciones vayan dirigidas a Cristo como a su centro, y para que todos ellos sean uno en El por la unión que estas acciones tengan con Jesucristo, que opera en ellos y por ellos. Jesucristo está en medio de los Hermanos en sus ejercicios para que los practiquen con exactitud y perfección...» (EM 9.10).

4. LAS «ACCIONES DIARIAS» (R 36)

Acabamos de hallar en este párrafo último una de las grandes preocupaciones de Juan Bautista de La Salle, relativa a la vida espiritual de sus Hermanos: que conserven continuidad entre los ejercicios a los cuales se dedican y el conjunto de sus demás acciones. En las Consideraciones «referentes a los ejercicios y a las acciones del día» (de por sí el título es significativo), pregunta: « ¿Os acordáis frecuentemente de Dios durante vuestros ejercicios y vuestras acciones? ¿Tienen cuidado, al principio de ofrecérselas y al fin de agradecerle las gracias que les ha hecho, y le ruegan de que se las prolongue y solicitan perdón ante las faltas que pudieran haber cometido al realizarlas?» (R 105). Lo que justifica tales preguntas es la enseñanza que amplía en la *Explicación del Método de Oración*, a través de dos comparaciones muy ricas: «El está en medio de ellos para darles su Santo Espíritu y para dirigirles por El en todas sus acciones y comportamiento... pues Cristo es, con respecto a ellos, como el sol, que no sólo comunica a las plantas la virtud de producir, sino que da también a los frutos la bondad y perfección, que es mayor o menor, según estén más o menos expuestos a los rayos del sol. Así es como los Hermanos hacen sus ejercicios y las acciones propias de su vocación con mayor o menor perfección, en proporción de la mayor o menor relación de conveniencia y unión con Jesucristo... que todas nuestras acciones se refieran a Cristo, y tiendan a El, como a su centro, y saquen toda su virtud de El, como los sarmientos sacan su savia de la cepa; de modo que haya un movimiento continuo de nuestras acciones a Cristo y de Cristo a nosotros, puesto que El es quien les da el espíritu de vida... es este mismo Espíritu Santo quien anima nuestras acciones y es en ellas un Espíritu de vida, y hace que no sean en nosotros acciones muertas, no sólo en cuanto acciones cristianas, sino tampoco en cuanto a acciones propias de nuestra vocación y perfección, que piden en ellas una perfección particular» (EM 9.10.11).

Para lograrlo han de ejecutarse:

- «por espíritu de fe» y «ante Dios»: «De los actos diarios, del fervor con el cual se les debe hacer y de la facilidad que se tiene de salvarse en la Sociedad, haciéndolas con espíritu de fe y de religión, sin hacer nada más» (R 36). «Brille vuestra fe particularmente en las obras, que no debéis ejecutar sino por espíritu de fe, como a ello estáis obligados, en consonancia con el espíritu de vuestro Instituto» (MF 147,3), «Así debe moveros a obrar la fe... sin tener otra mira que a Dios en vuestras acciones» (MD 87,1), «es necesario que se proceda en todo con la única mira de tener contento a Dios y serle grato y que hagáis así vuestras acciones» (MD 75,3);
- por el movimiento del Espíritu: «Venid, pues, Espíritu Santo, a poseer mi corazón y animar de tal modo todas mis acciones, que se pueda decir que las producís más bien Vos que yo, y que ya no tenga vida ni movimiento, ni acción sino en cuanto Vos mismo me los dais» (EM 16);

- en unión con Jesús: «¿Unís todas vuestras acciones a las acciones y los diseños de Jesucristo?» (R 95);
- de conformidad a sus santas máximas: «Dad testimonio -por la conformidad de vuestras obras con las máximas santas- que efectivamente creéis en ellas, puesto que las practicáis» (MF 84,1);
- por el efecto de la gracia: «Nada se dé en vuestras obras que no sea producido por la gracia» (MD 45,3);
- «en espíritu de oración»: «Procurad cumplir en espíritu de oración todas vuestras obras; es uno de los mejores medios para santificarlas» (MF 129,2);
- «por obediencia»: «Basta, en efecto, que algo se haga por obediencia para que agrade a Dios, si se procede con tal llaneza que no se tenga otra mira que obedecer» (MD 57,3).

Es fácil, pues, constatar así la coherencia de la espiritualidad lasaliana: incluso cuando presenta actos definidos y caracterizados, clasificados como «ejercicios»; la espiritualidad los encaja en un conjunto que integra toda la vida. Y las relaciones del lenguaje ayudan a subrayar la unidad fundamental entre acciones diarias y ejercicios cotidianos, ejercicios exteriores (los de la escuela) y los ejercicios internos (los de casa).

5. «LA ESCUELA SIN LOS EJERCICIOS NO VA BIEN»

Con frecuencia se cita la frase del Fundador «que la escuela vaya bien, que funcione»¹⁰ lo que se explica en el sentido de buena organización de los establecimientos o del gran número de diplomas que se deben conseguir. Pero ambas interpretaciones están equivocadas.¹¹ Sin duda, Juan Bautista de La Salle desea que sus escuelas funcionen bien y que aseguren los triunfos de sus alumnos, pero precisamente no es ése el resultado al cual apunta en la antedicha cita. En el capítulo 1º de su Regla ha expuesto ese proyecto que es mucho más ambicioso: «El fin de este Instituto es dar cristiana educación a los niños; y con este objeto tiene las escuelas, para que, estando los niños por mañana y tarde bajo la dirección de los maestros, puedan éstos enseñarles a vivir bien, instruyéndolos en los misterios de nuestra santa Religión, inspirándoles las máximas cristianas, y darles así la educación que les conviene» (RC 1,3).¹²

Pero tales Maestros no pueden desempeñar su función si no tienen la inquietud de incrementar en sí mismos una auténtica vida cristiana, animada por la fe y el celo.¹³ Y el manantial donde deben nutrir y fortalecerla no es sino, según el criterio del Fundador, la aplicación regular a todos sus ejercicios. A ese tenor escribe, con fecha 26 de febrero de 1709 al Hno. Roberto, responsable de Darnetal: «Esmérese por que la escuela funcione siempre bien, tan bien como la regularidad en casa» (L 57.12); igualmente había escrito el 13 de abril de 1708 al Hno. Mathías, sencillo inferior en Mende: «Hay que cumplir el deber no sólo en la escuela, sino también durante los ejercicios de piedad, pues sin éstos, la escuela no puede funcionar bien» (L 49,6).¹⁴

La vida del Hermano es cual lanzadera, un movimiento de flujo y de reflujo entre Dios, que él halla en sus ejercicios, y los discípulos, cuya responsabilidad en la escuela es suya: «Es obligación vuestra elevaros todos los días hasta Dios por la oración, para aprender de El cuanto debéis enseñar a los discípulos; y descender, luego, a ellos, acomodándoos a su capacidad, para hacerlos partícipes de lo que os haya Dios comunicado respecto a ellos, tanto en la oración como en los libros santos, donde se contienen las verdades de la religión y las máximas evangélicas» (MR 198,1), «... debéis explicarles todos los días el catecismo, enseñándoles los artículos fundamentales de nuestra fe...; debéis luego... recogeros para entregaros a la lectura y a la oración; con el fin de instruiros a fondo en las verdades y santas máximas que queréis inculcar; y de atraer sobre vosotros por la plegaria las gracias de Dios, que os son indispensables para ejercer según el espíritu y propósito de la iglesia, el empleo que ella os ha encomendado» (MR 200,2); «Porque tenéis ejercicios que se ordenan a vuestra santificación personal, mas, si vivís animados de celo ardiente por la salvación de aquellos a quienes tenéis encargo de instruir, no los omitiréis nunca, y los encaminaréis siempre a esa intención. Y procediendo así, atraeréis sobre los niños las gracias necesarias para contribuir a su salvación, seguros de que, si obráis de esta forma, Dios responderá de la

vuestra» (MR 205,2).

Al comentar la frase célebre del *Mémoire sur l'Habit* «los ejercicios de la Comunidad y el empleo de las escuelas exigen al hombre entero», el Hno. Miguel CAMPOS observa que «la comunidad es el término que unifica la única vida del Hermano, hacer la voluntad de Dios. Los ejercicios de comunidad están destinados a educar la dimensión evangélica del empleo de la comunidad; el empleo de la comunidad actualiza esta vida evangélica en la realización de la misión del Hijo del Hombre» (CL 45,194).

Ejercicios de la escuela y ejercicios de la casa, distintos, pero siempre unidos en la formulación, ya que inseparables en la realidad de la vida, mantienen este equilibrio que no va exento de conflictos. Juan Bautista de La Salle lo constata: «No se distraiga con pensamientos de la escuela durante la oración, cada cosa a su tiempo» (L 56,7). En principio él plantea, en nombre de la salvación personal, la primacía de los ejercicios: «Nunca quiero preferir nada a mi salvación, y desde hoy, si me apremia desordenada-mente el deseo de aprender las cosas exteriores, como el escribir, calcular y otras semejantes, aunque necesarias o convenientes a mi empleo, y aunque tenga permiso para dedicarme a ellas, me convenceré de que nada de todo eso debe compararse, ni menos preferirse, 15 a los ejercicios espirituales, que están establecidos para mi salvación» (EM 118). Sabe, sin embargo, mostrarse realista y comprensivo frente a un Director desordenado y agobiado: «Es preferible omitir algún ejercicio para ocuparse de algo indispensable, antes que disponer para ello del tiempo dedicado a la escuela» (L 56,5). Toda su sabiduría, en este terreno, está encerrada en el exergo colocado bajo el título de la *Conduite des Ecoles Chrétiennes* (edición de 1720): «Vela sobre ti mismo, y atiende la doctrina, insiste en estas cosas. Porque haciendo esto te salvarás a ti y también a los que te oyeren» (1 Tm 4,16).

1Cf. RICHELET, *Dictionnaire français*, Amsterdam, 1680; FURETIERE, *Dictionnaire universel*, La Haie Rotterdam, 1690; CAYROU, *Le français classique*, Paris, 1948.

2La palabra «affection» significa en aquella época apego de la voluntad, entrega, celo». Cf. RICHELET, FURETIERE, TREVoux, CAYROU

3El vocablo «ordinaire» significa en tal época «habitual, corriente».

4Entonces era una connotación frecuente del verbo ejercer, realizar. Cf. CAYROU

5No «émouvant-émotivo» como hoy, sino «efficaceeficaz». Referencia en la presente obra a «toucher les coeurs».

6Cf. *Dictionnaire de Spiritualité*, col. 1904.

7Nicolas BARRÉ: *Recueil de Lettres spirituelles*, Rouen 1697.

8Un estrecho parentesco vincula *Reglas y Recueil*: ciertos textos son comunes o, tras de haber Figurado primero en uno luego se han insertado en el otro.

9 El participio pasado en su concordancia no siempre se respeta en aquella época.

10Sólo se la encuentra en la correspondencia: L 16.3, 158.20, L 34.18, L 75.8, L 57.12, L 49.6. De donde podemos pensar que pertenece a su lenguaje hablado.

11Cf. Lasalliana, fichas 15.11-C.58 (abril 1989) y 19.13C.82 (septiembre 1990).

12Es decir una educación cristiana, pues son cristianos. Cf. MR 204,1. Nos referimos al prefacio de los *Devoirs d'un Chrétien* (Da).

13Lasalliana ha consagrado varias fichas a la formación de los Maestros lasalianos; se puede con facilidad encontrar ahí esos datos de su vida espiritual.

14Algunas referencias donde se halla expresada la necesaria unión entre los ejercicios y el empleo: L 33.1, L 38.5, L 38.26, L 51.4, L 99.5, MF 114,3...

15Silepsis: concuerda con «cosas» que permanece en el pensamiento del autor.

Temas complementarios:

Temas complementarios:

Catecismo; Empleo; Espíritu del mundo; Espíritu Santo; Instrucciones; Máximas; Modestia; Mortificación; Misterio; Obediencia; Oración; Paciencia; Penitencia; Piedad; Oración vocal; Regularidad; Retiro; Salvación; Templanza; Unión a Jesús; Celo.

BIBLIOGRAFIA

Pierre RICHELET *Dictionnaire français*, Amsterdam, 1680.
Antoine FURETIERE *Dictionnaire universel des mots français*, La Haie, 1690.

BIBLIOGRAFIA

Dictionnaire de Trévoux, Paris, 1704.
Gaston CAYROU *Le français classique*, Paris 1948.
Nicolas BARRÉ, *Recueil de Lettres Spirituelles*, Rouen, 1697.
Jean-Baptiste DE LA SALLE (CL 11, 12, 13, 14, 15, 19, 20, 21, 24, 25).
Miguel CAMPOS, *L'itinéraire Évangélique de St J-B de la Salle*, CL 45.
Dictionnaire de Spiritualité.

H. Jacques GOUSSIN
Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO

25. ESPIRITU DEL CRISTIANISMO



Sumario:

1. El término «espíritu»: 1.1. En la espiritualidad del s. XVII; 1.2. En La Salle. - **2.** El «espíritu del cristianismo» en La Salle: 2.1. Raíces bíblicas; 2.2. Principio de vida. - **3.** Expresiones paralelas. - **4.** Su relación con el Espíritu Santo: 4.1. El «espíritu de Jesucristo»; 4.2. El «espíritu de Dios». - **5.** El «espíritu de fe» y el «espíritu del cristianismo». - **6.** El fin de la educación. - **7.** La otra cara de la moneda: El «espíritu del mundo».

1. EL TERMINO «ESPIRITU»

1.1. En la espiritualidad del s. XVII

Los autores espirituales franceses del s. XVII utilizan profusamente el término «espíritu» pero raramente se paran a definirlo. Esto hace que hablar de «espíritu» sea aludir a una realidad compleja cuyo contenido varía mucho según los autores o incluso dentro de un mismo autor.

Como señala L. COGNET (cf. DS IV, 1233ss.), hay autores, especialmente de la corriente mística del norte europeo, que insisten en el aspecto ontológico del término «espíritu». En este caso destacan su carácter inmaterial y tienden a identificarlo con el alma sin más, o establecen una sutil diferencia entre alma y espíritu. Estos autores se mueven dentro de la línea platónico-agustiniana que señala cierta continuidad entre la naturaleza espiritual del alma y Dios.

Otros autores van a insistir más bien en el sentido vital del término. En este caso se trata de un «principio de acción», raíz fundamental de la actividad humana y que da a ésta una orientación peculiar. En este contexto destaca la escuela beruliana junto a otros muchos autores. En BÉRULLE parece quedar suficientemente establecido que cuando alude al «espíritu», que debe mover al cristiano a practicar la virtud, está hablando del Espíritu Santo. Pero en otros autores la utilización de este término requiere otras matizaciones que sin descartar el entronque trinitario no permiten la identificación sin más.

Cabe señalar, finalmente, cómo en la segunda mitad del s. XVII comienza a encontrarse la palabra «espíritu» utilizada en el sentido de quintaesencia intelectual y moral de una obra, autor, institución...

1.2. En La Salle

No se sustrae a este influjo de su tiempo La Salle. Utiliza en sus escritos más de 2.000 veces la palabra

«espíritu», con abundante variedad de calificaciones: «espíritu cristiano», «de fe», «de religión», «de Jesucristo», «de Dios», «de penitencia», «de oración», «del mundo» ... Uno de los términos clave de su espiritualidad es el de «espíritu del cristianismo». De él nos ocupamos de modo especial.¹

2. EL «ESPIRITU DEL CRISTIANISMO» EN LA SALLE

2.1. Raíces bíblicas

No podemos intentar una aproximación a la concepción lasaliana de «espíritu del cristianismo» sino en relación con los términos: «Máximas del Evangelio» y expresiones similares: «Máximas de la Escritura», «de los apóstoles», «de Jesucristo»... Todas ellas utilizadas con mucha frecuencia, nos muestran el enraizamiento profundamente bíblico de la espiritualidad lasaliana, en sus aspectos cognitivos y prácticos. Los Hermanos, y los alumnos a través de ellos, han de conocer estas «máximas», han de penetrarse de su espíritu y en definitiva han de convertirlas en su propia vida. El «espíritu del cristianismo» descansa de tal modo sobre el Evangelio y sus máximas, que la comunicación viva de éstas es medio indispensable para formar el verdadero espíritu del cristianismo en los alumnos: «En este santo Libro (Evangelio) es donde debéis beber las verdades con que habéis de instruir todos los días a vuestros discípulos, para infundirles por este medio el verdadero espíritu del cristianismo. Alimentad, para ello, todos los días vuestra alma con las santas máximas contenidas en este Libro misterios, y hacéoslas familiares por la frecuente meditación» (MF 159,1).

Pero la íntima relación entre «máximas» y «espíritu del cristianismo» queda definitivamente establecida cuando el Santo estima realidad: «dar el espíritu del cristianismo» y «observar las máximas del santo Evangelio» (MD 37,2; MF 175,2).

2.2. Principio de vida

Con lo que venimos diciendo podemos formarnos ya idea de lo que La Salle entiende por «espíritu del cristianismo». Si por «máximas del Evangelio» entendemos normas de juicio y de acción emanadas del Evangelio, y que deben dirigir la actuación concreta de cada instante para vaciarla sobre el molde de Jesucristo, no hay duda de que la adaptación habitual a estas máximas ha de crear en nosotros un principio unitario de vida, capaz de determinar nuestra conducta en orden a la cristificación total. Este principio que orienta de tal modo nuestra vida, no es otro que el «espíritu del cristianismo».

Tanto al hablar de «máximas» como de «espíritu del cristianismo» advertimos cierta fluctuación que puede poner el énfasis unas veces en el aspecto intelectual, considerando el «espíritu del cristianismo» como una mentalidad; otras veces el aspecto práctico, tomándolo como principio de acción. Pero es innegable que, para La Salle, tanto «máximas» como «espíritu del cristianismo» son inviables sin estrecha e inmediata repercusión vital, manifestada en la acción. Este movimiento pendular, que hace que se presuma la norma de juicio cuando se habla de la acción, y que convierte a ésta en fruto normal de la verdad sembrada en el entendimiento, lo condensa magníficamente la terminología lasaliana en las expresiones «máximas prácticas» (MR 197,2), «verdades prácticas de la fe» (MR 194,3), o cuando insta a los Hermanos a que sus palabras «sean espíritu y vida» para sus discípulos (MR 196,3).

Sólo dentro de esta bipolaridad podemos entender esta frase un tanto enigmática y aparentemente contradictoria: «No basta, pues, procurar a los niños el espíritu del cristianismo y enseñarles las verdades especulativas de nuestra santa religión; hay que enseñarles además las máximas prácticas contenidas en el santo Evangelio» (MR 197,2). El «espíritu del cristianismo» aquí declarado insuficiente es aquel que se reduce a la posesión de un núcleo de verdades puramente especulativas, sin resonancia vital. No es, en consecuencia, «verdadero espíritu del cristianismo». Este, por estar orientado a la vida, debe elevarse

sobre la base, no sólo de las verdades especulativas del Evangelio, sino también de las prácticas. Otras acepciones del Santo abundan en el mismo sentido: «¿En qué demostráis que tenéis el espíritu del cristianismo? Tened por seguro que poseerlo, exige de vuestras acciones que no desmientan la fe que profesáis; antes sean viva expresión de lo que enseña el Evangelio» (MF 84,3).

El «espíritu del cristianismo» supone, pues, la conformación de nuestra mente, nuestro corazón, nuestra vida entera, con la mente, el corazón y la vida de Jesucristo, al dictado de las «máximas evangélicas», entendidas, no en un sentido moralista, sino como punto de arranque de una nueva vida según el Espíritu.

3. EXPRESIONES PARALELAS

Esta misma realidad aparece en la literatura lasaliana bajo otras fórmulas, cuya identidad con la que acabamos de examinar conviene dejar bien definida. El «espíritu cristiano» es la fórmula más próxima. El Santo no tiene reparo en utilizar indistintamente esta expresión para aludir a la meta tantas veces propuesta a los Hermanos en su ministerio, de educar en el espíritu del cristianismo, mostrando con ello su identidad (MF 132,1). Por otra parte, «educar en el verdadero espíritu cristiano», no es otra cosa que hacerlo «según las reglas y máximas del Evangelio» (RC II, 10; R 75s.). Otras veces es la expresión «espíritu de religión» la que encontramos en perfecto paralelismo con «espíritu del cristianismo» (MF 116,2 y 176,3); o también las fórmulas «espíritu católico» (MF 166,1) o «espíritu del Evangelio» (MF 176,3), las que por su contenido reflejan la misma identificación. Con todo ha de notarse que tiene cada una su matiz peculiar, en cuanto, por ejemplo, la fórmula «espíritu de religión» evidencia más el respeto y adoración debidos a la palabra de Dios; y la de «espíritu católico», la necesidad de comprender la «máximas del Evangelio» a la luz de la enseñanza de la Iglesia. Otras expresiones como «espíritu de Jesucristo» y «espíritu de Dios» merecen estudio aparte.

4. RELACION CON EL ESPIRITU SANTO

4.1. El «espíritu de Jesucristo»

Esta expresión merece atención especial. Se encuentra con tanta frecuencia en los autores de la escuela francesa de espiritualidad que viene a ser una de sus características. No hay duda de que La Salle la tomó de dicha escuela, pero lo que no está tan claro es que le atribuya idéntico contenido. No faltan en Bérulle, Olier, J.J. Surin, F. Guillore pasajes que identifiquen el «espíritu de Jesucristo», con la Tercera persona de la Santísima Trinidad (DS, IV, 1238-1246). Si tenemos en cuenta que La Salle dice del «espíritu cristiano» que «es el espíritu de Jesucristo mismo» (MR 196,3), fácil sería dejarse llevar de la tentación de confundir «espíritu cristiano» y todas sus equivalencias: «espíritu de fe», «de religión», del cristianismo»..., con la Persona increada del Espíritu Santo.²

Empecemos por observar, con el P. Rayez, que estas expresiones comunes a la época revisten, con todo, acepciones muy diversas, a veces difícilmente discernibles.³ Valga esto como norma prudencial a la hora de calibrar las expresiones de una escuela cuyo influjo en nuestro Santo está lejos de su perfecta determinación. Sea lo que fuere del contenido de esta expresión en la escuela beruliana, creemos poseer datos suficientes para afirmar que, en La Salle, la inmensa mayoría de las veces, el «espíritu de Jesucristo» no es otra cosa que nuestra semejanza con Jesucristo en el modo de pensar y de ordenar toda nuestra actividad. En último término, poseer el «espíritu de Jesucristo» consiste en: «llevar una vida conforme a la suya y a sus máximas, que están expresadas en el Evangelio y en todo el Nuevo Testamento» (Da IVs.); en practicar perfectamente las virtudes y consejos evangélicos; en estar «revestido de Jesucristo», según palabras de San Pablo (MF 189,1); en conformarse no sólo exteriormente a la conducta de Jesucristo, sino en «participar también de sus mismas intenciones» (MR 196,3). Nociones todas que coinciden perfectamente con la que hemos dado de «espíritu del cristianismo», y que nos inducen a considerar el «espíritu de Jesucristo» como algo realmente distinto de la Persona divina del Espíritu Santo, ya presente

en el bautizado, aunque tengamos que considerar a Esta como causa del desarrollo de este nuevo hábito vital en nosotros. Una buena confirmación de cuanto acabamos de decir lo tenemos en el capítulo de las Reglas dedicado a los «ejercicios diarios», donde en lugares muy próximos y paralelos se prescriben oraciones para pedir «su espíritu» a «Jesús Niño» y a «San José», respectivamente (RC XXVII, 15 y 22). Pero no seríamos fieles a la norma de prudencia establecida anteriormente si no atendiésemos a la posibilidad de que en el mismo La Salle esta expresión connotara diversos contenidos.

A la verdad hemos de confesar que este pluralismo no solamente es posible sino que de hecho existe. Y así tenemos casos, más bien raros, en que las expresiones «espíritu de Jesucristo», «espíritu de Nuestro Señor», creemos deben referirse a la Persona divina del Espíritu Santo (MD 4,3; M R 195,2-3; EM 57s.). Pero nótese bien que en estos casos concretos no vale ya la identificación con el «espíritu del cristianismo» o el «espíritu de fe», que permanecen realidad distinta del Espíritu Santo. Precisamente, como bien señala S. GALLEGO⁴ estos textos, a primera vista ambiguos, lejos de identificar, ponen de manifiesto cómo la Persona divina del Espíritu Santo es la causa de este modo de conocer, sentir y actuar, que La Salle llama en nuestro caso «espíritu del cristianismo». Así exhorta a los Hermanos a no actuar sino movidos por el Espíritu de Nuestro Señor «., de manera que, difundíendose el Espíritu Santo sobre los discípulos, puedan estos poseer plenamente el espíritu del cristianismo» (MR 195,2; cf. MR 196,3).

Sin esta distinción no se comprenderían expresiones que La Salle utiliza repetidamente al hablar de la misión del Hermano, como: «educar» o «formar en el espíritu del cristianismo (MD 69,3; MF 119,2 y 131,1); «procurar», «dar el espíritu del cristianismo (MD 6,2 y 37,2; MF 109,3 y 115,3); «inspirar...» (MD 62,1; MF 126,3); «conducir al...» (R 69,18; RC XXX,1); «madurar en...» (Da 364); etc... Tampoco tendría sentido hablar del «verdadero espíritu del cristianismo» (MF 159,1) o decir que no es suficiente estar bautizado (y por lo tanto haber recibido el Espíritu Santo) para ser verdadero cristiano (Da IV s.).

4.2. El «espíritu de Dios»

Es notable la ambigüedad con que se utiliza la expresión «espíritu de Dios». Casi siempre es referida por La Salle al Espíritu Santo, que se derramó sobre los Apóstoles el día de Pentecostés (MD 43,3), que produce en nosotros la vida de la gracia (MD 45,1), que nos ilumina interiormente y nos hace gustar la máximas del Evangelio y vivir conforme a ellas (MD 44,2-3). Pero existe algún caso en que esta identificación con el Espíritu Santo no es posible, como cuando dice: «La obligación que tenéis de instruir a los niños y de educarlos en el espíritu del cristianismo, debe animaros a ser muy asiduos de la oración, a fin de obtener de Dios las gracias que necesitáis para desempeñar debidamente vuestro empleo; y a fin de atraer sobre vosotros la luces que deben ilustraros para formar a Jesucristo en los corazones de los niños confiados a vuestra solicitud, y para comunicarles el espíritu de Dios» (MF 80,2). Como puede observarse, en este texto encontramos tres expresiones paralelas para urgir una misma obligación: «instruir y educar a los niños en el espíritu del cristianismo», «formar a Jesucristo en los corazones de los niños», «comunicarles el espíritu de Dios»; paralelismo que, en este caso, evidencia la identificación del «espíritu de Dios» con el «espíritu del cristianismo», en el sentido antes explicado.

5. EL «ESPIRITU DE FE» Y EL «ESPIRITU DEL CRISTIANISMO»

La Salle establece claramente que el espíritu del Instituto «es en primer lugar el espíritu de fe» (RC II, 2). Queda ahora por preguntarnos cuáles son las relaciones de este espíritu con el «espíritu del cristianismo». El primer síntoma de afinidad lo encontramos en la íntima relación de ambos espíritus con las «máximas del Evangelio» (R 76). Pero tal vez esto se hace más evidente cuando observamos el nexo de causalidad que La Salle pone entre uno y otros. Puesto que el fin del Instituto es «educar en el espíritu del cristianismo a los niños», establece como consecuencia la necesidad que tienen los Hermanos de estar profundamente penetrados del «espíritu de fe» y considerarlo como «espíritu de su Instituto» (R 71 s.). Lo lógico hubiera sido pedir para los Hermanos el mismo «espíritu del cristianismo», como así lo hace en

otros textos (MD 37,2; MF 132,1 y 171,3). Con ello parece establecerse la equivalencia entre ambas formulaciones. Al mismo tiempo vemos cómo el «espíritu del cristianismo» no es algo que La Salle refiera únicamente a los alumnos. También los Hermanos deben poseerlo. La prueba más categórica de la identidad fundamental entre ambos espíritus nos la da La Salle en el *Recueil* cuando habla claramente del «espíritu de nuestro Instituto, que es el espíritu de fe» y de cómo «este espíritu es el mismo espíritu cristiano y el de nuestro estado» (R 94; cf. MF 160,2).

Hemos de admitir, con todo, y aun supuesta esta identidad, que el modo general de utilizar estas dos expresiones por parte de La Salle, nos lleva a admitir en ellas cierto matiz que las cualifica de algún modo, y hace que aplique normalmente la denominación de «espíritu de fe» para aludir al espíritu propio de los Hermanos, mientras que para referirse a los alumnos prefiere la de «espíritu del cristianismo». En este contexto parece atribuirse una nota de mayor perfección al «espíritu de fe», que vendría a ser como una cierta excelencia en la posesión del «espíritu del cristianismo». Esto explica a su vez la causalidad antes aludida, así como la correspondencia que se establece entre «espíritu del Instituto» y el fin de mismo: «educar en el espíritu del cristianismo a los niños». Pero al mismo tiempo quedaría de manifiesto cómo para La Salle no hay dos categorías de cristianos, sino que tanto la vida espiritual de los seculares como la de los religiosos extrae sus exigencias últimas de una única fuente, el Evangelio.⁶

6. EL FIN DE LA EDUCACION

Tanto desde el punto de vista de los principios como desde el análisis de la génesis histórica está claro que, para La Salle, el fin del Instituto por él fundado es la educación integral de los niños, la educación cristiana (RC I, 3). Tal educación comprende las enseñanzas útiles para la vida (RC I, 4; MR 194,1), pero no sería suficiente si no está informada toda ella por el «espíritu del cristianismo» (MR 194,2). Por ello, el objetivo que ha de proponerse el Hermano al desarrollar su misión es «infundir el espíritu del cristianismo», éste es su «primordial cometido» (MR 194,3; MF 171,3; MD 6,2). Para realizar con éxito esta tarea «debe instruir a los discípulos sobre las máximas del santo Evangelio y el ejercicio de las virtudes cristianas» (MR 194,3; cf. MD 37,2).

Los Hermanos ejercen su empleo como «ministros de Jesucristo». Para cumplir con esta exigencia deben actuar únicamente movidos por el Espíritu Santo. Sólo así lograrán que sus discípulos «lleguen a poseer plenamente el espíritu del cristianismo» (MR 195,2). Este espíritu será para ellos «la vida verdadera que ha de conducirlos con seguridad a la vida eterna» (MR 196,3). Es más, para La Salle el espíritu del cristianismo abre a los alumnos el camino a la más alta perfección cristiana, en cuanto establece como meta ideal el que conformen sus vidas de modo que «no respiren sino por Jesús» (MF 102,2). Tanto S. GALLEGO⁷ como de forma más exhaustiva M.A. CAMPOS⁸ han puesto de relieve la concepción lasaliana de la santidad, así como el sentido escatológico y de encarnación que se encierran en este modo de configurar la misión del Hermano y el fin de la educación.

7. LA OTRA CARA DE LA MONEDA: EL «ESPIRITU DEL MUNDO»

Después de cuanto queda dicho, sólo nos queda recalcar en la antítesis. Así como frente a las «máximas» de Dios, expresadas en la Sgda. Escritura, el mundo alzaba también sus «máximas»,⁹ ahora proclama su «espíritu» y su «sabiduría» frente al «espíritu del cristianismo». Este es el «espíritu del mundo». Es tal el antagonismo entre estos dos «espíritus» que no pueden darse simultáneamente en el alma. La Salle patentiza la guerra sin cuartel entre estos dos principios irreconciliables (MF 182,1) y deja plasmada esta preocupación en las recomendaciones que hace a sus hijos en el mismo lecho de muerte (BLAIN 2, 174).

¹Cf. L. VARELA, *Biblia y espiritualidad en S. Juan Bautista de La Salle*. Salamanca, 1966, p. 193-213.

²Así concluye el H. CLEMENT MARCEL, *Par le mouvement de l'Esprit*, p. 25s.

3 *Revue d'Ascétique et Mystique*; 28 (1952), p. 287.

4 S. GALLEGO, *Teología de la educación en S. Juan Bautista de La Salle*. Salamanca, 1960, p. 99s.

5 L. VARELA, *op. cit.*, 207-210.

Temas complementarios:

6 Cf. M.A. CAMPOS, *Itinerario evangélico de S. Juan Bautista de La Salle*. Madrid, 1988, vol. I, p. 131.

7 S. GALLEGO, *op. cit.*, pp. 102-105.

8 M.A. CAMPOS, *op. cit.*, vol. 1, pp. 16 y 31; vol. II, p. 315.

9 Cf. L. VARELA, *op. cit.*, pp. 167-182.

10 Cf. L. VARELA, *op. cit.*, pp. 190s.

Temas complementarios:

Temas complementarios:

Cristiano; Educación; Espíritu del mundo; Espíritu Santo; Espíritu de fe; Iglesia; Máximas; Ministerio; Misión.

BIBLIOGRAFIA

1. BLAIN: *Vie de Jean-Baptiste de La Salle*. vol. I y II.
2. JEAN-BAPTISTE DE LA SALLE: EM, MD, MF, MR, Da, R, RC.
3. *Vocabulaire lasallien*. Región France, 1985-86.
4. CAMPOS, M.A. *Itinerario evangélico de S. Juan Bautista de La Salle*. Madrid, 1988.
5. CLÉMENT-MARCEL: *Par le mouvement de l'Esprit*. Paris 1952.
6. COGNET L., *Esprit*. in DS, Paris, Beauchesne 1937..., vol. IV, Col. 1233-1246.
7. GALLEGO S., *La Teología de la Educación en S. Juan Bautista de La Salle*. Salamanca, 1960.
8. MARCATO U., *Le massime del Vangelo nella formazione del fanciullo secondo S.G.B. de La Salle*. Riv. Las. 36 (1962), 142-190.
9. RAYEZ A., *Etudes Lasalliennes*. *Revue d'Ascétique et Mystique*, 28 (1952), 18-63.
10. VARELA L., *Biblia y Espiritualidad en S. Juan Bautista de La Salle*. Salamanca, 1966.

H. Luis VARELA MARTINEZ

26. ESPIRITU DEL MUNDO



Sumario:

1. Dos sabidurías antagónicas. - 2. La lucha contra el espíritu del mundo. - 3. Seguimiento de Jesús y espíritu del mundo. - 4. De hito en hito sobre lo esencial. - 5. Conclusión.

Con antelación y en otro módulo de este trabajo se ha definido el significado de mundo y las relaciones con el mundo a tenor del pensamiento de La Salle.

1. DOS SABIDURIAS ANTAGONICAS

He aquí su significado, el espíritu del mundo es un espíritu opuesto al Espíritu de Jesucristo y a las enseñanzas del Evangelio. El espíritu del mundo integra la sabiduría del mundo, la filosofía de los mundanos que son enemigos de la cruz de Cristo. La sabiduría de Dios en sí, «muy antagónica al espíritu y a la sabiduría del mundo (...) ya que sirve de tapadera al pecado».1

La sabiduría del mundo, a los ojos de Dios es considerada como locura, y la sabiduría de Dios está contemplada por las gentes del mundo como locura; en el recto sentir de la palabra mundo tal cual aparece en la Escritura.

2. LA LUCHA CONTRA EL ESPIRITU DEL MUNDO

El espíritu de Jesucristo en nosotros puede resultar aniquilado por el espíritu invasor; la lucha pues está declarada. Según La Salle nada en nosotros ha de constituir presa al espíritu del mundo «no hagáis nada para agradar a los hombres del mundo»,2 «las prácticas y los objetivos de las gentes mundanas están en antítesis de las que habéis de tener».3 Abundando en el mismo criterio Pablo encarece «no os conforméis con este siglo» (Rin 12,2).

El santo aconseja a sus Hermanos que arrojen de sí cuanto favorezca el riesgo de contrariar en ellos el Espíritu de Jesucristo «..., si verdaderamente sois de Dios, seréis enemigos del mundo, y el mundo lo será vuestro, por serlo de Dios: tratadlo pues como a tal».4 El espíritu de los mundanos, partidarios del siglo está más bien vacío de Dios: «No conocen a Dios sino de modo muy imperfecto: por lo cual no piensan en El, no hablan ni oyen gustosos hablar de El y sólo de tarde en tarde le rezan ...»5 «no se aficionan sino a lo

que halaga los sentidos».6 La Salle se da la mano con su maestro Tronson, cuando escribe: «Cualquiera que se adhiera al mundo y a sus bienes no es susceptible del Espíritu de Dios el cual sólo se comunica a quienes sé hallan vacíos de cuanto no sea Dios; el mundo es incapaz de recibir este divino Espíritu ya que no siente afecto sino a la concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida».7

Para glosar las mismas realidades, La Salle hablará de las locas algazaras del mundo;8 de los placeres;9 de la vanidad.10 Amonesta para que las riquezas ni las criaturas lleguen a ocupar nuestro corazón. Deberemos interpretar que «despreciar» el mundo, las cosas terrestres, las riquezas, los honores consiste en otorgarles en nuestra apreciación cordial menos valor que a Dios.12

3. SEGUIMIENTO DE JESUS

A ciertos religiosos que no han perdido el espíritu del mundo y que lo manifiestan en sus modales y comportamientos, interpela La Salle: «Situarse con agrado en las convivencias mundanas, parlotear, a la caza de novedades o preocuparse por ellas; presumir gastar vestidos, paños que se asemejen a los que habitualmente lucen las gentes del mundo, o imitar las modas de exhibirse... afectar en su aspecto no sé qué que trasluce modales mundanos»13 «de manera alguna esas prácticas convienen a personas que se han consagrado a Dios», remata La Salle.

El seguimiento de Cristo podría comprometerse por el espíritu del mundo. Y si La Salle, con su propio lenguaje, denosta ciertos comportamientos que puntualizan la persistencia del espíritu mundano, conviene no perder de vista que lo esencial, él lo localiza fuera, en la cualidad de la relación con Cristo y en la fidelidad a su magisterio.

Es para proteger esta cualidad de relación que La Salle pone en guardia contra la adicción al mundo, a su espíritu, a sus máximas, lo que arrastra a actuaciones en nada conformes con la vida de un discípulo de Jesús.

Aquí, el espíritu de fe, la acción en nosotros del Espíritu Santo, son los antídotos mejores contra el espíritu mundanal. Y en la medida en que el espíritu del mundo nos invade, en idéntica medida decrece en nosotros el espíritu de fe y la acción del Espíritu Santo.

4. DE HITO EN HITO SOBRE LO ESENCIAL

Si nos atenemos en demasía a la letra de los tratados lasalianos sobre el mundo, sin conservar en la mente que lo esencial es la cualidad de relación con Cristo y de la fidelidad a seguirle en la vida religiosa o cristiana, el riesgo de desplazar el acento de lo esencial a lo accesorio no es absolutamente ilusorio.

El Hermano Michel SAUVAGE, en su análisis, no duda en poner sobre aviso contra «el lenguaje negativo de La Salle en relación al mundo» (y a su espíritu), reconociendo sin embargo «que traduce positivamente una conciencia existencial del absoluto de Dios, de su trascendencia... en definitiva de lo que se trata es de entregarse del todo a Dios y a su servicio, de andar en su presencia y encaminarse hacia El sin dejarse acaparar, atar o invadir por las criaturas».14

5. CONCLUSION

Tales son las líneas dominantes de la enseñanza de La Salle sobre el «espíritu del mundo». Observamos que la expresión «desprecio del mundo» roza un aspecto de la mentalidad, pero se vincula más directamente con la noción asaz plurivalente del vocablo «mundo». Importa, pues, completar cuanto aquí se ha dicho sobre el espíritu del mundo, con la lectura del artículo consagrado a la voz: mundo.

1MTR 194,2.

2MD 75,2.

3MD 75,2. Las prácticas y las miras que deben tener los cristianos en el seguimiento de Cristo, son sus máximas, como lo prueban los pasajes MD 44,2; 60,1; 64,2; 75,2, 77,2; MF 125,2.

4MD 41,2.

5MD 41,3.

6MD 41,3.

7MD 42, 1. - En la misma dirección Tronson hablaba del espíritu eclesiástico «incompatible con el espíritu del mundo» que es «amor de las riquezas, de los honores y de las riquezas» (in *Examens particuliers*, primera parte, 4º examen). Tronson se refiere a 1 Co 2,12: Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus sed spiritum qui ex Deo est». Por su lado, La Salle implícitamente hace alusión a Lin 2,15.16: «No améis el mundo ni lo que está en el mundo (...) ya que cuanto está en el mundo - la codicia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y el orgullo de la riqueza proceden no del Padre, sino del mundo...».

8«Mirar con horror (repugnancia) los bailes, las danzas, los espectáculos vanos y las locas alegrías que sirven de diversión al mundo... tales como mascaradas...» (Dc p.74). Este punto se relaciona también con el mundo.

9 «¿Cuántas veces me ha sucedido el exponerme de buena gana a perder eternamente mi alma... por gozar de un vil, vergonzoso y corto placer, de un honor ridículo, de una satisfacción pasajera?...» (EM 116).

10La Salle considera como fruto de nuestra resurrección que participa de la de Jesús, el hecho de despreciar las vanidades y los placeres del mundo «que se huye de las compañías de las personas que viven según el mundo y que de buena gana se frecuenta a las personas de piedad» (i.e. que viven de las máximas de Cristo), en De p. 173.

11Con un sentido del realismo moral, La Salle declara: «Nos está permitido amar a las criaturas y otras cosas del mundo, pero no debemos amarlas sino con relación a Dios, entonces, no será amar a las criaturas, sino amar a Dios en la criatura» (Da p. 94). Este último párrafo ilumina singularmente y libera el pensamiento lasaliano sobre el mundo.

12 Cf. Da p. 96-97, EM 87.

13 MD 76,3.

14AEP pp. 178-179.

Temas complementarios:

Temas complementarios:

Cristiano; Espíritu del cristianismo; Mundo.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

1. SAUVAGE Michel - CAMPOS Miguel: *Annoncer l'Évangile aux pauvres*. Beauchesne - 1977.
2. TRONSON Louis: *Examens particuliers*, Paris, Lecoffre, 1893. O edición de Lyon en 1690.
3. Varios: *Le mépris du monde*. Paris, Cerf. 1965.

H. Gilles BEAUDET

Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO

27. ESTADO



Sumario:

1. Aproximación léxica. - 2. En qué sentido emplea La Salle la palabra: estado. - 3. Elemento integrador. - 4. Estado no excluye dinamismo. - 5. Conclusión.

1. APROXIMACION LEXICA

El vocablo «ESTADO» aparece frecuentemente en el lenguaje del siglo XVII; sus significados, muy variados. La expresión entraña con frecuencia el valor de «condición social», de «estamento social». Vecino de este alcance es el concepto del conjunto social que también es Estado; y de forma más restrictiva, estado sólo representa al aparato del gobierno.

En su contexto eclesial, se estima a la elección de vida, como un estado; así se cita al estado religioso diferenciado del estado seglar. Y en un contexto más amplio la palabra Estado popularizada por la escuela beruliana, toma el sentido de misterio, momentos de la vida de Cristo...

Estado vale para calificar una situación moral, el humor, la disposición en la que se encuentra una persona... Con débil matización, ese término significa igualmente la situación de una persona en un momento singular dado: en ese desgraciado estado...; es pues una coyuntura, una circunstancia. Estado expresa, a veces, el enunciado de cargo... estado o empleo... Si se le encaja su significación de profesión, será menester disipar ambigüedades con la profesión religiosa.

Se pueden descubrir algunas acepciones ocasionales de menos fuste si tenemos en cuenta el pensamiento de La Salle: estar en estado de... hacer estado -manifestarse como- y una traducción próxima: concretar la situación del problema (un inventario).

2. EL PENSAMIENTO LASALIANO

Se expresa con mayor o menor entonación sobre tal o cual significado de los arriba apuntados.¹ Pero una dilatada parte de la enseñanza de La Salle se enfoca a recordar a sus Hermanos los deberes y la excelencia de su estado. Frecuentemente se destaca en evidencia un texto (palabra-fuerza) de La Salle que es núcleo de su espiritualidad. El mismo lo ha incluido, por lo demás, en la «reglas que me he impuesto»² y lo formula así:

«Es buena norma de conducta no hacer distinción entre los asuntos propios del estado y el problema de la salvación y perfecciones propias, y convencerse de que no se asegura mejor la salvación ni se adquiere mayor perfección que cumpliendo los deberes de propio cargo, con tal de que se haga con la mira de obedecer a Dios. He de intentar tener siempre esto ante los ojos» (BLAIN 2, 318).

La palabra ESTADO se ilumina aquí por el contexto de donde La Salle ha sacado esta «buena regla». Retoma en su favor un texto del jesuita Julien HAYNEUFVE que ha escrito para ejercitantes de varios estados a los que propone realizar un examen sobre el particular estado en el cual viven. Pero Hayneufve no se limita al texto que La Salle desea o intenta tener presente siempre ante sus ojos y perspectivas; expande la cuestión y es lo que da la dimensión exacta a la palabra ESTADO que La Salle usa en sus escritos.

Hayneufve propone: «Adorad la divina Providencia que ha establecido tan gran variedad de ESTADOS y Oficios en la Iglesia y en el Mundo y que los distribuye...

«Estad convencidos de que os importa más maravillosamente para vuestra salvación el ser fieles a vuestro estado y que la fidelidad consiste en proceder con diligencia como si lo hubierais recibido de Dios y como hallándoos ante él para dar cuenta del mismo hasta de sus mínimas circunstancias.

«No hagáis distinción alguna entre los negocios propios de vuestro estado y los negocios de vuestra salvación, ya que nunca haréis mejor vuestra salvación ni adquiriréis mayor perfección sino ejecutando los deberes de vuestro cargo, siempre que los cumpláis con vistas a hacer las órdenes de Dios quien os ordena cuanto tenéis que realizar. E igualmente nunca ejecutaréis de mejor modo los deberes de vuestro cargo que pretendiendo sólo el servicio de Dios y vuestra perfección».4

Hay, pues, aquí, elementos que han de caminar a la par: el «empleo» bien cumplido y la perfección con miras a la salvación... En otras palabras, en vuestro estado seglar tenéis que desempeñar un empleo, un cargo. Este oficio desempeñado concienzudamente con la mira en Dios, asegura vuestra perfección y vuestra salvación.

La orientación de Hayneufve y de La Salle les sitúa en el contexto de un vasto movimiento espiritual de los estados de vida que se retrotrae a una larga tradición como lo demostró Brémond.⁵ Francisco de Sales ocupa en él un sitio de honor: él emprende, con su *Introduction à la vie dévote*, «instruir a quienes viven en las ciudades, en las familias, en la corte, y que por su condición están apremiados a hacer vida común en cuanto al exterior».6

Fiel al pensamiento de su tiempo, La Salle considera el estado como el resultado del orden establecido por Dios. Se adentra uno en un estado, ya eclesiástico, ya religioso, ya profano o seglar, porque Dios le ha encaminado... El extracto de ciertas meditaciones, entre otros textos da fe: «Que Dios os determine a abrazar la perfección de vuestro estado, ya que fue Dios mismo quien a él os condujo...».7 Se entra con la mira de la orden y de la voluntad de Dios, si no es menester rectificar sus propósitos: «Considerad cuál es vuestro estado, y cómo entrasteis en él... y como si acabaseis de entrar protestad que no queréis permanecer en él, sino porque creéis que tal es la voluntad de Dios».8 Desde esta perspectiva La Salle con suma asiduidad ha animado a sus Hermanos que dudaban de su estado, para recolocarles ante el buen camino, ofreciéndoles confianza y esperanza... «Huélgome que haya estado de ejercicios espirituales, con el fin de recobrar y acrecentar en sí el espíritu de su estado y oración».9 Con toda claridad estas palabras confirman que la voz estado, en el lenguaje de La Salle designa el estado de la vida religiosa cuya principal virtud es la obediencia: «El fruto principal que la obediencia produce en las personas religiosas es procurarles la perfección de su estado, consolidarlas en él y alcanzarles la perseverancia».10

3. UN ELEMENTO INTEGRADOR

Toda la doctrina de La Salle tiende a la unificación de la vida del religioso educador: el ministerio -opus Dei del religioso docente- es un elemento central de su perfección y de su santificación, tanto como su vida comunitaria o su vida de consagrado y de orante.

Por tal razón, la palabra estado, alcanza sus diversas coloraciones del ministerio, de la vida consagrada, de la vida religiosa comunitaria.

La Salle, trae a la memoria de sus Hermanos, que en su estado, hacen «la obra de Dios»¹¹ que es anunciar el Reino.

Ya se ha insinuado arriba que el concepto estado integra muy particularmente la noción de vida consagrada. Este estado engloba necesariamente la vida comunitaria fraterna y evangélica de reparto y participación, de renuncia y de unión a Dios.

4. RESULTARIA HACER UNA LECTURA POR DEMAS RESTRICTIVA

Ver tan sólo en el uso del vocablo ESTADO un impulso al inmovilismo, al anquilosamiento, o a un atestado de perfección rematada. Los autores que han estudiado la vida religiosa en la época de La Salle o antes, han hablado como de un estado estable, pero no de un estado de perfección adquirida.¹² Pero todos ellos también han insistido a porfía sobre la necesidad de incrementar la perfección y no de creer haberla logrado. Ahora hablamos con suma complacencia de itinerario y marcha, ellos hablaban de adelantamiento y de progresos. Si insisten sobre la estabilidad no es para predicar inercia, sino, al contrario para incitar a la constancia en los entusiasmos. Es estabilidad que se apoya firmemente en la conquista de los objetivos de la vida evangélica... y se encara a la tendencia natural del hombre a abandonar, a veces, cuando la brega reclama demasiado o en demasía grandes renunciaciones... Era una de las convicciones de La Salle que «la naturaleza, de por sí, nos im-pele siempre hacia la relajación y que nos desmentimos con desenfado de las mejores resoluciones que hemos asumido al alistarnos en el servicio de Dios».¹³

CONCLUSION

En síntesis, podemos asegurar que el estado, es la situación que estamos llamados a vivir según los planes de Dios y en la cual nos hallamos efectivamente. A este estado-empleo se vinculan los deberes que hemos de cumplir si queremos encaminar nuestro estado hacia la perfección, y guiar igualmente nuestra alma a su perfección y su salvación. En el caso concreto como el de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, sucede que un empleo particular (el de Maestro o de Hermano de las Escuelas, o de Hermano empleado en oficios complementarios para tal función) sea incluido en su estado. Recordemos que La Salle admitía a los «Hermanos empleados» (servants), destinados a preocuparse del entorno de la casa, como auténticos Hermanos de las Escuelas Cristianas. Una expresión frecuente como «en vuestro estado y en vuestro empleo»¹⁴ pone de realce esta realidad. No se trata de una dicotomía, mas de una realidad integrada. Así, el estado urge la consagración, la fraternidad comunitaria, e implica la misión (la cual se concreta en el empleo), según el carisma del Instituto.

¹ Así, «procurar el bien del Estado» depende del «ministerio» del Hermano. Cf. MF 160,3, AEP, p. 279.

² Véase el estudio consagrado a este texto en *Lasalliana*, 20-3-a 78, 79, 80; también CL 45, p. 250ss.

³ «Prétendant»: vocablo que se usa por aspirante, opositor a... Palabra que se halla con tal significado en Corneille.

⁴ HAYNEUFVE, Julien, *Méditations pour le temps des exercices*, etc. seconde édition, Paris, Sébastien Cramoisy, mdc xlv (1645), p. 33.

⁵ *Histoire du sentiment religieux en France*, t. 1, p. 19ss.

6Citado en *Histoire spirituelle de /a France*, Beauchesne, Paris 1964, p. 273.

7MD 3, 3,

8Pensamiento retenido de Hayneufve y *Pequeños trataditos*, p. 94.

Temas complementarios:

9Carta 27; par. 8; y carta 48,1.

10MD 12, 3.

11MD 59,3 y MF 171,3.

12Rodríguez escribirá en *La perfección cristiana*: «S. Tomás dice que el religioso está en estado de perfección; y esta doctrina, sacada de S. Dionisio, es universalmente aceptada por todos los teólogos. No que uno sea perfecto, desde que se es religioso; sino que se hace profesión por tal hecho de aspirar a la perfección» (en la edición de Régnier-Desmarais). Otro especialista de la vida religiosa, contemporáneo de La Salle escribe: «... La profesión religiosa es un ESTADO que nos sitúa ante la obligación esencial de tender sin tregua a la perfección». (Jean-Paul De Sault [1650-1724], *Avis et Reflexions sur les devoirs de l'état religieux*, 1706, deux volumes in-12).

13R 79. Escribirá La Salle, como complemento: «Que vuestras principales virtudes sean la firmeza y la fidelidad...» (loc. cit.). La palabra «démentons» equivale a «nous oublions» (olvidamos), «nous relâchons du bon état où nous étions».

14La expresión vuelve y se reitera frecuentemente en las *Meditaciones* o el *Recueil*.

Temas complementarios:

Temas complementarios:

Comunidad; Consagración; Empleo; Ministerio; Misión; Salvación.

BIBLIOGRAFIA

1. BRÉMOND H., *Histoire littéraire du Sentiment religieux en France, depuis les guerres de religions jusqu'à nos jours*, 11 vol. Paris, 1916-1933.

2. DUFOUR J. abbé, *Avis et réflexions sur les devoirs de l'état religieux, pour animer ceux qui l'ont embrassé, à remplir leur vocation*. Ouvrage utile non seulement aux religieux mais encore à toutes les

- personnes qui veulent vivre dans le monde avec une piété solide. Par un Religieux Bénédictin de la Congrégation de Saint-Maur (Jean-Paul Du Sault), Paris, Hippolyte Walzer, 1889, t. 1.
3. HAYNEUFVE, *Méditations pour le temps de la retraite, ...* 2e édition, Paris, 1645.
 4. *Lasalliana*, n° 20. Via Aurelia, 476, Roma.
 5. RODRIGUEZ Alphonse, *Pratique de la perfection chrétienne*, traduit de l'espagnol par l'abbé H. RégnierDesmarais, 4 tomes. Poitiers, Oudin, 1865.

H. Gilles BEAUDET

Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO

28. FIDELIDAD - PERSEVERANCIA



Sumario:

1. Precisiones lexicográficas. - **2.** Fidelidad como virtud en sí misma: 2.1. Actuar con fidelidad; 2.2. Vivir la fidelidad. - **3.** Fidelidad: 3.1. a las inspiraciones del Espíritu Santo; 3.2. a la gracia; 3.3. a los Mandamientos; 3.4. a su vocación y a su estado; 3.5. a las Reglas; 3.6. a la obediencia; 3.7. a los ejercicios y a las cosas pequeñas. - **4.** Una condición de fidelidad: ofrecerse y entregarse a Dios.

1. PRECISIONES LEXICOGRAFICAS

Los dos conceptos de fidelidad y de perseverancia no se confunden, pero pueden fácilmente enlazarse entre sí, por el hecho de representar dos aspectos de idéntica actitud interior. La perseverancia constituye de hecho, la condición esencial para que la fidelidad no quede reducida a una actitud momentánea de inicial adhesión sin perspectiva de pervivencia.

La fidelidad destaca en particular la coherencia en los compromisos adquiridos; la perseverancia, su duración en el tiempo y su definitivo aspecto.

A tenor del *Dictionnaire* de Trévoux (1721):

- * La fidelidad: «especie de virtud que consiste en observar exacta y sinceramente cuanto se prometió, lo que en definitiva se está obligado a ejecutar: respaldar los compromisos hechos, las palabras dadas».
- * La perseverancia: «virtud cristiana que da fuerza para permanecer en el camino de la salvación, en la fe, caridad, la observancia de la regla monástica».
- * Según el uso de san Juan Bautista de La Salle, la noción de fidelidad engloba tres sentidos o modalidades principales de empleo:
 - * Como calificación de una acción: por ejemplo: ejecutar con fidelidad, cumplir con fidelidad, observar con fidelidad... En este caso, ella es sinónimo al adverbio de fielmente, es decir de manera coherente.
 - * En su sentido absoluto: cual virtud que manifiesta una actitud de coherencia, de disponibilidad y de dependencia para con Dios, o como cualidad inherente a una condición fundamental del matrimonio cristiano. (Especialmente en Da, pág. 377-400).
 - * En su relación con alguien o con alguna cosa a quien o a que se es fiel. Por ejemplo: fidelidad a las inspiraciones, a la gracia, a los Mandamientos, a las Reglas...

La noción de perseverancia se utiliza nuevamente, ora en su significado absoluto, como virtud de la constancia y de la continuidad sin retroceso, ora en su significación relativa ante cualquier objeto:

perseverancia en gracia, en la piedad, en la oración...

Para clarificar el informe, nosotros consideraremos aquí en primer embate la fidelidad-perseverancia como virtud en sí, y por lo tanto cual actitud relativa a ciertos objetos a los que La Salle se refiere con bastante frecuencia y con suficiente insistencia.

2. FIDELIDAD-PERSEVERANCIA COMO VIRTUD EN SI MISMA

En este significado, La Salle la adelanta como actitud personal que encierra la manera de ser y de actuar del cristiano y, en particular, del religioso. Dos connotaciones resaltan especialmente en la enseñanza lasaliana: la primera hace referencia al modo de actuar; la segunda a su manera de ser. Tal distinción no se enfoca claramente a la substancia, sino a la oferta de una posibilidad didáctica para facilitar el análisis del magisterio espiritual lasaliano.

2.1. Actuar con fidelidad¹

En la espiritualidad lasaliana, en total coherencia con la actitud personal del Fundador y en el ambiente climático religioso y espiritual de su época,² la expresión «con fidelidad» se nos muestra, ante todo, como una cualidad del sentido de la seriedad que ha de estilarse frente a Dios, de quien se han de aceptar sus llamadas y con el cual se ha de comprometer uno mismo al máximo con convicción y coherencia.

Lo que el Fundador llama con frecuencia «la obra de Dios»³ merece cualquier compromiso y toda fidelidad:

«Dios que creó a todos los hombres, desea no carezcan de lo indispensable, y El mismo cuida de ello, cuando otros medios fallan. Vosotros, que en vuestro ejercicio del empleo, hacéis la obra de Dios, vivid seguros de que El cuidará de vosotros, siempre que le sirváis fielmente y nada le neguéis de cuanto os pida» (MD 59,3).

Tomar en serio las llamadas de Dios es condición sine qua non y preliminar al desarrollo futuro de la vida espiritual. Como evocación a la fe voluntariosa de los Magos, La Salle, subraya: «De esa pronta fidelidad a la gracia depende muchas veces la salvación y la felicidad de un alma» (MF 96,1). En el *Recueil* (Trataditos), insiste: «Persuadíos de que importa sobre manera para vuestra salvación, ser fiel en vuestro estado, y que esta fidelidad consiste en no faltar en nada a lo que Dios exige de vosotros, no olvidando que habéis de darle cuenta, aun de las menores circunstancias» (R 94-95). Una de las señales visibles más consistentes del verdadero amor a Dios, es el hecho en sí de que «cumplimos con fidelidad lo que descubrimos que Dios nos exige» (Da 96).⁴

Es lo que nosotros pedimos y prometemos en el Padrenuestro, cuando decimos «hágase tu voluntad...» «pedimos a Dios que nos ayude a obedecer a sus mandamientos con tanta fidelidad y exactitud como ejecutan los Angeles sus órdenes» (Da 446). Lo contrario sería realizar la obra de Dios con negligencia. Cuidado con quien falta a su fidelidad de tal manera, subraya con seriedad grave La Salle: «Procurad que vuestras principales virtudes sean la firmeza y la fidelidad en la práctica del bien, particularmente en lo tocante a vuestras Reglas y a vuestros ejercicios, y cuidado de no relajarnos en lo más mínimo sobre este punto; pedid a menudo esta firmeza y fidelidad de que necesitáis para alcanzar el don de la perseverancia, y para no incurrir en la desgracia de aquéllos de quienes se dice en la Escritura: «Maldito el que hace la obra del Señor con negligencia» (R 78-79).

Este juicio se vuelve a encontrar en MR 201,1: «Pero al llamaros para tan santo ministerio, os exige Dios que lo desempeñéis con celo ardiente por la salvación de los niños; pues ésa es la obra de Dios, y Dios maldice al que ejecuta su obra con negligencia».

2.2. Vivir la fidelidad

Si, como se ha demostrado, en cualquier momento de la vida se esfuerzan las gentes por actuar «con fidelidad», se crea entonces una actitud de continua y estirada fidelidad y observancia, que da plenitud a la respuesta a la llamada de Dios a través del don total de toda su vida. La Salle expresa esta necesidad de continuidad en la fidelidad, que también es una condición, la condición de verdad y de plenitud, bajo la forma de una oración:

«Vos sois mi Señor y mi Dios: me someto total e irrevocablemente a Vos, como a mi Rey eterno, de quien dependo y quiero depender para siempre. Os juro, ¡oh Soberano Señor mío!, eterna fidelidad, obediencia y amor. Asistidme, ¡oh adorable Salvador mío!, con la gracia poderosa que vinisteis a traernos y merecernos por vuestro nacimiento; para que persevere constantemente hasta la muerte en la fidelidad que os debo y os prometo: la que os pido, ¡oh amable Jesús mío!, por intercesión de vuestra Santísima Madre» (EM 75-76).

Pero, ¿es el hombre fiel a Dios, o es Dios quien es fiel al hombre? El dilema se resuelve tan sólo si se tiene ante la mente los lazos misteriosos que unen la fidelidad de Dios y la del hombre en los acontecimientos de la vida, en los cuales ambas fidelidades se condicionan recíprocamente por derroteros misteriosos:

«Comprendamos por aquí, que Dios nunca desampara de todo punto a los de recto corazón y que, a su tiempo, cuida de prevenirlos con sus gracias. Pero importa mucho que ellos sean fieles en corresponder, y en seguir las divinas insinuaciones luego de haberlas recibido; si bien, como hizo san Anselmo, después de haber consultado a sus superiores, y en consonancia con el parecer de éstos; pues de tal fidelidad depende con frecuencia la salvación de muchos» (MF 115,2).

Esta mutua correspondencia, y el recíproco condicionamiento que de ahí brota, son más claramente explicitados por La Salle cuando, en las Meditaciones, contempla la visita de María a Isabel:

«Estimémonos felices cuando Dios nos visita con sus inspiraciones. Seamos fieles en seguirlas, porque a esta fidelidad vincula Dios ordinariamente muchas gracias, que no concede sino en cuanto se lleva a la práctica lo que El manifiesta ser voluntad suya, respecto de aquéllos a quienes las otorga. Dios nos comunica sus santas inspiraciones con el único fin de que seamos diligentes en ponerlas por obra, a fin de cumplir con exactitud su santa voluntad» (MF 141,1).

Tal fidelidad se verifica por la perseverancia, incluso en caso de contrariedad y de padecimientos. Esas mismas ocasiones son en verdad las más válidas para demostrar la fidelidad auténtica, «pues, cuanto más fieles seáis a Dios en las ocasiones que se os presenten de padecer, más gracia y bendiciones derramará El sobre vosotros, en el ejercicio de vuestro ministerio» (MF 155,3 y 144,2).

La vida cristiana, de hecho, está esencialmente constituida por la continuidad y no por tantas generosas decisiones momentáneas⁵ pero que adolecen de la cualidad esencial de la perseverancia: perseverar es palmariamente tan importante como estar disponible ante el primer impulso de la gracia: «Vosotros podéis tener la suerte de ser enseñados por el mismo maestro que tuvo san Marcos, si leéis a menudo las epístolas de san Pedro y sois fieles en llevar a la práctica las santas máximas, tan consoladoras como instructivas, que en ellas se contienen» (M F 116,1).

He aquí con idéntico empeño a SAUVAGE y a CAMPOS lo que subrayan:

«Lo más frecuente es el tono del registro de la llamada con que La Salle evoca la consagración particular de sus discípulos al Señor: llamada para que renueven en totalidad ahora y aquí su don, llamada a vivir

con toda la realidad concreta. El Fundador parece mucho más preocupado por invitar a los Hermanos a realizar efectivamente su consagración en su vida que de destacar el acento sobre el gesto inicial del cual pre-tenderían ufanarse y sobre el cual se creerían poder descansar, mientras que sólo alcanza su valor y significado en la medida en que está ratificado por la existencia. Para él no hay, desde este sentido, estado donde se estaría ipso facto consagrado a Dios; es preciso reanudar cada día el darse a El».6

En sintonía con esta aseveración de «continuidad en la fidelidad», poseemos las páginas en las cuales La Salle trata del sacramento del matrimonio. Es un aspecto de la vida cristiana en la cual la fidelidad constituye una realidad central y fundamental. En los *Devoirs d'un chrétien*, La Salle destaca frecuentemente con evidencia esta connotación específica del concepto de fidelidad: «Los esposos deben a sus mujeres amor, respeto, fidelidad y viceversa» (Da 127). En el matrimonio lo esencial es «guardar uno por otro una muy grande fidelidad» (Da 378, 384, 399-400); así, pues, el signo externo del intercambio de las alianzas o anillos recuerda esta realidad, porque «el anillo es señal de la fidelidad inviolable» (Da 398).

3. FIDELIDAD A...

Para situar el concepto de fidelidad en lo concreto de la vida, La Salle, en la mayoría de los casos, lo pone en conexión con el objeto al cual se refiere la fidelidad. Porque en definitiva la fidelidad se ejerce siempre en relación con Dios, ya directamente (por ejemplo, fidelidad a las inspiraciones, a las gracias, a las órdenes...) ya indirecta-mente a través del intermediario de las realidades por las cuales Dios manifiesta su voluntad y sus llamadas (por ejemplo, fidelidad a las Reglas, a los Ejercicios, a la obediencia...). La justificación de los diversos temas ocupa un lugar amplio en la enseñanza lasaliana. Presentaremos aquí un cuadro sintético.

3.1. Fidelidad a las inspiraciones del Espíritu Santo

El tema de la vida espiritual dinamizada «por el movimiento del Espíritu»⁷ ocupa un espacio holgado en la visión lasaliana en sintonía con todo el movimiento espiritual del siglo XVII. «¿Sois fieles en seguir la voz de Dios cuando os habla en la oración? ¿No desoís con frecuencia sus santas inspiraciones?» (M F 78,1). En el *Recueil* (Trataditos) resalta la importancia de esta fidelidad, y analíticamente la motiva: «Fidelidad a las inspiraciones y a los movimientos interiores:

1. Porque ordinariamente son luces que Dios difunde en el alma, para iluminarla tocante a lo que ha de hacer en orden a su bien particular.
2. Porque, cuando somos infieles a las inspiraciones, Dios cesa de dárnoslas, viéndolas inútiles.
3. Porque el no ser fiel a las inspiraciones es lo que llama san Pablo «apagar en sí el Espíritu de Dios»; y hasta puede decirse que es «resistir al Espíritu Santo» e inferirle grande injuria» (R 62).

Naturalmente, a la par de la fidelidad, La Salle destaca la importancia del prudente y necesario discernimiento con que se ha de obrar. Su realismo no es menor a este respecto: «¿Sois fieles en seguir las inspiraciones con que Dios os favorece? ¿Consultáis a los superiores, antes de ponerlas por obra, para que se cercioren de si proceden de Dios y os ayuden a tomar las precauciones necesarias, de modo que os resulten provechosas?» (MF 115,2 y 99,3).

Naturalmente, el riesgo mayor permanece por siempre el de ser «sordo a las inspiraciones de Dios» (MD 64,1) que arrastra como consecuencia la insensibilidad espiritual: «¡Ah! ¡Cuán difícil y raro es curar un alma cuando su sordera es invete-rada!», se exclama en la misma Meditación.

3.2. Fidelidad a la gracia

Está íntimamente vinculada a la precedente con la cual muy frecuentemente la une Juan de La Salle en un

mismo movimiento interior: «Admiremos la fidelidad de este santo a los primeros movimientos de la gracia, y su prontitud en seguir la divina inspiración. ¿Somos tan fieles como san Antonio en secundar las inspiraciones de Dios, y ejecutamos con la misma rapidez cuanto la gracia solicita de nosotros?» (MF 97,1).

La pronta fidelidad en la vida religiosa tiene algo de milagroso:

«También vosotros podéis obrar diversas clases de milagros, tanto en vuestras personas como en el empleo: en vuestras personas, por la entera fidelidad a la gracia, no dejando sin correspondencia ninguna de sus mociones; en el empleo, mudando el corazón de los niños descarriados que Dios confía a vuestros desvelos, hasta hacerlos dóciles y fieles a las máximas y prácticas del santo Evangelio, piadosos y modestos en la iglesia y siempre que oran, cumplidores de su deber en la escuela y en sus casas. Tales son los milagros que Dios os da poder de obrar y que exige de vosotros» (MF 180,3).

La actitud contraria, sin embargo, representa una traición ante el compromiso fundamental exigido al cristiano y más aún al religioso:

«Persuadiéndonos de que no merecen llevar nombre de cristianos, y mucho menos de religiosos y consagrados a Dios, quienes no se esfuerzan por ser particulares amigos de Dios, mediante la fidelidad a sus gracias, y el cuidado constante de buscar únicamente su gloria y la salvación eterna» (MF 184,30 cf. MD 5,1).

La dinámica de la conversión de san Agustín (MF 123) está estudiada en profundidad desde el aspecto de la resistencia a la gracia hasta la rendición total que le proporcionó la paz: «San Agustín mostró tanta fidelidad a la gracia desde el momento de su conversión, que se esforzaba en contrariar de continuo las inclinaciones de la naturaleza» (MF 123,3).

3.3. Fidelidad a los Mandamientos

En la MD 42 La Salle aborda el tema de las «disposiciones para recibir al Espíritu Santo»: naturalmente coloca en primer término «amar a Dios y darse del todo a El» pero las palabras de Jesús «si me amáis, guardad mis mandamientos» le llevan de la mano a recalcar la segunda disposición necesaria que es ésta:

«Guardar fielmente los mandamientos de Dios, y esmerarse en cumplir en todo su santa voluntad. Pues, como Jesucristo asegura que el Espíritu Santo permanecerá siempre en aquellos que le reciben; y que no puede complacerse sino en quienes procuran hacer siempre lo que Dios desea de ellos y conformarse en todo con su santa voluntad; síguese que nadie puede pretender recibirlo si no se dispone a cumplir en todo la voluntad de Dios» (MD 42.1-2).

Idénticamente, el tratado sobre la fidelidad a los Mandamientos, en Da y Db, prolonga la idea de la relación al amor: «La prueba primera que podemos ofrecer de que amamos a Dios y al prójimo, es cuando guardamos fielmente y con exactitud los santos Mandamientos de Dios, porque quien ama a Dios debe querer lo que El quiere y hacer lo que El ordena, y ya que los Mandamientos que de El hemos recibido nos invitan a amarle verdaderamente así como a nuestro prójimo» (Da 1;2). Consecuentemente, «los que los habrán observado con fidelidad serán eternamente felices en el cielo, donde contemplarán a Dios...» (Da 104). En la explicación del Padrenuestro vuelve nuevamente a la dimensión central de esta fidelidad a los Mandamientos: «Se solicitan todos los bienes que son necesarios, los del cielo, los del alma que son las virtudes y la fidelidad a los Mandamientos de Dios y de la Iglesia...» (Db 279).

3.4. Fidelidad a su vocación y a su estado

En ese contexto fidelidad y perseverancia confluyen uniéndose más estrictamente y se superponen fácilmente, puesto que la perseverancia está enlazada con la fidelidad y viceversa. Son causa y efecto recíprocamente. Para La Salle, la fidelidad a la vocación está estrechamente acoplada a la fidelidad a la obediencia. Volveremos sobre el tema:

«En ello habéis de poner toda la aplicación y esmero; ya que de ahí depende, por lo común, la fidelidad a vuestra vocación. En consecuencia, lo que debéis pedir a Dios con más insistencia es que os enseñe a obedecer y a obedecer bien, no obstante los estorbos y dificultades que el demonio suscitará en vosotros con el fin de inspiraros repugnancia hacia ello» (MD 10,1).

De hecho: «El fruto principal que la obediencia produce en las personas religiosas es procurarles la perfección de su estado, consolidarlas en él y alcanzarles la perseverancia» (MD 12,3).

Lo contrario es análogamente cierto:

«Porque ¿de dónde procede la falta de perseverancia? ¿No es, acaso, de haber perdido el amor a las reglas y a las prácticas de la comunidad; de hastiarse luego de ellas y, finalmente, de cumplirlas a desgana?» (MD 12,3).

Concepto vuelto a recogerse con mayor fuerza en otra Meditación:

«Ahora bien, por ser la obediencia la primera virtud que debe observarse en Comunidad, y la principal entre las que ayudan a mantenerse en ella, tan pronto como la obediencia falta, se siente uno dejado a sí mismo, sin fuerzas ni vigor, e incapaz por ello de producir el bien correspondiente a su peculiar estado; de donde se sigue que, o no se persevera, o que, permaneciendo en él, se vuelve uno inútil, y aun perjudicial a los otros, como rama desgajada del tronco, que es Jesucristo, de quien ya no fluye la savia necesaria para producir fruto» (MD 72,2).

La perseverancia en la vocación se alcanza en la oración y se la favorece con la fidelidad a toda prueba: «No dejaré de rogar a Dios, como Vd. me lo suplica, que le conceda la perseverancia hasta el fin de sus días» (L 51.6). «Y para merecer la perseverancia en tan santa vida, seamos fieles a las prácticas más insignificantes de la Comunidad, y a los menores puntos de observancia» (MF 89,1).

3.5. Fidelidad a las Reglas

Se aprecia con claridad que las varias fidelidades se sostienen y se entrecruzan recíprocamente, dado que ellas representan los distintos aspectos de una única elección fundamental. Para La Salle, la Regla, de mano con la obediencia, representa el medio privilegiado para la escucha de la voz de Dios y para el discernimiento de su voluntad así como el apoyo más válido para ser fiel a la aceptada voluntad de Dios. De hecho, ser fiel quiere significar entrar en sintonía y conformidad con el proyecto de Dios y a partir de ahí desarrollar la vida interior. En el *Recueil* (Trataditos), cuando La Salle enumera los «medios de los cuales se valdrán los Hermanos para llegar a ser interiores» adopta el siguiente orden prelatorio: «La fidelidad: 1. a las Reglas; 2. a las prácticas mínimas de la Comunidad; 3. a la obediencia; 4. a las inspiraciones y a los movimientos interiores; 5. a la apertura de conciencia a su Superior o Director» (R 56).

La sintonía con la voluntad de Dios permanece siempre al fondo de la observancia de la Regla y constituye la motivación más verdadera:

«No hay duda de que vosotros habéis dejado el mundo con el fin exclusivo de consagraros totalmente al Señor y de poseer en abundancia su divino Espíritu; mas, si no ejecutáis con exactitud cuanto descubris ser

voluntad de Dios, no soñéis con alcan-zarlo: esmeraos en la observancia puntual de vuestras Reglas» (MD 42,2).

Idénticamente, la condición para edificar la verdadera libertad de los hijos de Dios: «Hagámonos, por decirlo así, cautivos por el amor de Dios, mediante la obediencia exacta y la perfecta fidelidad a nuestras reglas. Esta sumisión voluntaria y amorosa hará que seamos verdaderamente libres, con la noble y gloriosa libertad de los hijos de Dios» (MF 83,1; cf. MD 64,1; MD 72,1...).

La síntesis de las principales motivaciones por la cuales él impele fuertemente a la fidelidad de las Reglas, la Salle la ofrece en el *Recueil* (Trataditos): «Fidelidad a las Reglas: 1. Porque son el primer medio de santificación en una comunidad. 2. Porque no se reciben las gracias de Dios en una comunidad, sino en proporción de la fidelidad con que se observan sus Reglas. 3. Porque se adelanta más en la perfección por la fidelidad a la observancia de las Reglas, que por cualquier otro medio» (R 61).

De ahí se deduce la insistencia sobre la regularidad como medio esencial para la santificación personal y la vida comunitaria (R 82-83; RC XVI).

3.6. Fidelidad a la obediencia

Como se ha manifestado con antelación, ésta está frecuentemente encadenada a las demás formas de fidelidad de las cuales constituye también un medio válido de discernimiento.⁹ Para esto, en la enseñanza de la Salle, ella ocupa un eje que, por lo menos en teoría, puede parecer a veces casi excesivo.¹⁰ No es éste el palenque para entablar tal debate. Solamente se quiere recordar qué empeño tenía La Salle por la «fidelidad a la obediencia» como garantía y fundamento de la vida religiosa. La MD 10, en particular, se centra sobre la «fidelidad a la obediencia, no obstante las más violentas tentaciones». A esta fidelidad se vincula muy estrechamente la de la vocación, como ya se ha señalado, en la medida en que ellas aparecen enlazadas como causa y efecto. La MD 12, a su vez, exhorta:

«Deducid de todo ello cuánto importa que os aficionéis a la obediencia, con predilección sobre cualquier otra cosa, y que pongáis vuestra principal diligencia en practicarla; pues, según Sulpicio Severo, es la primera y principal de cuantas virtudes constituyen el ornato de las comunidades. Tened por seguro que no amaréis vuestro estado ni poseeréis su espíritu sino en la proporción en que seáis fieles a la obediencia» (MD 12,3).

De similar tenor cuando La Salle reflexiona sobre el ejemplo de san José:

« ¿Tomáis tan a pechos vosotros el cumplir la voluntad de Dios como este Santo? Si queréis que os colme Dios de gracias, tanto en vuestro favor como para educar cristianamente a los niños, cuya tutela y formación os está encomendada, debéis imitar a este Santo en su amor y fidelidad a la obediencia, la cual os conviene más que ninguna otra virtud en vuestro estado y empleo, y es la que mayor caudal de gracias os merecerá» (MF 110,2).

En su concisión y síntesis, el *Recueil* (Trataditos) es lapidario cuando saca a luz las motivaciones de tal actitud del Hermano: «Fidelidad a la obediencia: 1. Porque es la virtud de estado en una comunidad; 2. porque atraemos más gracias sobre nosotros con la obediencia que con cualquier otra virtud; 3. porque el adelantamiento en la perfección está en proporción del empeño que se pone en destruir el amor propio, y para llegar a esta total destrucción es medio seguro la perfecta obediencia» (R 62).

3.7. Fidelidad a los Ejercicios y a las cosas pequeñas

El principio general que afirma La Salle es que no se dan cosas pequeñas ante Dios. La palabra evangélica

«quien es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho...» (Lc 16,10) la repite constantemente en varios contextos (MF 89,1). Muy significativo es, en tal sentido, el principio de MF 92, donde se recuerda el principio general de que la fidelidad cotidiana en las cosas que podrían parecer mínimas, garantiza la fidelidad a los Mandamientos, apoyándose para ello sobre el pasaje citado de san Lucas.

«Se puede faltar a la observancia regular: dentro de casa, fuera de casa y en la escuela. Dentro de casa, puede faltarse en tres cosas: la primera, en lo tocante a la fidelidad y puntualidad en los ejercicios; ¿habéis considerado (la observancia) del primer punto como uno de los principales medios de salvación, ya que, de hecho así es? Porque esa fidelidad os establece en cierta como seguridad de cumplir exactamente los mandamientos de Dios; pues, según dice Nuestro Señor: Quien es fiel en las cosas pequeñas, lo será también en las grandes» (MF 92,1).

En general, La Salle incluye en esta categoría a todas las prácticas y todos los ejercicios comunitarios que pueden alcanzar importancia variada en sí mismos, pero que son ejecutados con profunda fidelidad. Después de haber hablado de la «fidelidad a las Reglas», el Recueil busca desentrañar los motivos de la «fidelidad a las prácticas de comunidad: 1. porque la causa de la no observancia es el poco aprecio en que se tienen; y no obstante, son de mucha consideración a los ojos de Dios; 2. porque según la Escritura, «el que menosprecia las cosas pequeñas, caerá poco a poco». El mismo santo Evangelio nos enseña que la recompensa del cielo será dada por la fidelidad en practicar cosas que de por sí parecían pequeñas, como el haber dado de comer a los pobres: «Porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho», dice Jesucristo, bajo el nombre del Padre de familias» (R 61-62).

Con la aurora es necesario entrar en esta disposición de alma: «Guardad fielmente silencio hasta el momento de la oración, suspirando por el instante en que debéis empezarla; resolveos, desde entonces, a ser muy exacto y puntual a todos los ejercicios de comunidad; porque a menudo la fidelidad en hacer bien todos los ejercicios del día, depende de esta primera acción y resolución» (R 66-67).

Tal es la enseñanza habitual del Fundador: «Nada le atraerá tanto las bendiciones de Dios como la fidelidad a las cosas pequeñas» (L 11.9).

4. UNA CONDICION DE LA FIDELIDAD: OFRECERSE Y ENTREGARSE A DIOS

Para ser fiel, es necesario entregarse internamente y ponerse a la disposición del proyecto de Dios: «Entregaos al Espíritu de Dios frecuentemente a fin de no obrar sino por El al ejercerlo» (MR 195,2). En verdad, la fidelidad y la perseverancia gravitan sobre esta condición inicial y fundamental que La Salle califica con las expresiones iteradas: «ofrecerse, entregarse». En este contexto asumen una enseñanza central de la Escuela Francesa de espiritualidad, es decir, el acto de abandono o de entrega y de disponibilidad para acoger las llamadas de Dios y para ser fiel al cumplimiento de su voluntad.¹¹ Nos contentamos aquí con recordar el lazo estrecho entre los conceptos de fidelidad y de perseverancia. «Desde el instante en que uno se despierta, se debe pensar en Dios, ya que Dios piensa siempre en nosotros; entonces hay que ofrecerse a Dios y consagrarle todo el tiempo y todas las acciones del día» (Da 489-490).

La fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo (Dc 153) y la de la Presentación de María (Dc 202); las considera La Salle como ocasiones apropiadas para renovar con profunda convicción este acto de ofrenda y de don o entrega que debe, pues, ser en el futuro una actitud trillada de la vida espiritual.

La conclusión de la oración cotidiana constituye otro momento particularmente intenso en esta perspectiva: se ofrecen a Dios las resoluciones tomadas y uno se ofrece con ellas, como signo de la disponibilidad, a ser fiel a cuanto se ha determinado en la oración como don de Dios; el acto de ofrecimiento tiene, pues, esta significación: «Se hace al fin este acto último, presentando a Dios nuestra

oración, las resoluciones que en ella hemos tomado, y la disposición en que nos hallamos de cumplirlas, ofreciéndonos también nosotros mismos a Dios con todas nuestras obras y toda nuestra conducta del día» (EM 126 y R 16). Pero un aspecto particular de esta disponibilidad fundamental a hacerse fiel a la acción de Dios está presente en la exhortación de La Salle «a ofrecerse y a entregarse a Jesucristo o a su Espíritu», con la finalidad de una acción apostólica más eficaz. Unirse íntimamente a Cristo, representa de hecho la mejor y única garantía de ser fiel y perseverante en el bien, más allá de su propia capacidad y se sus buenas disposiciones.

He aquí algunas enseñanzas significativas:

«Admirad cómo la misericordia de Dios pone remedio a todas las necesidades de sus criaturas, y da modo a los hombres de llegar al conocimiento del verdadero bien, que es el ordenado a la salvación de sus almas; y ofreceos a El para ayudar en esto a los niños que tenéis a vuestro cargo, según lo exija Dios de vosotros» (MR 197,1).

«Para cumplir ese deber con tanta perfección y exactitud como exige Dios de vosotros, entregaos a menudo al Espíritu de Nuestro Señor a fin de no obrar sino por El al ejercerlo...» (MR 195,2).

«Ponderemos a menudo que, habiéndose dado Jesús todo a nosotros y por nosotros, debemos por nuestra parte darnos del todo a El, hacerlo todo por El, y no ir a lo nuestro en cosa alguna. Y, también que nuestro único empeño lo hemos de poner en desasirnos de todo lo criado, para aficionarnos sólo a Dios, ya que nada puede parangonarse con El, y que no hay otro a quien con seguridad podamos entregar el corazón» (MF 88,2).

Incluso el momento delicado de la Corrección de los alumnos implica parecido acto de ofrenda y de fidelidad a las intenciones salvíficas del Dios a quien se quiere servir:

«Lo primero en que deben reparar es en no echar mano de ellas sino guiados por el espíritu de Dios. Antes, pues, de decidirse a hacerlo, conviene recogerse interiormente para entregarse al espíritu de Dios, y disponerse a administrar la reprensión o el castigo con la mayor cordura posible, y del modo más adecuado para que sean de utilidad a quienes han de recibirlos» (MR 204,1).

En definitiva el fundamento de toda la perspectiva de fidelidad trazada por la enseñanza espiritual lasaliana se halla siempre en la entrega total de sí mismo a Dios.

«Entregaos del todo al divino Espíritu para que pida a Dios por vosotros cuanto convenga al provecho de vuestra alma y al de aquellas que tenéis a vuestro cuidado. Y para que no obréis en todo sino por El» (MF 62,2; cf. también MD 58,1; 70,2; MF 104,1; 123,2; 146,3...).

1La expresión «con perseverancia» es mucho más rara: La Salle la utiliza un par de veces solamente y en el mismo contexto, cuando habla de «rogar a Dios con perseverancia» (Db 259).

2En las biografías del Fundador, se subraya constantemente su formalidad en la cercarías de los varios compromisos, desde su infancia. Véase, por ejemplo, Saturnino GALLEGOS 1; 0 Miguel CAMPOS, CL 45, p. 92-175. Para el ambiente de la época cf. Raymond DEVILLE.

3La Salle aplica a veces esta expresión a la creación, pero con mayor frecuencia a la acción educadora del Hermano, como colaboración a la acción salvífica de Dios. Cf. las palabras «oeuvre-ouvrage» en el Vocabulario Lasaliano, especialmente con referencia a sus Meditaciones.

4Es una de las enseñanzas características de la espiritualidad lasaliana el concentrar la total base de la relación con Dios en torno al concepto del amor. Cf. ALPHONSE: *A l'école de saint Jean-Baptiste de La Salle*, Paris 1952, pp. 319...

5Es necesario no perder de vista, con esta finalidad, la enseñanza práctica y corriente que llega de los

acontecimientos existenciales de La Salle. Una lectura sintética se nos ofrece por él mismo en sus confidencias a los señores Gense y La Cocherie, donde él mismo interpreta los acontecimientos. Cf. BLAIN 1, 388; BLAIN 2, 357-58; GALLEGO p. 539-40.

Temas complementarios:

6SAUVAGE y CAMPOS: AEP, p. 213. Cf. Frère ALPHONSE, p. 195.

7M D 3,2; 4,3; 43, 1; 62,2; M F 107, 1.

8Frère CLEMENT-MARCEL *Par le mouvement de l'Esprit*, o Michel SAUVAGE, M. CAMPOS: AEP p. 225-241.

9SAUVAGE y CAMPOS: p. 228-232, o Mario PRESCIUTTINI: L'attualità del Fondatore, en «Atti del 2° Convegno Nazionale lasalliano». Roma 1990, p. 24-25.

10Sobre este tema delicado, SAUVAGE y CAMPOS, p. 174176; 380-384. O Mario PRESCIUTTINI «Introduzione alla lettura delle Meditazioni di San Giovanni Battista de La Salle», Rivista lasalliana, 1/1990, p. 42-44.

11André RAYEZ: La spiritualité d'abandon chez saint Jean Baptiste de La Salle, RAM 1955, p. 47-76. O la obra de SAUVAGE y CAMPOS p. 469-478.

Temas complementarios:

Abandono/Entrega; Consagración; Ejercicios; Espíritu Santo; Estabilidad; Estado; Inspiración; Mandamientos; Obediencia; Obra de Dios; Regla/Regularidad; Unión; Voluntad de Dios.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

1. ALPHONSE, F.S.C.: *A l'école de Saint Jean-Baptiste de La Salle*, Ligel, Paris, 1952.
2. CAMPOS Miguel, F.S.C.: *Itinéraire évangélique de saint Jean-Baptiste de La Salle*, CL. 45, Rome.
3. CLÉMENT-MARCEL, F.S.C.: *Par le mouvement de l'Esprit*; Lethielleux, Paris, 1952.
4. DEVILLE Raymond: *L'École Française de Spiritualité*, Desclée, Paris, 1987.
5. GALLEGO Saturnino, F.S.C.: *San Juan Bautista de La Salle*, BAC, Madrid, 1986.

6. RAYEZ André: *La spiritualité d'abandon chez saint Jean-Baptiste de La Salle*, RAM 1955.
7. SAUVAGE et CAMPOS, F.S.C.: *Annoncer l'Evangile aux pauvres*, Beauchesne, Paris, 1977.
8. 2° *Convegno Nazionale Lasalliano*, (Atti) Roma, 1990.
9. *Rivista Lasalliana*, Torino, 1990.

H. Mario PRESCIUTTINI

Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO

29. IGLESIA



Sumario:

La Iglesia en los escritos de san Juan Bautista de La Salle.

Este ensayo trata del uso que La Salle hace de la palabra Iglesia, según el esquema siguiente:

1. Introducción: frecuencia y clasificación de las referencias a la Iglesia en los escritos de La Salle. - **2.** La Salle y la Iglesia del siglo XVII en Francia. 2.1. Omnipresencia en la sociedad francesa. 2.2. Reforma de la Iglesia. 2.3. Galicanismo y jansenismo. - **3.** La iglesia, edificio para el culto. - **4.** La Iglesia, sociedad de los fieles. 4.1. Aspectos institucionales de la sociedad. 4.2. Aspectos comunes de la sociedad. - **5.** La Iglesia, en las Meditaciones para el tiempo del Retiro. - **6.** La Salle sobre la Iglesia: algunas conexiones contemporáneas.

I. INTRODUCCION: FRECUENCIA Y CLASIFICACION DE LAS REFERENCIAS A LA IGLESIA EN LOS ESCRITOS DE LA SALLE

Los varios volúmenes de la obra de referencia Vocabulario Lasaliano listan 1.707 referencias de la palabra iglesia en los escritos de La Salle, la mayor parte de las cuales están en *Les Devoirs d'un Chrétien*, volúmenes I y II y *Du culte extérieur et public* (en realidad un tercer volumen de *Les Devoirs*).¹

El Vocabulaire Lasallien clasifica esas referencias en dos categorías principales: iglesia, edificio dedicado al culto (349 referencias) e Iglesia, sociedad de los fieles (1333 referencias).

Además, se encuentra un pequeño grupo de quince referencias que aluden a la iglesia, ya como edificio, ya como una sociedad de personas. Este ensayo utiliza las dos principales clasificaciones del *Vocabulaire Lasallien* -iglesia, como edificio y como sociedad de los fieles- y examina muestras de textos que servirán particularmente como ejemplo de las referencias en cada grupo.

2. CONTEXTO ECLESIAL: LA SALLE Y LA IGLESIA DEL SIGLO XVII EN FRANCIA

Las características de la Iglesia Católica del siglo XVII en Francia de las que se hará mención, son las siguientes: su omnipresencia en la sociedad francesa; espíritu reformador y práctico; las principales

controversias teológicas: el galicanismo y el jansenismo. Esta breve discusión del contexto eclesial menciona solamente las características relevantes de la Iglesia en Francia en el siglo XVII, que son particularmente importantes por el uso que La Salle hace de la palabra *église*. Se dispone de mucha más información sobre este mismo asunto: algunas fuentes generales útiles se indican en la bibliografía.

Aunque el conocimiento de estas características eclesiales pueda contribuir a que los lectores contemporáneos tengan una apreciación más exacta del modo cómo La Salle entiende la iglesia, es raro que él mencione explícitamente alguna de estas características. Las instituciones y el personal de la Iglesia de Francia dominaban la sociedad de su tiempo, con todas las referencias de La Salle a la *église* contienen relativamente pocas alusiones específicas al contexto. La Salle no se comprometía tampoco en discusiones explícitas sobre el jansenismo o galicanismo, las dos grandes controversias teológicas de entonces, que tuvieron un profundo impacto en la Iglesia francesa. Se encuentran referencias en sus escritos que indican que La Salle era consciente del problema, y que él mantuvo posiciones ortodoxas en este asunto, pero no se mezcló en la polémica. El relativo silencio de La Salle sobre estos aspectos de la Iglesia de su tiempo, puede parecer extraño, en particular a la luz del interés suscitado, después del Vaticano II, por la historia y comprensión de la Iglesia. Debe notarse, sin embargo, que La Salle escribió como educador, como fundador de una Congregación, y como formador de maestros, no como teólogo que desarrolla una teología sistemática de la Iglesia.

2.1. Omnipresencia en la sociedad francesa

Incluso en un período de creciente absolutismo real, como el reinado de Luis XIV, la presencia social de la Iglesia dominaba la sociedad francesa. *Le Dictionnaire du grand siècle* describe este dominio de la manera siguiente: «La Iglesia está presente casi en todas partes, casi todo el tiempo... su espíritu, sus reglas y costumbres presiden la vida de los hombres».2 La Iglesia estaba presente desde el nacimiento hasta la muerte: marcaba los acontecimientos más importantes de la vida por medio de los sacramentos; el paso de cada día por el sonido de las campanas que señalaban el tiempo dedicado a la oración, al trabajo y al descanso, y anunciaban los acontecimientos públicos importantes, o amenazas de peligro con el sonido de las mismas campanas. La influencia de la Iglesia penetraba toda la sociedad a través de signos visibles, como las personas vestidas con hábitos religiosos, y los edificios que procuraban servicios administrativos, tales como el registro de nacimientos, defunciones y matrimonios, y las manifestaciones públicas de devoción popular como las procesiones.3

El contraste entre el siglo XVII francés de La Salle y las modernas democracias, particularmente las occidentales, es chocante. En las modernas democracias, otras instituciones sociales, especialmente las del gobierno o del estado han asumido las responsabilidades, en otro tiempo ejercidas por la Iglesia. El gobierno, por ejemplo, lleva el registro de nacimientos, defunciones y matrimonios. Los medios de comunicación social nos informan de los acontecimientos de mayor o menor importancia pública. Los relojes y las sirenas de las fábricas establecen los ritmos del día laboral moderno. Las actividades de la Iglesia y la expresión de la devoción en tiempos de La Salle eran, de este modo, más exteriores y públicas que los son hoy día en las democracias industrializadas.

2.2. La Iglesia en reforma

La Iglesia francesa del siglo XVII estaba inmersa en el espíritu general del catolicismo después del Concilio de Trento (1545-1563) que había invitado a una reforma en la «cabeza y miembros» de la Iglesia. Factores políticos propios de la experiencia francesa -y ligados al galicanismo, una controversia sobre los respectivos derechos del Rey de Francia y del Papa- impidieron la total publicación de los decretos de Trento. Pero, en la práctica, la reforma fue evidente, al menos en tres aspectos importantes, algunas veces superpuestos, de la vida de la Iglesia: 1) en la acción enérgica de los obispos y el refuerzo correspondiente de las Iglesias locales o diocesanas; 2) en la mejora de la formación de los candidatos al sacerdocio y del

ejercicio del ministerio presbiteral; 3) en los esfuerzos para educar mejor a los «laicos», por la predicación y la catequesis, para prevenir el tipo de comportamiento religioso deformado o supersticioso que Lutero había atacado.⁴ Los tres aspectos de esta reforma práctica estaban animados e influidos por la espiritualidad y la acción pastoral derivadas de Pierre de Bérulle, Jean Jacques Olier, Jean Eudes y otros que desde entonces han sido conocidos bajo el nombre de «Escuela Francesa».

Como fundador de una sociedad de Hermanos maestros laicos y como educador, La Salle fue formado en este amplio movimiento de renovación de la Iglesia y contribuyó a él. Los Hermanos Michel SAUVAGE y Alphonse HERMANS, notan en el *Dictionnaire de Spiritualité*, que ni la vida ni la espiritualidad de La Salle deben ser separadas del Espíritu de reforma de la Iglesia francesa.⁵ Su entorno familiar, sus estudios teológicos, especialmente el año en San Sulpicio, en París, los estudios emprendidos y las lecturas, expusieron ciertamente a La Salle a las ideas y a las prácticas de la Escuela Francesa. SAUVAGE y HERMANS identifican, en concreto, algunos rasgos característicos de la espiritualidad del siglo XVII francés que aparecen visiblemente en la vida y escritos de La Salle: centralización en la Escritura, en la Encarnación y en los «misterios» (los acontecimientos principales) de la vida de Jesús, uniéndose a Cristo, siguiendo la acción del Espíritu Santo, esforzándose en la renuncia, el desprendimiento, y conformándose a la voluntad de Dios.⁶ Haría falta añadir a esta lista el reconocimiento y respeto de La Salle a la autoridad y poder de la Iglesia, ejercidos por la jerarquía, como el Concilio de Trento lo subrayaba, en respuesta a la teología de la Iglesia de Lutero. En el terreno de la práctica pastoral, los esfuerzos de La Salle por educar a los niños pobres de las ciudades de Francia intentaban realizar con la gente del pueblo lo que el establecimiento de los seminarios hacía por la educación de los sacerdotes: ayudar a elevar el nivel de conocimiento y práctica religiosos. Desde esta perspectiva pastoral, La Salle forma parte de un nutrido grupo de reformadores, que incluye a Charles Démiá, entre otros, y los fundadores y fundadoras de sociedades de mujeres dedicadas a la educación de chicas jóvenes.

Existe también un aspecto más desagradable del clima de la reforma después de Trento: las actitudes de defensa y de hostilidad hacia los protestantes. A este respecto, La Salle es a la vez característico de su tiempo y lo contrario. Al explicar en *Les Devoirs I*, quiénes son los miembros de la Iglesia, La Salle llama protestantes a los miembros de las sociedades que «toman y usurpan el nombre iglesia» (Da 66, traducción del autor de: celles de: Hérétiques, prennent et usurpent le nom d'église). Con todo, sus escritos no contienen ataques inmoderados contra los protestantes. De hecho, envió a Hermanos a abrir «escuelas» en regiones de fuerte influencia protestante en el sur de Francia. Puede que La Salle enviase a sus Hermanos con la idea de que participasen en la conversión de los hijos de los protestantes, y acaso de sus padres, a la verdad de la religión católica. Pero los Hermanos dieron también a esos niños el mismo tipo de enseñanza básica que la «sociedad» procuraba por todas partes en Francia.

2.3. Galicanismo y jansenismo

La Salle tuvo que tener conocimiento de estas controversias. Había estudiado durante un corto período en París, en una facultad de teología muy informada sobre el galicanismo y el jansenismo. Su hermano Jean Louis tenía fama por sus ideas jansenistas.⁷ Por fuertes que hayan sido estas controversias y por probable que haya sido la exposición a sus influencias, La Salle no trata de ellas explícitamente como controversias en sus escritos. Incluso cuando la Bula *Unigenitus*, que condenó el galicanismo, se publicó en 1713, La Salle no parece haber tomado posición públicamente. Sin embargo, establece posiciones claramente ortodoxas tocante a los puntos en disputa, tanto en el galicanismo como en el jansenismo, pero más en un contexto de escritos sobre meditaciones que de controversia.

En la meditación sobre la Cátedra de San Pedro, intitulada «Sobre la sumisión que debemos a la Iglesia», La Salle aconseja a los Hermanos ser leales, humildes y sometidos al Papa, el Jefe visible de la Iglesia en la tierra y el Vicario de Cristo (M F 24-26). En otras meditaciones para las fiestas de obispos y papas santos, exhorta a los Hermanos a tener las mismas actitudes de lealtad y activa preocupación por la Iglesia

que motivaron a estos grandes personajes de la tradición.⁸ Blain atribuye también a La Salle, como parte de su última voluntad y testamento, un pasaje muy claro donde exhorta a los Hermanos a ser leales y obedientes al Papa, en particular en «estos tiempos calamitosos» (BLAIN 2, 173).⁹ Al definir la jerarquía de la Iglesia, la autoridad de los otros Pastores y de los «ministros» inferiores está subordinada a la autoridad primada del Papa (Da 83-82). Los contemporáneos de La Salle habrían conocido seguramente las posiciones galicanas opuestas: que la autoridad del rey sobre la Iglesia francesa era superior a la del Papa y que el episcopado francés gozaba de una cierta independencia respecto del papado.

Sobre la relación entre la gracia de Dios y la libertad humana -problema neurálgico para el jansenismo- La Salle sostiene, sobre todo en las Meditaciones (MR 193 y 195), la voluntad salvífica y universal de Dios, y la suficiencia de los medios que Dios nos da para llevar a cabo la salvación. Pero mantiene también que la eficacia de la voluntad salvífica de Dios espera la respuesta del hombre, su cooperación y la aceptación de los medios que se nos dan.¹⁰ En el contexto de las Meditaciones citadas, la escuela y el ministerio de los Hermanos están entre los principales medios que Dios nos ha dado. Como consecuencia, los Hermanos tienen una gran responsabilidad en la salvación de los alumnos confiados a sus cuidados. Pero, para que la gracia de Dios sea efectiva respecto a ellos, los alumnos deben responder a la gracia de Dios. Los contemporáneos de La Salle habrían conocido la posición opuesta jansenista: que la gracia de Dios era suficiente y eficaz en sí, sin cooperación humana, pero que esta gracia no se concedía a todos.

3. LA IGLESIA COMO EDIFICIO; LA IGLESIA PARROQUIAL

Una primera lectura de los pasajes donde se emplea la palabra *Eglise*, o sea, aproximadamente el 16% de los usos que La Salle hace de esta palabra, sugiere que éstos son meramente descripciones de comportamientos o de acciones que deben tener lugar en una iglesia, cuando se celebra la Misa, el Oficio o la Exposición del Santísimo Sacramento. Las referencias del capítulo 8, parte primera, de *La Conduite des Ecoles* son buenos ejemplos (CE 84-97). En él, todas las referencias se refieren al comportamiento: a) de los alumnos, cuando van a la iglesia, cuando entran en ella, durante las ceremonias y el momento en que salen de la iglesia; b) de los maestros, es decir de los Hermanos, durante la Misa; c) de los Hermanos y alumnos, si la clase entra cuando la Misa ya ha comenzado.

Sin embargo, para apreciar del todo las referencias de La Salle a la *église* como edificio, el lector tiene que leer esas citas en el contexto del objetivo de La Salle: formar *le véritable Chrétien* (Db 7, entre otras muchas fuentes posibles). Todos los escritos de La Salle que tratan de la educación, a saber, *La Conduite des Ecoles*, los dos volúmenes de *Les Devoirs*, los dos resúmenes del «catecismo» y el tratado de urbanidad «cristiana», están orientados hacia la formación de *Le Véritable Chrétien*, que cumple fielmente el doble deber del cristiano, «conocer y amar a Dios» y que haciendo esto se distingue del cristiano que lo es sólo de nombre. *Le Véritable Chrétien*, interior y exteriormente, sigue a Cristo: haciendo la profesión explícita de la fe, que en el siglo XVII se comprendía como un requisito previo a la salvación, participando fielmente en la iglesia -lugar de los sacramentos y de la Misa-, practicando las máximas del Evangelio en la vida diaria.

Así situadas, estas referencias a la *Eglise* son más que normas disciplinarias sobre el comportamiento de alumnos y profesores, al revelar una cualidad de integración que es patente en muchos aspectos de los escritos de La Salle. Según el contexto, ya educativo o espiritual, esta cualidad de integración une: la acción y la fe, la escuela y la iglesia, la instrucción profana y las clases de catecismo en el interior de una misma escuela cristiana; finalmente une los espíritus y los corazones de los alumnos y de los Hermanos en un compromiso con Dios que quiere su salvación. De este modo, esta integración liga los elementos -comportamiento público y expresión correcta y visible de la fe- que hará de los estudiantes ciudadanos respetables y verdaderos cristianos.

La Meditación para la Dedicación de una Iglesia ilustra bien, y casi poéticamente, esta visión integrada

(MF 266-268). En el punto primero, La Salle invita a los Hermanos a considerar su propio comportamiento en la iglesia a la luz de la presencia de Jesucristo, que sobrepasa su presencia en la antigua ley. Luego, en el punto segundo, La Salle elabora los aspectos gratuitos, curativos y reconciliadores de la presencia de Cristo en la Iglesia. Por último, en el tercer punto, aconseja a los Hermanos consagrarse enteramente a Cristo, --esto es, de manera que se integren cuerpo y alma, corazón y voluntad- y expresar esta consagración con su participación en la Eucaristía.

4. LA IGLESIA COMO SOCIEDAD DE LOS FIELES

Este grupo de referencias es con mucho, el más extenso de las dos clasificaciones del *Vocabulaire Lasallien*: el 84% de los empleos que La Salle hace de la palabra *Eglise*. Cuando La Salle se refiere a la *Eglise* como sociedad de personas, puede pensar en uno o en otro, y ocasionalmente en los dos aspectos de esta sociedad ---su aspecto institucional o su aspecto comunitario.¹¹ Que se trate de uno o del otro aspecto, el comunitario o el institucional, la palabra *église* denota la Iglesia militante de la tierra, en comunión con la Iglesia purgante del Purgatorio y con la Iglesia triunfante en la gloria del cielo. El aspecto institucional se refiere a la Iglesia como sociedad que posee los medios objetivos de salvación: los sacramentos, los ministros legítimos, la autoridad definitiva del Papa. El aspecto comunitario insiste en las relaciones, principalmente de los miembros individuales con Jesucristo y con el Espíritu, y de modo secundario de los miembros entre sí. La Salle no separa expresamente los dos aspectos, más bien los integra en un todo, que Michel SAUVAGE ha descrito como un escape a esta visión casi únicamente jurídica de la mayor parte de la eclesiología católica después de Trento.¹² La teología católica después de Trento, como reacción contra el pensamiento y la práctica protestante, había exagerado, poco a poco, de tal modo la distinción y la separación entre el aspecto institucional y el aspecto comunitario, que esta eclesiología no era sino una «jerarquicología». La presencia de ambos aspectos de la Iglesia, institución y comuni-dad, en los escritos de La Salle es incontestable, pero el estilo de La Salle -más de catequista y de maestro que de teólogo- puede hacer menos visible este equilibrio entre los dos elementos.

Los textos modelos para esta sección (ver más abajo 4.1 y 4.2) serán Da, *ler* tratado, capítulo 5, secciones 1 a 6 sobre la Iglesia -definición y características; miembros, autoridad y poder; gobierno: Papa y otros pastores- jurisdicción y jerarquía; los ministros inferiores (Da 62-82). Lo que sigue sobre los usos de *église* en esta selección de *Les Devoirs I*, se aplica a todas las citas de *Eglise* en cuando sociedad, tal como se encuentran en el *Vocabulaire Lasallien*.

4.1. La Iglesia como sociedad: Aspectos institucionales

La primera cosa que el lector podría advertir es el título de las secciones de este capítulo, que indican de modo resumido su contenido:

Lo que la Iglesia es y cuáles son las señales que la distinguen (Da 62-67),
De los miembros de la Iglesia (Da 67-69),
De la autoridad y del poder de la Iglesia (Da 69-72),
Del gobierno de la Iglesia (Da 73-75),
Del Jefe y de los Pastores de la Iglesia, de su jurisdicción y de su subordinación (Da 75-79),
De los ministros inferiores de la Iglesia (Da 79-82).

Todas estas cosas son propiamente materias institucionales, asuntos de definición y de estructura. Sin embargo, esta insistencia institucional es coherente con el carácter de la teología católica después de la reforma de Lutero y del Concilio de Trento. El catolicismo ha tendido a oponerse a la idea de Lutero de dar más valor a la Iglesia invisible que a la visible, reafirmando los elementos visibles de la Iglesia, es decir, sus elementos institucionales, y finalmente jerárquicos.

Sin embargo, al tratar incluso de estos elementos institucionales, La Salle no se ha ceñido a un punto de vista institucional, invariable y rígido. Al contrario, él ha incorporado elementos de una perspectiva de comunidad entre otros que podrían tener una perspectiva únicamente institucional. La unidad de la Iglesia, por ejemplo, está fundada sobre varias cosas: la fe en Jesucristo, los Sacramentos, el Espíritu, la caridad, un fin común (la salvación) y finalmente los Pastores.¹³ Los lazos de la unidad en el Espíritu, en la caridad y en el fin o «misión» son elementos de comunidad, mientras que la unidad expresada al participar de los mismos sacramentos y obedecer a una autoridad común (i.e. los pastores) es más institucional.

4.2. La Iglesia como sociedad: Aspectos de comunidad

Los «aspectos» de comunidad de la Iglesia como sociedad de los fieles puede que no estén tan claros como los elementos institucionales de oficio, de jurisdicción y de rango. En consecuencia, es posible que se los pierda de vista, en particular en medio de un capítulo que señala primeramente los aspectos institucionales, como lo hace la sección de *Les Devoirs I* que se considera aquí. Sin embargo, descuidar estos aspectos co-munitarios puede conducir a perder de vista las relaciones personales entre Jesucristo y cada bautizado, que son los fundamentos de la comunidad de la Iglesia.

Este carácter relacional se anuncia sucintamente en la primera sección del capítulo cinco de Da: «La Iglesia, en general, es la sociedad de todos los fieles, tanto vivos como difuntos, que están todos unidos en Jesucristo» (Da 64).¹⁴ Bien que La Salle se interesa primeramente por los fieles que están en la tierra, la Iglesia militante, precisa que la comunión entre todos los fieles, vivos y difuntos, es una comunión completa y continua de bienes espirituales (Da 65). Cuando piensa en particular en los fieles de la tierra, él yuxtapone los elementos institucionales y comunitarios.

«(La Iglesia) es la Asamblea o la Sociedad de todos los que creen en Dios y en Jesucristo y en la Doctrina que ha enseñado, que permanecen unidos en un mismo cuerpo y están sometidos al Papa, que es su Jefe visible, y a sus Pastores» (Da 65).

Hay, en primer lugar, este elemento de relación y comunitario de la creencia en Dios y en Jesucristo, y después los elementos institucionales de doctrina y de unión bajo la autoridad de los Pastores legítimos. Luego, La Salle vuelve sobre una nota comunitaria, el papel del Espíritu Santo, de la gracia y de la caridad, y concluye con una nota institucional, el sacramento del Bautismo como rito de entrada en la Iglesia.

«Esta Iglesia no es un cuerpo inanimado, es el Espíritu Santo quien le anima por la Gracia y por la Caridad, que derrama en el corazón de los fieles, cuando reciben el santo Bautismo, por medio del cual entran en la Iglesia» (Da 65-66).

Acaso el peso de este capítulo de Da favorezca los elementos institucionales: la lista de los títulos parece sugerir esto. Sin embargo, en los textos que acaban de citarse, el principio de vida en la Iglesia es claramente el Espíritu Santo, quien da esta vida por la Gracia y la Caridad. La relación fundamental de los elementos institucionales y comunitarios en los textos de La Salle sobre la Iglesia, se define de tal manera que la vida y la vitalidad de lo institucional depende de lo comunitario. La relación con Cristo precede y fundamenta todo lo demás de la vida de la comunidad de los fieles y de la vida de los miembros individuales de esta comunidad.

Finalmente, la atención que La Salle aporta a este carácter relacional de la Iglesia le coloca entre un grupo minoritario de autores de catecismos de su tiempo y muy posteriores. La mayor parte de los catecismos de Francia entre 1650 y 1914 se inspiraron, si no exactamente su formulación, sobre este punto, en el catecismo de Roberto Belarmino -más bien que directamente en el catecismo de Trento. Belarmino coloca la fuente de la unidad en la relación de los fieles con sus legítimos Pastores, más que directamente con

Cristo. Muchos de los catecismos en esta línea, salidos de Belarmino no mencionan incluso a Cristo en su definición de Iglesia. La manera de expresarse La Salle sobre este punto le coloca entre el pequeño grupo de autores de catecismos que escribieron en el sentido del texto del Concilio mismo.¹⁵

5. LA IGLESIA EN LAS MEDITACIONES PARA EL TIEMPO DEL RETIRO

Las *Meditaciones para el tiempo del Retiro* revelan el pensamiento maduro de La Salle sobre el lugar de los Hermanos en la *église*. A este respecto, La Salle se dirige a los Hermanos en su papel de catequistas y evangelizadores de los niños pobres de Francia. En este contexto, La Salle hace algunas afirmaciones sobre los Hermanos y su ministerio como catequistas y educadores, que suenan como algo «contemporáneo» en los oídos de los lectores que están al corriente del desarrollo de la teología y de la práctica del ministerio, a lo largo de los años que siguieron al Vaticano II.

Las referencias a la *Eglise* en las MR muestran ambos aspectos de la Iglesia como sociedad, el institucional y el comunitario. Los Hermanos son llamados por la Iglesia al más excelso trabajo:

«Qué honrados debéis estimaros al ser destinados por la Iglesia a un empleo tan santo y tan elevado, y de que ella os haya escogido para procurar a los niños el conocimiento de nuestra religión y del espíritu del cristianismo» (199,1, MR 34).

Llamados a este empleo elevado, los Hermanos son enviados por la Iglesia como ministros suyos (MR 199,2). Por esta razón, son responsables delante de la autoridad de la Iglesia en sus dimensiones institucionales, representadas por la jerarquía, de su competencia doctrinal y de su ortodoxia. En el ejercicio mismo de este ministerio por la Iglesia, como institución de salvación, los Hermanos la construyen como sociedad, por el simple hecho de que su ministerio acrecienta el número de sus miembros verdaderamente fieles (*les véritables Chrétiens*) entre los bautizados.

Al mismo tiempo, los Hermanos cooperan con Cristo y los apóstoles como «constructores de la Iglesia»: un título que comienza con el hecho de que son agentes de la institución y hacen crecer el número de verdaderos creyentes, pero que va también mucho más allá. La Salle llama a los Hermanos «ministros de Dios y dispensadores de sus misterios». ¹⁶ Esta referencia, hablando de un grupo de maestros no ordenados, a «ministros» de la Iglesia y de su Evangelio no es corriente en esa época, y hace pensar que la visión intuitiva que La Salle tenía de la Iglesia, trascendía las fórmulas doctrinales y teológicas en las cuales él podía entonces inspirarse. ¹⁷ El aplica este verdadero título paulino a los Hermanos porque él los considera participando realmente en la obra salvadora del Padre, del Hijo y del Espíritu, cuando instruyen a los niños confiados a sus cuidados. La lectura de SAUVAGE sobre las Meditaciones del Retiro en *CAL*, determina con cuidado la manera cómo estas meditaciones reflejan los aspectos teocéntricos, cristocéntricos y pneumatológicos (y eclesiológicos) de la vocación del Hermano. La Salle invita a los Hermanos a considerar cómo han hecho la experiencia de la obra de salvación de Dios - Padre, Hijo y Espíritu- en su propia vida, y cómo ex-tienden esta obra a sus escolares en las actividades ordinarias de la escuela cristiana. El paralelo es claro: «Lo que Dios ha hecho por el mundo en Cristo y en su Espíritu, Dios lo ha hecho en vuestra vida y a su vez vosotros lo hacéis por vuestros escolares». Así, para La Salle no es una exageración comparar a los Hermanos con los primeros constructores de la Iglesia; pues los Hermanos construyen la Iglesia de su época al hacer la obra de salvación de Dios de su tiempo.

Esta lectura de las Meditaciones para el tiempo del Retiro puede parecer demasiado moderna para los escritos de La Salle que se remontan al siglo XVII. Pero hay al menos un importante paralelo entre los escritos de La Salle a los Hermanos y la teología del ministerio posterior al Vaticano II: los dos llaman a la vocación laica un ministerio que existe por razones teológicas internas, y no a causa de una denominación institucional. Los documentos del Vaticano II sobre la Iglesia y el laicado transforman la manera de comprender la pertenencia del laico a la Iglesia. Ya no se piensa que los laicos laboran en la Iglesia a

causa de una cierta participación en el verdadero apostolado, el de los Obispos. Después del Vaticano II se ha comprendido que las personas laicas son ministros por derecho propio a causa del bautismo. Hay un paralelo muy sugestivo en La Salle: el ministerio de los Hermanos es apostólico y evangélico, no precisamente por haber sido enviados por la Iglesia, sino porque la naturaleza misma de su ministerio se asemeja a lo que Jesucristo mismo hizo primero y lo que los apóstoles hicieron después de Jesús.

6. LA SALLE SOBRE LA IGLESIA: ALGUNAS RELACIONES CONTEMPORANEAS

Cuando La Salle utiliza la palabra *église*, le da el mismo sentido que un católico francés del siglo XVII le daba. No podía hacer de otro modo. Así pues, todos sus escritos reflejaban y, hasta cierto punto modelaban, la amplia corriente reformadora, en particular en el dominio de la educación, que recorría la Iglesia católica después de Trento. Estas preocupaciones postridentinas aparecen particularmente en su respeto por los elementos visibles e institucionales de la Iglesia. Sin embargo, como el Concilio de Trento mismo, y al contrario de muchos teólogos después de Trento (anteriores, sin embargo, al Vaticano II), La Salle escribe también teniendo muy en cuenta los lazos de unidad en Jesucristo y en su Espíritu.

No obstante, como lo indica la sección precedente sobre las MR, existe un sorprendente sentido de la relación entre ciertas de las insistencias de La Salle sobre la Iglesia y las que son corrientes en la vida pastoral y la teología, veinticinco años después del Vaticano II. ¿A qué podrían los lectores de hoy atribuir esta chocante impresión de similitud con el verdadero estallido de ministros y ministerios nuevos de hoy día en el seno del Catolicismo romano? Evidentemente La Salle no podía haber previsto un tal desarrollo en las tareas y en los agentes de los ministerios de la Iglesia. Dos factores se ofrecen por sí mismos como explicación: las fuentes paulinas de muchos de los escritos del Fundador y su eclesiología existencial.

SAUVAGE atribuye esta semejanza, en parte, a la inspiración paulina de los escritos de La Salle, en particular en sus *Meditaciones para el tiempo del Retiro*.¹⁸ Esto es una inspiración, compartida por una buena parte de las teologías basadas en la Biblia, producidas inmediatamente antes del Vaticano II y constantemente después. Se puede notar este carácter paulino, primero y con mucha claridad, por la frecuencia con que La Salle cita los textos paulinos. Aunque la tendencia de La Salle de incorporar citas de la Escritura directamente en sus escritos hace difícil el establecer hasta qué punto éstos son dependientes de la teología paulina. Sin embargo, hay más en esta inspiración paulina que el número de citas, explícitas o implícitas, en las cuales La Salle se compromete. Esta otra dimensión es, acaso, más evidente en el modo en que La Salle ve la vida de los Hermanos y su ministerio como «Vida en Cristo» en las MR. Como lo ha indicado la sección precedente de este ensayo, es en estas Meditaciones donde La Salle llama a sus Hermanos ministros de la Iglesia. Pero hay más en su ministerio que la mera designación institucional, por importante que ella pueda ser. El ministerio que los Hermanos ejercen en beneficio de los niños pobres, es, de hecho, una participación en la obra salvadora de Dios, cuya voluntad de salvación de toda la humanidad se hizo realidad en la vida y ministerio de Jesús. Lo mismo que Jesús nos reveló el camino hacia Dios, así también los Hermanos revelan a sus alumnos el camino de la unión con Dios, por medio de las instrucciones, como «ministros de Dios y dispensadores de sus misterios». Esta participación en la obra salvadora de Dios y de Cristo se realiza en y por medio de la educación, a la vez expresamente religiosa y profana, de los niños, y no en una dimensión religiosa separada de la vida. Además, como La Salle se lo recuerda en las Meditaciones para el retiro, los Hermanos mismos trabajan en su propia salvación a través de las actividades ordinarias de la enseñanza. La cualidad de «integración» en los escritos de La Salle, de la que antes se ha hecho mención, es aquí evidente en los aspectos más profundos de sus escritos y de su visión de la vida y de la vocación de los Hermanos, literalmente siendo vida «en Cristo» como educador.

Una segunda dimensión de la explicación de este sorprendente sentido de contemporaneidad reside en lo que revelan las acciones de La Salle respecto a su verdadera teología en acción, en lo que podría llamarse una «eclesiología existencial».¹⁹ La Salle ha fundado una «comunidad» de laicos asociados para tener las

escuelas cristianas gratuitas abiertas a todos. Una vez lanzada la Sociedad, La Salle defendió su carácter laico contra las iniciativas clericales que habrían podido influir para que los Hermanos se hiciesen sacerdotes o subordinar la Sociedad al control individual de Pastores u Obispos. Tal compromiso con esta idea, entonces nueva, de una Sociedad laica es propia de un tiempo como el actual, en el que la Iglesia entera ve y sostiene una extraordinaria expansión de ministros y de ministerios laicos.

Por otro lado, el mismo La Salle que defendió tan enérgica y constantemente el carácter laical de los Hermanos, no fue un radical. Fue siempre muy respetuoso con los obispos, e intentó responder a sus insistentes peticiones de Hermanos para sus diócesis. En el largo conflicto con el párroco de San Sulpicio, el Sr. de la Chétardie, La Salle se comportó manifiestamente con gran respeto hacia el párroco, incluso frente a las graves e inmerecidas provocaciones. Así, parecería que la decidida insistencia de La Salle sobre el carácter laico de la Sociedad no surgió de una posición *a priori* respecto a las relaciones entre el clero y el laicado (tal como se podría ver nacer en una teología y una práctica contemporáneas) sino que surgió, más bien, de la continuación de compromisos particulares hacia los que le llevaban los acontecimientos de su vida. Estos compromisos comprendían: la educación de los pobres en su propia lengua, el francés; preservar la independencia de la Sociedad de los Hermanos del control local eclesiástico, representado por el párroco local o por el obispo de la diócesis; seguir la voluntad de Dios como él la percibía, en los acontecimientos de su vida. Las acciones y los escritos de La Salle no contienen la afirmación teológica explícita de una vocación bautismal común, tal como se la considera hoy día. Pero la «teología existencial» de su vida, combinada con sus escritos sobre el ministerio de los maestros religiosos en la *église*, concibió y sostuvo una orden religiosa que encarnó una alternativa en el dominio de las relaciones clero-laicado del siglo XVII.

1«Iglesia» en *Vocabulaire Lasallien*, tome 2, Frères des Ecoles Chrétiennes, Région France, 1984, pp. 90-127.

2Traducción del autor de: «qui est présente presque partout, presque toujours. Son esprit, ses règles et ses usages président à la vie des hommes» en François BLUCHE, «église», *Dictionnaire du Grand Siècle*, Fayard, Paris, 1990, 525.

3Ibid, 525-6.

4Paul BROUTIN S.J. traza estos aspectos de la reforma en Francia en *La Réforme Pastorale en France au XVII Siècle, I*, Desclée & Cie, Paris, 1956, 1-33.

5Michel SAUVAGE y Alphonse HERMANS, «Jean-Baptiste de La Salle (Saint)», *Dictionnaire de Spiritualité* 8 (1974), 819.

6Ibid. Los autores se refieren aquí al artículo sobre la Escuela francesa en el *Dictionnaire de Spiritualité* 5, 926.

7Para un estudio sobre el encuentro de La Salle con estas controversias, particularmente durante su formación teológica, ver: Luke SALM, *John Baptiste De La Salle: The formative Years*, Romeville, IL, Lasallian Publications, 1989, 39-71 (esp. 61-65).

8Entre las numerosas meditaciones que podrían citarse, ver, *Meditaciones*, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Región de Francia, 1982: San Gregorio, papa (MF 30-32); San León, papa, (MF 42-44); san Basilio, obispo (MF 85-87), esp. punto § 3).

9La expresión de La Salle («et surtout dans ces temps fâcheux») puede ser una referencia indirecta a las reacciones contra *Unigenitus*.

10Michel SAUVAGE, Nota A-«La volonté Salvifique Universelle d'après Saint Jean-Baptiste de La Salle» *Catéchèse et Laicat*, Ligel, Paris, 1962, 589-90.

11La categoría Iglesia sociedad de los fieles es considerada bajo dos aspectos que informan la exposición de Michel Sauvage sobre la finalidad apostólica de la vocación de los Hermanos: los aspectos institución y comunidad (CAL 561-91, esp. 577-79). Sin ninguna duda esta distinción refleja una sensibilidad teológica contemporánea, pero Sauvage demuestra muy claramente que ella es también fiel a los escritos de La Salle.

12CAL 590-91, donde SAUVAGE elabora una observación muy conocida de Yves Congar sobre la

decadencia de la ecle-siología católica después de Trento.

13Ibid., 591.

14Traducción del autor de: «L'Eglise en général est la Société de tous les fidèles tant vivants que morts,

Temas complementarios:

qui sont tous unis en Jésus-Christ».

15Ibid., 591, donde Sauvage mismo hace referencia a la investigación de Yves Congar y R. Brunet.

16Ibid., 625.

17Ibid., 625.

18Ibid., 580.

19El autor debe a Michel Sauvage esta expresión oportuna, en las conversaciones durante la Sesión Internacional de Estudios Lasalianos de 1990-91 (SIEL).

Temas complementarios:

Catecismo; Cristiano; Comunidad; Deberes del Cristiano; Escuela; Ministerios; Misión; Ministerio.

BIBLIOGRAFIA

Temas complementarios:

1. J. ARMEGATHE, en *Dictionnaire de Spiritualité*, Jansénisme: Histoire Générale, (Beauchesne, Paris, 1974), pp. 115-128.

2. F. BLUCHE, in *Dictionnaire du Grand Siècle*, Eglise, François Bluche, éd. (Fayard, Paris, 1990), pp. 525-26.

3. S.J.P. BROUTIN, *La Réforme Pastorale en France au XVIIè Siècle*, Tome I, (Desclée & Co., Paris, 1956).

4. E. DELARUELLE, en *Sacramentum Mundi*, Galicanism, (Herder & Herder, New York, 1969), pp. 373-74.

5. R. DEVILLE, *L'école française de Spiritualité*, (Desclée, Paris, 1987).

6. En *Le Dictionnaire Universel*, Eglise, (Rotterdam, 1701, 2e edición).

7. En *Dictionnaire Universel François et Latin*, Eglise, (Trévoux, France, 1721), pp. 1054-55.
8. En *Vocabulaire Lasallien*, Eglise, (Frères des Ecoles Chrétiennes, Région France, Paris, 1984), pp. 90-127.
9. E. GERMAIN, *Deux Mille Ans d'éducation de la Foi*, (Desclée, Paris, 1983).
10. K. HECKER, en *Sacramentum Mundi*, Jansenismo, (Herder & Herder, New York, 1969), pp. 171-74.
11. J. Le BRUN, en *Dictionnaire de Spiritualité*, Le Grand Siècle et la Spiritualité Française et ses lendemains, (Beauchesne, Paris, 1960) pp. 414-426.
12. J. LEGLER, en *Dictionnaire de Spiritualité*, Eglise: Au temps de la Réforme et de la Contre-Réforme, (Beauchesne, Paris, 1960), pp. 414-426.
13. *The Institutions of France under the Absolute Monarchy 1598-1789: Vol. 1, Society and the State*, R.E. MOUSNIER, (University of Chicago Press, Chicago, 1979).
14. Y. POUTET, *Le 17ème Siècle et les origines lasalliennes*, (Imprimeries Réunies, Rennes, France, 1970).
15. L. SALM, *John Baptiste de La Salle: The formative years*, (Lasallian Publications, Romeoville, IL, 1989).
16. M. SAUVAGE, *Catéchèse et Laicat*, (Ligel, Paris, 1962).
17. M. SAUVAGE & A. HERMANS, en *Dictionnaire de Spiritualité*, Jean-Baptiste de La Salle (Saint), (Beauchesne, Paris, 1974), pp. 802-821.
18. W.M. THOMPSON, *Bérulle and the French School: Selected Writings*, (Paulist Press, New York/Mahwah, NJ, 1989), pp. 3-96 (Introduction).

H. Mike MCGINNIS

Traducido del inglés por el H. José Luis RODRIGUEZ

30. MANDAMIENTOS (DIOS/IGLESIA)

Sumario:

1. Contexto. - 2. Los Mandamientos de Dios. 2.1. Presentación general. 2.2. El amor, esencia de la vida cristiana. 2.3. De la justicia a la pureza. - 3. Los Mandamientos de la Iglesia.

1. CONTEXTO

La llamada al quehacer catequístico interesó de distintas maneras a la Iglesia de Francia. Las realizaciones surgirán paulatinamente, más o menos perfectas, según los lugares, pero cada día más numerosas.

La fe que La Salle intenta cultivar mediante la enseñanza religiosa es la fe viva que se expansiona en el culto divino e informa el vivir cotidiano. El «conocimiento» que hay que transmitir no es el de unas ideas sobre Dios, sino el del Dios, ser vivo y verdadero. La iniciación cristiana comporta una *educación moral*, el aprendizaje de las costumbres de hijo de Dios. No es ciertamente difícil *siguiendo*, por ejemplo, *el orden de los mandamientos*, enumerar los deberes del cristiano en los cuales hay que formar a los niños. *Insiste sobremanera* en la idea de que *la vida cristiana se resume en el amor*.

La panorámica lasaliana sobre los Mandamientos hay que buscarla fundamentalmente en su producción catequética. Escasas y de poca entidad resultan las alusiones al tema dentro de MD, MF, R, RC, EM, RB, CE.

El enfoque no podía ser otro que el propio de la época. En sintonía con la trayectoria iniciada por el *Catecismo Romano*. Con la estructura tripartita de verdades a creer, mandamientos a observar y sacramentos a recibir como medios de salvación. El cristianismo aparecía entonces como un triple «es necesario» / «hay que hacer». Más como carga que como buena noticia.

La Salle prefiere hablar sintéticamente de doctrina, máximas, mandamientos y sacramentos (Da 66, Db 63, GA 341).

En trece ocasiones asocia, en una misma fórmula, «mandamientos de Dios y de la Iglesia». Aunque, lógicamente, los analizará por separado.

Hasta ocho veces presentará los mandamientos como «santos». Insistencia que confiere al cristianismo una imagen algo triste. Priva el miedo a la condenación eterna por encima del gozo de la salvación. La conciencia debe examinarse a la luz de los mandamientos de Dios, de la Iglesia, de los pecados capitales, de los pecados particulares de su estado, profesión y empleo (Db 181).

No gusta, por el contrario, de adjetivar en demasía. Muy de pasada alude, sin más, al «mayor mandamiento de la ley» (Da 40, MR 204).

2. LOS MANDAMIENTOS DE DIOS

El tratado de los mandamientos se presenta bajo el título de la «caridad». Así leemos en Da 89, «Cap. I°: De la caridad que nos hace amar a Dios».

2.1. Presentación general

En el plan del catecismo de Canisio, el centro de cohesión lo constituían las tres virtudes teologales. A partir de la segunda mitad del siglo XVII aparecen otras estructuras en la constelación catequética. El Decálogo llevará como proemio (así sucede en Da) o epílogo el tratado del amor de Dios y del prójimo. En Da (89-101), trece páginas sobre la caridad sirven de prólogo al estudio detallado e individualizado de cada uno de los mandamientos. Con la única salvedad de que el 9° y el 10° se explican juntos (Da 147-151). En cambio, en el catecismo por preguntas y respuestas habrá dos agrupamientos distintos y, en parte, más lógicos: 6° y 9° (Db 99-102); 7° y 10°

(Db 103-106).

La óptica del deber prevalece a la hora de describir: «*Segundo tratado del segundo deber de un cristiano que es amar a Dios*» (Da 102).

Los autores de Catecismos gustan de sintetizar todos los mandamientos en dos: amor a Dios y amor al prójimo. Es obvia la división del Decálogo en dos tablas. Abarca, en los tres primeros mandamientos, nuestros deberes para con Dios y, en los restantes, nuestros deberes para con el prójimo (Da 102).

El significado didáctico del Decálogo debería verse en el hecho de que la fe y la moral están inseparablemente unidas. La explicación de cada precepto debiera inspirarse en el preámbulo (Ex 20,2; Dt 5,6). La confianza en Dios que crea vida y salvación, que libera, tiene sus repercusiones para el proyecto existencial. Quien se siente deudor respecto a Dios de la vida, la libertad, el derecho, la felicidad, la propiedad... deberá, a su vez, respetar y garantizar la vida, la libertad, el derecho, la felicidad y la propiedad del prójimo... De esta suerte, toda la vida del creyente llega a convertirse en culto a Dios, realización del amor de Dios en la convivencia diaria con el prójimo.

La aportación original de La Salle a la educación popular no se entendería al margen de una espiritualidad que traduce una profunda experiencia personal. Quiere estimular al educando para que se entregue sin reservas a Dios. No tiene miedo de proponer este ideal. La santidad que predica y que vive se despliega en el mismo corazón de la vida cotidiana. Para él, no hay divorcio entre fe y vida, entre evangelio y realidades terrenas; no hay disociación entre el amor a Dios y el amor al prójimo.

Los mandamientos de la ley representan la pura voluntad de Dios impuesta a todos los hombres, sea cual sea su condición. Se convierten en imperativo exterior al hombre, a la manera de un fin. El cúmulo de deberes respecto a Dios postula recurrir a la gracia (Da 193). Bajo esta perspectiva, los sacramentos quedan instrumentalizados ya que constituyen «el primer medio de obtener la gracia que es necesaria para

cumplir sus deberes respecto a Dios» (Da 199).

«*En la práctica de la caridad consiste todo lo que Dios nos ordena, puesto que de ella dependen todos los mandamientos de Dios, así como Jesucristo nos lo asegura en el Santo Evangelio*» (Da 90).

Esta realidad ---en el amor radica la plenitud de la ley-- recorre la descripción global y pormenorizada del Decálogo (Da 90-91).

Hay que «observar todos los mandamientos», «hacerlos cumplir», «guardarlos exactamente»... Cada mandamiento ordena, manda... satisfacer determinados «deberes» y prohíbe determinadas acciones. «Hacer el bien que Dios nos pide y evitar el mal que nos prohíbe, que es el pecado» (Db 77). Contravenir/transgredir los mandamientos equi-vale a pecar. Se habla de «pecados considerables» y «muy enormes», «contrarios» al sexto mandamiento (Da 133-134). Y en Db 101 asevera: «Son la causa más ordinaria de la condenación de los cristianos».

El libro de las MR se abre con la perspectiva que marcará todo el quehacer lasaliano: «Es Dios tan bueno que, una vez creados por El los hombres, *desea que todos lleguen al conocimiento de la verdad*. Esa verdad es Dios mismo y cuanto El ha tenido a bien revelarnos, ya por Jesucristo, ya por los santos Apóstoles, ya por su Iglesia. De ello quiere Dios que se instruya a todos los hombres, para que sus mentes sean iluminadas con las luces de la fe».

De ahí que La Salle insista en «instruir», «enseñar al pueblo», «explicar bien»... la doctrina. Coraza para mantener las verdades de la fe y para desterrar la ignorancia.

Sigue, con ello, el imperativo de una cultura que considera como fin último la formación de buenos cristianos, además de personas instruidas.

Persigue un conocimiento efectivo. Transmitir las verdades de la fe para mover el corazón a practicarlas.

Hoy echaríamos de menos la referencia a la experiencia personal o comunitaria, así como a

las cuestiones nuevas impuestas por la cultura del tiempo. La originalidad de las personas, su capacidad de decisión, su quehacer de apropiación no encontraban otrora espacio donde expresarse. El catecismo clásico utilizaba el método deductivo que progresivamente resultaría cada vez más inadecuado. Hasta redescubrir el método propio de la catequesis kerigmática que procede en tres tiempos: implicación, explicación y aplicación.¹

2.2. El amor, esencia de la vida cristiana

La Salle insiste en que la esencia de la vida cristiana descansa en el amor que reclama valor extraordinario. «La principal señal que podemos manifestar de que amamos a Dios y al prójimo es que guardamos fiel y exactamente los santos mandamientos de Dios. Porque quien ama a Dios debe querer lo que El quiere y hacer lo que manda. Y porque los mandamientos que hemos recibido de El nos obligan a amarle verdaderamente al igual que a nuestro prójimo» (Da 102).

Este cumplir los mandamientos equivale al amor. Amor a Dios y al prójimo según las palabras del Apóstol: 1 Jn 4,20 (Db 75-76). Tal es la exigencia que san Juan reclamó particularmente de sus discípulos. Repetía, reiterativamente, que se amasen unos a otros. «Porque, decía, es el mandamiento del Señor, y si se lo guarda bien, se guardarán todos los demás, puesto que los contiene-todos» (Dc 253).

Ecuación que vuelve una vez en EM 113: «*Amándoos y guardando vuestros mandamientos*».

El amor incandescente debe templarse, pues, en el crisol de la observancia del Decálogo.

La lectura diacrónica de los escritos lasalianos no permite descubrir ninguna evolución significativa en torno a la noción de caridad. Desde el inicio abarca el doble amor de Dios y del prójimo. La vincula de modo especial con la fe, sin relegar el anillo de la esperanza (Da 89, 93, 112-113, 125). Las formas de adoración y obediencia a la voluntad de Dios integran la totalidad del amor (Da 96, 98, 102).

El amor hacia el Creador implica amar las criaturas que ha creado.

La misma Iglesia tiene su origen en el amor (Da 64, 66). ¿A quién hay que amar después de Dios? Al hombre, sea familiar o enemigo (Da 131), pecador o justo, cristiano o no. Y a cuantos en el Purgatorio expectan la infusión del «lumen gloriae». Quien peregrina en tierra extraña no alcanzará la orilla de la eternidad sin el puente intermediario del prójimo. Hasta que haya descubierto en el hermano que encontró en el camino de Jerusalén a Jericó un ser que viene de Dios y camina hacia El.

El amor conoce sus fases. Desde aquel instinto puramente humano hasta el estadio oblativo de la adultez. Cuando ansía por amar a todo el mundo y prescinde de si está o no mandado.

Las polícromas vidrieras de la «Sainte Chapelle» dan la impresión de una pintura gris cuando se las contempla desde el exterior. Flamean cuando en la espina dorsal del templo el sol ilumina la grandiosidad del misterio pascual.

Símbolo de la existencia del cristiano que transforma su vida con el cálido brillo del amor profundo. En una contemplación que arranca de un interior transfigurado por la vidriera de la caridad.

2.3. De la justicia a la pureza

Desde el alborar del siglo XVII, los Catecismos en su mayoría guardan silencio sobre el orden social y la justicia a la hora de explicar el séptimo mandamiento. Empieza a cobrar mayor relieve el sexto.

Evolución significativa. La fidelidad al texto del Exodo polarizaba la atención en la caridad hacia el prójimo expresada en términos de justicia. Ahora, priva preservar la inocencia de los niños. Y la pureza toma el relevo. Las explicaciones del 7º mandamiento ya no estigmatizarán los desórdenes sociales. El comentario de los mandamientos experimentará este influjo infantilista de los Catecismos.

El Fundador, nos parece, mantiene una postura de equilibrio. Por lo que se refiere a la extensión y al contenido de los dos mandamientos. Dedicar cuatro páginas al 6º Mandamiento (Da 132-136) y muy poco más al 7º (Da 136-141). Aunque, es muy cierto, el relieve que otorga a la justicia (Da 129, 137-138; 140-141).

El mal social, en la óptica de sus predecesores, radicaba en el reparto injusto de las riquezas. La Salle introducirá el tema con suma delicadeza. Si el 7º mandamiento «prohíbe a todos los hombres tomar el bien de otro, obliga también a los ricos y a quienes tienen bienes compartir con los pobres según sus necesidades y posibilidades» (Da 138). No dar equivale a cometer una injusticia. De ahí, deriva el deber de la limosna que obliga, «en caso de extrema necesidad bajo pena de pecado mortal» (Da 139).

Cuando La Salle componía los D el mal social anidaba en los corazones bajo forma de impureza (Da 103; Db 78). De ahí su denuncia respecto a la serie de ocasiones que acechan al cristiano: malas compañías, frecuentar personas del otro sexo, lujo, comedias, bailes, ociosidad... (Da 134). Menciona ocho, con alguna variante, en Db 102.

En cifra, los mandamientos de la segunda tabla apuntan a la caridad para con el prójimo. Más o menos todos los Catecismos de la época recalcan la atención que el cristiano debe prestar a los más desheredados. El concepto de caridad recubre, a menudo, el de limosna en su vertiente positiva y el de justicia en sentido negativo.

Una vez clarificado, al principio del Decálogo en La Salle, que los mandamientos se relacionan con el precepto del amor y, una vez definido quién es el prójimo, ya no se vuelve a tratar el tema de la caridad.² Algo se dirá sobre los enemigos y los pobres al tratar de la oración y en el comentario del Padrenuestro (cf. Da 447-448, 455; Db 283-284).

3. LOS MANDAMIENTOS DE LA IGLESIA

La Salle tiene extremo cuidado en fundamentar sólidamente la autoridad eclesial:

«La razón por la que debemos escuchar a la Iglesia como a Jesucristo y como al mismo Dios, y estimar sus decisiones relativas a la fe y doctrina como otros tantos artículos de fe, es porque la Iglesia ostenta la misma autoridad que Jesucristo, que ella es columna y fundamento de la verdad, y que nunca desfallecerá en la fe, como Jesús nos asegura en la persona de san Pedro». Y apunta cuál debe ser la correlativa actitud del cristiano: «... debemos someter nuestro espíritu a todas sus determinaciones en materia de fe y religión, con la misma sencillez con que lo doblegamos ante el Evangelio» (Da 72).

Con fuerza destaca la acción continua de Jesucristo en su Iglesia, «sigue edificándola cada día, uniendo a los fieles en la misma sociedad; como El les dio leyes, también ahora les conoce y gobierna invisiblemente por su Espíritu» (Da 73).

El Espíritu Santo alienta esta familia por la gracia y la caridad, «que derrama en el corazón de los fieles cuando reciben el santo Bautismo» (Da 66).

El actuar cristiano aglutinará a los discípulos del Señor en torno a la comunión con la Iglesia. Como cualquier institución tiene sus normas.

«La Iglesia, por tener la misma autoridad que Jesucristo, y por ser nuestra Madre, puede mandarnos en virtud de este título como a sus hijos; y todos los cristianos, que le profesan públicamente sumisión, están obligados a observar bajo pena de pecado mortal todos estos mandamientos...» (Da 151).

Cabe interrogarse cuántos y cuáles son. «Se proponen ordinariamente seis, que todos los católicos están obligados a observar, con la misma exactitud y la misma fidelidad que los mandamientos de Dios» (Da 152).

Existen variantes respecto al orden. Así Db 113 invierte el orden entre los dos primeros mandamientos de la Iglesia aunque, en la explicación subsiguiente, se ajusta al criterio más tradicional ya explicitado (Da 152-154).

La lista de los seis mandamientos, lejos de

estar fijada en el XVII, oscilaba entre cinco y siete. A veces, eran más. Tal es el caso del catecismo de La Chétardye que presenta nueve. Existe ciertamente una tradición firme a propósito de los mandamientos de la Iglesia, pero su contenido mismo es variable.

La enumeración lasaliana concluye: «Existen todavía algunos otros mandamientos de la Iglesia que son menos ordinarios» (Da 159). Y alude a uno de los más considerables: «No comunicarse con excomulgados».

La Iglesia tiene poder para formular mandamientos, ordenar y prohibir. Modelo de Iglesia piramidal y autoritaria. Muy lejos de la comunidad viva y actuante por el Espíritu Santo.

Ante similar perspectiva, el Fundador resulta coherente con el pensamiento teológico de su siglo. Al cristiano no le resta otra alternativa que observar, satisfacer y guardar todos los mandamientos de la Iglesia. En suma, obedecer. En caso contrario, peca y le acecha la posibilidad de incurrir en varios pecados.

Llama poderosamente la atención cómo acentúa, por sus efectos negativos, la comunión pascual. Respecto a quienes no se conforman con este mandamiento «la Iglesia quiere, que después de haber sido advertidos por su párroco dos o tres veces, sean excomulgados, si no se han sometido» (Da 157).

Matización que invita a contrastar la exposición esquemática de los mandamientos de la Iglesia con el hábito de vida que recorre el comentario al Decálogo con neta inspiración bíblicopatrística.

A título de ejemplo cabe referirse al tercer mandamiento. «No hay que creer que basta oír misa todos los domingos para con ello haber cumplido con este Mandamiento de Dios y de la

Iglesia... Dice san Gregorio que no se debe dejar el trabajo corporal los domingos sino con el fin de *aplicarse totalmente a la oración*, y reparar así la negligencia que hubiera podido existir en el servicio de Dios los otros días de la semana» (Da 120-121).

Existió en el s. XVII y puede existir hoy el peligro de insistir unilateralmente en el exacto cumplimiento de las normas, sin subrayar suficientemente el carácter cristiano de la moral. Tentación siempre repetida de definir lo mínimo requerido o de señalar los límites entre pecado mortal y venial.

En este apartado, el santo Fundador manifiesta la aspiración fundamental hacia lo absoluto, que es el alma de la moral:

«Es intención de la Iglesia que los fieles dediquen la mañana a asistir a la bendición del agua, a la procesión, al sermón y a la misa parroquial, y que se dispongan a recibir a menudo y dignamente los sacramentos de Penitencia y Eucaristía. Y por la tarde que asistan a la predicación o catecismo, a vísperas y a completas. Si les quedara tiempo después de los oficios en la parroquia, es muy adecuado que los padres y madres de familia lo empleen en hacer que sus hijos lean algún libro bueno, en instruirles, en visitar algunas iglesias, o a los pobres en sus casas o en los hospitales, o a presos, o a otras personas piadosas para mantener con ellas la unión y la caridad» (Da 120-121). ¡Maravillosa referencia al vivir cristiano !

1 André FOSSION, *La Catéchèse dans le champ de la communication. Ses enjeux par l'inculturation*, Cerf, Paris, 1990, pp. 178-179.

2 Jean-Claude DHOTEL, *Les Origines du Catéchisme Moderne d'après les premiers manuels imprimés en France*, Aubier, Paris, 1967, p. 398.

Temas complementarios:

Adoración; Amor/caridad; Catecismo; Deberes; Fe/Espíritu de fe; Instrucción; Justicia; Sacramentos; Voluntad de Dios.

BIBLIOGRAFIA

1. BALOCCO Anselmo, *Il Decalogo nei «Devoirs d'un Chrétien» del de La Salle*. Riv. Las. 1967, 105-122.
2. DHOTEL Jean-Claude, *Les Origines du Catéchisme moderne, d'après les premiers manuels imprimés en France*, Aubier, Paris, 1967, 471.
3. FOSSION André, *La Catéchèse dans le champ de la communication. Ses enjeux par l'inculturation*. Cerf, Paris, 1990, 520.
4. GALLEGO Saturnino, *La Teología de la Educación en San Juan Bautista de La Salle*, Bruño, Madrid, 1958,294.
5. GARDINI Romano, *La Esencia del Cristianismo*, Guadarrama, Madrid, 1959, 112.
6. LYONNET Stanislas, *Libertad y ley nueva*, Sígueme, Salamanca, 1964, 126.
7. SAUVAGE Miguel, *Catequesis y laicado*, Sinite, Salamanca, 1963, I. 526; II, 535.
8. WALTER Eugen, *Esencia y poder del amor*, Fax, Madrid, 1960, 245.

H. Lluís DIUMENGE

Sumario:

1. Aspecto moral: 1.1. definición de la mansedumbre; 1.2. su importancia; 1.3. sus frutos; 1.4. su práctica. - 2. Aspecto pastoral lasaliano: 2.1. el oficio; 2.2. el testimonio apostólico; 2.3. la unión fraterna; 2.4. la vida de unión con Dios; 2.5. adherencia a Cristo.

1. ASPECTO MORAL

Virtud que modera la cólera (Richelet).

La mansedumbre es una virtud moral. Aparece como el objeto de la segunda bienaventuranza (Mt 5,4). Se hace patente en el puesto quinto entre los frutos¹ del Espíritu Santo (Ga 5,22).

1.1. Definición

Juan Bautista de La Salle ofrece tres definiciones: en los *Devoirs I* «la mansedumbre, por opuesta a la cólera, es una virtud que nos permite sobrellevar con igualdad de ánimo los males que nos acaecen» (Da 187), en los *Devoirs II* «es una virtud que nos ayuda a soportar con igualdad de ánimo los defectos del prójimo y los males que nos suceden» (Db 138) y en el *Grand Abrégé* leemos «la mansedumbre es una virtud que nos hace sufrir con igualdad de ánimo los defectos del prójimo y los males que nos sobrevienen» (GA 385).

Acota, pues, los dos campos donde se ejerce esta «cualidad sobrenatural»: ² las disposiciones que nos hieren ya en la persona de los demás como en el devenir de la existencia. Nuestra «naturaleza corrupta» ³ nos decantaría a responder a las primeras con sentimientos de desprecio o de odio, y a las segundas con la blasfemia o el rechazo de Dios. La mansedumbre substituye a tales reacciones agresivas por una actitud de apoyo que alía la paciencia y la resignación. Por lo cual ella se presenta como «opuesta a la ira».

Hay otra razón válida desde el punto de vista de san Juan Bautista de La Salle. De

conformidad con la teología tradicional, observa que las virtudes morales «son muy numerosas» y distingue entre ellas dos grupos: las que «ordinariamente se llaman virtudes cardinales ya que son las primeras y principales» y las «que se oponen a los siete vicios o pecados capitales» (Da 185). Dentro de este segundo apartado coloca la mansedumbre.

Pero si, en las tres obras citadas, la lista de los pecados capitales es invariable: «soberbia, avaricia, lujuria, envidia, gula, ira y pereza», no sucede lo mismo en la relación de las virtudes opuestas. Su orden cambia: el celo por el bien del prójimo, en cuarto lugar (lógico) en los *Devoirs I*, pasa a la segunda posición (anormal) en los *Devoirs II* y el *Grand Abrégé*. También sus nombres fluctúan: el gusto de Dios, por ejemplo, se transforma en «devoción y diligencia». Sobre todo su número difiere: *Devoirs I* no cita más que seis, sin duda a causa de un error tipográfico no corregido (pues la sobriedad omitida, luego encuentra su definición) mientras que el *Grand Abrégé* ofrece ocho: «¿Cuáles son las virtudes morales opuestas a los siete vicios o pecados capitales? Son las ocho siguientes...» (GA 384). ¡Qué importa: tales divergencias plantean sólo un problema de composición!

1.2. Su importancia

Juan Bautista de La Salle otorga una gran importancia a la mansedumbre. Su obligación ⁴ se impone a todos en nombre de la religión. Las *Reglas de la Cortesía y de la Urbanidad cristiana* son explícitas a este respecto: «Un cristiano... no ha de tener y manifestar más que mansedumbre, moderación y prudencia en su comportamiento» (RB 48) o, «la mansedumbre, la humildad y el respeto por el prójimo ha de transparentarse en su

conducta» (RB 38). Se perfilan hasta los detalles más nimios, he aquí detalles: «Es descortés mantener la frente arrugada... Se debe cuidar de que no se transparente nada rudo, sino que se aprecie un aspecto de prudencia, de benevolencia y de mansedumbre» (RB 14).

De la convivencia individual pasa a las relaciones sociales, que se establecen a lo largo de la vida corriente, por ejemplo, en las conversaciones: «No es de buen tono contradecir a las personas... y en caso de ejecutarlo será menester manifestarlo con tanta mansedumbre y urbanidad que el que recibe la reprensión estuviera como forzado a manifestar gratitud» (RB 222). O las que se ejecutan en el marco de la autoridad; la de los padres: «Están obligados a corregir, es decir a reprender y castigar a sus hijos cuando se deslizan en algún defecto; entonces han de habérselas con mansedumbre y caridad y sin injusticia y sin injurias» (Da 125).

O la de los amos: «Pertenece a la prudencia no manifestar un rostro demasiado abierto frente a los inferiores, particularmente de la servidumbre; y si estamos obligados a manifestar mansedumbre y condescendencia por ellos, no familiarizarse con ellos encierra importancia».

1.3. Sus frutos

El fruto primero que se ha de alcanzar de la mansedumbre es, ciertamente, el dominio de sí. Juan Bautista de La Salle, en los *Devoirs I* comenta la segunda bienaventuranza: «Esos mansos son quienes se dominan de tal modo que, lejos de agriarse cuando se les carga de injurias, no manifiestan ningún resentimiento: ellos poseerán la tierra ya que, gracias a su trayectoria, se alzarán con facilidad al dominio de las gentes» (Da 190). Palpamos ya aquí un segundo fruto (ganar los corazones) de mayor importancia que el primero a los ojos del Fundador. Lo explana en la Meditación 65, en su segundo punto: «Conquistán todo el mundo quienes se adueñan del corazón de todos los hombres. Esto lo consiguen fácilmente las personas de natural manso y comedido, las cuales se insinúan de tal modo en el corazón de aquellos con quienes conversan⁵ o tratan algún negocio, que los ganan

insensiblemente y obtienen de ellos cuanto desean. Así señorean los corazones y los inclinan a hacer cuanto de ellos solicitan quienes nacieron con tan envidiable disposición o la han adquirido con ayuda de la gracia; y así logran hacerse dueños de los demás hasta manejarlos a su gusto» (MD 65,2).

El movimiento literario de este pasaje, raro en su autor, revela hasta qué punto está encariñado con el tema. Y visto que el texto prosigue construido sobre idéntico proceder⁶ para destacar un tercer fruto (la adquisición de las virtudes), luego un cuarto (la pervivencia de la unión), un quinto, en fin, (la mortificación de las pasiones). «Mas no es ése el único bien que procura la mansedumbre; el principal es que, merced a ella, se alcanzan fácilmente las más excelsas virtudes: por ella se sujetan las pasiones y se impide que se desmanden; por ella se logra mantener la unión entre los Hermanos» (MD 65,2).

En este momento uno no puede impedirle el pensar en la elevación que en las *Instrucciones y Oraciones para la Santa Misa* propone al filo del Agnus Dei: «Dios mío, después de haber solicitado la paz con Vos, aceptad que os la pida también con mi prójimo. No me relacionaré bien con Vos si no estoy unido de corazón con los hombres. Sin embargo no puedo alcanzar esta unión más que con la mansedumbre y la paciencia. Dadme, os ruego, ambas virtudes y haced que no hable y no actúe sino de manera muy amable con todos, que tolere con paciencia y por vuestro amor los entuertos, las injurias, y las afrentas que se me podrán inferir, que no cause molestias a nadie, que no me asombre de cosa alguna y que me regocije de cuanto me suceda por parte de los demás» (190).

Este texto es por demás interesante ya que detalla los efectos de la mansedumbre según la cuadrícula de análisis que podemos hallar en los moralistas de la época como, por ejemplo, el Padre Julien Hayneufve en sus *Meditaciones* para el tiempo de los ejercicios que se practican durante el retiro de ocho días.⁸ «Pues es saber el Evangelio entero y toda la doctrina moral de Cristo, el saber abstenerse, actuar y mantenerse a su ejemplo» (p.123)

1.4. Su práctica

Contempla el Fundador efectivamente y en progresión la actuación «que no hable, ni actúe sino de manera muy amable con todo la gente», la constancia, «que sufra con paciencia por amor vuestro los entuertos, las injurias y las afrentas que se me podrán inferir», en fin, la abstención «que no me apene de nada, que no me asombre de cosa alguna»; para cerrar el párrafo con un rasgo muy positivo, con aire casi triunfal y que nos insinúa ya en la mística «y que me regocije de todo cuanto me suceda por parte de los demás».

Al hilo de las varias citas, se habrá destacado el lazo casi estructural establecido y con frecuencia recordado entre la mansedumbre y otras virtudes: la humildad que constituye su manantial, la paciencia que es la condición, la benevolencia su señal externa y la caridad que es el remate.

2. ASPECTO DE LA PASTORAL LASALIANA

La mansedumbre es característica del cristiano, pero para san Juan Bautista de La Salle cuenta sobre todo en el número de virtudes propias y singulares de los Hermanos, a tono del aforismo de la *Colección* (R XV). Establecidos, en efecto, para animar «juntos y por asociación» escuelas encaminadas a la salvación de los niños, deben practicarla bajo cuatro epígrafes: en su vida profesional, donde ella rige las relaciones entre Maestros y discípulos; en su vida apostólica, cuando ella revela a un Dios amor que anhela el bien de sus criaturas; en su vida comunitaria, donde asegura unión y armonía; en su vida interior, donde ella les conforma a Jesús que se tituló «manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). Si la enfocamos desde la angulación de esta virtud, únicamente brilla la unidad profunda de la espiritualidad lasaliana.

2.1. El oficio

La mansedumbre es la octava de las «Doce virtudes del buen maestro», cuya lista erige por dos veces: cual conclusión, en la *Conduite des Ecoles* (CE 228) y cual llamada, en el *Recueil* (R 6). El Hermano Agatón redactó un famoso

comentario que publicó, con idéntico título, en 1785 y que alcanzó un indiscutible éxito, si hemos de apreciarlo por el número de ediciones, por sus traducciones, por la difusión fuera del ámbito del Instituto⁹ e, incluso, por su adaptación en pro de los Maestros públicos. Ahora bien, a la mansedumbre dedica un tercio¹⁰ de su obra.

Para Juan Bautista de La Salle, en educación el problema de fondo que se plantea «es aunar la mansedumbre con la firmeza» en la guía de los muchachos. La experiencia, fundada en la doctrina constante de los santos y en los ejemplos que nos han dado, prueba con holgura que para educar bien a los que se dirige hay que comportarse con ellos de modo suave y firme al mismo tiempo. Pero los hay que se ven obligados a confesar que no ven fácil cómo juntar en la práctica ambos aspectos en uno... Por otro lado, si se tiene demasiada consideración con la debilidad humana, y bajo pretexto de compadecer a los niños se les deja hacer todo lo que quieren, de ahí saldrán los alumnos viciosos, traviosos y descaminados. ¿Qué habrá que hacer para que la firmeza no degenera en dureza ni la mansedumbre en blandura y flojedad? (CE 140). Juan Bautista de La Salle responde: «Hay que tener firmeza para conseguir el fin y suavidad en el modo de llegar a él... Hay que tener mucho aguante, pero no permitir que los niños as-piren a la impunidad, y que hagan todo lo que les dé la gana: no hay que cifrar en eso la mansedumbre».

Pero sí hay que saber que consiste en que no aparezca nada de dureza, no aflore la cólera o la pasión, en los castigos que se den; sino que se vea resplandecer en ellos la gravedad del padre, y compasión llena de ternura, y cierta dulzura, aunque viva y eficaz; y que se vea en el Maestro que reprende o castiga, que lo hace presionado por la necesidad y celo del bien común (CE 144).

Esta regla se ha formulado en términos generales. Una segunda la completa. Somete su aplicación al buen juicio «ya que se necesita mayor mansedumbre frente a unos y mayor firmeza de cara a los demás». En el primer caso él se encara con los niños «de natural manso y tranquilo», cuyos defectos se remedian avisándolos con suavidad y en particular (CE 165), a los que se ausentan por chiquilladas «se les

compromete a volver a la escuela más por la mansedumbre y conquistándoles que con la corrección y dureza» (CE 183).

Pero si el equilibrio entre mansedumbre y firmeza ha de ser modulado según el temperamento de los alumnos, débelo estar igualmente en función de las circunstancias de la vida escolar y, sobre todo, cuando el maestro se enfrenta con la «urgencia» de castigar con rigor. Por tres veces vuelve Juan Bautista de La Salle ante este problema crucial de la corrección. En las *Reglas Comunes* le consagra el capítulo ocho, en la *Conduite des Ecoles* el capítulo cinco de la segunda parte y en las *Meditaciones para el tiempo del Retiro* la un-décima y la duodécima. Esos textos se dilatan sobre la mansedumbre.

Estipulan las *Reglas Comunes* que los «Hermanos se guardarán con mucho cuidado entonces, y en cualquier tiempo, de dar a los alumnos ningún calificativo ofensivo o incivil; ... Tendrán sumo cuidado de no tocar ni pegar jamás a ningún alumno con la mano, con el puño, con el pie, o con el puntero y de no repelerlos ni empujarlos con violencia. No les pegarán nunca en la cara, en la cabeza o en la espalda. Se abstendrán rigurosamente de tirarlos de las orejas, de la nariz o de los cabellos; o de tirarles la palmeta u otro objeto para que ellos se lo traigan. Nunca deben los Hermanos usar castigos de esta clase, pues todos ellos son muy inconvenientes, y opuestos a la caridad y a la mansedumbre cristianas»¹¹ (RC 8,4-6). Esas disposiciones recuerdan con toda evidencia las *Reglas de la Urbanidad y Cortesía Cristianas*: Es de mal tono, e incluso algo vergonzoso, dar patadas a otros, en cualquier parte del cuerpo que sea; lo que no está permitido a nadie ni tan siquiera a un padre frente a sus propios criados.¹² Tal clase de castigo es de un hombre violento y apasionado y no de un cristiano que no debe ni tener ni manifestar sino mansedumbre, moderación y prudencia en todos sus proceder (RB 48).

En la *Conduite des Ecoles*, al principio del capítulo de las correcciones Juan Bautista de La Salle plantea el principio general de la unión entre la mansedumbre y la firmeza en la educación. A continuación destaca las aplicaciones y es significativo entonces constatar que precisamente

frente a los alumnos más difíciles de corregir, los «testarudos», «los que resisten y no admiten que se les corrija», preconiza el uso de la mansedumbre: «Algún tiempo después el Maestro le llamará para hablarle y con suavidad procurará que reconozca y confiese su falta, tanto la primera como la de no someterse después y... un rato después de que ese alumno haya recibido el castigo, el Maestro le hará venir a su lado, cuando juzge que se habrá calmado la pasión, para hacerle recapacitar con dulzura: luego le hará confesar su falta y pedir perdón de rodillas» (CE 162).

En la Meditación 204 se recuerda la eficacia de la mansedumbre en las correcciones. Arrancando de un ejemplo famoso del Antiguo Testamento (2S 1-7), Juan Bautista de La Salle apostilla: «El fruto que produjo en David la prudente reprehensión de Natán debe convencerlos de cuán provechosas resultarán a los discípulos las sanciones que vosotros les impongáis, si procedéis con caridad y mansedumbre» (MR 204,3). Esa palabra alcanza todo su significado por el hecho de que ya en la Meditación precedente ofrece el asunto su di-mensión espiritual, su dimensión definitiva: «Es preciso que quienes educan a los muchachos los reprendan... para que se arrepientan de sus extravíos y se desenreden de los lazos del diablo... según aquello que enseña Jesucristo que quien comete el pecado es esclavo del pecado. A vosotros corresponde, como maestros de los niños que educáis, poner toda la diligencia posible para asentarlos en la libertad de los hijos de Dios... Para ello necesitáis de dos medios: primero, de mansedumbre y paciencia; segundo, de prudencia en las reprensiones y castigos» (MR 203,2). Pero con este texto ya anticipamos el siguiente punto.

2.2. El testimonio apostólico

La preocupación de Juan Bautista de La Salle es dar a los alumnos una formación «práctica» (MR 194,3) es decir, inspirada en las máximas del Evangelio y enfocada hacia la adquisición y el ejercicio de las virtudes pertinentes. Al conocer hasta qué punto la mansedumbre le parece la característica del discípulo de Jesucristo, no nos maravillamos que aconseje especialmente su «instrucción»... Así: «No os olvidéis de impulsarles a adquirir la

mansedumbre y la paciencia...» (M R 200,3), «proponiéndoles ciertas virtudes que practicar, como la mansedumbre y la humildad» (MR 196,2), o aún: «Si queréis cumplir con vuestro ministerio debéis proceder... que sean mansos y bondadosos los unos con los otros; que se perdonen mutuamente, como Dios les ha perdonado por Jesucristo, y se aman entre sí, a ejemplo del amor con que Jesucristo les amó» (MR 198,3). Este último párrafo, si notable por su calidad literaria lo es mucho más por el alcance de su mística.

Vano resultaría para el Maestro querer inculcar la mansedumbre a sus alumnos si ella no impregnara sus relaciones con ellos. En primera instancia «porque el ejemplo produce mucha mayor impresión que las palabras en las mentes y en los corazones. Y esto es más de notar en los niños»,¹³ quienes, por carecer aún su espíritu de suficiente capacidad de reflexión, toman ordinariamente¹⁴ por dechado de su vida el ejemplo de sus maestros y se inclinan más a imitar lo que les ven hacer que a practicar lo que les oyen decir (MR 202,3). Pero sobre todo y como consecuencia de la propia eficacia de la mansedumbre: la palabra y el testimonio pueden chocar, plantear preguntas, iniciar re-flexiones o una búsqueda... la mansedumbre, en cuanto a ella, «gana los corazones». Testigo la mujer adúltera «que Jesús ganó para sí por su mansedumbre admirable» (Da 38).

Eso mismo, cual estratagema, se empleó contra ciertos mártires para intentar hacerles apostatar, le comenta el Fundador de santa Catalina: «Acusada esta santa de ser cristiana, fue conducida a la presencia del emperador Maximiano que se hallaba a la sazón en Alejandría. Viendo el emperador que no lograba con razones inducirle a cambiar de religión ni volverla al culto de los dioses falsos, quiso tentar el camino de los halagos y promesas, para ganarla y traerla a lo que de ella pretendía» (MF 192,3).

El santo obispo de Ginebra lo usó de forma diferente: «La ternura y mansedumbre con el prójimo fue lo que permitió a san Francisco ganar tantas almas para Dios... Esa virtud le conquistaba, efectivamente, el corazón de cuantos tenían trato con él, y del afecto que despertaba en

ellos se servía el Santo para conducirlos a Dios» (MF 101,3).

Es el mismo consejo que Juan Bautista de La Salle da a sus Hermanos para comprometerlos en la conversión de sus alumnos: «¿Conseguís también vosotros, con vuestra mansedumbre y cordura, que huyan del vicio y de la liviandad, y se den a la piedad quienes os están confiados? Esos dos medios unidos a la oración, producen ordinariamente más fruto en las almas que cualesquiera otros que pudieran imaginarse» (MF 114,1).

2.3. La unión fraterna

Los Hermanos viven en comunidad. Juntos animan la escuela y le llevan el testimonio de su fe y de su unión. Pues bien, también aquí se impone la mansedumbre. En primer lugar a los Directores les incumbe practicarla. Para animarles a ello Juan Bautista de La Salle les enfrenta a dos ejemplos: el de san Hilarión que al haberse hecho discípulo de san Antonio, observó «su humildad para con sus hermanos, su severidad aliada de mansedumbre cuando les vituperaba» (MF 180,1) y el de san Anselmo que «llegado a Superior, se esmeró en dirigir a sus religiosos con tal mansedumbre y caridad, que se ganara todos los corazones» (MF 115,3).

La caridad debe animar a los Hermanos y ordenar todas sus relaciones. Ahora bien, «la caridad es mansa; es la segunda cualidad que san Pablo atribuye a la caridad. No es riñendo, efectivamente, ni murmurando ni quejándose con altanería ni buscando querrela como se manifiesta el amor y la unión, es al hablarse de una manera mansa y cordial, es al humillarse incluso por debajo de sus Hermanos, pues la palabra mansa, dice el Sabio, quebranta la ira; por la mansedumbre se logra mantener la unión entre los Hermanos. Nunca les habléis si no es con mansedumbre y callaos cuando temáis hablarles de otro modo» (MD 65,2).

Las comidas se tomaban en silencio y con la lectura. Pero los Hermanos tenían oportunidad de conversar entre sí durante los recreos que se añadían; la manera de pasarlos de forma adecuada se consideraba como «el cuarto sostén exterior del

Instituto» (R 6).

«Con este fin se ha juzgado conveniente, en nuestro Instituto el formar un catálogo de muchas materias de piedad, que puedan servir útilmente de tema de conversación en las recreaciones que los Hermanos deben tener juntos cada día después de las comidas». Y bajo el artículo «de las virtudes propias y particulares de los Hermanos de la Sociedad» descubrimos la mención «de la unión entre los Hermanos, de la mesura, mansedumbre y paciencia que han menester» (R 37; CL 16, p. 29).

2.4. La vida de unión con Dios

Juan Bautista de La Salle escribía para los Hermanos cuya vida espiritual se esforzaba de integrar de manera radical «los ejercicios de la comunidad y el empleo de las escuelas» según la formulación tan rica y hermosa del *Mémoire sur l'Habit* (MH 350). De hecho no abandonaban su «retiro» sino para encaminarse a la iglesia o a la escuela, juntos, con «modestia» y con el rosario entre los dedos. De hecho su empleo nada tenía de profano y sólo indirectamente los ponía en contacto con el «mundo». No obstante él ocupaba una parte muy importante de su día y exigía de su parte un compromiso total. Y cuando su tarea rematada, se reintegraban en su «soledad» acarreaban consigo las fatigas y las preocupaciones del ministerio con los que habían de reemprender sus ejercicios religiosos donde la meditación ocupaba el núcleo central. Entonces se planteaba (y se planteará siempre) un problema a la par psicológico y espiritual, conservar «el fondo del alma»¹⁵ en estado de sosiego que deje libre para la acción y para la contemplación, para el servicio de los niños y para el servicio de Dios. Tradicionalmente ese papel se atribuye a un conjunto de virtudes pacificadoras, al frente de las cuales Juan Bautista de La Salle emplaza la mansedumbre. Mas le asocia otras que contempla como tantas veredas para adquirir y desarrollarla: la caridad, la humildad, el silencio, la obediencia.

Deberíase leer aquí, en su totalidad el segundo punto de la Meditación sesenta y cinco; ya la hemos citado fragmentariamente con motivo de los frutos de la mansedumbre y de su cometido en la vida comunitaria: «La caridad es mansa»

(MD 65,2).

El consejo que clausura este texto: «Nunca habléis si no es con mansedumbre, y callaos cuando temáis hablarles de otro modo», será afianzado por el ejemplo de san Francisco de Sales que «tuvo para con el prójimo tanta mansedumbre y ternura». «Aprended de este Santo a dominar las pasiones, y a no consentir jamás que la más leve alteración se manifieste en vuestras palabras u obras. La humildad os ayudará mucho a conseguirlo, no menos que el silencio, siempre que pretendan causaros alguna molestia» (MF 101,2).

Pero con la obediencia el Fundador realiza en este terreno su síntesis más significativa: «Puede aplicarse a la obediencia lo que Salomón dijo de la sabiduría: que todos los bienes nos han venido con ella. Efectivamente, quien obedece por espíritu de religión tiene en sí todas las virtudes: es humilde, pues hay que serlo para mostrarse sumiso, es manso, pues no hay que quejarse por molesto que resulte lo ordenado; es silencioso, porque el varón obediente ha perdido el uso de la palabra; y no sabe hacer otra cosa que ejecutar lo prescrito sin replicar nada; es paciente, porque lo soporta todo y lleva todas las cargas que se le imponen; es caritativo en extremo, porque la obediencia le da áni-mos para emprenderlo todo en bien del prójimo» (MD 12,2).

Constatamos a través de estos textos que la práctica de la mansedumbre implica la muerte a sí mismo, condición imperativa para el arraigo en el alma de la vida divina. Puesto que como enseña, entre tantos otros el padre Barré, en sus *Maximes de Conduite Chrétienne*: «Es preciso vaciarse de sí, no para sí, sino para Dios solo».

2.5. La adherencia a Cristo

Este «Dios solo», el siglo XVII francés lo encarna en espiritualidad característica, la de la adherencia a Cristo. Es interesante ver cómo Juan Bautista de La Salle le da, con la mansedumbre, un campo de aplicación particularmente apropiado. ¿No ha dicho Jesús: «Yo soy manso y humilde de corazón (Mt 11,29), «Mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11,30)?

Por dos veces cita Juan Bautista de La Salle el primer versículo, en la *Explication de la Méthode d'Oraison* (EM 96) y en la famosa meditación sesenta y cinco, de lleno en su mitad del segundo punto. En cuanto al segundo lo parafrasea en una «aspiración» (la palabra es suya) que propone en las Oraciones para la Misa, en el momento del gradual: «Vuestra ley es un yugo, pero un yugo que no encierra más que dulzura, es un fardo que

no pesa; que mi espíritu vea y mi corazón saboree cuán suave es el Señor y cuán amable» (177). Visiblemente el tema le place, ya que vuelve frecuentemente. Así: «El bautizado debe llevar con ánimo el yugo de los mandamientos de Dios y de la ley evangélica que, aunque arduo a la naturaleza corrupta, se vuelve suave y fácil de llevar mediante la gracia y la unción que se da en el santo bautismo» (Da 224). A propósito de la confirmación reincide: «Esta cruz se traza con la unción para significar que si la Cruz es difícil de llevar, este sacramento nos da fuerza y gracia particular¹⁶ para que se nos vuelva suave» (Da 238). De hecho es la vida en su totalidad, el «peso del día» (Mt 20,12) que Jesús alivia y desembaraza y es precisamente por su Cruz... «Libres del pecado por su medio, debemos abrigar la confianza de que, si amamos la cruz en unión con Jesucristo, que la amó tiernamente y la llevó con sumo gozo, todas las miserias de la vida presente nos parecerán dulces y gratas, y nosotros conseguiremos la verdadera felicidad, por haber encontrado el paraíso en la tierra...» (MF 165,2).

Si «quienes logran aficionarse a su estado, moran en ellas muy a su gusto, y se complacen en los ejercicios de piedad que allí se practican, en virtud de un hábito, que la unción de la gracia y el amor divino tornan¹⁷ dulce y agradable» (MF 98, 1), uno hay, sin embargo, que el Fundador privilegia: la recepción eucarística de Cristo: «Hacedme saborear, Señor, cuán dulce sois para un alma que os posee y que vos poseéis» (1271). «Hablad a mi corazón, amable Jesús que hacéis de mí vuestra morada, pues él está dispuesto para oírlos; hacedle escuchar vuestra voz, ella le será dulce y agradable» (1276).

Para adquirir la mansedumbre, en primera instancia hay que solicitarla: «Quien quiera sofocar su ira y practicar la virtud de la

mansedumbre... hallará cualquier facilidad posible a través de la oración» (Da 414). Pero el Fundador le yuxtapone otro a sus ojos más poderoso: «Contemplar la gran mansedumbre de Nuestro Señor Jesucristo» (GA 382), «evocar frecuentemente la gran mansedumbre de Nuestro Señor que tal se ha manifestado en tantas ocasiones, sobre todo cuando sobre la Cruz rogó a su Padre por sus enemigos» (Db 133).

Acaba su pensamiento: «Debemos en particular imitar... su mansedumbre» (Dc 191), «la mansedumbre que Nuestro Señor Jesucristo puso de manifiesto en su Pasión» (Dc 169). Y añade un ejemplo: «Jesucristo, no obstante la aversión de los judíos contra Jesús, y los perversos designios que habían fraguado para perderle, nunca El dejó de hablarles en cuanto le concernía, con la mayor mansedumbre que pueda imaginarse» (MD 23,2). Pero esta imitación en sí no sería nada sin el «afecto»: «Experimentad cuán manso es el Señor» (MD 12,1). Así, la persona de Cristo es al mismo tiempo, para la vida espiritual de los Hermanos, motor, alimento y modelo.

Un significado, el último, que el vocablo (Mansedumbre - suavidad - Consuelo) toma según La Salle: los favores espirituales que Dios otorga a un alma para afianzarla. El Fundador no lo ignora. Releamos la meditación dieciocho en su segundo punto: «Y como Dios se propone como fin con sus consuelos sostener al alma y darle algún respiro... debe ella aceptar este breve alivio con la mira puesta sencillamente en el beneplácito de Dios, sin detenerse en el regusto personal que le proporciona. En esto faltaron los tres Apóstoles que acompañaban a Jesucristo en el monte Tabor: poco concedores aún de los caminos de Dios, se detenían más en las dulzuras que gozaban en aquel misterio, que en contemplar la grandeza y bondad de Dios» (MD 18,2). A este ejemplo negativo opone el de San Agustín quien, apenas convertido «halló de improviso dulzuras y consuelos inconcebibles hasta renunciar a los placeres mundanales» (MF 123,2), y el de san Felipe de Neri que «sentíase a veces tan henchido de dulzuras y consolaciones, que se veía forzado a exclamar: «¡Basta, Señor, basta!» (MF 129,2).

Juan Bautista de La Salle encontró en su vida numerosas ocasiones para que practicara la

mansedumbre. Blain ofrece varios ejemplos en sus relaciones con los Hermanos o con sus enemigos (cf. CL 9, pág. 338, 370, 379, 466...). De donde ¿no cabría deducir una confidencia esta

1 Contrariamente a sus fuentes, Juan Bautista de La Salle no trata en sus «Catéchismes», de los frutos del Espíritu Santo.

2 Las expresiones entre comillas pertenecen al lenguaje habitual de Juan Bautista de La Salle.

3 Juan Bautista de La Salle de la naturaleza humana posee un concepto optimista. Nunca utiliza la expresión «naturaleza caída». Para designar a la naturaleza herida por el pecado e inclinada hacia el mal, recurre a la expresión «naturaleza corrupta» y además raramente.

4 La palabra obligación vuelve frecuentemente bajo la pluma de Juan Bautista de La Salle con una connotación muy fuerte. No encierra el sentido actual de obligación forzada. Expresa solamente, según la acepción de la época, el lazo moral que resulta para una persona de un compromiso que ella cerró con otra (cf. CAYROU, *Français classique*). Las obligaciones a las cuales el Hermano ha de atenerse son las derivadas de sus votos, compromiso sagrado autenticado con la Santísima Trinidad.

5 La silepsis establece una concordancia gramatical en función del pensamiento y no de la sintaxis. Aquí el pasaje del «ellas» (se insinúan) al «ils» (conversent-conversan) se opera en la mente del autor a través del demostrativo «ceux-estos» que se halla entre los dos pronombres personales e introduce la concordancia en masculino.

6 La anáfora consiste en abrir con las mismas palabras varias frases o elementos de frases consecutivos. Produce un efecto de amplitud y de insistencia.

7 Este vocablo «indica la tranquilidad del alma relativamente al objeto de sus anhelos antes que el sentimiento de gozo que se experimenta al alcanzar lo que se desea» (CAYROU, *Le français classique*).

8 He preferido este párrafo antes que otro cualquiera

su declaración en la *Explicación del Método de Oración*: «Cuánta necesidad tengo de sencillez, humildad, mansedumbre...» (EM 81)?

porque sabemos que Juan Bautista de La Salle lo ha utilizado. Por dos veces se refiere a él en las «Règles que je me suis imposées», la tercera y la decimocuarta (CL 8,318). Una inspiración muy cercana en el *Recueil* para las «Considérations que les Frères doivent faire sur leur état et sur leur emploi» (CL 15, pág. 94 a 118 - CL 16.51). Podría haberme referido a Nicolás Barré que habla de la «ejecución fiel y amorosa de cuanto el Padre ordena se haga, se omita o se soporte» (*Recueil de Lettres Spirituelles* pág. 93).

9 Cada Salesiano debe conservar uno para su uso, idénticamente cada Hermano de San Gabriel debe, según su Regla disponer de la *Conduite des Ecoles*.

10 En las ediciones consultadas (1845 & 1896) 63 páginas sobre 169 o sea, 37,27%.

11 En aquella época, la concordancia del adjetivo se hacía únicamente con el nombre más cercano (cf. Cortesía y Urbanidad Cristiana).

12 Los que viven en la casa.

13 Nueva silepsis que en lugar del «ceux-los» que se espera, construye con «celui-éste» en concordancia con «esprit-mente-» que llega más tarde en la frase pero que ya ocupa la idea del autor.

14 Esta palabra, frecuente en el Fundador, significa «habitualmente» (FURETIERE, *Dictionnaire français* 1690).

15 Se encuentra esta expresión tradicional en el Fundador, pero utiliza con mayor frecuencia «fond du coeur-fondo del alma».

16 Cf. *Dictionnaire de Spiritualité*, col. 1683.

17 En su tiempo, la concordancia del participio es fluctuante.

Temas complementarios:

Alumno; amor, asociación; autoridad; conversación; conversión; corazón; corrección; escuela; empleo; ejercicios; humildad; maestro; ministerio; misterio; obediencia; paz; salvación; ternura; unión; urbanidad.

BIBLIOGRAFIA

RICHELET: Dictionnaire français. Paris, 1680.

FURETIERE: Dictionnaire des mots français. Paris, 1690.

CAYROU: Le français classique. Paris, 1948.

Dictionnaire de Spiritualité.

HAYNEUFVE Julien SJ: Méditations pour le temps des exercices qui se font dans la retraite des huit jours. Paris, 1645.

BARRÉ Nicolas OFM: Maximes de Conduite Chrétienne (Paris, 1694); Recueil de Lettres Spirituelles.

H. Jacques GOUSSIN

Traducido del francés por el H. Eulogio BRAVO

Sumario:

1. Niño. Introducción. 1.1. Sentido gramatical del vocablo. 1.2. El niño en el siglo XVII. 1.3. Atención espiritual al niño. 1.4. Visión pastoral del niño en san Juan Bautista de La Salle. 1.5. La respuesta de fe del Señor de La Salle y los primeros Hermanos ante los niños de su época: Un proyecto educativo cristiano. - 2. Escolar. Introducción. 2.1. La escuela cristiana: lugar de concreción y vivencia del Ministerio educativo lasallista. - 3. Discípulo. Introducción. 3.1. Actitud del Hermano como Maestro espiritual ante sus discípulos. 3.2. Actitud del discípulo hacia su Maestro. 3.3. El re-encuentro escatológico del Maestro y el discípulo.

1. NIÑO

Introducción

«El fin de este Instituto es dar cristiana educación a los niños» (RC 1,3).

El niño es el sujeto y el destinatario primero del ministerio educativo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Es el centro intencional de todo el primer capítulo de las Reglas de los Hermanos, tal como fue expresado en las primeras redacciones: 1705, 1718...

San Juan Bautista de La Salle recordará a menudo a sus Hermanos que «su santificación personal y el cumplimiento de sus deberes estará en relación directa con el ministerio de la educación de los niños» (cf. MF 114,3); que «están obligados a cooperar con Dios y a cumplir sus designios de salvación para con los niños encomendados a su cuidado» (MD 56,1); y que «deben formar a Cristo en el corazón de los niños» (MF 80,2).

¿A qué niño en concreto se refería el Fundador de los Hermanos?

1.1. Sentidos del vocablo niño

La Salle empleó 324 veces el vocablo «niño». Los diccionarios de la época destacan las diversas acepciones que entonces tenía en Francia ese vocablo. Se distinguen dos básicas:

a) *Enfant*: El que debe su nacimiento a alguien (hijo). (Cf. *Dictionnaire Universel François et Latin*, Trévoux, 1721).

a) *Enfant*: Persona en su primera etapa de vida. (Idem).

También se empleaba, como ahora, en sentido figurado: *Enfants de l'Eglise* = Hijos de la Iglesia. El primer colegio donde estudió La Salle, en Reims, se llamaba «*Bons Enfants*» = «Niños buenos».

Sin dejar de emplear los giros figurados, el Fundador habitualmente se refiere al ser humano en su etapa inicial cuando emplea el vocablo: niño.

1.2. El niño en el siglo XVII

En la época del Sr. de La Salle el niño era objeto de una atención cada vez mayor. Diversas causas iban produciendo ese efecto saludable. La Salle contribuirá enormemente a precisar y enriquecer ese concepto de «infancia» al crear espacios mentales y sociales donde tuviera cabida, protección y medios de educación integral.

El concepto de niñez abarcaba desde el nacimiento hasta la edad de la razón, pero en la práctica se extendía hasta los 12-14 años. No había concepto de adolescencia: de la niñez se pasaba a la etapa adulta, al menos en sus consecuencias prácticas.

Era muy alta la mortalidad infantil en el siglo XVII, y muy alto también el índice de niños abandonados frente a los hospitales, en las puertas de las iglesias o a la entrada de las casas de los ricos. San Vicente de Paúl orientará parte del apostolado de sus Damas de la Caridad hacia la

creación de «Casas de Beneficencia» para atenderlos.

Los registros parroquiales de París, de esa época, indican que 1/3 de los bautizos corresponde a niños abandonados. Los que no eran acogidos por Instituciones de la Iglesia se encomendaban a jueces locales, que no se ocupaban mucho de ellos.

Si el niño moría de tierna edad no era llorado: la mentalidad de la época entendía que la tierra era solamente un lugar de paso y, además, doloroso. Por tanto, lo importante era que estuviera bautizado para asegurarle el cielo. Había en ello mucha dosis de fatalismo. Ni siquiera se mencionaban en los registros de difuntos: era innecesario, puesto que su paso por la vida había sido demasiado efímero...

Los niños estaban bajo el cuidado de su madre, quien les enseñaba las normas elementales de higiene y buena conducta, las oraciones, el catecismo, y los aprendizajes rudimentarios de lectura y escritura, si ella los poseía. Entre niños y niñas no había distinción exterior en la forma de vestir ni en el estilo del cabello.

A los 7 años, el varón terminaba bruscamente su infancia y pasaba a ser adulto: cambiaba de vestimenta y comenzaba a trabajar casi siempre en el mismo oficio de su padre, sobre todo si era un niño pobre. Era un principio admitido en la época: el niño tenía que ayudar a su familia, sea cuidando de sus hermanitos menores, atendiendo rebaños y recogiendo leña en la zona rural, la mayoritaria en la Francia de esa época, o vendiendo productos en las aldeas y ciudades. Tenía que producir para ayudar a su familia, generalmente tan numerosa como pobre.

De ahí la resistencia de los padres en enviar sus hijos a la escuela: los necesitaban como fuerza de trabajo para apuntalar el precario presupuesto familiar. Convencer a los padres de la importancia de la educación básica de los hijos fue una de las grandes preocupaciones reflejada en la *Guía de las Escuelas* (cf. 2a. parte, cap. VI).

Haberlo logrado en sus Escuelas Cristianas, una de las grandes glorias del Fundador y de los primeros Hermanos.

Por su parte, la niña quedaba bajo la tutela de su madre hasta el momento de casarse. Al padre se le reconocían derechos casi absolutos sobre el hijo hasta edad avanzada, puesto que la mayoría de edad se otorgaba a los 25 años.

Las clases sociales de Francia en el siglo XVII no se mezclaban, ni tampoco niños con niñas después de los 7 años. En cambio, era bastante común la mezcla de edades, como ocurría en las mismas escuelas de los Hermanos. De ahí el peligro de las «malas compañías» y la insistencia con que el Fundador pide a los Hermanos que prevengan de ellas a sus alumnos. Este peligro moral acechaba con mayor intensidad al niño pobre que andaba trabajando o vagando por las calles.

1.3. Atención espiritual al niño

Desde el siglo XV crecía en Francia la preocupación pastoral por el niño. Gerson, gran Canciller de la Universidad de París (cf. MR 199,2) compuso el «Tractatus de parvulis trahendis ad Christum». Para él, la reforma de la Iglesia-que veía como urgente e inaplazable- tenía que empezar por los niños.

En el siglo XVI, san Carlos Borromeo recogió esa idea y la consignó en las «Reglas de la Compañía de la Doctrina Cristiana», fundada por Castellino de Castello en Milán en 1536. Este principio estuvo subyacente en todo el movimiento catequístico italiano; precedió y acompañó al Concilio de Trento (1545-1563).

A las sesiones catequísticas se les llamó «escuelas» aunque se daban en las iglesias ordinariamente. Pronto se le añadieron los primeros rudimentos de cultura. Castellino de Castello compuso el «Interrogatorio», compendio para el maestro. En su primera página se enumeraron las letras del alfabeto. Nació así lo que más adelante se identificaría como «escuela cristiana». Ella nació, pues, de una preocupación apostólica pero con una visión humanista integral: redimir a todo el niño.

En san José de Calasanz cristalizaron todas esas intuiciones e iniciativas. Es el verdadero

organizador de la escuela pública: popular, gratuita y cristiana (1556-1648).

En Francia, ese movimiento renovador se orientó hacia los niños y hacia la escuela: «Es el único medio de destruir los vicios y establecer la virtud», decía Adrien Bourdoise.

Juan Bautista de La Salle cristalizará todas las intuiciones de Francia, al establecer para su país y para el mundo su «Escuela Cristiana» y fundar para ellas a los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

1.4. Visión pastoral del niño en san Juan Bautista de La Salle

El Sr. de La Salle dejó plasmados en sus escritos, sus conceptos y criterios respecto de los niños que se educaban en sus escuelas, siempre con la intención de dar sanos consejos educativos a los Hermanos.

Desde un enfoque biológico La Salle fue muy tributario de la mentalidad de su época en muchos de sus planteamientos. Por eso no ha de sorprendernos el que diga que «el niño es a modo de una masa de carne» (MR 197,1).

También afirma -ya desde un ángulo psicológico- que «en los niños el espíritu se va despegando de la materia sólo a fuerza de tiempo... que tienen entendimiento más torpe, como menos desligados de los sentidos y la materia... que son débiles de espíritu como de cuerpo» (MR 197)...

Desde el punto de vista sociológico, La Salle hace una descripción magistral de la situación de la niñez pobre de su tiempo en el capítulo primero de las Reglas Comunes de los Hermanos (1705, 1718), y la reitera en la MR 194.

Merece un comentario especial el tema de las «malas compañías», que aflora mucho en los escritos del Sr. de La Salle. Escribe:

«Una de las cosas que más contribuyen a que se pierda la juventud es la frecuentación de las malas compañías» (MD 56,2). Por eso pide a los Hermanos «que les infundan el alejamiento

de las malas compañías» (MD 33,3), y de «los enemigos que intentan impedir el progreso de sus discípulos, y que son especialmente los compañeros perversos» (MF 114,2); (cf. MD 37,3; 60,3; 61,3; MF 111,3; 125,1).

En cuanto al enfoque moral, La Salle participa de alguna manera de la visión pesimista del ser humano, aunque crea firmemente en su redención. Recuérdese que el Fundador de los Hermanos vivió en plena etapa de conflicto entre los jansenistas, los rigoristas ortodoxos, y las corrientes liberales que asomaban ya en el panorama moral de Europa, especialmente en Francia:

«Muchos niños permanecen toda su vida rudos e insensibles a las cosas de Dios, e incapaces de percibirlos y gustarlos» (MR 197,1), «caen con facilidad en algún precipicio, por contar con escasas luces para obrar el bien»; tienen «inclinaciones perversas» (MR 198,2).

1.5. La respuesta de fe del Sr. de La Salle y los primeros Hermanos ante los niños de su época: un proyecto educativo cristiano

Así eran, en la realidad, los niños que frecuentaban las primeras «Escuelas Cristianas» del Sr. de La Salle: «cubiertos de pobres harapos» (MF 96,3), «niños indigentes» (MF 166,2), y cuya «instrucción corría al cuidado de los Hermanos» (MD 37,2).

A esos niños, golpeados por la pobreza y heridos por el mal moral, La Salle los arropó en una visión de fe, a ellos entregó su vida, sus bienes, su prestigio social, y les dejó como preciosa herencia una comunidad de educadores cristianos, dedicados a ellos «de la mañana a la tarde» (RC 1,3).

La Salle comprendió desde el comienzo de su proyecto que de nada valía renovar la institución escolar si no se comenzaba por renovar al maestro: a ello dedicó su mayor tiempo y sus mejores energías. Todo el discurso educativo del Sr. de La Salle y la praxis pedagógica de los primeros Hermanos quedó impregnada por este criterio y esta meta: presentar al niño un «buen modelo», frente a sus ojos el mayor tiempo

posible, como mejor manera de neutralizar sus inclinaciones e invitarlos a optar por el bien.

Pero la intención de La Salle desbordaba el simple marco del aula. Entendía que ese buen ejemplo del maestro «será lo mejor que le podrá legar (el Hermano) para el día que se aparten sus alumnos de él» (MF 98,3).

Con esto queda bien claro que La Salle creyó en la redención moral del niño, y tuvo fe en la educación cristiana como instrumento eficaz para lograrla. Su visión de fe la fundamentó en el amor de Dios hacia ese niño pobre e ignorante, y su modesta acción cotidiana le llevó a las mayores alturas en la percepción del ministerio educativo cristiano, cuya síntesis plasmará en muchas de sus obras, pero especialmente en sus 16 Meditaciones para el Tiempo del Retiro donde explorará en profundidad la teología de dicho Ministerio, su dimensión salvífica y sus vertientes eclesial, litúrgica y humana.

Todo lo que La Salle decidió, ejecutó, padeció y soportó, fue la mejor prueba de su fe en la eficacia del instrumento que puso en manos de sus Hermanos: la Escuela Cristiana para los niños pobres.

Para La Salle, ese Ministerio será la perenne actualización del plan salvífico de Dios por Jesucristo en la Iglesia, puesto al servicio de los niños alejados de esa salvación; o sea, doblemente pobres: en bienes materiales y en bienes espirituales (Ministerio - Ministro - Misión).

«La fe debe animarles y moverlos a honrar a Jesucristo en la persona de los niños, porque son imágenes vivas de Jesucristo, nuestro divino Dueño» (MF 80,3).

« ¿Reconocen a Jesucristo bajo los pobres harapos de los niños que instruyen? Adórenlo en ellos, amen la pobreza, honren a los pobres» (MF 96,3).

A ese niño pobre se le ofrecerá un elevado proyecto evangélico:

* *«Apremiarlos a que unan todas sus acciones*

a las de Jesucristo» (MR 195,1).

* *«Vivir según el espíritu del cristianismo» (MR 194,2).*

* *«Poseer la sabiduría de Dios» (ídem).*

* *«Que adquieran hábitos vituosos» (MR 194,3).*

* *«Que vayan creciendo en todo según Jesucristo» (MR 205,3).*

* *«Que formen parte del edificio de la Iglesia» (ídem).*

¿Donde se realizará tan ambicioso proyecto? En la Escuela Cristiana del Sr. de La Salle, bajo el cuidado amoroso de los «Hermanos de las Escuelas Cristianas».

2. ESCOLAR

Introducción

El *Dictionnaire Universel François et Latin* de 1721 explica así estos vocablos:

* *Escolar*: «Quien tiene un maestro que le enseña algo. Se le llama escolar al que asiste a clase en las escuelas primarias, pero también al que asiste a un Colegio (nivel secundario). Por extensión, se llama escolar a un discípulo, a un aprendiz en todas las diversas cosas del mundo que requieren instrucción».

* *Alumno*: «El que es alimentado, instruido y educado por alguien».

Llama la atención la cantidad de veces que el Sr. de La Salle empleó el vocablo «escolar» (739 veces) y las escasísimas veces que empleó el vocablo «alumno» (20 veces). ¿Fue cuestión de estilo, o existió alguna razón para ello? No se notan marcadas diferencias en el contexto cuando los usa:

«Ya que fueron elegidos para procurar en su estado la santificación de los alumnos...» (MD 39,2).

«El fin de su vocación es trabajar por el establecimiento y consolidación del Reino de Dios en los corazones de los alumnos» (MD 67,1).

La preferencia del vocablo «escolar» por parte del Sr. de La Salle pudiera entonces simplemente indicar la relación lógica y práctica que se ha creado en su mente entre escuela cristiana y quien asiste a ella: el escolar. Es en la Guía de las Escuelas precisamente donde más veces aparece el vocablo «escolar»: 596 veces. (Ver el gráfico adjunto).

2.1. La escuela cristiana: lugar de concreción y vivencia del ministerio educativo lasallista

En la escuela es donde toma dimensión visible -donde se encarna- el Ministerio educativo de los Hermanos del Sr. de La Salle. En ella implantará las mejores metodologías, tanto para el aprendizaje escolar como la formación integral de los estudiantes (cf. RC VII y VIII):

«La escuela es el lugar donde los Hermanos permanecen la mayor parte del día, y donde ejercen las funciones que más les absorben» (MF 92,3).

El siglo XVII no carece de colegios ni de escuelas gratuitas; pero los niños pobres no las frecuentan: los programas no están adaptados a sus necesidades reales, y los maestros no desean su presencia en las aulas. Los niños que asisten, llegan a cualquier hora, juegan, vagan por la calle...

Quizás por eso La Salle cambió el nombre de sus escuelas: aunque se parecían mucho a las Escuelas de caridad, no las llamará así ya que esta expresión estaba cargada de negatividad y de resistencias. El las llamará: «Escuelas Cristianas». La Salle parece preferir los vocablos «escuela» y «escolar» porque representan el espacio físico y cultural donde se vivirá en la cotidianidad el Ministerio educativo y salvífico de sus Hermanos:

«El fin de este Instituto es dar cristiana educación a los niños, y CON ESE OBJETIVO tiene las escuelas para que, estando los niños desde la mañana hasta la tarde bajo la dirección de los maestros, puedan éstos enseñarles a vivir bien, instruyéndolos en los Misterios de nuestra santa Religión, inspirándoles las máximas cristianas, y darles

así la educación que les conviene» (RC 1,3).

Enseñar, instruir, educar, inspirar, son acciones convergentes que describen el diario proceso educativo en favor de un niño que asiste a sus escuelas: un escolar.

A través de esa acción educativo-escolar, La Salle logrará el objetivo de la Escuela Cristiana que ha creado: que el escolar, una vez salido de ese ambiente, se comporte en la vida como un adulto cristiano. El Santo afirma que «ésta es la educación que les conviene».

Todo lo que suceda, pues, en el ámbito escolar, tendrá enorme relevancia en la mente, la práctica pastoral y los escritos de san Juan Bautista de La Salle.

A ese niño, que es ahora un escolar, lo revestirá de una nobleza espiritual muy superior a las noblezas de su tiempo:

«Un cristiano debe mostrar sencillez y cordura en toda su conducta: como tiene categoría de nacimiento puesto que pertenece a Jesucristo y es hijo de Dios, no puede haber nada de indigno en su exterior; y debe tener un aire de elevación y dignidad que evoque el poder y la majestad de Dios» (RB).

Ese escolar será el beneficiario de actitudes importantes que La Salle pide a sus Hermanos:

1a. La *total gratuidad*: Por ese niño, el Hermano entregará su vida, sus dones, se consagrará a Dios de por vida; y todo lo hará con absoluto desprendimiento:

«Nunca podrán excederse en el desinterés al ejercer el ministerio» (MF 153,3).

«Deben dar clase gratuitamente; esto es esencial a su Instituto» (MF 92,3); (Cf. RC 1,1; MR 194,1).

2a. La *oración de intercesión de su educador*:

«En la medida en que se dediquen fervorosamente a la oración en pro de las

almas que les están confiadas, les dará Dios facilidad para mover al bien sus corazones» (MF 148,2); (cf. MF 126,3; MF 129,2; MF 187,2).

3a. El esfuerzo de capacitación permanente:

«Es necesario que se instruyan a fondo en las verdades de la fe, mediante el estudio, porque su ignorancia sería criminal ya que ocasionaría la de aquellos que les están encomendados» (MF 153,1); (cf. MD 60,3).

4a. La ternura del educador, fiel reflejo de la ternura de Dios para con esos niños pobres:

«Tienen que enseñar diariamente a los niños indigentes: ámenlos con ternura» (MF 166,2); (cf. MF 101,3; RC VII, 13).

Esta última actitud evangélica bien pudiera ser el rasgo distintivo de toda la educación lasallista:

«Cuanto más amen a los pobres, en mayor medida pertenecerán a Jesucristo» (MF 173,1).

Pero, quizás el mayor servicio a ese escolar es el haberle preparado una comunidad de educadores, que le garantizarán «juntos y por asociación» la continuidad de su proceso educativo, y lo enriquecerán con sus dones peculiares dentro de un estilo común de acción educativa.

A través de esta cotidianidad escolar, circulará la misteriosa corriente salvífica: Dios - Hermano - Niño. Este será devuelto -redimido y educado- a su Creador (cf. MF 189,3; MF 191,2; y el con junto de las MR 194 a 208, en especial las dos últimas).

En la Escuela Cristiana del Sr. de La Salle se ha hecho así presente una relación que supera con mucho la simple aproximación profesor-alumno, y que desemboca en un magisterio moral y un discipulado.

3. DISCIPULO

Introducción

«Discípulo es quien aprende algo bajo la guía de un Maestro». (*Dictionnaire Universel François et Latin*, Trévoux, 1721).

Cuando el Sr. de La Salle habla del quehacer escolar: la disciplina, la organización de la escuela, etc. tiende a emplear el vocablo «escolar» para referirse al niño que frecuenta sus Escuelas Cristianas. Pero cuando se adentra en las intenciones del acto educativo y, en general, cuando se refiere al Ministerio educativo del Hermano de las Escuelas Cristianas, tiende a emplear el vocablo «discípulo».

Lo empleó 230 veces en sus escritos, 133 de ellas en sus Meditaciones; por contraste, no lo emplea ni una sola vez en la *Guía de las Escuelas*. (Ver gráfico adjunto).

Lo empleó 87 veces en 4 de los 5 libros que constituyen su mejor obra catequística: *Deberes de un cristiano para con Dios*. Si se suman estos dos bloques: Meditaciones y Catecismo, dan un total de 220 citas del vocablo. Esta concentración en dos de sus obras capitales no parece casual, y hace evidente una intención en la mente del Fundador: emplear el vocablo para describir un estilo de relación Hermano-alumno que fuera más allá de la simple transmisión de saberes y aprendizajes y se ubicara en la zona de la formación de la conciencia, de la comunicación de valores de vida ligados al mensaje evangélico de Jesús:

«Para salir airosos en su ministerio deben aplicarse mucho a la oración, presentando de continuo en ella a Jesucristo las necesidades de sus discípulos, y exponiéndole las dificultades que les salgan al paso en su guía» (MR 196,1).

Como el vocablo «discípulo» evoca espontáneamente el de «maestro», vamos a analizar esta mutua relación en el pensamiento de san Juan Bautista de La Salle.

3.1. Actitud del Hermano como maestro espiritual ante sus discípulos

«Dios los destina a ser los padres espirituales

de los niños que instruyen. Están destinados por Dios para engendrar hijos a Jesucristo, y aun para producir y engendrar a Jesucristo mismo en sus corazones» (MF 157,1).

Esta imagen literaria, tan gráfica, describe la profundidad del planteamiento del Fundador de los Hermanos. Para el Sr. de La Salle, el discípulo deberá beneficiarse de las actitudes de un maestro convertido en «su padre y su madre» (MF 101,3). Explotemos algunas de esas actitudes:

a) *Precursor:*

«Uds. son también ángeles enviados por Dios para preparar el camino y los medios de venir y de entrar tanto en sus corazones como en los de sus discípulos» (MD 2,1) (Cf. MF 162,2).

b) *Modelo:*

«¿No enseñan a sus discípulos algo que Uds. no cumplen?» (MD 69,1).

c) *Mediación visible de Jesús:*

«Deben ejecutar su empleo como representantes de Jesucristo. El mismo desea que los discípulos los miren como lo mirarían a El» (MR 195,2).

d) *Orante por sus discípulos:* *«Deben aplicarse mucho a la oración para salir airosos en su ministerio, presentando de continuo a Jesucristo las necesidades de sus discípulos, y expo-niéndole las dificultades que encuentran en su guía» (MR 196,1).*

e) *Guía:* La Salle considera a los discípulos como ciegos que esperan la luz para poder avanzar por el camino de la salvación. ¿De qué luz se trata? La que le aporta diariamente su educador: *«El conocimiento de Dios, las máximas y verdades del Evangelio, los medios para llevarlas a la práctica» (MF 100,2).*

Mediante esta orientación cotidiana, *«los niños que educan llegarán a ser discípulos de Jesús» (MF 102,2).*

f) *Dedicado a su preparación:*

El Hermano estudia cuidadosamente la doctrina de los santos Apóstoles y de Jesucristo mismo. De esta forma «conseguirá que los

alumnos sean discípulos verdaderos de Jesucristo» (MF 116,2) (Cf. MF 92,3; 135,2; 171,3).

Para hacer esto necesitará «llenarse de celo por la santificación de sus discípulos» (MF 187,3).

g) *Corrección: amor que ayuda a crecer*

En este proceso empleará cuantos medios correctos encuentre para ayudar al discípulo a rectificar las cosas indebidas. Esta preocupación será el signo y el efecto de su amor educativo hacia él. Es como si le dijera: Te quiero tanto que te quiero perfecto.

El uso del delicado instrumento de la corrección requerirá de mucho control por parte del Hermano. Por eso el Fundador le pregunta: *«¿Han velado hasta ahora sobre Uds. mismos para no corregir a los discípulos sino con la mira puesta en Dios? ¿Ha sido para ayudarlos a cambiar de conducta?» (MR 204,1).*

Más allá de la vida escolar: hacia la vida misma.

La visión ministerial del Fundador abarcó siempre la totalidad de la existencia del discípulo, incluso una vez terminada su etapa escolar. Por eso pregunta a sus Hermanos:

«¿No creen que sólo están encargados de ellos durante el tiempo de la escuela? ¿Y que su vigilancia no debe extenderse hasta las acciones que realizan fuera de ella, tanto como sea posible, con el fin de lograr que en todas partes vivan cristianamente?» (MR 206,2).

La doctrina del Sr. de La Salle sobre el discipulado en sus Escuelas Cristianas queda manifiesta en párrafos como éste:

«El amigo peregrino... es el hombre que, en su indigencia, se dirige a Uds. para solicitar ayuda, seguro de que han recibido gracias para sostener a los débiles, enseñar a los ignorantes, y corregir a los delincuentes. Viene a Uds. como viajero extenuado y rendido, para rogarles que le alivien en su

necesidad. Tal es la condición en que se encuentran los que les encarga la Providencia de instruir y educar en la Religión. Es Dios mismo quien los encamina hacia Uds.; es Dios también quien los constituye responsables de su salvación, y quien les impone el deber de subvenir a todas sus necesidades espirituales» (MD 37,1).

Por eso concluye La Salle:

«En clase, la única preocupación ha de ser para Uds. desempeñar el ministerio que Dios les tiene encomendado con los discípulos, y procurarles por ese medio el espíritu del cristianismo» (MD 6,2).

3.2. Actitud del discípulo hacia su Maestro

Centrada su atención en el maestro, La Salle profundizó más en las actitudes del mismo, que en las del discípulo. Sin embargo, en la Meditación 33 (el Buen Pastor) tiene expresiones sorprendentes acerca de la reciprocidad del discípulo ante el maestro que se entrega a él:

Es obligación de las ovejas de Jesucristo escuchar la voz de su pastor» (MD 33,3). Esta actitud describe la disposición interior de un auténtico discípulo frente a un maestro que ha aprendido a amar y respetar por la calidad de su ejemplo y por sus palabras de salvación.

Esto es cabalmente lo que despierta en las ovejas el amor a su pastor, y las mueve a complacerse en su compañía, porque en ella encuentran su descanso y su alivio» (MD 33,2).

La Salle llega a afirmar que si no existe esa relación de afecto mutuo, se le puede hacer más daño que bien al discípulo:

«Consideren la obligación que tienen de ganarse el corazón de los discípulos, como uno de los principales medios para moverlos a vivir cristianamente. Ponderen a menudo que, si no acuden a este recurso, los alejarán de Dios en vez de conducirlos a El» (MF 115,3).

Pero La Salle no quiere que el Hermano retenga para sí el cariño de su discípulo, sino que lo refiera a Dios:

« ¿Tienen sentimientos de caridad y ternura con los niños pobres que deben educar? ¿Y aprovechan el afecto que les profesan para ganarlos a Dios?» (MF 101,3).

«Si no se asemejan a Jesús recién nacido serán poco conocidos y solicitados en su empleo; no ganarán el amor ni la estima de los pobres, ni podrán jamás gloriarse de la condición de salvadores para con ellos... Sólo en la medida en que se hagan semejantes a ellos y a Jesús recién nacido, atraerán los niños a Dios» (MF 86,3).

3.3. El re-encuentro escatológico del Maestro y el Discípulo

En dos Meditaciones llenas de lirismo -en su fondo y en su forma- (MR 207 y 208) san Juan B. de La Salle expresa a los Hermanos lo que él estima que será la justificación final de su Ministerio: el momento en que comprenderá en toda su grandeza la fuerza salvífica de lo que ha realizado en forma callada y modesta durante toda su vida.

Pero, para el Fundador, ese juicio comienza ya desde esta vida. Así lo expresa en la MR 207:

«Dios colma de bienes espirituales a los que con celo se han afanado por extender su Reino» (MR 207,1).

«Gloria grande para Uds. es instruir puramente por amor a Dios, a sus discípulos en las verdades del Evangelio» (MR 207,2).

«Los Hermanos experimentarán particularísimo gozo al ver vivir sus discípulos en el espíritu del cristianismo, y fieles al ejercicio de las buenas obras» (MR 207,3).

Por su parte, la MR 208 es una bella metáfora que recuerda a Mt 25, 31-46. Con esa meditación, el Fundador concluye su discurso teológico sobre el Ministerio educativo del

Hermano. En ella, el Sr. de La Salle presenta al discípulo dialogando con sus maestros y con el Señor:

«San Pablo escribía a los corintios: Uds. son nuestra gloria en el día de Ntro. Señor Jesucristo (2Co 1,14). Lo mismo pueden decir Uds. de sus discípulos: que en el día del Juicio constituirán su gloria, si los instruyeron bien y si sacaron provecho de sus instrucciones» (MR 208,1).

En estas Meditaciones finales, el Fundador ha adoptado un estilo literario que no le es frecuente, de gran vuelo lírico; ¡tanto es lo que quiere expresar!:

«¡Oh, qué gozo experimentará el Hermano de las Escuelas Cristianas cuando vea tan

crecido número de sus discípulos en posesión de la felicidad eterna, de que le serán deudores por la gracia de Jesucristo» (MR 208,2).

«Todos unirán sus voces para alcanzarles de Jesucristo un Juicio favorable, y le rogarán que no difiera más el ponerlos en posesión de la felicidad que Uds. les consiguieron con sus trabajos y cuidados» (MR 208,3).

La Salle concluye con un epílogo escatológico:

«El cielo entero resonará en acciones de gracias que esos niños bienaventurados tributarán a quienes les enseñaron el camino del cielo» (MR 208,3).

Temas complementarios:

Ángeles custodios; Cortesía y Urbanidad; Bondad/Ternura; Corazón; Corrección; Escuela; Educación; Ejemplo del Maestro; Hermanos; Gratuidad; Instrucción; Maestro Cristiano; Ministerio; Misión; Oración; Recompensa del Maestro; Salvación; Celo.

BIBLIOGRAFIA

1. *Jean-Baptiste de La Salle aux prises avec son temps*, Yves Poutet FSC. Cahiers Lasalliens N° 48 - Rome, 1988.
2. *Catequesis y laicado*, Michel Sauvage FSC - Madrid, 1963.
Investigación histórica (tomo I) Col. Sinite 6.
Investigación doctrinal (tomo II) Col. Sinite 7.
3. *El educador de la fe según SJBS* - Carlos Cantalapiedra FSC - Col. Sinite 15. Ediciones San Pío X - Madrid, 1988.
4. *Ideario pedagógico y catequístico de SJBS* - Pedro Chico González F.S.C.. Ediciones San Pío X - Madrid, 1988.
5. *Vocabulaire Lasallien - Vol. II* - París.
6. *L'itinéraire évangélique de SJBS et le recours à l'Écriture dans ses Méditations pour le temps de la Retraite* - Miguel A. Campos F.S.C. (Dos tomos). C.L. N° 45 y 46 - Rome, 1974.
7. *Itinerario evangélico de SJBS* - M. Campos y M. Sauvage. Editorial Bruño, Madrid, 1980.
8. *San Juan B. de La Salle* - Saturnino Gallego F.S.C. - Dos tomos. BAC, Madrid, 1986.
9. *De La Salle: Espíritu y Vida* - El ministerio educativo lasallista. Alfredo A. Morales F.S.C. (Dos tomos). Bogotá, 1990.
10. *Un educador y un santo frente a los desafíos de la sociedad de su tiempo* - Yves Poutet y Jean Pungier F.S.C.. Lima. Perú. 1980.

H. Alfredo MORALES

ANEXO

ESCRITOS DE SAN J.B. SALLE **** VOCABLO	<i>Guía de las Esc.</i>	<i>Deberes I</i>	<i>Deberes II</i>	<i>Deberes III</i>	<i>Compendio</i>	<i>Medit. Domingos</i>	<i>Medit. Fiestas</i>	<i>Med. Tiempo</i>	<i>Reglas Comunes</i>	<i>Regla Hno.</i>	<i>Directorio</i>	<i>Colección</i>	<i>Reglas Urb. y</i>	<i>Cartas de SJBS</i>	<i>Ejerc. de Piedad</i>	<i>Explic. Mét.</i>	<i>Memoria Hábito</i>	<i>Inst. Y Oraciones</i>	<i>TOTAL</i>
ENFANT-NIÑO	*	44	15	8	4	23	73	81	8	*	1	11	28	9	*	11	4	4	32
ECOLIER - ESCOLAR	59	*	4	4	2	2	9	*	58	1	3	3	4	34	15	1	1	1	73
ELEVE-ALUMNO	6																		8
DISCIPLE - DISCIPULO	*	*	*	*	*	9	7	4	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	20
	*	28	15	36	8	36	61	36	*	*	*	1	1	*	*	4	*	4	23
																			0

Índice general - Tomo 1

1. ACCION DE DIOS, H. Albino Affonso Ludwig	13
2. AMOR/ CARIDAD, H. Lluís Diumenge	19
3. ANGELES CUSTODIOS, H. Giampiero Fornaresio	24
4. APOSTOL, H. Luke Salm	33
5. ARTESANOS:	
5A - Los hijos de los artesanos en la escuela lasaliana, H. Giampiero Fornaresio	38
5B - Los hijos de los artesanos y de los pobres, H. Raphael Bassett	50 6.
ASOCIACION:	
6A - La Asociación como estilo de vida y acción, H. Mario Presciuttini	59
6-B - La Asociación en los orígenes, H. Rodolfo Andaur.....	66
7. BONDAD/ TERNURA, H. Lorenzo Tébar	75
8. CANTICOS ESPIRITUALES, H. Gilles Beudet	85
9. CATECISMO, H. Gerard Rummery	91
10. CONSAGRACIÓN, H. Luke Salm	103
11. CONSEJOS EVANGELICOS, H. Gilles Beudet.....	110
12. CONSUELOS-TIBIEZA-SEQUEDADES, H. Joseph Le Bars	114 13.
CONVERSACIONES, H. José Luis Herмосilla	122 14.
CONVERSION:	
14A - Conversión según la Salle, H. Jacques Goussin	129
14B - El proceso de conversión, H. Israel Nery	133 15.
CORAZON / MOVER LOS CORAZONES, H. Jacques Goussin	141
16. CORRECCION, H. Léon Lauraire	147
17. CORTESIA Y URBANIDAD CRISTIANA, H. Jean Pungier	154
18. CRISTIANO, H. Carmelo Bueno	168
19. DEBERES DEL CRISTIANO, H. Manuel Fernández Magaz	174
20. DEVOCIÓN MARIANA, H. José Luis Herмосilla	188
21. DISCÍPULOS, HH. Genaro Sáenz de Ugarte y Odilon Cassidy	199
22. EDUCACION / CRIAR, H. Jean-Louis Schneider	206
23. EJEMPLO / EDIFICACION, H. Josafat Alcalde	215
24. EJERCICIOS, H. Jacques Goussin	222
25. ESPIRITU DEL CRISTIANISMO, H. Luis Varela	231
26. ESPIRITU DEL MUNDO, H. Gilles Beudet	237
27. ESTADO, H. Gilles Beudet	240
28. FIDELIDAD / PERSEVERANCIA, H. Mario Presciuttini	244
29. IGLESIA, H. Michael McGinnis	253
30. MANDAMIENTOS (DIOS/IGLESIA), H. Lluís Diumenge	263
31. MANSEDUMBRE, H. Jacques Goussin	269
32. NIÑO / ESCOLAR / DISCIPULO, H. Alfredo Morales	277

